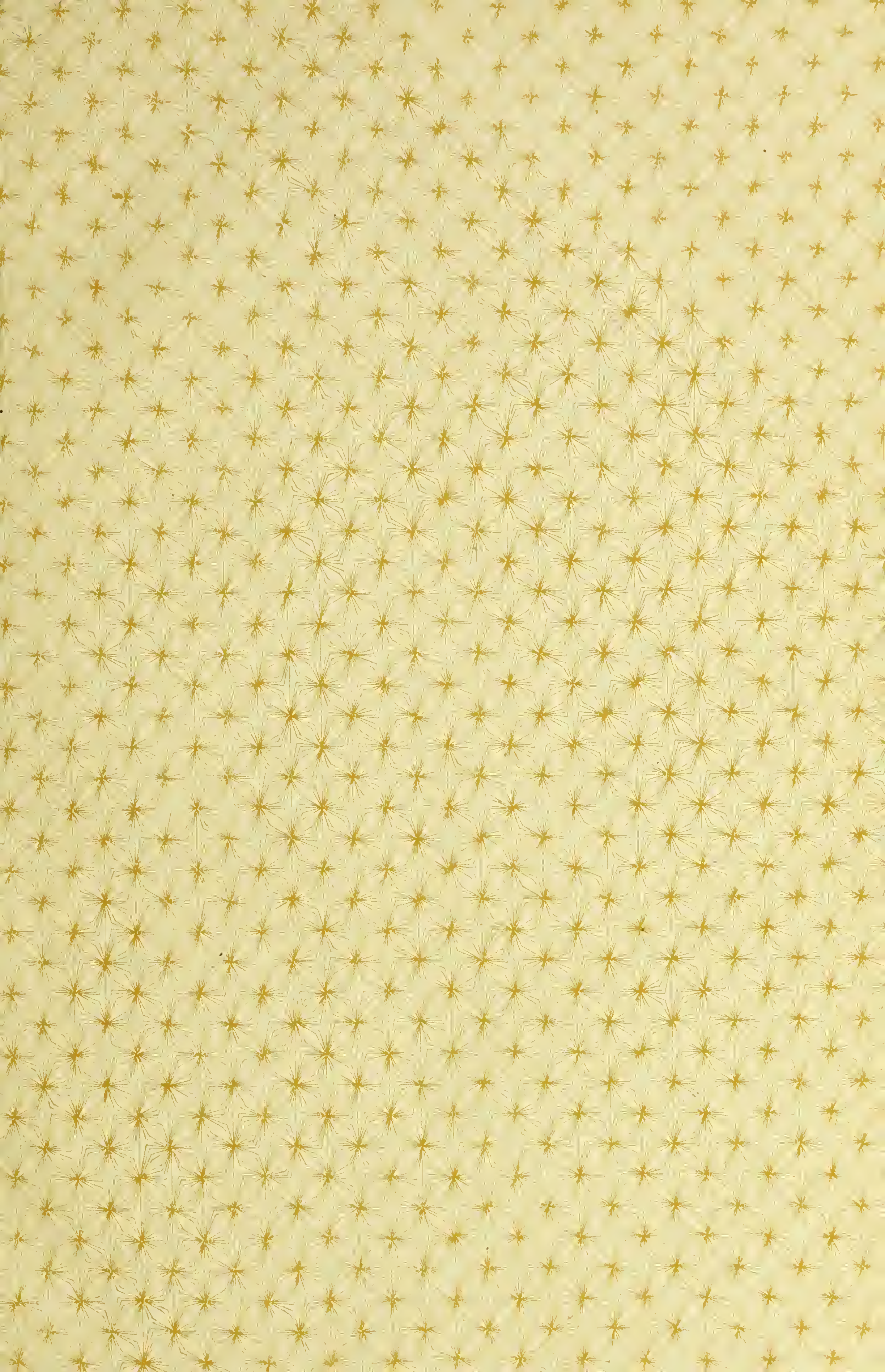


ATENEO

ATENEO

REVISTA MENSUAL

1908

TOMO SEGUNDO



Redacción y Administración:
3, CALLE DE SANTA CATALINA, 3
MADRID

Literatura regional gallega

I

Introducción.

Las literaturas extranjeras que aparentan ser más varias, más fecundas y más ricas que la nuestra, deben su ventaja á que sus historiadores no desdeñan ni excluyen comarca alguna de su país en la que haya un nombre siquiera capaz de enriquecer ú honrar el sagrado tesoro de las letras patrias.

Es éste un capital defecto del que pecan las historias todas de nuestra literatura; defecto tanto mayor, cuanto que lo de menos es todavía el caudal de obras maestras que no se suman y de nombres ilustres que se omiten: la mayor importancia está en que, mirando á una sola región, en vez de mirar á todas en conjunto, no puede apreciarse la perfecta significación, la verdadera expresión de nuestra fisonomía literaria.

Tal sucede en el rostro, reflejo del alma: su expresión no está sólo en los ojos ni en la boca, por muy expresivos que sean, sino en el todo, en el conjunto. La boca que se contrae, la frente que se arruga, las cejas que se arquean, los ojos que se animan y se humedecen ó abrillantan, podrán ser por sí solos mayor ó menor indicio de la expresión del rostro; pero no la presentan, no pueden presentarla en toda su magnitud, con toda su intensidad y viveza.

La calma soñolienta de la grave llanura castellana no es más española que las riquísimas vegas del Ebro ó del turbio Jalón, Nilo aragonés; ni que las espléndidas huertas valencianas, floridas y alegres; ni que los frescos patios ó los atildados jardines andaluces; ni que los mágicos valles gallegos ó las mansas riberas del Miño; ni que los humildes y nobles caseríos de Vizcaya.

España es todo eso á la vez. No resultará completo el cuadro, ni en toda su pureza y esplendor, si la proverbial dulzura de Galicia y el sentimiento artístico, progresivo y laborioso de Cataluña, no alternan con la hidalguía castellana, y la ingenua y sana rudeza de Aragón, y la gracia de Andalucía, y la alegre gallardía de Valencia, y la serena paz de Extremadura, y el ardiente fervor de la nobleza vascongada.

El himno nacional español ha de ser compendio y armonía de todos los aires regionales: ha de tener á la vez, forzosamente, notas de sevillanas y de muñeiras, de malagueñas y zortzicos, de fandangos y de jotas. Sólo así podrá ser exacta expresión de nuestro peculiar espíritu; sólo así podrá llegar á todos los corazones y latir en ellos con emoción intensa.

¿Qué verdad, pues, podrá tener el cuadro de nuestra historia literaria si lo reducimos al marco estrecho y confuso de la corte, donde si bien es cierto

que conviven y se centralizan los distintos matices regionales, no lo es menos que pierden todos su brillantez, su verdadero colorido, esfuman sus tintas puras y se alteran mutuamente con el contagio?

Todo aquello que sale de provincias, ó que en cada una de ellas fermenta ó se produce: las obras literarias ó los movimientos sociales, pasiones ó ideas, flores ó frutos, tiene más valor de espontaneidad y pureza, y por tanto de arte, que lo que en Madrid á diario, voluble, profesional ó artificiosamente, se crea.

Y cada día, cada hora que pasa, conforme la mayor facilidad de comunicaciones va frecuentando el contacto de los pueblos, hemos de cuidar más de que los caracteres no se pierdan, ni las costumbres se borren, ni las tradiciones se olviden, porque todo ello es para nosotros amable, como hijo de generaciones y épocas á las que debemos la existencia y el legítimo orgullo de nuestra nacionalidad.

Hay que facilitar la vida del artista provinciano dentro de su provincia, fomentar su devoción, estimular su culto por la tierra que fué su cuna; porque ésa es la Patria natural, la que amamos por instinto, con orgullo, sin esfuerzo, y que, por tanto, nos alienta é inspira como no podría inspirarnos la Patria grande, aun cuando la amemos y defendamos igual. Cuando las fronteras se ensanchan, cuando el horizonte se retira, la mirada no se fija, la imaginación se distrae, y el espíritu no siente el santo calor, el maternal abrigo de las paredes del hogar.

Rosalía Castro, Añón, Pondal, Lamas Carvajal, Murguía, Curros Enríquez, de Galicia; Teodoro Cuesta, Juan M. Acebal, de Asturias; Iparraguirre, Antonio Arzac, de las Provincias Vascongadas; Rubió y Ors, Bofarull, Balaguer, Guimerá, Verdaguer, de Cataluña; Villarroya, Gaspar, Querol, Llorente, Escalante, Ferrer, Labaila, de Valencia; los Aguiló, Pons y Gallarza, Roselló, Costa y Llobera, Picó y Campomar, Forteza, Penya, Estelrich, de Baleares, son nombres ilustres que si en primer término honran á la región á que pertenecen, pueden, igualmente, enriquecer y honrar á la literatura nacional, incluídos en ella con los mismos títulos y derechos que los que vivieron en Madrid, y en Madrid cultivaron las letras.

Cuando esto se haga, porque todavía no se ha hecho con la necesaria extensión—meros ensayos hay incompletísimos, como el del malogrado P. Blanco García—, la literatura española habrá adquirido una riqueza extraordinaria, seguramente sin rival en el mundo.

II

La intelectualidad de Galicia: hombres de ciencia, artistas, políticos, periodistas, oradores, historiadores, eruditos, etc.—La literatura. Preponderancia de la poesía.—Espíritu regional.

En prueba de ello, permítaseme ahora dirigir una rápida ojeada á la literatura gallega.

La primera de nuestras literaturas regionales, tanto por lo remoto de su origen, anterior al siglo XII, como por su autonomía é importancia, es, indudablemente, la gallega.

Brillante es, en los tiempos presentes, la intelectualidad de aquella brava región española, justamente enorgullecida con nombres insignes en la ciencia, como los de Timoteo Sánchez Freire, cirujano y alienista, catedrático de Santiago y fundador del soberbio manicomio de Coujo; Casares Gil y Rodríguez Carracido, sabios catedráticos de la Universidad de Madrid, químicos eminentes; Rodríguez Mourelo, también químico y vulgarizador; Jacobo Gil, civilista; Villaamil y Castro, arqueólogo; Amor Ruibal, filólogo; Varela de la Iglesia, catedrático de Santiago, reputadísimo por sus trabajos de laboratorio sobre el sistema nervioso; Vales Failde y Villar Granjel, economistas, autor este último de un notable trabajo sobre la *Emigración;* nombres distinguidos en el arte, como los de Serafín Avendaño, de reputación europea, maestro indiscutible del paisaje; Alfredo Souto y Víctor Morelli, cuyos cuadros han sido premiados en varias Exposiciones; Román Navarro, pintor de costumbres militares, director de la Escuela de Bellas Artes de la Coruña; Máximo Ramos, Mariano Miguel, Manuel Angel, conocidísimos dibujantes de *El Liberal;* Pascual Veiga y José Castro Chavé, célebres compositores y directores de orfeón, catedrático el primero del Conservatorio de Madrid, y autor de la *Alborada Gallega,* y el segundo, autor de la popular y ya clásica pieza de orfeón *A Foliada;* Valverde, Baldomir y Lens, compositores; Julio Cristóbal, director de orquesta; Fernández Bordás y Coutier, violinistas; el niño prodigio Pepito Arriola y Santiago Tafall, organista y gran músico; nombres ilustres en la política, como los del ex presidente del Consejo de ministros Sr. Montero Ríos; el marqués de Figueroa y González Besada, ministros y literatos; Bugallal, Urzáiz y Cobián, ex ministros también; el ex director general de Obras públicas don Luis Espada, y el ex alcalde de Madrid D. Eduardo Vincenti; nombres tan apreciados en el periodismo como los del maestro querido Alfredo Vicenti, gran poeta, estilista inimitable, director de *El Liberal,* de Madrid; Prudencio Rovira, redactor que fué de *La Correspondencia, El Español, España,* autor del libro titulado *El campesino gallego;* Marcelino Dafonte, cultísimo director de *La Voz de Galicia;* Alejandro Barreiro, uno de los periodistas jóvenes de más empuje, autor del libro *Impresiones de un viaje por Asturias,* y mantenedor de campañas famosas, como la de los *jeiteros,* que tanto dió que hablar

hace pocos años; Rafael Balsa de la Vega, otro redactor de *El Liberal,* reputadísimo por sus críticas de arte; Emilio Tapia, cuyos triunfos en el foro compiten con los que obtiene como director del diario de Lugo *El Norte de Galicia;* Ramón de Arana *(Pizzicato),* ilustrado crítico de música; en fin, nombres de oradores como José Rodríguez Martínez y Luis Rodríguez Viguri, y de historiadores eruditos como Murguía, López-Ferreiro, Saralegui, Maciñeira, Martínez-Salazar, García de la Riega, Martínez Sueiro y Ramón Bernárdez, *Abad de la Colegiata.*

Bastarían estos nombres, sin citar otros muchos que harían prolija la anterior relación, para acreditar el esplendor de la intelectualidad gallega, envidiable y gloriosa, como todos los peculiares rasgos de aquella raza paciente, callada, vigorosa, dulce, sencilla; raza de luchadores incansables, «siempre apercibida—según frase de Alfredo Vicenti—á trabajar y á peregrinar, lo mismo á través de los mares que á lo largo de los continentes»; ejemplo vivo, dondequiera que va, de un amor á la Patria conmovedor y firme, á la vez enérgico y lánguido, como sus tiernas melodías populares.

La literatura

Pero aún es de doblada importancia la relación que me propongo hacer —dentro de los límites á que pretendo reducirme—de los escritores de verdadero mérito, de los literatos ilustres que hoy se distinguen en Galicia, y muy especialmente de los sublimes cantores que con su estro enaltecen aquel delicioso país de los dulces poetas.

Preponderancia de la poesía

Creencia ha sido muy generalizada la de que no eran los pueblos del Norte los más aptos para la poesía, ni los pueblos sombríos, frescos, húmedos, montañosos, sino los pueblos llanos, donde el espíritu se ensancha; despejados, donde la imaginación se ilumina; calurosos, donde las pasiones batallan y se enardecen; pero aun cuando no fuera absurda esta teoría, como lo es evidentemente—pueblos más septentrionales lo atestiguan—, dejaría de ser en absoluto cierta por el solo ejemplo que Galicia nos ofrece, abstraída en el sagrado amor al terruño, en el que siempre encuentra la inagotable levadura de sus mejores inspiraciones, si bien es cierto que le favorece no poco la extraordinaria riqueza de su idioma, lengua ya literaria del siglo XII, en la que compuso Alfonso *el Sabio* sus *Cántigas á Santa María,* é igual que su riqueza, su dulzura, su apasionada y mágica dulzura, que tanto se presta á expresar los más íntimos goces y los más hondos afectos del alma.

Galicia es, en efecto, la región española donde mayor desproporción se encuentra á favor de la poesía con relación al cultivo de los otros géneros literarios. En sus comienzos todavía la novela, y no aclimatada aún la dramática, sirven hoy sólo, á pesar de sus valiosas muestras, de las que trataré

luego, para acreditar el desarrollo progresivo de las letras gallegas, que cada vez abarcan más ancho campo, mayores dominios; pero, aun ahora, es de notar allí que los mismos novelistas y dramaturgos son también poetas, y que sigue siendo la poesía el verdadero género popular, cuyas estrofas, repetidas de memoria á cada momento, circulan de labio en labio más que impresas en los libros, pues son muchos los poetas de fama que no han publicado ni un solo volumen.

No será, ciertamente, Galicia la única región española de la que pueda hacerse una afirmación tan laudatoria, tan elocuente en pro del apasionamiento que por ella sientan sus hijos. Cataluña, Vizcaya, Aragón, Valencia, son, igual, ejemplos de ese creciente entusiasmo que en la actualidad se traduce como nunca en las literaturas regionales, enriquecidas cada vez con mayor cuidado y empeño; pero en ninguna parte como en Galicia ha podido ser ese movimiento tan significativo de su verdadero impulso; y es que si, á medida que se van perdiendo los rasgos, costumbres y leyes particulares de cada pueblo, parece como que anhela erguirse con más brío el espíritu sano de las añejas tradiciones, de los sentimientos de raza, en ningún pueblo habían de ser mantenidos aquéllos con mayor ahinco que en Galicia, donde, efecto del aislamiento en que ha vivido siempre, se encuentran aún arraigados como en ninguna otra región de España.

III

Tiempos remotos.—Primeras obras en gallego.—Siglos de esplendor. Decadencia.—Precursores del renacimiento: Pintos, Añón, Camino, Pondal, Rosalía Castro, Lamas Carvajal, Barcia Caballero y Murguía.

Para hacer completo el estudio de la literatura de Galicia, no podría prescindirse de empezar por la época romana, en la que florecieron escritores como Idacio y Orosio, que, aunque escribieron sus obras en latín, dieron tanta gloria á la región á que pertenecían.

Las producciones literarias eran entonces eruditas, dogmáticas, escritas en el idioma impuesto por la nación conquistadora y al alcance sólo de los entendimientos más cultos.

Fué preciso que surgiera un poeta para que el estro vibrase en tono popular con el natural y noble anhelo de ser por todos comprendido, y que así, tras el razonable y estimulador ejemplo de la poesía, comenzara á emplearse por los escritores el idioma del pueblo; dulce y amoroso lenguaje que para todos tiene inspiraciones elevadas, secretos hondos y conmovedoras armonías.

A Perda de Hespaña, poema que algunos tienen por apócrifo; *Ourona,* de Gonzalo Hermíguez; las poesías de Egas Muñiz; el *Canto del Figueiral,* de Gnesto Ansúrez, y una cántiga del conde francés Rimbaldo de Boqueiras, son las obras que citan los historiadores como primeras escritas en gallego.

Claro que no cabría, ni sería oportuno aquí, detallar cuanto en las historias se contiene relativo á estas primeras obras y á estas remotas épocas de las letras de Galicia. Pasaré, pues, por alto el esplendor de los siglos XII y XIII, en los que á la influencia de los trovadores provenzales, importada por los millares de fieles que venían en peregrinación á Santiago, se deben los *Cancioneros de la vaticana,* tanto tiempo ignorados, y cuyo descubrimiento sacó del olvido en que estuvieron cientos de años á numerosos poetas cuyas obras, según frases de Murguía, «consagran una lengua, una poesía, una patria»; pasaré por alto la época en que, durante los reinados de Alfonso IX de León y Alfonso X *el Sabio,* el idioma gallego hizo su entrada en la Corte, mereciendo la predilección de los citados Monarcas, y la época de violenta lucha, mantenida entre clásicos y reformadores, que á raíz de la introducción en España del arte italiano ocasionó la formación de dos bandos, en los que resplandecieron nombres ilustres, como Macías, Villasandino y el marqués de Villena. Desde entonces hasta mediados del siglo XIX, la literatura engendró en Galicia escasas producciones.

Juan Manuel Pintos, de Pontevedra, autor de *La gaita gallega,* donde canta los azares que la vida del campo tiene para los pobres y resignados campesinos; Francisco Añón, de Coruña, llamado «el patriarca» á pesar de su vida desordenada, el más popular de los poetas gallegos, cuyas poesías se hubieran perdido para siempre á no haberse conservado en la memoria de los que se las oyeron recitar; y Alberto Camino, del Ferrol, soñador y melancólico poeta, «eco vivo de los dolores íntimos y las inefables alegrías de la población de nuestras montañas», según le califica Saralegui en el prólogo que puso á sus poesías, recopiladas por Martínez Salazar, fueron los ilustres precursores del renacimiento de la poesía gallega.

Citados estos nombres, el primero que acude á la memoria es el del venerable maestro de maestros, Eduardo Pondal, *luz de luna,* como gráficamente le llama Emilia Pardo Bazán en la parte que le consagra de su obra *De mi tierra.* Es el bardo bergantiñán, cuyas baladas se inspiran en los nuevos ideales de libertad y progreso, y en cuyos versos vibra el robusto naturalismo de la mitología gallega y el hondo sentimiento que deifica y da personalidad á los ríos, á las fuentes y á los bosques. Asistió á los albores del renacimiento literario de Galicia, y desde entonces hasta hoy ha favorecido mucho su desenvolvimiento. Su libro *Queixmes d'os pinos* ha dado á la musa gallega un carácter que sólo tuvo en su lira. Las poesías suyas que de cuando en cuando aparecen, conservan ese mismo carácter. Es la musa del héroe bergantiñán de la leyenda, gentil y fuerte, que ha sabido despertar á todo el país á los sones de la célebre *Campana d'Anllons.*

Si no tuviera el propósito de consagrar un párrafo aparte á las escritoras gallegas, me sería imposible prescindir de analizar ahora la influencia extraordinaria ejercida por Rosalía Castro en la época á que me refiero. Baste, no obstante, por ahora el consignarlo, para citar los nombres de sus continuadores más ilustres: Valentín Lamas Carvajal y Juan Barcia Caballero.

Lamas Carvajal, recientemente fallecido, era, ante todo, un temperamento apasionado. Falto de vista, por lo cual se le llamó el *Homero gallego,* pero de muy clara inteligencia y de un gran corazón, pasó la vida pensando en la mísera situación de los aldeanos y deseando remediarla. Ellos han inspirado sus libros *Desde la reja, A musa d'as aldeas, Espiñas, follas y flores* y *Saudades gallegas,* de los cuales se han hecho numerosas ediciones, así como también de su célebre *Catecismo d'o labrego,* sátira popular en prosa de un humorismo que no tiene rival en su género.

Desde hace bastantes años se hallaba consagrado furiosamente á la política, y en sus luchas vivió dirigiendo *El Eco de Orense* hasta el 5 de Septiembre de 1906, en que le sorprendió la muerte.

En las encrucijadas de la lucha, casi siempre enconada y venenosa, ha sabido sacar indemnes su reputación de perfecto caballero y el prestigio de su nombre literario. En Orense se le ha atacado sin piedad; pero los mismos que le atacaron como político no traspasaron nunca la línea que les marca el general respeto que merece como poeta.

Barcia Caballero, por el contrario, es un poeta melancólico, cuyas rimas, á la manera de las de Bécquer, diríamos que eran imitaciones de Heine si no supiéramos la natural analogía que los poetas gallegos, dado su origen y temperamento germánicos, tienen con los poetas del Norte.

Su composición más celebrada es *O arco d'a vella,* tenida por una de las más clásicas del parnaso contemporáneo.

Catedrático de Anatomía de la Universidad de Santiago y publicista fecundo, comparten su laboriosidad los trabajos científicos, que ven la luz en las principales revistas de Europa, y los literarios, que aparecen en *El Eco de Santiago* ó son leídos en el Ateneo León XIII de la misma ciudad, donde la juventud le quiere por haber sido y seguir siendo el protector literario de casi todos los escritores jóvenes de Galicia.

Como felices continuadores de Rosalía, se debe también citar á Benito Losada, que cultivó el género picaresco y naturalista; á Juan A. Saco Arce, presbítero, filólogo y poeta, y á José María Posada, los tres ya fallecidos. Fáltame citar al sabio historiador y novelista, arqueólogo, crítico y bibliófilo, Manuel Murguía, personalidad grande y compleja que preside todo el movimiento literario de Galicia, compañero de los que él llamó *precursores,* maestro de los que actualmente luchan, como lo prueba su discurso sobre *Trovadores gallegos,* y ejemplo el más vivo del amor á la tierra que fué su cuna, pues en nadie como en él ha encarnado el espíritu de aquella hermosa región.

«Galicia está en el fondo de todas sus novelas—dice el notable escritor y poeta Aurelio Ribalta al tratar, con elogio, de Murguía—; Galicia está en el *Diccionario de escritores,* en el *Foro,* en la *Historia,* en *El Arte en Santiago,* en *Los Precursores,* en sus obras en proyecto; la *pequeña patria,* según su frase ya consagrada por el uso general para designar el país gallego, es su amor y es su ciencia, la lleva con él, y jamás se aparta de su dulce contacto.»

IV

Manuel Curros Enríquez.

Mis simpatías y entusiasmos por la poesía gallega tuvieron origen en las páginas de un libro cuyo mérito me pareció insuperable: *Aires d'a miña terra,* de Curros Enríquez. Era yo demasiado joven para haber oído hablar del poeta; pero, á pesar de ello y de las dificultades que para mí tenía la lectura de su lenguaje, que me era extraño, no vacilé en consagrarle mi admiración. Deletreando palabra por palabra, repitiendo estrofa por estrofa, saboreando una por una aquellas hermosas composiciones, conmovedoras, hondas, sinceras, intencionadas y viriles, sentía yo algo como la atracción de un imán poderoso que, haciendo vibrar las fibras de mi alma con amor á la infortunada Galicia, despertaba en mí el deseo de pelear también por la hermosa región española, para hacerme digno de gozar en ella la soñadora paz de sus frondosos castañares, el deleitable encanto del habla, al que un filólogo inglés llamó el *italiano de Occidente,* la dulce calma de las escenas campesinas, la serena placidez de aquel cielo, cobijador solemne de proezas y glorias.

Después, tras algunos años, he sabido de Curros Enríquez que nació en Celanova (Orense), que cursó la carrera de Derecho y fué desde sus mocedades periodista, y que los azares de sus campañas en la prensa y de su vida política le obligaron primero á emigrar á Londres, y después á Cuba, donde, desde entonces, ha vivido soñando en su Patria y deseado de ella.

Al estudiar más tarde la literatura de Galicia, he podido por mí mismo apreciar la influencia grande que las obras de Curros han ejercido en la poesía contemporánea de aquel pueblo. Y no sólo en la poesía. Acaso el fuego sagrado de la Patria gallega, mantenido cada vez con mayor entusiasmo y afán, se debe más á los emigrados ilustres que á los que no han dejado de pisar el patrio suelo. Al otro lado de los mares, el nombre sacratísimo de Galicia, diariamente bendecido y glorificado, preside corporaciones doctas, ilustrados diarios y revistas, libros y publicaciones notables... Defendiéndola y honrándola, viven allí sus hijos en ese vivo amor que enciende la ausencia de la tierra querida y que tan enardecidamente inspira á los poetas, amor que llega luego á nosotros vigorizado por los ambientes que cruza, y envuelto en las más sanas y fecundas oleadas de regeneración y progreso.

Poetas gallegos ausentes de la Patria

Leopoldo Basa, Manuel Castro López, Ricardo Conde Salgado, Fortunato Cruces, autor de *Primeras follas,* colección de cuentos y coplas; Adolfo Rey Ruibal, Martín Díaz Spuch, Bernardo Rodríguez y Francisco Sánchez García, en Buenos Aires; Ramón Armada, Avelino Chas, José Candocia, J. Fernández Merino y Eduardo Núñez Sarmiento, en la Habana, con otros más que pudieran citarse, son nombres de poetas gallegos que allá, en las remotas tierras

donde viven, saben honrar el solar patrio cantando las hazañas de sus héroes, el venerando recuerdo de sus glorias, las misteriosas frondosidades de las verdes umbrías, las accidentadas cuestas de sus negras montañas, los dulces *airiños da sua terra*...

«... Galicia, un paradiso
colocado aquí na terra
para habitalo Dios mismo.»

Entre los ausentes, debe contarse también al venerable autor del bello libro de poesías *Mágoas,* Fr. Samuel Eijan *(Fraysel),* franciscano, que desempeña hoy su sagrado ministerio en Tierra Santa.

Continuadores de Curros

Como continuadores de Curros Enríquez, citan los autores—y me refiero especialmente á *La literatura gallega en el siglo XIX,* de Eugenio Carré, libro muy notable y útil—á Pereira, García Ferreiro, Rodríguez González, Mastelo, Labarta y Núñez González.

Aureliano J. Pereira, ya fallecido, lugués, autor del hermoso libro *Cousas da aldea,* poeta muy castizo, acaso uno de los que tienen más riqueza de léxico, característica, común á todos los poetas de Lugo, fué periodista en su país y siguió siéndolo en Madrid, donde se le estimaba en mucho, tanto por su erudición como por su fecundidad, y por la fluidez y elegancia de su estilo literario.

Alberto García Ferreiro, orensano, fallecido también, poeta vigoroso, fué uno de los primeros líricos gallegos; autor de *Chorimas, Volvoretas, Lenda de groria* y *Follas de papel.* Á pesar de su altísima inspiración, la crítica, con mayor saña de lo que merecía, se cebó en su género rimado, acusándole de haberse propuesto innovar el dialecto gallego empleando modismos y haciendo frases que no se conocen en el lenguaje corriente. Á su tenacidad y entusiasmo por la ilustre pensadora Concepción Arenal se debe la estatua que existe en una de las plazas públicas de Orense.

Eladio Rodríguez González es uno de los poetas jóvenes de quienes más podía esperarse, á juzgar por las delicadas composiciones que figuran en su libro titulado *Folerpas.* ¡Lástima que las duras y penosas labores del periodismo absorban su atención y su tiempo, manteniéndole alejado del campo de la poesía, donde tanto pudiera honrar á la literatura de su país!

Evaristo Mastelo Paumán nació en la Coruña, donde comenzó la carrera de la Armada, llegando á guardia marina, la cual abandonó más tarde por la de Derecho, que cursó en la Universidad de Santiago, y que hoy ejerce en la ciudad que fué su cuna.

Es el primer cultivador de la sátira gallega, en cuyo género brilla, tanto por lo culto y elegante, como por lo inspirado y de exquisito gusto. Sus obras *Os afillados de Demo* y *Líricas gallegas* son verdaderas joyas, muy dignas de la buena acogida que tuvieron.

Enrique Labarta Pose es el más fecundo cultivador del género humorístico.

A su iniciativa y laboriosidad se debieron cuatro importantes revistas: *Galicia Humorística,* en 1888; *La Pequeña Patria,* en 1890 y 1891; *Extracto de Literatura,* en 1892 y 1893; y *Galicia Moderna,* en 1897 y 1898, en las cuales colaboraron los más ilustres escritores de Galicia y otros muchos no gallegos. Los libros de Labarta son tan numerosos como notables: *Bálsamo de Fierabrás,* colección de poesías; *Pasatiempos,* artículos, poesías, cuentos: ambos libros en castellano y gallego; *Sátiras de costumbres gallegas,* escrita en tercetos gallegos; *Millo mindo,* poesías gallegas; *A festa de Tabeiron,* también en el lenguaje regional; *Adormideras,* versos festivos en castellano; y *Cuentos humorísticos,* en prosa también castellana. Obras son todas éstas muy justamente celebradas y que circulan mucho.

Manuel Núñez González nació en Vilardebós; estudió con aprovechamiento la carrera de abogado; ganó, tras brillantes ejercicios de oposición, el Registro de la propiedad de Villalba, y pocos años ha renunció á él, ingresando como novicio de la Compañía de Jesús, la cual ha abandonado recientemente al volver á su Patria en busca de alivio para la quebrantada salud. Su bello tomo de versos gallegos titulado *Salayos,* y su *Monografía sobre la poesía popular gallega,* le hacen acreedor á un puesto preferentísimo en la literatura de su Patria.

Entre los poetas que no han publicado libros, pero cuyos versos gozan de merecida popularidad, figura en primer término Manuel Leiras Pulpeiro. Su cultura, especialmente en materia de lenguaje, le permite manejar muy bien el de la comarca mindoniense, en donde vive, el cual toma en su pluma ductilidades y medios de expresión á su alcance sólo, por su conocimiento del léxico vivo, no del arcaico, por su buen gusto en el empleo de las voces, y por el entusiasmo que le inspira la poesía popular, en cuya imitación ha llegado hasta falsificarla.

Urbano González Varela, poeta de los más cultos y elegantes, no coleccionó tampoco sus versos. Fué presidente de la Asociación de la Prensa de la Coruña, donde hizo muy lucidas campañas periodísticas. Y, además de periodista y poeta, fué pintor, discípulo de Casto Plasencia, y músico, en lo cual revelaba la variedad de dones que enriquecían su talento.

Poetas que no han publicado libros de versos

Entre los que, sin haber publicado libros, gozan también envidiable reputación, deben ser citados: el marqués de Figueroa y Salvador Golpe, á quienes, por otros conceptos, citaré luego; Juan García San Millán; José Rey González, de quien poseo una brillante colección manuscrita, titulada *N'a miña lingua,* en la que figuran más de veinte composiciones, todas ellas muy dignas de elogio; Víctor Castro Rodríguez, natural de Mugía, que, durante su vida de estudiante en Santiago, se distinguió como poeta en gallego y periodista en castellano; Avelino Barbeito (Noé Vila); Gerardo Alvarez Limeses, laureado en varios certámenes; Manuel Lago González y Antonio Rey Soto. virtuosísimos sacerdotes: del segundo, conozco las hermosas poesías gallegas y castella-

nas, publicadas en 1905 con el título de *Falenas;* Julio Camba, cuya firma aparece hoy con frecuencia en los periódicos de Madrid; Enrique Cantón Alvarado, poeta de las damas, fino y muy fácil en la composición; y los tres poetas prematuramente fallecidos: Elices, Rodríguez Seoane y Muruáis.

Quedan aún por citar otros muchos y distinguidos poetas, autores de notables libros; pero habiéndome extendido ya demasiado, hagamos punto y aparte.

V

La nueva generación.

Entre los poetas de la nueva generación figuró también, como astro de primera magnitud que brillaba con luz propia y con facultades sobradas para ser padre fecundo de constelaciones nuevas, un periodista que llegó á serlo ilustre, político sagaz y artista del vivir, como le llamó Navarro y Ledesma.

Me refiero á Alfredo Vicenti, el maestro sabio y bueno.

Nadie como él se vió en los comienzos de su vida literaria tan favorecido por las Musas, ni logró en tan poco tiempo tan envidiable fama de poeta.

Sus poesías circulaban de mano en mano, de boca en boca, manuscritas ó impresas, y un poeta gallego, Valentín Lamas Carvajal, las patrocinó y editó á su costa. Después se hizo otra edición en América.

No obstante, lejos de tener Vicenti en aprecio ó estima sus inspiraciones primeras, pareció siempre no abrigar otro anhelo que el de destruirlas y hacerlas olvidar; conducta que si obedeció acaso á las circunstancias del momento arriba expresadas, se debió más aún á las deficiencias y yerros de las citadas ediciones, pues, dirigidas ambas por los amigos del autor en ausencia de éste, adolecen de falta de unidad, orden, buen gusto y acierto en la elección de las composiciones, y abundan en descuidos y erratas de otro género, que no son ciertamente dignos de un libro de tan correcto y elegante poeta.

Así, en cuanto tiene noticia de que alguien posee un ejemplar, pone en juego, por apoderarse de él y retirarlo de la circulación, todas las *malas* artes de la seducción y el atractivo.

Lo *peor* es, para Vicenti, que algunas de las más notables composiciones de aquel, á pesar de todo, precioso volumen, como la titulada *El alma en pena,* que yo poseo manuscrita, se han hecho clásicas en el parnaso gallego, y están para siempre grabadas en la memoria de las gentes. No en balde el libro se tituló *Recuerdos.*

Alfredo Vicenti ha decidido, al fin, publicar una nueva edición de aquel libro, limpia de errores y que subsane las faltas de las ediciones primeras. Aparecerá en el próximo otoño, y constituirá, sin duda, una de las más ricas joyas de la poesía contemporánea.

De la nueva generación, aun cuando ya lleva largos años de triunfos, es en Galicia uno de los mejores y celebrados poetas Manuel Amor Meilán, de Lugo,

director del periódico *El Regional,* desde cuyo puesto ha llegado con su pluma á toda Galicia y aun á los teatros y periódicos de Madrid, pues es coautor de algunas obras aquí representadas y colaborador de algunos de nuestros diarios. Además del libro *Treboadas,* que publicó en 1884, en colaboración con Raúl Muñiz y Balli, tiene un considerable número de poesías premiadas en infinidad de certámenes; su casa es un museo de diplomas, laureles, premios; y digno es en justicia de tan honrosas distinciones quien, como él, posee una inspiración fluida, correcta, sonora y expresiva siempre.

Heraclio Pérez Placer es uno de los más fecundos escritores de Galicia. Su pluma, ora escriba en castellano, ora en el lenguaje peculiar de su tierra, se presta á los más variados géneros, desde el picaresco al sentimental, si bien su característica es la inquietud alegre y retozona. En 1888 publicó las leyendas en verso *O fillo dos tronos* y *Bodas de muerte,* á las que siguieron los *Cantares gallegos premiados, Contos, lendas é tradiciós, Contos d'a terriña,* modelo de picardía y de frescura, *Veira do lar, A vendimia, Grata lembranza* y *Muruxa,* todas ellas en verso gallego. Acaso traspasa alguna vez los límites de la más exquisita corrección; pero lo que peca de desenvuelto, lo compensa con exceso por lo intencionado. Como poeta sentimental en lo castellano, quedará muy por bajo su reputación. Las poesías contenidas en su reciente libro *Oqueruelas,* excepto algunos chispazos en los que el poeta revela su genio, abundan en incorrecciones. Aquellas *Zarzarrosas,* especie de *Humoradas* campoamorinas, y aquellas *Celindas,* cuyo título debe de tener su origen en las *Ofélidas* de Pichardo, no me parecen tampoco del mejor gusto.

Tienen publicados también muy notables libros: Rogelio Lois, fecundo poeta, fallecido hace poco, *Pedra... antre seixos* (1888), *Burbujas* (bilingüe), *Contos é cantares, Fabas é castañas, Estrugas y cantares gallegos;* Lisardo R. Barreiro, cuyas *Muestras sin valor* (1890), en gallego y castellano, se distinguen por sus brillantes descripciones; Jesús Rodríguez López, natural de Lugo—donde actualmente ejerce la carrera de medicina—, autor del hermoso poema *Cousas das mulleres* (1890), de la poesía premiada *Malla,* y de la brillante colección titulada *Posaxeiras,* en la que retrata fielmente las bellezas del campo y las sencillas y deleitables costumbres campesinas; Amador Montenegro, fabulista, *Fábulas y epigramas* (1891) y *Muxenas;* Galo Salinas, cuya *Lenda de horrore, A mitra de ferro ardente* y el poema en tres cantos *¡Galicia!,* contienen muy rotundos é inspirados versos; Florencio Vaamonde, erudito escritor y castizo poeta, autor del libro de poesías *Mágoas* y del primer poema épico gallego *Os galaicos* (1894), compuesto en cuatro cantos de entonadas y robustas octavas reales, las mejores que conozco en gallego, traductor de los poetas griegos y latinos: las *Odas* de Anacreonte, el libro VII de *La Eneida,* y la *Epístola* de Horacio *á los pisones.* Manuel Lugrés Freire, á quien consagraré mayor atención al tratar del teatro gallego, es otro de los poetas más celebrados hoy. Natural de la villa de Sada, emigró á los veinte años á Cuba, donde, á la vez, se dedicó á las labores literarias ó periodísticas y á las comerciales, publicando en 1894 su primer libro, *Soïdades,* en cuyo

prólogo, de Curros Enríquez, hallan premio, con los elogios del maestro, las campañas libradas por Lugrés en pro del adelanto de Galicia, y sus esfuerzos por dignificarla, como entusiasta admirador de sus grandes hombres, divulgador incansable de su historia, y valeroso paladín del movimiento regionalista de su Patria. Á su regreso á España publicó *Noitebras,* colección de poesías muy superior á la publicada en la Habana.

En el horizonte de la poesía regional asoma otro poeta de alientos vigorosos, amante del terruño, y de alma y corazón de artista: Antonio Noriega Varela, joven mindaniense, ex seminarista, que en 1895 publicó *De ruada,* y más tarde un librito de versos ternísimos y delicadamente perfilados, impreso en Luarca y titulado *Montañesas,* en el que, en medio de la inseguridad propia de la juventud, se ve una perfecta comprensión del lenguaje gallego y del peculiar carácter de aquel pueblo. Es un libro que ha sabido sorprender lo más íntimo de la poesía popular.

En 1896 y 1898 publicáronse, respectivamente, dos libros muy notables: *Brétemas* y *Rayolas,* ambos en prosa y verso, en los que, alternando con los trabajos originales, figuran muy bellas traducciones de poetas extranjeros y castellanos. Su autor, Eugenio Carré Aldao, librero, bibliófilo, poeta, ex secretario de la Real Academia Gallega, en cuyo cargo le ha sucedido Salvador Golpe, ha contribuído mucho á la relativa unidad ortográfica que se observa entre los escritores gallegos del día, y se ha manifestado acertadísimo en la elección de las voces y en la determinación de su morfología literaria, para separar ésta de la viciosa pronunciación en que incurre el vulgo de los suburbios urbanos.

Uno de los escritores gallegos más ilustrados que yo conozco, más amantes de su país y más queridos en él, es Aurelio Ribalta, á quien debo, no sólo muchos de mis entusiasmos por Galicia, que surgieron en mí al oirle hablar, sino la relación, para mí tan honrosa, en que estoy con los más notables literatos de aquella comarca. Aurelio Ribalta nació en el Ferrol, y estudió en Santiago la carrera de Derecho. Su característica como escritor es la corrección del estilo, tanto en prosa como en verso, tanto en castellano como en gallego, pues no soy yo el primero que dice de él que maneja la lengua de Cervantes con la propia facilidad que la de Rosalía Castro. La hermosa poesía *Os meus votos,* que el Ateneo León XIII, de Santiago, premió el año 1897 en público certamen, costeando luego una edición de ella que regaló á su autor, poesía traducida al castellano por Ramón Robles; y la composición, no menos notable, titulada *Lembranza d'amore,* publicada en el *Almanaque de Galicia,* de Buenos Aires, y muy reproducida y elogiada en Galicia, acreditaron á Ribalta de gran poeta.

Francisco Tettamancy es otro meritísimo escritor, de los más estimados en su país. Como periodista se distingue en la *Revista Gallega,* de la Coruña, de la que es director Galo Salinas, y como poeta ha alcanzado repetidos triunfos á raíz de la publicación de sus libros *Enredadas* (1902), excelentes composiciones satíricas, el poema *O Castro de Cañas,* y la leyenda *Diego de Lamboulo.*

Poetas no nacidos en Galicia que han escrito en gallego

Muchos son los escritores y poetas que, sin ser naturales de Galicia, han cultivado el idioma de aquel país. Figuran entre ellos: Francisco Alvarez Novoa, de padres gallegos, nacido en Andalucía; Gonzalo Cantó, alicantino, aplaudido autor dramático; Fernando García Acuña, cubano, autor de *Orballeiros,* en castellano y gallego; Luis González López Cando, laureado en Lugo, y Ramón de Lartundo, ambos madrileños; el Dr. J. Leite de Vasconcellos, portugués; Francisco Lumbreras, madrileño, poeta reputadísimo, de larga carrera de triunfos; Manuel Martínez González, natural de Guadalajara, autor de *Poemas gallegos,* en cuya obra ha sabido encontrar puro el arte sin salirse de la más fiel realidad de las cosas, de los caracteres y los usos gallegos; el sabio historiador, arqueólogo, de quien trataré luego, Andrés Martínez Salazar, natural de Astorga, y Francisco Rodríguez Marín, eruditísimo literato, académico de la Española, y brillante poeta andaluz.

El nombre de este distinguido escritor últimamente citado me trae á la memoria, con su *Colección de cantos populares españoles,* el *Cancionero popular gallego,* de José Pérez Ballesteros, literato, filólogo, poeta y director del Instituto de la Coruña; *Cancionero* de incalculable valor por el rico tesoro de composiciones que contiene y por el interesante *Apéndice,* en el que se adicionan á las coplas gallegas de carácter general sus concordancias y correspondencias castellanas, andaluzas y catalanas; trabajo que me proporciona la satisfacción de citar con elogio á su autor, Antonio Machado, uno de nuestros primeros folkloristas.

VI

Historiadores y eruditos.

Siguiendo el estudio de la literatura gallega, y antes de tratar de los novelistas y demás escritores, quiero hacer un paréntesis dedicado á los historiadores y eruditos que actualmente honran á su Patria con trabajos y publicaciones de extraordinario mérito é interés.

El considerable número de hombres de estudio que consagran su inteligencia á desentrañar el misterio de la historia de su país, á embellecer y analizar su lenguaje, á detallar el valor y el origen de sus monumentos, de sus joyas artísticas, nos dará la misma resultante que la que llegamos á obtener cuando, al enumerar los infinitos nombres de los vates ilustres á quienes inspiran admirables versos las bellezas, las costumbres, las tradiciones de Galicia, llamábamos á esta región «hermosa tierra de los dulces poetas». Sumadas ambas análogas resultantes, podremos convenir ahora en que Galicia es algo más: no es sólo la tierra de los que cantan sus bellezas, sino de los que las cantan, las admiran y las ven, porque en ella ponen toda su atención, y la

consagran su vida, y la realzan, y la idealizan; en una palabra, porque la aman; y dichosos los pueblos que se preocupan mucho de conocer y honrar su historia, de hermosear sus poblaciones y cultivar sus campos, de admirar sus tesoros y cantar sus bellezas, porque todo ello es patriotismo, virtud, es decir, amor, y amor es germen el más fecundo de felicidad y engrandecimiento.

Sólo así se explica que sean tan indiscutibles y tantos los hombres ilustres que dan honra y brillo á las ciencias, las letras y las artes de aquella privilegiada región española.

Entre los historiadores y eruditos, debe ir en primer término el sabio eminente D. Manuel Murguía, cuyo elogio hice ya al tratar de los *precursores*. La brevedad á que debo reducirme. me impone economizar palabras y remitirme á cuanto ya he dicho por no incurrir en repeticiones; pero la circunstancia de no ser Murguía todo lo conocido y admirado que merece, obliga también á no citarle nunca sin remarcar la transcendencia grande de su obra, no sólo para Galicia, sino para España entera; y tanto como crítico y bibliófilo, como por sus monumentales trabajos de arqueología, de novela y simplemente de historia.

Su *Historia de Galicia* y su *Diccionario de escritores gallegos,* obras no terminadas aún, crearon en Galicia las ciencias de la biografía y de la historia. *El arte de Santiago durante el siglo XVII* y *Galicia,* descripción de las villas y ciudades gallegas, son libros en los que por primera vez se tratan asuntos de tal naturaleza. Por último, *Los precursores,* la más personal de sus obras, porque se refiere á una época vivida por él, llena de afecciones y recuerdos, salva del olvido unos cuantos hombres ilustres y sucesos memorables que constituyen para Galicia indiscutible gloria.

Uno de los hombres que más saben de cosas de Galicia es el ilustre canónigo de la catedral compostelana D. Antonio López Ferreiro. Dispensado de asistir á coro para que pueda consagrarse á sus importantes estudios, trabaja actualmente en su monumental *Historia de la S. A. M. I. catedral de Santiago.* Acaba de publicarse el séptimo volumen, macizo, basado, como los anteriores, en valiosos é interesantísimos documentos inéditos, algunos de los cuales se reproducen íntegros en la segunda mitad del libro.

Había escrito ya notabilísimos trabajos históricos. Entre ellos, *Galicia en el último tercio del siglo XV,* que se publicó en la difunta *Galicia Católica,* de Santiago, y se reimprimió en dos tomos de la *Biblioteca Gallega.*

Hasta como novelista es historiador, y sus novelas, escritas en gallego, *Tecedeira de Bonaval* y *Castelo de Pambre,* son verdaderas reconstrucciones históricas de las épocas que respectivamente describen.

Entre los eruditos españoles merece un lugar preferente, un puesto de honor, el fundador de la *Biblioteca Gallega,* D. Andrés Martínez Salazar.

Aun sin haber nacido en Galicia, es para las letras de aquella región una gloria de tan extraordinario relieve, que siempre que de literatura gallega se trate, será indispensable reconocerla.

La *Biblioteca Gallega*, fundada y editada por él á costa de no recompensados esfuerzos, no sólo tiene el valor de sus 52 tomos notabilísimos, sino el de haber fomentado el movimiento literario, é influído en él provechosamente, á lo cual contribuyó también con otras publicaciones de libros y revistas que serían bastante para acreditar por sí solas de laboriosa y fecunda la vida literaria de un hombre.

Pero Martínez Salazar ha hecho más, interesándose por las glorias de Galicia y dedicándose al estudio y á la investigación de su historia, con lo que ha producido originales libros tan notables como *El cerco de la Coruña en 1859* y *Mayor Fernández Pita,* fruto de muchos años de no interrumpida labor; *La Beneficencia en Betanzos en los siglos XVI, XVII y XVIII, Homenaje á la Coruña, Antiguallas de Galicia,* y sobre todos la *Crónica Troyana,* que editó en 1900, después de cinco años de constante trabajo, y cuya publicación produjo gran entusiasmo entre los literatos y lingüistas españoles y extranjeros.

Los *Apuntes gramaticales* y *Vocabularios* que acompañan y avaloran este famoso códice son debidos al sabio lingüista ciego D. Manuel Rodríguez y Rodríguez, de quien conozco otras dos obras igualmente dignas del mayor elogio: *Estudio clásico sobre el análisis de la lengua española* y *Origen filológico del romance castellano,* á los cuales dedicaré en otra ocasión la atención que merecen.

Figuran, además, por derecho propio entre los eruditos é historiadores gallegos, el famoso arqueólogo D. José Villaamil y Castro, cuyo último libro, *Iglesias gallegas de la Edad Media,* representa una admirable labor de medio siglo, no sólo de investigación, sino de rectificación de otros estudios hechos; D. Leandro de Saralegui, que en sus *Estudios sobre la época céltica en Galicia, Efemérides ferrolanas* y otros muchos artículos y folletos, realiza verdaderos descubrimientos, especialmente en la historia del Ferrol anterior al siglo XVII; D. Augusto González Besada, ex ministro de Hacienda y de Gobernación, que antes de ser político cultivó la literatura, publicando obras tan brillantes como *Cuadro de la literatura gallega en el siglo XIV* é *Historia de la literatura gallega;* D. Angel Amor Ruibal, cuyos dos grandes tomos sobre *Problemas fundamentales de la Filología* han marcado una nueva etapa de esta ciencia; D. Federico Mariñeira, el más joven de los arqueólogos gallegos, cronista del condado de Santa Marta, su patria, en un abultado y erudito libro que se titula *Crónica de Ortigueira,* y uno de los más concienzudos y bien orientados investigadores de la preshistoria; en las cuales investigaciones se ha distinguido también D. Celso García de la Riega, pontevedrés, cuyas obras *La Gallega, nave capitana de Colón,* y *Galicia antigua* son unánimemente celebradas.

Don Ramón Bernárdez, ilustre teólogo, abad de la Colegiata de la Coruña, una de las figuras más acentuadas en la intelectualidad contemporánea, no por haber escrito mucho, sino por la influencia de su espíritu.

Don Eugenio Carré Aldao, autor de las interesantísimas obras *La litera-*

tura gallega en el siglo XIX y *Apuntes para la historia de la imprenta y el periodismo en la Coruña;* D. Florencio Vaamonde, por su *Resumen da Historia de Galicia* y su *Geografía de Galicia;* D. Francisco Tettamancy, que además de sus nutridos *Apuntes para la historia comercial de la Coruña,* tiene en prosa otro libro titulado *La revolución gallega en 1846;* D. Emilio Villelga, catedrático del Seminario de Santiago, autor de valiosos trabajos de apologética cristiana; los Sres. Martínez Sueiro y Riguera Montero, muy dado este último á los estudios de gramática, y autor de multitud de trabajos sueltos sobre asuntos literarios del país; D. Pablo Pérez Costanti Ballesteros, archivero del Ayuntamiento de Santiago, autor del *Índice de la Sección de Protocolos* de aquel archivo y de otras obras no menos importantes, aún en publicación; D. Casto San Pedro, de Pontevedra; D. Arturo Vázquez Núñez, de Orense, donde acaba de fallecer, y el marqués de Figueroa y D. Manuel Núñez González, autores de muy notables estudios sobre la poesía gallega.

Para terminar esta parte de mi trabajo, citaré á D. Víctor Saiz Armesto, que publicará muy en breve un tomo relativo á la leyenda de *Don Juan,* con interesantes notas y glosas, y á D. Benigno Teijeiro, escritor gallego residente en la Argentina, que prepara también, acaso lo haya publicado ya, un importante trabajo sobre *La intelectualidad gallega en el siglo XIX.*

Como se ve por las obras y los nombres últimamente citados, sería necesario, para estudiarlos con la atención que merecen, no un capítulo, sino un libro aparte, que desde luego tiene asegurada su utilidad.

VII

La prosa.—Novelistas, cuentistas y otros escritores.

Queda probado que aquel país, «Galicia nunca fértil en poetas», como dijo Lope de Vega, ha desmentido la acusación del Fénix de los ingenios españoles.

En prosa no ha sido, en cambio, tan fecunda. El P. Blanco García reduce su información á media docena de líneas, brevísimo párrafo que dice así:

«Contadísimos son los ensayos que hasta ahora se han hecho para aclimatar en la literatura regional gallega la prosa narrativa... Se han escrito en gallego relatos breves, más afines al cuento que á la novela, entre los que merece recordarse uno de los últimos en la fecha de publicación, *Ferruxe,* por Aurelio Ribalta.»

Sin inconveniente podemos afirmar que el malogrado agustino se excedió en su laconismo.

No hay necesidad de remontarse á los siglos XIII y XIV, como lo hacen Vaamonde y Carré, cuando nos hablan de las traducciones de las *Partidas* del Rey Sabio y la de la *Crónica Troyana,* de Benito de Saint Maur, hecha en el siglo XIV por un capellán de la casa de Andrade, y publicada en 1900 por An-

drés Martínez Salazar, con un notable prólogo de Manuel Rodríguez Rodríguez sobre el origen del romance gallego. Obras hay desde entonces que, ciertamente, dan gloria á las letras gallegas, como la *Crónica gallega de Iria,* de Juan Rodríguez del Padrón, y otros dicen de Ruiz Vázquez; *Historia de Santiago, ó sea de Iria,* y la traducción de los *Miragres de Santiago, Códice* del Papa Calixto II, todos del siglo XV; la *Relación de algunas casas y linajes del Reino de Galicia,* por Vasco d'Aponte; la *Historia Gótica,* de D. Servando, obispo de Orense, confesor del Rey D. Rodrigo, y las *Reglas de las Constituciones de Santa Tegra,* obras del siglo XVI.

Sin salir del siglo XIX y de la época contemporánea, encontraremos tesoros de la prosa gallega, muy dignos, no ya sólo de mención, sino de elogio.

Á raíz de la guerra de la Independencia, en 1810, José Fernández Neira publicó en la Coruña sus célebres *Proezas de Galicia,* explicadas bajo la conversación rústica de Chinto y Mingote. «El diálogo—dice Carré—, escrito con sencillez adecuada á la índole de los interlocutores, fué utilizando el lenguaje empleado en cada una de las siete provincias en que estaba dividido este antiguo Reino. Su autor, oficial de la Secretaría de la Junta Soberana de Galicia, luchó con la pluma y con las armas contra el yugo extranjero, y más de una vez regó con su sangre los campos de batalla.»

Pedro Boado Sánchez, canonista ilustre y liberal entusiasta, publicó en Orense (1823) su *Diálogo entre dos labradores gallegos, afligidos, y un abogado instruído, despreocupado y compasivo;* libro que, influído por el anterior, le supera en gracia y en valor literario.

Mariano Roche y Trejas publicó en 1880 otro diálogo, aun cuando bilingüe y en prosa y verso; su título era: *El viajero y la gallega del Sil.*

La primera novela gallega de que tengo noticia es la titulada *Majina ou a filla espúrea,* publicada en 1880 por la *Ilustración Gallega y Asturiana.* Su autor, Marcial Valladares, natural de Vilancosta (Pontevedra), donde nació en 1821, es también autor de un *Diccionario gallego.*

Aparecen luego *Xuana,* novela premiada en Pontevedra (1886), y *Os fillos da praya* (Santiago, 1887), premiada también, ambas de Manuel Amor Meilán, uno de los más fecundos autores gallegos, cien veces laureado por sus obras poéticas, novelas y estudios literarios, críticos é históricos.

Valentín Lamas Carvajal merece también un puesto entre los prosistas. En 1886 publicó el *Catecismo do labrego,* del que se han hecho innumerables ediciones, y en 1887 *Gallegada,* colección de tradiciones, costumbres, tipos y cuentos *da terriña.*

Francisco Portela Pérez, natural de Pontevedra, publicó en 1883 sus notas descriptivas de costumbres populares *As romerias,* folleto del que se han hecho después dos ediciones.

Heraclio Pérez Placer dió luego á luz dos libros: *Contos, leendas é tradiciós de Galicia* (Orense, 1891), y *Contos da terriña,* tomo XXXVIII de la *Biblioteca Gallega* (Coruña, 1895).

El sabio historiador y arqueólogo D. Antonio López Ferreiro distinguióse

en la novela histórica con sus obras *Tecedeira de Bonaval* (Santiago, 1894) y *Castello de Pambre* (Santiago, 1895), muy elogiadas por sus tendencias á la restauración del lenguaje.

Aurelio Ribalta publicó (Coruña, 1891) su linda novela *Ferruxe*, de brillante estilo.

Brétemas (Coruña, 1896) y *Rayolas* (Coruña, 1898), de Eugenio Carré Aldao, singularmente *Rayolas*, contienen bellas páginas de prosa.

En 1896 publicó también Francisco A. de Novoa su colección de cuentos *Pé das Burgas*, que forman el tomo XLIV de la *Biblioteca Gallega*.

Luis Otero Pimentel publicó en la Habana (1898) una novela, *A Campaña de Caprecarneca*, y Fortunato Cruces, en Buenos Aires, sus *Primeiras follas, contos y copras*, á cuyas obras, publicadas en Ultramar, hay que añadir la novela de costumbres *A besta*, de *Xan de Marma*, publicada en la Habana en 1893.

Del mismo año es la novela de Jesús Rodríguez López *A Cruz de Salgueiro*, publicada en el folletín de *El Regional*, de Lugo.

De 1899 es también el *Resume da Historia de Galicia*, de Florencio Vaamonde, libro cuya segunda mitad es la *Historia da literatura gallega*, y una *Antología* de los escritores de la región.

En 1900, Francisco Camba dió en el folletín de *La Idea Moderna*, de Lugo, su novela *O terruño*; y en 1902, Francisco Porto Rey publicó su novela *Cascarrabias ou o filósofos das larqueixas*.

Entre los cuentistas debe también citarse á Valentín Lamas Carvajal, Urbano González Varela, Manuel Lois Vázquez y Justo E. Areal, ya fallecidos, y á Galo Salinas, Francisco Tettamancy y Francisco Romero Blanco, por haber cultivado todos ellos con entusiasmo la prosa gallega, reverdeciendo los gloriosos laureles de sus pasados tiempos de esplendor. En llegando á este punto, no puedo menos de hacer mención del marqués de Figueroa, hoy ministro de Gracia y Justicia, novelista ilustre, de quien ya hablamos como poeta gallego, cuyos versos andan hoy por las antologías firmados por *Fernán-Pardo*. Sus novelas más importantes son: *El último estudiante, La Vizcondesa de Armas* y *Gondar y Fortaleza*. Esta última, publicada en 1900, es lo que pudiéramos llamar *novela de ideas*. Se caracteriza el estilo del marqués por la notable cualidad de su precisión, esto es, por la justeza de los matices que, con elegantes incisos, sabe dar á las más leves mediastintas y á los colores más fuertes.

Otros escritores hay, de muy distinta clase, que considero oportuno citar aquí.

Don Antolín López Peláez, obispo de Jaca, autor de obras como *El gran gallego* (P. Sarmiento), *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo, El monasterio de Samos*, etc.; Waldo Alvarez Insúa, natural de Estrada (Pontevedra), cuya principal labor fué la que hizo en Cuba en su famosa revista *El Eco de Galicia*, y como vicepresidente del Centro Gallego de la Habana, precisamente en la época en que la Sociedad echó los cimientos de su actual esplendor. (Tiene hoy 14.000 socios y un capital que llega á siete millones de

pesetas. Las principales obras de Insúa son: *Ecos de mi Patria,* que forma el tomo XVIII de la *Biblioteca Gallega,* y la novela *Finis,* en la que describe los últimos días de España en Cuba.

Juan Neira Cancela, de Vigo, y que actualmente vive en Orense, es un escritor costumbrista de mucho relieve. Es militar, y sus versos *Ecos del campamento* formaron su primer libro; pero las principales de sus obras son: *Caldo gallego* y *Montaña de Orense.* Colabora en los más importantes periódicos de la región y en algunos de la corte. Fundó y dirigió la revista *Galicia Literaria* y el semanario satírico *La Gaita.* Sostuvo polémicas ruidosas en la prensa, consagrando siempre sus escritos al bienestar de su país y á pintar sus bellezas y costumbres.

Salvador Golpe, eterno mantenedor también de su querida Patria, ya elogiado antes como poeta, tiene otros libros á los que debe su reputación: *De la Coruña á la Cárcel, pasando por Galicia, Patria y región, Regionalismo y lenguaje.* Sus versos rebosan ternura. Lo mejor de su obra no se ha impreso: son sus hechos en favor de su Patria. No venía siendo, sin embargo, más que un abogado de la Coruña, donde ejerce la profesión. Recientemente, la Real Academia Gallega le ha hecho justicia, confiándole su secretaría. Peina canas, pero sigue siendo un niño. Es muy culto, y escribe con pasmosa sencillez.

Entre los escritores jóvenes despuntan hoy y se distinguen publicando artículos: José Pan de Soraluce, Francisco Villar Ponte, Eduardo Lence Guitián, Jaime Quiroga y Pardo Bazán, autor también de un muy notable libro de viajes; Juan Tejada Velasco, director de *Coruña Moderna,* y Jesús Rey Alvite, de Santiago, excelente escritor, oficial de ebanista y alma del orfeón «Unión Artística de Santiago», que preside Ribalta.

No hemos de recordarlos todos; pero basta con los citados, sin que olvidemos tampoco los nombres insignes, como Pardo Bazán y Valle-Inclán, para dejar probado que si entre los literatos de Galicia abundan extraordinariamente los poetas, en gallego ó en castellano, no es tampoco menguado el número de los prosistas; número que, significando ya una realidad brillante, permite abrigar más halagadora esperanza y tener fe en un porvenir esplendoroso.

VIII

El teatro. — Los primeros ensayos. — Procedimiento artístico. Obras y autores.—La Escuela Regional de Declamación.

Decíamos que los grandes poetas gallegos desmintieron el célebre verso de Lope de Vega, y probado quedó, contra los detractores del lenguaje, que éste se presta, igual que á los sencillos decires del pueblo, á las sublimes concepciones de la fantasía.

Faltaba, pues, sólo probar si el lenguaje vulgar, campesino ó rústico, elevado así á hermosa lengua literaria, se prestaba, lo mismo que á la poesía, á

crear un teatro; y aun cuando no han sido muchos los ensayos, el resultado fué tan brillante, que el teatro gallego puede tenerse ya por una realidad.

Hasta hoy, podemos enumerar tan sólo un puñado de obras:

A Fonte de Xuramento, drama de Francisco de la Iglesia. (Coruña, 1882.)

Non mais emigración, apropósito lírico-dramático de Ramón Armada Tejeiro. (Habana, 1886.)

A Orfa de San Lorenzo, de Rogelio Civeira. (1886.)

Pedro Madruga, drama histórico en un acto y en verso, de Juan Cuveiro Piñol. (Pontevedra, 1887.)

A Tarre de Peito Burdelo, drama histórico. (Coruña, 1891.)

¡Filla!..., cuadro dramático en un acto y en verso, de Galo Salinas. (Coruña, 1892.)

A Ponte, drama en dos actos y en prosa, dividido en tres cuadros, por Manuel Lugrés Freire. (Coruña, 1903.)

Minia, drama en un acto y en prosa, de Manuel Lugrés Freire. (Coruña, 1904.)

Mareirás, drama en tres actos y en prosa, de Manuel Lugrés Freire. (Coruña, 1904.)

Esclavitú, drama en dos actos y en prosa, de Manuel Lugrés Freire. (Coruña, 1906.)

Debemos citar, además, por su antigüedad, el *Sainete gallego,* de Antonio Benito Fandiño. (Orense, 1841.)

Entre las obras bilingües:

O preito do gallego, anónima.

Maruxiña, comedia en tres actos, de Ricardo Caruncho y J. García Cuevas. (Santiago, 1896.)

La vuelta de Farruco, zarzuela en un acto, de los mismos autores. (Badajoz, 1898.)

Sin olvidar tampoco los

Apropósitos de Carnaval, «que se representaban anualmente en varias poblaciones de Galicia, y en los que figuran tipos hablando en gallego» (1).

Entre las obras inéditas:

Una revolta popular, drama premiado en Pontevedra, de Emilio Alvarez Jiménez.

Perucho de Cancela, sainete de José Cao.

Galo Salinas anuncia, en una nota autobibliográfica, tener acabadas para el teatro las siguientes obras en gallego:

Feramar, drama marítimo en un acto y en prosa.

Sabela, comedia de costumbres montañesas en un acto y en prosa.

A Fidalga, poema idílico dramático en prosa y en tres jornadas: *El amanecer, El medio día* y *El anochecer.*

A Campan, diálogo dramático en un acto y en prosa.

---

(1) Carré, pág. 63.

Los primeros ensayos fueron, naturalmente, hechos con temor y hasta con notorio desacierto en la elección del gallego que había de elegirse para el diálogo. Las obras estaban inspiradas en la más antigua escuela, inadecuada ya á la época en que habían de representarse, y los asuntos eran todos buscados entre gentes del campo, en cuyos labios se creía encontrar la única fuente, ó, á lo menos, la más pura del lenguaje regional.

«Era necesario—dice un crítico—que el drama gallego se desarrollara por los nuevos procedimientos artísticos para arraigar en el gusto del público, y que se empleara en su confección el idioma patrio, la propia lengua en que sus personajes se expresan en la vida real, para no quebrantar los más elementales principios de la estética. De este modo, se abría para nuestra población rural—que alcanza á una cifra superior á dos millones—el campo del arte, donde tendrían cabida sus sentimientos, su vida espiritual, en suma. La literatura representable tiene más fuerza de penetración, se apodera más fácilmente del alma y de la voluntad del público. Es el arte *hecho carne,* en el cual las notas pasionales toman más vida, más valor y carácter de verosimilitud, gracias á la fábula de que se vale y á los medios materiales de su ejecución, llegando fácilmente á conmover el corazón de los oyentes en el sentido que á su autor le plugo.»

Despréndese de aquí la importancia suma de la creación del teatro regional, y el entusiasta aplauso que merece el vigoroso esfuerzo de los dos principales dramaturgos de Galicia: Galo Salinas y Manuel Lugrés Freire.

Galo Salinas, de la Coruña, donde actualmente dirige la *Revista Gallega,* ya en el año XIII de su publicación, es uno de los escritores más activos y laboriosos, cuya obra no ha sido aún bastante recompensada. Su talento abarca todos los géneros literarios: la poesía, la novela, el cuento, la crítica, el teatro. Es un escritor fiel y fecundo, que igual domina la nota sentimental que la más regocijada ó la más briosa, siempre á tono con aquello que relata, canta ó describe.

En el teatro Principal de la Coruña representóse el 18 de Enero de 1903 su cuadro dramático *¡Filla!...,* que tuvo un gran éxito, y que fué realmente el primer paso dado en serio y con resonancia bastante para estimular á cuantos pudieran acometer la gloriosa empresa.

¡Filla!... se había premiado en los Juegos florales de Pontevedra de 1892, y habíase ya representado en Buenos Aires dos años después por la Sección Declamatoria del Orfeón Gallego.

Manuel Lugrés Freire, á quien también hemos elogiado ya como poeta y prosista, cuando nos referimos á sus libros *Soïdades* y *Noitebras,* es más autor dramático que Galo Salinas.

Lugrés, lejos de cultivar solamente el arte por el arte, es más moderno en la concepción de sus obras, se preocupa de copiar con los colores más vivos el medio ambiente regional, y de fustigar los vicios sociales y encomiar las perfecciones, desarrollando temas ó tesis de carácter social; circunstancias que avaloran notablemente sus producciones dramáticas.

En *A Ponte* y en *Minia,* el autor ataca el caciquismo enseñoreado en Galicia, y en *Mareirás* combate á los clérigos que no copian, en el cumplimiento de los sagrados deberes de su ministerio. la caridad y la mansedumbre, el amor y la humildad de su divino Maestro.

Los dramas de Lugrés son todos en prosa y se desarrollan en Galicia y en la época actual. Están admirablemente planeados, y hablados con sencilla y correcta elegancia.

Su última obra, *Esclavitú,* no representada aún, que yo sepa, es ya un verdadero modelo, que le acredita de primer autor dramático de Galicia.

¡Lástima que los esfuerzos de Galo Salinas y de Lugrés no sean secundados por una buena compañía de actores que, además de aspirar á la gloria, se apercibieran del negocio indudable, positivo, de tener por campo de acción, no solamente Galicia, sino las infinitas poblaciones de América donde la colonia gallega es numerosa!

La Escuela Regional de Declamación, fundada no hace muchos años por el inteligente y joven actor Eduardo Sánchez Miño, y dirigida más tarde por el joven actor y poeta Bernardo Bermúdez Sambrina, pareció asegurar ya el triunfo completo del arte dramático gallego; pero el traslado á Madrid del director y la rivalidad que esteriliza todo esfuerzo, dieron al traste con la simpática institución, cuando ya el público, familiarizado con el lenguaje vivo y palpitante, acudía espontáneamente á las representaciones de la Escuela, y cuando fuera del país había también logrado ésta atraerse la atención de los intelectuales.

De desear es que las dificultades se venzan y los elementos dispersos se congreguen, para que de nuevo veamos erguido el que, por el solo esfuerzo de unos cuantos entusiastas, logró ser ya monumento glorioso del teatro naciente.

IX

Escritoras gallegas.

Tan proverbial es el renombre que las mujeres gallegas gozan en las letras, que ya era general aseveración de los historiadores y geógrafos romanos, respecto al país galaico, donde, según ellos, las hembras se llevan la palma en improvisar, cantar y tañer.

Así lo hizo notar doña Emilia Pardo Bazán hablando de Rosalía Castro en ocasión solemne.

Otro ilustre gallego, el P. Sarmiento, decía también de ellas: «En Galicia, las mujeres no sólo son poetisas, sino también músicas naturales. En otras provincias, los hombres son los que componen las coplas é inventan los tonos ó aires; y así se ve que, en este género de coplas populares, hablan los hombres con las mujeres, ó para amarlas ó para satirizarlas. En Galicia es al contrario: en la mayor parte de las coplas gallegas hablan las mujeres con los

hombres, y es porque ellas son las que componen las coplas, sin artificio alguno, y ellas mismas componen los tonos ó aires á que las han de cantar, sin tener idea del arte músico.»

De lo que conservan todavía esta preciada cualidad, habla elocuentemente la lista de escritoras gallegas que da Eugenio Carré en su notable obra *La literatura gallega en el siglo XIX*.

Después de citar á Rosalía Castro, dice así en una nota:

«Sigue hoy mismo la mujer gallega ocupando lugar distinguidísimo en las Bellas Artes, y especialmente en la literatura. La ilustre coruñesa Emilia Pardo Bazán es una de las glorias de las letras. Sofía Casanova de Lutoslawski, residente en Cracovia (Austria), es inspiradísima poetisa y celebrada escritora, honra de su pueblo natal, la Coruña, que también cuenta entre las cultivadoras de las letras á Virginia Felisa Auber, muerta ha poco en Madrid, novelista y escritora apreciadísima en la Habana, donde empezó á publicar sus trabajos, y á Manuela Cambronero, autora de *Días de convalecencia,* que fué discretísima literata. Ferrol se envanece de haber sido cuna de Concepción Arenal, pensadora de fama universal. Santiago fué patria de Francisca Isla y Losada, de gran instrucción y especial entendimiento, llamada la *Musa gallega,* y de Narcisa Pérez Reoyo, distinguida poetisa.

»Las demás ciudades gallegas aportan su contingente á esta lista, y, entre ellas, debemos señalar á Filomena Dato Muruáis, genial poetisa, que lo mismo arranca de su lira deliciosos poemas castellanos, que melancólicas y sentidas composiciones en gallego; *Eulalia de Lians,* seudónimo de Fanny Garrido de Rodríguez Mourelo, novelista y traductora del teatro de Goethe; Marcelina Soto Freire, inspiradísima autora de delicadas composiciones gallegas, que su modestia no dió á conocer; *Morana* y *Una gallega,* seudónimos con que se encubre el nombre de Ramona de la Peña y Salvador de Castro López, genial escritora; Elvira Curea del Castillo, poetisa; Avelina Valladares, Hipólita Muiño de Sandrool, Emilia Calé Torres de Quintero, Clara Corral, Elisa Lestache, Sarah Lorenzana, condesa de Parcent, y otras muchas más, sostienen con gloria el renombre de que en las letras gozan las mujeres gallegas.»

En esta brillante lista, á la que pudieran añadirse todavía algunos nombres, como los de Esperanza Roca, Mercedes Tello, etc., figuran entre los ilustres los de Sofía Casanova y Filomena Dato. De sus obras trataría forzosamente con extensión si hubiera de hacer su elogio; pero me seduce reducirme hoy á expresar el contraste que me ofrecen las tres figuras más grandes de Galicia: Concepción Arenal, Rosalía Castro y Emilia Pardo Bazán.

Nació la primera en el Ferrol el año 1820; la segunda en Santiago en 1837, y la tercera en la Coruña el 1852. Es decir, que, con intervalos de una á otra de tres lustros, nacieron del 20 al 52, para gloria de Galicia, sus tres mujeres más insignes.

Concepción Arenal es la señora de nobles y puros sentimientos, gran corazón é inteligencia clara, que estudia las llagas sociales para remediarlas, y cuyas principales atenciones son la beneficencia y la filantropía. En la ciencia

penitenciaria, y en las ciencias sociales y jurídicas, fué una autoridad reconocida en todo el mundo. Como poeta, su género predilecto es la fábula, el más adecuado á contener una enseñanza ó una moraleja; y es que, tanto su lira como su pluma, no obedecen á otro móvil que el de procurar el bien y evitar el mal.

Rosalía Castro es la aldeana cariñosa, palpitante y dulce, anónima y delicada, que canta sus penas ó sus alegrías, sus anhelos ó sus desengaños, con espontaneidad y llaneza, con vigor y soltura, hijos de una hermosa naturaleza, sublimemente femenina, sensible. Su excesiva modestia, que la mantuvo siempre indiferente á los triunfos literarios, retardó la publicación de sus primeras poesías; y hasta su última voluntad fué que se quemaran sus obras en cuanto su cadáver fuera conducido al cementerio. Santa mujer, buena, indulgente, sin vanidad ni envidia, escribió poesías, novelas, cuentos; pero siempre en la paz de su casa, desde donde su alma, sentimental y generosa, miraba sólo á los dolores y á las amarguras de su pueblo querido.

Emilia Pardo Bazán es el espíritu literario por excelencia, observador, culto y moderno; espíritu fuerte, varonil, esencialmente personal y autónomo. La sociedad le interesa, no para sufrir ó remediar sus males, como Concepción Arenal, ni para sufrir ó gozar ingenuamente con sus tristezas ó sus alegrías, como Rosalía Castro, sino para copiarla con amor de artista en bellas páginas de prosa, en sus narraciones, en sus novelas, en su teatro.

Sus excelentes estudios de lo real, sus concienzudos análisis, sus ruidosas polémicas literarias, sus pintorescas narraciones de viajes, y sus eruditas investigaciones históricas, le suman timbres y méritos sobrados para ocupar uno de los primeros puestos de la literatura de su siglo.

El primer lugar puede decirse, sin temor á incurrir en paradoja, que no corresponde á ninguna de ellas exclusivamente, sino á las tres por igual. La obra de Rosalía fué esencialmente regional, gallega; la de la Pardo Bazán, nacional, española; la de Concepción Arenal, universal y humana; pero de las tres obras, la primera fué la más popular y bella; la segunda, la más culta y artística; la tercera, la más útil y sabia.

Pródiga fué la Naturaleza con Galicia, como acaso no lo haya sido nunca con ninguna otra región del mundo, al concederle en una misma centuria tres inteligencias tan poderosas y tan grandes; pero véase que, tratándose de tres mujeres gallegas, ello no significa otra cosa que una afirmación más de la inmemorial aseveración á que antes nos referíamos: la de los historiadores y geógrafos romanos.

X

La Real Academia Gallega.

En la historia del renacimiento literario gallego y de la regeneración de Galicia, quedará señalada con piedra blanca una fecha reciente: la de la constitución de la Real Academia Gallega, que se inauguró en la Coruña, bajo la

presidencia del historiador insigne D. Manuel Murguía, el 30 de Septiembre último.

Unos cuantos gallegos ilustres residentes en Cuba, á la cabeza de los cuales figuraba Curros Enríquez, fueron los iniciadores y protectores de tan útil y patriótica fundación.

Á su abnegación y entusiasmo se debe. Amantes del terruño, y adoradores de su literatura é idólatras de sus costumbres y tradiciones, quisieron que no fuese un ideal imposible el eterno anhelo de Galicia de tener un Centro superior de cultura que atendiera, mediante el esfuerzo común de las provincias hermanas, á recoger con mano piadosa lo que el pasado derrochó con mano pródiga, esto es, los restos de la vida tradicional, para guardarlos como santa reliquia y levantar sobre ellos el edificio de la prosperidad, regeneradora y gloriosa.

Los trabajos se llevaron con actividad y celo, y en pocos meses, contando con el apoyo de los iniciadores residentes en Cuba, se redactaron los Estatutos, se buscó y amuebló el local que había de ser domicilio de la nueva institución, y se dispuso todo para inaugurarla en la indicada fecha.

La primera Junta de gobierno quedó constituída en esta forma:

Presidente, D. Manuel M. Murguía; tesorero, D. José Pérez Ballesteros; secretario, D. Eugenio Carré Aldao. Este cargo lo desempeña actualmente D. Salvador Golpe.

Archivero-bibliotecario, D. Galo Salinas.

Los académicos de número elegidos fueron cuarenta, cuyos nombres hállanse citados en las anteriores páginas.

Doña Emilia Pardo Bazán fué designada presidenta honoraria, y académicos honorarios los Sres. Amor Ruibal, Curros Enríquez, Montero Ríos y Pérez Costales.

Entre los académicos correspondientes figura mi humilde nombre; inmerecido y señalado honor que le debo á la Academia Gallega, razón por la que no debo de consignarle mi reconocimiento.

En el solemne acto inaugural leyéronse elocuentes y sabios discursos de los Sres. Murguía, Lago González y Saralegui; un brioso Mensaje de la Asociación Iniciadora y Protectora de la Habana, y poesías de Lamas Carvajal (de quien se hizo también un elogio fúnebre), Pondal, Barcia Caballero y Curros Enríquez.

Vasto es el campo de operaciones, y compleja la misión de la incipiente Academia; pero á todo se llegará si se procede con cautela para evitar las susceptibilidades y prevenir las rencillas que pudieran cortar en flor los más nobles propósitos.

Lo primero y más importante será atender al idioma, solucionar la unidad del lenguaje gallego, literario y culto; un pueblo que olvida su lengua, es un pueblo muerto; pero ya lo dijo Murguía en el discurso inaugural: hay que penetrar, además, en los abismos de la producción popular gallega, pues en ellos viven todavía las creencias, los sentimientos, el alma entera de Galicia; hay

que recoger las reliquias del pasado, é. iluminándolas con la clara luz de los conocimientos actuales, estudiarlas y darlas á conocer, haciéndolas tan propias y tan amables de la generación actual como lo fueron de las que la han precedido.

Misión es levantada y gloriosa la de aquellas intelectuales y patrióticas huestes, y no pocas las dificultades que habrán de vencer y los sacrificios que habrán de imponerse; pero cuando por nada ni por nadie retrocedan, aunque la maledicencia, con la aleve intención de socavar sus cimientos, les atribuya fines políticos ó tal vez designios criminales, su labor, á un tiempo de resistencia y de edificación, será estimada y recompensada con el amor de la nación entera, que podrá presentarla como ejemplo á las demás regiones, acreditando así la única forma en que el santo y legítimo amor al terruño puede y debe ser encendido y cultivado para enaltecimiento y gloria de la Patria común, es decir, esforzándose cada región en conservar el temple de su espíritu; en aumentar el alcance de su inteligencia, de su sabiduría; en no perder, como indicaba Curros Enríquez, su confianza en la virtualidad de los principios y su fe en el triunfo de las ideas.

Repitamos, pues, con el insigne Pondal:

Segade a vosa heredade.
¡Ay d'aquel que non sea valente!
Segade, gallegos, con forza, segade.

Mariano Miguel de Val.

-oOo

DE EDUCACIÓN

La educación de la mujer, que debiera parecernos tan melindrosa, es una de las cosas que nos preocupa menos.

Para abrir un colegio de señoritas, apenas se exige alguna habilitación literaria y no grandes inconcusidades morales.

Basta amueblar un piso, publicar reclamos en los periódicos, poner un santo de titular y remunerar á una persona para que lo cobije con su título.

Varían los precios de la enseñanza con arreglo al lujo y al lugar á que manda el burgués á educar sus hijas, con una confianza ilimitada y con una falta de aprensión que va resultando hasta criminal.

Porque las almas en embrión salen de estas «pensiones» contrahechas. En esas casas no suelen dominar verdaderas nociones de moral, ni de dignidad, ni de religión siquiera.

Á las almas que se están formando para que lleguen á ser nuestras compañeras, nuestras confidentes, y, lo que es más sagrado y noble, para ser madres de familia, es indispensable que se les administre una educación sólida y buena, sencilla y pura, sin prendas ni arrebiques que suelen obstruir todos los principios de buen sentido.

La principal misión de los colegios no es lanzar listas públicas de señoritas que á los doce años hacen examen de inglés con distinción, rezan el Avemaría en francés, y bordan al realce y al matiz.

Con esto no se evita que, al llegar al interesante período de la fecundidad, se opriman las entrañas para alcanzar elegancias en competencia con las mundanas de moda, y consideren impropio de su educación dorar al fuego un *roastbeef,* cuidar todo menaje con esmero, y confeccionar primorosamente las ropitas que han de lucir sus hijitos.

Con esto no se llega á conseguir un mejor empleo del tiempo, que dedican por entero á arrebujarse en todas las maneras que proclama el figurín de los periódicos, quizá más pernicioso para las niñas que los atrevimientos de los gomosos que las esperan con insolencia á la puerta de las Calatravas.

Es contraproducente la educación que se da en los colegios de monjas ó particulares á esas pálidas criaturas que comen pasteles en el *reservado* del Suizo y toman *five o'cloks* en Tournié, con las caras tapadas de pomadas y polvos, hasta el punto de no poder averiguar lo que se oculta bajo aquel muestrario de colores y perfumes.

Pregúnteseles su opinión sobre cualquier asunto literario, por vulgar que parezca; oblígueseles á opinar sobre una sencilla obra de arte; inquiérase las ideas que tienen de una ciencia tan poco compleja como la «Química de cocina», y se recibirá la más completa desilusión, aun cuando se trate de aquilatar el valor intelectual de señoras (c. p. b.) que en los «Ecos de Sociedad» se ven impunemente calumniadas de «inteligentes», «espirituales», etc., etc.

La mujer educada de este modo suele considerar humillante el trabajo. Todos los cuidados domésticos los reputa sacrificios penosos. Ellas necesitan la mitad de su tiempo para la *toilette,* y la otra mitad para leer folletines, perpetrar ó recibir visitas vacuas, y peregrinar por las casas de modas y de modistas.

Si tiene hijos, su empeño es que los críen las amas para no parecer madres. Más tarde, los llevarán á los colegios. Lo esencial es no interrumpir jamás las costumbres juveniles.

Muchas veces constituyen el mejor encanto del hogar pequeñeces y nadas que ellas ignoran en absoluto, porque ni siquiera se hallan habituadas á las manifestaciones simples de la estética. La colocación de *bibelots,* la disposición de un aparador, el arreglo de un puñado de rosas en un jarro de cristal, constituyen una especie de ciencia íntima muy simpática que la mujer no aprende, porque no siente otras atracciones que las exterioridades, porque sólo tiene el afán de vivir para el gran mundo que admira, porque desdeña totalmente lo que hay de más noble en la mujer.

Se conforma, en punto á ilustración, con sostener el buen sentido necesario para algún momento de *flirt* sin caer en banalidades enojosas, pero con el espíritu tendencioso al apreciar los azucarados galanteos, que la moda reputa de buen tono, aun cuando sea un *parvenu* el que los segregue.

Y es que aprendió en los colegios lo que debía ignorar, y lo único que al salir de ellos sabía perfectamente eran todas las prendas que deben usar las señoritas para ser elegantes, tocar la *machicha* al piano de corrido, bordados intrincadísimos, y una serie de ingenuidades fingidas y de simplicidades estudiadas.

En sociedad les basta adoptar el aire púdico y serio que requieren las apariencias; pero, de *ocultis,* escriben cartas inflamables y leen todos los libros líricos que llevan al alma poéticas obscenidades. En los espectáculos prefieren las situaciones equívocas y los dramas que tienen por base el adulterio, haciendo de confidente la criada.

Desde el punto de vista de la instrucción, son entes casi ridículos, casi pedantes, que no piensan en otra cosa que en figurines y en casamientos; en pintar sus carnes, sus labios y sus ojos con exageraciones estrambóticas; en apretar las cuerdas de su corsé para adquirir elegancias estrangulando los intestinos, poniendo oro venenoso en sus cabellos, desfiguran lo la blancura de sus dientes, precipitándose, en fin, hacia el aniquilamiento de una raza, ya depauperada por los sacrificios que le sugiere una elegancia á la cual sacrifica el esqueleto y la salud.

Esto es sencillamente horrible.

La verdadera misión que ha de llenar la educación es impedir que se forme la mujer maniquí, y procurar que se cree la mujer madre, que es la mujer augusta.

Julián de la Cal.

ROMANCERO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA

LA TORRE NUEVA

I

¡Sitios, los de Zaragoza!
La Torre Nueva los vió,
sin que nadie los mirara
desde una altura mayor,
ni con ánimo tan firme,
por su firme condición.
Sólo, á veces, desde el cielo,
la luna, blanca de horror;
temblorosas, las estrellas;
rojo de cólera, el sol.
¡Siempre, y á mayor altura
que la Torre, sólo Dios!

***

¡Sitios, los de Zaragoza!
¿Dónde epopeya mayor?
Por algo, ciudad insigne,
tu sino te reservó
el noble sitio que ocupas
en el solar español.
Miro á España frente á frente
como en mágica visión,
con ademán arrogante,
con gesto dominador,
cual si de pie se pusiera
por artes de la ilusión.
Luce su frente corona
de riscos en derredor;
riscos del Pirene bravo
que domina el Canigó.
Hundidas en anchos mares,
de rocas sus plantas son...
Miro á España frente á frente
con ojos de soñador.
y es, en la noble apostura
con que el afán la soñó,
el lugar de Zaragoza
el lugar del corazón.

¡Oh sitios inolvidables!
¿Dónde epopeya mayor,
ni quién, cual la Torre Nueva,
con tanta piedad los vió?
Fué la Torre como un símbolo
de nobleza y de tesón;
fué como la imagen viva
de la Ciudad del Valor
puesta de pie; como un reto
del alma de Palafox,
del alma de Zaragoza,
contra el osado invasor;
como altivo centinela
que el sueño jamás rindió:
como esforzado vigía,
siempre con ojo avizor.
No lograron conmoverla
ni estampidos de cañón,
ni maldiciones rabiosas,
ni alaridos de terror.
¡Jamás vaciló la Torre!
¡La Torre jamás tembló!
Las voces de sus campanas
fueron su vibrante voz;
voz que llenara los aires
con intensa vibración,
como advertencia del riesgo,
como aviso protector,
y, á veces, con los rugidos
de terrible maldición...
Contra el francés, con el tono
de la amenaza feroz.
Para su pueblo bizarro,
con inflexiones de amor.

***

¡Torre insigne! ¡Torre Nueva!
¡Su gracia me preste Dios!
Llevada por Él mi pluma,
celebre tus glorias yo.

II

Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...
Zaragoza está cercada
por poderosos ejércitos...
Son los del gran Bonaparte,
nuevo aborto del infierno.
Mas no Zaragoza tiembla:
tenaz resiste el asedio,
con no igualada bravura.
con no superado esfuerzo.
Donde castillos... ó tapias
no la aprontan parapetos,
bien resguardados con bocas
de cañones y morteros,
murallas forman sus hijos:
¡las mejores! ¡con sus cuerpos!
Si la defienden los mozos,
no la abandonan los viejos;
rivalizan las mujeres
con todos, por sus alientos,
y es la Virgen milagrosa
del Pilar, desde su templo,
valerosa capitana
de su tropa y de su pueblo.
¿En dónde tal heroïsmo,
ni cuándo los hombres vieron?
¡Corre con prisa, ganoso
de contarlo al mar, el Ebro!

***

Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...
Por la Torre no hay sorpresas,
ni con la Virgen hay riesgos.
En vano los enemigos
multiplican sus empeños;
en vano sus baterías
acrecen sus vivos fuegos.
y el aire cruje, rasgado
por el feroz bombardeo;
en vano al asalto acuden,
suscitan fuertes incendios,
en minas audaces piensan,
y á todo se atreven ciegos.
Siete veces atacaron
con el ímpetu frenético
del alud; como en torrentes
de chispas, ¡¡trombas de acero!!
Otras tantas, derrotados
y rechazados se vieron.

Ora la lucha se entabla,
sin tregua, rabiosa. dentro
de la ciudad; lucha horrible,
cara á cara, cuerpo á cuerpo;
ya por las calles sangrientas,
ya cabe el roto convento,
ya en las casas invadidas,
¡entre el polvo y el estruendo!,
¡contra lobos, que se lanzan
como lobos al saqueo!
Cálida noche de estío
contempla el cuadro tremendo
Parte del Coso relumbra
como un volcán, todo fuego.
Arde la ciudad entera
de furor, y á sus destellos.
¡Piedad, Virgen milagrosa!
¡Favor, Cristo de La Seo!
....
¿Cómo, con la luz del día,
truécase en vivo contento,
por la ciudad, furia tanta,
que llegó á espantar al cielo?
¡Ya levantaron el sitio
los franceses! ¡Ya se huyeron
de su campo! ¡Ya se alejan
sus batallones maltrechos!
Desde la Torre, que canta,
se les ve marchar muy lejos.
La jota llena los aires
de alborozados acentos;
la gente llena las plazas,
la gente invade los templos.
«¡Viva Zaragoza!», gritan
miles de voces á un tiempo.
¡Gracias, Virgen milagrosa!
¡Gracias. Cristo de La Seo!
El gran corazón de España
retorna á latir sereno.
Libres al fin, y españoles,
por la virtud de su esfuerzo,
sigue cantando la Torre,
triunfa la ciudad de nuevo;
¡Zaragoza está en un llano!,
¡¡y la Torre Nueva en medio!!

III

Virgen del Pilar hermosa,
¿qué has hecho que te has dormido?
¡Ya han entrado los franceses
por la puerta del Portillo!

Con las nieblas del otoño
tornaron los enemigos;
con el invierno, apretaron
sus tropas contra el recinto.
¡Virgen del Pilar! ¿Qué hiciste?
Ya es más duro el nuevo sitio
con que la ciudad se mira
tan pendiente de tu auxilio.
Sé de nuevo capitana.
¡No abandones á tus hijos!

***

Mas ¡ay!, que Dios, en sus altos
é inescrutables designios,
acrece las grandes pruebas
con la prueba del martirio.
Ve la Torre con asombro
cuál se tuerce el raudo giro
de la Fortuna; contemplan
sus grandes ojos, tan fijos,
cuál los franceses avanzan
sin vacilar, ¡como en círculo
de hierro, para la muerte
de la ciudad prevenido!
Tremendas luchas de nuevo
se riñen, con nuevos bríos.
¡Cuán tremendas!: calle á calle,
casa á casa, piso á piso,
palmo á palmo; fieras luchas
en que el fragor de los tiros
suena menos que las voces
de angustia de los heridos.
Media ciudad es á modo
de un infernal laberinto;
llueven sobre Zaragoza
las balas en torbellinos;
traidoras minas revientan
aquí y allá de improviso...
Y en tanto horror, á la lumbre
del incendio, á los rugidos
de los cañones, al ronco
toque de alarma continuo,
más que las minas y bombas
pueden los aires mefíticos;
más que las hondas heridas
quebrantan los males íntimos,
y al fin Zaragoza, presa
de indescriptible delirio,
sufre de la propia fiebre
más que del asedio mismo.

***

Suben, llegan á la Torre
desolada los suspiros
y el estertor anhelante
del pobre pueblo vencido.
Y al cielo mira la Torre
con sus grandes ojos fijos,
con una angustia suprema,
con un dolor infinito...
....
....
Paran de pronto el asalto
los franceses. ¿Por qué ha sido
tal mudanza? ¿Qué señales
en la Torre Nueva han visto?
¡¡Bandera de parlamento!!
¡¡Zaragoza se ha rendido!!
....
....
....
Clamad, las torres hendidas;
clamad, los rotos castillos,
los hogares profanados,
los templos escarnecidos,
las calles ensangrentadas,
quemadas á fuego vivo.
«¡Venganza!» decid al aire,
que corra luego fatídico,
y á España lleve la nueva
del trágico sacrificio.
Corred, las ondas del Ebro;
¡no miréis el trance inicuo
de la ciudad!; ¡no la horrible
desolación de sus hijos!
¡Tened envidia á los muertos!
¡Compadeced á los vivos!
«¡Venganza!» grite Moncayo
con sus cien bocas de riscos.
¡Toda España se levante,
con salto de cuerpo herido!
Y en tanto los españoles
no humillen al enemigo,
que en tal extremo les puso
de oprobios y de suplicios,
con el público escarmiento
de tremebundos castigos,
el pan se les torne amargo,
y el sueño les huya esquivo;
yermos contemplen doquiera
sus campos antes floridos;
vivan cual viles esclavos,
tan sólo de serlo dignos;
¡¡malditos de Dios se vean,
meses, años, lustros, siglos!!

IV

Noche lúgubre la noche
de la fatal rendición:
¡quién dijera tus angustias!,
¡quién pintara tu pavor!
Las campanas de la Torre
doblan con fúnebre són,
lloran con trémulos ayes,
gimen con tétrica voz.
Gime la Torre con largo
lamento conmovedor.
Por la ciudad, por sus hijos,
por tanta desolación,
por tanto mal. ¡No por ella!
¡La Torre no se rindió!
¡Sigue en pie, como una imagen
pavorosa del dolor!
¡Ay de Zaragoza muerta,
pues que muerta se entregó!
¡Ay de España, malherida
en su mismo corazón!
. . . .
. . . .
Años después, Zaragoza
recobraba su esplendor.
Años después, sucumbía,
vencido, Napoleón.
cercado del mar rugiente
y atormentado del sol.
Y á la faz del orbe entero,
palpitante de emoción,
reviviendo Zaragoza,
sucumbiendo su invasor,
daban al mundo la prueba
de la más alta lección:
¡la que contienen los fallos
de la justicia de Dios!

Carlos Fernández Shaw.

Madrid, Abril de 1908.

—o—

EL EBRO

I

Fuera de los nobles pechos
del bravo pueblo y las tropas,
que sus carnes en murallas
trocaron para su gloria;
fuera de los rudos brazos
de aquellas gentes heroicas:
los jóvenes y los niños,
los ancianos y las mozas,
le cabe al Ebro un orgullo
que no le niega la Historia:
el de haber sido la única
barrera de Zaragoza.
No en balde dió nombre á España
desde la Edad más remota,
río de las aguas fértiles
y las riberas gloriosas,
apetecido del César
para baluarte de Roma,
y soñado por los árabes
para cuna de la jota;
el que en sus más de cien leguas
sólo ricas vegas corta,
sólo alegres campos cruza,
sólo tierras venturosas;
el competidor del Tajo,
como unánimes pregonan
poetas é historiadores
en sus versos y sus crónicas.
De la población en torno
no hay fortaleza que oponga
resistencia suficiente
á los bríos de la pólvora,
pues ya ni olivares quedan,
porque sus amos los cortan
para que á los sitiadores
no les resguarden sus hojas.
Débiles los viejos muros,
débiles las puertas rotas,
si mantenerse no pueden,
menos resistir las bombas;
y abre el enemigo brechas,
después de arriesgadas obras,
por el Molino de Aceite,
San Agustín y las Mónicas.
Mas por el opuesto lado
inútilmente las tropas
de Napoleón avanzan,
viniendo de Barcelona;

inútilmente el acero
de la espada sitiadora
resplandece con el brillo
de otros triunfos y victorias;
el Ebro está allí, y sus aguas
turbias, sus revueltas ondas,
de las huestes enemigas
todos los planes trastornan.
No en balde dió nombre á España
desde la Edad más remota,
río de las aguas fértiles
y las riberas gloriosas.

II

De las aguas de este mundo
la mejor es la del Ebro,
y la Virgen del Pilar
la mejor Virgen del Cielo.
Ya no se escucha la copla,
mas nadie extraña el silencio:
ni el guitarro tiene cuerdas,
ni el baturro tiene alientos;
y es que á pesar de la sangre
derramada y los esfuerzos
gigantes, bravos, heroicos,
de las tropas y del pueblo,
Zaragoza está perdida.
Los cadáveres y enfermos
dan á las ruinas carácter
de hospital y cementerio.
Víctima de la epidemia
Palafox cayó en el lecho,
y tantas malaventuras
no podrán tener remedio.
Zaragoza está rendida,
Zaragoza está de duelo;
todos su angustia respetan,
nadie extraña su silencio.
La brava ciudad ofrece
el más horroroso aspecto,
á causa de los estragos
de la explosión y el incendio,
y con espanto se encuentran
entre las ruinas dispersos
de los ignorados héroes
los despedazados cuerpos.
Sólo en la lóbrega y triste
soledad de aquel desierto,
pasan callados y errantes,
por entre escombros y muertos,
algunos seres escuálidos,
más bien fantasmas ó espectros,
descoloridos, llorosos,
extenuados, macilentos.
Zaragoza está rendida,
y la rendición se ha hecho
de igual á igual, sin vencido
ni vencedor, en los términos
más honrosos, comenzando
el francés por ofrecernos
respetar vidas y haciendas,
respetar el culto y clero.
Oid los roncos clarines
y los tambores guerreros,
y observaréis que sus notas
son de paz. Y ya es un hecho.
Ya con épica nobleza
la guarnición ha depuesto
sus armas y ha desfilado
ante el sitiador ejército.
Mas ¡ay!, que el francés, mudable,
olvidó su ofrecimiento,
emborronando la historia
y el escudo del Imperio.
¿Qué negra sombra aparece
de su conciencia tormento?
¿Qué crimen se ha cometido
la última noche en el Ebro?
Aunque ocultarlo pudierais,
y quedase en el misterio,
no esperéis que en la memoria
se borre de nuestro pueblo.
Sus mal reprimidos odios
bullirán en el silencio,
tomando con vuestros actos
cada vez mayor aliento,
y hasta que logre algún día
vengar á Sas y á Boggiero,
ni os dará su mano franca,
ni os mirará con respeto:
que si Aragón es sufrido,
leal y noble y sincero,
no ignora que á la venganza
se puede tener derecho.

III

Las aguas del Ebro riza
el aliento del Moncayo,
y hasta de odios parece
que se despeja el espacio;
pero hay un ritmo en sus ondas
al desfilar por los arcos

del puente, un tinte en su linfa
y en sus riberas un trazo,
un gesto que se dibuja,
como en expresivos labios,
del Pilar á la arboleda,
desde la ronda á San Lázaro,
que dicen cuánto el disgusto
reprimir sería en vano
ante el contraste infinito
del presente y el pasado.
Y es que con ser tan sublimes
de la paz los nobles cánticos,
con ser tan puros los aires
que despejan el espacio,
aún reina en la altura un grito,
aún en el ambiente hay algo
que sobre el ara del Ebro
mantiene el fuego sagrado.
Mas ¡con qué razón se dice
del tiempo que es un gran sabio!
¡Cómo los arduos problemas
se resuelven con los años!
El francès que en Zaragoza
entró con tanto trabajo,
por donde vino se fué,
y nosotros nos quedamos.
Así lo reza la copla,
y su moraleja es dato
que puede servir de ejemplo
á codiciosos tiranos.
Ya son cohetes y tracas
las bombas y cañonazos;
ya se cruzan las banderas
de los enemigos bandos;
ya los dos pueblos rivales
se reconocen hermanos
y olvidan pasadas luchas
para unirse en un abrazo;
ya las fronteras suprimen
y redoblan sus tratados
de paz en la santa vida
del amor y del trabajo...
Pero el Ebro está en su sitio,
y él será el que cierre el paso
otra vez al que pretenda
por la fuerza franquearlo;
él será el que. alerta siempre,
mientras cruce el suelo patrio,
lo mismo que un centinela
á la puerta de un palacio,
templará sus amarguras
fertilizando los campos
con la sangre de los héroes,
abono de eternos lauros.

Adolfo Bonilla y San Martín.



EL NOMBRAMIENTO DE PALAFOX

Reunido está el Acuerdo,
reunido en sesión magna,
que el asunto que discuten
es asunto de importancia.
Están cerca los franceses,
y la ciudad se prepara
á luchar hasta vencer
ó morir en la demanda.
Quiere el pueblo á Palafox,
y es cosa determinada
que á otro jefe no obedecen
aunque el Rey se lo mandara.
Así, los cuatro patricios
que de la Audiencia en la sala
á la ciudad representan,
sin ambages lo declaran.
Todos á Palafox miran,
y él les vuelve otra mirada,
ni medrosa ni soberbia,
mas que infunde confianzas.
Mori opina se dé gusto
al pueblo; los otros hablan
entre sí; mas Palafox...,
Palafox no dice nada.
Los cuatro buenos patricios
tampoco dicen palabra,
y allí están, más que pidiendo,
mandando con las miradas.
Son la voluntad de un pueblo,
á yunque duro forjada,
que si pide cosas justas,
jamás cede hasta lograrlas.
Por eso los cuatro miran,
por eso los cuatro callan,
y aunque callen, harto dicen
las enérgicas miradas.

Bajo el balcón de la Audiencia
todo Zaragoza aguarda
impaciente, turbulenta,
y no es bueno darle largas.
Y si el Acuerdo se opone,
si da tan sólo esperanzas,
¡por la Virgen del Pilar
que ha de haber una sonada!
Como fragores cercanos
de tormenta que amenaza,
cunde sordo vocerío
entre la turba apiñada.
Ondea un mar de cabezas,
y de entre ellas se levantan,
inquietas y relucientes,
muchas puntas aceradas.
Los chuzos y bayonetas
fulgores siniestros lanzan,
y resuenan en el suelo
los golpes de las culatas.
El tío Jorge del Rabal
no sé qué reza en voz baja,
y al balcón cerrado mira
y parece lo taladra.
El cura Sas le aconseja
más paciencia, más cachaza;
que el Acuerdo cederá,
pues es justa la demanda.

Los rabaleros querrían
invadir presto la sala,
y cunden voces de «¡arriba!»,
y otras más graves de «¡calma!»
De pronto se abre el balcón
y la muchedumbre calla,
y el pueblo se apresta á oir
la noticia deseada.
Á don José Palafox
caudillo se le proclama
de las tropas de Aragón
para defender la Patria.
Un viva ensordecedor,
como tempestad que estalla,
salió de todas las bocas,
brotó de todas las almas.
Y al abandonar la Audiencia
Palafox, le hicieron salvas,
mientras obediencia ciega
Zaragoza le juraba.
Y lo cumplió como buena:
que, después, cuando tronaban
los cañones, y caía
barrida por la metralla,
cayó acometiendo loca,
en la mano la navaja,
y obedeció hasta morir
por su Dios y por su Patria.

Fray Manuel Sancho.

Colegio de la Merced (Lérida).



LA PRIMERA SANGRE

Ya están sobre Zaragoza
las águilas imperiales,
tintas en sangre las garras,
las alas tintas en sangre.
La ciudad desguarnecida,
desarmado el paisanaje,
sonríe el francés altivo,
que espera el triunfo en su avance.
Aún frunce Lefebre los labios,
como si menospreciase
luchar con tal enemigo,
á quien vencer juzga fácil.
Castillo de Aljafería,
Portillo y Puerta del Carmen,
bien visteis aquel torrente
de jinetes y de infantes...

Siete mil hombres acampan
con estruendo formidable
ante la ciudad tranquila,
que se apercibe al ataque.
Ya están sobre Zaragoza
las águilas imperiales;
ya agitan, á guisa de alas,
sus banderas y estandartes;
ya al toque de sus clarines,
que agudo rasga los aires,
Lefebre aguarda de dentro
respuesta de vasallaje.
¿Cómo osarán resistirle,
sin caudillo que los mande,
sin tropas que los defiendan,
sin muros que los amparen?

¿Cómo osarán resistirle
unos cuantos centenares
de soldados y miñones
sin hábitos de combate,
cuando sus fuerzas arrollan,
cuando sus cañones barren,
cuando hay tras él bayonetas
mortíferas á millares?
Mal confía quien confía
someter los indomables.

***

Cerradas están las puertas,
las puertas que al campo salen;
á vista del enemigo,
el pueblo hierve en las calles,
y es su rumor el del Ebro
cuando el Arrabal invade.
Reunidas en el Concejo
se hallan las autoridades;
por cada instante que pasa
se impacienta el paisanaje,
que ve que tarda el Acuerdo
en lo que huelga el debate.
No hay boca que no proteste,
no hay corazón que no estalle,
ni miradas que no hieran,
ni manos que no amenacen,
ni mujeres que no griten,
ni ancianos que se acobarden.
Es Aragón, es la Patria,
es el pueblo de los mártires.

***

Avanzan los invasores
con ímpetu de coraje,
mientras discute el Concejo
lo que habrá de contestarles.
Zaragoza está en sus manos...
¿Á qué esperar?... ¡Adelante!
Como pólvora inflamada,
la multitud se reparte
y hace de las casas fuertes,
y abre fosos en las calles,
y «¡á las puertas!» y «¡á las armas!»
se escucha por todas partes;
que son murallas los pechos
para oponerse al ataque.
Toman unos por asalto
las Casas Consistoriales;
á cortar el paso acuden
otros á los olivares;
de Santa Engracia al Portillo,
la tapia, de tierra frágil,
cubierta está de adalides
prontos á verter su sangre.
Torre Nueva, Torre Nueva,
tus bronces también combaten;
que tocando en ti á rebato
tus campanas se deshacen.
La voz de mando resuena
en la ancha extensión del valle,
y en bloque imponente avanzan
las legiones imperiales.
Van como tromba de fuego
sobre corceles salvajes;
si la luz del sol los ciega,
más ciegan por arrogantes.
Junto á las Eras reciben
los tiros de los audaces,
y los caballos enfrenan
y atrás vuelven los infantes,
que no soñaron tamaña
sorpresa en aquella parte.
No *reblan* los patrïotas
que en la vanguardia se baten:
á fuer de baturros luchan,
á fuer de intrépidos caen,
y es el encuentro tan recio,
y son resistiendo tales,
que, muertos, serán muralla
para el francés sus cadáveres.

***

Pasa el ejército altivo,
sigue su marcha de avance,
y por columnas inicia
en tres puertas el ataque.
Á las primeras descargas
responden tras los tapiales
los heroicos defensores
con indómitos arranques.
Nuevos grupos los refuerzan;
no hay temor de que desmayen
mientras haya veteranos
que á los bisoños reemplacen;
en tanto voces amadas
sus espíritus levanten.
Del Mercado, las mujeres
en brazos cañones traen,
livianos á su bravura
y á su indignación suaves.
¿No hay artilleros? Pues ellas

actuarán de auxiliares.
¿No hay metralla? Su odio santo
arrasará todo el valle.
Desgreñada la cabeza,
lívido y fiero el semblante,
ronca la voz, torvo el gesto,
roto en jirones el traje,
las hijas de Zaragoza,
rindiendo culto á sus manes,
aplican á los cañones
la llama que en ellas arde.
Vedlas cómo los enfilan
donde el peligro es más grande;
ved cómo encienden la entraña
de los bronces retumbantes...
Su puntería es certera,
sus disparos son mortales.

***

En vano el francés pretende
del Portillo apoderarse,
que cerca la Aljafería
le dan sus tiros alcance;
y al embestir, es la muerte
quien les requiere homenaje.

Tres veces la otra columna
batió la puerta del Carmen,
y tres veces rechazada
fué por los tercios de Tauste,
que cambiaban frente á frente
proyectiles por ultrajes.
«Zaragoza no se entrega»,
dicen airadas las madres;
y cien descargas repiten
la misma voz en los aires.
Los jinetes enemigos
que se arriesgan en las calles,
junto á la puerta que abrióse,
caen destrozados y exánimes.
....

Son ellas las que no cejan,
ellas las que van delante,
las que empujan la victoria,
las que alientan el combate,
las que ponen por escudo
los pedazos de su carne....
Son ellas... Es Zaragoza,
como mujer, indomable,
quien dando sangre á aquel pueblo,
da por el pueblo su sangre.

Rodolfo Gil.

Madrid, 14 de Abril de 1908

EL 15 DE JUNIO

En un salón cuyos muros
rancios tapices ostentan,
de cuyos anchos balcones
dobles cortinajes cuelgan,
y cuyo severo adorno
severamente completan
un dosel sobre un retrato,
sobre un estrado una mesa,
una lámpara en el techo,
dos vargueños de madera,
y en redor amplios sillones
forrados de roja felpa,
Concejo y autoridades
afanosos deliberan
sobre el urgente partido
que tomar les interesa,
cuando abriéndose de pronto,
con brusco golpe, la puerta,
un tropel de hombres armados
dentro la estancia penetra.

«Cesen al punto las sabias
deliberaciones vuestras:
las palabras á las obras
es fuerza que el sitio cedan;
discuten con más provecho
los trabucos que las lenguas,
y será lo que ellos ganen
mayor que lo que ellas pierdan.»
Así hablaron; y obligándoles
á desalojar la pieza,
ocupando los balcones,
á entrar en fuego se aprestan...
Seguro de la victoria
el enemigo, á las puertas
de Santa Engracia, del Carmen
y del Portillo se acerca.
Que ha de ser la gloria suya
créelo cual cosa cierta,
pues oponen al desorden
la disciplina y la técnica.

A las tres puertas á un tiempo
la turba enemiga llega,
y con furibundo ataque
entrar por las tres intenta;
pero, por su mal, ve pronto
que no es tan fácil la empresa,
ni tan seguro el asalto,
ni tan débil la defensa...
Al toque de generala,
que doquier vibrante suena,
del invasor al encuentro
sale la ciudad entera.
Hombres, mujeres y niños
acuden á la pelea
como leones hambrientos
que olfatearan la presa,
y al hallarla frente á frente
de su impávida fiereza,
en los odiados rivales
con trágico afán se ceban.
En breve calles y plazas
vestidas de rojo quedan,
y el humo que denso flota
la respiración altera.
Viendo un hijo que su padre
se desploma herido en tierra,
por defenderle, á su lado
veloz corre, salta, vuela;
la voz del padre le anima
en ocasión tan suprema,
y él delante del herido
arrolla á cuantos se acercan;
mas, al cabo, una lanzada
le arroja con violencia
sobre el padre, y de ambos muertos
las nobles sangres se mezclan.
Allí una mano cortada,
amarilla como cera,
en contracción vigorosa
tenaz la espada no suelta.
Allá, segada del tronco,
una cabeza conserva,
bañada en sangre caliente,
su altivez y su entereza.
Algunos, el cuerpo herido
y mutiladas las piernas,
siguen peleando tercos
arrastrándose por tierra.
No hay quien el descanso invoque;
no hay mano ninguna quieta:
todo es fragor, movimiento,
confusión, rabia, pelea...
En vano, bárbaros modos
busca la turba francesa
para entrar en Zaragoza
y á su yugo someterla.
Los españoles no ceden;
antes por grados aumenta
su valor, y es por instantes
su actividad más enérgica.
Es en su terrible lucha
cada palabra una arenga,
cada trabuco un incendio,
cada pecho una trinchera,
y obra cada cual al modo
que le inspira su conciencia,
pues no hay quien el mando tome
en el desorden que reina.
Mas ¿qué importa, cuando todos
luchan por la misma idea,
que no haya jefes que manden
á soldados que obedezcan?
Honor, Religión y Patria
es el soberano lema
que en sus alas lleva escrito:
«¡Pilarica!» «¡Independencia!»
La fe en la Virgen los guía;
el patrio amor los alienta;
con ambos, ¿de la victoria
quién á dudar se atreviera?
Todos de un eco divino
escuchan la voz secreta:
«¡No temáis, zaragozanos;
Zaragoza será vuestra!»
Y al oirse, en todas partes
la terrible lucha arrecia,
y se redoblan los bríos
y multiplican las fuerzas...
Aquí un tropel de dragones
entrar saqueando intenta,
y de unas cuantas mujeres
los rechaza la fiereza.
Los varones más robustos
á hombros los cañones llevan,
trasladándolos al sitio
de más urgente defensa.
Los humildes religiosos
que á los enfermos consuelan,
recogen muertos y heridos
en carros y parihuelas.
Y niños, viejos, mujeres,
á quien la muerte no arredra,
víveres y municiones
van repartiendo doquiera...
Sigue el toque de rebato
sonando con insistencia.

siempre de prisa, de prisa,
como el fragor de la guerra...
Por la puerta del Portillo
los rivales bandos entran;
pero desde Santa Inés
dan en breve de ellos cuenta.
De la Aljafería el fuerte
vomita por sus almenas,
sobre la hueste enemiga,
bombas, granadas y piedras.
Los que la puerta del Carmen
á traspasar se atrevieran,
de los miñones valientes
miden el valor de cerca;
los que invaden el poblado
barrio de la Magdalena,
entrando como hombres vivos,
salen como reses muertas;
y mientras en la ciudad
se libran tales contiendas,
aún es más fiero el combate
en el campo de las Eras...
¡Nunca, invicta Zaragoza,
se te olvidará esta fecha,
que pasmará al mundo entero
proclamando tus proezas!
....

Gritos, entusiasmo, vítores,
voces de alegría llenas,
exclamaciones de júbilo,
ruido, animación, carreras:
todo anuncia la victoria
de la villa aragonesa.
¡Zaragoza está de gala!
¡Zaragoza está de fiesta!
Los franceses han huído;
su derrota fué completa:
abandonaron el campo
con innumerables pérdidas.
En el libro de la Historia
no hay página como ésta;
nunca escribieron los siglos
tan magnífica epopeya...
Cae la tarde... Muere el día...
Tinta en sangre está la tierra,
y las nubes del crepúsculo
sangre en el cielo semejan.
Gran botín á nuestras tropas
déjales la lid sangrienta:
armas, dinero, caballos,
municiones y banderas.
Con tan gloriosos trofeos
todo el pueblo, en ola inmensa,
á la Virgen del Pilar
orgulloso se presenta.
¡Espectáculo sublime,
cuadro de hermosa belleza
ofrece el grandioso templo
que la muchedumbre llena!...
Arden setenta y seis lámparas
cuyos resplandores ciegan.
De los salmos del *Te Deum*
las graves notas atruenan.
Del incienso las espiras
pausadamente se elevan,
aromando, dilatadas,
el recinto de la iglesia.
Las mujeres, de rodillas,
vierten lágrimas sinceras;
sus esposos y sus hijos
orando están junto á ellas;
y al fondo los labradores,
apoyando en la escopeta
sobre la mano la cara,
también en silencio rezan.
Todos mirando orgullosos
cómo en el altar se mezclan
á las plantas de la Virgen
los despojos de la guerra.
En la custodia de plata
la Hostia sacrosanta tiembla.
De la Virgen la corona
fulgurante reverbera.
Nunca el templo del Pilar
revistió magnificencia
tan solemne. *¡Dios te salve,*
María, de gracia llena...!
....

Entretanto el enemigo
á lo lejos vivaquea.
Brillan en su campamento
tristemente las hogueras.
Todo allí es melancolía
y abrumadora tristeza.
Mas de setecientos muertos
sobre las listas se cuentan,
mientras hasta su retiro
las ondas del aire llevan
la copla, que alegremente
canta Zaragoza entera:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa:
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Pablo Cavestany.

LA CARTA DEL HÉROE

«... basta consignar que no intentó ninguna otra aventura hasta recibir numerosos refuerzos.
»Mientras, envió una carta con un parlamentario á Palafox, de cuyo contenido puede juzgarse por la respuesta que mereció.»

A. G. de Gotor.

I

Aunque el águila remonte
sobre las nubes su vuelo,
y llegue en loco arrebato
donde llega el pensamiento,
no extrañaréis que, vencida
de las alas por el peso,
en el fondo del abismo
caiga rendido su cuerpo.
Así las huestes francesas
que por Europa ascendieron,
profundo abismo encontraron
al cruzar el Pirineo;
y la Humanidad, absorta,
pudo ver cómo en el cielo
se apagaba un sol radiante,
que era, al parecer, eterno.
Y al llegar á Zaragoza,
y al querer pasar el Ebro,
un héroe fué cada mozo,
un castillo cada templo,
cada calle una emboscada,
cada plaza un campamento.
Y aunque entre nimbos de gloria,
como en muy lejanos tiempos,
no apareciera en la lucha,
su blanco bridón rigiendo,
el Apóstol que fué espanto
de los rudos agarenos,
una Fe jamás nublada
y un muy noble sentimiento
de Patria fueron los muros
y los firmes parapetos
que encontraron en su marcha
los invasores soberbios.
Porque la Virgen les dijo:
—¡Vosotros seréis mi pueblo!—;
y hasta el aire del Moncayo
en los muros con estruendo
se estrelló—¡Venganza y guerra!—
pregonando con su acento.
Así escribió Zaragoza
su historial heroico y fiero,
ofreciendo así á su Patria
laureles, timbres y ejemplos.

II

Ya avanzan los invasores
por los huecos del Moncayo,
pensando humillar al pueblo
que jamás se vió humillado.
No visten pieles hirsutas,
ni ciñen de cuero cascos,
ni montan potros salvajes,
ni blanden hachas ni dardos,
como las turbas que un día
sobre Roma desbordaron,
hundiendo altares y tronos
y haciendo á reyes esclavos.
Son vistosas las legiones,
lujoso su vestüario,
las armas resplandecientes,
muy completo el aparato.
Indefensas las aldeas,
no se oponen á su paso,
y aunque rugiendo:—¡Venganza!—,
se entregan los aldeanos.
Los que en Austerlitz vencieron,
los que en Jena triunfaron,
ante Mallén y Cabañas
no refrenan sus caballos.
Avanzan... Avanzan... Dueños
se hacen, sin grandes estragos,
de Torrero y Casa Blanca,

centinelas avanzados
de Zaragoza, que eleva
sus murallas en el llano,
y sobre ellas los crestones
de sus guerreros más bravos:
el Pilar y Torre Nueva;
invencibles y arrojados,
porque la Cruz y la Patria
son su emblema y son su amparo.
Ya los soberbios dragones
á galope se han lanzado,
envueltos en denso polvo,
los corvos sables en alto;
ya los recios granaderos,
en ataque sobrehumano,
llegan con intento loco
de penetrar por los flancos...
Dentro, en la ciudad, se jura
morir y no ser vasallos,
y no hay más que Dios y Patria
en los pechos y en los labios.
Toda otra ilusión se extingue,
todo interés queda á un lado,
todo sentimiento calla,
toda pasión se ahoga en llanto;
y en los hogares tranquilos
se engendran héroes bizarros,
y se encuentran defensores
en los templos y en los claustros.
Lefebre, el noble caudillo
de aquel ejército magno,
asombrado ante el esfuerzo
de pueblo tan noble y bravo,
quiere brindar generoso,
antes de hacer nuevos daños,
una paz que sea honrosa
y aceptable para entrambos;
y así á Palafox escribe,
aunque al escribir, su mano
tiembla, quizá por vergüenza,
pues jamás hizo otro tanto:
«Si queréis ahorrar á España
un tristísimo espectáculo,
rendid la plaza, que de héroes
muchas pruebas habéis dado.
Pensad que nuevos refuerzos
han de llegar, y no es caso
de que en ruinas se convierta
el solar zaragozano.»
Con estos breves renglones,
un granadero bizarro
parte cuando ya la aurora
brinda al Ebro sus encantos.

III

En una estancia en que el yeso
presta á los muros su brillo
cuando la luna penetra
por los transparentes vidrios,
ante una mesa, sentado
en miserable banquillo,
y á la luz de un velón viejo
que chisporrotea vivo,
Palafox lee el mensaje
de Lefebre recibido,
sin que se altere su pecho
y con el rostro tranquilo.
Pende su espada gloriosa
no más que del negro cinto,
y no luce bordaduras
ni brillantes distintivos.
Solo en la estancia modesta,
llegando hasta él los gritos
de las turbas, que, cantando,
marchan hacia los peligros,
no acierta á explicarse cómo
aquello el francés ha escrito,
ó ciego por el orgullo,
ó cobarde por instinto.
Medita un poco, sereno;
mira luego al infinito
á través de la ventana,
y con gesto decisivo
toma la pluma en su mano,
y, entre respetuoso y digno,
escribe así la respuesta
que le dicta el patriotismo:
«Si á vos el Emperador
os mandó con el designio
de tranquilizar á un pueblo
que siempre estuvo tranquilo,
y á mí se me ha confiado
la defensa en el peligro,
porque saben que en mi pecho
el miedo no encontró nido,
sabed, ilustre señor,
que en estos instantes críticos
mi espada guarda las puertas,
mi honor vela por los míos.
Sabed que si vuestras tropas
son tercas ante el peligro,
yo lo soy en mis empeños
cuando en mi valor confío.
Sabed que Iberia, ultrajada,
se apresta con noble ahinco
á vengar alevosías

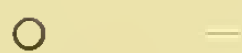
que jamás ha consentido.
Y aunque ya en días pasados
recibisteis el castigo (1),
y visteis que en estos muros
se oculta un pueblo dignísimo,
vuecencia hará lo que piense,
que ni lo temo ni esquivo.
Yo haré sólo cuanto debo,
porque ése es mi compromiso.» (2).
Con tan sencilla respuesta,
un mozo recio y fornido,
con su trabuco en el brazo,
marchó hacia el campo enemigo;
y al entregar á Lefebre
documento tan sencillo,
cuentan que se descubrió,
empalideciendo tímido.

IV

La respuesta fué inmediata
y dolorosa y sangrienta,
una vez que de Murat
llegaron las nuevas fuerzas.
Mas si los muros cayeron
y se forzaron las puertas,
se profanaron los templos
y hasta saltaron las piedras,
como ejemplo de aquella alma,
de aquel pueblo como prueba,
quedó la carta del héroe,
que en sus líneas y en sus letras
tiene espíritu de Patria,
tiene de Valor enseña,
tiene de Virtud aroma,
tiene de Heroísmo esencia.

Álvaro de Larroder.

Madrid.



PALAFOX

I

«Tienen los zaragozanos
su Virgencica que adoran
y su Cristo de La Seo
amparando á Zaragoza.»
Por su fe á todo se arredran,
y cuando el peligro arrostran,
á su Virgen y á su Cristo
suerte y protección imploran.
Tuvo Palafox su cuna
en esta ciudad famosa,
y este nombre dejó impresas
páginas que no se borran.
De mil ochocientos ocho
hoy la epopeya asombrosa,
¡con cuánto orgullo refieren
lo mismo viejos que mozas!
Los nietos de aquellos mártires,
que dieron vida por honra,
siempre sus nombres ilustres
con admiración evocan:
siempre para ellos reservan
un lugar en su memoria:
siempre en sus tumbas derraman
una lágrima piadosa;
siempre á sus labios acude
una alabanza devota,
y veneran y bendicen
á quienes deben su gloria.
Fama y mundo conquistaban
las huestes napoleónicas,
y el coloso quiso un día
hollar tierras españolas.
Si nuestras tropas entonces
eran pobres y eran pocas,
eran rudas y valientes
disputando la victoria.
Como en la corte Velarde
y Malasaña se portan,
así Cádiz se defiende
y se resiste Gerona.

(1) Se refiere á las derrotas de los días 15 y 16 de Junio.
(2) La presente carta, transcrita de una copia de la original que hemos tenido á la vista, lleva la fecha de 18 de Junio de 1808.

y Zaragoza gigante
ni se humilla ni se postra,
y de España el heroísmo
nos demuestra por sí sola.

II

Aquí, oigamos á una anciana
y linajuda señora
que escuchó recientes hechos
de la tragedia gloriosa.
De virtudes y bondades
ostenta franca aureola,
y aun al erguirse diseña
su figura de matrona.
Nieve circunda su frente,
y sus facciones denotan
que halló en un tiempo muy justa
la reputación de hermosa.
Cuando estos hechos repite,
á sus pupilas asoman
de entusiasmo y patriotismo
dos ráfagas luminosas;
adquiere fuerza y cadencia
su voz cascada y temblona,
y en juveniles pasiones
su espíritu se remoza.

***

«Mi abuelo murió en la guerra;
mi abuela, triste y llorosa,
en mi niñez me contaba
lo que yo os refiero ahora:
—¡Qué general tan bizarro!
¡Qué arrogancia majestuosa!
¡Qué firmeza de carácter
y qué sublime patriota!
¡Palafox! Aún me parece
que en su caballo galopa,
y sus órdenes dictando,
el fuego enemigo afronta.
Si un sembrado de cadáveres
anuncia triste derrota,
y el Ebro impone llevando
sus aguas en sangre rojas;
si se van gastando fuerzas
que al adversario le sobran,
y ya la ciudad vacila
y llanto y luto la agobian;
si va Lefebre avanzando
con su estrategia ingeniosa,
y pisa ufano las tumbas
en las puertas defensoras,
Palafox no pierde brío;
á sus soldados exhorta,
y afianza con sus acciones
sus palabras animosas.
—*¡El que me ame, que me siga!*—
grita con voz estentórea
nuestro general intrépido,
mientras la ofensiva toma.
Todos su bravura imitan;
á la revancha se aprontan,
y por su jefe intimados,
ya la lucha es ciega y loca.
El terrible cañoneo,
la metralla asoladora,
la mecha ruin é incendiaria
y el reventar de las bombas,
como los rígidos cuerpos
en cuyas muecas agónicas
del ardimiento infructuoso
odio y venganza pregonan,
todo al soldado enardece
y al enemigo que acosa
aún á perder se le reta
mucha carne y mucha pólvora.
Que entren en fuego los mozos
no impiden padres ni novias;
ya no hay viejos impotentes,
ya no hay mujeres que lloran;
cada niño es un soldado,
cada madre una leona,
y cada brazo una bala
contra la turba invasora.
Digno general los guía,
y demuestra con sus obras
que no fueron sus respuestas
ni falsas ni vanidosas.
Capitulación le piden,
y él, con actitud heroica,
contesta: —*¡Guerra y cuchillo!*—;
los emisarios no logran
disuadirle en su locura;
no discute, no razona,
y estas palabras le dice
á quien *rendición* le nombra:
—*Después de morir, veremos;*
la lucha será infructuosa,
pero mientras en mis venas
quede de sangre una gota,
para impedir vuestra entrada
tiene mi espada su hoja,
que al manejarla mi brazo
ni se rinde, ni se dobla.

III

»Después, cuando los franceses
juzgan que llegó la hora
de su triunfo indiscutible,
y del general la sombra
falta al extenuado pueblo,
que á ceder no se acomoda
y con esfuerzo titánico
su instante horrible demora;
cuando á la orilla del Huerva
la resistencia es penosa,
y el enemigo en Torrero
á la avanzada retorna,
por el Arrabal penetra
Palafox con nuevas tropas;
con otra fuerte abatida
da cuenta de su persona,
y otra vez su noble espada
brilla fugaz é impetuosa,
y otra vez sangre francesa
á su rudo impulso brota.

***

»Cuando Palafox no lucha
no es que el temor le acongoja;
es que sobre él la epidemia
su ala mortífera posa.
Y el caudillo valeroso
con resignación soporta
la impotencia de aquel brío
que en su corazón ahoga.
¡Cuánta negrura acrecienta
su inquietud y su zozobra!,
y en su mente, ¡cuántos sueños
el mal físico sofoca!
Más tarde, en prisión francesa
su dolor moral agota;
pero un bello cosmorama
sigue á visiones tan lóbregas.

IV

»Á través de algunos años,
y cuando España recobra
su independencia y su vida,
que defendió á dura costa,
el pueblo zaragozano
nuevamente se alborota
y de inmenso regocijo
va dando pruebas notorias.
¿Por qué con loco entusiasmo
de tal modo se expansiona?
¿Á qué ser querido aguarda
que así en placer se desborda?
¿Á quién? No cabe dudarlo;
la multitud quiere ansiosa
recibir al gran caudillo
que á sus patrios lares torna;
corre á dar muestra ostensible
de admiración cariñosa
al general cuyo nombre
grabó en mármoles la Historia.
Ramos de laurel y oliva
luce en su tartana airosa
la condesa de Bureta,
á quien también ovacionan;
sigue á la heroína el pueblo
y en las afueras se agolpa,
sin que impedirlo consiga
la mañana borrascosa.
Todos quieren que ninguna
antes que su voz se oiga;
hace Palafox su entrada,
y en los ámbitos tremola
entusiasta, delirante,
sublime, conmovedora,
la voz de Aragón entero
como eco de España toda.»

***

Aquí la anciana hizo punto,
y una tos seca y nerviosa
obligóle á poner término
á su narración histórica;
pero aún sus ojos brillaban,
y, locuaz y decidora,
á su plática arrogante
puso posdata sabrosa:
—Hoy Francia y España hermanan;
ni la huella más remota
en sus nobles corazones
su franca alianza estorba.
¡De Dios serán bendecidas
y obtendrán misericordia,
pues halla el perdón divino
quien en el mundo perdona!
Hoy Zaragoza tranquila
de sus hazañas reposa,
y, leal como sublime,
á nadie teme ni odia.—
Y la anciana, demostrando
su jovialidad dichosa,

tomó un suave contoneo
en su elegante poltrona,
y marcando con su báculo
el compás de dulces notas,
con voz casi imperceptible
dió al aire la alegre copla:
«Tienen los zaragozanos
su Virgencica que adoran
y su Cristo de La Seo
amparando á Zaragoza.»

Ricardo Taboada Steger.

Zaragoza.



JURAMENTO DE LOS ZARAGOZANOS

El veinticinco de Junio,
para que sus providencias
robusteciese, acordando
al propio tiempo otras nuevas,
y para comprometer
á los que no lo estuvieran,
de los nobles, todavía,
en la heroica defensa,
Lorenzo Calvo de Rozas
Junta general congrega.
Todas las Corporaciones,
la milicia y la nobleza,
el clero y el populacho,
toman parte activa en ella;
y ante el marqués de Lazán,
que preside la Asamblea,
á todos los que concurren
les habla de esta manera:
«¡Invictos zaragozanos!,
desmurada y sin defensas
la ciudad en que nacisteis
completamente se encuentra;
pero muro son los pechos
de todos los que la pueblan,
como su voluntad, firme,
y alto como aquí se piensa;
y para abrirle un portillo
tiene el francés en la empresa
mucho que poner en riesgo:
que el que hollarla consiguiera,
no lo hará sin que aquí deje
de su propia sangre huella.»
Con un estruendoso viva
interrúmpenle la arenga
los congregados, de quienes
las voluntades se lleva,
y, de momento en momento,
los ánimos se caldean
de tal modo, que en delirio
el entusiasmo se trueca
al conjuro de las frases
y bríos con que se expresa.
Luego prosigue: «¡Hijos míos!,
los recursos con que cuenta
Zaragoza son escasos
para oponer resistencia
á un numeroso enemigo
rico en pertrechos de guerra;
pero aragoneses somos,
toda la razón es nuestra,
y razón y pertinacia
son cosas de mucha fuerza;
que cada cual con sus luces
y los medios que posea
á defender contribuya,
como se le alcance y pueda,
la ciudad que tanto amamos,
las vidas y las haciendas;
la causa común lo pide
y así la Patria lo ordena;
hay que vengar tanto oprobio;
la magnitud de la ofensa
demandando está venganza;
juremos todos hacerla
tan apropiada y cumplida
que deje memoria eterna.»
La exaltada muchedumbre,
avanzando, se repliega
en torno del intendente,
y, con actitud severa
y solemne, á un tiempo todos,
tendiendo la mano diestra,
ardorosamente exclaman
con decisión y entereza:
«¡Vencer ó morir juramos!
¡Venganza, venganza y guerra!
¡Viva Zaragoza! ¡Viva!
¡Mueran los franceses! ¡Mueran!»

Sin que su ardor disminuya,
unánimemente acuerdan
reproducir lo jurado,
y que Zaragoza entera
en sus plazas y sus calles,
sus baterías y puertas,
repita solemnemente
la jura por ellos hecha.
El de Lazán se levanta;
su apostura y gentileza
cautivan al auditorio,
y de pie, en la presidencia,
da por concluído el acto,
y con palabra serena
reposadamente dice:
«Si la sagrada promesa
cumplís, que Dios os lo premie;
si no, que os lo tome en cuenta.»
Y dando al marqués un viva,
que poderoso resuena,
tornan á aclamar á Calvo,
sobre sus hombros le llevan
como reliquia sagrada,
y unos las manos le besan,
otros le abrazan convulsos,
y todos le vitorean
ensordecedoramente
y de aclamarle no cesan.
Como reguero de pólvora
que en un instante se quema
con sólo acercarle á un punto
para prenderlo la mecha,
la noticia de la jura
con la misma ligereza
toda la ciudad recorre,
y á todas sus partes llega
lo que con Calvo y Lazán
los congregados conciertan.
Los ánimos se enardecen,
y más el deseo aumenta
de una venganza insaciable
y de una lucha sin treguas
. . . .
Venido el día siguiente,
y entrada la tarde apenas,
á una señal convenida
los zaragozanos prestan
unánime juramento,
que formidable resuena
en ecos reproducido
que por el espacio ruedan,
de derramar de su sangre
hasta la gota postrera,
de su Dios, su Rey y hogar
en ruda y tenaz defensa.
La agitación impensada
de solemnidad tan nueva
produjo en el enemigo
curiosidad y extrañeza;
y con ansia de informarse
de la causa que tuviera,
un oficial de polacos,
con una osadía extrema,
hasta la línea española
con sus soldados se acerca,
aparentando deseos
de tomar partido en ella;
y pide como seguro
que tratar se le conceda
con los jefes superiores
todo lo que manifiesta.
Avanza Calvo de Rozas,
que entre los suyos se encuentra,
hacia el polaco, y le indica
que se adelante, por señas,
para celebrar los dos
á solas la conferencia.
Hácelo así; mas á poco
alevosamente cercan
los soldados que le siguen,
á Calvo, y el cerco estrechan
encarándole las armas,
y luego, con descompuesta
osadía, el oficial
al intendente revela
que no tenía el intento
de abandonar sus banderas,
pero que viene á saber
por qué se mostraba inquieta
la ciudad, y á proponerles
de nuevo que se rindiera;
agregando que, si no
se allanaba á su exigencia,
á ser preso se exponía
ó á que la muerte le dieran.
En vez de atemorizarse,
refrenando la soberbia
que se pinta en su mirada
y en su rostro amarillea,
le responde el intendente:
«¡Vil amenaza la vuestra,
como quien sois os portáis!;
repugnancia acción tan fea
como la que habéis osado
me produce; pero fuera
no decir verdad, deciros

que me causaba extrañeza.
Harto nos son conocidas
esas malas artes vuestras,
por ser propias de traidores,
á caballeros ajenas,
para que nos extrañase
que obrarais de esa manera.
Con máscara de amistad
vuestras intenciones pérfidas
habéis encubierto desde
que pasasteis la frontera;
no me halláis desprevenido;
mirad esa fortaleza:
á una señal mía sólo
consumará una sentencia;
sus cañones, que os apuntan,
eso solamente esperan;
ved quién será el prisionero,
ved á quién la muerte acecha,
y obrad como os acomode;
por áspera mi respuesta
no tendréis, que al fin os habla
quien fusilaros debiera.
. . . .
Y, para aquí en adelante,
id aprendiendo nobleza;
ocasión tenéis, que estáis
donde podéis aprenderla.»
Dijo así Calvo de Rozas,
y oyendo tan dura réplica,
mucho se turbó el polaco,
y su actitud altanera
mudó, proponiendo humilde
á Calvo una conferencia
con sus generales. Vino
en acceder, con la venia
del de Lazán, y dispuso
que fuese frente á la puerta
del Portillo, donde estaba
una batería puesta.

Luis Bernaldo de Quirós.

Madrid, 14 de Abril de 1908.

———oOo———

Información iberoamericana

España

Nota política: Dispersión veraniega.

La cuestión de las vacaciones parlamentarias viene á ser algo así como la cuestión de las subsistencias, que rebrota todos los años á plazo fijo. En el juego de la política, las vacaciones entran como un factor principal; y el estadista avisado, de la misma manera que las oposiciones, entréganse á fines de Junio y durante los días hábiles de Julio á un tira y afloja. sumamente cómico. Las vacaciones constituyen un anzuelo ó una amenaza, según los casos, y forman la base de las más inverosímiles componendas entre el Gobierno y los demás partidos. Así hemos visto últimamente pasar muchas semanas discutiéndose en el Congreso dos ó tres artículos del proyecto de Administración local, y aprobarse después, de carretilla, una vez concedidas las vacaciones, noventa y más artículos de la misma ley.

Alguna explicación de este fenómeno encontraríamos en la manera de reclutar el Parlamento y en el estudio de los móviles verdaderos que conducen á la política activa á la mayor parte de sus cultivadores. ¿Por qué y para qué *se hacen*—y no digo *les hacen* diputados, en gracia á la exactitud—muchos de nuestros pretendidos representantes del país? Algunos van allí impulsados por una vocación legítima que les llama á intervenir en los negocios públicos; otros pueden ir también empujados por un movimiento de opinión inequívoco y hasta poderoso; los más anhelan la investidura á manera de ocupación deportiva que les emplee su tiempo y mate sus vicios. ¿Qué menos se puede ser en Madrid que diputado ó senador? Y precisamente la gran masa de diputados *deportivos* es la que da ese tono general de «política recreativa» á nuestro sistema parlamentario, como si las Cámaras existiesen para la cotidiana distracción de sus miembros, y no para las altas funciones que la ley y la práctica de los pueblos cultos les tienen encomendadas.

Así, el juzgar de las sesiones de Cortes con arreglo á las teorías de los libros de Derecho constitucional es una candidez digna de los ideólogos. Los resortes y palancas de ese mundo son muy otros, y en ningún lado tiene mayor aplicación aquel aforismo según el cual pequeñas causas producen grandes efectos. Todavía está por hacer la descripción y crítica realista del «tinglado» parlamentario. Galdós, en alguna de sus novelas contemporáneas, nos ofreció bocetos y notas parciales del diputado de profesión, del diputado *deportivo,* del diputado agente de negocios, del diputado vanidoso, del diputado por costumbre... No pocas veces he debido preguntarme, á la vista de tal ó cual padre de la patria: «¿Por qué irá á las Cortes ese buen señor? No tiene ambición política, ni puede tenerla. No tiene idea clara sobre nada divino ni humano, ni puede

tenerla. No tiene palabra fácil ni premiosa ni de ningún modo. No tiene tampoco necesidad material que satisfacer. Y, sin embargo, para conseguir su acta permite que vayan á tiros en los pueblos y que se destrocen y arruinen...»

Y uno, que conoce estas historias por haberlas presenciado en el propio distrito, va un día al Congreso por curiosidad, y distingue á nuestro prócer dormitando en su escaño ó murmurando entre dientes, al oído de su vecino: «Ese que habla no me deja echar mi siestecita.» Para tan estúpida vanidad, para que un perfecto insignificante dé algunos ronquidos sofocados en el templo augusto de las leyes, anduvieron á la greña en los colegios, se rompieron las urnas, se soltó un toro bravo dentro de una sección, y aún andan empapelados y amenazados de diez ó doce años de presidio los falsificadores de la voluntad del pueblo. Entonces uno quisiera tener allí á los electores, á los interventores, á España entera, para gritarles con toda la fuerza de la convicción:—¡Mirad vuestra obra!

Después de la intervención del Sr. Cambó, que desató el nudo de la obstrucción hipócrita que se venía haciendo al proyecto de Administración local, no pudo tenerse la fiesta en paz, ni pudieron los diputados dirigirse á sus respectivos puntos de veraneo sin gozar antes del espectáculo de una sesión tumultuosa. De ello se encargó el señor Soriano. Yo no soy de los que se indignan sistemáticamente por la forma de determinadas intervenciones parlamentarias. Hay momentos de convencionalismo, de esterilidad, de mentira ó de bajeza, que no merecen más que un grito de sarcasmo, una flecha de Arquíloco, un comentario de Aristófanes. Este grito, esta oportuna insolencia puede tener entonces una eficacia mayor que cien discursos solemnes. Es la gota del reactivo que pone á prueba la falsa liga del metal, corroyéndolo y alterándolo. Es el accidente que, de un modo súbito, descompone la comedia, desconcierta á los histriones, rasga las bambalinas, y hace ver al respetable público los elementos burdos en que se apoya toda aquella fantasmagoría, toda aquella farsa.

Para producir semejante efecto, es necesario, ante todo, que la indignación sea sincera, y que no se confunda con un sentimiento de inquina ó de rivalidad sistemática con tal ministro ó tal personaje. Si no existe en el país una atmósfera previa, un estado sentimental propicio á ese desahogo, la insolencia resultará enojosa, chirriante, destemplada y molesta para todos. No se puede abusar de los dicterios ni de las palabras fuertes, porque muy pronto pierden su encono, sus aristas y, por consiguiente, su eficacia. Esto es lo que no ha querido comprender el Sr. Soriano. En algún instante pudo parecer certero. Ahora el país no le sigue, ni halla adecuadas sus arremetidas á la materia objetiva que escoge como blanco. Alguien dijo que, á fuerza de insultar, queda desacreditado el insulto. Y esto es la verdad pura. Á medida que se ha ido elevando el tono de la controversia política y enfureciendo el lenguaje de la prensa y de la oratoria, más indiferente queda la opinión. Si comparamos con el lenguaje corriente de los periódicos y los propagandistas radicales de ahora, alguno de aquellos artículos ó de aquellos manifiestos famosos que hace cincuenta años levantaban en peso á la nación y producían tempestades, motines y barricadas, nos parecerá inverosímil este resultado, y no comprenderemos cómo una cosa tan mansa, soporífera y ñoña causara tantos estragos. Así también los extranjeros que lean nuestra prensa sin conocer por sí mismos la realidad, habrán de maravillarse después, viniendo á España, de encontrarla tan pacífica, sosegada y normal, no obstante el trabajo infatigable de los diez ó doce fuelles que soplan furiosamente para encender la hoguera.

Mientras tanto, apréstanse para la lucha en las próximas elecciones municipales los partidos que se disputan la influencia sobre la opinión. Parecían estas elecciones,

destinadas á escoger las personas que deben implantar en España un nuevo estatuto local, el momento más á propósito para ensayar una modificación de viejas costumbres y métodos, para determinar una reacción del patriotismo, para que todos diesen muestras de abnegación y pospusieran el interés inmediato de la política al buen éxito de una reforma tan transcendental y profunda. Sin embargo, no son los síntomas conocidos reveladores de esa indispensable mutación, ni parecen haberse capacitado los elementos directores de la solemnidad del momento y de su transcendencia, acaso definitiva, sobre el porvenir de España.

Mucho más eficaz que esa anunciada formación de bloques de la izquierda y bloques de la derecha que en muchas y muy importantes poblaciones empieza á insinuarse, hubiera sido, sin duda, una intensa campaña de preparación desentrañando el sentido de la reforma local y explicando á los pueblos lo que de ella se espera y aun los peligros que entraña si no viene la sociedad misma á cooperar en su arraigo. Muerta la vida municipal antigua, anulada la región, reducida la provincia como el ayuntamiento á mera creación arbitraria de la ley ó á oficina en quien delega el Estado servicios y atribuciones que estima pertenecerle en absoluto; extinguidos los peculios ó haciendas propias, y viviendo de las migajas que quiere señalárseles después de deducidas las detracciones del Presupuesto general, las sociedades locales han quedado sin alma y sin cuerpo.

Asombra ver el número de poblaciones que fueron un día orgullo de sus comarcas, núcleo de elaboración espontánea, centros de fecundidad y creación, convertidas ahora en montones de ruinas venerandas y preciosas, en verdaderos é incomparables museos arqueológicos... Palacios, iglesias, acueductos, construcciones civiles, casas de gremios, universidades, abadías, lonjas: todo proclama una vida intensa y rica que ha desaparecido. Se ha matado en todas partes el sentido municipalista, el patriotismo local, y sólo allí donde ese sentido y patriotismo han resistido á la invasión de las abstracciones, se encuentran los pequeños oasis y excepciones de prosperidad y progreso que puede ofrecer la Península. Esas ruinas, esas reliquias del esplendor pasado que atraen al artista y al viajero sobre una espléndida corona de viejas ciudades castellanas y andaluzas, son una terrible diatriba contra la esterilidad del nuevo patriotismo, abstracto, vacío, incorpóreo, que destruyó tan rica é inagotable variedad, y unificó en el sentido de la monotonía, de la aridez y de la muerte.

He aquí una importante campaña á desarrollar: el despertamiento de las viejas energías locales y de los fecundos patriotismos en acción; no puestos en gritos, ni en símbolos, ni en frases hechas...

Miguel S. Oliver.

—o—

Información extranjera

Marruecos

La jornada de ayer.

Episodio marroquí, en tres actos, contado por un espectador.

ACTO PRIMERO

Lugar de la escena: la plaza de España. Esta plaza viene á ser como la plaza de San Marcial, después de derribado el cuartel de San Gil. Por todo pavimento, un terreno desigual, sin allanar, muy estercolado á trechos, empedrado horriblemente en otros. Las casas que limitan la plaza son de todas clases. moras, con dos ó tres pisos y dos ó tres desiguales y asimétricas ventanas, tapadas con celosías; alguna hebrea, y tres ó cuatro de aspecto más andaluz; en una de ellas está instalado el Casino Español. En los bajos, multitud de tenduchos sucios y estrechos: cafés moros, en los que holgadamente pueden caber hasta 12 personas; cuchitriles infectos y malolientes. La plaza está en rampa. Arriba, en el centro, una mezquita de las más acreditadas. Á su lado, en el ángulo derecho, la casa del bajá, á la que da entrada un gran arco de herradura. Tendido á sus pies, á manera de tapiz, un gran espacio cuadrado, en cuesta, empedrado horriblemente. Poco más abajo, un pilar de abrevadero, con fondo de mosaicos; dos ó tres puertas después, el portón que da acceso al Consulado de España.

Siguiendo esta acera (que no es tal acera), y llegando á la esquina inferior, un gran arco que da paso á la morería. En el otro lado del ángulo, casi tocando al arco moro, la cuadrada puerta de la judería. Frente al portón del Consulado, en la acera opuesta, el Casino Español.

No estará de más advertir que en Tetuán fué proclamado pacíficamente Muley Hafid como Sultán de Marruecos, y que éste envió un bajá y un caid de su confianza: dos negros, sin contacto alguno con la población, extraños por completo al conocimiento de esta ciudad.

Á las dos de la tarde, cuando acabamos de almorzar, nos avisan que hay gran movimiento en el pueblo. Dícese que habían desembarcado tropas españolas, no se sabe dónde, y que á toda prisa se está reuniendo el ejército para salirlas al encuentro. Tan ridícula y fuera de tino nos parece la noticia, que nos echamos á reir y acabamos de tomar el café tranquilamente.

Cuando terminamos, salimos á la plaza. De la casa del bajá salían corriendo, á escape, un par de docenas de moros harapientos, sin más traje que la chilaba, corta y sucia, llevando en la mano fusiles. Parecían, por la prisa con que corrían, vendedores del *Heraldo* ó de *La Corres* á la hora de salir el papel. Sin un grito, sin una voz, sin toques de cornetas ó tambores, se encaminaban á las bocacalles que en la plaza desembocan, desapareciendo por ellas como almas que lleva el diablo. En dirección contraria corrían moros de todas clases: unos harapientos y sucios, otros vestidos con chilabas pardas, otros con el traje de caki de la tropa regular; todos sin armas, presurosos. De vez en cuando, un jinete á galope, envuelto en blanquísimo albornoz, luciendo la roja silla, con el fusil apoyado en el muslo, cruzaba la plaza y subía á escape la cuesta que da acceso á la casa del bajá.

Algunos grupos miraban este ir y venir incesante: los moros, casi indiferentes; los hebreos, estacionados en la puerta del Consulado de España y cerca del Casino Español, temerosos, interrogando con la mirada á todo el que vestía el traje europeo.

En la puerta del Casino comienza á reunirse lo más florido de la colonia española: el cónsul, los oficiales del *Carlos V*, que asistieron á la verbena de la noche anterior, y algunos comerciantes. Casi todos visten de blanco. Sin inquietudes, con gran curiosidad, atienden al incesante ir y venir de moros, á las carreras de los escopeteros, al vertiginoso movimiento que reina en la morería, y que, visto á través del arco de entrada, parece como fantástica ebullición de cabezas y brazos. Hacia el Casino me voy también, y allí todos reunidos, comenzamos á comentar el movimiento y á hacer cábalas sobre lo que aquello podrá significar.

La noticia que más circula es la de que ha venido un moro á todo correr, relatando que en el Rincón (parte oeste del cabo Negrón) ha desembarcado una escuadrilla de cristianos, y que el bajá, al saberlo, no sólo está reuniendo á toda prisa sus tropas para salirles al encuentro, sino que ha dado orden de que se faciliten armas á los vecinos de los barrios, y que defiendan la ciudad en caso de ataque.

De la morería siguen saliendo pelotones de gente que corre hacia la casa del bajá. Alguno que otro nos mira torvamente, como si nos ofreciera cortarnos la cabeza media hora después; la mayor parte pasa sin gritar y sin mirarnos siquiera.

Cada español, cada hebreo, es un arsenal de preguntas. Por fin llega el canciller del Consulado español, D. José González, que ha ido á ver al bajá en nombre del cónsul, y después de un breve aparte con éste, se sienta entre nosotros. Al principio no quiere hablar de lo que allí dentro ha pasado; pero al poco rato comienza á contarme algo, y al fin acaba por enterarme de todo.

—Cuando entré—me dice—, presentaba aquello muy mal cariz. Los soldados me miraban como si fueran á comerme, como si tuvieran intenciones de dejarme allí. El bajá estaba pálido, con un miedo atroz, y al preguntarle yo: «¿Qué pasa?», y contarme él lo que por allí se dice, no he podido contenerme, y le he soltado una rociada regular. Parece mentira—le he dicho—que tú creas esas cosas. Tú eres extraño al país, y no tienes obligación de saber lo que por aquí ocurre; pero tus consejeros han debido evitar que alarmes de ese modo al pueblo. ¿En qué cabeza cabe que, estando el *Carlos V* en Río Martín, vayan los españoles á hacer un desembarco en el Rincón? ¿Crees tú que si los españoles estuvieran de guerra con vosotros, estarían allí, en el Casino, los oficiales del *Carlos V*, viendo lo que pasa, y estaríamos nosotros tan tranquilos? Con estas y otras reflexiones parece que el hombre se ha tranquilizado algo, y ha acabado por decirme que él no cree que eso sea verdad.

Á pesar de ello, el movimiento no se interrumpe. Grandes grupos de moros siguen desapareciendo por el arco del bajá, como si se los tragara la tierra; algunos jinetes, con sus rojas sillas, sus blancos albornoces, el fusil apoyado en el muslo, cruzan la plaza á todo galope. Á pie deben de haber entrado 600 ú 800; á caballo, 20 ó 30. Y mientras el cónsul da orden de que comuniquen al *Carlos V* por el heliógrafo lo que en la ciudad ocurre, nosotros seguimos sentados á la puerta del Casino, contemplando la escena y el inimitable cuadro de color, siempre nuevo y original.

El capitán de la Policía, Sr. Cogolludo, sale de la casa del bajá. Por lo que dice, la escena ha cambiado allí por completo. El bajá está tranquilo, sonriente. Se ha dicho que en el Rincón ha desembarcado una mejala (lo escribo como se pronuncia) de Muley Abd-el-Aziz, y que, en previsión de que se acerquen á la ciudad, va á repartir fusiles á los moros de los barrios.

Con efecto: á los pocos minutos se abren las puertas de la Administración militar (al lado del arco del bajá), y comienza allí el reparto de fusiles, espingardas y cartuchos. Casi todos los moros van ahora armados. Las tropas que van al campo de batalla

salen por la muralla, sin que nosotros las veamos. Las Milicias, en cambio, salen por pelotones, con sus fusiles á cuestas, en alto ó colgados, sin guardar formación, harapientos, sucios. Van en sus filas moros de todas clases y de todas edades: hasta de setenta años.

En las azoteas van apareciendo blancas figuras de moras, que animan á los futuros combatientes, gritando muy de prisa, con voz de falsete, una cosa que suena *iú, iú, iú, iú, iú, iú,* y que sale de todos los lados de la plaza. Un pintor de brocha gorda, español él, viene hacia nosotros con una escoba de caña, colgada á modo de fusil, y obtiene un éxito de carcajadas. En un balcón próximo al Casino aparece un moro, se sienta en el suelo y apoya el fusil en el pasamanos, esperando filosóficamente á que venga el enemigo.

Las patrullas siguen saliendo de la casa del bajá. Cada individuo lleva un arma distinta. Al lado de un mauser, una espingarda larguísima, un remington ó un fusil de chispa.

De pronto un elemento nuevo viene á unirse á los *iú, iú, iú, iú,* de las azoteas. Es una murga que ha venido de Ceuta para amenizar la verbena que da nuestro cónsul, y que, llamada por éste, se pone á tocar en la plaza, al lado del Casino. Sin que nadie les advierta lo que pasa, por su propia iniciativa, los murguistas la emprenden con la Marcha Real. Hay un momento de vacilación: quizá sea poco oportuno en el momento lanzar ese desafío á los moros que corren hacia la guerra santa; pero, ya empezada, no hay más remedio que concluirla, y todos la escuchamos de pie, descubiertos los paisanos, con la mano en la teresiana ó en la gorra los militares.

No pasa nada. La murga la emprende después con su repertorio de polkas, mazurkas y valses; algunos moritos, morazos y hebreos comienzan á rodearla, y como de la casa del bajá apenas si sale algún que otro escopetero, como yo tengo un sueño más que regular, y como son ya cerca de las cinco, me separo de mis amigos, y me marcho á dormir la siesta, para volver más tarde á saber cómo termina esto.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración anterior.

Á las seis me despierta el griterío que viene de la plaza. Me visto á escape, y al llegar y preguntar, me dicen riendo: «Es el ejército, que regresa vencedor.»

La plaza ha recobrado su aspecto ordinario. Los cafetines moros, los tenduchos, sucios y miserables, están abiertos, con los habituales tertulianos sentados á la puerta sobre la clásica esterilla. Por la plaza, más parecida á un gran solar que á otra cosa, cruzan los tipos y personajes de siempre. En un ángulo se desarrolla animadamente un idilio borriquil, con profusión de mordiscos y desgarbados retozos. Dos vendedores de agua pasan repetidas veces ante el Casino. Va el uno montado en su burro, sobre aguaderas iguales á las que en Andalucía se estilan, vistiendo zaragüelles azules, blanca camisa, rojo chaleco, llevando en la cabeza gorro con turbante, y guardándose con un quitasol. El otro es aún más original. Alto, escuálido, muy viejo, más sucio que viejo, vestido de jirones de indefinible color, todos fundidos en la pátina de un solo y mismo sucio, apenas si de su figura se destaca sino el viejísimo y remendadísimo odre que sigue en su espalda la línea de la cintura, y la campanilla que va tocando, á guisa de pregón, para anunciar la mercancía. Cubre la cabeza con un tocado estupendo: una espuerta de palma, de segundo ó tercer desecho, cuyas asas casi le tapan las orejas.

Otro industrial, un betunero procedente de Marrakesh, ha tenido gran éxito por la innovación que ha introducido en la clásica caja de sus chismes: un timbre que suena en cuanto acaba de limpiar un zapato, como aviso al parroquiano para que cambie de pie ó para que pague el servicio.

Y así, comentando la aparición de estos tipos extraños, rodeados de una chusma de chiquillos hebreos, que anduvieron escondidos hasta ahora; de moritos sucios, y alguna que otra morita que ya empieza á pintarse los aplomados cuadrados en la barba, me cuentan que en todo este tiempo no ha pasado nada, y que el ruido que oí fué dedicado por la chiquillería y las moras de las azoteas á unos soldados que volvían á sus casas.

Arriba, en la puerta de la mezquita, se ha formado el grupo de todas las tardes. Hay allí ciento ó ciento cincuenta moros de los de parda chilaba sentados en el suelo, contemplando, sin demasiada curiosidad, la lección de esgrima de palo que da un morazo á un chiquillo de catorce ó quince años. Algunos de los que en el Casino están quieren ver de cerca el espectáculo, y hacia allá nos vamos cuatro ó cinco. Es una sala de armas al aire libre, la de Broutin ó la de Carbonell, traducida al moro. Á mí me parece estar viendo la diaria lección de «parar y contestar», y hasta creo que va á llegar mi turno.

De pronto un moro con chilaba y turbante blancos, armado de su palo, se dirige al profesor, da tres ó cuatro golpes en su sable de madera, y se retira á un extremo. El profesor acaba su lección; el discípulo se marcha después de tocar la mano de su maestro y de llevar la suya á los labios, y los dos grandes se preparan á hacer un asalto. Miden el terreno, paseándolo varias veces de abajo á arriba; se entretienen en multitud de ceremonias interesantes, trazan unos molinetes con los palos en lo alto, y comienzan algo así como la muralla mora.

Nosotros los miramos embobados. Pero el muecín ha aparecido en la ventana de la mezquita, cantando la copla del anochecer; apenas lo oyen los asaltantes, interrumpen su *sport;* los moros van levantándose y desapareciendo por la puerta de entrada para hacer sus oraciones, y nosotros, al quedarnos solos, volvemos á la puerta del Casino.

Una trompeta discordante, como si la tocara un recluta, primera trompeta que hemos oído en el día, resuena hacia el patio del bajá, cada vez más cerca. Poco después aparece un moro á caballo, con un ordenanza de á pie á cada lado; tras él viene una fila de askaris, uno á uno, vistiendo el reglamentario traje de caki, casi á la europea, con su gorro rojo y sus pantalones turcos. Avanzan despacio, sin marcar el paso, llevando los fusiles al hombro, sin que se arremoline la gente para verlos pasar, ni despierten curiosidad alguna

El caid es un negro panzudo, que monta un soberbio caballo con arreos verdes y roja silla. Pasa muy cerca, y á nuestro lado pasan también algunos otros grupos de soldados irregulares, sin uniforme ni nada que los denuncie como defensores de la Patria, á no ser el fusil, que llevan en formas caprichosas, y la bayoneta, que algunos empuñan á guisa de cuchillo, y otros llevan colgada á la derecha ó á la izquierda.

Eso es lo que queda de todo el alboroto de primera hora. Su origen aún no se sabe con entera certeza. Comenzó siendo un desembarco de tropas españolas; después fué una mejala de Abd-el-Aziz; ahora se susurra que han sido unas barquillas pescadoras que, atraídas por la abundancia de sardina, desembarcaron en el Rincón para sacar allí sus redes.

Lo único que parece indudable es que en todo esto ha habido un director de escena. El agente consular de Alemania se ha pasado el día entrando y saliendo, á la vista de

todos, en el palacio del bajá. Cuando llega á nuestro Casino, viene muy contento, muy alegre, como si estuviera encantado de lo bien que ha salido todo.

Los comentarios son sabrosísimos. Entre la fantasía árabe, que hace de veinte barquillas una escuadra española ó una mejala del Sultán, y el protector de las autoridades, que dispone un alarde de fuerzas para aguar el efecto de nuestras verbenas y para intimidar á los ingenieros é industriales españoles, que con el apoyo del pueblo quieren ayudar á la resurrección de este país, se ha construído hoy una fantasía morisca, con momentos de verdadera intranquilidad, en los que era imposible predecir el curso que habían de tomar las cosas.

ACTO TERCERO

Los jardines del Consulado de España. El porton que abre á la plaza da acceso á una calle original: á la izquierda, las oficinas del Consulado, la casa (casi palacio) del cónsul, la iglesia y la misión de los franciscanos: á la derecha, un hermoso jardín. Farolillos morunos de colores, y bombos á la veneciana, iluminan fantásticamente esa avenida particular, y los árboles, cenadores y bóvedas de jazmines. En el centro del paseo, sobre un tablado caprichoso, se ha instalado la banda de música, compuesta de ocho instrumentistas, venidos de Ceuta. Tocan, como los más acreditados murguistas madrileños, el consabido repertorio de habaneras, chotis y mazurkas. Desde el portón al Consulado, unos cuantos feriantes, venidos de Ceuta, han instalado la clásica barraca de «á real y siempre toca», y puestos de dulces, bebidas y baratijas. En el fondo, sobre el muro que cierra la salida de la calle, la indispensable tómbola de caridad, servida por señoritas.

Es la segunda noche de verbena: cosa extraordinaria y nunca vista en Tetuán. El Consulado de España había sido siempre un local cerrado, *santasantórum* de la seriedad y rigidez diplomáticas. El cónsul actual, D. Luciano López Ferrer, lo ha secularizado, y con gran sorpresa de moros, judíos y cristianos, ha abierto sus puertas á todo el mundo. La primera noche de verbena vinieron los moros más notables de la población, vestidos con sus inmaculados albornoces; el antiguo bajá, los Petronios de la morería. El bajá actual avisó que no podía venir; pero algunos de sus oficiales, de sus askaris, de los negros de la guardia, pasearon entre nosotros é hicieron bastante consumo de papeletas de rifa y refrescos.

Esta noche hay menos gente al principio. Los hebreos nos cuentan que ha sido un día de duelo en la judería; que se cerraron las tiendas, que mujeres y niños gritaban y lloraban desconsolados, con chillidos de pánico, creyendo ver entrar á los moros de un momento á otro y saquear sus haciendas.

El miedo no ha sido menor en la morería. Los abdelazizistas, protegidos españoles, vinieron á refugiarse en nuestro Consulado: esclavas y moras, viejas y muchachos creían llegada su hora final. Un miedo atroz, terrible, el pavor más grande, los lamentos más desesperados, dominaban por todas partes: en la judería, en la morería, en toda la ciudad.

Hacia las nueve comienza á animarse la verbena. Algunas hebreas se han atrevido á venir, y pasean tranquilas por la avenida. Hay dos—Simi y Mezodi—, verdaderas bellezas de la raza, linfáticas, de ojos serenos y mirar tranquilo. De la colonia española apenas si falta alguno. Los moros notables no han creído prudente repetir.

Y así, oyendo la murga, charlando, paseando, se pasan las horas á escape, con animación extraordinaria, sin que un grito, una porfía, un incidente desagradable, turbe ni por un momento la expansión general.

Todos andan mezclados y confundidos. Nosotros, los españoles, haciendo los honores de la casa con los oficiales del *Carlos V*, exhibiendo nuestro antipático traje europeo. Las hebreas con sus tocados originales: cubierta la cabeza con pañuelos de seda de suaves colores, colocados á modo de monjiles tocas, las casadas; llevando otras, en la misma forma, blancos mantones de Manila, que caen airosamante hasta por bajo de la cintura; prendidas algunas con blancos velos y blancas mantillas de encaje, que forman un marco encantador al suave óvalo de sus caras; los hebreos, con sus sotanas y sus gorros; los moros, divididos en la variedad más abigarrada: desde las chilabas blancas, azules y pardas de los riffeños, hasta el amarillento uniforme de los askaris y policías; desde las sucias y comunes vestimentas de algunos, hasta el atildado albornoz de algún pulcro moro que se ha atrevido á salir.

Hace unas horas iban á comernos; ahora, los mismos de la mejala de Hafid se gastan sus reales en la tómbola, y á cada corazoncito de dublé, á cada cuaderno de escribir, á cada pastilla de jabón que les cae, parece como si se volvieran locos de felicidad y como si se consideraran los seres más felices de la tierra.

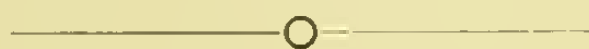
En cambio, los hebreos se aventuran despacio, toman sus papeletas una á una, y á cada objeto que les cae parece como si hicieran cuentas de lo que han ganado ó han perdido con la suerte.

Así dan las doce, la una, las dos. El espíritu se enerva ante este recreo de los ojos, ante el abigarrado ir y venir de gentes tan distintas por su raza, por sus creencias, por sus ideales, por sus ambiciones; de gentes que diez horas antes ardían en ira y pensaban exterminar á cristianos y á hebreos, sin dejar á uno solo; de gentes que lloraban y gemían, creyendo llegada su última hora, y ahora andan revueltos, codeándose, sin recordar siquiera lo que á la tarde pasó.

Y pensando en esto; pensando en lo que me habían contado del problema de Marruecos los que lo miran del lado de allá; gozando de una temperatura encantadora; viendo la luna á través de las palmeras, pienso que quizá valga la pena de escribirlo, sin comentarios, sin aclaraciones, con esa enigmática vaguedad que la vida tiene para desarrollarse.

C. Roda.

Tetuán, 17 de Agosto.



París-Londres

Impresiones de un viajero.

Franquear una frontera es añadir á vuestra comprensión un nuevo dominio. Cada país aporta al espíritu datos y observaciones que ensanchan el horizonte intelectual y desvanecen el injustificado orgullo que la simple lectura de los libros suele infundir. Los viajes os enseñan una cosa principal: y es que muchas de las ideas que os parecían definitivos juicios absolutos sobre los hombres y los hechos, son de una relatividad tan deleznable, que dos metros más allá de la frontera no tienen valor ninguno. Cuando habéis leído unos miles de páginas, y habéis relacionado nociones y circunstancias para enlazarlas y explicarlas á vuestro modo, levantando sobre ellas una concepción de alma universal, creéis conocer el mundo totalmente. Imagináis que al poner el pie en la sociedad extraña, al hundir vuestros ojos en la conciencia francesa ó británica, por ejemplo, vais á encontraros con viejos conocidos, con modos de pensar y sentir, con aspiraciones y caminos de la voluntad que vosotros frecuentasteis en la soledad estudiosa de vuestro gabinete. Y os sorprende averiguar que el mundo es muy distinto de como os lo figurabais; que habéis estado en comercio con una geografía social puramente fantástica; que los hechos que vosotros explicabais de un modo, tienen su explicación legítima y más llana de otro; que la vida, en fin, es bastante fecunda para crear aquí y allí formas y combinaciones tan diferentes, que no penetrarán todas en vuestro entendimiento sino dándoles previamente dilatada y cuidadosa hospitalidad en vuestros ojos.

Los viajes conducen á otro resultado de mayor importancia. Hay un sentimiento que os acompaña como la sombra al cuerpo: el amor á vuestro país. Aunque los apóstoles de la «internacionalización», los enemigos del viejo concepto de una patria guerrera é insociable, venciesen en absoluto, desterrando para siempre del corazón humano lo que hoy se entiende por patriotismo, de entre las ruinas de aquel mundo sentimental surgiría como una flor bella el cariño á nuestra tierra y á nuestra gente, al pedazo de cielo azul que visitan nuestras miradas todos los días al atardecer, y á los hombres en cuyas almas encuentra siempre nuestra voz un eco seguro. Sobre esta roca viva están cimentados los más de nuestros sentimientos; queremos ser fuertes, ricos ó buenos en nuestro país y ante nuestros coterráneos; ¡cuántas vidas en el mundo devoran la fatiga de un esfuerzo constante y el sufrimiento de una ausencia inacabable sólo por gozar algunos años, los últimos de nuestro existir, haciendo el bien entre los que vieron nuestra primitiva desnudez! Los españoles sabemos de eso mucho, porque nuestras costas septentrionales están pobladas por innumerables compatriotas que, movidos por ese sentimiento, repasaron el Atlántico.

Pues bien: doquiera encaminamos nuestros pasos por el extranjero, la memoria de la Patria reclama la comparación. Observar es comparar: lo único que detiene el pensamiento es la diversidad; por lo mismo que todo progreso, colectivo ó individual, espiritual ó material, no es más que una diferenciación, esa constante competencia entablada entre lo que vemos y lo que pensamos, ó bien exalta el orgullo, infundiendo en el cariño á la tierra nativa una vehemencia ofuscadora, ó bien deprime el ánimo, y, descubriendo flaquezas propias y resplandores ajenos, nos apoca y apena, filtrando en el espíritu una enervadora sensación de pequeñez. Acaso cada una de estas dos impresiones dominantes responde á la diversidad de temperamento ó á la diferencia de las circunstancias en que la observación se hace. Tal vez obedezca con mucho al inevitable prejuicio que en la mente sirve de punto de partida para valuar el significado de las observaciones. Pero ello es que así acontece, y que aun se mezclan y barajan en un mismo ánimo las dos, distribuyéndose el reinado de las condiciones y de las actividades por una instintiva tendencia á la compensación, latente aún en el espíritu más desequilibrado. De cualquier manera, obliga á aquilatar juicios y á definir conceptos que quizá dormían obscuramente en nuestra conciencia sin desenvolver su fecundidad. Lo importante es que la observación sea exacta, que la nota sea fiel; aunque la comparación adolezca de exceso ó defecto, porque por sí misma se rectificará ésta con el transcurso del tiempo.

Y, conforme á tal convencimiento, he procurado que mis observaciones tengan como único timbre la fidelidad. Resumen y alma de ellas son los renglones que me propongo trazar aquí.



En el primer instante, París deslumbra al recién llegado. Fuera de Londres y de Berlín, ninguna de las ciudades europeas prepara el espíritu y dispone la fantasía para hacer menos sensible el tránsito. La enorme distancia que entre el ambiente, relativamente sosegado, de las grandes capitales de segundo orden y París existe, hiere con violencia vuestra imaginación desde el primer momento, y os empuja hacia una atmósfera intelectual de ensueño é inverosimilitud. Quitad á ello los nombres sonoros que desde el comienzo repercuten en vuestros oídos con todo el prestigio de que en vuestras lecturas históricas y vuestros ocios literarios los rodeasteis; las evocaciones que esos nombres producen, figuras y sucesos que para vosotros parecen vivir en los hogares

donde solíais situarlos imaginativamente, y saliros invisibles al encuentro para daros la bienvenida como antiguas amistades del país de las sombras; y el rumor del océano de la multitud presurosa, el trepidar de los vehículos, la estridencia de los ruidos callejeros, el resplandor de millares de tiendas y de millones de luces, la rectilínea visión de las grandes vías, las avenidas de la Opera, la calle Royale, el río de fuego y de luz que corre á lo largo de los bulevares como un brazo de sol que en plena noche corte las tinieblas para que en él hormiguee la humanidad, y las sensaciones de fuera y los mirajes de dentro, todo conduce á produciros una embriaguez, un desvanecimiento de los sentidos y de las ideas que os acompañan desde la estación al hotel; cuando el regreso se inicia, el torbellino de impresiones y de sombras danza en vuestro derredor y se aleja de vosotros paulatinamente, repitiendo monótona, como el final de un canto confuso, esta sola palabra: París, París.

Á la mañana siguiente, cuando la luz invade vuestra alcoba, no os sorprende dormidos. Hace ya largo rato que la impaciencia ahuyentó el sueño, y os fustiga la comezón de contemplar á la luz del día el cuadro fantástico que vuestras miradas entrevieron al anochecer, mientras os conducían á la fonda; y cuando termináis vuestros pequeños menesteres matutinos, os lanzáis á la calle, dispuestos á reaccionar contra la impresión primera y á no dejaros deslumbrar como el más estúpido provinciano. Vuestra previsión es estéril. Cuando desembocáis en las calles modernas, en las grandes vías, en la rue de Rívoli, en la plaza de la Concordia ó en la de la República, deponéis vuestro enojo é imagináis que la justicia exige dejarse conquistar. La ciencia de las perspectivas, que París ha aplicado á sus grandes calles, os impresiona rudamente y remueve en el fondo de vuestra alma los sentimientos artísticos, por pocos que tengáis. Si sois latinos, inútilmente trataréis de sustraeros al decisivo contraste entre el equilibrio perfecto logrado entre estas amplias calles y las líneas arquitectónicas del monumento que se alza en su fondo, ya griego, como la Magdalena, al término de la rue Royale, ya florido, del Renacimiento, como la Ópera ostentosa y brillante, en el fondo de la avenida de su nombre, y el desequilibrio y estruendo de la vida que por esos cauces corre, vida frenética y desbordada, que en vuestras retinas, que aún retienen la visión apacible de otros lugares tranquilos, parece vida de locos y ebrios, carrera desenfrenada de una multitud ansiosa de llegar al sitio del placer. Porque ésta es otra sensación que París os produce: dijérase que debajo de esos cráneos no hay preocupaciones, y detrás de esos pechos no hay penas; que todos vivimos en un perpetuo y glorioso día de fiesta, en que el divino júbilo de los dioses toca con sus alas de mariposa nuestras frentes y las preserva del dolor.

Á medida que avanza el día, la conquista de vuestro ánimo es más completa. Cuando emprendisteis el viaje y hojeasteis las guías, vuestro pensamiento vagó en torno de monumentos y museos. Soñasteis con la majestuosa serenidad de la Magdalena, con el robusto aplomo de la Bolsa, donde una ironía arquitectónica ha reproducido los planos del templo de Septimino Severo; con el macizo Louvre, con las Tullerías famosas, con todos los edificios que, al través de la novela y de la crónica, tienen vida completa en el pensamiento universal. Pero la visita de unos cuantos de ellos y las horas de vagar por París van alterando vuestro sentido del interés. Los grandes y renombrados monumentos decrecen en importancia, y se sitúan discretamante en un segundo plano; tenéis menos prisa por visitarlos; distribuís mentalmente vuestro tiempo entre la curiosidad artística y la curiosidad ciudadana, estableciendo una honrosa transacción entre vuestros anhelos pasados y vuestras avideces presentes. Y, por fin, cuando llegáis á encontraros frente á los edificios designados con los sonoros y rotundos nombres que en otro

tiempo os hacían estremecer de deseo, tal vez encontráis que están por debajo de su fama y de vuestra fantasía, y que en el curso de vuestra vida habéis posado los ojos sobre templos, fortalezas y palacios que merecían el pregón con tanta justicia como estos que tuvieron la vocinglera fortuna de ser levantados en París.

Tal vez entonces, si recapacitáis un instante, comencéis á ver la vida que París pone en las cosas, y os persuadáis de que París no es sus monumentos y paseos, y sus muelles y su gentío, sino algo distinto de todo ello y superior á todo ello: es el resumen de su ayer y de su hoy, de las tradiciones y recuerdos unidos á los nombres de sus lugares, y de su bullicio y actividad actuales; actividad expansiva, pregonera, refinada, y todo ello visto al través de la tela de oro con que nuestros sueños adolescentes vistieron con pliegues de belleza las formas de diosa de la lejana ciudad. No son los monumentos los que prestan encanto y dan personalidad á París; antes al contrario, la reciben de éste. Á poco que hayáis viajado por Europa, singularmente por España, donde todas las civilizaciones dejaron su huella petrificada, encontraréis monumentos que aventajen á aquéllos: catedrales como las de León, Burgos, Toledo y Sevilla, cien veces superiores á Notre-Dame; palacios como el Real de Madrid, más airoso en su mole inmensa que el Louvre, de más armónica factura que las alas napoleónicas que unieron el viejo Louvre con las Tullerías. Después de visto El Escorial, ninguna montaña de piedras os asusta; y cuando habéis pasado los ojos por San Juan de los Reyes, de Toledo, el estilo gótico no tiene bellezas reservadas á vuestra penetración. Otro tanto os ocurre con los museos. Cluny, Luxemburgo, el Louvre, son más nutridos que los museos españoles. La antigüedad y el Renacimiento labraron más objetos con destino á aquellos panteones del arte, que á los fabricados por nosotros; pero no aventajan en calidad á los nuestros; y distribuídos por las ciudades de segundo orden, y aun por monasterios y templos subalternos, hemos visto tantos, que la impresión se repite, pero no se ensancha. Y en cuanto á pintura, felizmente podemos pavonearnos con la convicción de ser motivo de envidia. Después del Louvre, el Prado, con sus 2.500 cuadros, es el más numeroso; y en obras maestras de los grandes pintores españoles, italianos y flamencos, sin rival.

Después de visto el Prado, tenéis que aprender las dos ramas menores de la pintura clásica: la francesa y la inglesa; porque la alemana, fuera de Holbein y Alberto Durero, no os guarda emoción alguna. Sin visitar el Prado, bien podéis reconocer que ignoráis la visión total, el resplandor de conjunto de la pintura europea, aunque hayáis estudiado el siglo XV y XVI en Italia, el XVII en Holanda y Bélgica, y el XVIII en Francia é Inglaterra. París, en ese punto, añade poco á vuestro conocimiento. Y en la escultura podría deciros lo mismo, si no se alzara en el fondo de una de las salas griegas del Louvre, solitaria como una diosa esquiva, amable como una visión pagana, la admirable *Venus* de Milo, de cuyas líneas fluye la emoción pura, la belleza radiante que subyuga y fascina. Cuando se está en sus alrededores no es posible sustraerse á su influencia. Pero confesad que, lejos de la deidad, emancipados del hechizo que esclaviza á cuantos llegan á contemplarla, no fué el pensamiento de la *Venus* de Milo lo que os movió á hacer el viaje.

No. París no es nada de eso; repitámoslo otra vez. París es París; como una mujer hermosa no son los vestidos que la engalanan ni los joyeles que la adornan, sino la sangre que corre por sus venas, y los músculos que trazan su silueta, y el espíritu que fulgura en sus ojos, y os envuelve y baña en una oleada de seducción. Cada hora que transcurre os vais penetrando más de esta verdad. Llega el anochecer, y sentís que la pulsación de la gran ciudad se acrecienta como un enorme organismo que al caer la

tarde recibiera un recargo febril. A la luz del crepúsculo, vuestro coche desfila por el Arco de la Estrella y la avenida de los Campos Elíseos hacia la plaza de la Concordia. Al decir desfila, digo mal: corre precipitado, acosado por otros que le siguen, que le bordean, que le preceden, como los carros innumerables de un ejército antiguo en la hora de la desbandada, produciendo un rumor sordo, un estrépito enguatado, sobre el pavimento de asfalto, donde apenas se percibe el latido de aquel cortejo loco.

Es la hora de la vuelta del bosque de Boulogne. Coches de lujo, taxímetros, automóviles, bicicletas, jinetes, todo, como un conjunto compacto, regresa en un *match* de velocidad, que evoca el infantil recuerdo del final fragoroso de los fuegos artificiales. Avanzan raudos de á diez en fondo, cruzándose y antecruzándose, interponiéndose unos en el camino de otros, adelantándose los más veloces y anteponiéndose á los que les precedían, surcados por la veloz carrera de los grandes automóviles, moteados por los centenares de ciclistas, semejantes todos á una irrupción de monstruos que se encaminara á la conquista de la ciudad, infundiendo el sobresalto de diez posibles choques en cada minuto, de veinte atropellos, emoción concentrada que tiende las cuerdas de vuestro corazón y os pone el cebo del peligro bajo la dorada luz tranquila de un cielo amable en que parece palpitar durante estos últimos días de Septiembre como una serena melancolía, bajo un cielo que yo no sé por qué evoca en mí, y acaso en todos, la imagen de un alma buena y triste que contemplara desde lo infinito la gran vanidad de las agitaciones humanas.

El río tumultuoso desemboca en la plaza de la Concordia. Parte de él tuerce á la derecha para dirigirse al puente de la Concordia, atravesar el Sena é internarse en los más tranquilos fondos del barrio de Saint-Germain. Parte continúa derecha, y, bordeando el Obelisco, se lanza á la interminable calle de Rívoli. Parte, en fin, tuerce á la izquierda, y, ganando la rue Royale, se incorpora á la confusa é inextricable red que á esa hora hinche de acera á acera la espléndida é inolvidable corriente de vida que circula por París: los bulevares. Vuestro coche ha continuado por la calle de Rívoli, más allá de ella, y en línea recta por la rue Saint-Antoine, hasta alcanzar la plaza de la Bastilla. Saludáis la columna de Julio, alta 47 metros, perpetua conmemoración de las víctimas de la revolución de 1830, y, torciendo á la izquierda, comenzáis la más inaudita y fantástica peregrinación que en los tiempos modernos podéis realizar al través de una urbe inmensa. Son los bulevares famosos, los llamados por antonomasia en París «grandes bulevares». Cien veces se ha intentado su descripción; cien descripciones he leído, y todas ellas quedan debajo de la realidad. El corazón y el cerebro de París están aquí; aquí el ritmo de su sangre y el aletear de su espíritu loco y bullidor como una copa de *champagne* recién vertida. Primeramente, el bulevar Beaumarchais, pórtico de las magnificencias urbanas, primera de las vías que ante nosotros van á abrirse; después el del Temple, que abre su garganta en la extensa plaza de la República; después los bulevares Saint-Martin, Saint-Denis, Bonne Nouvelle, Poissonnière. Ha anochecido. Y diríais que comienza la fiesta de luz. Al través de esos bulevares corre una estela de fuego. Es pleno día; un día contorneado por los abismos obscuros, negros, de la inmensidad. Cada puerta, cada ventana, cada escaparate arroja sobre la vía pública sábanas de luz; y tened en cuenta que los edificios son todo ventanas, puertas y escaparates. Diríais que ambas aceras arden, con un fuego luminoso y sereno, en que las llamas inmóviles alcanzan su máxima intensidad resplandeciente. Y en medio de este océano de esplendor hormiguea una multitud agitada y presurosa, caminando á torrentes en todas direcciones, surcada por el aparato imponente de los millares de coches, de los centenares de ómnibus, que parecen transportar pueblos enteros en un

éxodo sin nombre. Y en las inmensas vitrinas que guarnecen las aceras centellean las obras de arte, las alhajas, los vestidos, concentrando en espacio breve todo el lujo que ha de ser ornamento distribuído más tarde por la tierra entera. Seguís avanzando: el bulevar Montmartre, el de los Italianos, el de las Capuchinas, el de la Magdalena, y os parece que toda la riqueza y toda la luz del mundo se han reunido para deslumbraros. Son dos kilómetros por los que camináis como por la cueva de Aladino, suspensos y temerosos de poner una nota pobre y triste con vuestra presencia en aquel desbordamiento de alegría y de esplendor. Una inconcebible intensidad de vida pone movimiento y ritmo en aquella alucinación fantástica; y cuando vuestros ojos se vuelven á lo alto, buscando un instante de reposo para aquella fiebre que también de vosotros comienza á apoderarse, tropezáis en las alturas, en los terceros, en los cuartos, en los quintos pisos, en los tejados, con los anuncios luminosos que parpadean, que titilan, que se apagan y encienden repentina y constantemente, como miradas de seres vivos asentados sobre vosotros para convenceros y rendiros.

Y os rendís por fin. La obra de deslumbramiento es completa, y comienza la de seducción.



Hace ya tres horas que sube de la calle hasta los balcones de mi cuarto de hotel el rumor tumultuoso de la vida de la ciudad despierta y su trabajo. Vendedores enronquecidos lanzan pregones incomprensibles. ¿Qué anuncian? ¿Periódicos? ¿Juguetes? Las proximidades del bulevar en que mi hotel se halla enclavado sienten el correr de la vida por el gran cauce que es eje parisiense, y el ámbito callejero se llena del latido de la ciudad, zumbador y polífono, armonía sorda y febril de todos los ruidos que son la voz y la vibración del existir contemporáneo. El rodar de algunos pesados carricoches estremece los cristales de los balcones é inunda la habitación con una precipitada sinfonía de campanillas cascadas. El trotar de los caballos arrastrando vehículos silenciosos sobre sus llantas de caucho produce el efecto de un martilleo interrumpido. Sobre el pavimento entarimado, los jamelgos franceses resuenan huecos y ampulosos como las vacías arrogancias de un farsante. Por un momento pensáis en todas las resonancias sonoras, pero vanas, que atormentan vuestra vida: las petulantes divagaciones de un amigo imbécil, la exhibición enfática que de su elemental cultura hace un sabio oficial, el decorado absurdo de cualquier ceremonia inglesa, y la calavera pelada de un rentista hacia la cual vuestra mano va instintivamente con irreprimible deseo de despertar bajo el cráneo los ecos dormidos de una inveterada oquedad.

Si visitáis París, no os acomodéis á aposentaros sobre un departamento del hotel que recaiga sobre la calle, á menos que, por caso inverosímil, seáis madrugadores. Desde las seis de la mañana estáis sentenciados á no poder cerrar los ojos sin abrirlos con sobresalto. Cuando, reanudando el sueño interrumpido, las vagas penumbras deliciosas de la inconsciencia comienzan á anegar vuestro espíritu, un horrísono trompetazo os arrancará despavorido á la somnolencia: es la bocina de un automóvil, después del cual sonará otra, y rodarán los ómnibus con monstruosa pesadez, y un carro y veinte coches, y oiréis cien voces y doscientas querellas, y todo el fragor de la vida y del carácter francés, bullicioso, hablador, amigo del griterío, del movimiento, del tumulto, desbordante de actividad, que se desparrama en cien sentidos diversos, de los cuales sólo una mínima porción caen bajo la disciplina de lo útil. Estáis perdidos. Tres horas llevo sin poder conciliar el sueño que los primeros estrépitos matinales me arre-

bataron. Una luz cernida por las persianas penetra en la habitación. La he visto avanzar y condensarse, primero como una claridad lechosa indecisa, primer albor matutino, con esa blanca opacidad que parece la reverberación de una pesadilla de fantasmas. Más tarde, las sombras, las líneas, los ángulos, la mancha obscura de los muebles se ha ido dibujando, contorneándose; en el fondo de la habitación, mis pantalones, pendientes de un perchero, evocan la visión de un ahorcado, protagonista de una historia siniestra y ya lejana que acaso os contaré algún día. Por último, todas las penumbras se han disipado, y por una rendija se cuela un rayo de sol, brillante como una hoja toledana, que viene hasta los pies del lecho y comienza á ascender lentamente por la colcha, emblanqueciéndola é iluminándola, como el resplandor de un alma pura que quisiera sorprenderme en mi reposo.

Tin..., tin... Nueve veces. Es hora de levantarse. Me decido y comienzo á hacer mi incómoda *toilette* de fonda. Superficialmente observado, creemos que son los grandes acontecimientos, las cosas sorprendentes y admirables las que nos sugieren más nutridas reflexiones. Reparadlo bien, y veréis que no. Lo grande, lo enorme os deja mudos, suspensos, admirados. Y la admiración es un alto en la facultad de discurrir. Son las cosas menudas y corrientes en la vida las que precipitan vuestro entendimiento en una incontrastable pendiente de filosofía casera. Una leve contrariedad, la falta de un utensilio á que estáis habituados, una visita impertinente, os son más fecundas en naturales reflexiones que la contemplación del Mont-Blanc ó el terremoto de Valparaíso. Si queréis persuadiros de esta enorme verdad, por cuya revelación no os pido dinero alguno, considerad cuán inexhausto manantial de coloquios y disquisiciones es lo más vulgar, corriente y sencillo de la vida: el tiempo. ¿Hay tesis científica, emoción artística, acaecimiento histórico que pueda jactarse con justicia de ser más fértil sugeridor de reflexiones que esa sencilla expresión de leyes y fenómenos cuyo interno ser ignoramos? Y si no os persuado, imaginad el cúmulo de reflexiones y discursos que os sugiere algo tan mezquino y trivial como un lecho incómodo. Sólo esta frivolidad, una mala noche pasada sobre un lecho al que estáis deshabituado, os hace pensar en el papel preferente que la cama hace en el mundo. La humanidad—pensáis—consume en la cama un tercio de la vida. Ese mueble inexpresivo, el único que carece de un alma interior, falto del duende que gime aprisionado en los viejos armarios de caoba y las vetustas cómodas de palosanto amadas por nuestros abuelos, ese mueble está adscrito á las fechas decisivas y á las emociones más intensas de nuestro ser. En él se nace, en él se ama, en él se muere. La enfermedad y el amor lo eligen por compañero de la tribulación y del placer. Las lágrimas más secretas de las almas doloridas, de los corazones desgarrados por mudos dramas que son el tejido de la existencia, caen las más de las veces sobre un lecho, y en sus músculos de guata se ahogan y sumergen los sollozos más íntimos y sinceros. Es un confidente, un amigo, una ayuda, un descanso, un consejero. El resto de la casa alberga nuestro cuerpo; la cama da hospitalidad y refrigerio al cuerpo y al espíritu, que en ella busca la fortaleza y la reparación, el valor y hasta la luz que ha de guiarlo. Sobre la cama transcurren las horas más felices; y sobre su embozo se proyecta la sombra del más trágico misterio que espía nuestra existencia: la muerte... Y así, por este estilo, vais discurriendo y remontándoos hasta ensamblar la filosofía con el recuerdo, y los recuerdos con las anécdotas, y las anécdotas con la historia, hasta rehacer el panorama del mundo, olvidados de la incomodidad, que fué punto de partida de vuestras meditaciones.

Mas yo no os puedo seguir. Mientras pensaba de esta manera, mi *toilette* ha terminado Heme ya en el bulevar. Un extranjero que se respeta no puede prescindir de co-

menzar sus correrías diarias por los bulevares. Desde el *Gymnase* á la Magdalena, los tres más brillantes bulevares, Italianos, Capuchinas y Magdalena, os brindan una breve y grata excursión, que es á vuestros nervios como un tónico y un cordial. Mi expedición diaria tiene una curiosidad cotidianamente renovada. Los kioscos de los periódicos y los escaparates de las librerías son las ventanas por donde os asomáis á la vida intelectual de un pueblo: ellas os dan el tono, la intensidad y el carácter de las preocupaciones espirituales de una raza ó de una sociedad, como la biblioteca de un hombre os revela sus gustos y la predilección de sus estudios. Salpicados de corto en corto trecho, hay en el espacio de dos kilómetros, recorriendo los bulevares, acaso veinte kioscos de periódicos, repletos, exuberantes, rebosando y desparramándose por amplias mesas laterales, donde se archivan y catalogan desde el serio y prudentísimo *Journal des Debats*, hasta el casquivano *Le Rire* y el indiscreto *Je sais tout*... Con la innúmera legión de periódicos franceses, de los cuales más de trescientos ven la luz en París mismo, alternan diarios y semanarios franceses, alemanes, belgas, suizos, italianos, portugueses y españoles. Estos kioscos dan con un vigor inesperado la sensación del cosmopolitismo parisiense. Bazares para todos los públicos, se proveen de mercancías en todas las latitudes. Y en medio de esta profusión enorme de hojas impresas, de láminas, de caricaturas, que exornan abigarradamente los cristales de cada kiosco y las mesas auxiliares, deteniendo al transeunte con llamativo gesto de *clown* pintarrajeado, advierto la ausencia de periódicos americanos. Sólo uno del Brasil se desliza tímidamente entre la turbamulta de sus colegas del lado acá del Atlántico; pero en vano avizoro y ojeo acechando una hoja que me hable del Plata, ese Plata que para los parisienses es una verdadera, una caudalosa corriente de dinero.

Con obstinación sostenida por la sorpresa torno á mirar, girando alrededor del reducto por cuya amplia tronera asoma de tiempo en tiempo una nariz colorada y un sombrero profusamente cargado de hojas verdes y rojas guindas, prendas ambas pertenecientes á la voluminosa guardiana del templete. Es una mujer de pelo gris y ojos vivos, cuya mirada ha llegado á encenderse en recelos é inquietudes al contacto de mi pertinacia. Fuera del kiosco ostentan sus amarillas portadas los libros más recientes: *L'Emigré*, de Paúl de Bouget, y *Les Forces Naturelles Inconnues*, de Flammarión, dos éxitos más duraderos de lo habitual; los elegantes volúmenes de la económica *Modern Bibliothèque* alternan con las revistas ilustradas; y todo ello se encuentra sustraído á la vigilancia directa del Argos encerrado entre las paredes del kiosco. Á sus ojos debo tomar apariencias de merodeador pudoroso en cuyo ánimo se libra la terrible batalla entre la honradez vacilante y la sugestión del libro nuevo, allí al alcance de mi mano. Un minuto, y desaparecerá el volumen de 3,50 más próximo á mis dedos. La buena mujer inquieta verdaderamente. De vez en cuando por la ventanilla del kiosco se asoma un retazo de huerta, debajo del cual se consume y avellana una cara de vieja. Su intranquilidad comienza á divertirme; y cuando, á la quinta vuelta, ella se decide á salir de su resguardo y vigilar desde la intemperie mis sospechosos rodeos, yo me he persuadido de que no hay ningún periódico argentino, y continúo tranquilamente mi paseo bulevar abajo. Á mi espalda oigo como un juramento femenino.



Es una de esas mañanas gloriosas y dulces del otoño europeo, cuando á ese otoño no le da por aguarse y conducirnos inevitablemente al aburrimiento del mundo, al odio hacia la vida. París, esta mañana de Octubre, evocaba el ambiente de cristal de nues-

tras costas levantinas, los días azules, hechos de amor y de sueño, en que el lejano presentimiento de los rigores invernizos pone su nota de suave melancolía é invita á meditar. Durante un cuarto de hora camino distraídamente. París es tan grande feria, tan magno espectáculo, que, para verlo todo, no se necesita ir á ninguna parte. Basta con ponerse en los bulevares y dejar que los ojos sigan la corriente. París entero desfilará resumido ante vosotros. Á punto estoy de torcer á la izquierda, rue Royale abajo, para terminar por hoy mi excursión con un vistazo, el centésimo en pocos días, al soberbio panorama que se descubre desde el norte de la plaza de la Concordia, cuando una mano me detiene, un brazo se enlaza á mi brazo izquierdo, y una voz amiga me saluda amablemente con exclamaciones de gozo que me hacen pensar fugazmente en los ausentes de más inesperado encuentro. Vuelvo la cara, y reconozco con sorpresa á M. Michel Luneau, escritor distinguido, gran observador, infatigable devoto de esa ocupación tan parisiense como madrileña, aunque desconocida de ingleses y alemanes, que nosotros designamos con el expresivo verbo *flanear;* hombre, en fin, dispuesto siempre á pasar el rato de charla, ideando explicaciones, forjando teorías, ensamblando hechos, y al que tuve el honor de ser presentado ayer por la mañana. Veinticuatro horas le han bastado para rodear nuestro conocimiento de una profunda apariencia de intimidad. He ahí uno de los grandes peligros que para un forastero encierra París: la gran cordialidad, la seducción infinita que sobre nuestro ánimo ejerce esa cordialidad, y la prontitud con que os encontráis cercado, estrechado, sujeto por lazos de una afección que, si no es tal, al menos lo parece tan á lo vivo, que prácticamente la sustituye. Á vosotros, hijos de una raza tan dura á las insinuaciones del exterior, tan rehacia á entregar la intimidad de su espíritu fácilmente, os sorprende esta prontitud de las amistades, este hervor de la confianza de una fraternidad y camaradería criada y florecida en veinticuatro horas sobre el asfalto de la acera. De primera intención, adjudicáis indistintamente el título de *farsantes*. Esa repentina intimidad, que no contó con el tiempo para crecer y cuajarse, os parece una comedia, y os ponéis en guardia, como si os amenazase alguna pérfida intención ajena. Después sois más justos, y reconocéis de buen grado que no se trata de farsa alguna, sino de la natural explosión de un temperamento expresivo, exagerado, acaso superficial, pero vehemente y prolijo en sus manifestaciones; de un alma cuya energía se proyecta toda al exterior, y cuya vitalidad tiene por ley la difusión. Para los ademanes y las palabras, toda la Francia es Gascuña, y en cada cerebro francés burbujea claro y luminoso *champagne*. Ésa es acaso su fuerza y su hechizo; por eso tal vez un pueblo que no es superior en la energía de la voluntad al inglés, ni en la amplitud del pensamiento al alemán, ni en la inspiración artística al italiano, ni en la fortaleza de ánimo al español, aparece como superior á ellos, ó, por lo menos, se hace amar como si monopolizara alguna excelsa virtud.

M. Luneau se incorpora á mi paseo. Volvemos á remontar los bulevares, y mientras nuestros pies miden con gentil compás el suelo, las lenguas divagan desflorando los temas, hasta caer, como de costumbre, en el cosmopolitismo de París. De nada se envanecen tanto como de esta nota. Unos minutos más de charla, y conduzco la conversación al tema que me iba preocupando: la colonia hispanoamericana.

«—Los americanos—me decía—constituyen en París un elemento tan apreciado, que lo llegamos á considerar algo nuestro. Si de pronto nos faltara esa colonia, sería como si inopinadamente desapareciera un arrabal parisiense: no nos parecería que se habían ausentado unos huéspedes más ó menos numerosos, sino que París se había desmembrado. Y con ser la ciudad tan enorme, con albergar más de tres millones de habitantes, el contragolpe de esa deserción se notaría en hoteles, teatros, tiendas, en el comercio

de las obras artísticas, y, acaso, acaso, un espíritu fino y agudo lo percibiría en las aceras del bulevar.

»Primeramente, son muy numerosos. ¿Cuántos? No se lo podría decir á usted nadie. Pero son tantos, que los hoteles los cuentan como clientes seguros; que se establecen tiendas con objeto de satisfacer sus gustos, con el pensamiento secreto de acapararlos como clientela, y que en calles, museos, jardines, bazares, oye usted á cada paso el español: es el Plata, que da fe de su presencia y testimonio de su personalidad.»

Y era verdad; porque, al propio tiempo que tales afirmaciones hacía, resonaba junto á nosotros el suave ceceo de una habla americana: era una pareja de recién casados tal vez: él, cenceño, airoso, elegante, con intensísimos ojos negros; ella, una rubia deliciosa, de andar menudo y coqueto, que levantó al pasar un *fru-fru* pródigo en promesas... Callamos mientras pasaban, y les acompañó un segundo nuestra mirada de simpatía. Yo saludaba interiormente á los hermanos de raza; M. Luneau, quizá más galante, sonreía tan sólo á la belleza de la mujer.

«—Después—prosiguió—son clientes estimables, porque son clientes ricos; y si no ricos, al menos lo parecen, que para el caso es lo mismo. No le ocultaré que nos creemos con derecho á exigir que paguen caro. París les da algo que América no puede tener: tradición, *chic*, elegancia, y la suprema dicha de vivir en la ciudad que es, ha sido y será cabeza y corazón del mundo. Eso hay que pagarlo. ¿Cree usted—prorrumpió interrogándome—que hay algo superior á París? ¿Puede haber satisfacción comparable á la de vivir aquí, entre nosotros, participar del honor de ser habitante de esta ciudad en la misma medida que cualquier parisiense? No, usted no puede creer otra cosa: en primer lugar, porque es verdad, y en segundo, porque su presencia aquí lo desmentiría. ¿Á qué ha venido usted? ¿Tenía usted algo que hacer en París?—prosiguió con esa abundancia de gestos, de inflexiones, de matices en la voz que les da aire de actores—. ¿No ha venido usted por el gusto de respirar este aire, de vivir entre nosotros unas semanas, de recrear su espíritu en este ambiente de belleza y de gracia? Pues si ha venido por eso—añadió sin darme tiempo para sacarle de su error—, es que París en conjunto, nuestro París, vale más que las demás ciudades. Pues lo mismo piensan los americanos: he ahí por qué les cobramos más caro, y por qué un americano necesita diez allí donde un parisiense se arregla con cinco.

»De esta colonia, unos vienen como turistas: son los menos, y de ellos nos preocupamos poco; otros vienen de temporada, por hacer economías. No se extrañe usted: aunque les cobremos caro, todavía la vida en América es más cara que en París. Los americanos del Sur ricos hacen en París lo mismo que los del Norte en Roma: viven una temporada brillantemente, y ahorran, sin embargo. Otros vienen á consultar con los médicos y á reparar sus achaques. Nuestras estaciones balnearias son un colosal reclamo de París, lanzado sobre todo el mundo. ¿Quién, después de su quincena de baños, regresará á su tierra sin echar un vistazo á París? Y París los acecha, los recoge y los retiene hasta que los gritos de la bolsa los devuelven á su hogar. La juventud viene en tanda de amores, en turno de elegantes y en legión de literatos y artistas. De los dos primeros grupos, ¿para qué decir nada? Hallan lo que buscan, y eso es bastante. Pero el tercero sucumbe á un espejismo.

»El arte y la literatura franceses no pueden aprenderse, como, en general, los de ningún pueblo pueden transmitirse á otros. ¿Hubiera Velázquez pintado los cuadros de Watteau ó Ribera; el sombrío y trágico Ribera los lienzos de Fragonard? La técnica se aprende; los procedimientos se copian; los asuntos se imitan; pero eso es lo externo. La esencia del arte está en la emoción íntima, en la marea de sensualidad, de pasión ó

de ensueño que ha cruzado primeramente por el alma de una raza y de una época, hasta cristalizar en la mente y vivir por la mano de un artista. Esto no se copia ni se transmite: se vive colectivamente, ó no se tiene jamás. ¿Para qué viene á buscarlo la juventud americana? Si lo encuentra—caso inaudito—, tornará á sus tierras llevándose un poco de arte francés trasplantado, que vivirá raquítico: nunca será arte genuinamente americano. En cambio, si no lo encuentra, el aprendiz de artista, desviado de su curso nativo, será probablemente toda su vida un desorientado, un mediocre, un *raté*.

»Cada pueblo crea su arte propio, viviendo su propia vida, observando á su alrededor, recogiendo el latido de la naturaleza, del medio, del aire, del sol, de las pasiones, hasta de los delirios que nacen pasajeramente en el alma de cada sociedad. ¿Es que Vinci, el gran Leonardo, hubiera soñado en crear el tipo pérfido de su *Monna Lisa*, el fondo de su *Virgen de las Rocas*, si en lugar del cielo puro y la vida sutil de su Florencia hubiese pintado bajo la lluvia y con el pesado pensamiento de un holandés? Pues bueno fuera que esto no lo olvidasen los americanos. Y así no les devolveríamos artistas y literatos contagiados desoladoramente del gran pecado parisiense: el amor al reclamo. No son culpables aquéllos, es lo que ven aquí; ven la batalla por el ruido, por el lanzamiento, por suspender repentinamente el curso de la multitud con un ¡oh! de admiración que dura un segundo y da al parisiense felicidad para el resto de la existencia. El triunfo, el laurel del artista, está en esa fugitiva emoción de un día, el día de su popularidad, y para conseguirlo lo hace todo, acude á todos los medios: á la extravagancia, á la anormalidad, al soborno, en una porfía frenética, desesperada, por dar el grito más alto, por hacerse oir, aunque sea el comentario una carcajada. Tanto monta llamar la atención por el genio como por cualquier otro atributo: la posteridad hará el distingo; la generación presente mira curiosamente por igual lo perfecto y lo monstruoso; lo que quiere es que la distraigan, que la sorprendan, que la hagan mirar. Y el reclamo que produce ese efecto, que conduce á la popularidad, remedo de la gloria, es una sugestión que pervierte al artista y deprava su genio, y hace del adorador de la belleza laborante silencioso que se complace en crear, para deleite de sí propio antes que nada, un mercachifle vocinglero que grita desde su puerta los mentidos méritos de su mercancía. El artista perece devorado por el reclamo. Y eso es lo que á unos y otros enseñamos en París.»

***

Y, terminado el párrafo, M. Luneau, con igual facilidad que me abordó, apretó mi mano, me lanzó al oído un *au revoir*, y torció calle de las Pirámides abajo, sin darme tiempo á contestar.

Baldomero Argente.

Suiza

Contra el ajenjo.

Muchos años han transcurrido desde entonces; pero recordamos, como si se tratara de una cosa de ayer, la impresión de viva curiosidad con que, siempre que atravesábamos, allá en nuestras mocedades, el pasaje que en Madrid pone en comunicación la calle de Espoz y Mina con la de la Victoria, nos deteníamos para contemplar cierta manipulación que á nosotros se nos antojaba sumamente extraña. Una porción de individuos, de tipo extranjero en su mayor parte, estaban sentados en torno de las mesitas de los dos grandes cafés que había, y que hay, sin duda, todavía en el pasaje en cuestión; tenía cada individuo delante de sí una copa, en la cual vertía alguna cantidad de un licor entre verde y amarillo; luego colocaba sobre la copa un platillo-colador con un terroncito de azúcar encima, y delicadamente, gota á gota, echaba agua sobre aquél, la cual, al mezclarse con el primer líquido, producía un brebaje, que el bebedor parecía saborear con un deleite tan grande como exquisito había sido el cuidado puesto en la consabida manipulación.

De haber tenido á la sazón más edad el que estas líneas escribe, es seguro que se hubiera apresurado á informarse acerca de aquella extraordinaria bebida; mas como no place á la juventud confesar que es ignorante, estuvimos mucho tiempo sin saber lo que era la amarillenta mixtura que los señores del café de París absorbían con tanto gusto.

¡Qué lejos estábamos entonces de pensar que, andando los años, las vicisitudes de la vida habían de llevarnos á fijar nuestra residencia en Suiza, es decir, en el país en que se inventó el licor de ajenjo, allí donde se manifestó pujante y tentador, donde produjo tantos males y tantas tribulaciones, y donde, al cabo de una lucha larga y vigorosa, emprendida y sostenida por hombres de sentimientos elevados, se ha asistido al conmovedor espectáculo dado por un pueblo que exprese solemnemente su firme decisión de acabar de una vez para siempre con los elementos de degradación nacional. Esta victoria del antiajenjismo en Suiza ha de tener resonancia universal, y ante el hermoso y patriótico acto de los suizos, otros países, empeñados en el combate contra el alcoholismo, origen de tantos males sociales, van á sentirse con mayores energías y á redoblar sus esfuerzos para escapar al terrible azote del ajenjismo.

Antes de enterar detenidamente á los lectores de las peripecias y del feliz resultado de la última campaña antiajenjística en Suiza, recordemos bien lo que es el licor de ajenjo.

Todo el mundo sabe que el alcohol puede obtenerse por fermentación ó por destilación. Bebidas fermentadas son el vino, la cerveza y la sidra. En las bebidas destiladas hay que distinguir el aguardiente ordinario, ó sea el alcohol más ó menos aguado, á fin de poder beberlo, y los licores aromáticos, los cuales son de dos clases, á saber: los que poseen un aroma natural, y los que lo adquieren por virtud de la adición de esencias. Pertenecen á la primera clase el coñac, el *kirsch* y el ron (productos, respectivamente, de la destilación del vino, de las frutas y de la caña de azúcar), y los aguardientes de orujo, de genciana, de granos (*whisky, schiedam,* etc.), de bayas (casis y ginebra), etc.; son bebidas aromatizadas artificialmente los aperitivos denominados *amargos, bitters, vermuths* y los *ajenjos.*

Está probado—y cuenta que nuestras afirmaciones son la repetición de lo que han consignado en sus Memorias los médicos y químicos nombrados para informar ante el Consejo federal (Poder ejecutivo de la Confederación suiza) en el proceso á que se refiere esta correspondencia nuestra—; probado está, repetimos, que, á dosis iguales, las bebidas destiladas producen un efecto más rápido en la intoxicación alcohólica que las bebidas fermentadas; que las destiladas aromatizadas son más nocivas que las otras, porque contienen un principio perjudicial á la salud; que las bebidas de esencias son más peligrosas que las demás bebidas aromatizadas, porque poseen mayor cantidad de elementos aromatizantes; y, en fin, que el licor de ajenjo es el más temible de los espirituosos, porque se halla en él una proporción muy fuerte de esencias, y porque una de éstas es la más funesta: *la de ajenjo.*

En los espirituosos obtenidos por la destilación de frutas, la proporción de los componentes nocivos no pasa de 0,2 gramos por litro, mientras que con cada ración de licor de ajenjo absorbe el consumidor varios centigramos de esencias de ajenjo, hisopo, romero, hinojo, anís, angélica y de badián. Todas estas esencias son venenosas; pero sus efectos no son iguales, pues las tres primeras son convulsantes, y las otras estupefiantes. Combinadas entre sí, atacan violentamente al sistema nervioso, determinando ambos fenómenos, si bien predomina la acción convulsiva, la cual es favorecida por la presencia del alcohol.

Si se inyectan cuatro ó cinco gramos de esencia de ajenjo á un perro de los de talla mayor, muere rápidamente. La intoxicación es crónica en el bebedor de ese licor; la sensibilidad del organismo respecto á tal veneno aumenta en el curso de la intoxicación, de suerte que una dosis que al principio no determinaba efecto alguno, provoca, al cabo de cierto número de meses, accidentes característicos, de los cuales el principal es la epilepsia. Tanto es así, que un célebre alienista califica gráficamente al ajenjo de *epilepsia embotellada.* El ajenjo pone á la corteza cerebral en un estado de irritabilidad tan grande, que las excitaciones incapaces de ejercer una influencia sensible en una corteza cerebral normal, provocan ya convulsiones.

No sólo padece el cerebro del bebedor de ajenjo, sino que todo el organismo aparece minado y debilitado en su resistencia á las enfermedades que puedan atacarle. El ajenjismo es la forma más espantosa del alcoholismo; es causa de la pérdida del honor y de la salud, y de la ruina del hogar doméstico; es el principal proveedor de los manicomios y de los presidios; es un agente importante de la miseria moral, fisiológica y económica de los pueblos...

Y siendo el ajenjismo todo eso y otras muchas cosas que de lo dicho se deducen, ¿cómo es posible que el mal se haya extendido con increíble rapidez por todos los países, sin exceptuar á los más cultos y avisados; que en Francia, por ejemplo, haya subido el consumo del ajenjo en veinte años de 49.335 á 208.000 hectolitros? ¿Cómo se explica que miles y miles de hombres, instruídos muchos de ellos, y sabedores de los estragos morales y materiales causados por la maldita droga verde, sean esclavos de ella y se dejen corromper por su terrible virus?... No sólo se abstienen de aborrecerla los ajenjistas, sino que la veneran y, para demostrar su incomprensible entusiasmo, le han dado el nombre de *hada.* ¡Ah!, sí; el *hada verde* ha venido siendo objeto de un positivo culto, al cual no faltaban ni oficios á horas fijas, ni ritual respetuosamente observado.

De once á doce de la mañana y de cinco á siete de la tarde, veríais á los ajenjistas congregados día tras día, con una constancia digna de fin recomendable, ora en majestuosa catedral—léase suntuoso café ó lujoso *bar american*—, ora en modesta capilla

—que para la circunstancia será un cafetín ó una taberna—; y los veréis á todos ellos, ricos y pobres, patronos y obreros, intelectuales é ignorantes, proceder respetuosamente á las mismas horas á efectuar las ceremonias litúrgicas. ¡Qué cuidados en la dosificación del veneno! ¡Qué manera estudiada de añadir el agua! ¡Qué beatitud en los ojos á cada sorbito del brebaje! ¡Qué delicia mística y qué supremo placer! Y en el culto del *hada verde* no faltan los beatos. ¡Ya lo creo que existen! Los clericales de esta extraordinaria religión no tienen la paciencia de esperar que den las horas señaladas para que se reúna la grey; por la mañana, mucho antes de las once, y por la tarde, mucho antes de las cinco, ya están en el templo esos benditos del ajenjismo, manipulando las dos botellas, la copa, el platillo y el azúcar, que constituyen los útiles del iniciado...

El ajenjista es una variedad de los fumadores de opio y de los morfímanos, variedad que, aunque sea de menor importancia á primera vista, resulta por lo menos tan terrible como la clase de los que sienten la nefasta pasión de los asiáticos, ó como la de los afectos á la jeringa de Pravaz.

En efecto: el ajenjista, como el que se inyecta la morfina y como el que fuma el opio, se prepara la descomposición del meollo. Pero, además, tiene el ajenjismo condiciones singulares que le hacen peligrosísimo. Es que está al alcance de todas las fortunas; es que es tentación á que está expuesto todo el mundo: los grandes y los pequeños, los hombres y las mujeres, las bolsas que pueden pagar un ajenjo de buena marca, y las pobres criaturas que por veinte céntimos se proporcionarán una asquerosa imitación de la famosa bebida verde, y se apercibirán así á ingresar en un asilo de alienados. ¡Las estadísticas enseñan que de diez locos alcohólicos hay nueve ajenjísticos! Pero antes de ser encerrados en un manicomio, ¡cuántos dramas de familia! Se tiembla al pensar en las escenas que deben de tener lugar en el hogar del ajenjístico cuando su cerebro, ardiente y congestionado por el horrible veneno, ha transformado un ser racional en una especie de animal feroz é indomable. ¡Pobre mujer la del ajenjístico embrutecido! ¡Pobres hijos los de esa repugnante clase de borrachos!...

Precisamente un drama de esa índole fué el punto de partida de la enérgica campaña que en Suiza acaba de terminar con la derrota completa del ajenjismo.

En el mes de Agosto de 1905, el Ayuntamiento de la villa de Commvigny (cantón de Vaud), interpretando los sentimientos de indignación que había causado en el vecindario el crimen cometido en un acceso de cólera por un ajenjístico que había asesinado á su esposa y á sus dos hijos, solicitó firmas en todo el cantón de Vaud para poder pedir al Cuerpo representativo una ley contra el ajenjo. Sabido es que en la mayor parte de los cantones suizos existe el derecho de la iniciativa popular en el dominio legislativo. Algunos días después había reunido ya dicho Ayuntamiento 83.000 firmas, y el 23 de Noviembre del mismo año el Gran Consejo (Poder legislativo cantonal) invitaba al Consejo de Estado (Poder ejecutivo) á redactar un proyecto de ley prohibiendo la venta del ajenjo. En Mayo de 1906 esa ley era votada, y debía entrar en vigor en 1.º de Enero del año siguiente. Pero como los adversarios de la ley reunieron 18.000 firmas (¡sólo bastaban 6.000 para ello!) en su demanda de *referéndum*, la ley tuvo que ser sometida á la votación del pueblo.

Los partidarios del antiajenjismo ilustraron á la opinión pública, y gracias á ellos, entre los cuales se contaban los mejores facultativos y químicos, el pueblo del cantón de Vaud aceptó la ley en cuestión por 23.062 votos afirmativos contra 16.025 negativos. Simultáneamente á la preparación del *referéndum*, los amigos del ajenjo habían dirigido al Consejo federal un recurso de derecho público, por efecto del cual la ley

no pudo ser aplicada hasta el 22 de Marzo de 1907, fecha en que el Poder ejecutivo de la Confederación desechó el recurso. Casi al mismo tiempo que el cantón de Vaud, y siguiendo el ejemplo de éste, su vecino, el de Ginebra, lograba también una ley prohibitiva de la venta del ajenjo en cantidades inferiores á cinco litros. Las peripecias del movimiento antiajenjístico fueron en Ginebra análogas á las de Vaud: iniciativa popular, mayoría favorable en el Gran Consejo, y demanda y ejercicio del *referéndum.*

Pero la aplicación de la mencionada ley encontró en Ginebra un obstáculo imprevisto é inconcebible: la mala voluntad del juez de cuya competencia tenía que ser el castigo de los infractores.

Un día le presentan los agentes de la autoridad gubernativa algunas botellas llenas de ajenjo y halladas en el mostrador de un café. Pues el desahogado juez absuelve, alegando que el texto de la ley no se refiere más que á la venta del licor, y nada dice acerca de la posesión de las botellas. Otro día le aportan el vaso de ajenjo cogido en un café de la mano del mismo consumidor. Pues el juez vuelve á absolver, fundando su sentencia en igual interpretación casuística de la ley.

Este incidente, cuyas consecuencias serán, seguramente, muy graves, porque hay algo todavía más pernicioso que el ajenjo: la conducta de un juez que se niega á aplicar la ley; este incidente, decimos, hizo comprender á los directores de la campaña ginebrina contra el ajenjismo que era menester llevar también la lucha al terreno federal, que era menester obtener la prohibición de la venta del aborrecido licor, no sólo en el territorio del cantón, sino en todo el país helvético, y que era, además, preciso prohibir la fabricación de aquél y su importación.

El asunto ya estaba en gestión ante el Poder legislativo federal, y gracias al Congreso antialcohólico, reunido en Berna el 17 de Diciembre de 1905, uno de los acuerdos de esta Asamblea—el principal, sin duda—fué el exhortar á la Nación á firmar el mensaje en que había de pedirse á las Cámaras federales la prohibición total de la venta del ajenjo. Pocas veces se ha ejercitado en Suiza con el entusiasmo que se ejercitó entonces el derecho de iniciativa, el cual, con el del *referéndum,* constituyen esa magnífica legislación popular, única en el mundo y positiva expresión de la democracia. En algunas semanas se recogieron 167.814 firmas para el mensaje de los antiajenjistas.

Las Cámaras federales, en vista de la iniciativa popular, pidieron su informe al Consejo federal, es decir, al Gobierno de la Confederación. Este informe fué desfavorable al principio prohibitivo, porque opinaba el Consejo que tal principio era atentatorio al de libertad de la industria y del comercio, y que, siendo la renta del alcohol un excelente ingreso para la Hacienda federal, no sería discreto privarse de una parte considerable de él.

Es de advertir que en 1885 fué introducido en la Constitución federal un artículo (32 bis) en virtud del cual la Confederación viene teniendo desde 1887 el monopolio de la fabricación y de la venta del alcohol; pero este monopolio no fué inspirado por una idea fiscal, sino por el deseo de acabar con los industriales sin escrúpulos, que para lucrarse daban al público productos de destilación sumamente malos. Hubiera sido absurdo que una medida constitucional, adoptada justamente para combatir el alcoholismo, hubiese servido de arma contra los campeones del antiajenjismo.

Hay que decir también que, examinando la cuestión detenidamente, el sacrificio pecuniario demandado por la supresión del ajenjo no es cosa extraordinaria. En efecto: según resulta de cálculos hechos concienzudamente, la disminución neta de la renta del alcohol sería, por tal concepto, de unos 500.000 francos. Ahora bien: como la ma-

yor parte de esa cantidad se reparte entre los cantones, proporcionalmente á su población, á fin de indemnizarlos por los impuestos especiales que dejaron de percibir cuando se estableció el monopolio del alcohol, resulta que la pérdida se reduce virtualmente á un sacrificio muy soportable. Cuanto á las indemnizaciones que habría que abonar á las 40 fábricas de ajenjo que existen en Suiza, es claro que no llegarían á sumar una cantidad excesiva, ya que cuando se adoptó el monopolio del alcohol, hubo que cerrar, no 40 fábricas, sino 1.387 destilerías, y entonces la indemnización total fué de 3.714.271 francos.

Aunque los efectos económicos hubieran sido mayores, y aunque no se considerara la cuestión desde un punto de vista social elevado, siempre sería incontestable que la prohibición del ajenjo, lejos de ser onerosa, habría de aportar economías al Estado. Dígalo si no la estadística hecha por el doctor alemán Pelman, la cual enseña, con datos oficiales, que la descendencia de la borracha Ade Jurke, que nació en 1740 y murió á principios del siglo XIX, costó á su país, en setenta y cinco años, cinco millones de marcos gastados en cargas de justicia y de beneficencia; aquella desgraciada mujer dejó 804 descendientes, de los cuales 709 pudieron ser identificados; entre ellos hubo 106 hijos ilegítimos, 142 mendigos, 64 hospicianos, 181 prostitutas y 76 criminales; siete de éstos fueron asesinos...

Á pesar de todo, en país con régimen parlamentario, quizás hubiera prevalecido la opinión del Gobierno. En Suiza, éste no se considera infalible, y, después de exponer honradamente su parecer ante los mandatarios de la Nación, acata la decisión de las Cámaras y sigue en su puesto. El Consejo de los Estados (Cuerpo representativo de los cantones), por una mayoría de los dos tercios de sus miembros, y el Consejo nacional (representación del pueblo), por treinta votos de mayoría, manifestaron su disconformidad con el Consejo federal y aprobaron los deseos de los antiajenjistas.

Mas como se trataba de modificar un artículo constitucional—el referente al monopolio del alcohol—, era necesario someter la cuestión á la votación del pueblo. En el dominio federal el *referéndum* es obligatorio; en Suiza, cuando hay que modificar la Constitución, las demás leyes y los decretos federales—siempre que su aplicación no sea urgente—, deben ser sometidos á la sanción del pueblo, si en los tres meses que sigan á la votación de la ley reclaman el *referéndum* 30.000 electores ú ocho cantones.

El día 5 del pasado mes de Julio fué señalado para la batalla.

Sería inútil decir que los promotores de la campaña antiajenjística desplegaron una actividad extraordinaria para triunfar de la coalición de los interesados en el mantenimiento del ajenjo, sea por interés monetario, sea por devoción al *hada verde*. Asambleas populares, reuniones de toda suerte, pasquines, artículos de prensa, circulares á domicilio, nada de lo que es capaz de mover á la opinión pública ha dejado de hacerse por los hombres de corazón que se habían propuesto acabar con una vergüenza nacional.

En este último periodo de la campaña antiajenjística se han puesto bien de relieve la magnitud del mal y sus aterradores efectos, sobre todo en la Suiza occidental. Las estadísticas proporcionadas por los establecimientos penitenciarios y de beneficencia y por ciertas Sociedades filantrópicas, como las que se ocupan de la infancia abandonada, fueron absolutamente concluyentes.

Y, sin embargo, los partidarios del ajenjo hicieron frente al ataque, parapetándose detrás del principio de la libertad individual. ¡Valiente libertad la del ajenjista, esclavo de un miserable licor! ¡Valiente libertad la del que se degenera y se mata lentamente!...

El que en un momento de desesperación se suicida, tal vez, á juicio de ciertas gen-

tes, no haya hecho más que ejercitar ese decantado principio de libertad, que los antiajenjistas consideran también muy respetable; pero la víctima de la intoxicación ajenjística pierde sus derechos á la libertad, desde el momento en que esa libertad es incompatible con la de la colectividad en que convive. La libertad individual desaparece en cuanto peligra la de la sociedad. Sin esa concepción del Derecho no es posible la vida colectiva organizada.

El bebedor de ajenjo condena á la vida colectiva organizada. Y á sus inocentes hijos, al raquitismo, á la tuberculosis, á la meningitis, á la epilepsia, á la locura; perjudica á su descendencia y contribuye á poner al país á que pertenece en estado de inferioridad respecto á los países competidores. El bebedor de ajenjo hace daño á toda la colectividad, porque aporta un contingente considerable á los debates judiciales, á las prisiones, á los manicomios, á los hospicios, á los hospitales, á las instituciones públicas y privadas de caridad. Aumenta las cargas del Estado, es decir, las de los ciudadanos, y éstos tienen derecho, por tanto, á tomar medidas contra quienes maltratan, consciente ó inconscientemente, sagrados intereses sociales.

Se ha dicho asimismo que la prohibición de referencia había nacido en medios pietistas, y que á ella seguiría la de las demás bebidas alcohólicas, sin exceptuar el vino y la cerveza. Eso no es verdad. Claro es que muchos de los que han tomado parte activa en la campaña antiajenjística quisieran remediar otros males del abuso del alcohol en sus variadas formas, y cierto es también que muchos de esos buenos ciudadanos han coadyuvado á la obra laudable de las Sociedades de templanza, á las cuales debe tanto el pueblo suizo; pero ahora la guerra fué hecha sin reservas ni restricciones mentales al ajenjismo, y nada más que á éste. Así lo comprendió la nación suiza, con ese buen sentido que la caracteriza, y merced al cual disfruta un grado envidiable de civilización.

El 5 de Julio, 370.000 electores tomaron parte en el consabido *referéndum*. Por 100.000 votos de mayoría sancionó el pueblo la prohibición, á partir de 1910, de la fabricación, venta é importación del ajenjo. Sólo en dos cantones tuvieron mayoría los adversarios de la ley: en el de Neuchatel y en el de Ginebra. En aquél se explica semejante resultado porque es donde están casi todas las destilerías del ajenjo, incluso la fundada por Pernod, el inventor de este malhadado licor. El cantón de Ginebra es el que consume más ajenjo; según dijimos, existe ya en este cantón una ley prohibitiva, votada por el pueblo hace un año: ahora este pueblo parece haber rectificado su opinión.

La razón de este cambio hay que verla, principalmente, en la crisis por que está pasando Ginebra desde que á sus partidos políticos de la izquierda les ha dado por copiar servilmente los radicalismos de la Francia contemporánea. Actualmente muchos ginebrinos se ocupan más de París que de Berna. ¡Quiera Dios que no les pese un día!...

Suiza es el segundo país que expulsa al ajenjo.

En Bélgica está ya suprimido desde hace dos años por decisión parlamentaria. La victoria del antiajenjismo en Suiza es más gloriosa, porque no se trata ya de la proposición de un Gobierno ni de la resolución de una Asamblea representativa, sino de la iniciativa y de la acción de una nación que, después de haber estudiado objetivamente un extremo de suma transcendencia, se pronuncia solemnemente, acudiendo á la majestad de la legislación popular, en favor del bien y de la justicia. Este éxito del pueblo suizo es una prueba más de su educación política y de la solidez de sus instituciones democráticas...

El ejemplo de Suiza será, de fijo, muy aprovechado en el extranjero. En Francia, los antiajenjistas vienen trabajando mucho, y la medida fiscal adoptada por el Sr. Cail-

laux, ministro de Hacienda, en el Presupuesto para 1909, estableciendo tasas especiales para el ajenjo, es considerada por los grupos antialcohólicos de ambas Cámaras, cuyos jefes son el Sr. Dupuy en el Senado y el Sr. Ribot en la de los diputados, como una aproximación á la prohibición del licor, única solución verdaderamente eficaz. En Alemania y en Holanda se lucha contra el ajenjismo; igual campaña de higiene y de moralidad se lleva á cabo en Rusia, Suecia, Noruega, Estados Unidos, República Argentina, etc., etc. En todas partes la victoria del inteligente pueblo suizo dará alientos á los que combaten por la buena causa.

Y como en España hay la costumbre de cerrar la puerta á lo bueno del extranjero y de abrirlas de par en par á lo malo, es muy probable que el culto del *hada verde* se haya implantado más ó menos entre nosotros. Si así fuere, habría que deplorarlo mucho, y tendríamos que pedir á voz en grito que se acudiese en seguida á extirpar el mal con el remedio de la prohibición.

Tolerar el consumo del ajenjo en un país como el nuestro, sería el colmo de la imprudencia...

Antonio Pagés.

Ginebra, Agosto.

—oOo

BIBLIOGRAFÍA

Las bases sociológicas del Derecho privado.—Memoria presentada por D. Alfredo Serrano Jover para ser discutida en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; Madrid, 1907.

Bien venido sea al campo de las letras jurídicas el Sr. Serrano Jover: si «quien lo hereda no lo hurta», según dice el proverbio, hay derecho á esperar grandes frutos de este novel autor, adiestrado en el ejemplo y en los grandes méritos de su padre, el señor Serrano Fatigati, maestro de tantas disciplinas, útiles unas y bellas otras, verdadera eminencia de la ciencia española hace ya muchos años. Aun habiendo seguido sus estudios distinta dirección, y teniendo todavía envidiable juventud, honra ya á su raza; apenas doctor, obtuvo lugar preeminente en oposiciones á cátedras de su Facultad y en las de Estudios Superiores del Ateneo, y pronto será catedrático si en ello sigue empeñándose, á no ser que rumbos más prácticos, como el ejercicio de la abogacía, al que ya se consagra con resultados brillantes, le lleven en otra dirección.

En el trabajo objeto de esta nota, con el modesto programa de una Memoria académica, muestra el Sr. Serrano Jover la sólida preparación de sus estudios especulativos y prácticos. Ante la necesidad de determinar las causas de las nuevas tendencias del Derecho civil, establece como resultado la aparición y el fundamento de la nueva ciencia de los conceptos sociales: la Sociología. La naturaleza finita de los asociados determina la división del trabajo social, y así la solidaridad favorece la utilización de los esfuerzos ajenos; son éstos los principios sociales que sirven de base á la ordenación jurídica.

Por aquí ha entrado, como dice el profesor Dorado Montero, una arrolladora corriente de aire purificador en el Derecho civil: lo que se llama *el deber social*. En el Derecho privado caben criterios de utilidad social, y no puede concebirse á esta rama jurídica como integrada por relaciones de interés puramente particular. La idea de lo que supone la comunidad, una vez aceptada, eleva á la categoría de exigibles muchos medios que la sociedad reclama en virtud de la supremacía de sus intereses; la noción de las relaciones jurídico-privadas se transforma: no en todo caso la actividad creadora de los medios es fuente de obligaciones, sino también de derechos.

Desde la fundacion del Derecho romano, que es como decir desde que el Derecho se fundó, viene siendo el concepto individualista la clave de toda la organización jurídica civil. Solamente desde hace una veintena de años todas las gentes van picándose más ó menos de socialistas. Y, sin embargo, aún es preciso definir el individualismo en sus verdaderos términos, de tal modo que esta definición no se preste al equívoco y sirva para guiar sintéticamente el pensamiento humano, en lugar de extraviarle.

Fournier en su *Essai sur l'individualisme;* Ives Guyot en la *Democratie individualiste;* Albert Schatz, el brillante profesor de Derecho, en su *Individualisme économique et social;* Fouillée en el libro sobre la *Moral des idées forces:* todos los tratadistas modernos persiguen la determinación del *verdadero individualismo moral*, cuya fórmula se encuentra en la conclusión de no ser derecho del individuo sino lo que es al propio tiempo derecho y bien de la comunidad.

De este modo, en el desarrollo de las concepciones morales actuales (para no hablar sino de las reglas de la conducta privada), la moral individualista, así definida, contiene una orientación precisa y segura: el individuo que tiene conciencia de sus aspiraciones y de sus aptitudes, que sabe guiarse á sí mismo en las dificultades de la vida, buscando siempre la más completa y sincera armonía entre sus propias fuerzas y las del medio ambiente, practica la verdadera moral individualista. Y ésa es también la mejor orientación para la organización y el ejercicio de los derechos privados.

No está muy distante, á lo que creo, de estas ideas de la ciencia novísima el concepto que de la *obra de reconstrucción social del Derecho privado* tiene el Sr. Serrano Jover. Felizmente, anuncia en esta Memoria, primera parte de su trabajo, otras dos desti-

nadas á tratar de la *influencia de los juristas sociólogos en el Derecho privado* y del *sistema social de Derecho privado,* y en ellas podremos estudiar el organismo completo de un Derecho civil del porvenir, cada día más inmediato, cuanto que cada momento es más urgente.

Nuestra enhorabuena más entusiasta al joven jurisconsulto, que obtendrá bien pronto renombre justamente merecido.

DR. L. GONZÁLEZ REVILLA.

***

Los Estados Unidos y el Japón.—Estudio histórico comparativo de estas dos naciones.—Sus analogías y diferencias.—Sus últimos triunfos militares. —Monografías aisladas de cada una de ellas.—El conflicto yanquijaponés.—Sus antecedentes.—Conducta de los políticos de ambos pueblos.

Tal es el sumario del libro que acaba de publicar D. José Cascales y Muñoz; libro cuya actualidad no consiste precisamente en la probable guerra yanquijaponesa, sino en el interés constante que despiertan estos dos pueblos, que, aun siendo los que más tarde han entrado en el concierto de las naciones civilizadas, son los que en menos tiempo han llegado al mayor grado de poder. Ambos acaban de conseguir rápidas victorias: han derrotado á sus enemigos y son los campeones de los Estados modernos; sólo falta saber de cuál ha de ser el triunfo definitivo en el combate que parecen dispuestos á librar para rendir tributo á esa especie de ley histórica que puso á Roma enfrente de Cartago; al Papado, enfrente del Imperio; á los Borbones, enfrente de los Austrias, y á todo poderoso, enfrente de su igual.

El Sr. Cascales expone, primero en síntesis comparativa y después separada y extensamente, la curiosa historia de los Estados Unidos y del Japón, dando á conocer hasta las últimas noticias del estado en que se encuentra el latente conflicto, aportando datos por todo extremo interesantes, y analizando la vida de cada uno desde los tiempos en que fueron poblados por sus aborígenes. Es un trabajo original, sobre todo en lo que se refiere á la historia del Japón, desconocida hasta hoy, pues sólo han circulado estudios fragmentarios y llenos de inexactitudes acerca del pasado, la religión, las costumbres y las luchas interiores de este Imperio.

Sin fatiga para el lector, antes bien estimulando su curiosidad con el deleite que proporciona toda obra de vulgarización histórica que se despoja de los atavíos de la erudición para mostrarse con los más seductores atractivos de la sencillez y la llaneza, este libro cautiva, ofreciendo en cuadros llenos de vigorosas pinceladas la visión de los dos pueblos rivales que se acechan con encono, y que, á través de las cortesías diplomáticas, preparan las armas para lanzarse á una lucha que ha de ser memorable y, probablemente, decisiva en los destinos de la Humanidad.

***

Acaba de salir á luz el número 86 de la *Revista Social Hispanoamericana,* que publica en Barcelona la Acción Social Popular, *Volksverein hispanoamericano.* El número que tenemos á la vista supera, si cabe, en interés y amenidad á los anteriores, con ser todos notabilísimos. En efecto: además de las *Correspondencias* de Roma, Madrid, Francia, Bélgica y Austria, todas ellas sumamente instructivas y de palpitante actualidad; de los preciosos articulitos insertados en la sección titulada *Á través de las revistas;* de las secciones eminentemente útiles y prácticas de la *Oficina Central de Trabajo de la A. S. P.;* de la nutrida *Bibliografía* y de la bien escogida *Crónica del movimiento social español y extranjero,* distínguese este número por los trabajos que constituyen su sección de fondo, en la que aparecen cuatro preciosísimos artículos dedicados á la acción social femenina, escrito el primero por la insigne propagandista francesa María Luisa Rechebillard, y los tres restantes por las bien cortadas plumas de Corina de Carlos, María de Echarri y Pilar de Valle. En ellos se dan notas muy acertadas de sano y aceptable feminismo, y se indican orientaciones eficacísimas sobre la acción social de la mujer cristiana. Además se da noticia, ilustrada con profusión de grabados, de una notable institución social escolar para jóvenes obreras.

LOS ORÍGENES

DE

"EL SOMBRERO DE TRES PICOS,,

Que Pedro Antonio de Alarcón recogió de boca del vulgo el argumento de su deliciosa novela *El sombrero de tres picos,* cosa es que él mismo dice y repite en el prefacio de esta obra (1). Lo que no aparece tan averiguado es el origen remoto que debe atribuirse á ese donoso cuento en verso referido por el tío *Repela* en la fiesta de la Cortijada. Nosotros vamos á apuntar algunos antecedentes de la historia, fijándonos primero en cierta novela de Boccaccio, después en un romance publicado por D. Agustín Durán, y, por último, en un pliego de cordel que ha llegado á nuestro poder, y donde consta otra versión del mismo suceso.

***

En la *novella* VIII, *Giornata* VIII, refiere Boccaccio (2) la aventura de dos amigos, uno de los cuales se venga del adulterio cometido por el otro con su mujer, haciéndole víctima de análoga deshonra.

La novela, tal como consta traducida en la versión castellana impresa en Medina del Campo, por Pedro de Castro, en 1543 (3), dice así:

Como dos amigos, durmiendo cada uno con la muger del otro, sin otra vengança, fueron mas amigos.

Pues deueys saber, valerosas dueñas, que en Sena, assi como ya yo entendi por alguna relacion, fueron ya dos mancebos assaz gentiles. de buena compañia del pueblo, de los quales el vno ouo nombre Espinelencio Tauena, ꝛ el otro fue llamado Cepa Dimino, y eran ambos vezinos, ꝛ assi eran concordes ꝛ de vna voluntad, que siempre andauan ꝛ vsauan en vno, ꝛ segun lo que en ellos parecia ꝛ se mostraua, assi se amauan como si fuessen herma-

---

(1) Fechado en Julio de 1874. Véase la edición B. P. Bourland: New York, 1907.

(2) «Due usano insieme: l'uno con la moglie dell altro si giace; l'altro, avedutosene, fa con la sua moglie che l'uno è serrato in una cassa, sopra la quale standovi l'uno dentro, l'altro con la moglie dell' un si giace » Cf. *Il Decameron* di Messer Giovanni Boccacci: Firenze, G. Barbèra, 1873: vol. III, pág. 117. Sobre la influencia de Boccaccio en España véanse: C. B. Bourland: *Boccaccio and the* DECAMERON *in castilian and catalan Literature* (en el tomo XII de la *Revue Hispanique,* año 1905); y Arturo Farinelli: *Note sulla fortuna del Boccaccio in Ispagna nell' Età Media* (en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen,* Band CXIV). Aprovechamos la oportunidad para advertir que la novela VI, *Giornata* VII, del *Decameron,* procede de la misma fuente que el cuento rotulado *Enxenplo del señor, ꝛ del ome, ꝛ de la muger, ꝛ el marido de la muger, como se ayuntaron todos,* en el *Libro de los engaños ꝛ los asayamientos de las mugeres,* traducido del árabe al castellano en 1253 (véase nuestra edición en la *Bibliotheca hispanica,* tomo XIV). Figura una historieta análoga en *Les cent nouvelles nouvelles.*

(3) *Las cient nouellas de micer Juan Bocacio Florentino, poeta eloquente.* Folios 79 vuelto á 80 vuelto. La novela á que nos referimos lleva en esta edición el número XXXIX. La primera edicion conocida de esta versión castellana (bastante deficiente, por cierto) es de Sevilla, 1496.

nos, ⁊ cada vno dellos auia su muger assaz fermosa ⁊ graciosa; acaescio assi que auiendo estos dos compañeros entre si tanta familiaridad y conuersacion, que Espinelencio, vsando mucho en casa del Ceppa, assi quando el estaua presente como ausente, tanta fue la conuersacion, ⁊ a tanto vino el hecho, que ambos fueron de vn acuerdo Espinelencio ⁊ la muger de Ceppa, ⁊ sin hauer dello fama lo coutinuaron por mucho tiempo; y estando el Ceppa en su casa vn dia, ⁊ su muger no lo sabiendo, creyendo que ya se era ydo a andar por la villa, vino Espinelencio a lo buscar, ⁊ la muger de Ceppa dixole que no estaua ende, lo qual Espinelencio oyendo, subio por la escalera muy alegremente, hasta la sala do ella estaua, ⁊ viendo que ninguna persona con ella no era, el la començo a abraçar y besar; el Ceppa, que todo aquesto vido, no dixo ninguna cosa, mas estuuose ascondido ⁊ callando hasta ver en que se pornia aquel hecho, ⁊ no tardo mucho que el vido que ambos assi abraçados se fueron a la camara ⁊ cerraron sobre si la puerta, de lo qual el fue muy turbado. mas auisandose que por dar bozes o hazer algun mouimiento, la su injuria y verguença antes se acrescentaria que se amenguaria, ⁊ assi les dio lugar que el juego passasse, ⁊ trabajose de pensar que vengança tomaria de aqueste tal daño que le era hecho, porque no se disfamando el se vengasse assi que su coraçon fuesse contento, ⁊ despues que mucho penso, paresciendole auer hallado la manera, tanto estuuo alli ascondido, quanto Espinelencio estuuo con su muger, y assi como lo vido salir de casa, el salio de alli do estaua y fuesse derechamente a la camara do estaua su muger. la qual hallo que aun no auia acabado de adobarse las tocas, las quales Espinelencio, burlando con ellas, le auia quitado de la cabeça, ⁊ dixole: «muger ¿que hazes?» «¿ ⁊ tu, dixo ella, no lo vees?» «si veo bien, dixo el, ⁊ no solamente [he] visto esto, mas aun otras cosas que no querria auer visto», ⁊ dixole todo aquello que visto auia, y que ella, con muy gran miedo. despues de muchas escusas, a la fin no pudiendolo negar. llorando ⁊ tremiendo le pidio humilmente perdon; el Ceppa muy mansamente le dixo: «guarda, muger, tu me has malamente errado, el qual yerro si tu quieres que yo te perdone, tu conuiene que hagas cumplida y perfectamente lo que yo te mandare, lo qual es esto: yo quiero que tu digas a Espinelencio que mañana a la hora de tercia que el busque qualquier via, ⁊ como el aqui sera yo tornare aqui, ⁊ como tu me sientas encerrarlo en esta camara. ⁊ cierralo por de fuera, ⁊ despues que esto sea hecho, yo te dire lo que adelante deues hazer, ⁊ tu no ayas dubda de hazerlo. ca yo te asseguro que el no resciba daño ninguno:» la muger, que muy temerosa estaua, con muy gran voluntad de lo contentar, prometiole de lo hazer assi. Venido el dia siguiente, la muger de Ceppa tuuo aquella manera que su marido le auia dicho. Y estando el Ceppa y Espinelencio en vno, dixo Espinelencio al Ceppa: «yo he de comer oy con vn mi amigo, ⁊ no quiero hazerle tardar esperandome: por tanto quedate con Dios, que yo me vo a el;» el Ceppa le dixo: «estemos vn poco, que aun de aqui a vna pieça no sera hora de comer;» «no me hagas fuerça, dixo el otro, ca yo he de hablar con el en otros negocios, y por tanto me conuiene yr vn poco temprano.»

Partiendose Espinelencio de alli, dio vna buelta por otra calle ⁊ torno a casa del Ceppa, y ellos entrandose a la camara, llego el Ceppa, lo qual como su muger lo vido, mostrando gran miedo hizolo entrar en aquella casa que el marido le auia dicho, y cerro la puerta por de fuera, y saliose de la camara; el Ceppa le dixo: «muger, ¿es hora de comer?» «si, dijo ella, de oy mas.» «Pues, dixo, el Espinelencio es ydo esta mañana a comer con su amigo, y su muger come sola, parate a la finiestra, llamala que venga a comer con nosotros:» lo qual, la muger del Ceppa, que muy temerosa estaua, [⁊] auia gran voluntad de hazer su mandado, hizo aquello que le mando, y rogando mucho a la muger de Espinelencio que alli viniesse a comer, la qual, sabiendo que su marido Espinelencio era combidado, vinose alli seguramente; el Ceppa la rescibio con muy buena boluntad, ⁊ tomandola por la mano, mando a su muger que se entrasse en vna camara, y el lleuo a la otra consigo a otra camara. E como alli fue entrado con ella, cerro la puerta por de dentro: la dueña, quando vido cerrar la camara, dixo: «¡ay mezquina! y ¿que quiere dezir esto que tu hazes? ⁊ ¿hasme tu hecho aqui venir por esto? y ¡como! ¿es este el amor que tu has a Espinelencio, ⁊ la leal compañia que es entre vosotros?» El Ceppa, llegandole a la camara do Espinelencio estaua encerrado, y al fin que el lo pudiesse oyr, ⁊ teniendo a ella por la mano, dixole: «señora,

antes que tu te quexes ni acuytes, oye bien lo que yo te quiero dezir: tu deues saber que yo he amado y amo a Espinelencio assi como a proprio hermano, ꝣ ayer, aunque el no lo sabe, yo halle ꝣ aun vi que la fiança que yo en el hauia es venida a tal estado, que el assi duerme con mi muger como contigo, ꝣ porque yo lo amo mucho, no entiendo auer del otra ni mayor vengança sino segun la quantidad de la offensa; el ha auido a mi muger a su guisa, yo quiero, en cambio deste, auer a ti a mi voluntad, ꝣ donde esto a ti no te plazera, sey bien cierta que tal maldad yo no la dexe sin punicion y vengança, ꝣ yo le hare a el vn tal juego que el se vera en peligro, ꝣ si tu lo amas veras del mal gozo;» la dueña, oyendo esto y otras muchas razones, las quales la confirmaron ꝣ la hizieron cierta del juego, respondio assi: «Ceppa mio, assi es que la vengança del yerro que mi marido hizo deue ser hecha en mi, yo soy contenta, con tal condicion que tu me assegures que del yerro que yo a tu muger hare, que yo sea della assi segura, como ella es de mi por la injuria que ella me ha hecho;» el Ceppa, que, por vengar su injuria ꝣ cumplir su voluntad, prometiera quanto possible ꝣ impossible le fuera de hazer, prometiole de lo assi hazer cumplir, ꝣ allende desto dixo el: «yo te dare vn joyel tan rico, que tu no lo as mejor ni mas precioso;» y esto dicho, abraçandola y besandola encima y en derecho de aquel lugar do Espinelencio estaua, estuuo con ella holgando quanto a ella plugo. El cuytado de Espinelencio, que en aquella camara estaua encerrado ꝣ auia oydo todo lo que el Ceppa auia dicho, ꝣ tambien lo que su muger auia respondido, ꝣ lo que mas graue le era, que auia sentido la dança trauisana que encima del era hecha, ꝣ sintio tal dolor en su coraçon que penso morir, ꝣ si no porque el se temia del Ceppa, el no se pudiera tener que a su muger no huuiera dicho algun denuesto, pero despues, pensando en si ꝣ conociendo como el fuera el comienço ꝣ la causa de aquel mal, y que el Ceppa con razon hazia aquello, y vengando su injuria humana y piadosamente se huuiera acerca del, delibero entre si de ser mas amigo ꝣ compañero del Ceppa que jamas lo fuera; entretanto el Ceppa, despues que huuo estado con la muger de Espinelencio quanto quiso, descendio de la camara, y ella le demando el joyel que le auia prometido, y el dixo que de grado le plazia, ꝣ abierta la camara hizo venir alli a su muger, y ella, como vido a la muger de Espinelencio que salia de dançar con su marido, no le dixo otra cosa sino esta que le dixo riendo: «señora vezina, vos me aueys rendido rosca por fogaça.» El Ceppa le dixo: «dexemos estar esto ꝣ abre esta camara»; la qual abierta, el Ceppa mostro a la muger de Espinelencio al su marido que ende estaua encerrado, y quando Espinelencio salio a la sala, viendo al Ceppa, ꝣ la muger de Espinelencio viendo a su marido, ꝣ acordandose cada vno de lo que auia hecho, no podria hombre bien declarar qual huuo mayor verguença del otro. Pues estando assi algo turbados, el Ceppa dixo a la dueña, mostrandole a su marido: «Ves aqui el joyel que yo te mande » Espinelencio, saliendo de la camara sin dezir muchas palabras, dixo al Ceppa: «nos tenemos sendas, ꝣ por tanto a mi me paresce que es bien que aquello que tu poco ha dezias a mi muger, que sea assi, que nos seamos amigos como antes lo eramos, no auiendo entre nos otra cosa diuisa ni apartada saluo las mugeres, las quales poco ha que ygualmente comunicamos;» de aquesto que Espinelencio dixo, el Ceppa fue muy contento, ꝣ con grande amor ꝣ paz se assentaron todos quatro a comer. E de aquel dia en adelante, cada vna de aquellas dueñas huuo dos maridos, ꝣ cada vno dellos huuo dos mugeres, sin auer alguna question ni debate entre ellos.

***

En el tomo II de su *Romancero general* (1) incluyó D. Agustín Durán un pliego suelto, de autor anónimo, titulado *El Molinero de Arcos,* donde la historia va ya por el cauce que directamente aprovechó Pedro Antonio de

(1) Tomo XVI de la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Alarcón. No será ocioso reproducir aquí dicho romance, cuyo texto es como sigue:

Galanes enamorados,
hijos de la primavera,
los que en batallas de amor
gustosamente pelean,
procurando cada uno
sacar los despojos dellas:
¡no fiar del enemigo,
que la fianza no es buena!
Y así, damas y galanes
tengan con el cuento cuenta,
porque ya se va á explicar
sin detención mi rudeza.
En esa invicta ciudad
de Arcos de la Frontera
nació un bizarro mancebo,
de una moderada hacienda;
y porque aqueste caudal
el mayor aumento tenga,
arrendó un cierto molino
de pan, en esa ribera
del río de Maja aceite,
y, por no entender la piedra,
acomodó un oficial
para que la harina hiciera.
En este tiempo dispuso
casar con una doncella,
que es hija de un hortelano,
hermosa como ella mesma,
y con gusto de sus padres
y toda su parentela,
se celebraron las bodas,
y á su casa se la lleva.
De día iba á su molino;
de noche, aunque tarde fuera,
iba á dormir con su esposa,
porque sola no estuviera.
Y, para no incomodarla,
compuso una llave nueva
de la puerta de la calle,
para abrir cuando él viniera.
Á todos los molineros
de toda aquella ribera,
el señor depositario
del pósito con frecuencia
los visita, para que
el pósito harina tenga,
por miedo á las arriadas
que en el año venir puedan,
porque del depositario
penden estas diligencias.
Éste fué el primer motivo
que el depositario encuentra
para hablarle á esta señora,
diciendo que lo quisiera,
que sería respetada
ella, el molino y sus tierras;
y como el depositario
era hombre de altas prendas,
quedó ella enamorada
y convino con su idea,
mas le dijo que su esposo
de noche duerme con ella.
Respondió el depositario:
—Yo compondré que hoy no duerma.—
Se despidieron gustosos
hasta que la noche venga;
luego mandó á un arriero.
hijo de la misma tierra,
le lleve un cahiz de trigo
al molino, y que era fuerza,
antes que viniese el día,
en el pósito estuviera.
Serían las oraciones
cuando el buen arriero llega
al molino con el trigo,
y entregó la papeleta.
Echaron mano á moler
por acabar más apriesa,
mas el mancebo, advirtiendo
por aquella noche mesma
no podía ir á su casa,
mucho lo siente, y se queja,
y le dice el oficial:
—Vaya usted, no se detenga,
que tengo lugar bastante
aunque otro cahiz viniera;—
y con esta confianza
tomó de Arcos la vuelta.
Vamos al depositario,
que, para lograr su empresa,
se le hacen las horas años
por ver á la molinera,
y, á las ánimas en punto,
mandó que le compusieran
el caballo, que iba al campo
á hacer una diligencia;
pero la depositaria
lo creyó por cosa cierta.

Tenía un negro en su casa,
llamado Manuel de Cuenca,
el cual le ensilló el caballo,
mas, al salir por la puerta,
le dijo el amo á Manuel:
—Ten cuidado cuando venga,
para que la puerta abras
sin que un punto te detengas.—
Con esto picó el caballo,
fué á ver á la molinera;
ella, que lo está aguardando,
al punto abrióle la puerta.
En el patio ató el caballo,
y empezaron la contienda,
y, hartos ya de divertirse,
ambos se pidieron treguas
y quedáronse dormidos.
El molinero, que llega,
sacó la llave y abrió,
mas, al entrar por la puerta,
en el patio vió el caballo
y adquirió alguna sospecha.
Dijo para su coleto:
—Sin duda que aquesta es treta,
y, sin diferencia alguna,
el pájaro está en la percha.
¡Ojalá y fuera verdad,
tuviéramos noche buena!—
Y con un grande sigilo
y con mucha sutileza,
fué apartando las cortinas,
y vió que en su cama mesma
dormía el depositario
con su esposa amada y bella.
Agarró toda su ropa,
salióse al patio con ella,
desnudóse de la suya,
pónese pieza por pieza,
hizo de la suya un lío
que ni aun el diablo lo hiciera,
la puso en la misma silla
que estaba á la cabecera,
desamarró su caballo,
ató el suyo por la rienda,
salió á la calle furioso,
desempedrando las piedras.
Casa del depositario
llegó, y, tocando á la puerta,
abrió el negro cuidadoso,
creyendo que su amo era,
que, como vido el caballo,
y el molinero, que lleva
toda la ropa del amo,
no dudó de la certeza.
Tomó la escalera arriba,
y como estaban las puertas
abiertas para en viniendo,
no fué menester que abriera.
Fué al cuarto de la señora,
que estaba como una reina
entregada al dulce sueño,
y, acostándose con ella,
aunque al pronto despertó,
ella se pensó que era
su esposo, que había venido,
y lo dejó que anduviera
por los campos deleitosos
dando brincos y carreras,
el uno por la venganza
y el otro por cosa nueva.
Vamos al depositario,
comenzaremos la fiesta,
pues apenas despertó,
para saber qué hora era,
acordóse del reloj,
que estaba en la faldriquera
de la chupa, y levantóse;
vió que su chupa no era;
le dice:—Mujer, levanta;
mira qué chupa es aquesta;
parece la de tu esposo.
—¡Cierto! ¡La hemos hecho buena!
—¿Por dónde diablos ha entrado,
si están cerradas las puertas?—
Ella le dice:—Señor,
él tiene otra llave nueva,
pero como usted me dijo:
seguro está que viniera,
por eso yo me entregué
tan fácilmente y ligera,
para que ahora mi esposo,
viendo á sus ojos la ofensa,
me dé la muerte furioso,
por liviana y deshonesta.—
Mientras el depositario
se puso, entre enfado y pena,
la ropa del molinero,
su capotillo y montera,
unas polainas raídas
y un zapato de tres suelas,
que parecía un gañán
haciendo la sementera.
Fué y desamarró el caballo,
y vió que el suyo no era;
¡aquí se colmó del todo,
y no de trigo, la media!

Salió á la calle enojado,
discurriendo mil ideas
de lo que diría á su esposa
porque su ropa no lleva.
Afligido y pesaroso
llegó, y, tocando á la puerta,
salió el negro cuidadoso,
preguntándole quién era.
—Abre, Manuel, á tu amo.
—¡Qué amo, ni qué friolera!
Vaya á engañar al demonio
con aquesta paroleta;
que hay ya que mi amo entró
más de dos horas y media.
—Abre, Manuel, que es engaño.
—Vaya á engañar á su abuela.—
Mas viendo que no es posible,
el amo, que el mozo abriera,
allí se mantuvo el pobre
hasta que el día viniera.
Viendo la depositaria
que aquél su esposo no era,
le dice:—Señor, ¿qué es esto?
¿Qué traición ha sido ésta?
¿Cómo entró usted en mi casa?
Y mi esposo, ¿dónde queda?—
Le respondió el molinero:
—No me quiebre la cabeza,
y, en viniendo su marido,
pregúntele cuanto quiera.—
Tomó la escalera abajo,
y en ropas menores ella
salió para detenerlo;
llegan los dos á la puerta,
donde vió estaba su esposo
con capotillo y montera,
que parecía un arriero,
su vara en el cinto puesta.
Ella le dice:—Señor,
¿has mudado de librea?
¿Es mejor ser molinero,
ó es mejor la molinera?—
(Porque ella se traslució
aquello mismo que era.)
—Pasen ustedes adentro
sin armar risa ni fiesta,
que va la gente pasando
y entenderán que es comedia.—
Pasaron los dos adentro,
y á cambiar su ropa empiezan.
Mientras la depositaria
le dijo á la cocinera
que compusiera un almuerzo
de cosa frita en cazuela,
y con el ama de llaves
mandó por la molinera,
la cual al instante vino,
portada como una reina;
y dijo:—Ya estamos juntos
los cuatro de la comedia.—
Se sentaron á almorzar
todos de risa y de fiesta;
pero la depositaria,
muy astuta y lisonjera,
tomó un vaso y echó un brindis,
y dijo por la primera:
—Á la salud de los novios.—
Dióselo á la molinera,
y dijo por la segunda:
—Brindo, por ser más pequeña,
á la salud del dormido
y toda la noche en vela.—
Dióselo al depositario,
y dijo por la tercera:
—Á la salud del que tuvo,
tras de cuernos, penitencia.—
Y dióselo al molinero,
quien dijo por la postrera:
—Á la salud del que supo
cobrar del todo la deuda.
Á mí no me deben nada,
que he ajustado bien la cuenta,
y salgo nueve por tres;
y si no, dígalo ella.
—Bien está—dijeron todos—;
vaya de risa y de fiesta.—
Se despidieron gustosos,
y cada uno á su hembra
le preguntaba diciendo:
—¿Qué tal te ha ido en la fiesta?—
Tomad ejemplo, galanes,
¡cuenta con el cuento, cuenta!,
que si ha tenido desquite,
otro puede no lo tenga.
Y ahora Pedro Marín
advierte que no es novela;
que, por testigo de vista,
pone al ciego de la peña.

Directamente proviene de la tradición consignada en el anterior romance la que relata el siguiente pliego de cordel, que á la letra reproducimos (1). El original consta de dos hojas en 4.°, y lleva en la primera página un tosco grabado:

CANCIÓN NUEVA

DEL

CORREGIDOR Y LA MOLINERA

CHANZA SUCEDIDA EN CIERTO LUGAR DE ESPAÑA

I

En cierto lugar de España
había un molinero honrado,
que ganaba su sustento
en el molino arrendado.
Era casado
con una moza
como una rosa,
y era tan bella,
que el corregidor,
madre, se prendó de ella;
la visitaba y festejaba,
hasta que un día
la declaró el asunto
que pretendía.

II

Respondió la molinera:
—Vuestros favores admito,
pero temo que mi esposo
nos atrape en el garlito.
Porque el maldito
tiene una llave
con la cual abre
cuando es su gusto,
y si viene y nos coge
tendré gran susto;
porque es un hombre
muy vengativo,
cruel y altivo,
y como le agravien,
no se la hará ninguno
que no la pague.

III

Respondió el corregidor:
—Yo puedo hacer que no venga,
enviándole al molino
con que allí le entretenga.
Pues, como digo,
será de trigo
porción bastante,
que lo muela esta noche,
que es importante
para una idea
que tengo oculta,
bajo la multa
de doce duros;
y con esto podemos
estar seguros.

IV

Consintió la molinera,
y luego, sin más porfía,
el corregidor dispuso
todo lo que dicho había.
Pero aquel día,
de acaso vino
á este molino
un pasajero
que tenía el oficio (2)
de molinero;
viendo la orden,
le dijo airoso:
—Si usted está ansioso
por irse, amigo,
váyase, que sin falta
moleré el trigo.

---

(1) Poseemos ejemplar. Hemos visto otro del mismo texto en la Biblioteca de la Real Academia Española.
(2) El texto: «aficio».

V

Le agradeció el molinero
y arrancó como un cohete;
á las doce de la noche
llega á su casa y se mete
en su retrete,
cuando en la cama
vió á la dama
sin mucho empeño,
y al corregidor,
que ambos están
dados al sueño;
y en una silla,
muy recogido,
todo el vestido (1),
sin faltar nada:
reloj, capa, sombrero,
bastón y espada.

VI

El molinero se puso,
con contento y alegría,
del corregidor el traje,
y dejó el que él traía.
Tomó la guía
para su casa,
por ver si pasa;
llamó á la puerta;
le abrió el criado,
que estaba alerta,
y como iba
tan disfrazado,
sin ser notado
se entró en la cama
con la corregidora,
que es linda dama.

VII

Despertó el corregidor
y ver la hora procura;
pero, al buscar el reloj,
extraña la vestidura.
Con amargura,
la molinera
toda se altera,
y ha respondido:
—¡Ay, señor!,
que es la ropa
de mi marido;
yo no sé ahora
dónde me oculte,
ó me sepulte,
que él no lo entienda;
yo me voy con usía,
que me defienda.

VIII

El corregidor, temblando,
que el delito le acobarda,
en vestirse no se tarda
para volverse á su casa.
Con capa parda
toda jirones;
chupa y calzones
con mil remiendos;
las polainas atadas
con unos vendos,
y unas albarcas
de piel de vaca;
con una estaca
y una montera,
se fué á su casa,
y síguele la molinera.

IX

Llegó llamando á la puerta,
y nadie le respondía;
tanto llamó, que, de adentro,
preguntan qué se ofrecía (2).
Y él les decía
á grandes voces:
—¿No me conoces
que soy tu amo?
¿Cómo no abres la puerta
cuando te llamo?—
Dijo el criado:
—Calle y no muela:
¡vaya á su abuela
con esa trama!;
ea, calle, porque mi amo
está durmiendo
ahora en su cama.

(1) El texto: «veslido».
(2) El texto: «afrecia».

X

Se estuvieron á la puerta,
de buena ó de mala gana,
hasta las nueve del día
los dos toda la mañana.
¡Suerte tirana!,
pues el cuitado,
muy afrentado,
con gran paciencia,
sufrió, tras de los cuernos,
la penitencia;
ella lo mismo
en compañía,
pues no sabía
dónde encubrirse,
hasta que el molinero
quiso vestirse.

XI

Viendo la corregidora
que aquél no era su marido,
se arrojó de la cama
cual león enfurecido.
Dijo: —¡Atrevido!
¿Cómo has entrado
y profanado
mi gran decoro?
¿Quién te dió el traje
de mi marido,
que me has perdido? —
Y con gran modo
la respondió:
—Allá fuera
lo sabrás todo.

XII

Se salieron á la calle,
y, cuando todos se vieron,
porque nadie lo notase,
en la casa se metieron.
Y dispusieron,
como hombres sabios,
que, sin agravios,
por el desquite,
se celebre el suceso
con un convite;
con el dinero,
hay más corregidores
que molineros.

FIN.

Como se ve, las tres variantes del cuento ó sucedido (que bien puede serlo), aunque discrepen en detalles *de procedimiento,* coinciden en lo substancial, y, sobre todo, en el desenlace: ambos adulterios se consuman. En *El sombrero de tres picos* no llegan aquéllos á realizarse. ¿Sería porque Alarcón tuviese á la vista otro texto de la aventura, ó porque la modificase á su placer, con el púdico propósito «de restablecer la verdad de las cosas, devolviendo á la peregrina historia de que se trata *su primitivo carácter,* que nunca dudamos fuera aquel en que salía *mejor librado el decoro»,* como él mismo dice, en el prefacio? Nos inclinamos á creer lo último, y no está de más advertir cuán errado andaba el gran escritor en lo del *primitivo carácter,* en que *salía mejor librado el decoro,* porque lo cierto y comprobado es que, á medida que nos remontamos en el estudio de los orígenes del cuento, vémoslo mostrarse con tonos más crudos y menos castos.

A. Bonilla y San Martín.

oOo

EL PLACER DE AMAR

I

Gregorio Flores bailó aquella noche tres rigodones en el Casino: el primero, con una muchacha forastera y muy coqueta; el segundo, con Carmiña Dávalos, y el tercero, con la rubia desconocida. ¡La rubia desconocida! ¡Belleza de suprema idealidad, de poética dulzura! ¡Oh! ¡El encanto de sus grandes ojos azules, serenos, transparentes, en cuya limpidez ningún misterio se ocultaba! Gregorio pudo gustar durante los breves instantes del baile el intenso placer de sentirse envuelto á veces en la suave caricia de su mirada; y su espíritu, enamorado de todas las harmonías, adoró las que en aquella mujer se realizaban: harmonías de la voz y de los cabellos, de los movimientos todos, de la sonrisa y de la expresión del rostro.

Aquella tranquila noche de Julio, en que ni el leve jugueteo de la brisa turbaba la inmensa serenidad del mar y de los campos, presenció cómo en el alma un poco romántica de Gregorio Flores aparecía el alba de un nuevo amor. Gregorio salió del Casino, y por la orilla del mar fué lentamente hacia su casa. La figura de la rubia desconocida, más puramente ideal todavía al través del recuerdo, era su compañera. Aquella noche Gregorio se olvidó de reflexionar, como hiciera en otras semejantes, acerca de la inmensidad del mar agrandada por las tinieblas, comparándola con nuestra pequeñez; se olvidó de mirar á las estrellas y asombrarse ante la infinitud de su número, y también dejó á la luna sin su habitual plegaria. No estaba el ánimo de Gregorio en situación de entregarse á tan transcendentales ocupaciones; un cuidado más bajo, dentro completamente de las miserias humanas, le ocupaba.

¿Quién sería la rubia desconocida?

Llamábase Lucy, y vivía en Madrid. Datos ambos que no consiguieran sacar al muchacho de su preocupación, porque casi inmediatamente después de haberlos conocido lo asaltó la fundada sospecha de que en Madrid el número de las Lucías no debía de ser escaso. La preocupación hizo que soñara con ella, viéndola presentarse á él convertida en ángel, con grandes alas blancas y envuelta en una larga y ondulante túnica azul, del mismo suave azul de los ojos, para decirle con voz dulcísima palabras de amor y llevarlo consigo al Empíreo, donde ambos gozarían de la más pura y eterna felicidad. Á Gregorio todo le pareció bien, y acogió las palabras amorosas con verdadero arrobo; sólo una nube turbó aquella felicidad: pensar que en el Empíreo su americana azul y su pantalón blanco disonarían. Y cuando procuraba convencer á la rubia desconocida para que le trajese una túnica semejante á la suya en que envolverse, un indiscreto rayo de sol, cayendo sobre la cama, lo volvió á la realidad.

Y dando al olvido el sueño, la imagen de la bella muchacha volvió á ocupar su espíritu tal como la noche anterior la contemplara en el Casino, con sus rubios cabellos, sus ojos de inefable serenidad y la suave harmonía de todos sus movimientos. Gregorio, ante la persistencia del recuerdo, se consideró enamorado; y como en amor su experiencia no era grande, pensó, regocijado en su romanticismo de lector provinciano de novelas, que aquélla iba á ser su gran pasión.

Con la esperanza de encontrar á Lucy, salió temprano hacia la playa. Un violento nordeste la barría, rizando las aguas poco antes tranquilas. Por un instante, el espectáculo del mar lo distrajo; pero á poco su obsesión renació. Y, paseando, pudo ver cómo Carmiña Dávalos salía de su caseta y se zambullía presurosa en el mar, huyendo de miradas indiscretas, y cómo la coqueta forastera, vestida con un delicioso traje de baño, se zambullía lentamente con ánimo de dar tiempo á los curiosos para que admirasen las gallardas líneas de su maravilloso cuerpo de escultura. Gregorio saludó aquí, saludó allá; pero no se detuvo en parte alguna. Exagerando su gesto pensativo y aumentando la vaguedad de su mirada, dejábase ir con marcha indolente por entre los grupos, satisfecho de poder ostentar con fundamento ante sus amigas aquel aspecto melancólico de enamorado para quien todo es vano fuera de su ideal.

Y así, andando, ¡oh misterioso Destino de los designios ocultos!, fué á detenerse ante la verja de un hotel color de rosa por cuya fachada corría amplia galería de cristales. Gregorio miró el hotel que allí se alzaba aislado en medio de su jardín, en que unas pobres palmeras intentaban ser gallardas, pero que poblaban, en cambio, la abundante y olorosa madreselva, la romántica pasionaria y la multicolor alegría de cien flores diversas. Gregorio lo miró, y miró después el mar infinito y azul, encrespándose con inimitable harmonía bajo el latigazo del viento. «¡Qué bello nido de amor!», pensó. Y como si aquel pensamiento hubiera poseído la virtud de un poderoso conjuro, en la galería apareció Lucy, la rubia desconocida, que, asomándose, intentaba retirar una jaula de canarios. El viento arreció en aquel instante, y, arrebatando los cabellos de Lucy, hizo dudar á la muchacha entre atender á ellos ó á la jaula. Decidióse al fin, azoradísima, por el peinado, y la jaula cayó con gran estrépito sobre la arena de la playa. Gregorio, que contemplaba embobado la bella aparición, recogió la jaula y corrió á entregarla á su dueña.

—Los canarios no han sufrido nada, señorita—. Y con una sonrisa amable, se la presentó á Lucy. Comenzaba á encontrar aquello bastante cómico.

—¡Ay!... Muchas gracias... ¿Para qué se ha molestado usted? Hubiera enviado á Juan... ó á Pedro...

Gregorio comprendió inmediatamente que estos Juan y Pedro eran criados de la casa.

—No, señorita; no es molestia—. Y como creyera llegado el caso de decir una galantería, agregó, haciendo su sonrisa aún más amable:—Canarios que tienen tan linda dueña, no está bien que anden en mano de criados.

Ella sonrió, algo azorada. Él, pasado un segundo, notó vagamente que había dicho una tontería. Pero ya ni Lucy tuvo tiempo de serenarse, ni Gregorio de arrepentirse: una puerta se abrió en el fondo de la antesala en que hablaban, y la madre de Lucy—gruesa señora rubia que en sus tiempos debía de haber sido hermosa—preguntó en la penumbra:

—¿Quién es?

Y entonces vinieron las explicaciones. Escuchólas la dama, y tras una suave reprimenda á la muchacha: «¡Qué loca de chiquilla!... ¿Cuándo tendrás juicio?», invitó amablemente á Gregorio á que pasara.

—Somos casi amigos... Ya le hemos visto anoche en el Casino...

Graves dudas asaltaron el ánimo de Gregorio. ¿Entraría? ¿Iríase? Ambas cosas le parecían bien y mal á un mismo tiempo. La idea de entrar lo seducía, porque así trabaría amistad con la bella rubia que lo preocupaba de tal modo; pero temía ser tachado de entrometido. Irse ante tan amable invitación, ¿no le valdría el título de descortés? Y como si esta duda no fuese bastante tribulación, vino á hacerla más grave la inoportuna presencia de un bello perro, un galguito esbelto, de fina piel gris, adornado con nítido cuello de esmalte y corbata roja, que haciendo cabriolas se le acercó, y al notarlo extraño comenzó á ladrar enfurecido, sin duda con la aviesa intención de morderle las pantorrillas. La situación de Gregorio se hizo insostenible. Era feo tener miedo de aquel animalito; pegarle, una barbaridad; huir, ridículo... Y mientras, el perro ladraba cada vez con mayor furia, sin que lograran tranquilizarlo las órdenes de las dos mujeres:

—¡Silencio, *Pum!*... ¡Cállate, *Pum!*...

Pero *Pum,* impertérrito, continuaba en sus ataques, que amenazaban terminar de una manera trágica. Al ruido de la pendencia acudió otra persona: esbelta y airosa, morena, expresiva de rostro, toda movimiento gracioso.

—¿Pero qué sucede, hijas?...

Y al reparar en Gregorio, comprendiendo con rapidez lo ridículo de su situación, tuvo para él juntamente una sonrisa de burla y una cortés reverencia. La presencia de esta joven y graciosa persona—que Lucy presentó luego: «Mi hermana Gloria»—puso fin á la escena. Gregorio se decidió á entrar, aun á pesar de *Pum,* que continuaba en sus ladridos, esta vez ya de protesta. Y en aquel punto comenzó la mutua afición, muy pronto convertida en amor, que se profesaron Lucy, la rubia hija de don Juan Contreras—accionista del Banco, consejero de varias Compañías—, y Gregorio Flores, romántico y provinciano.

¡Dulce amor aquél! No sólo las dichas corrientes en todo amor llevó al alma de Gregorio: él fué la causa también que impulsó su voluntad con energía suficiente para conseguir la independencia con que durante años soñó, sin que la firme decisión formada por el cariño maternal le dejase conseguirla. ¡Cuántos intentos fracasados! ¡Cuántos inútiles empeños! En aquella pequeña ciudad del norte de España, muy noble y muy leal, pero sin ferrocarriles, donde viera la luz, hubieron de transcurrir, pese á todos sus deseos, los veinti-

trés primeros años de la existencia de Gregorio Flores, que, curioso del mundo y dueño de un espíritu inquieto, soñaba con trasponer los cortos horizontes en que su vida se desarrollaba, para lanzarse á la gran lucha de que le hablaban los libros, los compañeros de su soledad resignada.

¡Cuánto, en la grata sombra de unos árboles durante la siesta, ó bajo la estrellada bóveda en la gran serenidad nocturna de los campos, soñara Gregorio con otros mundos y con otras vidas! Y como al contemplar la triste realidad que lo rodeaba, sólo en el sueño encontraba la felicidad, á soñar que vivía lo leído se dedicó el muchacho, y así fué formándose en él aquel falso y romántico concepto de una vida en que todo era literatura, y en que los rígidos principios de la educación maternal no excluían la práctica de las más amables licencias.

Con la voluntad quebrantada, y el alma repleta de las ideas de añeja rectitud que en ella depositara su madre, y de las mil curiosidades y deseos mundanos residuo de sus lecturas, llegó Gregorio á su enamoramiento. Fué sincero y vehemente. En él creyó ver el resumen de su vida, y á él se entregó sin reservas. Tanto, que, olvidado de todo, trabajó sin descanso hasta conseguir de su madre el anhelado permiso para ir á la corte. Después de un triste invierno transcurrido entre inquietudes, entre temores y esperanzas, Gregorio marchó allá en plena primavera, en los últimos días de un Marzo claro y alegre. ¡Alba, sin duda, de aquella nueva vida que comenzaba para él!

II

Los señores de Contreras recibían á varios íntimos amigos los viernes por la tarde. Desde el primero que pasó en Madrid, fué Gregorio asiduo concurrente á ellos. Este en que conoció á Laura Roldán era el tercero de su estancia en la corte.

Cuando entró en el salón estaban ya allí el general Solano, Pilar Belmonte y Gonsá, el más elegante tenorio de la época. Gregorio y Gonsá eran ya amigos de otros días. Gonsá poseía un espíritu extremadamente curioso. Necesitaba verlo todo, oirlo todo y leer también todo... lo que no era árido ó requería atención profunda y cierta constancia de pensamiento. No obstante, gustaba de pasar por razonador profundo y sutil, aunque tan sólo conseguía esto último; y, además, amaba las citas de autores poco vulgarizados, y, dueño de una regular memoria y de varios diccionarios apropiados á su deseo, hacíalas en gran cantidad y muy variadas. Cuando vió á Gregorio, avanzó hacia él:

—¡Oh *caro* amigo! ¿Qué hace usted estos días? No se le ve por ninguna parte.

Fueron á sentarse en un rincón, y Gonsá continuó:

—¿Se ha fijado usted en el Correggio que le indiqué?

—Sí. Anteayer estuve en el Museo. Delicioso.

—La dulzura del rostro me encanta. ¿Sigue usted pensando lo mismo de Teniers?

—Hombre..., ya conoce usted mi temperamento...

—Siempre melancólico.

Gloria se acercó, gentil, sonriente.

—¿Ya están ustedes hablando de cosas imposibles?

—No—contestó Gonsá, satisfecho de ver consideradas como *imposibles* las cosas de su conversación—. No; hablábamos de cuadros.

—Es lo mismo. Usted, hasta cuando habla de cosas tan bonitas como los cuadros y la música, se las arregla de modo que no hay quien le entienda.

Rieron todos, y la conversación, más ligera, más nerviosa, corrió en un momento sobre mil asuntos. Cuando Gloria se apartó de los dos amigos para acercarse al general Solano, que, sentado en un diván, hacía como que pensaba, Gonsá, volviéndose á Gregorio, le hizo una importante confidencia:

—Créame usted, al ver la frivolidad de estas muchachas, la ligereza encantadora de su charla y la falta de seso que revelan, voy perdiendo mis antiguas aficiones feministas...

Alta, espléndida de belleza y de elegancia, entró Laura Roldán. Gonsá dijo:

—Ahí tiene usted á una de las más codiciadas y más inaccesibles bellezas de Madrid.

Gregorio miró con curiosidad.

—Nunca la había visto. ¿Es muy amiga?

—Íntima. El no verla obedece á que hace cerca de tres meses marchó á una posesión que tiene en Murcia. Creo que ha vuelto anteayer.

Laura Roldán recibía los homenajes del general Solano.

—¿Es cierto lo que me han dicho ayer en casa de López Bas, general? ¿Pasa usted á la reserva?

—Eso dicen, señora.

—¡Cuánto lo siento!...

—Yo, no. En tiempo de paz, lo mismo me da estar en activo que en la reserva. Si hubiese guerra, ó peligro de ella, ya sería otra cosa.

Gloria se rió, y, por lo bajo, dijo á su hermana algo alusivo al general. Lucy vino al lado de Gregorio y de Gonsá, todavía risueña.

—¡Esta Gloria!... Es una imprudente. El día menos pensado oyen una de sus cosas y hay un disgusto.

Y después pidió á Gregorio que la acompañase:

—Quiero presentarte á Laura Roldán. Es muy simpática.

Ante la dama, que sonreía, Lucy habló:

—Gregorio Flores..., muy amigo nuestro. Tenía grandes deseos de conocerte, Laura.

—En efecto, señora. Deseaba vivamente este momento. No en vano soy un enamorado de la belleza.

A Laura no le pareció mal el cumplimiento. Muy risueña, mostrando la

tersa blancura de sus dientes bajo el encendido carmín de los labios, comenzó á bromear:

—Vaya, vaya; no me piropee usted, que se va á enfadar Lucy, y yo estoy en muy buenas relaciones con ella y no quiero que riñamos.

Gregorio protestó. ¿Por qué se había de enfadar Lucy? Sería una bobada. Y, sobre todo, entre amigas...

—Amigas, bien—respondió Laura, siempre sonriente, afectando un delicioso aire de candor—. Pero aquí no se trata de amigas... Bueno, bueno; no diga que no, Flores. Estoy enterada de todo. Y á riesgo de que se me incomode Lucy, he de decirle que muy bien me hablara ella de usted, pero la realidad es superior á los elogios.

Gregorio enrojeció súbitamente, y, lleno de confusión, no supo qué contestar. Lucy, notándolo, comenzó á reir de la mejor gana. Laura insistió:

—No se sonroje usted, amigo Flores; no hay por qué. Al fin, yo, que no soy ninguna niña, bien me puedo permitir con ustedes estas bromas.

Y Gregorio comprendió que allí era necesario negar la edad de Laura, decir que parecía más joven que tantas otras de menos años que ella... Pero creció su confusión y no pudo. Sentado cerca de Laura y Lucy, callaba escuchando la conversación que ambas sostenían, limitándose á contestar con monosílabos cuando se le interrogaba directamente. Así estuvieron un rato; al cabo del cual, Lucy se levantó, llamada por su padre, y los dejó solos.

¡Terrible compromiso para Gregorio! ¿Cómo salir airoso de él? Era indudable su deber en aquel instante. Solo con Laura, estaba en la obligación de distraerla con una charla amena. Pero no se le ocurría absolutamente nada, ni siquiera una tontería. «¿Qué dirá de mí?» Y al pensarlo crecía su malestar, sin que, por más esfuerzos que hacía, pudiera contener la inexplicable emoción que le había asaltado. No comprendía aquello. Laura era una mujer como todas, y hasta entonces nada le dijera, ocasionado á tan feroz turbación. Gregorio la atribuyó exclusivamente á su inexperiencia del mundo. Pensó: «He visto la vida únicamente al través de los libros. Por eso la realidad me deslumbra. Es como el que contempla un desierto arenoso reproducido en el lienzo, y luego lo ve en la realidad: el sol que ilumina el cuadro causa una sensación suave; el del desierto ciega. Hay que habituarse.» En su costumbre de autoinspección, pensaba en medio del sofoco, y discernía claramente las causas que lo originaban. Era una extraña condición de su espíritu la de que, conociendo el fundamento de las emociones que lo asaltaban, no lograba dominarlas.

Laura se volvió hacia él.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Madrid?

—¡Oh! No; muy poco. Veinte días escasamente.

—¿Y qué tal? ¿Se divierte?

—¡Psch!

Y Gregorio tuvo un gesto de indiferencia, cuya afectación no pasó inadvertida para Laura. Ésta siguió:

—Sin embargo... La vida en su país no debe de ser muy divertida... Vamos, supongo... Los pueblos son todos muy semejantes, y yo he vivido algo en ellos; falta sociedad, faltan teatros, y suelen faltar también mujeres...

Y, al decirlo, Laura dejó caer sobre Gregorio una mirada llena de malicia. Gregorio respondió que, en efecto, algo faltaba de todo ello; pero su azoramiento creció conforme Laura avanzaba en sus palabras.

—Y las mujeres son tan necesarias á la edad de usted...

La libertad de maneras y de lenguaje de Laura le desagradaban. Poco habituado á oir tales conceptos en boca de una dama, no sabía en qué tono contestarle. Notándolo, Laura insistía. Experimentaba un placer que tenía mucho de perverso en acorralar al muchacho, en asustarlo un poco con sus maneras.

—¿Qué amores dejó usted por allá?

—Ninguno.

—¿Cómo quiere usted que lo crea? Es imposible... ¿Ó trata de convencerme de que sus días y sus noches estaban únicamente ocupados con la imagen de la pobre Lucy? Esto lo creerá ella, pero yo...

Muy serio, Gregorio afirmó:

—Y usted también debiera creerlo, porque es la pura verdad.

Se hizo más intensa la malicia que llenaba los ojos de Laura.

—Vamos; es usted un santo.

Y se rió de tan buena gana, que el muchacho no tuvo más remedio que imitarla. Gloria acudió al ruido de la risa.

—¿Qué es? ¿Qué sucede? Contadme...

Laura miró á Gloria, miró á Gregorio, sonrió, y dijo:

—Vaya, vaya; ya veo que se tutean los cuñados futuros.

Gregorio, atolondrado, protestó:

—No; no.... Gloria y yo no nos tuteamos.

Y se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. «Estoy portándome como un chiquillo de quince años que no ha tenido nunca delante una mujer.» Mientras, Gloria, á quien divertía el apresuramiento para negar de Gregorio, dijo con gracioso desenfado:

—Pues no tendría nada de particular... En el estado en que están las relaciones... Vaya, Gorio, ¿nos tuteamos?

—Por mí...

—Al fin te has atrevido... ¡Qué soso!... Es una verdadera vergüenza que haya empezado yo... ¡Ay, qué hombres!...

Cuando, solo, volvía Gregorio hacia su casa por las calles llenas del ruidoso tumulto del anochecer, recordando las impresiones de la tarde, de todas ellas emergió dominadora la imagen de Laura. Era una reminiscencia inquietante la de su belleza espléndida y sensual: las líneas armoniosas de su cuerpo, la honda mirada en que constantemente ardía el fuego de una intensa voluptuosidad, los labios frescos, húmedos, de un sonrosado violento, la mano afilada y ardorosa, con el único adorno de una gran esmeralda verde.

III

Florecía la primavera espléndida, radiante. La plena luz alegre y reidora de los claros días aromados volvía á llenar el aire y á invadir las almas. Todo era vida intensa, fuerte, vigorosa. Olía á vida la tierra húmeda, la buena y prolífica madre tierra esponjada, voluptuosamente tendida al sol de Mayo, ofreciendo abnegada y benéfica sus entrañas á la fecundación; cantaba la vida en la algarabía polifónica de los pájaros, en las cristalinas sonoridades del agua corriendo en las albercas, rodando en las cascadas, crepitando al caer, lanzada por el surtidor, en la verde superficie de los estanques tranquilos; decían vida las turbulentas tonalidades de las flores: la púrpura ardiente de los claveles y de las rosas, la inmaculada palidez de las azucenas, el profundo morado de los lirios; y vida pregonaba también la enorme masa del follaje, prolongándose en una inmensa ondulación de tonos verdes.

Gregorio, sintiendo al fin la nostalgia de las dulces campiñas gallegas, iba diariamente al Retiro, deseoso de ver resurgir en su espíritu las amadas sensaciones bucólicas que llenaban su juventud. En aquellas horas matinales en que lo visitaba, hallábase el parque solitario y silencioso, envuelto en la fresca claridad del aire perfumado. Entre la hierba brillaba tembloroso el rocío. Gregorio respiraba con ansia, á grandes bocanadas, y por un momento, al sentir en sus pulmones la deliciosa humedad matinal, creíase transportado á su país, y, abstraído, desaparecían de ante su vista las alamedas cuidadas, y los relucientes palacetes, y las turbias charcas del parque madrileño, para surgir en toda su dulzura cariñosa los ondulados campos de esmeralda, las pardas cumbres sombrías, la obscura mancha de los pinares, la plata inmaculada de las rías, de las bellas rías grises que la fugitiva brisa marina besa, que acaricia el terral lleno de aromas, que abraza la bruma, tenue, transparente, alada.

Al fin, Gregorio iba comprendiendo que Madrid no era lo que había creído. Cansado de leer en libros ó en artículos de crítica que una novela era fiel retrato del ambiente en que su acción se desarrollaba, había llegado á figurarse un maravilloso mundo en que hombres y mujeres de suma discreción y extremado ingenio pasábanse la vida en amables conversaciones y en galantes aventuras, ó se dejaban arrebatar por la trágica ola pasional, y eran actores principales de dramas hondos ó sangrientos. Y al encontrarse ante un alegre mundo en que había personas de todas las inteligencias, con predominio de las vulgares; un mundo tolerante, amigo de la risa, enemigo de lo triste; poblado de intrigas agradables, interesantes; de envidias sañudas y de rencores ridículos, se creyó defraudado en sus imaginaciones, y en los escasos momentos que los placeres le dejaban libres, dió en sentirse acometido por tristes murrias, que él atribuía al desengaño producido por la realidad, pero que no eran sino fatiga.

Distraíase de tales murrias paseando por entre las frondas umbrosas y

agrestes de la Casa de Campo, ó por las alamedas del Retiro. En uno de estos paseos tuvo ocasión de hablar por segunda vez con Laura Roldán. Cuando más abstraído marchaba en sus recuerdos, vióla aparecer solitaria, airosa en su fresco tocado matutino, por un recodo de aquella apartada senda que rodea el Palacio de Cristal. Gregorio, al ver turbada la soledad de su paseo, sintió disgusto. Laura, un poco sorprendida y vacilante en el primer momento, vino después hacia él.

—¡Hola! ¿Usted también es aficionado á estos paseos matinales?

—La costumbre... En mi casa salía diariamente al campo. Iba á desayunarme con un gran vaso de leche á casa de cualquier rentero.

—Costumbre casi feudal. El señor recibido en casa del siervo, y el siervo, ó acaso su hija, fresca y robusta mocetona, ofreciéndole un humilde refrigerio.

—Humilde, pero sabroso.

—Y sano.

Estas pocas palabras, dichas en tono afectuoso y alegre, en que no había nada de la ironía tan temida por Gregorio en labios de Laura, lo reconciliaron con la dama y le dieron aplomo. Únicamente le quedaba el temor de que volviese á repetir en el curso del diálogo las agresividades de otras veces. Pero, si continuaba así, figurábase Gregorio que serían grandes amigos.

Juntos comenzaron á caminar. En silencio, el muchacho la contemplaba á su sabor, y no sin ciertos misteriosos movimientos del espíritu y temblores de la carne, admiró las soberanas turgencias adivinadas bajo la tendida tela del vestido, los labios húmedos y tersos, los grandes ojos profundos, de impenetrable belleza.

—¿Echa usted mucho de menos su país?

—Más de lo que yo esperaba... Nunca pude imaginar, cuando allá me desesperaba la dificultad de abandonarlo, que había de suspirar tanto por él.

—Á mí me sucede algo semejante, aunque no con la razón que á usted, pues soy madrileña, y Murcia no es sino una tierra de adopción.

—Había oído, en efecto, que fuera usted á pasar una temporada en ciertas tierras de Murcia...

—Tengo allá una casa, y voy con bastante frecuencia. Madrid cansa; y sobre todo en mi situación...

Gregorio oyera hablar vagamente de la situación de Laura. Separada del marido... Incompatibilidad de caracteres... Un sinvergüenza... Terribles escenas... Y al ir recordando todas estas historias, á que no diera importancia cuando las había oído, sintió un vehemente deseo de que Laura le contase algo. Pero Laura, naturalmente, no contó nada. Pasó sobre aquello como sobre ascuas, y, sin detenerse, siguió hablando de sus gustos bucólicos. Se divertía mucho en el campo. Ella, por su propia mano, daba de comer á mil bichos diversos. Tenía varias gallinas de Guinea y unos patos blanquísimos. Los conejos eran incontables; pero todas sus simpatías estaban puestas en un hermoso gallo inglés, altanero y despótico, que reinaba omnipotente en el corral.

A Gregorio le gustaban las palomas. Ella era también gran aficionada.

¡Tan mansas, tan buenas!... Y se conmovía un poco recordando las palomas. Luego habló del perro. Era feo y poco limpio; pero tan leal, tan valiente para defenderla, que no podía desprenderse de él. Á Madrid no lo traía, y lo echaba mucho de menos. Quisiera tenerlo siempre á su lado, porque con él se creía segura... Y hacía tanta falta un buen defensor á quien se encontraba en la situación suya...

La curiosidad, más violenta aún que antes, volvió á despertarse en Gregorio. Estuvo á punto de preguntar, y el contenerse le costó un esfuerzo.

Laura tenía también un loro. ¡Oh! Aquello era terrible, comprometedor.

—Figúrese usted que de oir hablar constantemente á los jornaleros y otras gentes del campo que no se distinguen por la delicadeza de vocabulario, ha aprendido cosas tremendas. A mí no me importa, porque ya estoy curada de espanto y nada me suena á nuevo. Pero la gente que va á visitarme... Es para mí un compromiso... Por causa del tal bicho he tenido ya varios disgustos. Á unas señoritas de allí, muy remilgadas, el día que fueron por primera vez á mi casa les llamó una cosa... ¡Oh!... Ellas quedaron horrorizadas; pero, sin embargo, como no está bien que unas señoritas solteras sepan *eso,* procuraban disimular y hacer como que no habían entendido. Le aseguro á usted que, en medio de todo, el lance tuvo gracia.

Conforme transcurría el tiempo, iba Gregorio encontrando encantador aquel paseo. Laura era alegre, y su conversación amenísima. El mismo desgaire con que hablaba, que tanto desagradó á Gregorio en un principio, iba resultándole ahora muy simpático. Ella continuaba.

¿Pues en otra ocasión? ¡Oh! No quería ni acordarse... El alcalde del pueblo tenía la mala costumbre de emborracharse en secreto. Por nada del mundo bebía una copa delante de gente; ni de agua... Pero á las altas horas de la noche encerrábase en su alcoba, y allí era ella. Sus criados, que lo habían espiado por el agujero de la cerradura, contaban y no acababan de las extravagancias que hacía allí, á solas. Conforme bebía é iba alegrándose, comenzaba á hablar con su sombra. Eran unos extraordinarios discursos sobre todo lo humano y lo divino; y así, disertando tranquilamente unas veces, y otras disputando á grandes voces con alguien que no existía más que en su cerebro de visionario alcohólico, pasaba largas horas, hasta que, al fin, rendido, echábase sobre la cama y se dormía profundamente. Un hombre notable aquél... Por lo demás, en su estado normal, bromista, buen conversador, simpático... Solamente lo sacaba de sus casillas el que alguien aludiese á su inveterado vicio de absorber licores y pronunciarle discursos á su sombra. La sola sospecha de la alusión lo volvía loco. Á un rentero suyo con quien tuviera cierta cuestión, habíale roto la cabeza de un golpe porque, exasperado, disputando, llamárale borracho. Era terrible... Pues el endiablado loro dió en la tecla, una tarde en que, en unión del médico, viniera á visitarla, de insultar al buen señor. Agotó todo el repertorio de sus epítetos: hasta los más soeces y desvergonzados salieron allí á relucir. Y de pronto, con el tono de su voz más iracundo y penetrante, le llamó: «¡Borracho!» El alcalde quedárase pálido. Ella le veía

temblar el labio inferior de un modo convulsivo. Y el loro volvió á repetir: «¡Borracho! ¡Borracho!»... Habíase levantado entonces el alcalde, y dijera, con una mirada terrible: «Señora, los loros no dicen sino lo que se les enseña. Ese insulto se lo hizo aprender usted para mortificarme.» Ella quisiera disculparse; pero tan llena estaba de susto, que no acertaba á hilvanar dos excusas. Gracias al médico, un muchacho muy inteligente, muy simpático, que interviniera con gran oportunidad. ¡Qué tremendo disgusto! El alcalde estuviera largo tiempo sin volver por su casa.

Gregorio tuvo una idea maligna:

—Y al médico, ¿no le hizo nada el loro?

Laura, extrañada por el tono de la pregunta, contestó simplemente:

—El médico no tiene manías.

IV

«El médico no tiene manías...» Esta frase podía ser una revelación, la clave de un enigma. Gregorio así lo pensaba cuando, después de abandonar á Laura, dirigíase á su casa lentamente. Iba recordando lo hablado durante el delicioso paseo, y, aparte las ligerísimas alusiones de Laura á su situación, nada encontraba en todo ello propio para ocasionarle preocupaciones. Y, sin embargo, sentíase acometido de una muy grande, porque su deseo de averiguar todas las cosas concernientes á la bella dama pasaba ya de curiosidad.

Recordaba haber oído en distintas ocasiones que Laura estaba separada del marido desde hacía bastantes años. Recordaba también que cuando en casa de Lucy se encontró con ella por primera vez, Gonsá habíasela mostrado como una de las más inaccesibles bellezas de la corte. Todos los demás recuerdos que tenía relacionados con la dama eran muy vagos, muy confusos, imprecisables. Ahora, la historia de Laura lo atraía como una apasionante novela de la cual se ha leído solamente el primer capítulo. Lo dominó la curiosidad. Necesitaba saber.

Y se fué á casa de Gonsá: un lindo entresuelo muy elegantemente adornado. Gonsá lo saludó, radiante:

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo?

—Vengo á buscarle para que me ilustre en cierta materia que domina á la perfección.

—¡La maledicencia!

Y los dos rieron de buena gana. Gregorio se encontraba bien al lado del elegante expositor de teorías agudas y extrañas. Admiraba su espíritu culto, dotado de notables facultades para observar la vida. Gonsá estimaba también á Gregorio, más capacitado, por su familiaridad con los libros, que la mayoría de los que con él hablaban, para saborear los juegos de su ingenio.

Sentáronse en el gabinete de trabajo de Gonsá. Juan, el criado, les sirvió benedictino. Gregorio miraba todo curiosamente.

—Hombre, noto una cosa rara en su casa.

—¿Qué?

—No veo nada antiguo: ni cacharros, ni armas, ni cuadros...

—Nada, nada... No verá usted nada anterior á mil ochocientos cincuenta, si no son libros. Y de éstos he procurado buscar las ediciones más modernas.

—Es raro en usted... ¿Tiene eso explicación?

—Ninguna. Los gustos no se explican. Yo soy ultramoderno en todo: nada más.

—Sin embargo... Las buenas cosas de otros tiempos...

—Las hay que me encantan. Pero da la triste casualidad de que ésas son demasiado caras para mí.

Después entró en materia.

—Veamos. ¿De qué se trata?

—Es una curiosidad acaso un poco impertinente...

—¿Tiene alguna relación con el sexo contrario?

—Sí.

—Entonces no es impertinente. Yo creo en la lucha de sexos, y considero un deber dar armas á mis amigos.

—En ese caso, no me diga usted nada. Lo mío es simple curiosidad; no trato de vencer á nadie.

—¡Oh! ¿Quién se fía de sus propios propósitos en estas cuestiones? Usted, por el momento, no intenta nada. Pero esta misma curiosidad que le empuja á preguntarme la vida de una mujer, demuestra que ya siente algún interés por ella. ¿Quién sabe lo que será ese interés andando el tiempo?

Y después, cambiando de tono:

—Vamos á ver. ¿De quién se trata? ¿Cuál es la dama que ha hecho mover el corazón de usted con ritmo distinto al señalado por el amor de Lucy?

—Creo que va usted muy de prisa. No se trata todavía de sustituir á Lucy. Es solamente que... Verá usted... Esta mañana estuve en el Retiro... Voy ahora casi á diario... ¡Está tan hermoso!...

No sabía cómo empezar. Las palabras del elegante sospechando que fuera el amor el que le obligase á averiguar aquella historia, le hacían difícil la pregunta.

—Estuvo usted en el Retiro...

—Sí; y me encontré... Uno de esos encuentros casuales, puramente casuales... Me encontré á... Laura Roldán.

—¡Ah!

—Nos saludamos y paseamos juntos. Hablamos del campo, de nuestras aficiones..., en fin, de las mil cosas de que hablan dos personas que apenas se conocen y sienten una mutua simpatía... Pues, hablando, hablando, ella dejó deslizar en la conversación ciertas alusiones á su situación en el mundo. Esto me llenó de curiosidad.

Gonsá entre risueño y compasivo lo miraba. Guardó silencio un instante,

y después, con tono grave, triste, desmentido, no obstante, por una fina sonrisa espiritualmente irónica, fué dejando caer unas palabras:

—¡Otra víctima!... ¡Mi pobre amigo!... Yo no sé qué filtro es el que da á esa mujer una fuerza semejante. ¿Querrá usted creer que todos, todos sus amigos hemos sido aspirantes á su amor? ¡Ni uno escapó! Y ahora es usted; y en usted es más triste, más duro el desengaño, porque usted carece de experiencia en estas lides, y no tiene el corazón blindado como nosotros.

Gregorio protestaba. No; él no estaba enamorado de Laura, ni mucho menos. El amor á Lucy excluía en él cualquier otro, lo hacía imposible. Gonsá no sabía lo hondas que estaban en su alma las raíces del amor á Lucy.

Gonsá sonreía.

—¿Y qué tiene que ver el amor á Lucy con el amor á Laura? ¿Cree usted que son incompatibles?... Al contrario, parece que se completan. El amor de Lucy, inocente, dulce, tranquilo; un amor púdico y recatado de virgen... El amor de Laura, perverso, refinado... Porque ha de saber usted que Laura ha vivido mucho, que tiene su historia. En materias de amor, es maestra. ¡Ah! ¡Qué feliz el que poseyera esos dos amores á un tiempo mismo! Lucy y Laura unidas en un solo amor darían el completo, el verdadero y único, el que todos buscamos y ninguno encuentra... Nada: el ideal. Con eso está dicho todo.

Se había levantado, y paseaba á lo largo de la habitación, con las manos en los bolsillos, el cigarro descuidadamente metido en un rincón de los labios, en todo el rostro un aire de reflexión.

—Le digo á usted que esa mujer es el diablo.. ¡Vaya por Dios!... Para querida, como ninguna. ¡Oh! ¡Cuánto la hemos deseado todos! ¡Cuántas noches en vela recordando sus ojos y sus labios! Paco Robles quiso suicidarse por ella... Una locura... Gracias á que Juan Roberto llegó á tiempo para impedirlo. ¿Pues cree usted que ella se apiadó del pobre Paco? Y á mí lo que me indignaba era el saber que ella tuvo dos amantes.

—¿Dos?

—Dos... Y los dos cuando vivía con su marido. Desde que se separó de él, no se le ha vuelto á conocer amor ninguno. Todos anduvimos locos averiguando... Pues nada; yo le aseguro que no ha tenido ningún nuevo amor. Es raro, ¿verdad? No conocí otro caso... ¡Es el único!... No sé de otro, y conozco todas las historias de Madrid.

—Y ahora, ¿nadie le hace la corte?

—Sí; Juan Roberto. Lleva tres años lo menos. Es el único que resiste; pero ni por esas le va mejor que á los otros.

Después contó Gonsá la historia de Laura con todo detalle. Su matrimonio con Jorge Casal no fuera afortunado. Ella era poco amiga de la fidelidad, y él no le iba á la zaga. Allí parecía que jugaban á quién engaña á quién: una serie de escándalos. Aseguraban que una noche, después de cenar, llegaron á las manos marido y mujer, y que no fué aquél quien salió mejor librado de la batalla. Él se iba con todas. Ella con todos coqueteaba. Después se supo que Jorge estaba con Pilar Gómez Solís, y Laura con Pablo Vidal. Fuera uno

de los líos más sonados de aquel tiempo. Las canalladas del marido disculpaban á Laura, que, á pesar de las cosas tan poco decentes que hacía, era recibida con gusto en todas partes. Representaba el papel de víctima. Cuando Pablo Vidal marchó á Roma de secretario de la Embajada, comenzó Laura sus relaciones con Pepe Trilles. La gente aseguraba que aquello fuera una locura pasional por parte de ambos. Para gozar más libremente de su amor, decidieron hacer un viaje juntos. Habían determinado salir, él en un tren de la mañana y ella en otro del medio día, para reunirse en Segovia. Un amigo de ambos los había visto en Burdeos; Juan Roberto, que entonces comenzaba á enamorar á Laura, los siguió todo el viaje; fuera una cosa bastante divertida. Á la vuelta, Laura se encontró con que Jorge había metido en su casa á una amiga. Este escándalo pusiera fin á la vida de matrimonio.

Gregorio escuchaba interesadísimo. Aquello parecía una novela.

—Ahora el marido vive en París. Se fué allá á raíz del hecho, y sólo ha vuelto una vez para vender no sé qué fincas de Guadalajara. Está derrochando toda su fortuna. Es una desdicha.

Quedaron los dos callados un buen rato. Gregorio fué el primero en hablar.

—¿Y están seguros de haber buscado bien sus amantes de después de la separación?... Porque á mí no me convence nadie de que, si antes fué como usted dice, sea ahora una mujer formal.

—¿Pero no le digo que anduvimos todos locos haciendo averiguaciones?

—¿Y en Murcia?... ¿En esas tierras de Murcia?... ¿No será allí donde se oculte el misterio?

Gonsá movió la cabeza. No; no era allí. Ya se les había ocurrido á todos la idea. Rivera comprara allá una casa sólo para espiarla, para ver si averiguaba algo.

—En fin, amigo Gregorio, ya usted ve de quién se trata. Como en estas cuestiones de amor los consejos son inútiles, me he limitado á contarle los hechos. Ármese de paciencia y no haga locuras...

Gregorio protestó:

—¡Si no sé de dónde saca que yo estoy enamorado de Laura!... ¡Hablé dos veces con ella!...

—Bastan y aun sobran... ¡Con verla, ya hay demasiado! ¿No le digo que tiene un poder diabólico?

En uno de sus paseos, Gonsá llegó al balcón. Al través de los cristales miró á la calle.

—¡Hombre!... Ahí va Juan Roberto. Voy á llamarlo.

Abrió la vidriera.

—¡Eh!... ¡Juan Roberto!...

Y volviéndose hacia Gregorio:

—Éste le podrá dar aún más detalles que yo.

V

Salió de casa de Gonsá preocupadísimo. Las palabras del elegante y de su amigo Polis le llenaban el cerebro. Juan Roberto había dicho como resumen de sus confidencias:

—Créame usted. Esa mujer es un microbio social; un verdadero microbio.

Y Gregorio, caminando hacia la casa de su novia, se repetía que Laura era un microbio. Y pensando con toda lógica, llegó á decirse que el contacto continuo de Lucy con Laura ponía á la muchacha en inminente peligro de contagio. De pronto, la indignación lo asaltó: «Yo no sé cómo consienten sus padres á Lucy una amistad semejante. ¡Qué mundo éste! ¡Qué gente más despreocupada!...» La indignación estuvo á punto de calmarse cuando recordó sus ideas, tantas veces defendidas en el pueblo con no pequeño escándalo de su madre, acerca de la independencia individual y de la inutilidad del aislamiento contra el contagio de los vicios sociales. ¡Ah! Éste no era el mismo caso. Allí se trataba de un hombre. Aquí, de una mujer. Y Gregorio razonaba: «La mujer es débil por naturaleza. Necesita ayuda.»

Al llegar á Recoletos se le ocurrió que debía tener una explicación con la muchacha. Porque continuar así era imposible. Estaba seguro de que, para Lucy, el trato de Laura, la frecuencia de sus conversaciones con ella, en que por fuerza algo dejaríase traslucir de su manera de pensar, habían de ser de un efecto disolvente. ¿Qué moral resultaría al cabo la de aquella muchacha? Seguramente, una moral de excesiva amplitud. Se casarían, y ¡Dios sabe qué conducta sería la suya después de casada!... Aterrorizado, veía surgir en su mente el ejemplo desastroso de Laura y Jorge Casal. Y se afirmó en la idea de tener con ella una explicación clara y terminante, que no dejase lugar á nebulosidades.

Después le asaltó una duda. La explicación con Lucy no parecía bien. ¿Estaba ella en situación, acaso, de escoger sus amistades? Su inexperiencia del mundo no le consentía saber cuáles eran para ella buenas ó malas compañías. Y decidió que con Lucy no podía ser la explicación. Entonces, ¿sería con su madre?... Resultaba un poco fuerte tratar con mujeres de cuestiones tan espinosas; para él, un compromiso, porque los respetos obligados á una dama no le dejarían hablar con la claridad debida. Y ésta era una cuestión en que había que hablar claro, muy claro... El padre... Sí; sería lo mejor. Tener una conferencia con el padre; explicarle cuidadosamente los motivos que originaban aquel paso... ¡Decidido! El padre, era lo mejor. Después éste hablaría con la madre, la madre con Lucy... ¡Decidido! No había que pensar más en ello. Á hacerlo.

Y apresuró el paso. Otra idea. ¿Y si la falta de confianza para con ella ofendía á Lucy? Porque, al fin y al cabo, prohibirle que se rozase con Laura, era poner en duda su rectitud. Y eso no estaba bien. ¿Qué motivos le había

dado Lucy para semejante cosa? Era un verdadero conflicto; un conflicto terrible... Nunca se había encontrado en otro.

Y así llegó ante el hotel de don Juan Contreras; pero no entró. Todavía su resolución no estaba tomada definitivamente, y, además, se sentía poco sereno, en mala situación para afrontar las explicaciones deseadas. La frase de don Juan Roberto Polis no se apartaba de su recuerdo:

—Créame usted, esa mujer es un microbio...

Precisaba continuar pensando en el medio de librar á Lucy del peligroso contagio. Y siguió su paseo Castellana arriba. Tenía en aquel momento conciencia clara de la inoportunidad de la duda; era, además, un convencido de la necesidad de obrar con firmeza, sin vacilaciones. Y no podía. Siempre, al llegar uno de estos casos en que se le manifestaba terminante la necesidad de la acción y permanecía quieto por defecto de fortaleza de su espíritu, producíase en él un movimiento de protesta colérica, que llegaba á perturbarlo de un modo alarmante, ayudado por la nerviosa excitabilidad de su temperamento. «Soy un reflexivo, un impotente.» Y esta frase mental «soy un reflexivo» adquiría en tal momento tonos de insulto. Era un reflexivo, un espíritu vacilante; un hombre á quien el desequilibrio intelectual, producto de una cultura excitante adquirida por un cerebro excitable, había dado excesiva comprensividad. De tal modo, en todo momento, al tratar de decidir su conducta, veía con perfecta claridad el fin perseguido; pero se le mostraban, al propio tiempo, varios caminos para llegar á él. Y sus dudas provenían siempre de que no sabía cuál era el mejor.

Y ya en ese grado de excitación íntima, callada, que empaña la inteligencia, complicando las ideas en difusa maraña, poniendo en tensión tal todo el sistema nervioso que las sensaciones se producen en nosotros como envueltas en una bruma de ensueño, fuera de toda realidad, tropezó, no lejos del Hipodromo, con Gloria, que, con la señora de compañía, se dirigía sin duda hacia su casa.

—¡Hola!... ¿Tú por aquí?

—Sí; dando un paseo.

—Creí que ya estarías en casa. Pasa de tu hora.

—Es cierto. Hoy se me hizo un poco tarde.

—¿Y cómo te disculpas, vamos á ver? No alegarás ocupaciones, puesto que te encuentro paseando. ¡Sabe Dios, sabe Dios los líos que te traerás por ahí! Y la pobre Lucy que te quiere tanto, que no piensa más que en ti... Así son los hombres... Una se mata por ellos, y después...

Estaba adorable con su aire de fingida severidad.

—Vamos, hombre... Di algo que te sirva de disculpa.

Y lo miraba con malicia, risueños los bellos ojos negros, risueños los labios. Habían emparejado y andaban hacia la casa de Gloria. Ésta notó al fin la ceñuda seriedad de Gregorio, sus pocas ganas de reir.

—¿Te sucede algo, Gorio?

—Mira; sí... Y casi me alegro de encontrarte... Á ti te podré hablar francamente.

Gloria creyó adivinar, y pasó por su rostro expresivo un resplandor malicioso.

—¿Estáis reñidos?

—No; no es eso... Afortunadamente, no es eso... Pero es algo peor.

—¿Peor que haber reñido?

Gregorio sentía la necesidad imperiosa de decir aquello. No quería pensar más, tener durante más tiempo en su espíritu la duda. Vió el descanso en decírselo á Gloria, y para tranquilizar su conciencia, que aun en aquel momento le ordenaba reflexionar, discurría atropellado que Gloria tenía talento; que, no obstante su exterior bullicioso, discurría seriamente... Y así se lo dijo á guisa de preámbulo:

—Mira, Gloria... Voy á hablarte de un asunto interesante, interesantísimo para todos: para ti, para tu hermana y para mí... Pensaba tener esta conferencia con tu padre; pero ahora se me ocurre que eso acaso le diera demasiada solemnidad..., cosa que es siempre molesta. Así, entre tú y yo, amistosamente, podemos arreglarlo todo.

Gloria lo escuchaba algo asombrada. Era tan grande la gravedad de la fisonomía del muchacho, que comenzó á preocuparse y á pensar cosas tremendas. Gregorio continuó:

—¿Puedo hablarte con entera confianza? Contéstame francamente, porque si no te consideras con fuerzas para ayudarme, vale más que dejemos la conversación donde está, y yo la continuaré con tu padre.

Gloria sentía ya tal curiosidad, se hallaba tan ansiosa de saber aquello, que sin duda era un gran peligro de que estaban todos amenazados, que hubiese prometido su apoyo á cualquier empresa, y asegurado que tenía fuerzas para todo.

—Habla, hombre; habla sin miedo...

—Pues bueno, Gloria; te diré de qué se trata sin ambages ni rodeos.

Dudó un instante. Fué un segundo en que se le ocurrió que estaba haciendo una tontería. Después dijo:

—Vosotras tenéis una amistad que yo no aprobaré nunca, porque de ella nada bueno puede resultaros.

Gloria lo escuchó con asombro. ¿Y era esto?

—Esa amistad es Laura Roldán...

El asombro de Gloria desconcertó un poco á Gregorio. Nuevamente, y como un relámpago, pasó por su cerebro la idea de que su acción era una necedad. Se repuso y siguió:

—Laura tiene muchas cosas que no la hacen digna de vuestro cariño... Su conducta deja bastante que desear. Hoy he sabido de ella cosas horribles...

Gloria ya no quiso escuchar más.

—¿Y quién te ha contado todo eso?... ¿Quién?... Seguramente, alguno de los muchos despechados porque no ha querido hacerles caso cuando la volvían loca con sus pretensiones...

—No, Gloria, no; estás equivocada del todo. Quien me ha dado esas noti-

cias es una persona respetable que no tenía por qué mentir; es un amigo de toda mi confianza.

—¿Se puede saber quién? En sabiéndolo te diré si le puedes hacer caso... Por eso te lo pregunto, aunque sea una indiscreción.

—Me lo ha dicho Gonsá...

—¡Oh!...

—Y me lo confirmó don Juan Roberto Polis..

—Pues no necesito que me digas más para saber que todo lo que te contaron es un puro embuste. ¡Pobre Laura!... Sea usted honrada y buena para que le den ese pago y ande su conducta en boca de cuatro deslenguados sin conciencia...

Roja por la indignación, los bellos ojos llenos de fuego, estaba más deliciosa que nunca. Gregorio, contemplándola, casi se olvidaba de sus temores.

—Pues ahora te diré yo, ¿sabes?, ahora te diré yo lo que hay de todo eso, para que no vuelvas á hacer caso de habladurías ni de chismes. Si das crédito á todo lo que cuentan en Madrid, estás fresco... No vas á encontrar ni una sola persona honrada, ni con vergüenza, ni con dignidad... ¿Sabes tú lo que hay en eso de Laura, lo sabes?... Pues que es una desgraciada á quien casaron á la fuerza con un marido incapaz de comprenderla y de apreciar lo que con ella le dieron... ¡Eso, eso es Laura!... ¡Si tú supieras!...

El acento convencido, sincero, en que había tanta indignación para los murmuradores y tal compasión para la víctima, llegó á lo hondo del alma de Gregorio, que no era ciertamente una roca. En tal forma, que otra vez, y ésta con fuerza más grande y claridad mayor que las anteriores, pensó en si habría hecho una tontería.

—¡Si tú supieras!... Porque, claro, como no estás acostumbrado á estas cosas, te dicen lo que les da la gana, y tú, inocente, lo crees de pe á pa... ¡La pobre Laura!... ¡Si vieras qué vida la suya mientras estuvo con el marido!... Nosotros fuimos los que más le aconsejamos la separación. Fué una mártir. No puede decirse lo que ha sufrido... Y todo lo que cuentan de ella, pura mentira, nada más que mentira...

Gregorio, convencido casi por completo, no se atrevía á contestar. Escuchaba en silencio, verdaderamente aterrado por su acción. Gloria continuaba:

—¡Y quién te lo dijo!... Gonsá: el hombre que más inventa, que sería capaz de morirse si no le dejaran hablar mal de la gente. Y Juan Roberto... Otro que tal... Precisamente, los que más fama tienen de malas lenguas.

Y notando la confusión de Gregorio, su azoramiento, desentenebrecióse la simpática fisonomía de Gloria, y la risueña malicia habitual en sus ojos volvió á llenarlos.

—¡Vaya, chico, que por esta vez te has lucido!...

Y coronó la frase con una carcajada. Ahora ya no era sospecha la de Gregorio: era convicción profunda, firme, inconmovible, de que había hecho la más grande de las tonterías. De sensibilidad muy aguda, le hería ante todo el sentimiento del ridículo. Y todo el furor que poco antes sentía contra los

padres de Lucy, y contra Lucy misma, y contra la *pobre Laura,* volviólo ahora contra sí: «¡Qué torpe, qué torpe he sido!» Se insultaba con verdadero encarnizamiento ante la profunda humillación que suponía para él el ser considerado un provinciano, un hombre sin mundo alguno. Porque, en aquel caso, su manera de portarse resultaba perfectamente incomprensible. ¡Qué modo de dejarse embaucar por los murmuradores! Provincianismo, nada más que provincianismo; porque ya debía conocerlos: ¡les oyera cada cosa! Pero había caído como un inocente, como cualquier lugareño de esos á quienes, si se les dice que el Manzanares arrastra arenas auríferas, y que con el importe de ellas se sostiene el fausto de la Casa Real, quedan perfectamente convencidos. ¡Oh! Cada vez estaba más seguro de que era un *inadaptable,* un hombre que podía pasar por genio ante su madre, el maestro y el cura de la parroquia; pero que en cuanto se encontraba entre dos docenas de personas civilizadas, perdía la cabeza del todo y se dejaba engañar miserablemente.

—¿En qué piensas, hombre? ¿Te has ofendido por esto que te dije? ¡Si no tiene nada de particular que *te la den!*... Aún no estás aclimatado; pero todo se andará, y ya te sobrarán ocasiones de vengarte.

Llegaban ante el hotel, y Gloria preguntó:

—¿No entras?

—Sí.

Subieron. Lucy esperaba ya un poco intranquila. Gloria, sin darle tiempo á preguntar nada, dijo:

—Te lo quito, te lo quito... Despídete de él, porque te lo quité. No quiere nada contigo; nada, nada...

Lucy reía.

—Calla, loca... Es una verdadera chiquilla.

—Una chiquilla que te dejó sin novio. ¿Verdad, Gorio, que sólo me quieres á mí?...

Y después, en el saloncito donde siempre se veían, donde pasaban las horas más dulces de aquel tranquilo amor, sin apasionamientos ni cansancios, fué la escena de todos los días: la madre leía una novela, Gloria jugaba en el piano; ellos, en un rincón, hablaban.

VI

Aquella noche comía Gregorio en casa de López Bas. Era la de este apellido una familia cubana que, á raíz del desastre, prefirió la vieja á la nueva patria. Era simpática y rica; sus comidas no tenían rival.

Conociérala Gregorio en casa de don Juan Contreras, gran amigo de don José María López Bas. Este señor simpatizó con Gregorio y lo invitó á sus miércoles. Gregorio acudió á ellos agradecido y contento. Tratábase de una casa de muy buen tono, y frecuentándola se aumentarían seguramente sus amistades cortesanas.

Quien primero le salió al encuentro—al entrar, en un saloncito decorado un poco extravagantemente con cortinas de damasco rojo, cuadros modernos y de no muy escogida calidad, mesitas, biombos y otras chucherías japonesas, un diván turco, sillas *modern-stile* y un grueso sillón de baqueta—fué don José María López Bas, que allí hablaba con un señor de lentes, bajito y calvo. Don José María abrió afectuosamente los brazos y apretó con ellos sobre su gran vientre de hombre amigo del reposo y de las buenas comidas, á Gregorio, que no pudo menos de sentirse profundamente conmovido ante tan expresivas muestras de la estimación en que allí se le tenía. Después, don José María lo presentó al señor bajito:

—Aquí le traigo este joven, don Facundo. Es muy amigo nuestro, y muchacho de gran porvenir; de porvenir seguro... ¡Muy seguro!

Y decía esto frunciendo los labios y vistiendo toda su fisonomía rubicunda y jocosa de un aire solemne de entendedor en eso de los muchachos con porvenir. Siguió:

—Don Facundo Rivero y Rizo, subsecretario de Instrucción pública...

Nuevamente se creyó Gregorio en el caso de sentirse conmovido. Aquella era la primera mano de subsecretario que estrechaba, y no obstante el gesto desdeñoso que, para no parecer provinciano, adoptaba entre sus amigos cuando oía hablar de los que desempeñan elevados cargos oficiales, le fué imposible defenderse de esa emoción especial que nos acomete ante los grandes de la tierra. Gregorio se inclinó. El señor Rivero y Rizo mostró profundo interés por él.

—¿Y usted, á qué se dedica? ¿Es usted abogado?

—Sí, señor.

Entonces don José María intervino y explicó que aunque Gregorio había seguido la carrera de leyes, y según sus noticias hiciéralo con recomendable aprovechamiento, no quisiera ejercerla después de terminada. El señor Rivero y Rizo indicó que es bastante triste la situación en que se hallan los abogados españoles.

—En Francia, por ejemplo, no sucede eso. Allí los abogados tienen pleitos en abundancia, y pueden vivir bien.

Después, y siempre con el mismo tono de interés, el señor subsecretario quiso enterarse de cuáles eran las aficiones de Gregorio.

—La literatura, ¿eh?... Sí; muy interesante, muy interesante... Yo me preocupo mucho de la literatura... Y es lo que siempre digo: uno de los principales deberes del Estado es proteger el desarrollo de las bellas letras. ¿No le parece á usted, amigo López Bas?

Don José María aseguró que la literatura es el espejo en que se reflejan las costumbres de un pueblo en una época determinada. Por esto le parecía respetable.

—Ahora bien: yo considero (y no se ofenda el amigo Gregorio por lo que voy á decir), yo considero que un pueblo podría pasarse muy bien sin literatura. Porque, ¿quieren ustedes decirme para qué sirve la literatura?

El señor Rivero y Rizo no opinaba como don José María. No; él creía una necesidad la literatura. Tenía muchas aplicaciones prácticas.

—Yo, por ejemplo, no puedo dormirme sin antes haber leído el folletín de *La Correspondencia*... Los publica muy interesantes...

Iba por aquí la conversación cuando ante los interlocutores apareció la regordeta figura de don Juan Roberto Polis, fresco, colorado, sonriente, con una rosa en el ojal del frac y el monóculo encajado.

—¡Oh señores!...

Y amable, familiar, simpático, fué abrazándolos á los tres.

—¿Pero qué hacen aquí?... ¿Por qué no entramos?... ¿Es que todavía no vino nadie?...

—Todos estamos... Creo que sólo falta Gonsá. Pero yo me había traído aquí al amigo Rivero para hablarle de un asunto, y estando en ello nos sorprendió Gregorio.

—Entonces les dejamos tranquilos... Gregorio, ¿vamos á saludar á esas señoras?...

En el salón estaban ya enzarzadas en una inacabable madeja de discreteos y murmuraciones. Á algunas no las conocía Gregorio. Laura, desde el fondo, los saludó. Se acercaron, y Juan Roberto, con galante continente, besóle la mano desnuda, sobre la esmeralda que encantaba á Gregorio.

—Yo no puedo saludarla de otro modo—decía Juan Roberto—. Hago como con los cardenales: un beso cortesano y respetuoso.

Gregorio, ante la belleza espléndida de la dama, pensaba en lo que sobre ella unos y otros habíanle contado. ¿Quién tenía razón, Gonsá y Polis, ó Gloria? Y miraba á Laura con insistencia en los ojos, en los labios, como si allí quisiera descubrir la verdad.

—¿Por qué me mira usted tanto?

Antes de que Gregorio pudiese contestar, se adelantó Juan Roberto con una galantería:

—¿Y quién no miraría eternamente su belleza?

Laura no hizo caso.

—Diga, Gregorio, ¿por qué me mira así?

Gregorio se azoró.

—Ya lo ha dicho Juan Roberto.

—¡Bah!

Y Laura calló, no muy convencida. Gregorio miraba ahora á todos lados, como buscando á alguien.

—¿No ha venido nadie de casa de Contreras?

—No veo... Vendrán después de comer. El miércoles pasado estuvieron.

Gregorio pensó que, ya que no estaba su novia, sería el caballero de Laura. Así se lo dijo á ésta.

—Ya lo creo; con mucho gusto.

Y Juan Roberto, envidioso, lo felicitó:

—¡Hombre feliz!... La suerte le sonríe por doquier...

Laura y Gregorio, algo apartados, comenzaron una conversación. Á la simpatía que ya lo empujaba hacia ella, se unía ahora en Gregorio el atractivo poderoso del misterio. ¿Qué había en Laura? ¿Qué tesoro de bondad ó qué abismo de infamia se escondía en su alma? Y complacíase en el intento de sondear las obscuras profundidades de su espíritu complicado de mujer ultramoderna, con la misma emoción de curiosidad temerosa con que desde una altura contemplamos el abismo de fondo desconocido, ó desde la popa de un barco el impenetrable color verde de las grandes profundidades marinas. Gregorio quería saber, quería saber... Y se esforzaba en guiar la conversación por aquellos cauces que más apropiados le parecían para que á plena luz fuesen apareciendo las mil facetas del alma de Laura, que, no obstante seguir dócilmente los empeños de Gregorio, continuaba siendo indescifrable. El espíritu de aquella mujer, inquieto, lleno de altibajos y reconditeces, en que había todas las complicaciones de la más perversa modernidad, no podía mostrarse desnudo. Aparecía constantemente envuelto en brumas espesas é insondables, y éste era su mayor encanto, el que daba á Laura aquel inmenso atractivo, aquella constante superioridad sobre quienes la rodeaban.

Laura también se sentía atraída por la sencillez honrada de Gregorio, tan escasa ó escondida en los hombres ya hechos á la vida de la corte. Habituada á ellos, no encontraba en su trato la novedad que en el de Gregorio, tan poco cortesano, que ni aun acertaba á decir en debida forma las galanterías constantes en labios de los demás. Laura, espíritu complejo y saturado de modernidad, procedía entonces como el artista que, después de recorrer todos los grados del refinamiento, encuentra que el supremo está en aquella pura sencillez que al principio despreciara. Y además, sería, sin duda, una de las más agradables empresas de su vida amorosa llevar un poco de perversidad á aquella alma en que tan firmes permanecían aún los rígidos principios de la educación maternal.

VII

La comida fué suculenta. No desmintió—frase del señor Rivero y Rizo—la gloriosa tradición de aquella casa. Además, el mismo señor lanzó á la consideración de los invitados una importante opinión:

—Yo creo que el arte de la cocina es tan importante como cualquier otro. Porque, díganme: ¿no están hechas las artes para regocijo de los sentidos? Pues el del gusto es un sentido que solamente halla regocijo en el arte de la cocina. Ésta es mi opinión.

Rió satisfecho, y agregó:

—Juan Roberto, ¿no opina como yo?

Juan Roberto respondió que, en cuestiones de arte culinario, él se hallaba siempre al lado de Brillat-Savarin. El señor subsecretario adoptó un aire inteligente:

—¡Ah, sí!... Muy interesante Brillat-Savarin... Últimamente leí una

novela suya... ¿La conoce?... Se llama..., se llama... Me parece que *La hija del ahorcado.*

Gonsá, sonriente, se adelantó á todos:

—¡Oh, sí!... La hemos leído... ¿Quién no conoce esa obra maestra? Al cabo, Brillat-Savarin es el primer folletinista del mundo.

Don José María confesó que él no había oído hablar jamás de tal escritor. El señor Rivero y Rizo se lo reprochó:

—¡Hombre!... ¡Parece mentira!... ¡El primer folletinista del mundo!...

Al final, Gregorio, poco hecho á la mezcla de vinos, notábase poseído de una alegría ruidosa, fecunda en rayos de humorismo. Estaba un poco febril, y al cuchichear y reir con Laura, sentada á su izquierda, se le acercaba acaso un poco inconvenientemente.

—Mire, Laura; ¿á que no sabe con quién le encuentro un aire al señor subsecretario?

Laura, un poco excitada también, rió la gracia de antemano.

—¿Con quién?

—Me parece un Pellejín envejecido.

—¡Oh!...

El señor Rivero y Rizo, sin sospechar el escarnio que de su persona se hacía en otra parte de la mesa, se enfrascó en una terrible discusión con Juan Roberto, acerca de la baja de los francos.

—Óigame, Juan Roberto; óigame y no se precipite. ¿Usted sabe cuáles son las causas originarias de la oscilación de los francos en el mercado? Yo distingo entre estas causas tres que son fundamentales, y alrededor de las cuales gira, por decirlo así, todo el sistema del valor monetario, permítanme la frase...

—Le permitimos con mucho gusto todas las frases que quiera, amigo Rivero... Pero ¿quiere usted decirme, así, en concreto, si puede influir en el mercado la entrada de moneda extranjera traída por los excursionistas?

—Le diré á usted, amigo Juan Roberto; le diré á usted...

Don José María se mostraba conforme en un todo con el señor subsecretario. Allá, en lo más íntimo de su ser, guardaba para don Juan Roberto Polis un gran desprecio. Cultivaba su amistad porque, siendo un gran catador de comidas, recibido en todas partes, á todas iba proclamando la superioridad de las servidas en aquella casa. Pero no lo quería bien porque consideraba que Juan Roberto había traicionado su amistad, negándose á indicarle, á pesar de sus instancias reiteradas, el remedio á que apelaba para impedir el desarrollo de su vientre. El único que conoció este secreto sentimiento de don José María fué el señor subsecretario. Aquel día hablaron de ello.

—¿Sabe, don Facundo?... Estoy disgustado con Juan Roberto. Lo que él me ha hecho no se le hace á un amigo que lo quiere bien.

—¿Y eso?

—Usted ya ve que come tanto como yo, y que, sin embargo, no echa vientre... Y puede andar con soltura, y dar paseos... Pues no me quiere confesar lo

que toma para conseguir ese resultado. ¿Qué me dice usted, don Facundo? ¿No es una falta de amistad?

Don Facundo frunció las cejas y aseguró que hay personas á las cuales otorgamos nuestra amistad y que no la merecen. Pero, en fin... Las conveniencias sociales... No hay otro remedio que transigir...

—Es como en los Gobiernos. Uno desde fuera dice que si no se hace, que si se debía hacer... ¡Imposible!... Yo, ahora que toco de cerca la función gubernativa, sé lo que es eso... Le puedo asegurar que es necesario transigir...

Y tomando un aire más respetable que nunca, añadió confidencialmente:

—Yo, si fuese hombre para ello, añadiría á las leyes de la Naturaleza una más: la de la necesidad de transigir... Lo que hay es que no me atrevo...

Y don José María corroboró:

—Sí, hombre... ¡Es que no se atreve uno!...

En tanto, Gonsá, muy galante, excesivamente galante, vertía conceptos del más puro siglo XVIII en los oídos de la hija única del señor de López Bas. También de él se burlaba Gregorio:

—Mire, Laura; mire cómo Gonsá le hace la corte á Niní. ¿No le parece divertido?

—Mucho, mucho...

Pero más divertido encontraba á Gregorio con su alegría de mal tono. ¡Pobre muchacho! Estaba delicioso en su media borrachera. Y para aturdirlo más, tocábale con un pie, como al descuido, por debajo de la mesa, ó hacía que se rozasen sus piernas. Entonces Gregorio perdía por completo la cabeza, sentíase ahogado por un deseo absurdo de abrazarla hasta morir, allí, delante de todos. Exaltada por el alcohol, su imaginación vió con todo detalle la escena que se desarrollaría al hacer aquel disparate. Laura y él abrazados, besándose en los labios, en los ojos, sin reparar en nadie, no viendo más que las huellas ardientes de sus besos; y todos los demás asombrados, sin saber qué decir. Sólo don José María, al cabo, dejaría escapar una exclamación: «¡Cómo!... ¿En mi casa?...» Juan Roberto y Gonsá reirían; Niní, con aquella cara de curiosa de todos los vicios, miraría atentamente cómo se daban los besos, y acaso tuviera envidia; y el señor subsecretario... ¿Qué haría el señor subsecretario? Como en sueños, sin darse cuenta, figurándose sin duda que todo lo por él pensado fuera una conversación con Laura, repitió en alta voz:

—¿Qué haría el señor subsecretario?

El ruido de sus palabras lo volvió á la realidad. Enrojeció súbitamente. Laura, con extrañeza, preguntóle:

—¿Qué dice usted?...

Gregorio no contestó. No sabía qué decir, encolerizado consigo mismo por su flaqueza. ¡Dejarse atacar de tal modo por el vino! Cuando pasaron al salón, ya más despejado, sentía vergüenza sospechando que Laura hubiese advertido algo de su media borrachera. Y gracias á que había tenido la suerte de rehacerse, de volver á la normalidad. Si no fuera así, ¡qué compromiso! La preocupación por lo que hubiera podido suceder no le dejaba hablar. Laura, en

su fuero interno, lo atribuía á la embriaguez. Tras el período de excitación sufrido al finalizar la comida, era justo que viniese otro de laxitud, de cansancio. Y abandonó á Gregorio un momento para que, aislado, se repusiera un poco.

¡Qué horrible desconsuelo invadió el alma del muchacho ante aquella acción! Era bien claro: coqueteaba... Razón sobradísima había tenido Gonsá al hablarle como le habló de ella. Toda la comida dirigiéndole miradas dulces, en que bien claro se veía el amor, en que adivinara él sin trabajo amables promesas, y ahora que podían hablar, ahora que iba á decirle lo que en su corazón había para ella, huía, lo abandonaba sin cuidado, mientras seguramente dejaba entrever á otro desgraciado la misma luz de felicidad que lo volviera loco. ¡Coqueta, coqueta! No era más que eso: una coqueta sin corazón, sin alma, que se gozaba en el sufrimiento de los otros... ¡Y él había esperado un momento, había llegado á creer!... ¡Oh! La inexperiencia, el desconocimiento completo del mundo este de mentiras y de engaños en que por desdicha se encontraba... Razón tenía Gonsá; toda la razón era suya, toda. Se veía en sus palabras al hombre ducho en lides de amor, al experto del corazón femenino. Debía guiarse por él; hacer caso de sus consejos. Lo que ahora no podía concebir era la inmensa inocencia que había demostrado al dejarse dominar con toda facilidad por las palabras de Gloria. ¿Pues no sabía el mentecato que todas las mujeres se prestan mutua ayuda contra los hombres? ¡Inocente, más que inocente!

Pálido, agitado, con la vista turbada, lo encontró Laura después de un instante de ausencia. Vió en seguida su estado lamentable, y se sintió poseída de una gran compasión por él. Cariñosamente se acercó á su lado, y lo miró. Había tanta dulzura en sus grandes ojos profundos, y una tan viva expresión de piedad en su rostro, que Gregorio tuvo vagamente la noción de lo que le sucedía. «Debo de estar mal», pensó. Pero no tuvo fuerzas para detenerse en esta reflexión, y se entregó, en una extraordinaria exaltación de su espíritu, á contemplar la harmoniosa belleza de Laura. En aquel instante, en medio de la gente que en derredor de ellos circulaba, envueltos en la luz y en los perfumes de la fiesta, Gregorio adoró á Laura con todo el cuerpo y con toda el alma en una inmensa abdicación de su ser entero ante la belleza espléndida de la dama.

VIII

Laura llamó á Gonsá, y, señalando á Gregorio, le dijo:

—Este muchacho no está nada bien; anda un poco mareado....Debe usted llevárselo.

Gonsá se acercó á él.

—¿Qué hay, hombre? ¿Se divierte usted?

Encogióse Gregorio de hombros.

—¡Psch!

Y casi sin transición, agarró á su amigo por el brazo y se lo llevó á un lado.

—Esto es horrible, Gonsá; esto es horrible... En lo que me dijo usted de Laura le sobraba razón. ¡Estoy loco, lo que se dice loco, por ella!

Volvía á hallarse en estado de fuerte excitación, muy pálido, con un resplandor febril en los ojos. Gonsá lo tranquilizaba:

—No se excite usted, hombre... Cálmese...

—¿Pero cómo quiere usted que me calme en esta situación? Adoro á Lucy y adoro á Laura; ¿vió usted cosa más horrible alguna vez? El corazón dividido, perfectamente dividido en dos mitades: una para Lucy, y otra para Laura... ¡Horroroso, horroroso!...

Gonsá, experto en borracheras, optó por seguirle el humor.

—¿Y qué más puede desear usted que ese don de su espíritu? Es admirable eso de poder tener á un tiempo dos grandes pasiones. Ya se lo he dicho en otra ocasión, cuando hablamos por primera vez de estas cosas: feliz el hombre que á un mismo tiempo pueda tener el amor de Laura y el amor de Lucy: ése conocerá el verdadero amor, completo, vario, espléndido...

—¡Oh! Ya lo creo... Ahora veo yo eso claro, ahora...

Y con trágico ademán, soltando el brazo de su amigo:

—Pero lo horrible, lo verdaderamente horrible de mi caso es que Laura no me quiere.

Gonsá tuvo un sobresalto.

—¿Se ha declarado usted?

—No, todavía no; no se me había ocurrido. Pero estoy seguro de que no me quiere; lo he leído en sus ojos... ¿Se ha fijado usted en los ojos de Laura?

—Muchas veces. Son hermosísimos.

—Parecen una noche sin luna, pero con estrellas... Qué negros, ¿eh?... Y luego aquellas lucecillas doradas en el fondo, inquietas....

Un momento quedó como arrobado pensando en los ojos de Laura; pero poco á poco la expresión de éxtasis borróse de su rostro, y volvió la de angustia.

—¡Y yo no podré nunca besarlos, Gonsá! ¡Nunca!...

—¿Por qué no? Acaso sea usted el único afortunado.

Y estaba tan convencido de lo contrario, que, á guisa de consuelo, sólo se le ocurrió una vulgaridad disonante en sus labios de charlador exquisito como pudiera serlo un trompetazo durante el rondó de *Lucía*.

—Las mujeres son así... Incomprensibles...

Gregorio no se tranquilizaba. Un momento pasó también por su imaginación la idea de que acaso Laura no fuese con él de la misma crueldad que con los otros. Pero tenía el vino triste, y esa idea de felicidad sólo fué un relámpago. La tristeza volvió á ganar su espíritu, y quejóse á Gonsá amargamente.

¡Triste suerte la suya!... Allí donde considerara siempre que iba á comenzar la felicidad, encontraba la desgracia. Era la pérdida de las más queridas ilusiones. ¡Cuántas veces soñara la belleza de la vida madrileña, sus pasioncillas, sus aventuras de amor alegre y desenvuelto, en que no había triste-

zas!... Y ahora hallábase con que aquel amor de allí era como el amor de todas partes, trágico.

Gonsá lo interrumpió:

—¡Hombre!... No tanto. Ve usted las cosas demasiado negras. ¿Dónde está aquí la tragedia?

¿Gonsá no veía la tragedia? ¿Y era él el hombre que se las daba de conocedor del alma humana, de experto en males del corazón? Cualquiera que le oyese preguntar que dónde estaba allí la tragedia, tomaríalo por un hombre que en toda su vida no se había encontrado con un solo caso pasional ante los ojos. ¿Que dónde estaba allí la tragedia? ¡En su alma, hombre, en su alma! En aquel corazón dividido en dos partes iguales, una para Laura y otra para Lucy... En aquel corazón que sentía la sed terrible de dos amores; que bebía de uno y saboreaba su dulzura, su gran dulzura; que veía el otro huir, huir, apartarse de él implacablemente; y conociendo como conocía el sabor del otro, el apartamiento de éste hacíalo sufrir aún más... En ese contraste de su corazón dividido estaba la tragedia, ahí.

Gonsá escuchaba pacientemente los discursos de su amigo. Esforzábase por ser un hombre egoísta de modo tan perfecto que consiguiera pasar por altruísta. Pensaba, al encontrarse frente á un caso como el de Gregorio, que cualquier día hallaríase él en igual estado, y tendría necesidad de que le prestaran el mismo servicio. En realidad, Gonsá era una buena persona incapaz de contener las generosidades que constantemente desbordaban de su espíritu, y que, empeñado en ser perverso, razonaba sutilmente para convertirlas en sabias resoluciones dictadas por el egoísmo.

Juan Roberto se acercó á los dos amigos.

—¡Qué lata acabo de soportar!... Compadézcanme.

—De todo corazón, Juan Roberto. ¿Qué fué ello?

—El señor subsecretario, que...

—¡Basta! No necesitamos más explicaciones.

Gregorio no seguía la charla. Preocupábale únicamente su amor, apenas descubierto, y sin hacer caso de Polis, siguió diciendo á Gonsá sus penas.

—Yo también me voy á suicidar, Gonsá... Como aquel de que me ha hablado usted. Será la segunda muerte causada por esa mujer.

Juan Roberto comprendió inmediatamente el estado de Gregorio. Hizo una seña á Gonsá.

—Hay que llevárselo.

Gregorio continuaba explicando cómo se le había ocurrido la idea del suicidio. Era la única salvación. Porque no estaba dispuesto á pasar una vida de sufrimiento.

—Mi norma está perfectamente marcada desde que nací: satisfacer todos mis deseos, ¿eh? Éste es mi lema, ¿sabe?... Mi lema. Y al lema hay que ajustar la vida. Bueno; pues yo quería ponerlo en latín, pero como no lo sé... Y el cura no lo sabe tampoco... No puedo satisfacer este deseo; luego no cumplo lo que digo en mi divisa: *satisfacere* todos mis deseos... La divisa es como un

juramento; los caballeros no pueden faltar á su palabra, que es también un juramento; y como yo dí palabra de no faltar á mi divisa, que es otro juramento..., ahora..., ahora... ¿Por dónde iba, Gonsá?

—Decía usted que no podía satisfacer este deseo.

—Eso es... Este deseo... No puedo. Luego tengo que matarme... Porque yo soy un caballero, y los caballeros, cuando faltan á su palabra, se baten y mueren... En este caso, no tengo con quién batirme; luego debo matarme á mí mismo... Y lo siento por el señor subsecretario; le he tomado mucho afecto, y él á mí también... Tendrá un disgusto.

Laura se les acercó de nuevo.

—¿Qué tal, Gonsá?

—De mal en peor. Está disparatando de lo lindo. Ahora quiere matarse por usted, lo cual, entre paréntesis, no me parece el mayor de los disparates que ha dicho.

Laura sonreía, menos agradecida al cumplido de Gonsá que al disparate de Gregorio. Acercóse á éste.

—¿Se encuentra usted mal?

—Un poco... El calor...

De nuevo caía en un gran estado de laxitud; callaba obstinadamente, y parecía deseoso de soledad, abstraído en graves meditaciones. De acuerdo con Laura, Gonsá decidió llevárselo. Juan Roberto se agregó á ellos.

—Tengo una gran simpatía por este muchacho... Se puede hablar con él de todo, hasta de cosas serias.

Laura aprobaba. También ella en aquel momento querría ser hombre para prestarle ese pequeño servicio de acompañarlo á su casa. Juan Roberto protestó:

—No; á su casa, no.

Irían al Casino, á cualquier parte donde pudiese tomar algo que lo despejara. Su borrachera pertenecía al número de las leves.

—Es alegría, más bien.

IX

Con el aire fresco y dos tazas de café muy cargado, quedó Gregorio en perfecta disposición de espíritu. Al recordar lo que dijera, aquella confesión del amor por Laura hecha á Gonsá y las fúnebres ideas de suicidio, enrojecía avergonzado. Sin embargo, lo que más excitaba su disgusto era pensar que Laura y sus amigos lo habían visto perder la cabeza por un poco de vino... ¡Qué idea se formarían de su resistencia—quería pasar por hombre fuerte—y de sus costumbres anteriores! Viendo su estado de hoy, en todos quedaría la convicción de que Gregorio había sido hasta entonces un buen chico, un muchacho de sabias y morigeradas costumbres. ¡Y todo su afán era pasar por hombre experto en achaques de vida alegre! Algo lo consolaron de su disgusto las palabras que dijo Juan Roberto:

—Esto no es extraño. La borrachera se produce tanto por beber con exceso como por la momentánea disposición del organismo. Al más gran bebedor de Madrid—Juanito Regueral—lo he visto yo emborracharse con seis *bocks* de cerveza. Ya ven ustedes: una cosa incomprensible. Ni él ni ninguno de los que presenciamos aquello podíamos encontrarle explicación. ¡Un hombre que con absoluta tranquilidad vacía en el estómago quince *bocks!*... Lo que hay es que á lo mejor se encuentra el cuerpo en mala disposición.

Gonsá confirmó estas palabras:

—Además de que éste no bebió como para emborracharse.

Y Gregorio asentía:

—¡Si bebí poco!... ¡Menos que nunca!... Y á mí el vino no suele hacerme daño. Estoy muy acostumbrado á él. Ya saben ustedes lo que son los pueblos, donde el vino se bebe como agua. Llega una fiesta, y aquello es un río de vino. En Galicia sobre todo.

Juan Roberto recordaba á este propósito que en un pueblo de la provincia de Ciudad Real, en plena Mancha, el vino era más barato que el agua. Así que ahí no había borrachos. ¡Tal costumbre tenían de beber!... Gonsá comentó que aquello debía de ser horrible. ¡Es tan necesaria el agua! Y Gregorio observó que la gente se bañaría allí en vino. Juan Roberto apresuróse á sacarlo de este error. La gente de aquel pueblo no se bañaba en agua ni en vino. Únicamente el día del santo patrono habían establecido la costumbre de lavarse la cara en cierto manantial de aguas bicarbonatadas que brotaba en medio de un bosquecillo, á tres horas del pueblo; casi un viaje. Pero no tenían otro recurso: aquel era el lugar más cercano en que hubiese agua.

Tras esta ligera fantasía de Juan Roberto, callaron todos. El aburrimiento se apoderaba de ellos en aquel salón del Casino, amueblado con lujo bastante banal. Polis, entonces, propuso un paseo en plena noche.

—Un paseo bajo las estrellas y los arcos voltaicos... Eso le sentará bien. Gregorio. No hay medicina como el aire puro. Sobre todo, cuando como el de hoy es tibio, y perfumado donde haya árboles... Á la vuelta tomaremos algo si hay apetito.

Gonsá encontró hermosa la idea. Á él le gustaba pasear en estas noches de primavera, surcadas por un vientecillo suave y aromoso, llenas de silencio y de evocaciones femeninas... Y salieron. Sobre la acera, Juan Roberto aspiró largamente el aire.

—Es un tiempo primaveral..., lo que se dice primaveral...

Paseando, entregábanse los tres con fruición al placer de imaginar, sintiendo sus almas llenas de la poesía que flotaba en el silencio. Vagos eran sus sueños, indeterminados, como los contornos de las cosas en la sombra. No había luna. La línea luminosa señalada por los arcos voltaicos parecía aumentar la negrura del inmenso velo impenetrable que envolvía la ciudad. Era escaso el ruido; la noche, apacible.

Gonsá habló de los amores en que creyera, sin que la dulzura de aquella hora le permitiese recordar los desengaños. Ahora que iba ya para viejo com-

prendía toda la belleza de una vida consagrada al deber amable de adorar á la esposa y educar á los hijos.

—Formarlos hombres como uno cree que los hombres deben ser... ¡Magnífica tarea! Ahí se le ofrece al padre inteligente la materia prima, el espíritu deforme, indeciso. Y el padre, escultor de almas, va puliéndolo, determinándolo, desarrollando sus líneas en un conjunto harmónico. Crean ustedes que cuando pienso en aquel amor tan hondo, sentido allá á los veinte años, por una pobre muchacha de Granada... Yo hubiera sido feliz, porque me quería, me quería de veras; no como me quieren ahora... Pero era pobre... Y yo soñaba entonces con el gran matrimonio. No era rico, y me sobraba ambición. ¡Cuántas locuras hace uno por la ambición!... Á usted le envidio, Gregorio. Usted tendrá su casa, su mujer, sus hijos...

Juan Roberto, en cambio, no creía en las bellezas del matrimonio. Por fuera seducía; una vez dentro, eran muy pocos los que lograban vencer en la lucha de cada minuto necesaria para educar bien. Venía el cansancio, implacable. Nadie se salvaba; nadie podía huirlo. Cansaba la mujer, cansaban los hijos, cansaban los deberes constantes, inevitables... ¡Horrible tarea!

—Mire usted, Gregorio: usted todavía está á tiempo. Busque un pretexto y rompa con Lucy; llegará un día en que me agradezca este consejo, que ahora le parecerá brutal. Estoy seguro de que será usted un mal casado. No tiene usted energía, y ésta es la primera condición que se necesita en el matrimonio. Hace falta, para dominar á los otros y para dominarse á sí mismo; porque le advierto que cada matrimonio es una lucha, en que el vencedor es el único que goza de tranquilidad, el único que saborea eso que llaman dicha. Los primeros años del matrimonio están reducidos á la lucha por la supremacía dentro del hogar. Una vez lograda, si lo es por el hombre, éste tiene el remordimiento constante de hacer desgraciada á su mujer; si lo es por ésta, el hombre sufre constantemente también por la humillación sufrida, por la dependencia vergonzosa en que se halla. Y no digamos nada cuando á todas estas materias de disgusto se unen los hijos. Eso es horrible, horrible... En fin, yo estoy convencido de mi teoría, y la predico á todos los que se hallan en estado de aprovecharla. Atiéndame, Gregorio: no se case. Dedíquese á sí mismo: ése es el deber primordial del hombre.

Gonsá protestaba, con no pequeño asombro de Gregorio. Pero en aquel momento, habiendo bebido bien, respirando el tibio aire de la noche aromada y silenciosa, olvidaba su egoísmo refinado, y se dejaba invadir gozoso por la bella ola de la generosidad.

—No, no; yo no apruebo ese proceder, Juan Roberto... Bien que seamos egoístas, que no pensemos más que en nosotros mismos, los que hemos dejado atrás los momentos hermosos de la vida en que sólo se hace caso del corazón. Podemos serlo nosotros, que ya estamos gastados por esta existencia puramente externa y lamentable, que nos envició el espíritu de tal modo, que ya no lo podemos reformar... Nosotros, bueno; ya estamos perdidos. Pero hay que tener alma, Juan Roberto; hay que tener alma. Y á estos jóvenes como Gre-

gorio, que todavía están en el comienzo de la lucha, hay que dejarles todas las armas... ¿Y qué arma mejor para lucha de la vida, que la ilusión? ¿Encuentra alguna mejor, eh, Juan Roberto? No; no... No debemos hacer egoístas á los jóvenes. Que sean locos, quijotescos, generosos hasta la tontería... Esto es lo que conviene, Juan Roberto; esto es lo que conviene...

Gregorio escuchaba con gozo aquellas disertaciones, á que la hora y el lugar daban un aire de poesía. De la borrachera pasada quedábale solamente un malestar en el estómago y la cabeza aturdida. Esto mismo hacía que á sus oídos llegase la conversación como en sueños, con cierta vaguedad agradable. Después, poco á poco fué abstrayéndose, cesó de atender á lo que sus amigos hablaban—la vida, el amor, el deber...—, y en su espíritu se formuló concreta la verdad de la pasión por Laura. La amaba, la amaba locamente. Al lado de esto, ¿qué significaba el amor por Lucy? ¡La pobre Lucy! ¿Cómo pensar, cuando orgullosa le presentaba su novio á Laura, que ésta le había de quitar aquel cariño? Y, sin embargo, Laura no era culpable; ni lo era él: la única culpa correspondía al corazón; al corazón, que no piensa, que se mueve por un impulso espontáneo y caprichoso... Y Gregorio imaginaba que su alma estaba llena de un gran amor, puro y honrado, por Laura, sin notar que cuando pensaba en ella, no era su espíritu lo que lo atraía, sino sus labios, aquellos labios suyos húmedos y tersos, ó la nítida esplendidez de su garganta.

Daniel López Orense
(Fantasio).

(Se continuará.)

—cOo—

ROMANCERO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA

MARIANO CEREZO

«Un anciano se vió también—al sexagenario Cerezo, labrador de la parroquia de San Pablo—que, avanzando solo á usanza antigua, armado extrañamente de espada y rodela, anduvo retando y batiéndose con los enemigos allí donde era mayor su número.»
(*Historia* de Mariana, continuada por Chao: *Primer Sitio*. capitulo XVII.)

—¡Mentira! No os hizo nobles
la gloria de las batallas,
ó ajenas glorias no valen
contra el honor de mi Patria,
y esas noblezas son polvo
que enturbia la sangre y mancha.
¡Ah de los mozos altivos,
los soldados de la fama,
los valientes que se yerguen
acosando con metralla!
No así se prueba el valor:
brazo á brazo, cara á cara,
á pulso es como se sube
y las ciudades se ganan.
¡Á mí, cobardes franceses!
Yo, sin fusiles ni mallas,
esfuerzos de cobardías,
os reto á medir las armas.
Que aunque viejo me veáis,
y con la faz arrugada,
he de probaros que escondo
la juventud en el alma;
que esta mano, endurecida
por la esteva, también cuadra
á su dureza el acero:
que como los campos labra,
los pechos de los traidores
diestra busca, hiere y mata.—
Así el labrador Cerezo,
armado á la «antigua usanza»
de espada y rodela, grita
entre el fragor de las balas
del sitiador enemigo.
Y ardiendo en sublime rabia,
con venerable figura,
intrépido se adelanta
al combate, do se arroja
como aparición extraña
de los tiempos epopéyicos
de Sagunto y de Numancia.
Romano en su Capitolio,
Pelayo en la piedra santa
de la Independencia, lucha
brazo á brazo, cara á cara...,
escribiendo en la rodela
con la sangre de su espada,
cuando acaso el buen Cerezo
combatiendo agonizaba:
«En Aragón así mueren
los ancianos por su Patria.
¡Viva Zaragoza libre;
pero muera antes que esclava!
¡España por Zaragoza,
Zaragoza por España!»

***

Y dicen que los franceses
supersticiosos contaban
haber visto en Zaragoza
al Cid que los denostaba.
¡Tal fué aquel sexagenario
guerrero de antiguas armas,
emblema del genio histórico
de toda una altiva raza!

Federico Navas.

Zújar de Baza (Granada), 21 de Marzo de 1908.

¡GUERRA Á CUCHILLO!

¡Oh Zaragoza invencible,
ciudad invicta de España,
madre de héroes que emularon
las proezas espartanas,
y los triunfos de Sagunto,
y las glorias de Numancia!
Ante el tesón de tus hijos
y sus guerreras hazañas,
que hicieron temblar tu suelo,
suelo que al morir besaban,
é hicieron morder tu polvo
á las legiones de Francia,
el volcán del entusiasmo
bulle dentro de mi alma,
encendiendo el pensamiento
y encendiendo la palabra
¿Cómo cantar tu epopeya
sin tener para cantarla
la trompa del grande Homero
que retumbó en la *Ilíada!*
¿Cómo sereno elogiarte,
si hoy las cuerdas de las arpas,
al impulso de las manos
españolas, todas saltan
y como rayos se estrellan
contra la memoria infausta
de aquellas infames turbas
venidas de tierra extraña
para insultar tu grandeza,
para sorprender tu calma,
para profanar tus templos,
para destrozar sus aras,
para violar tus mujeres,
para saquear tus casas...,
sin comprender tu bravura,
sin comprender tu pujanza,
capaz de abollar de Marte
los yelmos y las corazas,
haciendo que arrojen chispas
y que vibren y se partan
bajo los nerviosos golpes
de tu formidable planta?

***

De las tropas imperiales
al resonar la avalancha,
los próceres y plebeyos
se despertaron con rabia;
todos se sintieron nobles,
latieron todas las almas,
y en la gran plaza del Carmen
se congregó el pueblo en masa,
de la aragonesa Virgen
bajo la bandera santa.
Allí á las Corporaciones
y autoridades más altas,
al sacerdote, al labriego,
al militar y á la dama,
les dijo un marcial soldado
con voz que atronó la plaza:
—¿Juráis en nombre del Rey,
la Religión y la Patria,
no someteros cobardes
al yugo que os amenaza?
¿Juráis por vuestros mayores,
antes que bajeza tanta,
defender vuestra Patrona,
la columna en que se alza,
vuestras viviendas humildes,
vuestras antiguas murallas,
á costa de vuestra sangre,
y antes morir que entregarlas?
¿Lo juráis por vuestra Virgen,
y por vuestro honor y fama?
—¡Lo juramos! ¡Lo juramos!—
contestó el pueblo con ansia,
y al compás de los clarines,
aprestándose á las armas,
se esparció la muchedumbre
ceñuda, animosa y brava,
con lágrimas de entusiasmo,
con la sed de la venganza,
tremolando el estandarte
de colores de oro y grana.
Desde entonces brotan héroes
de fiereza extraordinaria;
los opulentos, al grito
del patriotismo se exaltan,
y las tierras que otro tiempo
de sus padres heredaran,
sus huertas más productivas,
sus sementeras más vastas,
para luchar sin tropiezos,
las incendian y las talan;
sacrifican generosos
los tesoros de sus arcas
para aportar municiones,
la pólvora y la metralla;

con retacos y fusiles
hasta las mujeres vagan;
para explorar al infame
los niños son atalayas;
y son los hombres leones,
y llenos de ardor trabajan
arrastrando las cureñas,
levantando barricadas,
trepando á torres y muros,
y abriendo brechas y zanjas.
Cuando después de ardua lucha
los ánimos flaqueaban,
cual sol disipando nubes
y derritiendo la escarcha,
de su valor precedida,
se presenta la gallarda
figura del noble y bueno
Palafox, á quien realzan
los timbres de su linaje
y el dominio de su espada.
Al verle, en todos los pechos
renacen las esperanzas,
y brota en todos los labios
la aclamación entusiasta.

⁂

¿Quién describe, Zaragoza,
tu patriotismo y constancia,
desesperada luchando
en formidable batalla
entre el polvo y entre el humo,
entre la sangre y las llamas?
De los retacos vacíos
hasta las recias culatas,
al impulso de unas manos
que más que manos son garras,
con rapidez imponente
se desploman como mazas,
rompiendo cráneos y cascos
que brillan como la plata.
Se oyen gritos y lamentos,
y aterradoras descargas,
y relinchar de caballos
de melena alborotada
que sobre la carne muerta
trotando espantados pasan,
y tropezando y cayendo
bajo el plomo de las balas.
Horadan las bayonetas
torsos recios como estatuas,
y en ellas flotan jirones
de banderas y de bandas;
se entrechocan relumbrando
los sables y las espadas;
los cadáveres el aire
infestan con sus miasmas,
y al resplandor del incendio
más siniestros se destacan
sus rostros desencajados,
sus manos agarrotadas.
Hasta los campos y aldeas
que borra la lontananza
retiemblan con el estruendo
de aquella Troya que brama,
y en cuyo triste recinto
gruesos cañones estallan,
haciendo volar los cuerpos
cual aves de leves alas,
hundiendo históricas moles
y desplomando las casas
entre una lluvia incesante
de bombas y de granadas.
—¡Vengan granadas y bombas!
—el pueblo dice con rabia—,
que nuestros pechos son duros
como una firme muralla,
y podemos devolverlas
á la faz de los canallas,
al modo que la pelota,
al rebotar en la tapia,
con doble fuerza se vuelve
contra aquel que la arrojara.
¡Avanzad, hordas salvajes,
más numerosas que bravas!
¡Ni el deshonor nos mancilla,
ni el miedo nos acobarda,
ni la soberbia nos ciega,
ni la traición nos rebaja!

⁂

Cuando entre tantas ruïnas
la muerte veloz pasaba,
vidas y vidas segando
con su tajante guadaña;
cuando pareció más negra
la nube de la desgracia,
y más difícil la lucha
en la ciudad consternada,
mandó el francés, engreído,
lleno de ilusiones vanas,
al héroe de Zaragoza
un mensaje, estas palabras:
—*¡Haya paz! ¡Capitulemos!*—
Y Palafox, aquel alma
templada en el recio yunque
del vivo amor á la Patria

—*¡Guerra á cuchillo!*—contesta
con indomable arrogancia—.
¡Guerra á cuchillo al cobarde
que con altivez menguada
pretende ganar laureles
con la astucia y con la infamia,
pues con innobles convenios
nuestro pendón no se mancha!...—
Y el eco de *¡Guerra á muerte!*
Se divulga y se propaga,
levantando en cada pecho
una tempestad aciaga
que descargó furibunda
sobre la legión tirana
las centellas de su odio,
los rayos de su venganza,
hasta aterrarla y hundirla
y de su seno empujarla,
haciendo que la vergüenza
se reflejase en su cara
de no poder con un pueblo
donde hasta las piedras se alzan
al nombre de *¡Zaragoza!*
y al grito de *¡Viva España!*

Enrique Redel.

Córdoba, 28 de Marzo de 1908.



¡MUJERES DE ZARAGOZA!

¡Mujeres de Zaragoza!,
¡heroínas admirables!,
¡que el numen arda en mi pecho
y yo vuestra gloria cante!
Con los soldados franceses
irresistibles luchasteis,
y era fatal vuestro arrojo
en aquel fiero combate.
¡Os impulsó á la pelea
del invasor el ultraje!
¡El suelo de Aragón santo
no dará nunca cobardes!
¡Oh qué hazaña tan ilustre,
mujeres incomparables!
Quien vió vuestros rojos labios
de amarga sed marchitarse,
y las gargantas desnudas,
las cabelleras al aire,
como víboras furiosas
irguiéndose amenazantes,
pidiendo *¡venganza y guerra!*;
vuestras miradas que arden
en rencor al enemigo,
que temió vuestro coraje...,
y con las manos de nieve
empuñando armas mortales;
vencedoras en la lucha,
de eterna gloria radiantes...
Así, con sublimes rasgos,
os trazó el pincel de Álvarez,
y así os canto yo, mujeres
de Zaragoza admirables,
reinas de la valentía,
de la aragonesa sangre
orgullo imperecedero;
fuertes, rudas, indomables,
altivas, graciosas, bellas;
¡en la patria historia grandes!
Que han visto á su atroz empuje
cómo los dragones caen
de los briosos caballos,
y buscan refugio en balde...
Hallan doquiera la muerte:
¡bizarras hembras triunfantes
los acosan y los rinden
con su poderoso embate!..
Del Pilar la Virgen santa
prestóles fuerzas gigantes,
y su denuedo bendijo
con palabras celestiales...
Cual capitana las guía
y no cejan un instante;
en holocausto á la Patria
dieron sus vidas. ¡Son mártires
que celebrará la Historia
en páginas inmortales!
¡Zaragozanas egregias,
dignas de excelso homenaje!
¡Luchadoras invencibles!
¡Heroínas admirables!

Felipe Cortines Murube.

Sevilla.

MANUELA SANCHO

Hacia el puente de la Huerva
un reducto han levantado:
el reducto del Pilar;
allí está Manuela Sancho.
Es Manuela linda moza:
talle flexible y delgado,
rostro fino, tez morena,
viva luz en ojos garzos,
undoso pelo en las sienes,
partido en dos negros bandos
que le cubren las orejas,
donde relucen dos aros.
Lleva con gentil donaire
su burdo traje serrano:
saya corta, pañizuelo
sobre el jubón ajustado,
negro delantal de indiana,
amarillento refajo,
tirantes medias azules,
recia alpargata con lazos.
¿Qué hace aquella mujer débil,
confundida con los bravos
defensores, en tal sitio
de muerte, fragor y estrago?
Llévales en una cesta
algo que comer; y en tanto
se escucha el rugido bronco
de enemigos cañonazos,
ella, imperturbable, asoma
la cabeza, paseando
su mirada por la línea
de los franceses odiados.
Y no se agrandan sus ojos
por el miedo, ni sus labios,
temblorosos ó fruncidos,
reprimen ayes de espanto,
ni se agarrotan sus miembros
por el terror, ni sus manos
se enlazan con ademanes
de pena ó de estar rezando.
El rencor abre sus ojos;
vibra el insulto en sus labios;
el odio tuerce sus nervios;
el furor crispa sus manos;
y maldice á los franceses
y les increpa, cerrando
su puño, que, siendo débil,
se hace fuerte y atezado;
y les pregunta qué intentan
de su querido hogar patrio,
qué de sus tiernos amores,
qué de sus recuerdos santos.
Y los reta á todos juntos,
y, un viejo fusil alzando
hasta sus ojos, apunta,
y dispara, y hace blanco,
y otra vez y otra se inclina
para disparar, gritando
cuando ve caer heridos
ó muertos á sus contrarios:
que si el fuego de sus ojos
pudiera comunicarlo
al viejo fusil de chispa
que agarrota con sus manos,
pronto viera el campo libre
de sitiadores odiados.
Los del reducto, que miran
con belicoso entusiasmo
el ardor que transfigura
á la moza, con aplausos
celebran su valentía,
y recobran nuevos ánimos,
y entablan la fiera lucha
con arrojo denodado.

***

Es el día once de Enero
de aquel memorable año
de mil ochocientos nueve,
tan sangriento como infausto.
La segunda paralela
han abierto los contrarios,
y hacia el famoso reducto
llevan sus fuegos cruzados.
Pronto los muros se abaten,
que no son de cal y canto,
sino de rotos adobes
y muertos zaragozanos.
Ya cadáveres no bastan
para la brecha, ni sacos,
y es tan horroroso el fuego,
que el ambiente está incendiado.
Ya los franceses acuden
con tal ardor, y son tantos,
que el hierro de su metralla
barre y arrasa el espacio.
Son pocos los defensores
del reducto, y al asalto

aprêstase el enemigo,
sus ataques renovando.
Los zaragozanos ceden.
«¡Virgen del Pilar, ampáranos!»,
gritan, y el reducto dejan
un instante abandonado;
mas ya vienen con empuje
otros pechos, nuevos brazos,
y, adelantándose á todos,
acude Manuela Sancho.
¡Qué energía hay en su rostro!,
¡qué ademán tan fiero y trágico!,
¡qué resolución la suya!,
¡qué arrojo tan temerario!
Á la brecha se dirige,
y, al verla, reanimados,
la siguen los defensores
á contener el asalto.
Y es tan grande su denuedo,
y sus hechos son tan magnos;
tal empuje hay en el choque,
y hay tanto furor y estrago,
que los franceses se aturden,
se atropellan en su espanto,
y huyen á buscar refugio
en las tiendas de su campo.
Vese por fin el reducto
libre de nuevos asaltos,
y la brecha se repara,
y hay un lugar de descanso.
Una guitarra aparece
sin saber por dónde; acaso
cual otra arma defensiva
llévala un zaragozano.
Uno cógela y la templa,
y los compases rasgando
de la jota, ¡la gran jota!,
¡la divina jota!, pasmo
de los rincones del alma,
fiero rugir, rudo canto,
ritmo sublime que infiltra
por las venas fuego sacro,
y hace palpitar el pecho,
y en la piel produce espasmos,
lánzase al aire, y la copla,
como bomba rebotando,
lleva también en su seno
metralla para el *gabacho;*
y la moza, que ya tiene
teñidas la cara y manos
con el color de los héroes,
que es el humo del chispazo,
sale al medio de aquel corro
después que se han apartado
los cadáveres que estorban,
para no pisotearlos,
y al compás de aquellos sones,
y al compás del ronco estrago
de la lucha que se traba
por otro lugar cercano,
baila la moza garrida,
la del donairoso garbo,
la del undoso cabello,
la de vivos ojos garzos,
la que lleva, relucientes,
en sus orejas dos aros;
la del delantal de indiana,
la del jubón ajustado,
la de las medias azules,
la de alpargatas con lazos;
la heroína del reducto
del Pilar: ¡Manuela Sancho!

Manuel Lassa Nuño.



LA JORNADA DEL ARRABAL

I

Madre mía, madre mía,
otro beso y otro abrazo
y venga el fusil que padre
llevó siempre y honró tanto,
porque, al decir de la gente
—y la gente no habla en vano—,
el *Rabal* está en peligro
y al *Rabal* hay que salvarlo.
Diz que dicen que Mortier
prepara un tremendo asalto
para apoderarse al fin
de aquel indomable barrio,

y diz que dicen que allá
lo está esperando Velasco
con sus veintidós cañones
de doce y de veinticuatro
y sus fieles *rabaleros,*
entre los que, madre, falto.

....

No llores, madre del alma,
pronto vengo, y vendré sano;
que la Virgen del Pilar
no te ha de dar más quebrantos.
Ya fué bastante el que *aquél*
se fuera de nuestro lado.
¡Madre, por *aquél* te juro
que al *Rabal* hay que salvarlo!

....

No, no vengas. ¿Para qué?
No he de tenerte á mi lado,
ni aun verte si atrás te quedas,
porque los zaragozanos
ya sabes que nunca atrás
en el combate miramos.
Tú á cumplir con tu deber
aquí en casa, deshilando
lienzos de eternal blancura
que, por pasar por tus manos,
quizá curen ellos solos
mejor que todos los bálsamos.
Yo, entretanto, allí, al *Rabal,*
que al *Rabal* hay que salvarlo.

....

Adiós, madre; hasta después;
vendré pronto y vendré salvo;
y si muero, ¿qué es la vida
para lo que está pasando?
¡Allá, si muriera, libre;
vivo, aquí, quizás esclavo!
¡Mira qué triste está todo!
¿No ves qué mortal cansancio
preside, desde hace días,
allá arriba y aquí abajo?
La tierra, yerma, baldía;
el cielo, gris, aplomado;
el Ebro, mudo y tristón;
el Huerva, silente y manso;
el Gállego, descendiendo
perezoso de sus altos;
las nieves, las tercas nieves,
cubriendo como un sudario
desde la cumbre á la falda
las vertientes del Moncayo...
¡Conque, madre, hasta después,
que al *Rabal* hay que salvarlo!

II

¿Cómo fué? No sé decirlo.
¿Qué pasó? No sé contarlo.
Mucha gente, mucho humo,
mucha sangre y mucho estrago.
¡Qué jornada, madre mía,
la jornada del asalto!
¡Y cómo el fusil de padre
ha respondido á mi enfado!

....

Eran bastantes los nuestros,
y eran legión los contrarios:
muchos miles, muchos miles,
imposible de sumarlos.
En correcta formación
dan el frente denodados,
se acercan cada vez más
entre disparo y disparo,
y al ver en la batería
que era inminente el asalto,
los *rabaleros* pretenden
emprenderla á cañonazos,
cuando así, con voz de trueno,
grita don Manuel Velasco:
«Quieto todo el mundo, quieto;
alto, *rabaleros,* alto;
quien intente á los cañones
tocar sin previo mandato,
antes que á manos francesas,
ha de morir á mis manos;
quieto todo el mundo, quieto;
yo lo ordeno, yo lo mando.»
Y su espada refulgía
ígnea y fiera como un rayo.
Hubo un instante de asombro,
de asombro, sí, no de pasmo,
y allí, quietos, á pie firme,
al invasor esperamos.
Ya se acerca, ya nos toca,
ya la lucha es brazo á brazo;
pero en el mismo momento
en que se inicia el asalto,
«¡Fuego!», con voz estentórea
grita el coronel Velasco...,
y los veintidós cañones,
hasta las bocas cargados,
rompieron súbitamente
en un solo cañonazo...
¡Y al barrer de la metralla,
todo limpio, todo raso!
Después la fusilería,

y la bayoneta al cabo,
inclementes y furiosas,
pusieron fin al estrago.
¡Y allá fueron, allá fueron
los invasores odiados,
rotos, deshechos, barridos,
Dios sabe dónde á contarlo!
. . . .
¡Qué gozo á un tiempo y qué pena!
¡Qué mezcla de risa y llanto!
¡Qué pródigo y qué crüel
suele ser el amor patrio!
¡Pobres madres, pobres madres
las de esos pobres soldados!
¡Con qué angustiosa ansiedad
esperan su vuelta en vano!...
¡Pero era el *Rabal* primero,
y era forzoso salvarlo!
. . . .
¿Sangre dices? No, no es sangre;
déjala correr, es bálsamo
que la herida de la Patria
poco á poco va curando.

Observa qué cambio en todo
depués del triunfo alcanzado.
La tierra parece otra;
el cielo es azul claro;
el Ebro corre hacia el mar
locas victorias cantando;
el Huerva, otra vez riente,
besa sus valles amados;
el Gállego, á grandes brincos,
desciende de sus picachos...
Mira más blanca la nieve,
mira más alto el Moncayo.
¡Ve tornarse en rojo y oro
todo cuanto estás mirando!
. . . .
¿Más sangre? Sí, mana más;
las fuerzas me van faltando...
Guarda ese fusil que padre
llevó siempre y honró tanto...
Ven más cerca, junto á mí...
Otro beso y otro abrazo...
Adiós, madre; yo me muero...
¡¡Pero el *Rabal* se ha salvado!!

Francisco Aquino Cabrera.

Almería.



LA PUERTA DE SANTA ISABEL

Era en la puerta de un templo
la atronadora batalla,
puerta convertida en bronce
resonante de la *Iliada*.
Por sus dos lados en lucha,
fuera con broncas descargas,
dentro con largos tumultos,
era una heroica campana.
Trocóse escudo guerrero,
trocóse rodela brava,
y fué la barrera altiva
donde chocaron dos razas.
Para grabar en ti, escudo,
lo estupendo de la hazaña
donde por no abrir tus hojas
rodaste despedazada,
necesitó la Epopeya
cien torbellinos de lanzas,
cien remolinos de pechos,
cien huracanes de balas.
Tras de ti, España rugía
cual tormenta encarcelada;
y ante ti, llena de orgullo,
aglomeró aceros Francia.
Su tesón abrirte quiso,
no abrirte el tesón de España,
y en ti zumbaron, rodela,
los truenos de dos batallas.
Fuiste por dentro española,
francesa por la otra cara,
y para doble heroísmo,
tuviste, ¡oh bronce!, dos dramas.
Fuera, en tus clavos agudos
dieron las huestes bizarras;
y dentro, puños de roca
te sostuvieron cual mazas.
Como va á dar en el risco
el són del mar que rebrama,
sobre ti recias venían
á saltar, rotas, las armas;
y cual resiste la peña
al mar que inmenso se rasga,

detrás de ti resistieron
los pechos como corazas.
Tú que miraste á dos puntos,
puerta inmortal, puerta santa,
dentro del templo á españoles,
fuera á francesas espadas,
di, prodigiosa rodela,
di, tronadora campana:
¿quién logró más alta gloria?,
¿quién logró gloria más alta?
Dentro de ti, sin cañones,
sin pólvora, sin metralla,
sin fusiles, sin aceros,
españoles peleaban.
Fuera, con fuego, con plomo,
con ejército, con lanzas,
con bronces, con estampidos,
los franceses contestaban.
Y tan diversos los bandos,
y tan distintas las armas,
que unos lucharon con todo
y otros lucharon con nada;
di tú, rodela grandiosa,
di tú, blasón de la raza:
¿quién logró hazaña más noble?,
¿quién logró más noble hazaña?
Un momento vacilaron
tus goznes de recia trama,
y un punto el río guerrero
quiso entrar como avalancha;
pero te alzaste de pronto,
y cual un mar que se tapa,
tapaste entrando en tus quicios
la estupenda catarata.
Nuevamente en ti más loca
comenzó la lucha aciaga:
los franceses por abrirte,
tú por alzarte cerrada.
Y viendo tu resistencia,
puerta viril, puerta magna,
otra vez ciego el torrente
embistió con fuerza trágica,
y tras la inmensa embestida,
sólo logró la descarga
hacer saltar á los vientos
pedazos de tus entrañas.
Resquebrajado tu fondo,
pero irguiéndote gallarda,
una tercera embestida
dió como tromba en tus trabas;
mas por vez tercera alzaste
tu escudo, homérica tabla,
tapando el mar imponente
que rechazado zumbaba.
Entonces vino á tu encuentro,
en són terrible de alarma,
un cañón hasta los bordes
atestado de metralla,
y con estruendo imponente
vomitó un río de brasas,
vomitó un río de lumbre
que te echó, escudo, de espaldas.
Al tremendo cataclismo,
por la brecha improvisada
entró el ejército hirviente
con són de rota montaña,
y corrió el hondo tumulto
por las cóncavas arcadas,
é hizo trepidar á un tiempo
las altares y las aras,
las resistentes columnas,
las bóvedas y las gradas,
y retumbó el ancho río
bajo las cúpulas altas,
con su balumba guerrera
de hombres, gritos, carros, lanzas.
Fué preciso, gran escudo,
noble y broncínea pantalla,
del cañón la llave ronca
para abrirte desgarrada.
¡Oh estupor! El enemigo
que esculpió dentro la hazaña
y resistió prodigioso
tantos golpes, tantas zarpas;
el que sufrió el choque ciego
de embestidas y de espadas,
de asaltos retronadores
y de terribles descargas,
eran ¡cuatro aragoneses,
cuatro rocas, cuatro mazas,
cuatro frentes, cuatro pechos,
cuatro bronces de la *Iliada!*

***

Corrieron lentos los siglos,
y la rodela bizarra
quedó, como Zaragoza,
hecha una eterna campana.
Aún su estampido se escucha
venir de edades pasadas,
y aún religioso descubre
su frente, al oirlo, el mapa.
¡Oid!; retruena el escudo
cual són de epopeya magna:
es que la voz de la Historia
con són de leones habla.

¡Oid!; un nuevo zumbido
el bronce heroico levanta:
es Zaragoza la altiva,
que las centurias traspasa.
Otro estampido gigante
sobre los tiempos cabalga:
es la alta voz de los héroes
que aún á las épocas canta.

Más voces da la rodela,
más tronidos la campana,
cual si un cañón sempiterno
lienzos de edades rasgara.
¡De rodillas; es el canto
grandioso de nuestra raza;
son estampidos de triunfo;
son salvas reales de España!

Salvador Rueda.

—o—

LA DEFENSA DEL TEMPLO

Es una mañana fría,
y en la ciudad aragonesa
como una espesa neblina
se diluye la tristeza.
Los cañones han trabado
su conversación de guerra.
y á sus roncos estampidos
los edificios retiemblan.
Con desplomes horrorosos
se deshacen las viviendas,
sepultando entre sus ruinas
la bravura aragonesa.
En procesión clamorosa
ágiles mujeres llevan
unas camillas manchadas,
con heridos que se quejan.
En los pechos animosos
la metralla no hace mella,
y aunque las calles y plazas
sólo con sangre se riegan,
aún hay gente valerosa
que está dispuesta á verterla.
Como un lamento de angustia
repica la Torre Nueva,
corre la gente afanosa,
se oyen gritos y blasfemias.
el polvo y el humo forman
unas nubes muy espesas,
y, más que día, parece
que es la noche lo que impera.

***

La pared de Santa Mónica
con estrépito cae en tierra,
sepultando entre sus ruinas
á los valientes de Huesca.
Como una leyenda trágica
llega la noticia escueta.
y pone un temblor de rabia
en la gente aragonesa.
Ya no tiene defensores
de San Agustín la iglesia,
y á la arenga de unos frailes
que febriles se lamentan,
corren un grupo de *maños*
de pañuelo á la cabeza,
y un pelotón de soldados
que quizá á treinta no llegan.
En el recinto sagrado
la infantería francesa
se ha hecho fuerte, y las descargas
detienen á los que llegan;
pero son de Zaragoza,
y la gente de esta tierra
está sorda á los disparos
y el peligro les alienta.
Como avalancha de gloria
entran corriendo en la iglesia;
nadie manda, nadie escucha.
ni hay jefe alguno que pueda
detener aquel torrente
de valentía y fiereza.
El coraje les da bríos,
la venganza estratagema,
y más que gente paisana,
parecen gente guerrera.
Tras las columnas macizas
que majestuosas se elevan,
en los altares sagrados
donde el cáliz se venera,
en las capillas humildes
donde las mujeres rezan,
en el coro, donde en cantos
sube el fervor de la tierra,

tras los cuerpos ideales
de las imágenes bellas,
como una tropa aguerrida
ligeros se parapetan.
Por todas partes se extiende
la bravura aragonesa,
y con rápida mirada
hacen para su defensa
de cada santo un reducto,
de cada altar fortaleza,
cada tribuna un castillo,
cada banco una trinchera.
El altar mayor lo ocupa
la infantería francesa,
y por entre el ara santa
asoman las bayonetas.
En el sagrado recinto
con denuedo se pelea,
alumbrados débilmente
por una claridad incierta,
y entre las cuatro paredes,
que los disparos negrean,
en silencio, á la sordina,
escríbese una epopeya.
Un cristo yace clavado
en una cruz de madera,
y al resplandor mortecino
de una lámpara que humea
se ven sus brazos abiertos
como implorando clemencia.
Se generaliza el fuego,
se encarniza la refriega,
y en el templo venerado
sólo hablan las escopetas.
«La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa»;
y al conjuro de este canto,
que es oración y es terneza,
corre un temblor de entusiasmo
como una descarga eléctrica.
Desde el púlpito (castillo
que atalayó la braveza
de un puñado de valientes
de la tierra aragonesa)
sale una lluvia de balas;
otra lluvia le contesta,
y la baja de un valiente
otro valiente la llena.
Se pelea bravamente,
con arrojo y con fiereza,
y las balas enemigas,
en vez de asustar, alientan.
Hostigados por el fuego
que desde el púlpito llega,
que no permite que asomen
los franceses la cabeza;
avergonzados, sin duda,
de la reducida fuerza,
alguien ordena furioso
tomarlo á la bayoneta.
No se toma aquel reducto
tan fácil como se ordena;
cruza el plomo por las naves,
derrumbando hombres en tierra,
y el que no queda en el centro,
queda al pie de la escalera.
Cada palmo de terreno
lo disputan con fiereza,
y no hay francés valeroso
de los de Austelitz y Jena
que tenga arrestos bastantes
y trasponga la escalera.
Por si no fuera bastante
la rabia con que pelean,
aun los muertos les injurian,
les escupen y les retan,
y el rugir de los franceses
es como un aullar de fieras.
—¡Zaragoza no se rinde!—
grita un *maño* con guapeza,
y acompaña un estampido
á su patriótica arenga;
y se mata y se destroza,
y se hiere y se patea,
y se clavan las navajas
en el primero que llega,
y es el fusil muchas veces
como una maza sangrienta.

***

Llegaron nuevos refuerzos
para las huestes francesas,
y tomaron por asalto
el púlpito, donde quedan
primero dos, luego uno,
que, sin sangre ya en las venas,
al francés que subió antes
¡le hizo rodar la escalera!

***

Al terminar la mañana
quedó en silencio la iglesia,
cayó el último valiente
defendiendo su trinchera
(un tosco confesionario),
y vió la tropa francesa

cómo luchan en España
por la santa Independencia.
Formó el humo en el recinto
sagrado unas nubes densas,
tiñó la sangre en carmines
las alburas de las telas,
y corrió en regueros cálidos
por las losas de la iglesia....

Arturo Rey Marzal.

VENGANZA SAGRADA

I

El cañón ya no retumba;
ya no se oyen las trompetas.
Desolada Zaragoza
después de lucha sangrienta,
ha sucedido el silencio
á la heroica contienda.
Las patrullas enemigas,
ansiosas de rica presa,
recorren calles y plazas
sin hallar ya resistencia;
por cima de los cadáveres
inhumanos atraviesan,
y no ven que aún en sus ojos
ráfagas de odio llamean.
Seguid, cobardes franceses,
venciendo á una ciudad muerta;
seguid matando al anciano
y ultrajando á la doncella.
La maldición de la Historia
os seguirá hasta en la huesa,
pues deshonrasteis la espada,
que inocente sangre humea;
al placer ruin y bastardo
vendisteis vuestra nobleza,
y después de ser traidores,
fuisteis inhumanas fieras.

II

Adelantaba la noche
en tristes nieblas envuelta,
y diez soldados franceses
hacia una casa se acercan.
Apenas á los umbrales
del pobre tugurio llegan,
en el portal un cadáver
tendido en el suelo encuentran.
Llorando estaban los hijos
junto al padre que los deja;
llorando estaba la esposa,
ángel de amor é inocencia,
delante de las heridas
que le robaron su prenda.
Mas de pronto, una voz bronca
interrumpe la querella
del amor, que con las lágrimas
halla alivio y se consuela.
--Ese cadáver estorba
—rugió la voz ya muy cerca —;
es preciso que esta noche,
después de abundante mesa,
nos preparéis buen albergue;
y siendo la casa estrecha,
no debe ocupar un muerto
lo que á un vivo se reserva.
Desalojad al instante
vuestra mísera vivienda.—
Quiso responder la esposa,
y alzó su mirada tierna;
mas el rubor en su rostro
se agolpó ante la impudencia
de aquella chusma sin honra,
desalmada y desenvuelta.
—Calla, bruja, y obedece —
rugió de nuevo la fiera
al notar que la paloma
le iba á dar una respuesta.
Viéndose entonces perdida,
junto al cadáver se llega,
y regando con sus lágrimas
de su esposo la cabeza,
ya le abraza con delirio,
ya con frencsí le besa,
y quitándolo á sus hijos,
que mudos de dolor quedan,
llama á los enterradores
y el cadáver les entrega.

III

Pasan ligeros momentos
y está la cena dispuesta.
¿Qué se advierte en su semblante,
antes envuelto en tristeza

y ahora aparece tranquilo
y hasta á las veces se alegra?
Los diez soldados hambrientos
la mesa al punto rodean;
mas el jefe que los guía
crüel venganza recela,
y en los dones de la viuda
velada traición sospecha.
—Ven también á nuestro lado,
ven y siéntate á la mesa;
que vengan también tus hijos,
la dicha sea completa. —
La madre lucha y se obstina,
mas es vana resistencia,
y cediendo á la amenaza,
hijos y madre se sientan.
Desaparece el recelo
y la algazara comienza.
La mujer habla y sonríe,
olvidada de su pena,
y ellos comen y devoran
como los tigres su presa,
en tanto de los que han muerto
abrazando su bandera
los desalmados se mofan
y su memoria blasfeman.
La viuda oye los sascasmos
y se mantiene serena,
le sonrojan las palabras
que en sus oídos resuenan,
y hasta á las veces por su honra
la esposa cristiana tiembla.
¡Huye, paloma inocente,
del milano que te acecha!
Ebrios de vino y de gozo
apuran las copas llenas,
y entre palabras soeces
y entre voces descompuestas,
sólo se oyen carcajadas
que interrumpen las blasfemias,
y las brutales canciones
de su criminal licencia.
—¿Habéis terminado, amigos
—dice una voz—, vuestra cena?
Mas la función no ha acabado:
sin baile es triste la fiesta.
—Que baile, que baile entonces
la adiestrada cocinera. —
La mujer, con gran esfuerzo,
á ponerse de pie llega.
Va á empezar á complacerles,
pero le faltan las fuerzas.
De pronto se pone lívida...
Es la muerte que está cerca.
Sus músculos se contraen
y todo su cuerpo tiembla.
Al fin, convulsa, en el suelo
se desploma como muerta.
La alegría más sublime
en sus ojos se refleja
al tiempo que en su semblante
la indignación centellea.
—Voy á morir —dice entonces—;
pero yo muero contenta;
expiro por el veneno
que yo oculté en vuestra cena.
Pero yo muero vengada;
llegó vuestra hora postrera:
todos tomasteis veneno,
y la muerte á prisa llega;
muero vengando á mi esposo,
que en la gloria ya me espera;
muero librando á mis hijos
de vergonzosas cadenas;
y vengando á Zaragoza
del ultraje y de la afrenta. —
Sus labios se contrajeron;
la infeliz estaba muerta.

IV

El sol del día siguiente
iluminó aquella escena:
trece muertos en la sala
amontonados se encuentran.
Los dos hijos y la madre
aún parece que se besan,
y en sus rostros dibujada
está divina belleza.
Los otros diez, hacinados
bajo la rústica mesa,
parecen sombras malditas
que en su vil semblante llevan
el sello de la ignominia
que al deshonor les condena.

No olvidéis, viles traidores,
lo que vale nuestra tierra.
Cuando los hombres han muerto
defendiendo su bandera,
las mujeres se hacen héroes
y con su brazo los vengan.

Vicente González Amurrio.

LOS HÉROES SIN NOMBRE

Evocando los recuerdos
de los hombres valerosos
—que en las sangrientas jornadas
de aquel tiempo, en que el encono
contra el invasor tirano,
dominante y ambicioso,
armó los brazos de un pueblo
rudo, valiente y heroico –,
surgirán, entre los himnos
de bendiciones y elogios
que habrá de entonar el Arte,
los nombres de los famosos
defensores de los Sitios
de Zaragoza; y si todos
tienen derecho al recuerdo
y á que sus rasgos hermosos
se canten por los poetas,
justo es también que en el coro
de alabanzas no se olviden
los hechos de aquellos otros
obscuros hijos del pueblo
que, con coraje y arrojo,
murieron en el combate,
abnegados y animosos,
como mueren los humildes
luchadores del arroyo.
Eleve el cincel estatuas;
cántense en versos sonoros
hazañas que nadie olvida
y hechos que elogiamos todos;
pero no falte el tributo,
nuestro homenaje piadoso,
para aquéllos guerrilleros,
héroes del montón anónimo,
abigarrado y confuso,
indisciplinado y loco,
que en la estrecha encrucijada
y aguijoneados sólo
por un patriotismo santo,
en nuestras páginas de oro
escribieron la epopeya
que ha sido del mundo asombro.
Para aquellos que, indefensos,
por la indignación furiosos,
con el insulto en los labios
y la cólera en los ojos,
sin armas y sin pertrechos,
tenaces y valerosos,
ni escatimaron su ayuda,
ni al deber se hicieron sordos,
y dando su vida fueron
valientes, grandes y heroicos.
Esos que á medir no alcanzan
la intensidad de sus odios;
los baturricos humildes,
ignorados, silenciosos,
que al sentir la llamarada
de la vergüenza en su rostro,
sin buscar el lauro nunca,
vengan el agravio pronto;
los que en tropel sucumbieron
y hoy no tienen sus despojos
una cruz sobre su tumba,
ni un recuerdo cariñoso;
los pequeños, los obscuros
luchadores del arroyo;
¡los que no tenían nada
y lo defendieron todo!

José Rodao.

—o—

¡ECOS DE GLORIA!

I

Salve, inmortal Zaragoza,
ciudad de historia bizarra;
que en sus estrofas los genios
difunden tu excelsa fama,
y tu gloria inmarcesible,
y tus épicas hazañas.
Salve, pueblo victorioso;
deja que llegue á tus plantas,
para rendirte tributo
de admiración entusiasta,
¡el último trovador
de la lengua castellana!

II

Tan brillante es tu pasado,
que tus hechos se agigantan
con la eternidad del tiempo,
que tus grandezas proclama;
y al recordar con asombro
tu epopeya de pujanza,
ni hallo en mi cítara notas,
ni conceptos, ni palabras,
porque, al pronunciar tu nombre,
mi lira enmudece y calla
¡á las orillas del Ebro,
donde el Pilar se levanta!

III

Tú en el fragor del combate
nunca cedes ni desmayas,
y con arrojo sublime,
al frente de tus murallas,
entre torrentes de sangre
de víctimas inmoladas,
noble y altiva, resistes
del corso francés las cargas,
y tus derechos defiendes
con la indomable arrogancia
¡de tu ruda terquedad
y de tu amor á la Patria!

IV

Hombres de adusto semblante,
mujeres de hermosa cara,
ancianos que no envejecen
por el temple de sus almas:
todos con ansia se agrupan
en el campo de batalla,
para vencer ó morir,
pues llevan con fe y constancia...
en el pecho la hidalguía,
en la diestra las espadas,
¡en los ojos la fiereza!,
¡en los labios la plegaria!

V

Tú, á impulsos del heroísmo,
demuestras con tus campañas
que el *Sitio de Zaragoza*
es una guerra espartana,
porque con bélico ardor
tu hirviente cólera estalla,
cual revientan los volcanes
debajo de las montañas,
y las huestes enemigas
con denuedo las rechazas,
¡salvando tu independencia
y la bandera de España!

VI

La que fué lábaro santo
de la religión cristiana
en Covadonga, en Otumba,
en Lepanto y en Granada.
La que es enseña gloriosa,
y orgullo de nuestra raza,
y emblema del sacrificio,
y sudario de la Patria.
Por la que luchan los bravos,
por la que mueren y matan,
¡por la que entregan las madres
los hijos de sus entrañas!

VII

Por tan invicto estandarte,
que es la insignia venerada,
combatiste decidida
en la actitud más gallarda,
hasta lograr la victoria
que en la lid, valiente, ganas,
y en momento tan solemne
llegas al Pilar ufana,
y pones como trofeo
de la Virgen á sus plantas,
¡coronada de laureles,
la bandera roja y gualda!

VIII

Ha pasado una centuria
y tu epopeya la ensalzan,
en el libro de la Historia,
tus *Sitios*, de eterna fama;
y entre las bellas estrofas
que los genios te consagran,
rindiendo pleito homenaje
á tus épicas hazañas,
te ofrece su humilde canto
de admiración entusiasta
¡el último trovador
de la lengua castellana!

Rafael Abellán.

CENTENARIO

Probando, después de un siglo,
que eres siempre Zaragoza,
aunque olvidas tus rencores,
sabes recordar tus glorias;
y como á la vez te ufanas
de ser noble y ser heroica,
no desmerece el olivo
junto al lauro en tu corona.
Cuando celebrar te veo
las hazañas de tu historia,
dudo si es que las renuevas,
ó si es que las conmemoras,
porque como en lo que amas
pones siempre el alma toda,
al querer recordar, vives,
y al querer honrar, te honras.
Fiestas de paz son tus fiestas,
alegres y bulliciosas,
en que el júbilo prodigas
y el entusiasmo derrochas,
pues como los fuertes sufres
y como los fuertes gozas,
con resignación de mártir
ó carcajadas de loca.
En tus calles y en tus plazas
hoy se juntan y se agolpan
los enemigos de entonces,
que son amigos ahora.
Cuando el viento del Moncayo,
barriendo las nubes, sopla,
las banderas que se agitan
son francesas y españolas;
y si suenan las guitarras
y los tambores redoblan,
como si unirse quisieran,
cual los colores, las notas,
para formar un supremo
himno de paz y concordia,
confunden sus armonías
la Marsellesa y la Jota.

Hoy, cuando todo en España
vacila y se desmorona,
y caminamos á tientas
entre la duda y la sombra;
mientras la sátira frívola
y la sonrisa burlona
agita todas las lenguas
y pliega todas las bocas;
mientras la fuerza y el brío
se malgastan y se agotan
en la negación estéril
y en la discusión ociosa,
tu tenacidad de hierro,
que ni duda ni zozobra,
ni decae ni retrocede,
ni se quiebra ni se dobla,
prefiere al ocio que enerva
la actividad que conforta,
y á la quimera que huye
la realidad que se toca.
Siempre pronta al sacrificio,
y siempre al trabajo pronta,
con rotundidad afirman
tus palabras y tus obras.
Y para probar á España
que eres, por ser Zaragoza,
capaz de morir por ella,
y de vivir por ti sola,
con tu propio esfuerzo labras
en tu telar y en tu forja
la púrpura de tu manto
y el oro de tu corona.
Y como cuanto construyes
tiene base firme y sólida,
porque amas lo que perdura,
pero no lo que se agosta,
hoy que á la Industria y al Arte
alzas un templo, orgullosa,
para que su edad se cuente
por siglos, y no por horas,
imitas el campamento
que alzó Isabel la Católica,
con edificios de piedra,
y no con tiendas de lona.

No es maravilla que eleve
hasta los cielos su copa
el árbol de tus virtudes,
cuya raigambre es tan honda;
ni que del tiempo y la muerte
triunfen tu genio y tu gloria,
porque en la verdad estriban
y en la realidad se apoyan;
ni que tu fe y tu constancia
tengan cimientos de roca,
porque en un *pilar* de mármol
está la Virgen que adoras.

Manuel de Sandoval.

Información iberoamericana

España

Nota política.

El ingreso de González Besada en el Ministerio de Hacienda marca una nueva etapa en la vida del actual Gobierno.

González Besada es el más genuino y competente representante de la política financiera de Villaverde, que fué salvadora para España en momentos de aguda crisis, porque con ella se saldaron nuestras exorbitantes deudas coloniales, se consolidó el crédito del Tesoro, y se acabó con el *déficit* abrumador que amenazaba la Hacienda nacional con la más grande de las bancarrotas que registra la historia de nuestras finanzas.

Todo esto costó un gran esfuerzo, un gran sacrificio.

El hombre que tuvo el tesón y el talento de llevarlo á cabo, arrastrando una impopularidad enorme, que luego se ha transformado en entusiasta simpatía, fué Villaverde, muerto antes de proporcionar á la Patria todos los beneficios que pudiera haberle reportado.

Villaverde y sus doctrinas es lo que ahora ha resucitado con el advenimiento de González Besada á la cartera de Hacienda, porque, según rezan las informaciones, el nuevo ministro ha declarado que tiene sus convicciones y que no se separará nunca de ellas.

¿Cuáles son esas convicciones? ¿Cuál el criterio que imperará desde ahora en la política financiera del Gobierno?

Los *repórters* madrileños se lamentan de la parquedad con que el nuevo ministro contesta á cuanto sobre el particular se le interroga.

González Besada, en efecto, no ha estado muy explícito; pero tampoco es preciso que declarara más de lo consignado, pues siendo sobradamente conocidos sus principios económicos, basta que afirme que seguirá sosteniéndolos, para que pueda conocerse cuál será su gestión en el departamento que ha entrado á regir.

En 1902 publicó González Besada un magistral trabajo en *Nuestro Tiempo,* importante revista madrileña, acerca de la situación de la Hacienda española, y después de hacer un minucioso análisis de sus diferentes aspectos, terminaba deduciendo las siguientes conclusiones:

1.ª Que se impone una gran energía de parte de los ministros de Hacienda, para no hacer estérilmente apelaciones al crédito, que aumenten indefinidamente la Deuda y agobien más con su anualidad al Presupuesto.

2.ª Que se impone igualmente un celo esmerado en la recaudación, que mantenga por algunos años el *superávit* del Presupuesto, penetrándose todos de que, para consolidar la situación de la Hacienda, no basta en algún tiempo la simple nivelación, si pensamos cimentar sobre bases sólidas la política financiera del porvenir.

3.ª Que es urgente una inmediata solución al problema de clases pasivas, que

de 47.963.446 pesetas á que ascendían al empezar la Regencia, por nuevos aumentos nacidos de evidentes abusos, había llegado en 1895-96 á 55.016.400 pesetas, y que en el año actual, á consecuencia de la incorporación á la Península de las de Ultramar, no obstante su asimilación, operada por el Sr. Villaverde, importa 71.780.500, cifra verdaderamente abrumadora, que hace inminente la necesidad de ponerla límite.

4.ª Que es necesario definir la forma y manera de satisfacer al Banco de España el importe de los 900 millones que se le adeudan, único modo de acometer con autoridad y derecho indiscutible la reforma necesaria de la circulación fiduciaria.

5.ª Que procede igualmente realizar la reorganización de algunos impuestos que, como el de consumos y el llamado de alcoholes, demandan urgente reforma.

6.ª Que es de igual urgencia simplificar el mecanismo de la Hacienda, abaratar los gastos de contribuciones y rentas, facilitar el despacho de todas las reclamaciones, fijar las responsabilidades concretas de los funcionarios, y meditar seriamente en qué se beneficia más al contribuyente: si dándole facilidades para que se le haga pronto justicia, ó aliviándole de los impuestos; y

7.ª y última. Afianzar, de manera que no ofrezca duda, el respeto más escrupuloso á los compromisos contraídos, á los pactos celebrados, al crédito público y á la hacienda privada.

«Todo esto—concluía el Sr. González Besada—, unido á la buena política de tratados, que permita la fácil exportación de algunos productos á los mercados americanos, mediante leyes de reciprocidad, podría restaurar nuestro crédito, sanear la moneda, mejorar la Hacienda, y fomentar á la sombra de la paz la riqueza y prosperidad del país.»

Éstas son en síntesis, y expresadas por él mismo, las convicciones de González Besada, que él ha prometido solemnemente respetar, y que, sin duda alguna, constituirán la clave de su futura gestión.

Que ello supone una radical rectificación de la obra de Osma y de Sánchez Bustillo es indudable, como lo es también que con semejante cambio de rumbo la consecuencia política de Maura queda notablemente quebrantada.

Pero, en cambio, el país está de enhorabuena, porque la ejecución del plan expuesto será inmediata, y los beneficios que producirá no tardarán en recolectarse.



América

La ignorancia de Europa respecto de América.

Conquistas de colonias en la América del Sur.

La atención de los Gobiernos en ambos hemisferios se concentra, naturalmente, respecto del extranjero, en los países donde tiene ó le despiertan mayor interés positivo. El vasto y lejano Imperio chino, productor y consumidor, de vieja civilización, hace apenas poco más de medio siglo abierto al mundo occidental, y á pesar de estar poblado por una raza no solamente diversa y sin afinidades con la caucásica ó blanca, sino tan

hostil como si se tratase, no de otras razas, sino de otras especies, es más bien y más ampliamente conocido para los europeos que las Américas del Sur y del Centro, exceptuando á España y á Portugal, sin embargo de haber sido europeos los descubridores, conquistadores y civilizadores de estos pueblos latinoamericanos.

La distancia del mundo de Colón, por una parte, y por otra la impresión profunda que causó en la conquistadora Europa la separación violenta de estos países y de las colonias británicas de América, que hoy forman la Unión angloamericana, han traído por consecuencia el apartamiento de la atención de Europa, de estas regiones, apenas conocidas por algunos historiadores, geógrafos, navegantes, mercaderes, frailes, misioneros, etc., de modo incompleto é imperfecto, y á las que Europa y los mismos Estados Unidos envían algunos cónsules para las gestiones de su relativamente escaso comercio, y para las que siempre designan los más adocenados é incipientes de sus diplomáticos.

El carácter independiente de estas juveniles naciones, y su fanático amor á la libertad y á la democracia, han sido para la Europa conquistadora una barrera más cerrada, alta y espesa que la famosa muralla de China, y el resultado es que, en general, América es más desconocida para Europa que el Africa central.

***

Por razón de sus empresas é intereses comerciales, los Gobiernos europeos conocen con cierta amplitud la América española; pero en el público, inclusas las clases intelectuales, la ignorancia respecto de estas Américas es verdaderamente asombrosa. Los tratados de Geografía escritos por autores europeos, ó no le enseñan nada á ese público, tan ignorante como torpemente desdeñoso de América, ó, lo que es peor, no le enseñan más que disparates, errores y mentiras.

El criterio del público, del vulgo europeo, respecto de América, acaba de extraviarse debido á este hecho notable y notorio: la decadencia de la prensa periódica europea de información.

Esta ignorancia de los Gobiernos, de los historiadores y geógrafos, y del público y de la prensa europea respecto de América, especialmente de la española, arrastra á esos elementos á decir y cometer los mayores disparates.

Así se explica, por ejemplo, cómo un aventurero europeo, sembrador de café, organizó en Nueva York una expedición filibustera, compuesta de norteamericanos y canadienses, para marchar con ella, como marchó, al Brasil, para apoderarse de la provincia de Minas Geraes.

El resultado fué la captura de un centenar de aventureros, que hoy están en peligro de ser fusilados, y que creyeron que el Brasil sería un aduar de cafres.

Y lo mismo piensan, respecto de Méjico, los yanquis, para quienes Méjico, de buena fe por cierto, es, según creen, algo menos que una reservación de pieles rojas.

Véase ahora otro resultado curioso de esa sorprendente ignorancia de Europa respecto á América: el *Standard* y el *Times,* de Londres, reseñando la visita del Emperador de Alemania al Rey de Inglaterra, hablan del aumento de la escuadra alemana, y, comentando este asunto, dicen que puede tener por fin tal aumento *¡el de adquirir colonias en la América del Sur!*

¿Conquistas en la América española, como si se tratase de Somalilandia?

No se comprende, sino por lo antes dicho, cómo esos periódicos y otros de Alemania, Francia y Estados Unidos pueden decir semejantes sandeces.

A este respecto, *El Correo Latino-Americano* dice:

«Esos periódicos sólo merecen que en la América latina los admiren por su crasa ignorancia de lo que es hoy ese continente, capaz de defenderse de las escuadras, que, cuando más, podrían bombardear puertos indefensos, y luego cablegrafiar á Europa noticias de hechos heroicos y de batallas espantosas.

»Sería bueno que en las renombradas Universidades de Europa, ó siquiera en las escuelas públicas, maestros instruídos enseñaran la historia, la geografía y la política, y describieran el carácter y recursos de las *republiquitas*. Así se disiparían sueños ridículos, no se leerían disparates en periódicos vetustos y pretenciosos, y se evitarían expediciones que, seguramente, tendrían su epílogo en los *Cerros de las Campañas*. Sin embargo, bueno es no descuidarse. El Congreso latinoamericano se impone, y su primer acto debe ser dictar algún decreto que le quite á la civilizada Europa la espesa venda de ignorancia respecto á la América latina, que no es la de tiempos de la conquista.»

Buenos síntomas.

Según las últimas noticias recibidas de la región centroamericana, parece que van calmándose allí los ímpetus belicosos que amenazaban con una conflagración.

Este resultado es debido al triunfo del principio anti-intervencionista, que ha reducido la revolución de Honduras á una cuestión aislada, de carácter local, y sin mayor transcendencia para la marcha general de la política centroamericana y sus relaciones con las demás naciones de este continente.

Las alarmas, las asonadas y la gritería descompasada de los enredadores, que sólo aspiran á complicar las cuestiones y abultarlas con su cuenta y razón, se han estrellado contra la actitud firme y decidida de Méjico, que ha sido desde un principio fiel á su política de no intervenir más que con sus consejos amistosos en las contiendas centroamericanas.

Conviene dejar establecido de una manera sólida y permanente, para poner freno á las ambiciones bastardas que se encubren con un humanitarismo hipócrita y quijotesco, que por unos ú otros medios, Honduras, como todos los pueblos, es dueña de darse el gobierno que más le convenga, sin que los extranjeros sean jueces de la legitimidad de esos medios.

El derecho de extranjería queda limitado en tales casos á exigir á todo Gobierno nuevo el cumplimiento de los compromisos internacionales adquiridos por sus antecesores, y el respeto por las personas, bienes y derechos de los súbditos extranjeros residentes en el país.

Esta bandera prestigiosa, plantada hoy con mano firme en el corazón de la parte septentrional de este continente, se impone á todos los pueblos hermanos, por su alto sentido jurídico, y por ser la garantía de la independencia, de la libertad y de la paz de todos los pueblos de la tierra.

En presencia de la revolución de Honduras, no faltó quien quisiese apelar á la intervención del Tribunal de Cartago, desnaturalizando completamente esta institución, cuyo objeto es tan sólo fallar los pleitos de carácter internacional que sean sometidos á su juicio.

La intervención en esta nueva forma, no sólo habría provocado la temida conflagración, sino que, ó habría traído la intervención armada de los Estados Unidos, ó habría anulado aquel Tribunal por desprestigio é impotencia.

La simple proclamación de la política anti-intervencionista por la diplomacia mejicana ha tenido la virtud de disipar el nublado, como iris de paz que ahuyenta la amenazadora tormenta.

Tal es la fuerza de la razón y del derecho, que una y otro se imponen por sí mismos, penetrando en todos los entendimientos y en todos los corazones, como penetra por todas partes con su brillo la luz del sol.

Á su impulso, el presidente Zelaya reprime sus ambiciones; la República salvadoreña, antes dispuesta á entrar en la contienda, resuelve observar las leyes de buena vecindad, desarma é interna á los sublevados hondureños que penetran por sus fronteras, é impide las conspiraciones en su territorio; y, por fin, el presidente de Guatemala pone en libertad á los presos políticos, en número de más de cuarenta, después de haber abierto una amplia información, encaminada á demostrar que no es cierto que con motivo de la tentativa de asesinato de que fué víctima, hubiese pronunciado las fatídicas palabras de venganza y exterminio que le fueron atribuídas.

Todos estos síntomas favorables á la paz nos causan una indecible satisfacción.

Éste es el único camino que puede conducir, en un período más ó menos largo, á la solidaridad y á la unión de los Estados centroamericanos.

La guerra y la violencia jamás engendrarán la paz y la concordia, porque cada cosa engendra su semejante. Los pueblos ístmicos no tienen para qué reñir: les sobra territorio y riqueza para la escasa población que contienen, y ocupan una de las mejores posiciones del mundo.

No deben olvidar que su posición es altamente envidiada, y que sus discordias pueden entregarlos maniatados á los ambiciosos, que acechan la ocasión para quitarles el rico patrimonio que heredaron de sus mayores y convertirlos en parias.

Los partidos hondureños obrarían muy cuerdamente llevando sus querellas al campo legal para dirimirlas. Para ello, cuando la revolución haya terminado, quienquiera que sea el vencedor, debe decretar una amplia amnistía para que puedan regresar al seno de la patria todos sus hijos, á trabajar por su prosperidad y su grandeza.

Información extranjera

Inglaterra

Los imperialistas ingleses.

Es una coincidencia digna de estudio el hecho de que, mientras más se significan y más osadamente se exteriorizan en determinados elementos radicales el concepto antimilitarista y de negación patriótica, más se arraiga y acrecienta el ideal imperialista en las iniciaciones políticas é internacionales de la mayor parte de los Gobiernos civilizados, sobre todo por parte de aquellos que, por su poderío y por su preponderancia efectiva, sienten más necesidad de expansionarse y cuentan con más elementos para imponerse á los débiles.

Ello no es más que un signo ineludible de la condición humana; siempre el contraste que origina la oposición ó la lucha, acrecienta y consolida en el pensamiento y en la conciencia del hombre los principios contradictorios.

Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, donde el socialismo radical con sus conceptos de sin patria más se extiende, son las naciones en las cuales más se caracteriza la política por sus actos de dominación y de conquista.

Pero, al propio tiempo, las fracciones revolucionarias deben adquirir, sin duda, en ellas más preponderancia, cuando sus estadistas tanto se preocupan en despertar el entusiasmo patriótico y el amor al imperialismo.

En Inglaterra, que fué siempre uno de los países que más se ha significado por su espíritu de solidaridad nacional, debe, seguramente, de sentir graves y manifiestas depresiones el sentimiento patrio, ya que, según parece, existen valiosos factores sociales que se proponen reavivarlo, sobre todo en las tierras separadas geográficamente del solar nacional, en las que ondea la bandera británica.

No á otra finalidad que á un resurgimiento del amor y adhesión á la metrópoli en los países anglosajones diseminados por el globo—la Unión Jack—se ha dirigido «La Fiesta del Imperio», que, á iniciativa de significados elementos sociales y políticos, se ha celebrado últimamente.

Trátase, pues, de ponderar las personalísimas aspiraciones patrióticas de sentido marcadamente regional, ó mejor, el nacionalismo latente en Escocia, Irlanda, Canadá, Nueva Zelanda, Australia y Sur de Africa, en un más amplio ideal de nacionalidad, en un concepto de la personalidad patria más extenso y comprensivo á la vez, en un patriotismo más elevado y encaminado al imperialismo orgánico, con todas sus iniciaciones de expansión.

He aquí el ideal que persigue el Unión Jack Club. Propone que se repartan banderas á las escuelas, y que se formen clubs para los soldados de mar y tierra.

Con el fin de obtener fondos para la realización de tales proyectos, el Unión Jack, junto con el *Daily Mail,* ha publicado un libro destinado á exaltar el ideal imperialis-

ta, que se vende á un chelín cada ejemplar. Hasta ahora se han vendido más de 250.000 ejemplares.

Tanto en esta obra, como en todos sus actos y tendencias, sólo tratan los imperialistas de infundir en la conciencia popular, ya desde la escuela, la convicción íntima de que el Imperio británico es el más grande y poderoso, el más libre, el más honrado, «el más limpio de las corruptelas que han arruinado á los demás imperios, el que ha tenido siempre razón en todas sus guerras, que ha emprendido las más de ellas por excitación injustificada del enemigo, que nunca se ha propuesto finalidades interesadas y egoísticas».

Estas exageraciones patrióticas tienen, como es consiguiente, sus impugnadores, entre ellos varios periódicos como la revista *Truth* y muchos hombres de gran significación política, que las creen ineficaces, cuando no imprudentes.

Conforme afirma el *Truth,* á nuestro juicio muy acertadamente, el patriotismo imperial de las colonias inglesas, como el de todos los países sujetos al dominio político y militar de otro pueblo, sólo existe mientras la colonia es joven, y su población está principalmente formada por emigrantes nacidos y criados en la metrópoli; pero el día en que predominan los nacidos en la misma colonia, adquiriendo costumbres propias é ideales internos de una nueva personalidad, aquel patriotismo imperial va cediendo paso á un concepto más estrecho é íntimo del organismo patrio, ó sea al nacionalismo espiritual, que se acrecienta y se mueve hasta que logra convertirse en hecho de existencia.

Creemos realmente que nada se logra con ese artificioso patriotismo que pretenden los imperialistas ingleses; porque, en realidad, el patriotismo, digan lo que quieran todos los radicalismos y todas las ideas de disolución social, es un sentimiento innato en el hombre, y que, por consiguiente, no puede crearse.

Es el ideal patrio algo que fluye íntimamente y de modo espontáneo en el fondo de nuestra conciencia; es como el reflejo del ambiente, de las palpitaciones de la tierra donde abrimos los ojos á la luz, y que nos satura el alma constantemente, sin que lo destruyan ó modifiquen ni la educación, ni convencionales enseñanzas.

Este falso patriotismo que el Unión Jack Club y *Daily Mail* preconizan, tiene, además, otros inconvenientes que deben tenerse en cuenta, porque el íntimo convencimiento de que su nación es la más perfecta haría á las nuevas generaciones inglesas demasiado orgullosas, anulándose en la conciencia colectiva ese espíritu de progreso, de libertad que caracteriza á la raza, y que ha sido origen de su actual preponderancia y grandeza.

Entre las dos tendencias imperialista y anti-imperialista, hay en la opinión británica los oportunistas, que aspiran á un justo medio, esto es, á que las cosas sigan como hasta ahora; y éstos, creemos que son los que están en lo práctico.

Una política circunstancial que ponga en armonía los intereses y aspiraciones de las colonias y la metrópoli, es lo razonable; que, de otra suerte, ni las predicaciones y los proyectos de los imperialistas, ni las campañas de sus opositores, detendrán la emancipación, cuando llegue la hora de que los pueblos conquisten su personalidad política.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOTECA "ATENEO„

Oro viejo.

En los comienzos del año próximo empezaremos á publicar una interesante colección de obras clásicas que, siendo casi inéditas ó no muy conocidas, merecen los honores de la reimpresión.

De todos esos trabajos, que hemos confiado para su elección y comentario á las personas más competentes, haremos ediciones aparte, de lujo y económicas, que serviremos á mitad de precio á nuestros suscriptores.

Novela y Teatro.

La revista ATENEO, que desde su fundación ha cultivado con tan buen éxito la publicación de versos en todos sus números, con lo que ha podido tener á sus lectores al corriente del movimiento intelectual relativo á ese género literario, se propone desde hoy hacer lo propio con la novela, á fin de que nuestros lectores conozcan á los novelistas contemporáneos, y con el teatro, dedicando páginas preferentes á la crítica extensa, minuciosa, concienzuda y seria, é información gráfica de los últimos estrenos, y á la publicación de novelas inéditas, entre las que figurarán las de nuestros más renombrados escritores, y de las que haremos también ediciones aparte, económicas y de lujo, formando una lucida serie de volúmenes en 8.º

Enciclopedia Universal ilustrada. —J. Espasa é Hijos; Barcelona.

Acaba de publicarse el tercer volumen, y con esta oportunidad creemos de justicia adelantar nuestro favorable juicio referente á obra de tal importancia, merecedora de todo apoyo y propaganda.

Empezaremos por decir que en España no se ha editado obra alguna cuya empresa represente un esfuerzo semejante.

Y para que no se tachen de apasionadas nuestras afirmaciones, tenemos la cifra de gastos que significan simplemente las láminas en color hechas en Alemania, sin añadir los infinitos grabados que acompañan el texto, y que son todos inmejorables.

La nueva enciclopedia se ha formado teniendo á la vista las mejores del mundo, traduciendo, compendiando, completando las mejores enciclopedias, que, corregidas y aumentadas así, é impresas en volúmenes manuables y ligeros, realizarán el ideal del libro útil, tanto tiempo anhelado.

REHABILITACIÓN HISTÓRICA

I

La Edad Media llegó el día de verse toda su magnificencia. La civilización ha podido averiguarse que debe á los tiempos medios una riqueza inmensa en todos los órdenes de la vida. La dificultad está en lo complejo del problema de tantos siglos. Siglos en los que la diversidad supera á la unidad, por más que de todos ellos resulta una síntesis con un número dado de significativas manifestaciones, como hechos concretos ejecutados por personas determinadas. Personas que son gigantes rodeados de millones de pigmeos; hechos salientes entre multitud de manifestaciones inferiores; la diversidad, por la que atraviesa y supera la unidad. De cuyo modo de ser la Edad Media se explica que pudiese el Renacimiento venir á la vida con tanto esplendor. Siempre todas las *edades* mezcladas en ellas sonrisas y lágrimas, por haber en ellas amores y odios.

¿Qué significan los acontecimientos del año 1013 al año 1085? ¿No tiene fundamento que la suerte de los destinos de Europa, regidos por muchos años por el Imperio de Alemania, pasasen á ser regidos por el Imperio de Francia? ¿No tiene importancia suma que Hildebrando, convencido de que el Papa de una facción sería peor que el Papa de un Emperador, suplicase á la Emperatriz Inés la designación de un Pontífice digno de serlo? ¿La herejía y el cisma qué han probado ante el poderío de la Iglesia? Enrique IV se puso enfrente de Hildebrando cuando ascendió á ser Gregorio VII, y la condesa Matilde dió á éste todo su valiosísimo apoyo. Como se ve, la mujer, con representación legítima social y legal, tomaba una parte principal dignamente en los acontecimientos públicos. Enrique se empeñó en no considerar á Gregorio más qué como el monje Hildebrando, surgió la discusión llamada de las *investiduras,* ó sea, disputarse el poder absoluto el Papado y el Imperio, presentando nueva faz los acontecimientos de Europa.

Dígalo si no el reflejo ó repercusión que tuvo la lucha que sostuvieron en el siglo XIII Bonifacio VIII y Felipe *el Hermoso,* de Francia. A esta nación había pasado el imperio que retenía Alemania, y, por consiguiente, su alta representación en Europa. La aspiración de los reyes era la de que desapareciese la discordia, perjudicial para ellos, entre los señores feudales. Para conseguirlo tuvieron que gobernar con justicia, más que nada relativa (es verdad), pero la tendencia era á mejorar lo existente; el brillo de la Corte y el mayor respeto al derecho influían á favor de la autoridad real; siempre corriendo el riesgo de que ese poder real cayese en manos de un tirano, como lo fué Felipe *el Hermoso.* La conducta de éste contrasta con la que tuvo Catalina de Sena, que está apellidada en la Historia el gran prodigio del siglo XIII. Catalina medió en muchas de las contiendas que se suscitaron. Tal vez desde el punto

de vista católico, después de Bonifacio VIII, sea la figura de Catalina la que destaque en contraposición de la de Felipe, que no pudo realizar cuanto quiso ejecutar con despotismo, atropellando la justicia.

¡La justicia! Si no está precisamente en cuanto se relaciona inmediatamente con su ejecución, está cumpliéndose la reparación social. Tanta hermosura reparadora como se ha conseguido revela progreso indudable en las buenas costumbres. Civilización verdad.

Verdad á través de errores. Los gibelinos lograron que formase entre sus filas Dante Alighieri. El año 1321 estaban aquéllos y los güelfos en guerra sin cuartel, sembrando la desolación por los campos de Italia. Dante es tan batallador político como inspirado en su poema heroico la *Divina Comedia,* que está influída por sus amores de Beatriz. El año 1374 Petrarca escribió sus tiernos sonetos á Laura; tal vez con menos fondo que forma, pero en aquél y en ésta se ve inspirarse el poeta en amar á la mujer para enaltecerla. No podrá decirse tanto de Boccacio, respecto á los atractivos que tenga para él la mujer, que vió mucho en ella de atracción sensual, sin que pueda llamársele el bardo que feroz acomete la satisfacción de sus pasiones. Estas hacen siempre juguete de sus impulsos á la Humanidad; mas no siempre llega ésta á prescindir de consideraciones que miran al progreso verdadero.

En el siglo XIII, el hombre, por muchas causas, había pasado del estado de bárbaro al estado civilizado, de nómada á ciudadano, grado por grado, quedándole muchos que recorrer (Dios sabe cuándo los habrá recorrido todos). La poesía pudiera tenerse como la más delicada expresión del amor, aun cuando el poeta sea tan desesperado como lo fué Espronceda, tan escéptico como lo fué Campoamor. Porque la expresión poética tiene siempre, en su más recóndito pensar, efusiones del alma que contienen en su esencia amor. La caridad, que significa abnegación, suprimir la voluntad propia para que prevalezca la del prójimo, darse á éste en sacrificio, sacrificio por coincidencia de voluntades, actuando éstas desinteresadamente, que es cuando el egoísmo queda aprisionado. El poeta de los últimos siglos de la Edad Media representa una sociedad en la que la mujer es cantada, glorificada poéticamente. Dejó de ser la mujer solicitada sexualmente, sin que se pueda decir estar suprimida esa tendencia inevitable. Sólo que llegó la literatura á ser mucho el arte por el arte, el espíritu por el espíritu, dejando á la materia en su lugar, reducida á sus límites naturales, que son los de los sentidos.

Entonces pudieron ya empezar á salir del claustro los estudios filosóficos, ramas del saber, como las ciencias naturales lograron su emancipación. Las Cruzadas antes, los árabes después, más frecuente trato de Occidente con Oriente, consiguieron que se abriesen nuevos horizontes, hasta llegar un día que pudieron verse de Grecia sus resplandores artísticos y científicos. Después de la mitad del siglo XII se inicia en España la poesía nacional de carácter sentimental-religioso, que fué personalizada en el Cid Campeador como tendencia general. Pudo llegarse al siglo XIII con notable cultura mercantil, en cuanto se refiere al mayor tráfico y á disponer de mejoras industriales. Cuanto

convienc á la familia, y por esto al patrocinio de la mujer, fué de día en día mejorándose. De Sicilia y Venecia sus telares de seda, sus iglesias, sus escuelas, no obstante frecuentes guerras, presentan buenos ejemplos que imitar. Constantinopla, por su situación entre dos continentes, facilita la actividad mercantil. Génova compite en actividad industrial con otras ciudades. Lombardía pone activo el comercio monetario y su derivación natural. La Humanidad progresa, no obstante los obstáculos creados por ella misma.

La Edad Media es una de las grandes, gigantescas etapas del género humano, entre las principales.

Del P. Mariana no puede decirse que desconoció el progreso; á éste rindió homenaje Weber. Lafuente admite la ley progresiva por la fuerza de las cosas. César Cantú, con su discurso sobre la Edad Media, señala los progresos humanos en el tiempo y en el espacio. Con razón llama arbitraria á cierta división que se hace entre Edad Antigua y Edad Moderna. Malthus, á quien no puede negarse entendimiento, al sospechar si habrá encontrado demasiado encorvado el arco de la Historia, se ofrece á rectificar sus opiniones. La rectificación crítica que ha impuesto Cantú es de gran mérito. Á la Escolástica no puede negarse su reinado, como todo reinado, con errores. Pero ¿qué reinado no los tiene? Después de cometer muchos errores, logró San Agustín quedar persuadido por Santa Mónica. Boecio, en su destierro de Atenas, puso los primeros jalones para que, con el tiempo, fuese apreciado Aristóteles por Occidente. Extinguidos los siglos IV y V, empieza en gran escala la labor por Europa de la educación de los bárbaros, en la que desempeñó el principal papel la Iglesia, que tanto ha hecho siempre por redimir á la mujer.

La aparición de Bacon y Descartes, de quienes se gloría el siglo XV, no fué por salto de diez siglos; ¡qué locura pensar así! Su aparición fué preparándose en el transcurso de *diez* siglos. Que paso á paso ha ido la ciencia.

Así puede comprobarse por la Crónica de San Gall de 760. Por los Anales de Alcalá de Henares de 1124, como por los de Badajoz y de Toledo, sabemos de las invasiones de los almoravides de África, de los árabes en general, por esta España regada con sangre todos los siglos. Otra crónica milanesa da luz en aquellos tiempos de fondo tan obscuro, donde se ve á la mujer del serrallo pendiente su voluntad de un déspota; donde está sujeta la mujer hebrea á la usura; la sierva del terruño vive sometida á su señor; los claustros, para ser defendidas sus mujeres, tienen que estar fortificados. La galantería tenía entonces algo de lo que ha presentado en nuestros días Zorrilla. Venturoso el amor que adquiría con la libertad honestidad. ¿Pero á cuánta costa? Al menor descuido sucumbía el honor, por capricho pasajero ó brutal acometida.

Catedrales y monasterios testifican el progreso de las Artes. Si destaca el misticismo, no destaca menos la belleza artística.

Para tanta maravilla creada por el Arte no fueron obstáculo las hazañas entre vencedores y vencidos. En ellas no tomaba parte la mujer más que como víctima, en guerras que sembraban odios; fructificaban éstos, dando nuevas, malas semillas. Seguramente no puede desconocerse que están calcadas las

instituciones modernas sobre las de la Edad Media, que han ido desgastándose en el tiempo y en el espacio. La literatura influyó en los tiempos medios, y no más allá, como impulso general. Aun en aquéllos bastaba con recrear la inteligencia, sin que por esto pueda negarse la instrucción relativa. ¿Cómo negar el carácter *privilegiado* que fué distintivo de la Edad Media, cuando es hoy como reminiscencia de ella el privilegio? El Estado actual no es señor de horca y cuchillo, pero sí dispone por el bolsillo de vidas y haciendas. Á la esclavitud política ha sustituído la esclavitud económica; á la servidumbre feudal, la servidumbre caciquista; á la creencia religiosa, la incredulidad filosófica. Los gastos en armamentos son otras tantas ofensas hechas á Dios.

Carlomagno y Mahoma han sido juzgados de tan distinta manera, que, ateniéndose á sus críticos, es imposible tener su retrato moral. Lo mismo puede decirse del feudalismo y de las Cruzadas, de los bárbaros y de los filósofos. Sin que falte sabiduría ni buena intención, hay lo que es tan difícil evitar. El prejuicio de escuela y la propia impresionabilidad. Darse á la confusión entre sujeto y objeto. Es muy difícil cuidarse de sólo ser observador, para no impregnarse ó contaminarse con la materia observada. No han podido ser pensadores imparciales: Tiraboschi, desconociendo la influencia de los acontecimientos políticos sobre la literatura; Montesquieu, no encontrando nada aprovechable de la legislación de los bárbaros; Botta, que para él la Edad Media no es más que un monumento de la locura humana; Voltaire, mofándose de todo, no es de extrañar que se mofase de la Edad Media. Como si todas las edades no tuviesen su parte buena, que es la experiencia imparcial acumulada de las edades precedentes, tomándose de ellas lo bueno, como han hecho los legisladores que han sabido y han querido ser útiles á sus países respectivos.

Difícil investigación ha tenido de ser sobre lo que había que desentrañar de los feudos y de las municipalidades, de las corporaciones y de sus privilegios, de los reyes y de los individuos. Todos querían tener vida propia; en realidad, hasta cierto punto la tenían, con tendencias absorbentes para todas y por todas partes. Era la actividad social, que no puede cuanto quiere conseguir, y que tampoco se conforma á estar pasiva. Que despertamos con ilusiones y nos dormimos con desengaños. Sin embargo, los empeños no se abandonan fácilmente. En la Edad Media es el sentimiento la nota predominante, aunque sin exclusión del cálculo, por más que éste no tenía ambiente adecuado donde vivir cómodamente. Entre otras razones, por la misma inexperiencia de la Edad Media; por no estar del todo extinguidas, ni mucho menos, las ideas del paganismo, ni las costumbres de la barbarie, ni las tendencias de vida aislada en los campos, ni la misma subordinación de la familia á su cabeza, con mando inapelable. Cuando se hacía vida pública era para concentrarse en un sentimiento general. Sentimiento que cantaban los trovadores, si para prodigar alabanzas, también para hacer oir sátiras á bellezas y á héroes. El bufón es representación de una época.

Fijémonos que en la Edad Media, al desaparecer aquel poder corruptor

que existía en Roma, se repartió por tantas bifurcaciones, que había de ser muy difícil abarcarlas todas; sobre todo, estudiarlas bien y corregirlas. Poder distinto en un todo al que venía á regir los nuevos destinos del mundo conocido, desde las mismas orillas del Tíber.

La inmensidad separaba el siglo V, aquella vida del reinado de Augústulo, de la vida del siglo XIII, en la que figuraba soberanamente Rodulfo de Absburgo. Mas con la investigación y los juicios consiguientes había que rellenar todo el espacio que separaba siglos tan diferentes; espacio en el que no se había hecho el vacío por máquina neumática. Ni la voluntad había quedado en suspenso. No; lo plebeyo germinaba en la vida de la sociedad; los estudios se hacían en el recogimiento del claustro; lo económico por senderos difíciles tenía una realidad; no se pregonaban por ciudades amores honestos; tampoco escándalos repugnantes, sentencias filosóficas. Pero incubaciones varias había muchas en ideas generosas y en concupiscencias desenfrenadas.

El *poseedor* de la tiara pugnaba por adquirir preponderancia, que le era disputada por el dueño de espada, señor de horca y cuchillo. Fleury quiere desentrañar, y no acierta, los secretos de la Edad Media. Era difícil poder dar á la publicidad secretos que se escribían para tenerse guardados en corporaciones religiosas ó seglares, en gremios ó gestores judiciales, en castillos ó municipios: donde todo era aislamiento, ya por dificultades de comunicaciones, ya por desconfianzas explicables, ya por la misma ignorancia general, ya por ser los amores concentraciones de los ánimos rodeadas de misterio. Italia, que había desaparecido como nacionalidad, después de haberla tenido suprema, ejercida cruel sobre tantas nacionalidades, á Italia no podía privársela de lo que era innato en ella: el arte y la ciencia; el derecho funcionando durante siglos, mucho antes que rigiese soberano, en las naciones que consiguieron dejar de depender de la metrópoli romana. Mucho hizo Robertson por mejorar la Historia, mas mucho dejó por hacer para iluminar tantas obscuridades.

La mirada de águila del Dante no pudo llegar hasta lo impenetrable en sus días. Nos referimos ahora á la unidad de la Iglesia, desarrollada con tesón, defendida valientemente, propagada con sabiduría. Sobre todo, el instrumento católico al servicio del cristianismo fué consagrado para ejercerse por una Cabeza visible (la de Pedro fué la primera, que ha tenido sucesores sin interrupción). Pudiera ser para Dante la Iglesia uno de tantos organismos políticos; no el supremo con relación al religioso.

Hasta llegar á Otón *el Grande,* en el orden civil, viven dispersos muchos señores, ignoradas muchas influencias populares, castigadas multitud de aspiraciones, contenidas verdaderas fuerzas vivas: germanos y mahometanos se señalan por formidables encuentros. Ambos bandos, no sólo se componen de combatientes: les acompaña fuera de combate, pero con influencia decisiva, el bello sexo; influencia que no estará nunca bastante estudiada. ¿Cómo descubrir secretos que mueren con el ser que los guarda, para no exteriorizarse jamás? Por lo que interesa al progreso familiar, patente está el contraste entre la mujer feudal y la mujer yanqui, entre la mujer del harén y la mujer espa-

ñola de respetos católicos. Fíjese la atención en la manera legal que tuvo la elección de Otón *el Grande* (era el año 976) y la que ha tenido de subir al Trono el Rey Eduardo de Inglaterra en el siglo XIX. Gran diferencia de vida la de Aquisgrán en la Edad Media á la de Londres contemporánea, como la vida de la mujer de la Meca y la de la mujer española de América en este siglo.

Carlomagno reinaba en el año 771. ¿No es verdad que de él á Otón el progreso se hace visible? Si retrotraemos más los tiempos, ¿qué decir de aquellos días de los mártires, que pasan de las catacumbas al circo para ser devorados por fieras, al siglo en que florecen navegación y ciencia, el caballero cruzado en Tierra Santa, y la dama guardando el honor de su castillo? La peregrinación humana, iluminada por la religión cristiana, va, de obstáculo en obstáculo, venciéndolos todos. ¿Cuándo llegará á la meta? Moisés sólo pudo ver la tierra de promisión. San Pedro no pudo conseguir tener una catedral. Los Concilios sabe Dios cuándo consolidarán sólidamente la doctrina de Jesús.

La Edad Media, edad de maravillas, con personificaciones que hicieron tanto; edad en la que viven Tomás de Aquino y Godofredo de Bullón, Carlomagno y Luis *el Santo,* Felipe Augusto y San Fernando, Juana de Arco é Isabel de Castilla, Alberto *el Grande* y Dante, San Gregorio I *el Magno* y San Sergio I, Inocencio III y Bonifacio VIII. El mismo Maquiavelo desde su punto de vista mundano, César Borgia desde el suyo político: todos enseñan tanto, que, en parte, á la escuela de Florencia pueden perdonársela muchos errores (algunos fallados judicialmente crímenes) y otras escuelas. En cuanto á historia del Arte, el cristianismo desde sus comienzos le dió esplendor. Se revela en la donación de Constantino al Papa Silvestre del palacio de Letrán. Una hija del Emperador, Constanza, sus restos mortales son depositados en magnífico sarcófago, donde había catacumbas, entre las vías Salaria y Nomentana. Gala Placidia, hija de Teodosio, manda erigir la iglesia de San Nazario y San Celso. Ciudad donde se establecía el cristianismo, ciudad donde se edificaba iglesia. Recuerdan la época medieval León, Burgos, Toledo, Westminster, Nuestra Señora de París, Reims, Colonia, Granada, etc., etc. Maravillas y más maravillas.

II

Gran sentido crítico revela César Cantú cuando pregunta: «¿En qué tiempo habéis sido elevados?» La evocación por esta pregunta está dirigida al puerto de Génova y á la poderosa Venecia de la Edad Media. La pregunta se extiende á monumentos magníficos, como son los de Pisa, Siena y Orvieto. Ellos revelan el paso por aquellas poblaciones de sabios, de muchos hombres cuyo intelectualismo ha sido superior; hombres que, con verdadera inspiración, concibieron y realizaron maravillas que han inmortalizado su nombre, y cuyas obras justifican la existencia de siglos con ciencias y artes, dignos recuerdos de ser perpetuados. Podrá negarse, pero no justificarse, que fueron siglos de barbarie aquellos que en sus anales figuran la catedral de San Petronio de

Bolonia y el sacro convento de Asís, con otras obras que son dignas de eterna memoria. La religión aparece por todas partes, influyendo desde el tugurio al palacio. Religiones de muchas formas se registran en la Historia; mas la católica se presenta superior á todas en influencia civilizadora.

En la Edad Media fué redimida la Humanidad de los errores del paganismo y de la opresión violentísima de la barbarie. Actos de libertad, de justicia, de heroísmo, de resignación, de perseverancia, de amor. Contrapuestos á esos actos están la tiranía, el atropello, la cobardía, la ira, la pereza, el odio. Sí, es muy cierto. Pero ¿qué importa la villanía ante la nobleza, qué la hipocresía ante la sinceridad, qué la traición ante la lealtad, qué la adulación ante la verdad? Pues qué, ¿acaso podrá justificarse que el vicio puede más que la virtud? ¿No conduce el primero á la ruina de riqueza, de salud, de conciencia? La virtud, ¿no tiene en su apoyo la satisfacción del bien cumplido? ¿Cómo es posible concebir que por el mal camino pueda andarse sin tropiezos? Se deja el siglo IV con los horrores del paganismo y de los bárbaros; á través de diez siglos se llega al siglo XV, de grandeza de ánimo en industrias, artes y ciencias.

¿Por qué? Por actos gloriosos que hacen olvidar las debilidades humanas.

En la historia de la Edad Media se ve al Dux de San Marcos ponerse á la cabeza de los Estados de Europa contra los Estados de Asia. En esa historia consta aquella devoción con que se acudía á las tumbas de los Apóstoles, como queriendo identificar la vida real con aquella que vive por el recuerdo de la santidad. En la historia de la Edad Media se registra la hazaña valerosa de los valientes de Póntida, con actitud bélica y de corazón amante de concordia. La historia de la Edad Media es la de las iniciativas para fomentar la paz, consolidar el derecho, ponerse los cimientos de una libertad política que se abre paso á fuerza de esfuerzos dirigidos á concluir con monopolios materiales y morales. En fin, la Edad Media señálase por un núcleo de doctrina que, si no fué bien apreciada en su tiempo, no es menos cierto que dejó el camino preparado para seguirlo, condenando el duelo, el adulterio, la arbitrariedad, toda legislación que abandona al débil y ampara al fuerte.

La tendencia actual, en aquella edad tiene sus orígenes. Á la justicia en su realidad se aspira; ¡por más que es tan ingrata la Humanidad!

Al pueblo, en su sentido más general, habían llegado las voces de misioneros preocupados solamente por las máximas del Evangelio. Se tropezaba (como se tropieza hoy) con dificultades en la apariencia insuperables. Obstáculos que llamaban preferentemente la atención, más que nada, por no utilizar todos los medios de combatirlos. Ello es que, al par del desarrollo industrial, está el engrandecimiento monástico; al par que el engrandecimiento del principio de autoridad, se encuentra el judicial; al par que la centralización monárquica, se organizan fuerzas locales y gremiales. El mismo *derecho de asilo,* que está muy bien presentado por la pintura moderna; la *tregua de Dios,* que desarma huestes de pasión con acometividad implacable. Todo da alientos para esperar la paz en día más ó menos lejano.

Podrá haber inverosimilitudes, exageraciones, torpezas, cuanto puede in-

fluir para desfigurar la verdad; pero que ésta existe imperecedera, es indudable. No puede negarse realidad á tipos como el de Doña Teresa de Portugal, primera esposa de D. Alfonso IX de León (año 1190). Doña Teresa fué modelo de esposas y de madres, no obstante predominar en aquellos tiempos en absoluto los arreglos matrimoniales, por razón de Estado, entre los reinos de León y de Portugal; no obstante darse el caso de separación de matrimonios regios, cuando las causas que los motivaban habían desaparecido. Éstas y otras mal llamadas razones políticas (no podían llamarse morales) motivaron que D. Alfonso IX tomase segunda esposa, que lo fué Doña Berenguela *la Grande,* llamada así por el P. Flórez, cuando ardían en guerra los reinos de Castilla y de León, estando descuidada hacérsela á los moros. Que por descuidos se llega al pecado mortal, según el *Kempis,* y por descuidos se pierden colonias, como ha dejado dicho Macaulay.

Doña Berenguela, según D. Alfonso *el Sabio:* «Por peligros de guerra et de muertes et de robos entre el Rey de Leon et el Rey de Castiella, por omes granados et buenos et amigos que andovieron en medio, avenieron el pleyto, que el Rey D. Alfonso de Castiella diese al Rey D. Alfonso de Leon la Infanta Doña Berenguela, su fija, y por esto ovo paz en Castiella.» Si se mira al pasado, estos tratos y contratos matrimoniales, que no pueden llamarse morales, sin embargo, lo eran en comparación de los que se hacían doce siglos antes. Sobre todo, porque la mujer pasaba al rango de esposa cristiana, cuando en el año 1197 se pensó en casar á Doña Berenguela con D. Alfonso, precisamente por la significación importante que su persona representaba entre las Cortes de Castilla y de León. Doña Berenguela fué madre de San Fernando. Concibió la santidad, puede decirse. Atendió á sus vasallos, influyendo sobre el Rey para que redujese los tributos que pesaban terriblemente sobre los pueblos; con lo cual se conseguía entorpecer las decisiones bélicas, que eran tan frecuentes y rápidas en la Edad Media.

Mas ¿cómo consiguió tan gran mejora la influencia de la mujer? Para justificarla será preciso retrotraerse al siglo VI, por ejemplo. Cuando figura en las crónicas San Hermenegildo acompañado en el Trono por Yugunda. Iberos y francos, los reyes no eran ni politeístas, ni bárbaros, ni mahometanos, como está dicho. ¿Pues qué eran? Principalmente hombres de su tiempo. Sin embargo, el año 589 el Rey Recaredo, al frente de los godos; su esposa Badona, en el Concilio III de Toledo, figuró ocupando puesto de honor. El arrianismo quedaba condenado, y la fe católica proclamada solemnemente. Para merecer elogios era preciso ser como fué Reciberga, esposa de Chindasvinto, el año 642. San Eugenio hizo un elogio de las virtudes de Reciberga. El año 680, en el Concilio XIII de Toledo, Siubigotona, esposa del Rey Ervigio, fueron ensalzados sus méritos por los Padres de la Asamblea. Triste, tristísima jornada fué aquella en la que D. Rodrigo rindió el estandarte de la Cruz al pendón agareno. Y aun entonces, Egilona, esposa de aquel Rey, luego del moro Abdalazís, fué respetada su creencia. ¡Cuánto puede aprenderse en la Historia!

Á la historia nefanda de D. Rodrigo sucedió la historia gloriosa de Don

Pelayo, que empezó á reinar el año 718, y pudo tomar el título de Rey de León, en unión de su esposa Doña Gaudosia, que le acompañó en aquellos días de ansiedad, por las penalidades con que hubo de inaugurarse la Reconquista. Los trajes de la mujer tienen más importancia de lo que parece á primera vista, porque el lujo está condenado por el cristianismo, y la Iglesia tiene el deber ineludible de condenarlo. En el siglo VIII, la modestia obligaba, y lo mismo la honestidad, á vestir con decencia, nunca con despilfarro. En el mismo siglo cae prisionera de D. Fruela Doña Munia, y este Rey la hizo su esposa, prevaleciendo las buenas costumbres en la familia; lo que no quiere decir que todas fuesen buenas. La tendencia era buena, y en ese sentido se inculcaba el deber.

Por lo demás, señores y pecheros, jóvenes y ancianos, los dos sexos tenían entonces, como tienen ahora, acciones de que arrepentirse ante Dios.

Ya en el siglo IX es el reinado de Ordoño I, casado con Doña Nuña. En este reinado señálanse hechos memorables, á saber: construcción de iglesias en Santiago, Oviedo y otros puntos de Galicia; las construcciones de León, Astorga, Túy, Amaya, Coria y Salamanca. Los pocos monumentos que quedan del siglo IX dan á conocer personas y costumbres de la época, en la que se contiene con dificultad la afición á lucir galas. *Vanitas vanitatum et semper vanitas.* Este emblema pudiera darse como blasón. En el siglo X es el reinado de Ordoño II, quien incurrió en la falta de repudiar injustamente á su esposa Aragonta, que procedía de ilustre familia gallega. Aragonta, repudiada, edificó y se encerró en el convento de Salceda, de Túy. El año 925 D. Alfonso IV *el Monje* empezó su reinado, casado con Doña Jimena. Por muerte de ésta, D. Alfonso renunció al cetro de rey para vestirse monje en Sahagún. Demostrándose una vez más la influencia cristiana y el conocimiento que se tenía ya de lo humano que es el poder real, no obstante su valer.

A veces parece novela la Historia, por ser la vida tan accidentada y tan en abierta oposición á la voluntad del protagonista. Este es el caso de Alfonso VI, que se reseña su reinado desde el año 1074. Está registrada en sus anales como su primera esposa Doña Inés, hija de un duque de Aquitania, según el cronicón Maleacense. Las guerras civiles privaban entonces entre personajes reales y privados. Toledo figuraba ya como población importante; los fueros complicaban las cuestiones; los prelados tomaban una parte muy activa en las discordias, y los vasallos eran manejados hábilmente por unos y otros magnates. Á Doña Inés, por muerte, sucedió Doña Constanza, que fué la primera princesa que pudo titularse Reina de Toledo, conquistada esta ciudad el año 1085; y la Reina fué iniciadora del culto á la Virgen de la *Paz.* Hija de Doña Constanza fué Doña Urraca. Tercera mujer de D. Alfonso, Doña Berta, que con su esposo firmó las donaciones de San Servando de Toledo, de la iglesia de Palencia y de Santo Domingo de Silos. Cuarta mujer Doña Isabel, cuyo casamiento se decidió por no haber varón que sucediese en la Corona. Quinta mujer Doña Beatriz, en el año 1108, de la que no hubo sucesión; volviéndose Doña Beatriz, viuda, á su patria, Francia.

Además, y esto es lo anticristiano, se atribuyen á Alfonso VI varias amigas, á saber: Doña Jimena Núñez, dama nobilísima, según los escritores de su vida; mujer rica y hermosa: lo que se llamaría ahora elegante. En su historia está elogiada; que á tanto se llega cuando se forma el empeño de prodigar alabanzas con las que encubrir conductas que serán siempre reprobables con criterio de sana moral. Fruto de los amores de D. Alfonso con Doña Jimena fueron sus dos hijas Doña Teresa y Doña Elvira. La importancia de estos amores y la consideración que merecieron está justificada por los muchos documentos que existen sobre ellos, aun siendo contradictorios los antecedentes. Obscuros aparecen los amores de D. Alfonso con Zaida, mora convertida al cristianismo. Y la verdad es que, según nuestra religión, no se sabe qué fuese peor: si Zaida, al ser concubina, dejó la religión de Mahoma por la de Cristo, ó que siguiese con la primera, cumplida al pie de la letra...

El amor es de todos los tiempos y de todos los temperamentos. Por más que tiene sus grados, sus oportunidades, sus disereciones, sus apasionamientos, sus templanzas. Como dice poeta español, un abanico puede servirle de instrumento para una ó muchas borrascas. Las hubo por los amores de Zaida con D. Alfonso, y lo prueban los intereses encontrados, según los comentaristas, que fueron motivo de querer el cruzamiento de la sangre goda con la mora. Así lo asegura la Crónica general. Al ser bautizada Zaida, recibió el nombre de Isabel, que impuso Alfonso. Isabel llevó al matrimonio ó concubinato (concubinato pudo ser) en dote á Cuenca, Huete, Consuegra, Ocaña, Mora, Uclés, Alarcos. Que tanto pudo donar á su hija el poderoso Rey de Sevilla. Al finalizar el siglo XI se extinguió la vida de Zaida ó Isabel en un parto. En anterior tuvo un varón, D. Saneho, muerto en Uclés. Si la vida es ilusión del pensamiento, como fantasía con que éste se solaza, deslizándose fecundos los ideales, es cierto que el amor es palabra con que se expresa concepto inconmensurable. De D. Alfonso VI puede deeirse que como le plugo conquistar territorios, le plugo conquistar corazones. Tal vez enamorado del de Zoraida bajase á la tumba.

Para gobernar España quedó Doña Urraca, como hija legítima habida en Doña Constanza de Borgoña.

Complicado reinado fué el suyo. Estamos ya en el siglo XII. Por muerte del esposo de Doña Urraca, D. Ramón, conde y señor de Galicia, se proyectó el casamiento de la augusta viuda con D. Alfonso, Rey de Aragón. Tuvieron que intervenir en la boda el cuñado de Doña Urraca, que llegó á ser el Papa Calixto II, muchos prelados, en oposición á condes y señores de Castilla. Las ambiciones reales fueron desmedidas. La dureza en quererlas satisfacer fué señalada en desmanes. Así los relata la historia compostelana de Doña Urraca: «Muerto el Rey D. Alfonso, entró velozmente en su reino el de Aragón; y porque España, destituída de tan gran Monarca, no fluetuase en tumultos de discordia, la obligaron contra su voluntad, los próceres del Reino, á que lo tomase por marido.» Así, la razón de Estado, la representación que ostentaba Doña Urraca, su viudez sin sucesión de varón de D. Alfonso VI, las ideas de la época,

el valimiento de los principales, todo decidió una unión de consecuencias incalculables. Importancia de la mujer.

Los más encontrados intereses lucharon y complicaron la situación política de España. Doña Urraca fué, más que madre, reina, con ambición apasionada de mando; más que con espíritu religioso, con pasión de engrandecimiento de su poder; más que mujer de respeto á la voluntad que dejó consignada su marido, mujer que se dejó llevar de consejos interesados, afanosa de ver cumplidas sus miras personales; puesto que, declarado y reconocido señor de Galicia su hijo D. Alfonso, sin embargo, trató de poner entorpecimientos en Galicia para el libre ejercicio de la soberanía señorial gallega. Doña Urraca hizo cuanto pudo para contrarrestar la influencia legítima del obispo de Santiago, que fué su apoyo durante muchos años, con éxitos favorables á la Reina. Ésta, soltera, casada, viuda, vuelta á casar, separada de su segundo esposo, no reveló aquellas emociones que enaltecen más al bello sexo; no dió pruebas de la ternura materna; nunca quiso aparecer supeditada á voluntad ajena.

Doña Urraca tomó la inconstancia por bandera; sus huestes las reclutó según las circunstancias. Indudablemente fué mujer de recursos intelectuales para tener tantos adictos que apoyasen sus iniciativas sin reparar en los medios. Éstos fueron los de su tiempo: vivir como se vestía; tratarse como se estaba, armados; recurrir á las armas prontamente; con la espada ceñida, no era difícil desenvainarla teniendo alma tan bien templada como el acero que se llevaba consigo en todo momento. Lo que no es usual en la mujer, la ingratitud, hubo mucha en Doña Urraca: se educó en la intriga; tuvo aptitud para usarla, y con ella vivió: como que alguna vez desconcertara con esta arma tan sutil como eficaz á D. Alfonso de Aragón, que quiso someter á su voluntad la que tuvo de hierro Doña Urraca. Es tipo de gran estudio psicofisiológico. Y la voluntad á toda prueba es energía que resiste á todos los vientos, á todas las pasiones, á todas las sorpresas; porque á todo se propone sobreponerse inquebrantable, resueltamente.

¿No es de todos los días que la mujer desde niña sienta una pasión y la cobije en su seno por toda la vida; que la tenga despierta y la sienta dormida?

La constancia, pues, de Doña Urraca estuvo en no dejarse avasallar. ¡Tuvo amores! ¿Cómo no, estando tan solicitada? Y en ocasiones maltratada por el Rey de Aragón. Que, á veces, ni la regia estirpe cuida de tener buenos modales, esmerada educación, cortesía de trato, corrección de palabras y de obras, mucho más en tiempos que la rudeza cabía confundirla con la grosería. De Doña Urraca pudo ser amante y esposo el conde D. Pedro González de Lara; se cita otro, el conde D. Gómez González Salvadores, á quien se atribuye que no pasase de ser un D. Juan Tenorio en amores atrevidos y afortunados.

La mujer, como el hombre, nunca deja de ser sensible á las caricias, tierna con los afectos galantes, rendida á su sensibilidad amorosa, aguijoneada en su mismo pudor. Éste siempre cuida tenerlo, mas no siempre está bien atendido; y esto debió de pasar á Doña Urraca: que á sus conveniencias políticas lo sacrificaba todo.

En sus últimos días, y aun en sus últimos momentos, Doña Urraca se manifestó con su habitual entereza de carácter, señalándose en su alma el arrepentimiento de culpas pasadas, como lo prueba la devolución que mandó hacer, y entrega solemne, del castillo de Cira al arzobispo de Santiago. Zurita con otros historiadores se ocupa de la muerte de Doña Urraca. Por lo mismo que fué tan accidentada su vida, tan llena de complicaciones prósperas y adversas, era natural que tuviese muchos puntos de vista como poderla juzgar, mientras latiese su corazón. Con su último latido quedaba todo paralizado. ¡La muerte! Inevitable y terrible trance. Acaban las personas, y continúa á su alrededor todo lo contrario á la inercia, á la frialdad, á la insensibilidad. ¡En un minuto qué transición! En muertes como la de Doña Urraca, el cuadro se presenta con rasgos de la peor impresión. Lágrimas pocas, desengaños muchos, olvidos abundantes, ingratitudes á montón. La paz de la muerte es más que nada ofensiva.

La muerte de Doña Urraca está calculada en el año 1126. Dejó en herencia de pleitos los reinos de Galicia, León y Castilla. De estos reinos son partícipes D. Alfonso VII, que fué el bisabuelo de Doña Berenguela, llamada ya *la Grande,* según el P. Flórez; abuelo de D. Sancho IV *el Deseado,* padre de D. Alfonso VIII de Castilla, y después figura Doña Berenguela, segunda mujer de D. Alfonso IX de León, que, á su vez, fué la madre de San Fernando, como es sabido. Por el año de la Era cristiana 1197, á las guerras entre León y Castilla no se daban treguas. Así, dice D. Alfonso *el Sabio:* «Movidos peligros et guerras, de muertes, et de robos entre el Rey de Leon, et el Rey de Castiella, por omes granados et buenos, et amigos», etc. Pero nada contenía los ímpetus bélicos. De intento recalcamos la cita.

Pareció contenerlos la boda de Doña Berenguela, hija de D. Alfonso de Castilla, con el Rey D. Alfonso de León. Bajo buenos auspicios se celebró la ceremonia nupcial. Realmente, los tiempos habían cambiado bastante del reinado de Doña Urraca al de Doña Berenguela, porque se respiraba otro ambiente. La personalidad de Doña Berenguela era muy distinta á lo que fué la de Doña Urraca.

Anteriormente está indicado la nobilísima persona que fué Doña Berenguela. Para que resalte más de la de Doña Urraca, y completarse mejor el pensamiento, que tiene por objetivo demostrarse la influencia de la mujer en la Historia, particularmente en la historia de España, es preciso detallar algunos episodios de aquella gran señora. Su hijo San Fernando nació (según Papebroquio) el año 1198, y fué atendido desde sus primeros años por el arzobispo de Toledo. Se asegura por algún historiador que Inocencio III reclamó contra el casamiento de Doña Berenguela, considerándolo incestuoso. Importa consignar este dato, para que, unido á otros y tantos que son distintos á los actuales, se vea cómo las cosas varían, y las costumbres sufren modificaciones de siglo en siglo, mucho más transcurridos siglos; en todos ellos donde recibir enseñanzas.

Doña Berenguela no dejó pasar ocasión de fomentar la educación de su

hijo en el camino de la virtud, haciéndole comprender que la elevada posición social obliga á practicarla en grado de perfección.

Por el cristianismo viene enalteciéndose la mujer. Pero sin hacerse ilusiones; pues, como dice el P. Flórez: «La mucha sucesión que tuvo fuera de matrimonio (Alfonso IX) y la noticia total de nuestra Casa Real obliga á interponer sus amigas en el reinado del padre de Doña Berenguela y de su hermano D. Enrique.» ¡Sus amigas! ¿Esto era lícito? ¿Qué moral predominaba cuando era tan viciada en el Rey, y podía tan fácilmente tener fuera de matrimonio relaciones que parecen ser, más que nada, solicitadas y sostenidas por sensualismo? Muchas responsabilidades acusa tal orden de cosas. Muchas faltas cometidas al amparo del manto real, y por las *amigas* (que llama el padre Flórez). Este historiador es muy expresivo, y dice textualmente: «Dejemos aquí á Doña Berenguela apartada del Rey, y bien empleada en erigir la colegiata de Castrogeriz y la iglesia de Estudillo, hasta que llegue el tiempo de volver á reinar.» Advirtiendo que D. Alfonso IX de León se separó de la que es llamada Santa Teresa y de Doña Berenguela de Castilla, de quien tuvo cuatro hijos, creyendo cumplir un deber.

Complicábase la política por mezclarse en las ambiciones de Aragón y de Portugal, de León y de Castilla los enlaces matrimoniales, las intrigas de las amigas de que habla el P. Flórez, las osadías de los señores, las influencias del clero, los privilegios de los monasterios, la astucia de los judíos, las relaciones más ó menos mundanas con los moros. ¡Que artes y ciencias prosperaban! Sí; porque no siempre los destinos de los pueblos dependen de la voluntad humana, sobre todo con voluntad ruin.

Doña Berenguela tuvo que ser gobernadora de Castilla, siendo así que ni remotamente podía esperarse su gobierno, ni la tutela de su hermano D. Enrique I. Atravesóse en el camino de esta regencia la ambición desmedida de los condes D. Alvaro Núñez de Lara y sus hermanos. Muchos tristes ejemplos registra la Historia de ambiciones aristocráticas. Ambiciones que borran al caballero, quedando sólo la figura vulgar y en ocasiones criminal, por lo mismo que aparece en primer término la acción del puñal, del veneno, de la espada, que dirige mano homicida.

Por fin, el año 1217 llegó Doña Berenguela á ceñir la corona de Castilla. La Reina *prudentísima* fué apellidada por los escritores de su tiempo. Prudentísima por lo mismo que su ambición estaba concretada á querer que su hijo D. Fernando fuese Rey de Castilla. ¡Gloria para Doña Berenguela es ser madre de San Fernando! El Rey de León, padre de D. Fernando y esposo de Doña Berenguela (la separación motivada ó pretextada por parentesco), llevado el de León por quererlo todo supeditado á su voluntad, voluntad desordenada, desorden que traía guerras, las guerras causa de desolación. Se llegaba á los términos fatales de los odios. Éstos condenados por el cristianismo. ¿De qué servía proclamarse cristianos cuando las impurezas de la realidad atestiguaban todo lo contrario? Por otra parte, las violencias habían dejado exhausto lo que podía entonces llamarse Erario público. Doña Berenguela

dispuso la enajenación de sus alhajas, de su plata y de su oro, y de cuantos objetos de valor tuviere la Corona para rendir pronta y totalmente la ambición y soberbia de los Laras. Sucedió así que una mujer prudente rindiese al indomable turbulento; éste valido de su elevada posición social.

Doña Berenguela enseñó á D. Fernando de modo que «nuncale mostró las costumbres de las mugeres, sino lo que faicen menester *á grandeza de corazon, et á grandes fechos*, et á devocion». Como que sin ésta no se comprende la vida exteriorizada desde lo íntimo del alma por impulso á hacer el bien y tener los goces inefables de la conciencia. Si D. Fernando disfrutaba buena salud, su madre le prodigaba alegrías; si la perdía, su madre se desvivía por volvérsela. A principios del siglo XIII se absolvió al Rey de León de la excomunión que sobre él pesaba. Afortunadamente, puesto que Doña Berenguela no tuvo jamás pensamiento de faltar á la Iglesia. Era ejemplo digno de ser imitado cuando la personalidad del Rey era de tanto relieve. Estos Reyes fueron casados *in facie Ecclesiae;* no podían sus hijos reputarse ilegítimos. En este concepto, Don Fernando fué jurado en Cortes Rey de León. También en este período histórico se hace mención de incontinencias amorosas atribuídas al Rey. Asunto delicado es éste; ellas cometidas coincidiendo los dos sexos en acto común.

Las responsabilidades son compartibles ó imputables á los dos sexos. El abuso quedó sometido al régimen de orden, de concordia, de paz, en una palabra, entre cristianos que habían de batallar defendiendo la Cruz enfrente de la *Media Luna.*

Á Doña Berenguela no quiso el conde de Lara besar la mano como vasallo, y tuvo que postrarse á sus pies como prisionero. Por más que el conde fué de tan mala ralea, no obstante sus pergaminos (demostrándose así lo poco que valen escritos sin las buenas obras), que hasta su muerte no quedaron tranquilos los reinos. Á tanto llegaron sus inquietudes, que hicieron poner en armas, para guerras fratricidas, á los reinos de León y de Castilla. La muerte de los hermanos Lara fué la vida de la madre entrañable y del hijo cariñoso, del Trono de Castilla. Vosotros los descreídos, fijaos en la potencialidad psicofísica de la fe, de la piedad, de la justicia, del progreso, de la caridad. Fijaos en los entusiasmos y su significación, cuando tienen una finalidad grandiosa, bienhechora para la familia, para la patria, para la religión. Creed que es Dios omnipotente, y á su omnipotencia es preciso identificarse con límpida conciencia.

Dificilísimo es llegar á la meta anímica, pero á ella puede llegarse. Imposible parecía que la mujer pasase de esclava, en lo físico y en lo moral, á esposa, como quiso que fuese San Pablo. Llegó, aunque con las complicaciones que son propias de los tiempos. Esto está demostrado en el siglo XIII, á saber: por los casamientos de Doña Urraca, Doña Berenguela, Doña Leonor de Inglaterra, Doña Blanca de Castilla, Doña María de Montpeller, Doña Beatriz de Suavia, Doña Leonor de Castilla, Doña Violante de Hungría, Doña Blanca de Francia, etc., etc. En las discordias de Portugal tuvieron mucha parte los enlaces matrimoniales con León y Castilla; lo mismo puede decirse de Navarra.

Cierto que no fueron hechos siempre los matrimonios con ventajas para la pacificación de los ánimos ni para enaltecimientos morales. Pero sí es cierto, y éste es nuestro objetivo, que la mujer puede alternar dignamente con el hombre. Unas veces resulta éste superior; otras inferior. Siempre es el hombre lo que suele llamarse vulgarmente voluntarioso; la mujer no tanto. Ésta compensa su contrariedad con requerimientos graciosos, despojados de las rudezas que se forman y hacen hábito entre los hombres. Hemos visto que el jefe de las tribus bárbaras era aquel que, favorecido por la suerte, tenía más dotes de mando, no por ley de buen gobierno, sino, más que nada, por la fuerza personal y de las circunstancias. Al fin es preciso reconocer que la formación de los reinos que inició D. Pelayo era de origen batallador. Había que habérselas con guerreros formidables por su naturaleza y por su fanatismo. ¡Qué de extraño había de ser que los cristianos españoles, cuando se hacía fácilmente la confusión entre lo que era de fe y de ofuscaciones de la mente, en revuelto torbellino las pasiones, que éstas dominasen violentamente! No hay más que fijarse en los trajes, para comprender que al estrépito de las armas se vivía. Los feudos eran principalmente localización de fuerzas para la guerra; los monasterios, recintos formidables donde se compaginaban la plegaria y la matanza; los Municipios, focos propicios á complicaciones que se dirimían en el campo de batalla; la mujer estaba expuesta á alternar su trato con torneos y violaciones. ¡Que fué siempre tentador cazar en cercado ajeno! Sandoval y Gebhardt, Mariana y Lafuente coinciden en juicio. El reinado de Doña Urraca se distingue su historia por torpezas, turbulencias, desórdenes de grandes y de chicos. La anarquía de su tiempo sacó la cabeza. No representaba ésta lo que había representado la de Minerva. Imposible. Tampoco aquella anarquía aristocrática fué como la moderna democrática. Ciertamente que Doña Urraca descuidó sus deberes de señora; además, influyó para que descuidasen los suyos los caballeros. También al esposo de Doña Urraca se imputa que fuese maltratador de su esposa, perseguidor de sacerdotes, profanador de templos, robador de haciendas y atentador á la vida del regio hijo de Doña Urraca. Así era la vida de los años del siglo XIII, que la voluntad no estaba sujeta positivamente á leyes. Por algo se ha dicho: *allá van leyes do quieren reyes*. Es ahora que se declama tanto á favor de los derechos individuales ilegislables, y á su favor, en realidad, ha mejorado sólo la forma. En el fondo... Buenos derechos nos dé Dios con un poder legislativo parcial por pasión á favor del capitalismo en cuanto se trata de dar leyes económicas.

Las leyes naturales quedan lesionadas por las leyes positivas frecuentemente. Así sucedió cuando los Reyes de Portugal, Aragón, Navarra y León se aliaron (1190) contra el Rey de Castilla.

También en esta contienda figuró el bello sexo. Para ser esposa de Alfonso IX Doña Teresa de Portugal, agraciada y discreta doncella, según las crónicas, hubo su más y su menos. Sólo que entonces los Pontífices en el cumplimiento de las disposiciones disciplinarias eran inexorables, por altos intereses morales y políticos, aunque no siempre purificados éstos en el crisol de

la rectitud. Doña Berenguela estuvo exenta de este peligro, como lo prueba que no quiso ser Reina de Castilla, cuando podía serlo por derecho propio. Comprendía Doña Berenguela al desasosiego que exponía sus estados, donde varones turbulentos, su codicia de dominios había de cegarles y no dejarles ver que faltaban á las leyes de la cortesía y del honor, ultrajando á la dama que ceñía su frente la diadema de las virtudes. La dama pudo sortear las vicisitudes y llegar á puerto de salvación con su hijo D. Fernando, entregándole la Corona, que era ya de unión la de Castilla y la de León, y la mano de Doña Beatriz de Alemania, que, según el arzobispo de Toledo D. Rodrigo, era *nobilis pulchra prudens dulcissima.*

El ideal de los cristianos había de ser la expulsión de los moros. Así se entendió en Aragón como en Castilla y en León. Doña Petronila en Cataluña reina con dotes de mando: mujer con mucha honestidad, madre con mucho amor á su hijo, católica con sumisión á la Iglesia, supo cumplir siempre todos sus deberes. Toledo, España entera fué ambicionada por el emir Yussuf Abu Yacub; pero tuvo que desistir de su empeño. El año 1172 se repitió la tentativa, que fué también infructuosa. El año 1177 tuvo lugar la rendición de Cuenca, obligados los almohades por aragoneses y castellanos. De memorable suceso se ha juzgado la derrota de Santarén, que sufrieron los africanos en el año 1185. Diez años después sufrieron los cristianos la catástrofe de Alarcos, donde todo se perdió menos el honor, pues cayeron en poder de los almohades Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Henares y Uclés. Desde Roma el Pontificado se dirigía á toda la cristiandad europea á favor de la guerra santa en España, como antes la predicó para ir á Asia. En el año 1212, los Reyes de Castilla, Aragón y Navarra rindieron á Salvatierra. Y el mismo año, 16 de Julio, se consiguió en los campos de las Navas de Tolosa el *Triunfo de la Cruz.*

¡El triunfo de la Cruz! ¿Qué consideraciones hacer, cuando basta con comparar hoy lo que es la sociedad cristiana, el papel que desempeña la Iglesia, con lo que son el Imperio de Marruecos y el de Turquía en el siglo XX? Las Navas de Tolosa señalan para España una página excepcional en la historia de la civilización europea. La soberbia del emir Miramamolín fué sometida á dura prueba, como la de los albigenses en Francia. El arzobispo D. Rodrigo pudo celebrar en la Catedral de Toledo el señalado triunfo que impedía para lo sucesivo avances de las gentes moriscas y era preludio de una marcha triunfal de España, poniéndose dignamente en contacto con todas las naciones de Europa. Que el valor, cuando está bien empleado, la caballerosidad bien portada, la disciplina social bien dirigida, y los ánimos bien unidos para un buen fin, su victoria está asegurada. La cristiandad, gobernada por la Iglesia, está desarrollando la cultura, que, puesta al servicio de la virtud, es fuerza inquebrantable. Podrá haber contrariedades por debilidades de los hombres: pero para la Providencia no hay debilidad que valga. Es como el Sol, que, puesto sobre el horizonte, apaga para nosotros todas las luminarias celestes.

Anselmo Fuentes.

(Se continuará.)

Asilo agrícola colonizador [1]

La agricultura española está en crisis. Esto se dice un día y se repite otro día, y, desgraciadamente, las estadísticas de la producción agrícola nos lo confirman.

En 1903, el producto de nuestra riqueza agrícola ascendió á 614.603.772 pesetas, y en 1907, según la cifra publicada en la *Gaceta* del mes de Octubre del año último, ha quedado reducida á 590.670.500 pesetas, acusando, por tanto, una disminución en la producción de 24 millones de pesetas, próximamente.

¿Cómo hallar explicación á este fenómeno? ¿Qué motivos, qué causas han influído para que se haya obrado tan alarmante disminución? Solamente á una serie de causas y concausas podemos atribuir esta singular rebaja, cuales son: el lento abandono de los campos españoles, el absentismo y el enorme aumento del número de hectáreas de suelo improductivo en ese desierto central, cuyas extensas llanuras de tierras abandonadas, tristonas, frías, asoladas, más parecen inhospitalarios desiertos que centro de una nación civilizada.

Un erudito escritor, D. Sixto Espinosa, nos dice que la causa de nuestra decadencia es la despoblación forestal. «De 50 millones de hectáreas —dice—de que se compone la extensión superficial de España, sólo puede decirse que hoy apenas llegarán á cinco millones de hectáreas las pobladas de monte...» «Después de la desaparición de los montes, el desastre: todo parece haberse puesto de acuerdo para caer de una vez sobre nosotros. La alteración completa de los ríos, el torrente, la inundación, la miseria, la desaparición de la agricultura y de la ganadería, las sequías interminables, el granizo, la tempestad, las plagas, la perturbación y la irregularidad en las fuerzas de la Naturaleza, el aniquilamiento, todo hablando de algo funesto que parece anunciar el *Dies irae* de nuestra vida como pueblo.»

De las estadísticas publicadas por la Dirección general de Agricultura se desprende que nuestra producción agrícola es la más exigua y pobre de todas en extensión é intensidad.

La Aritmética, con su frío cálculo, nos demuestra nuestra inferioridad y, por ende, nuestro atraso. Tiene España 50 millones y medio de hectáreas superficiales, y de éstas, solamente á 23 y medio asciende lo dedicado al cultivo de cereales; siete millones son dedicadas á otros diversos cultivos; cinco millones destinadas á montes, y ¡¡15 millones de hectáreas están incultas!!

---

(1) Memoria presentada al Consejo de Agricultura y Ganadería de la provincia de Toledo por su presidente, sobre creación de Asilos agrícolas en los montes propiedad del Estado.

Solamente debido á esto, á sus guerras fratricidas y á su atraso é incultura, puede admitirse que España se haya estacionado, produzca hoy, con muy poca diferencia, la misma cantidad de cereales que producía hace cincuenta ó más años, siendo así que las necesidades de los pueblos se han triplicado, porque, además, ha aumentado notablemente su población.

El actual ministro de Fomento ha tomado hermosas y bien dirigidas orientaciones, ha aplicado las reglas del buen sentido puestas de acuerdo con las leyes de la justicia, capaces, por sí solas, de corregir en parte tanta desdicha; pero precisa que el ministro de Hacienda le secunde, aumentando considerablemente su presupuesto.

Asimismo, es de urgente necesidad que las Cortes aprueben una ley de *cultivo forzoso* de los grandes latifundios, improductivos hoy ó poco menos, en un plazo mínimo de cinco años; y, por último, cerrar las puertas á la emigración y á la muerte prematura, restañando esa sangría suelta de la Patria con sabias disposiciones encaminadas á colonizar la parte cultivable de los grandes predios, acudiendo á la *expropiación forzosa por utilidad social.* Llevar al Código civil y á las leyes fiscales las reformas necesarias, á fin de que la renta, el comercio, la minería y la industria tributen en la proporción que lo hacen la agricultura y la ganadería, y que los señores territoriales—como dice Filócrates—no puedan burlar esas leyes ni oponerse á la expropiación de todo ó parte de sus latifundios cuando en sus manos no produzcan más que pastos y caza para su recreo.

Urge sobremanera arrancar la propiedad de las manos muertas que hoy la poseen, infinitamente peores que las manos muertas que la poseían antes de la desamortización; aumentar el número de pequeños propietarios y disminuir el de jornaleros, acabando por ese medio con la desesperante lucha entre el capital y el trabajo, depauperizando de tal forma la población rural, única manera de que en la producción se realice el aumento preciso á las necesidades nacionales.

* * *

Entremos en la materia objeto de esta Memoria.

En los hermosos cuan sentidos *Salmos de la vida,* escritos por Longolow, encontramos base para el tema que me propuse desarrollar, el cual dice: «Nuestra ruta, trazada por el destino, no es sendero de alegría ó de tristeza, sino camino donde la lucha ha de fortificarnos.»

Escuchando tan sabios consejos, nos ha ocurrido presentar al Consejo provincial de Agricultura y Ganadería, que me honro en presidir, estos sencillos apuntes con pretensión de Memoria, por si merecieran los honores de la discusión, en aras del buen deseo que al autor ha guiado, encaminados á dos fines de utilidad social: primero, *educación agrícola y física de los niños de los Asilos,* haciendo de ellos hombres útiles á la Patria; y segundo, *aumentar por tal medio la producción,* colonizando los paramales, hoy casi infecundos por el abandono en que se tienen.

Población de los Asilos.

En los Asilos de la Beneficencia provincial anidan muchos millares de niños expósitos, criaturas abandonadas, jirones de un corazón de madre lanzados al arroyo, los cuales no recibieron el beso amoroso del labio amante de aquella en cuya entraña se formaron. Crecen y se desarrollan aquellos angelitos sin que se les tendiera un brazo amigo que á sus gélidos miembros diera calor... ¡Su mirada es triste! No llora el expósito cuan adolescente, porque ignora el valor de las lágrimas... Errante pasará por el mundo, y ¡quién sabe cuál será su destino! Si en el camino de la vida no encuentra una mano caritativa y generosa que enjugue sus lágrimas con el sudario de la caridad, que forme su corazón en la escuela de la virtud, que fortifique su espíritu con el consejo tierno, que alumbre su sendero con la luz de las santas creencias y eleve su alma á Dios en alas de la oración, entonces, ¿qué será de él, pobre proscrito?

Pues bien: en esas Casas de Caridad provincial existen, como hemos dicho, muchos centenares de niños de ambos sexos, los cuales, ya sea por el estado de miseria en que ellos y sus padres han vivido, ó por enfermedades heredadas de los que les dieron el ser, se encuentran en un estado tal de raquitismo, que ni todos los desvelos de la ciencia ni los cuidados de las hermanas de la caridad pueden ahuyentar de aquellos cuerpecitos debilitados y escrofulosos, convertidos más tarde en inválidos de la vida.

Precisa trasladar al campo, al bosque, todos estos planteles de tísicos y anémicos, y con aire, luz, oxígeno, convertirlos en una generación robusta y apta para todos los fines de la vida, matando por ese medio cuantos gérmenes sostiene ese escrofulismo que agujerea sin compasión los debilitados organismos de aquellos niños. La anemia física y moral que invade aquellos débiles organismos se convertirá en el sanatorio del campo en robustez y alegría; entonarán cánticos con sus dulces vocecitas llenos de amor patriótico; melodía intensa y poética que surgirá del valle, trepará por las colinas y ahuyentará el tenebroso fantasma del 20 por 100 de mortalidad.

Si se realizara mi pensamiento, podríamos decir que aquella campestre alegría de los niños no era otra cosa que una gran parte del pueblo del porvenir llevado por los hombres del presente á contemplar y vivir la vida de la Naturaleza.

Se ha dicho que el siglo XX debe ser el de las redenciones, y por eso precisamente queremos arrancar de la guadaña de la muerte á tantos niños de aquellos focos de morbosas infecciones.

«El que educa á un niño está formando el Estado futuro», ha dicho sir Gauder Brunton. Cuando nuestras manos tocan á un niño, debieran estremecerse siempre, porque nos acercamos al misterio vivo de los años venideros. Y del modo como los tratamos depende siempre el porvenir. Los niños son «los hijos de los hombres, que alegran la vida». Eduquémoslos, pongámoslos

en condiciones de luchar con la vida después de hacerles robustos y fuertes; de tal forma realizaremos el ideal de Herbert Spencer...: «Querer impedir la entrada del mal en el rebaño humano mediante prevenciones de la ley, es como aspirar á que las redes tendidas en torno de una plantación impidan la invasión en ella de una piara de búfalos hambrientos.»

Traslademos, pues, el Asilo al monte, al erial; convirtamos sus alrededores en jardines y extensos parques de espesas y umbrosas arboledas, y que allí los niños retocen por los prados, conservando las formas de urbanidad, y corran por las sombreadas calles de copudos árboles; enséñeseles el respeto á los pajarillos; jueguen á la pelota; ejercítense en pequeñas prácticas de horticultura y jardinería; cuiden sus arbolitos y planteles de moreras; guarden pequeños rebaños de ovejas y corderillos, cerdos, vacas y cabras; vigilen las gallinas y sus polluelos..., y luego ejercíteseles en el trabajo agrícola y pastoril, pues, como ha dicho un sabio, Fr. Ceferino González, «el trabajo es una ley universal y divina, como una ley santificante que conduce á Dios y á la vida eterna, y como condición de la dignidad y libertad humanas».

Según cálculo aproximado, existen en los Asilos de la Beneficencia provincial española 30.000 acogidos de siete años en adelante, clasificados en la forma siguiente:

VARONES	
De siete á catorce años	6.000
De catorce á veinticinco	1.500
De veinticinco en adelante	12.500
HEMBRAS	
De siete á catorce años	4.500
De catorce á veinticinco	1.000
De veinticinco en adelante	4.500
Que suman un total de individuos de	30.000

A este número, como la mortalidad, lógicamente pensando, disminuiría notablemente, se sumarían más de un millar de individuos al año de ambos sexos.

Ahora bien: las Cortes aprobaron en el año último una nueva ley de colonización interior que ya ha empezado á funcionar; pero en sus benéficos resultados tenemos poca confianza (¡ojalá nos equivoquemos!), por la sencilla razón de que difícilmente aclimata el hombre, y menos la mujer de la ciudad ó de la villa, en el campo, en la soledad del coto acasarado, sintiendo muy pronto la nostalgia del poblado, al cual se reintegran, abandonando lo que pudiera constituir su porvenir, el de los suyos y, por ende, el de la Patria.

Es éste un problema que merece detenido estudio. Trasladados los Asilos al campo, instalados por el momento en modestas y baratas edificaciones, dejando para las capitales de provincia la Casa Maternidad con los niños en lactancia y destete hasta cumplidos los cinco años, los 30.000 individuos de ambos sexos, bien guiados y aleccionados en prácticas culturales, podrían dedicarse,

los varones, á trabajos de agricultura, horticultura, arboricultura y ganadería; las hembras ó mujeres, á las industrias de aquéllas derivadas, reservando para los talleres de sastrería, telares de tejidos y zapatería aquellos acogidos que, por su constitución física, no pudieran ejercer el oficio de labrador ó ganadero.

Con esta base, y acaso con la de las colonias penitenciarias, en obra de pocos años podrían colonizarse y convertirse en hermosos bosques poblados de arbolado maderable é industrial, tal como la morera, alcornoque, olivo, almendro, encina, pino, eucaliptos, etc., etc., y más tarde en productivos cotos acasarados y granjas agrícolas, tantas y tan extensas llanuras hoy improductivas y montes inexplotados, arrasados por el hacha maldita del avaro leñador, embelleciendo tanto paramal, hoy tierra solitaria y triste, cubriéndola de vegetales y animales útiles.

¿Será éste mi pensamiento una quimera?

¿Por qué no hacer la felicidad de tanta infortunada criatura, que han de vivir errantes en medio de los vaivenes sociales, arrojados tarde ó temprano al mar de los desengaños de las ciudades como lastre inútil, ignorantes y famélicos, carne de presidio ó de hospital?

Una esposa que le ayude y acaricie; unas hectáreas de tierra que laborar; una casita bien soleada; unos cuantos domésticos animalitos; unos arbolitos; el pan necesario para subsistir; una conciencia contenta y un corazón exento de vanidades. He aquí la felicidad de un expósito.

Tal es la idea mal esbozada que someto á la deliberación del Consejo de Agricultura y Ganadería por si se digna tomarla en consideración, estudiarla, mejorarla y darla forma para que más tarde, haciéndola suya esta Corporación, la eleve al señor ministro de Fomento, á fin de que pueda ser implantada como medida general en toda España, si el Gobierno, las Cortes y el Rey la creen conveniente.

La enseñanza práctica completada con explicaciones teóricas en campos de demostración agrícola; el conocimiento del empleo racional de abonos y semillas, de labores del terreno, poda de árboles, cultivos especiales de las plantas más útiles á cada país y á cada terreno, harán de los hospicianos un plantel de excelentes labradores y capataces de cultivo, de lo que tan gran necesidad se siente.

¡Y pensar que todo esto podría hacerse, creando riqueza y economizando algunos millones de los presupuestos provinciales y municipales, cuyas cantidades economizadas podrían ser destinadas á grandes empresas de utilidad social!

Parte de programa á desarrollar.

1.° Forma asequible y rápida para ser implantado el Asilo agrícola colonizador.

2.° Caja de ahorros y de retiro para los asilados que fueren obreros ó colonos agrícolas.

3.º Escuela: campos de vacaciones; relación entre la escuela, la casa y el campo.

4.º Enseñanza agrícola y forestal: campo de demostración.

5.º Lecciones de Zootecnia: ganadería.

6.º Enseñanza y fabricación de quesos y mantecas.

7.º Fabricación de conservas de frutas, espárragos y legumbres.

Cultivo de la ganadería, avicultura, apicultura, etc.—Vacas, cabras, ovejas, cerdos, abejas, conejos gigantes, anguilas y gusanos de seda. Gallinas de varias razas y conservación de huevos, pollos, palomas, pavos, patos, gansos, capones.

Arboricultura.—Morera, alcornoque, encina, melocotoneros, nogales, almendros, manzanos, perales, parrales para la producción de uvas con destino á la exportación; ciruelos, albaricoques, etc.

Horticultura.—Toda clase de verduras alimenticias; cebolla y tomate para la exportación; plantas textiles, tales como el lino y el cáñamo; patatas de las mejores variedades conocidas, forrajes, y, en una palabra, cuantas producciones han de ser en su día objeto de estudio y experimentación.

Tomás Costa.

Toledo, 25 de Abril de 1908.

———oOo———

EL PLACER DE AMAR

X

Gregorio se levantó malhumorado, almorzó sin ganas, y solamente lo arrancó de su triste laxitud una esquela de Laura, recibida á eso del medio día: «Amigo Flores: ¿Vendrá usted á tomar el té conmigo? Charlaremos. Un apretón de manos de su amiga Laura.»

Gregorio leyó estos renglones; los volvió á leer y pensó: «No voy.» Su resolución estaba formada. No vería á Laura más que lo absolutamente imprescindible; huiría de ella; únicamente se ocuparía de amar á Lucy. Se le mostraba imperiosa la necesidad de cumplir su palabra. Él no podía aceptar aquel doble amor que pregonaba Gonsá como el *tipo* verdadero de la dicha. No eran escrúpulos religiosos los que en él alzaban la voz en contra de esta solución. Eran escrúpulos de alta moralidad. No quería basar su felicidad en un doble engaño.

Luego de haber almorzado marchó al Casino. Habló un rato, pasó la vista por unos periódicos, hojeó una revista, y después de saludar á varios amigos que discutían á grandes voces, salió á la calle. Sin darse cuenta, comenzó á caminar en dirección á casa de Laura. Aun entonces repetíase mentalmente: «No voy.» Y hasta cuando apoyó su dedo en el botón del timbre tuvo un último impulso de no entrar. Pero entró.

Laura lo esperaba en un gabinete á que la luz y el decorado daban amable aspecto de intimidad. Desde el primer instante Gregorio se encontró allí muy á gusto. Laura habló:

—Estaba inquieta y por eso le llamé. Mi carta fué, más que nada, un pretexto para tener noticias suyas. Como ayer no andaba usted muy bien...

—Ni mal tampoco... Aquello no tuvo importancia. Únicamente algo de mareo y de dolor de cabeza...

—Pero, ¿sabe usted?...—apuntó Laura comprendiendo en seguida que al muchacho le desagradaba volver sobre el suceso—. Como yo conozco á la gente, temí que la cosa no se hubiese quedado en lo que fué... Y no por Gonsá, que, á pesar de todo, me inspira confianza: por Juan Roberto. Es un hombre tremendo, insaciable en lo de divertirse. Por eso tuve la sospecha de que él les hubiese arrastrado Dios sabe adónde...

—¡Oh! Pues al contrario: ayer estuvo muy serio, dándome consejos, y...

—Se habrá sentido paternal. Lo demás... ¡Uf, qué hombre!... A mí me asusta, y, sin embargo, no puedo prescindir de él. Es tan simpático, ¿verdad?

—¡Simpatiquísimo! Y un hombre de conversación encantadora... Además de que yo no encuentro que sea un defecto ese deseo constante de placeres que á usted le parece tan mal en él.

Y siguieron hablando de mil cosas. Laura se disculpaba por haberlo hecho

venir á aquella hora... ¿No era la misma en que tenía costumbre de ver á Lucy?

—Sí; á estas horas suelo ir. Pero no importa... Creo que no le parecerá un crimen mi tardanza por una vez.

A Laura se le figuraba que el crimen lo cometía ella. ¡Tenerlo tanto tiempo separado de su novia! Gregorio no se lo perdonaría jamás, seguramente.

—¡Por Dios, Laura!... Parece mentira que diga usted eso. De sobra sabe el gusto que tengo en estar á su lado.

Lo que Laura sabía muy bien era que en estas protestas había muy poca sinceridad. ¿Si creería Gregorio que ella no conocía estas cosas de amor? ¡Vaya si las conocía! Acaso mejor que él... Y estaba viendo cómo lo invadía la intranquilidad, como la maldecía á ella por robarle los momentos que ya podría llevar al lado de la otra...

—Sabe Dios, sabe Dios las maldiciones que me echará usted.

Y Gregorio estaba intranquilo, en efecto; aunque no por las razones que decía Laura, sino porque notaba cómo llegada la hora de ver á Lucy, no experimentaba aquel afán por tenerla á su lado y por escuchar sus palabras, que era la principal manifestación de su amor hacia ella. Ahora, por el contrario, veía con tristeza acercarse el momento de abandonar á la bella dama. Y Laura lo notaba. ¡Conocía tan bien los síntomas del amor en los que la amaban!

Siguió la conversación:

—¿Y sus paseos? Hace ya tiempo que no le veo en el Retiro.

—Pues no falto ni un solo día... Digo..., hoy, por ejemplo, he faltado. Pero solamente hoy, á consecuencia de lo de anoche.

Gregorio, con esta frase, confesó inocentemente lo mismo que poco antes tratara de negar. Laura, notándolo, sonrió. Y siguieron hablando afectuosamente, como buenos viejos amigos, en una encantadora paz espiritual. Su conversación estuvo llena de recuerdos, de anécdotas de la vida de ambos, de confesiones... Y al salir, pensaba Gregorio, en un momento de sinceridad, que si solamente hubiese en su corazón lo que aquella tarde dejara traslucir, sería dichoso. ¿Por qué enamorarse de Laura?... Haría un esfuerzo, un gran esfuerzo de voluntad para ver de sobreponerse á su pasión, de vencerla, de ahogarla, para lograr que de sus cenizas surgiese la bella amistad espiritual que en aquellos instantes entreviera.

Lucy lo recibió ceñuda. ¿Era así como la quería? ¿Demostraba interés esa manera de faltar á lo convenido? ¡Se había retrasado dos horas menos cuarto!

—¡Si no pude venir antes!... Juan Roberto se metió en casa...

—¿Juan Roberto?... Pues acaba de salir de aquí.

En realidad, Lucy no había visto aquel día á Polis; pero, maliciosa, sospechó inmediatamente que aquella visita era pura invención de su novio para ocultarle algo. En la turbación que al oirla salió al rostro de Gregorio conoció que no se había engañado, y entonces un tropel de inquietudes invadió su espíritu tumultuosamente.

—Gorio, tú me engañas, me ocultas alguna cosa fea. No niegues que has hecho algo que no está bien... Vamos: di lo que sea, pues ya sabes que no soy rencorosa, y que llevo siempre el perdón á mano para dárselo á quien lo necesite. Lo que no te perdonaré nunca, á pesar de todo mi cariño, es que me engañes; eso no... De modo que, si me quieres,di pronto lo que has hecho, para ver si puedo perdonarte...

Gregorio se vió perdido. Había caído cándidamente en el lazo que la malicia de Lucy le tendiera. ¿Qué decir ahora? ¿Cómo disculparse? No podía ya ni hablar de Laura; Lucy tenía derecho, visto el afán con que ocultaba su visita, á pensar de ella todo lo malo que quisiera... ¿Qué inventar?

Sintió entonces Gregorio por primera vez en sus amores toda la enorme miseria de esas pequeñas mentiras en que es preciso fundar la felicidad; y sintió al mismo tiempo una inmensa repugnancia por acudir á los socorridos subterfugios, cuya necesidad se le aparecía tan imperiosa en aquel instante. «No puedo mentir», pensó, y, lleno de valor, dispúsose á decir claramente la verdad. Pero habló Lucy:

—Di algo, hombre... No te quedes así... Aunque, al ver la cara que pones, voy sospechando que muy gordo debe de ser lo que has hecho... ¡De tal modo lo ocultas!...

Y notando la extrema turbación que salía al rostro de Gregorio, guiada por la malicia, comenzó á imaginar vagamente que *allí había cosa de mujeres.* Entonces respiró tranquila. Su alma estaba llena de una gran benevolencia para estos pecadillos que no comprendía con perfecta precisión, pero que, en su costumbre de oirlos disculpar, no se le antojaban ni siquiera tales. ¡Todos los muchachos hacían lo mismo! Y siguió, sonriente y maliciosa:

—¡Vamos!... ¡Ya!... Voy comprendiendo ahora. ¡Como todos!... Las malas compañías: Gonsá, Juan Roberto... Ya sé, ya sé que ayer anduviste por ahí con ellos á las mil y tantas de la noche, y bastante alegres los tres. Y hoy, ¡claro!, tendríais necesidad de descansar. No niegues, porque se te conoce en la cara.

Gregorio, al oirla y ver su mirada llena de indulgencia, perdió toda su decisión de decir la verdad. ¿Cómo no mentir, si ella le daba resuelta la dificultad del engaño? Y seducido por la perspectiva amable de no verse obligado á calmar á Lucy, á pedirle perdón, á reconciliarse con ella y demás consecuencias naturales de toda *escena,* dejóse ir, y mintió:

—¿Si sabes, para qué preguntas?... Yo, como puedes suponer, no los acompañé por gusto. Fuí obligado... Se empeñaron... y... ¿cómo negarse sin quedar en ridículo?...

—Sí, sí; buenos estáis todos...

Despejada la nube, ya el resto de la visita fué tan amable, de tan encantadora suavidad como todas hasta allí habían sido. Acaso también Lucy comenzara á sentir alguna mayor admiración por su novio después de conocer sus aventuras. Lucy veía todo aquello envuelto en un inquietador y picaresco misterio. Y nada como el misterio atrae y seduce.

XI

¿Se había aburrido al lado de Lucy? He aquí el punto capital del razonamiento de Gregorio cuando, dirigiéndose á su casa perdido entre la multitud rumorosa que en aquella hora del crepúsculo llenaba las calles, trataba de concentrar su inteligencia para uno de los profundos y sutiles análisis á que gustaba de someter su espíritu. Y unas veces se le antojaba aburrimiento aquello que al lado de su novia sintiera, y otras creíalo solamente producto del estado lamentable de su ánimo, consecuencia de los famosos excesos á que la noche anterior habíase entregado. Era el suyo un verdadero tormento, una terrible lucha interior por conseguir la verdad temida. Porque, bien reflexionado, juzgaba imposible admitir la duplicidad amorosa aconsejada por Gonsá. Decidiríase por una ó por otra mujer, abandonando de una vez y para siempre esas ideas de moderna perversión que le sugería su amigo. Seguiría sin vacilación ninguna el buen camino, el de la lealtad, aunque para ello se hiciese menester el sacrificio de alguien. Claro está que, antes de decidirse por una ú otra, había que pensar mucho para no dejarse arrastrar por una impresión de momento. Nunca más que entonces hacía falta la serenidad. Y Gregorio se dispuso á ser sereno, á seguir un meditado plan de experiencias que le permitieran distinguir con perfecta claridad cuál de los dos amores era el más intenso y el más hondo.

Pero aquí se le presentó de pronto la idea de que poco importaba su decisión mientras fuese ignorada la de Laura. Lucy lo amaba y él lo sabía; pero ¿y Laura? Y, egoísta, pensó que si por ésta renunciaba á su novia y la dama después lo rechazaba á él, quedábase en una situación bien triste. Y otra vez la confusión llenó su espíritu, é indeciso, turbado, se perdió en un mar de proyectos, de deseos, de soluciones imposibles...

—¡Eh!... ¡Gregorio!

Se volvió. Gonsá, desde la otra acera, le hacía señas.

—¿Qué tal? Sospecho que ya de lo de anoche no le quedará á usted ni el recuerdo.

—Casi nada... Inapetencia y un poco de pesadez en la cabeza.

Con Gonsá iba otro muchacho alto, muy delgado, con largas barbas negras enmarañadas y largos cabellos lacios, negros también; en la cara, lívida, á los lados de una grande y afilada nariz aguileña, brillábanle los ojos inquietos, llenos de un febril resplandor de exaltación, de locura. Iba vestido de negro y tenía ademanes rápidos, de nervioso vehemente y arrebatado.

—Le presento á usted á mi amigo Jorge Borrell, que seguramente no será un desconocido para hombre tan aficionado como usted á las bellas letras.

—¿Borrell? ¡Oh! Ya lo creo... Soy un apasionado de su literatura.

Y al estrecharle la mano muy conmovido, Gregorio lo elogió muy sinceramente, porque, en efecto, los libros de aquel hombre habíanle encantado.

—No puede usted figurarse cuánto celebro conocerle. Tenía verdaderos deseos... Tanto es así, que varias veces pensé en buscar quien me acompañara á verle...

Borrell, muy halagado, sonreía y procuraba atajar el chorro de alabanzas con cierta torpeza bonachona, ingenua.

—Pues ya ve usted—continuaba Gonsá—qué ocasión tan inesperada, tan oportuna... Por lo demás, cuando tenga usted deseos de ponerse en relación con alguien, diríjase á mí. Pocas serán las personas de significación que yo no trate asiduamente.

Y variando de tono, añadió:

—Y usted, ¿adónde va? Digo..., si no es indiscreción...

—¡Por Dios!... A comer.

—¡Hombre, buena idea!... Véngase con nosotros. Comemos con Juan Roberto. Le llevo á Borrell; él no lo conoce. Véngase usted también. Se alegrará.

—Es un poco fuerte presentarse así... de sopetón, sin que le conviden á uno... Y yo con Juan Roberto no tengo mucha confianza que digamos.

—¿Qué importa? En su casa no faltará comida. Él es amigo de la buena charla, y entre los tres se la daremos inmejorable. Véngase... Lo dicho.

—¡Hombre!... No me atrevo..., la verdad.

—Vamos, Gregorio, no sea niño. Guíese por mí. Pasará un buen rato.

—Eso, lo supongo... Pero, vamos..., que me parece una cosa un poco... fea eso de llegar así, sin más ni más...

Pero como, en realidad, la invitación seducía á Gregorio, su resistencia duró poco, y con ellos se fué á casa de Polis. Por el camino, Gonsá le contaba la historia de aquella comida.

—Porque esta comida tiene su historia, bastante curiosa, por cierto, en cuanto es revelación de dos caracteres... El otro día hablábamos en casa de Solano de estómagos... Maravilloso el de Mengano; el de Fulano, estupendo... Y así fueron nombrados los principales y más famosos, acompañado cada uno de su correspondiente anécdota. Yo, aunque á usted le parezca mentira, permanecí callado; pero era porque tenía reservada la bomba final. Y, en efecto, cuando ya entraron los contertulios en esas vagas consideraciones de orden general que suelen seguir á toda murmuración, conté yo el caso del amigo—y señaló á Borrell.

Sonrió éste con su sonrisa ingenua y embarazada.

—Ya ve usted... Me han asignado un lugar en la categoría de los *casos*...

Y con un gesto cómicamente desolado, añadió:

—¡Es una desgracia!... ¡Una verdadera desgracia!...

Aseguró Gonsá que todos quisieran ser *casos* en la forma en que lo era Borrell, y siguió después su anécdota:

—Éste es el mejor estómago de Madrid... Así, en absoluto..., lo afirmo...

Borrell protestó:

—¡Hombre!... No diría yo tanto...

—Repito que es usted el primer estómago de Madrid, y estoy seguro de no equivocarme.

Se detuvo, cogió de un brazo á Gregorio, y preguntó:

—¿Cree usted que hay muchos hombres que al finalizar una comida suculenta sean capaces de tomarse perfectamente tranquilos cincuenta truchas con aceitunas?

Gregorio se asombró:

—¡Cincuenta truchas!...

—Con aceitunas—insinuó dulcemente Borrell—. ¡Plato riquísimo!... Las truchas fritas, las aceitunas al natural... ¡Exquisito!... Es una combinación sencillísima. Las truchas ya sabe usted que son muy sosas; por eso les caen tan bien las aceitunas; sobre todo, si son de las menuditas, saladas, que llaman *manzanilla*. Le recomiendo que tome siempre de ésas...

Gregorio aseguró formalmente que aquéllas eran también las que él prefería. Y Gonsá continuó su historia.

—Juan Roberto, que me escuchaba cuando yo conté esto, ni se asombró ni lo negó; hizo algo más desagradable: sonreirse con airecillo incrédulo y mirarme de reojo y picarescamente, como concediéndome una protección cómplice para aquella mentira... Me indignó su conducta, y claramente se lo dije. Entonces fué cuando él se permitió poner mi cuento en duda, y cuando yo le prometí demostrarle prácticamente que se había pasado de listo en aquella ocasión.

—¿De modo—interrogó Gregorio lleno de curiosidad—que esta noche va usted á comer en casa de Juan Roberto todas esas truchas?...

Dulcemente, con un aire de encantadora modestia, Borrell contestó:

—Comeré lo que quieran...

Llegaron á casa de Polis.

—¿Usted por aquí?—gritó Juan Roberto, regocijado al ver á Gregorio—. ¡Me alegro, caramba; me alegro!... Nos espera una buena noche...

Y, satisfecho, iba y venía de un lado á otro del saloncito en que estaban.

—¿Qué tal la comida?—preguntó Gonsá, que, reclinado con elegante indolencia en un sillón, se arreglaba la corbata—. Supongo que hoy será día de gran gala, Juan Roberto.

—¡Oh! Ya sabes que conmigo no hay peligro de pasar hambre.

Borrell preludió en el piano una sonata de Beethoven. Juan Roberto, cuya alegría no alcanzaba límites, inició dos ó tres piructas.

—Tra... la... lará...

—¡Bravo, Juan Roberto!...

Y Juan Roberto dijo cómo, no obstante sus años y su manera de comer, conservaba ágiles las piernas y el cuerpo todo.

—Gracias al régimen... Un régimen riguroso...

Al finalizar la comida, en que Borrell hizo prodigios, todos tenían fiebre en los ojos exaltados, llenos de animación, la voz opaca, y rojas hasta la púr-

pura las mejillas. Tomaban café y bebían licores. Era la hora de las confidencias. Gonsá preguntó:

—¿Y usted, Borrell, qué tal de amores?

—¡Oh!... Ahora he encontrado el verdadero...

—¿El verdadero?... ¿Cuántos son los amores verdaderos de usted? Varias veces me ha dicho lo mismo.

Borrell confesó desconsolado que tal era la condición de su espíritu en materia amorosa, que rara vez pudo contemplar una belleza sin enamorarse de ella perdidamente.

—Y esto es horrible, señores; horrible... Cada nuevo amor concebido creo que es el último, el que definitivamente ha de poseerme... Y luego llega otro que sustituye á aquél...

Por lo bajo, Gonsá ponderaba á Gregorio las extraordinarias facultades oratorias de Borrell.

—En cuanto tiene un poco de vino dentro del cuerpo es otro... Usted lo ha visto... Antes de comer, silencioso, simplote..., un verdadero ingenuo... Y ahora...

Estaba, en efecto, transfigurado: la voz enérgica, el ademán vigoroso, fácil la palabra, extrañamente evocadora. Gonsá lo animaba á hablar, y él, lleno de fuego, seguíalo dócilmente, descubriendo descuidado ante los tres amigos su alma apasionada, llena de vehemencia y de infantilidad.

—Pero este amor de ahora..., ¡oh!.. , éste sí; éste es el verdadero, el grande amor que yo he soñado... No sé si será el definitivo; si tras éste vendrán otros... Pero Rosa quedará siempre en mis recuerdos como una de las más bellas páginas de esta vida mía, que voy creyendo ya que tiene algo de extraordinaria...

—Rosa, bello nombre—murmuró Gonsá—. Es evocador; da idea de frescura, de aroma...

Y Gregorio:

—Trae el recuerdo de esta hermosa primavera; nos da la imagen de un amor disfrutado bajo la sombra de un árbol ó en la orilla de un río...

Y Borrell:

—Ó en un jardín, durante la siesta tibia, en un ambiente de fragancias intensas...

Suspiraron los tres. Y Polis comentó:

—Estáis románticos, y eso es peligroso. Yo no puedo aprobar tales escapadas al ideal amoroso, porque en la imposibilidad de verlo realizado, y ante el deseo apremiante y violento de que tal suceda, suelen producirse ciertas caídas en brazos de cualquier trasnochada beldad... Y esto no lo condeno yo en sí, sino en lo que tiene de peligroso para nuestras ilusiones. Llegamos á ella pensando en aquello que hemos soñado, y tropezamos con la realidad... ¡Y bien sabéis qué triste es la realidad ésa!... De tantos choques como este que yo he imaginado ahora, habidos en el mundo á lo largo de los años, viene la desconfianza en el amor, el desdén por el placer de amar, que á tantos hombres de hoy enturbia la vida...

Tres nuevos suspiros temblaron en el aire, cargado de humo de tabaco y de aromas de licores. Siguió un silencio; después Borrell dijo:

—Es cierto... Muchas veces pensé en lo malo que es imaginar; quien lo hace, tiene al desengaño en acecho...

—Pero no se puede nada contra ello, amigo Borrell—arguyó Gonsá—. Es más fuerte que nosotros la imaginación. Nos domina y nos vence cuando luchamos contra ella... Es como el mismo amor: de cada excursión que hacemos por su campo, tornamos con una tristeza ó con un desengaño... Y volvemos á él de nuevo con la misma esperanza de encontrar placer...

—Yo creía en ese placer—dijo Gregorio vagamente—. Hoy dudo; y no porque la realidad destruyese las ilusiones concebidas, sino porque al demostrarme la posibilidad de un doble amor, me presenta la imposibilidad de conseguirlo sin acudir á una traición... Y esto es más horrible.

Juan Roberto aventuró un chiste:

—No conocía esas tendencias de usted hacia la poligamia.

El chiste cayó como en un pozo. Era aquélla noche de poética melancolía, de triste escepticismo amoroso. Borrell y Gonsá recordaban adoloridamente tantas ilusiones concebidas pensando en el placer de amar; tantas tristezas logradas buscando el placer de amar..

—¡El placer de amar!... ¡Oh, si existiera tal como lo hemos soñado todos!...

—¡Qué encanto de vida entonces!...

Y Juan Roberto:

—*Hélas!* Todos hemos tenido ilusiones... y todos las hemos perdido... Y, no obstante, la vida nos continúa pareciendo bella y digna de ser vivida... Cuestión de amoldarse...

Y los enamorados del ideal cerraron el comentario de Polis con tres largos suspiros, forzada confesión sin duda de que, abandonando aquella vana pretensión de la inmarcesible belleza de sus imaginaciones amorosas, habíanse amoldado también á la triste realidad, agostadora incansable y cruel de la divina frondosidad de sus ensueños.

XII

Gregorio siguió viendo á Laura con frecuencia; pero la dulce impresión de amor espiritual que en aquella visita recibiera no se repitió. Poco á poco crecía en él una pasión absorbente y poderosa por el cuerpo de Laura. Ante su vista estaban constantemente los frescos labios rosados, reveladores de una extraordinaria vehemencia amorosa; y recordaba también los ojos versátiles, tan dóciles en traducir las impresiones que la voluntad de su dueña les dictaba. Soñó cien veces en pocos días cien vidas de amor diversas; cien historias románticas ó brutales, en que tan pronto Laura aparecía como una inmaculada imagen de la serenidad amorosa, ausente de toda sensualidad, como se convertía en la personificación del vicio voluptuoso, torturador hasta la locura.

En momentos de relativa tranquilidad, empeñábase en establecer escrupulosamente un paralelo entre las sensaciones que traía á su espíritu este nuevo amor y las que le procuraba el ya viejo cariño á Lucy; la pobre Lucy, más olvidada á cada instante. Ofuscado por la pasión, Gregorio salió de su análisis con la afirmación de un error en el espíritu, pues consideró axiomático que aquel amor por su primera novia fuera de intensidad inferior á este que sentía por Laura, fundándose en que el primero no había llegado nunca á la obsesión y fuera plácido y tranquilo, mientras que este de ahora tenía todas las violencias y las inquietudes impacientes del amor alimentado por los héroes de novela.

Ya con esta convicción bien determinada, no logró momento de sosiego. Dióse con furia á buscar solución para el magno problema de su vida, presa entre dos amores. Porque sólo el pensar en la ruptura con Lucy producíale dolor; «tenía el alma sensible; era un sentimental, sin fuerza para contemplar serenamente la desgracia de una mujer».

Lleno de confusión el espíritu, y de zozobras y de sentimientos encontrados, vivió algún tiempo viendo á Laura y á Lucy, mostrándose más reservado con ésta cada día, y cada día más expresivo con aquélla. Lucy no hizo caso, acostumbrada á la inconsistencia del carácter de su novio; y Laura, sin poder dominar su impulso galante—sentimiento más poderoso en el alma de la dama que cualquier otro—, dejábase llevar de su afición á Gregorio, y mostrábase con él excesivamente cariñosa y pródiga en tácitas promesas, que afirmaban y hacían más fuerte el deseo de Gregorio.

Éste, un día en que sus impaciencias amorosas lograron mayor violencia que nunca, no pudo contenerse y habló con Gonsá del caso. Fué en el Retiro, una tarde; se apartaron del paseo de coches, y perdidos en solitarias alamedas conversaron despacio sobre aquello, envueltos en las llamaradas rojas del sol poniente y en el aroma intenso de la Naturaleza en pleno vigor. El rumor de la vida ciudadana llegaba á ellos vagamente, mezclado con el canto agudo ó armonioso de los pájaros y con las descargas del Tiro de Pichón.

Gonsá aconsejaba:

—Usted tiene todavía cierta clase de reparos, muy propios en quien ha recibido una educación terriblemente católica; si quiere vivir bien entre nosotros, debe ir abandonándolos.

Parándose de pronto, añadió con un ademán expresivamente interrogante:

—¿Cree usted que ellas, en su caso, tendrían los mismos temores?

Gregorio hizo un gesto vago que podría interpretarse en cualquier sentido.

—Pues esté usted seguro de que no.

Y el elegante descargó con su bastón un golpe en el suelo. Á su lado pasaron dos jóvenes gomosos. Discutían acaloradamente sobre la *dernière* en sombreros de copa. Un jornalero que trabajaba cerca entre unas matas de flores irguió el cuerpo trabajosamente, y, mirándolos con encono, rezongó cualquier frase mortificante. Dos niños atravesaron corriendo, un poco más lejos, otra senda, perseguidos por un perrito que hacía sonar el regocijado cascabel pen-

diente de su cuello. La niñera los llamaba cuidadosa: «¡Pepín, Toló, estaos quietos!... ¡Vamos, venid aquí!... ¡Voy á llamar al guarda!...» Gonsá, en medio de la paz casi campesina de aquella tarde, seguía su perorata:

—Tantas veces se ha llamado á la mujer nuestra natural enemiga, que ya no me atrevo yo á decirlo, porque odio la frase hecha. Y, sin embargo, hay que convenir en que es muy rara la que no tiene un sólido fundamento. El de ésta, querido Flores, es la verdad misma. La mujer es nuestra enemiga, la enemiga con quien luchamos sin descanso años y años, todos los de nuestra miserable existencia. Como enemigo hay, pues, que tratarla...

—La generosidad se impone, sin embargo, con nuestros enemigos...

—¡Bah! Ideas del siglo pasado... La generosidad no ha sido nunca otra cosa que hipocresía: la manera de disfrazar el miedo á una responsabilidad, ó la de conseguir un éxito ante la galería. Huya usted siempre de la generosidad. ¡Fuerza! Ésa es la verdadera fórmula de la vida moderna: ¡fuerza! Hay que ser así, egoístas, altivos, desdeñosos..., y, sobre todo, ¡nada sentimentales!... Es terrible el sentimentalismo. No hay cosa más despreciable, más indigna... En esa lucha que tuvieron durante siglos, el cerebro venció al corazón... Es indudable...

Gregorio pensó desconsolado en ese invencible sentimentalismo suyo que no le permitía adoptar frente á Lucy una actitud franca y decidida. Se lo confesó á Gonsá:

—Soy un sentimental, un terrible sentimental...; me enternezco por nada...

—Pues crea usted que en el mundo no hay más sentimentales que los que se empeñan en serlo. Aquí todo es cuestión de voluntad. Si usted se decide á ser un hombre fuerte, en la más moderna acepción de la palabra, lo será usted sin duda alguna. Propóngaselo...

—¿Cómo, si no tengo voluntad? Creo, como usted, que en ella está la solución... Pero si no se tiene, ¿cómo buscarla?... La voluntad no se hace...

Quedó Gonsá pensativo un rato. Después murmuró, levantando la cabeza y aspirando fieramente el aire:

—Es triste, es triste...

Siguieron un rato por la senda, que ondeaba blanquecina entre dos hileras de árboles. Estaban en un alto; el Palacio de Cristal brillaba como una inmensa farola de espléndida luz roja al ser envuelto por los rayos del sol muriente; á espaldas de los dos amigos, el cielo adquiría un frío color gris de acero, en que las copas redondas de los árboles y algunas nubes blancas se destacaban duramente; decrecía el rumor de los coches; las descargas en el Tiro de Pichón continuaban intermitentes á lo lejos, resonando largas y tristes en el aire puro, limpio, tranquilo. Parados allí los interlocutores, miraban con vaguedad, sin interés, los macizos de árboles, los jardines, los kioscos, la gris superficie del estanque, todo el panorama algo artificioso que á sus pies se extendía. Después habló Gonsá:

—¡Y es tan bello sentirse fuerte!... Todo lo humano, lo que entristece, lo que disgusta, lo que aplana nuestro espíritu y lo hace escéptico é incapaz de

esas bellas empresas románticas que hoy no vemos más que en los libros, desaparece ante la fortaleza nuestra... Es un triunfo constante sobre todas las cosas... Desdeña uno á los pequeños, á los miserables, á los incapaces; pero no con ese desdén amargo común á todos los débiles y que tanto se marca en los vencidos, sino con un desdén cariñoso, en que hay cierto amor por aquellos seres que nos son tan inferiores..., pero que nos divierten con sus gestos y con sus charlas... Los fuertes no desprecian sino así, de un modo amable, afectuoso... ¡Son tan indulgentes!...

Ahora bajaban con lentitud por un sendero estrecho, de pendiente rápida. Gruesos árboles, llenos de hoja, formaban un bello túnel natural que amortiguaba la luz; allí era ya casi de noche; estaba el ambiente intensamente húmedo. Gregorio escuchaba atento aquel himno á la fuerza. También él pensara cien veces lo mismo que Gonsá decía ahora; también él podía hablar de la fuerza, pero en tono lleno de tristeza, en el mismo tono de dulce pesar que se emplea recordando las bellas y amadas cosas perdidas para siempre: un amor, la felicidad... ¡Qué horrible tristeza la de sentirse sin voluntad! ¡Oh, el desprecio á los libros, á las lecturas morbosas y desordenadas; la gran amargura de no haberse formado una disciplina!... De un modo agudo, punzante, penetraron desprecio y amargura en su alma. Fué un momento de horrible angustia en que sintió su pecho atrozmente oprimido por algo que quiso salir con ímpetu, y que se resolvió en una rápida contracción nerviosa y en un fuerte bastonazo descargado sobre el suelo.

Acostumbrado Gregorio desde niño á dar largos paseos por la gran soledad del campo, únicamente andando pensaba bien. Así, luego que terminó aquella noche su comida, fuése por las calles dando un paseo solitario y debatiendo mentalmente la transcendental cuestión de sus amores.

Divagó largamente en derredor de las ideas de Gonsá. Y las halló revestidas de un encanto admirable. Pero la rectitud que en el fondo de su alma había quedado como recuerdo de su educación dió á la voluntad, acariciada y reblandecida por la esperanza amorosa, fuerza suficiente para erguirse en un último movimiento de gallardía y poner su veto á la pasión.

—No puede ser... No puede ser...

Gregorio era pródigo en bellas promesas, y jamás una mala intención prosperaba en su espíritu. Los hechos eran los que lo arrastraban sin remedio: eran los dominadores: aquellos contra los cuales nada podía él. Su propósito decidido de no engañar á una de sus dos amadas era sincero; si la voluntad le ayudase, llegaría á tomar forma de realidad.

XIII

Fatigado, entró en un café. La gente salía de los teatros, y momentáneamente algunas calles recobraron animación. Gregorio observó nuevamente (ya en otras ocasiones fuera realizada por él aquella misma observación) que

la fatiga mental produce debilidades de cuerpo que, de no ser urgentemente reparadas, arrastran á esa especie de ensoñación febril que convierte los razonamientos en una tumultuosa cabalgata de ideas. Huyendo de ello, tomó chocolate. Deseaba que sus decisiones de poco antes y las razones en que las había fundado conservaran aquella claridad perfecta con que fueran concebidas.

«Porque cuando se trata de trazar la norma de una vida, nada hay tan útil como la claridad en las decisiones», pensaba Gregorio sorbiendo con lentitud sibarítica el último resto de su chocolate. Y á continuación: «Esto está demasiado espeso. Empalaga un poco.»

Se reclinó indolentemente en el diván, y soñó: «La verdad es que Laura...» Cerró los ojos con arrobamiento y se deslizó sin sentir en una serie de imaginaciones llenas de encanto voluptuoso. Así transcurrió un rato, hasta que, llamado á la realidad por un tumulto de risas y voces de mujeres y borrachos, miró el reloj y se levantó escandalizado. «¡Demonio! ¡La una!... ¡Y mañana á las diez en casa de Laura!...»

Al salir, cerca ya de la puerta, Borrell lo saludó:

—Adiós, Gregorio... ¿No quiere usted acompañarme?

—Muchas gracias. Me voy á la cama.

—¿Tan pronto?... Venga aquí y siéntese.

Con ánimo de despedirse inmediatamente, acercóse á la mesa de su amigo. Borrell comía con inmejorable apetito un gran trozo de carne.

—Estoy aquí esperando á Salambó, ¿sabe usted?... Yo le llamo Salambó. Es su tipo exacto..., ó, al menos, yo así me lo figuro. ¿Usted no la conoce todavía?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa señora.

—Salambó es mi último amor, el definitivo... ¡Qué esbeltez de formas, qué color!... Yo estoy loco con ella; lo que se dice loco. La encontré, como á los diamantes, en un montón de basura. Figúrese que su protectora, la que la explotaba, tenía un aguaducho en el Prado. Algunas víctimas del exotismo se acercaban á ella; pero ninguno de esos desgraciados predecesores míos supo encontrar en esa mujer los encantos que yo encontré. Tiene, sobre todo, la ingenuidad; una ingenuidad realmente primitiva que la hace de todo punto incapaz para el engaño y la doblez...

Hizo una pausa y miró el reloj.

—Ya tarda...

Después siguió:

—Tiene, además, la dentadura... Una dentadura ideal, tal y como puede haberla soñado el mejor maestro americano de odontología... Y ya usted sabe lo que esas dentaduras destacan y seducen sobre el color moreno subido. Y, además, ¿comprende usted todo el encanto, toda la gracia picaresca y extraña de una hija del desierto hablando en madrileño cerrado?

Gregorio, divertido en extremo, murmuró:

—Delicioso...

—Ya verá usted, ya verá usted... Ahora no puede tardar. Estaba citado con ella aquí, á las doce. Es la una y cuarto... Encuentro rara su tardanza; ella suele ser puntual. En fin, todo se reduce á esperar un poco más. Los que, por desgracia, tenemos una poca de experiencia en estas cosas de faldas, sabemos los disgustos que trae consigo el incomodarse con nuestras amigas cuando se retardan.

Y adoptando un tono de amistosa confidencia:

—Lo mejor, créame usted, es hacer la vista gorda.

Gregorio se mostró conforme. Tenía ya cierta curiosidad por conocer á la que Borrell aplicaba el literario nombre de Salambó, y decidió esperar. Hablaron aún de varias cosas.

—Este Gonsá—decía Borrell—, este Gonsá es de lo más célebre... Y tiene talento, ¿sabe usted? Tiene un talento bastante grande. Yo, créame, le respeto y le admiro.

—Y es culto—agregaba Gregorio—; es mucho más culto que la mayoría de las gentes con quienes alterna.

—¡Oh! De eso no hay que hablar... Yo atribuyo á eso mismo su éxito en el mundo. Ese aspecto de intelectualismo refinado que adopta le da una gran superioridad sobre todos los que le rodean. Además, él sabe conducirse.

—Es un maestro...

De pronto, los dos comenzaron á reir ruidosamente.

—Estamos hablando bien de una persona...

—¡Lo que diría de nosotros el interesado si nos oyese!...

—A sus ojos, ¡desacreditados por completo!...

La entrada de Salambó hizo suspender la charla de los dos amigos. Era una muchacha mulata, delgaducha y pequeña, pero con cierta agilidad de movimientos no exentos de gracia. Venía envuelta en el mantón garbosamente, y con fuerte taconeo y moviendo con desenfado las exiguas caderas, se acercó á los que la esperaban.

—¡Buenas noches!

Cogió una silla y se sentó frente á ellos. Con mucho donaire cruzó las piernas, llamó al mozo, y lacónicamente:

—¡Café!

El mozo se inclinó.

—¿Solo?

—Con tostada.

Sin transición, y dirigiéndose á Borrell exclusivamente, continuó:

—Vengo desfallecida, hijo. Estuve ahí con uno, chico; ¡qué hombre más pesao! Arre que me había de ir con él; y vengan promesas de que si me iba á hacer y á acontecer... Na; que no tuve otro remedio que darle por el gusto pa que se me quitara de encima... Por eso he tardao.

Y después, con un tono más zalamero:

—No me lo tomas á mal, ¿eh, niño?

Borrell no se lo tomó á mal. Respondió evasivamente y escuchó con curio-

sidad de novelista los detalles minuciosos que la muchacha le daba de la entrevista con el otro.

—Como soso, no lo era. Á las veces tenía sus salías con gracia y tóo. ¡Pero pegajosón y baboso!...

Gregorio contemplaba le escena con gran regocijo. Para sus adentros pensaba que no estaba del todo mal aquella especie de mona. «No deja de ser divertida; ¡pero tanto como para enamorarse de ella!...»

Salambó continuaba hablando y comiendo. Tras el café vinieron otras cosas, las más heterogéneas: bocadillos de jamón, patatas fritas, pasteles, un chorizo riojano. Y ahora se dedicaba á beber copitas de aguardiente de anís. De pronto, interrumpiéndose, preguntó á Borrell en alta voz:

—Oye, ¿quién es ése?—y señaló á Gregorio.

Gregorio se inclinó, sonriendo muy fino, y Borrell dijo:

—Un amigo mío.

—¿Cómo se llama?

—Gregorio.

—Para servir á usted—agregó éste, siempre con la misma finura.

Salambó, mostrando en una sonrisa la blanca hermosura de sus dientes, hizo á Flores una monería amistosa y le dijo:

—Eres muy simpático.

Después se inclinó hacia él y comenzó á preguntarle:

—Oye, ¿tienes novia?

—Sí.

—¿Y es guapa?

—Yo no soy voto, hija. Pregúntaselo á Borrell.

Borrell dió su opinión con mucha dignidad:

—Muy guapa.

Salambó volvió á sonreir.

—Te la mereces. Tú también vales la pena.

—Gracias.

—¿Y vas á casarte pronto?

—Veremos.

Salambó tuvo un gesto de tristeza picaresca.

—Debes casarte, chico, porque esta vida de soltero...

A Gregorio le hizo gracia el consejo y preguntó á su vez:

—Si tan mal te parece, ¿por qué no te casas tú?

Rióse ella á grandes carcajadas.

—¿Yo?... ¿Te parece que me he casado pocas veces?

Borrell comenzó á inquietarse. Conocía bien á Salambó, y temía que si la conversación se alargaba mucho le fuese Gregorio excesivamente agradable. Así que, levantándose, dijo:

—Vaya, es muy tarde... ¿Nos vamos?

Gregorio se levantó también. Al salir, mientras Salambó se adelantaba, Borrell, inclinado hacia Flores y cogiéndolo del brazo, comentó:

—¿Ha visto usted qué ingenuidad tan encantadora?... Pues así es siempre; no me oculta nada, absolutamente nada...

Despidiéronse todos. Salambó retuvo la mano de Gregorio.

—Adiós, Gregorio; ¿has de ir á verme?

—Sí; cualquier día. Adiós.

—Adiós... ¡Mira, que vayas!

Perdiéronse Borrell y Salambó en la noche; ella con sus caprichos, él con sus bellas fantasías, y á su casa volvió Gregorio pensando en aquella última aventura del día, tan agradable, y olvidando sus transcendentales decisiones. Y así se durmió aquella noche de un día de remordimientos, de tristeza por la perdida paz de su espíritu, no sin que antes la inquietadora imagen de Laura viniese á dejar en sus labios un beso.

XIV

Laura estaba en su saloncito malva: un prodigio de buen gusto con sus amplios divanes, sus sillas etéreas y sus discretos cortinajes. Leía un libro de cubiertas amarillas, tumbada en un ancho butacón y con los pies cruzados en alto sobre otro. Así la sorprendió Gregorio, y suspenso quedó un buen momento ante la belleza singular de la dama, que ahora resaltaba más en aquella decoración tan armónica y de tono tan apropiado. Laura lo oyó al fin.

—¡Ah!... ¿Es usted?

Y con ceño cuya severidad desmentía la sonrisa de sus grandes ojos, murmuró señalando el reloj:

—Las diez y veinte. ¿Es eso puntualidad?

Gregorio se mostró arrepentido.

—La cama... Tuvo la culpa esta afición mía á la cama. Por las mañanas me cuesta un triunfo abandonarla...

Siguieron así hablando un rato, negligentemente, de cosas triviales, sin importancia. Al cabo, Gregorio, excitado por el ambiente de dulce intimidad que se respiraba allí y por el abandono de Laura, logró animarse, y ya la conversación tomó rumbos más arriesgados. Iba diciendo Laura cómo á veces la invadía la gran tristeza de verse sola, sola. Únicamente algunas amistades compensaban algo aquella falta de cariño. Pero algo nada más. Ella necesitaba otra cosa. La amistad era muy poco. Necesitaba otra cosa.

—Yo he sido siempre muy sentimental.

Y Gregorio, en un impulso, con toda espontaneidad, exclamó:

—Como yo... Igual que yo...

Él era también un sentimental desatado. No podía vivir sin amor, sin mucho amor... Laura sonreía.

—Pero usted, Gregorio, tiene todo el amor que necesita. Usted tiene á su madre y á Lucy... Me parece que más...

Gregorio se sintió confidencial. Su madre, sí. Su madre lo quería con locu-

ra; acaso demasiado. Y él quería á su madre todo lo que á una madre se puede querer. Pero Laura sabía muy bien que el cariño maternal no es el que colma esas necesidades sentimentales. No. El cariño que él necesitaba no era ese que tan generosamente le otorgaba su madre. Ni el de Lucy tampoco... Laura se mostró muy sorprendida:

—¡Oh!... Pero eso es una revelación...

Una revelación, sí. Él fuera el primer sorprendido cuando, acosado por deseos, por ansiedades inexplicables, se había detenido en el examen de su espíritu. Entonces pudiera ver bien claramente—tanto, que no había lugar á dudas—que aquel cariño de Lucy, tan puro, tan intenso, no calmaba el feroz deseo de amar que llenaba su alma. Y comprendía bien por qué.

—He llegado á la convicción de que el amor tiene que ser completo, ¿comprende usted? El amor es una mezcla de idealismo y materialismo; una mezcla en partes iguales. Suprima usted una de ellas, y el amor no será lo que todos soñamos, sino otra cosa distinta... Será lo que Lucy siente por mí y yo siento por ella; ni más ni menos. Y eso es poco, muy poco. Así no calma este deseo, estas ansias que siento en mí, este terrible vacío sentimental...

Laura suspiraba, repentinamente melancólica.

—Acaso en mí haya también algo de eso que usted indica... Ya ve si soy sincera. Pero, ¿á qué negarlo? Es lógico lo que nos ocurre. La naturaleza nos lo impone, ¿no le parece?

—¡Oh! No hay duda.

Quedaron mirándose. Á los ojos de ambos asomaba un mismo deseo. Laura se limitaba á esperar, segura al cabo de su triunfo. Gregorio luchaba. Era aquélla la lucha definitiva de sus sanos principios de muchacho educado en el santo temor de Dios, con la tentación plancentera. Y al cabo, como casi siempre, la tentación triunfó. Un triunfo momentáneo.

Fué la charla deslizándose cada vez por más peligrosos caminos. Y de pronto, tras un desvanecimiento inexplicable, uno de esos deslumbramientos que produce la excesivamente intensa vibración del espíritu, se encontró con Laura en los brazos. Sus bocas se unieron. Y al contacto de aquellos labios de la dama, tan deseados, su cuerpo ardió. Y, casi instantáneamente, un frío mortal corrió por él. Lucy estaba en la puerta... ¡La pobre Lucy! Y detrás Gloria.

Gregorio, sobrecogido, presa de una ansiedad inmensa, escuchó como en sueños el grito desgarrador de la muchacha, y como á través de una alucinación, vió su gesto sublime, trágico, doloroso.

Lucy cayó al suelo. Su hermana, un momento muda, estupefacta, pudo al fin articular, arrebatada toda la sangre al rostro:

—¡Pero Laura!...

Los miró acusadora, despectiva. El rostro de Gregorio dejaba ver el intenso dolor de su alma, su desesperación aguda; Laura, recobrada ya, permanecía en una curiosa expectación. Gloria desvió de ellos los ojos y los posó en su hermana; se inclinó sobre ella, la besó, la acarició dulcemente, y cuando ya volvía en sí, le tendió los brazos y la ayudó á levantarse.

—¡Pobre!... ¡Pobre!...

¡La pobre Lucy! En su rostro pálido sólo se reflejaba la angustia, un deseo agudo de huir. Volvióse hacia la puerta, con una última mirada para ellos, y fué saliendo, apoyada siempre en su hermana. Gloria, á través de su indignación, solamente encontraba una frase para compadecerla:

—¡Es terrible!... ¡Es terrible!...

Gregorio, en tensión los nervios, escuchó. Toda el alma la tenía en los oídos. Toda la vida habíasele reconcentrado allí. Escuchaba, ausente de Laura, ajeno á cuanto le rodeaba. Sólo vivía para aquellos pasos, cada vez más débiles, ahogados por las alfombras, que se alejaban lentos, que sonaban en una estancia primero, y después en otra, y luego en otra más lejana, y que tras el ruido violento de una puerta se perdieron en un silencio sostenido, implacable. Gregorio aún permaneció un instante en aquella actitud recogida, en aquella inamovilidad angustiada. El silencio únicamente le zumbaba ahora en los oídos, forzados á escuchar; era un zumbido tenaz, profundo, que obraba sobre su espíritu, obligado á una atención sobrehumana, produciéndole vértigos, locos vértigos en que se sumía su inteligencia.

Por fin, la voz de Laura lo trajo á la realidad. Se volvió y vió á la dama sonriente con el mismo gesto de inocente picardía de un muchacho á quien sorprenden haciendo una diablura.

—Nos cogieron... ¡La hicimos buena!... Y todo por imprevisión mía. Me olvidé de que tenía citada á Lucy. Quería que la acompañase á casa de Escolar.

Gregorio no respondió á la invitación que encerraban estas palabras y la actitud de Laura. Giró sobre sí mismo, se retorció nerviosamente el bigote, dió dos vueltas desiguales, vacilantes, á lo largo de la habitación, y murmurando: «¡Esto no puede ser! ¡Esto no puede ser!», cruzó la puerta, atravesó dos ó tres habitaciones más, cogió su sombrero y su bastón, y bajó á la calle. Laura, llena de asombro, fué siguiéndolo en todas estas evoluciones. Y al verlo salir sin volver la cabeza una sola vez, sin decir una sola palabra de despedida, corrió por sus labios una fina sonrisa de inteligencia. ¡Ya volvería! La impresión fuera demasiado fuerte.

Gregorio vagó por las calles. Se ahogaba. El ruido le hacía un daño horrible. Buscando silencio y calma entró en el Retiro, y allí, sentado en un banco, en una carrera solitaria envuelta en la paz amable de aquella mañana de sol, dejó libertad á su pensamiento, que se lanzó indómito á una serie de largos razonamientos, sin sentido, sin utilidad. Fatigado al fin por la agotadora tarea de buscar imposibles soluciones á la situación, vino á caer en el reconocimiento de que lo hecho no tenía remedio. Y entonces pensó que acaso fuese lo mejor entregarse sin voluntad á su destino. Era débil una vez más.

Camino de su casa encontró á Gonsá.

—Adiós, Gregorio. ¿De paseo?...

Gregorio se colgó de su brazo, y en una súbita necesidad de confidencias, fué contando al *dandy* todo lo ocurrido. Gonsá lo escuchó con sorpresa. Aquel muchacho los había vencido á todos. Nunca, á pesar de sus frases de consuelo

á Gregorio, había pensado seriamente que esto pudiese suceder. No obstante un ligero sentimiento de humillación, lo felicitaba sinceramente.

—Es usted un hombre de suerte. ¡Diablo! ¡Poco que se le envidiará en cuanto esto se sepa!

—¡Oh!... Pues no soy digno de envidia; créame usted, Gonsá: no soy digno de envidia... Sufro horriblemente.

—Hace usted mal. Lo que ocurrió hoy es lamentable por el dolor de Lucy, indudablemente. Pero tiene su belleza... Casi una belleza trágica. Esa lucha de pasiones; ese amor encontrado y tan distinto de dos mujeres; el desfallecimiento de una ante la desgracia; la impasibilidad sonriente de la otra... ¡Oh!... Es bello, realmente bello. Un verdadero encanto para el espectador.

—Para el espectador... Pero para el interesado, esa situación tan bella es de una violencia insoportable. Si me viera usted por dentro, no encontraría la cosa tan encantadora.

Gonsá transigió. Comprendía aquel dolor. Al cabo, su inexperiencia... Lástima que esto no le hubiese ocurrido años más tarde, cuando la familiaridad con la vida hubiese endurecido un poco su corazón...

—De todos modos, créame usted: pasada la crisis, y templado el ánimo por el tiempo, ése será uno de los más bellos recuerdos de su vida.

Después charlaron de otras cosas, envueltos en la ruidosa balumba de las calles. Gonsá contaba varios incidentes de la vida mundana; y, por último, habló de sí mismo.

—Tomo nuevos rumbos. Hasta ahora pensé únicamente en divertirme. Desde ahora haré algo más serio... Estoy convencido de que los que llevamos algo en el cerebro debemos dejar huella en la vida; la huella más profunda que podamos.

Su frívolo gesto de siempre había desaparecido. En su rostro inteligente había ahora una gravedad intensa. Hablaba muy en serio, como si aquellas palabras suyas obedeciesen á reposadas reflexiones anteriores. Gregorio quiso mostrar curiosidad: preguntó qué planes tenía para lo futuro. En realidad, nada le interesaba entonces. Su pensamiento, serenado por el aire libre, había vuelto á fijarse obstinadamente en Laura. Y la deseaba otra vez. Y sentía un afán impetuoso, inconsciente, de sentirse á su lado. Ahora, la realidad, ayudada por la imaginación, exasperaba su deseo. Recordaba cómo sus brazos la ciñeran, cómo los labios se habían posado en los suyos.... Y el dulce desvanecimiento de entonces lo asaltaba de nuevo. Así pasaba entre la gente, al lado de Gonsá, que le iba hablando de sus cosas.

—El presidente, que ya sabe usted la amistad que me profesa, me ofreció un acta. Yo la acepté. Y ahí tiene usted cómo dentro de muy poco seré diputado, si mis electores lo consienten... Pienso trabajar mucho, mucho... Y muy en serio. La vida alegre acabó para mí...

Se separaron. Gregorio desistió de ir á su casa. Entró á almorzar en un *restaurant*. Quería estar solo para complacerse en sus imaginaciones. La gente le estorbaba aquel día. Poco á poco en su espíritu predominó el gusto del

placer, y el dolor de Lucy fué olvidándosele, y sólo recordó la mirada ardiente de los ojos de Laura. Comía y pensaba en ella. ¿Cómo sabían sus labios? ¡Oh! Se desesperaba por no haber podido conservar el beso allí, entre los suyos. Y, sin embargo, al recuerdo, á la imaginación, respondía el mismo escalofrío, el mismo afán inmoderado de besar otra vez que ya antes sintiera. Recordaba el cuerpo elástico y la ardiente, la intensa mirada de amor y de fiebre en que los magníficos ojos negros lo habían envuelto unos instantes. ¡Si aquel segundo hubiera podido prolongarse de un modo indefinido! ¡Si no hubiera transcurrido nunca, nunca!... ¡Qué intensidad de vida sólo en una mirada, en una simple mirada! Y pensando así, recordó que jamás Lucy le diera tal sensación.

Entre el vapor indeciso y aromado del café, en el silencio abandonado del *restaurant,* su fantasía le fué representando visiones del más agradable amor. ¡Ay, qué ciertos eran ahora sus impulsos sentimentales, irrefrenables, impetuosos! ¡Con qué claridad se le representaba la deficiencia del amor á Lucy! Esto de ahora era el amor. Lo de antes, no: lo de antes era un cariño enteco, una mentira romántica.

«Laura... ¡Oh Laura!...» Se sorprendió murmurando este nombre en alta voz. Tuvo miedo de que lo hubiesen oído. Y en un deseo de aislarse todavía más, salió. Caminaba por la calle de Alcalá, llena de sol. La luz lo cegaba. Los rayos de oro del gran astro, cayendo á plomo sobre su cabeza, parecían vaciársela de ideas. Era fuego lo que se respiraba. Y sentía en su ánimo un gran aplanamiento, un deseo agudo de intimidad fresca, apacible... El saloncito malva, con su ambiente suave, en una semiobscuridad levemente olorosa... ¡Oh Laura! La adoró fervorosamente. Sintió su cuerpo estremecido por el deseo, y su alma invadida por aquella intensa necesidad de amar. ¡Oh Laura! Toda una vida de amor, de apasionado amor, apareció ante él. Toda una vida que no sería más que un beso, un largo, un inmenso, un infinito beso del más extraordinario amor. ¡Qué locura asaltó su ánimo! En un impulso irreflexivo, como guiado por la mano de hierro del destino, llegó á casa de la dama y á sus brazos estatuarios, pero de fuego.

....

El idilio tuvo por escenario la Naturaleza. Y la Naturaleza casi virgen, la fresca y riente Naturaleza de varias playas escondidas, adonde el mundo no llevó todavía su reglamentada vanidad, contempló toda la ternura de un amor tan intenso y tan... *amor,* que Gregorio llegó á juzgarlo eterno. ¡Oh encantadora soledad de los bosques rumorosos y aromados! ¡Oh dulce y solemne misterio del mar en las noches sin brisa y con estrellas! ¡Cómo hacéis que el amor parezca grande, cómo lo purificáis, y cómo vuestra infinita poesía lo impregna de la más singular belleza!

Daniel López Orense
(Fantasio).

(Concluirá.)

ROMANCERO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA

LA DEFENSA DEL PORTILLO

Mártires de la santa Independencia,
valerosos caudillos de la Patria,
heroicos defensores denodados
de la invicta ciudad que el Ebro baña:
yo os invoco; surgid de los sepulcros
y levantad la frente coronada
con el lauro inmarchito de la gloria;
torne la vida como nueva savia
á dar vigor á vuestros pechos mustios
y á templar vuestras fibras aceradas,
y que Dios, por un acto omnipotente,
infunda en vuestros cuerpos vuestras almas.
Surgid de los sepulcros; el poeta
quiere que contempléis á vuestra España.
Perdón os pide si su voz vibrante
penetra en vuestras tumbas solitarias,
y el sueño de cien años interrumpe
al resonar como clarín de alarma.
Ya finge su ardorosa fantasía
cómo á su voz enérgica se alzan
una tras otra las figuras nobles
de aquellos que murieron por la Patria.
Hijos del pueblo, próceres ilustres,
soldados, sacerdotes, sabios, damas,
rústicos campesinos y mujeres
que resurgieron de la clase baja,
poco á poco cobrando carne y hueso,
sus venerables formas se destacan
entre las brumas del pasado siglo,
y en belicosa formación avanzan,
ora por el Portillo ó por el Carmen,
para tomar de nuevo las entradas,
como si á Zaragoza otro tirano
enviase otro ejército á tomarla.
Vedlos juntarse y dividirse luego,
ir al Pilar, formar sus barricadas,
atravesar el Coso en són de guerra,
clamando siempre: «Independencia y Patria.»
Arde en todos los pechos el coraje,
hay en todos los ojos llamaradas,
y crispación de nervios en las manos,
y en todos los semblantes amenazas.
Vedlos, y al frente, con la faz adusta,
breve pero elocuente la palabra,
contemplad al caudillo valeroso,
que á otra nueva defensa se prepara.

Es Palafox, el inmortal guerrero,
que blande al viento la temible espada.
Es Palafox; bajo su mando, corre
la muchedumbre en direcciones varias;
van de nuevo á morir por Zaragoza,
¡á morir entre escombros ó á salvarla!
Vedlos; y entre los héroes inmortales
que se aprestan también á la batalla,
como ha cien años, con igual empuje,
atónitos mirad cómo se alza
la gloriosa figura de Agustina,
respondiendo á su historia y á su fama.
Allí, junto al Portillo se presenta,
el gesto altivo y fiera la mirada:
¡es el alma de un pueblo vigoroso
que en femenino corazón encarna!
La fe en la Virgen del Pilar la alienta,
la sangre de los mártires la exalta;
es mujer..., es mujer; pero ¡qué importa!
¿Acaso en Aragón, cuando se trata
de defender la vieja madre tierra,
no son todos soldados de la Patria?
¡Y ha de retroceder! ¡Ella, Agustina!
¡Si al peligro jamás volvió la cara!
¡Si hay que morir, se morirá con gloria!
No es mujer que la muerte la acobarda.
Tosca será la saya que la cubre,
pero encierra en el fondo de su alma,
maravilloso, inagotable, espléndido,
un tesoro de amor para su España.
¿No mostró en otro tiempo en el Portillo
su bravo corazón, su estoica calma,
ante el empuje de aguerrida hueste,
que fué á morder el polvo derrotada?
Altiva, como entonces, su figura
entre el montón de muertos se levanta.
Cree la heroína que al Portillo llegan
los nuevos invasores de la Patria,
que el suelo está cubierto de cadáveres,
que ya soldados y artilleros faltan,
que el enemigo, con seguro paso,
en formación hacia el Portillo avanza,
y otra vez, con heroico patriotismo,
imagina que súbito arrebata
de las manos de un muerto la encendida
mecha, y rugiendo al aire la metralla,
la columna invasora cae rodando
á los pies del Portillo aniquilada.
Y nuevamente Palafox la premia,
y Aragón nuevamente la proclama.

Gabriel Enciso y Núñez.

Madrid.

EL 4 DE AGOSTO

I

La ciudad de Zaragoza,
la rica perla del Ebro,
maltratada sin piedad
por el intruso extranjero,
después de sufrir valiente
un constante bombardeo
y diferentes ataques,
peleando á un mismo tiempo
con el incendio voraz
y las tropas del Imperío,
el día cuatro de Agosto,
de tan amargos recuerdos,
nuevo y horroroso ataque
sufre con valor sereno.
Los franceses, decididos
á hacer el último esfuerzo,
lanzaron sobre la plaza
sus valiosos elementos.
Formidable artillería
frente á nuestros parapetos
colocaron, y una nube
de infantes y coraceros
rodeó nuestra ciudad
con baterías sin cuento.
Pronto comenzó la lucha,
y pronto fueron al suelo
nuestras débiles defensas,
destruídas por el hierro,
á pesar del heroísmo
que allí probaron los nuestros,
y á pesar de los patriotas
que peleando murieron.
....
¡Ya han entrado en la ciudad!
Por entre tapias y huertos,
como una avalancha humana,
avanzaron hacia el centro
unos cuantos batallones
inhumanos y soberbios.
Se extienden por todo el Coso,
se apoderan del convento
de San Francisco, y de allí,
estratégicos y arteros,
se corren de casa en casa,
burlando por este medio
los daños que desde enfrente
reciben con nuestro fuego.
En cada casa que horadan
traban un combate nuevo;
y en la sala, en la escalera,
en el patio, en el granero,
se esgrime por las mujeres,
hombres, muchachos y viejos,
ora la hoz, ora el astral
ó el cuchillo cabritero;
riega la sangre francesa
las paredes y los suelos,
y no hay hogar que no sea
de heroísmo fiel ejemplo.
Toman Santa Catalina,
donde se escuchan los rezos
de aquellas santas mujeres
que se ocultan en el templo,
cuyas vidas son salvadas
gracias á los sentimientos
del jefe que comandaba
aquellas hordas de suevos.
El cañón no cesa un punto;
llegan más y más refuerzos,
se extiende el brutal ataque,
y ante tan sangriento duelo
los defensores vacilan
y comienza el desaliento.
El pánico se declara
en nuestras filas, corriendo
en confusión hacia el puente
chicos y grandes revueltos.
Llegan al puente gritando,
y Tornos decide al verlos
volver la pieza cargada
hacia los que van viniendo,
y les grita: —¡Atrás, cobardes!
¡Zaragoza es lo primero!
¡Á morir por la ciudad,
que aquí se ametralla al miedo!—
Entonces se reaccionan,
toman ánimo y aliento,
y vuelven pasos atrás
á recobrar el terreno.

II

Dueños los franceses ya
del Coso, y muy satisfechos
disponen que una columna
cruce el arco de Cinegio,

creyendo seguir así
el camino más derecho
para cruzar la ciudad
y llegar hasta el Concejo.
¡Bendita equivocación!
En cuanto estuvieron dentro
de las intrincadas calles
á que el arco daba acceso,
hallaron todos la muerte
al golpe brusco y certero
de los escombros y muebles
arrojados sin concierto
desde pisos y azoteas
por el vecindario entero,
que en patios y en azaguanes
admite, furioso, el reto,
no dejando ni un francés
para contar el suceso.

III

Triunfantes en este sitio
los defensores, corrieron
á divulgar la noticia
á los barrios más extremos.
En seguida los del puente
vuelan al Coso de nuevo,
y desde puertas y esquinas
pelean con ardimiento.
También en la Magdalena
tienen noticia del hecho,
y se rehace el combate
iniciado por un lego
que maneja la escopeta,
dispara con tanto acierto,
que va derribando jefes
como si fueran conejos.
Enloquecen los paisanos,
y por las ruinas cubiertos,
llegan á desbaratar
un brillante regimiento,
principiando la alegría
entre la gente del pueblo.
Terminada la jornada
con el triunfo más completo,
Verdier, al ver lo que pasa,
ordena á sus corifeos
dejen para otra ocasión
sus arrogantes deseos,
respirando los patriotas
gracias al favor del cielo.
Y cuando ya las estrellas
reemplazan al rubio Febo,
se oye el són de las guitarras,
se escuchan dulces acentos
y algunas coplas como ésta,
eco fiel del pensamiento:
«Mientras la Virgen esté
á las orillas del Ebro,
no han de entrar en Zaragoza
las águilas del Imperio.»
¡Loor á aquellos patriotas,
dignos del mayor respeto!
¡Gloria á la ilustre condesa,
gloria á Sanz y Salamero,
Torres, Cuadros, Palafox,
Renovales, fray Boggiero,
Carsica, Jorge, La Ripa,
Sas, fray Gavín y Cerezo,
Casta, Manuela, Agustina
y otros patriotas, que dieron
de su fe y de su valor
el más envidiable ejemplo!
¡Baldón para los traidores
que, tiranizando pueblos,
llevaron á toda Europa
la guerra y el desconcierto,
desoyendo la razón
y atropellando el derecho.

Federico García.

Zaragoza.

LA CONDESA DE BURETA

Después de ceñir laureles,
llenas de altiva arrogancia,
las águilas imperiales
tendieron vuelo hacia España.
Y al posarse del Pirene
en la cordillera alta,
contemplando al león hispano,
que sereno dormitaba,
no juzgaron llana empresa
domeñarle con sus garras;
y concediendo á la astucia
lo que al valor le negaban,
falsa amistad al león
ofreciéronle las águilas.

***

Presto se vió del engaño
la vil, la menguada traza,
y del león la nobleza,
tan rudamente burlada,
estalló con fiero encono
de uno á otro extremo de España,
encendiéndose la guerra
cual se propaga la llama
que arroja airado el volcán
desde su abrasada entraña.
El grito del Dos de Mayo
resonó en la tierra hispana;
las plumas y los buriles
se trocaron por espadas;
los arados se abandonan
para manejar las lanzas;
donde brocados lucían
resplandecen las corazas,
y toda mano española
se alzó empuñando las armas.

***

Sin conocer de Aragón
la raza esforzada y brava;
sin conocer de sus hijos
el fuego y temple del alma,
que en páginas inmortales
con sangre escritos dejaran,
las águilas del Imperio,
cerniéndose esperanzadas,
quisieron á Zaragoza
ensombrecer con sus alas.
Trabóse la horrible lucha;
tras sus endebles murallas,
reforzadas con el hierro
que el pecho aragonés fragua,
desató rudas sus furias
la asoladora metralla.
Alumbró siniestro incendio
con sus pavorosas llamas.
La pólvora, con sus humos,
al sol ardiente enlutaba.
Cayeron con rudo estrépito
palacios, templos y casas.
Plomo ardiente los cañones
incesantes vomitaban.
De sangre arroyos corrían.
Piras de muertos se alzan;
de muertos que, estando muertos,
aún patrios ardores hablan...
No hay treguas; sigue la lucha;
Aragón no se avasalla;
Zaragoza no se rinde.
—¡Guerra y cuchillo!—eso exclaman
Palafox y el pueblo entero,
que en el temple de sus almas
guardan sobrados alientos
para morir por la Patria.
—¡Guerra, sí! ¡Guerra y cuchillo!—
Zaragoza fiera clama,
que al cielo eleva su fe,
junto á la columna santa
de la Virgen del Pilar,
que es su invicta capitana...
....
Cuando, más tarde, Lannes
sus rotos muros traspasa,
Zaragoza es un montón
de ruïnas calcinadas...
....
¿Quién es la mujer serena,
quién es la mujer gallarda,
de altivo porte, de esbelta,
señorial y fina traza,
con dulzuras y fierezas
en su expresiva mirada,
que se ve por Zaragoza
cuando las bombas estallan?

¿Quién es la mujer valiente,
de alma viril, que se alhaja,
no con deslumbrantes joyas,
sino con templadas armas
y con marciales arreos
que su figura realzan?
¿Quién es la mujer que el pueblo
que fieramente batalla
con entusiasmo la mira
y con amor la agasaja?
....
Esa mujer, que su vida,
sus anhelos y sus ansias,
cuando la ve en el peligro,
á Zaragoza consagra,
lleva en sus venas la sangre
de la más antigua raza,
y, porque *nobleza obliga,*
se ha dado entera á la Patria.
Ciñe corona en su frente,
de Aragón es prez y gala...
La condesa de Bureta;
así esa mujer se llama.

***

Miradla; cuando la lucha
más se arrecia y se agiganta;
cuando los enconos arden
y más aguda es la saña;
cuando más el cañón ruge;
cuando en sangre las espadas
se tiñen, y como lluvia
van por el aire las balas,
miradla, siempre arrogante,
con su cabeza muy alta,
ir allá do la pelea
con más empeños se traba.
Del Portillo corre al Carmen,
del Pino á puerta Quemada,
se ve en la puerta de Sancho,
luego se ve en Santa Engracia.
Dondequiera el ardor bélico
con su presencia se exalta.
Aquí recoge á un herido,
curando su abierta llaga.
Allá escucha los acentos
que moribundos exhalan.
Más allá, de luchadores
que ya sedientos se abrasan
apaga el ansia voraz
ofreciéndoles el agua.
Ora reanima á los tibios,
y les fortalece el alma
con el fuego de su espíritu,
que arde con crujiente llama.
Ora á los bravos saluda,
y, con abierta mirada,
infunde en sus corazones
más risueñas esperanzas.
Ella repara las brechas
que se abren en las murallas.
Ella levanta defensas
en las calles y en las plazas.
Ella se ve con el pueblo
detrás de las barricadas.
Ella, cuando de Verdier
la tropa furiosa avanza,
mirándola frente á frente,
brava, su fusil dispara...
Todo el pueblo la bendice,
y en la incesante batalla
va levantando entusiasmos
entre los héroes que alcanzan
ceñir iguales laureles
que los laureles que orlaran
á los héroes inmortales
de Sagunto y de Numancia.

***

Ved á la noble heroína,
después de braveza tanta,
ir al templo del Pilar,
do la columna se basa;
vedla caer de rodillas,
vertiendo serenas lágrimas,
ante la imagen que adora
con todo el amor del alma...
—¡Madre mía!, ¡Madre mía!
—dice con voz exaltada—,
por la Patria, por la Fe,
Zaragoza se levanta.
Yo no te pido el triunfo,
que la Historia Dios la encauza.
Yo sólo, Madre, te pido
que enardezcas la constancia
de tus predilectos hijos...
Y, si su suerte es contraria,
haz que el pueblo de Aragón,
como siempre, honore á España
con mártires de la Fe,
con mártires de la Patria.—
....
Sale del Pilar, y vuelve
á reanudar la batalla.
Y cura á otros mil heridos,
y torna á ofrecerles agua

á los rudos combatientes,
y les alienta y les habla
palabras de fortaleza
á los que el rigor ablanda.
....
Pero, al cabo, cedió el cuerpo,
que el cuerpo en luchas se gasta;
y aquella mujer heroica,
por enfermedad dañada,
se recluye bajo el techo
de su solariega casa.
Sin cuidarse del quebranto
que la hiere y la maltrata,
ya que la espada no esgrime,
ya que el fusil no dispara,
pasa las horas del día,
las noches en vela pasa,
sin dar reposo á sus manos,
cosiendo vendas y sábanas
para aliviar al herido
en su desventura aciaga...
Hace aún más: cuanto ella tiene,
cuanto su fortuna alcanza,
cuanto la vino en herencia,
á la ciudad lo consagra.
Y al llegar á sus oídos
que, por tomar represalias,
en Alagón, el francés
sus propiedades arrasa,
oye con indiferencia
del francés la ruin hazaña...
¡Qué importan de la estrechez
las privaciones amargas
á la que cifra su honor
en el honor de la Patria!
....
Siempre que el mundo prodigue
á Zaragoza alabanza,
recordando de sus Sitios
las figuras más preclaras;
siempre que la Historia narre
las grandezas realizadas
por ese pueblo de héroes
que junto al Pilar se alza;
entre el humo de la pólvora,
entre el rumor de batalla,
entre la rojiza sangre,
al pie de columna santa,
siempre, al lado de Agustina
y Palafox, tendrá plaza
la condesa de Bureta,
que es de Zaragoza gala,
lauro inmortal de Aragón,
excelsa gloria de España.

Rafael de Valenzuela.

———o———

AGUSTINA DE ARAGÓN

(Fragmentos de dos romances.)

Sale el sol color de sangre;
las baterías francesas
siguen vomitando balas
sobre la ciudad excelsa.
Los disparos del cañón
hacen retemblar la tierra;
pero los zaragozanos
ya no los oyen siquiera,
pues se van acostumbrando
á esta música funesta.
Silbando, cruzan las balas
el humo y la polvareda,
y un toldo de fuego cubre
la ciudad, que no se arredra
¡porque tiene un corazón
donde más fuego se encierra!
Acomete el enemigo
nuestras puertas y trincheras
por cinco puntos distintos
á un tiempo, con furia inmensa;
y desde la Bernardona,
Torrero, Torre de Cuéllar
y otras fuertes baterías
se halla la ciudad envuelta

por una curva infernal,
por un cinturón de hogueras.
Y con descargas cerradas
los sitiadores intentan
penetrar en Zaragoza;
pero los nuestros contestan
con más coraje y más brío;
y el que cae en la pelea,
clamando venganza, anima
al que sigue en la trinchera;
y al morir, con sangre escribe
su testamento, en que deja
libre de infamante yugo
á toda su descendencia.

***

Más vivo el fuego se torna
y á los combatientes diezma:
¡todo es horror! La campana
de la hermosa Torre Nueva,
de llamar con voz de bronce
á generala, no cesa;
todo el pueblo va acudiendo,
va acudiendo á la refriega.
El estruendo es espantoso;
balas van y balas llegan;
y morteros y fusiles
y trabucos y escopetas
parece que se disparan
ellos solos: tanta priesa
tienen en sembrar la muerte
los que airados los manejan;
y los cañones retumban,
y las granadas revientan,
y en el espacio las bombas
describen curvas siniestras,
¡y es más que lluvia, torrente
el que cae hacia la brecha
del Portillo! En este punto
el estrago y la violencia
son tan grandes, que ya todos
sus defensores en tierra
yacen sin vida, hacinados
en torno de las cureñas,
por la sangre enrojecidas
y por el fuego maltrechas;
y en el aire flota solo
un jirón de la bandera.
Ha sido la batería
varias veces recompuesta
en el fragor del combate,
del enemigo á presencia,
por sus bravos defensores:
¡ya ninguno de ellos queda!;
y desde la Bernardona
los sitiadores no cesan
de tirar. ¡Cuadro sombrío!
Encima de las cureñas
mudos están los cañones;
y entre el fuego y la humareda,
sobre el montón de cadáveres,
flota el jirón de bandera;
y ya, segura del triunfo,
una columna francesa
adelántase con ímpetu,
avanzando hacia la brecha!
¿No habrá un león español
que, con arrojo y firmeza,
de las imperiales águilas
el vuelo triunfal detenga?
¿Qué un león?, ¡una leona
es la que aparece fiera!
¡Vedla! ¡Sobre los cadáveres,
en cuyos rostros la mueca
de la agonía se nota,
surge terrible y esbelta,
como trágica visión,
una mujer; su belleza
es de una diosa irritada;
joven es, pues tiene apenas
veintidós años; al aire
su desgreñada melena,
perfumada por la pólvora,
nimbo de gloria semeja,
y en su terrible mirada
el furor relampaguea!
¿Es que aquel á quien amaba
ha caído en la refriega?
¡Es que ve desamparada
de la Patria la bandera;
es que en torno suyo mira
la hecatombe más horrenda,
y á los franceses que avanzan,
y á Zaragoza indefensa
por este lado, y la ira
crispa sus manos violenta,
y en su pecho se acumula
el furor de España entera!
Pero ya los enemigos
están muy cerca, muy cerca...
Agustina mira en torno;
su faz se ilumina... ¡Vedla!
De la mano de un soldado
que yace, arranca una mecha
encendida todavía,
y la aplica con presteza

á un cañón de veinticuatro
montado sobre altas ruedas
teñidas en sangre; el bronce
retrocede con gran fuerza,
y un fogonazo fulgura
y un estampido retruena.
¡Es un horroroso cráter,
es un volcán que revienta,
lanzando fuego y metralla
contra la chusma francesa,
en la que hace gran destrozo
y una mortandad tremenda!
¡Jura entonces la heroína,
alzando al cielo la diestra,
no dejar la batería
ni un momento sin defensa,
mientras le reste de vida
en su pecho una centella!
Nuestros soldados acuden
á ayudarla, pues, al verla,
han sentido nuevos bríos
difundirse por sus venas.
Ya se renueva la lucha
con más ardor y fiereza,
y los nuestros se agigantan
cuanto los de Francia cejan.
Y aquel cañón Agustina
sigue disparando intrépida;
y al fragor de la batalla
que en torno palpita horrenda,
no es aquélla una mujer:
¡es la deidad de la guerra,
la furia de la venganza,
el sol de la independencia,
á cuyo fulgor las almas
desbordan ignotas fuerzas
por músculos y tendones,
é irresistibles atletas
son los que están en redor
de la insigne aragonesa!
Ante empuje tan sublime
ceden las tropas francesas,
y hacia la puerta del Carmen
se retiran; pero de ella
serán también rechazados:
¡es ya su derrota cierta!
Huyen, huyen arrollados
por Aragón, y cubierta
de ensangrentados cadáveres
dejan la azotada tierra.
Junto al cañón, Agustina
permanece erguida y fiera:
símbolo de Zaragoza,
al pie de la Patria enseña;
¡y envuelto en los resplandores
que desde la azul esfera
descienden de la heroína
sobre la hermosa cabeza,
un ángel baja á ceñirla
de lauros una diadema
que resplandece y fulgura
con rayos de gloria eterna!

Jaime Pomar y Fúster.

—¡¡Viva Agustina!!—gritan los muy pocos
que de la muerte respetados fueron.
Y á la par que la aclaman conmovidos,
aprovechando el crítico momento
en que el valiente Palafox llegaba
al Portillo con tropas de refuerzo,
pertrechada que fué la batería,
y antes que el invasor pueda de nuevo
preparar otro asalto temerario
—de su total derrota ya repuesto—,
comenzó á bombear la artillería
con tal vigor y singular acierto
el campo del francés, que tuvo á raya
toda la tarde al invasor soberbio,
que, lleno de rubor y de coraje,
viendo que el sol languidecía lento

tras la bravía cumbre del Moncayo,
¡rabioso acometió su último esfuerzo!
¡Mas todo es vano!... La estupenda hazaña
de Agustina sirvió de noble ejemplo,
y si antes los sitiados eran fieras,
ahora son furias á quien dió el infierno
su satánica rabia, y no hay humano
poder que dome su valor inmenso.
Cuantas veces pretenden los franceses
realizar el ataque á sangre y fuego,
otras tantas, vencidos y humillados,
tienen que abandonar su loco empeño.
Y cuando ya la noche en la llanura
comenzaba á tender su denso velo,
¡del famoso Portillo se alejaron
para no volver más, de oprobio llenos!

....

Brilla la luna en la azulada esfera,
tachonada de estrellas y luceros;
ya no se oye el chasquido de las bombas
al reventar con pavoroso estruendo,
ni ciega el humo, ni en sus giros lleva
ayes de muerte el encalmado cierzo.
Cual himno santo que hasta el cielo sube,
de la plácida noche en el silencio,
se escucha el són de la armoniosa jota,
que, con alegre y cadencioso acento,
al compás de guitarros y bandurrias,
cantan en el Portillo los que fueron
horas antes leopardos africanos,
peleando en la brecha cuerpo á cuerpo.

Esteban Fernández y González.

Zaragoza, 11 de Marzo de 1908.

EL GRITO DE GUERRA

«Y las madres romanas
como infausto cometa y espantoso
ven acercarse al vencedor de Cannas.»
(QUINTANA.)

I

El coloso que camina
entre escombros y pavesas,
sobre cetros y tiaras,
sin límites ni fronteras,
hoy dirige el raudo vuelo
de sus águilas francesas
á este nido de leones
que custodian tres culebras:
con sus cristales el Gállego,
con turbias aguas el Huerva,
y el Ebro con sus rugidos
y su insondable grandeza.

***

Desbordada muchedumbre
por las calles se despeña,
y á rebato las campanas,
rasgando el viento, voltean.

—¡Armas!....—gritan nuestros bravos
desde el Coso á la Ribera—.
¡Armas!... —claman las mujeres
en grupos por las plazuelas—.
¡Armas!... ¡Á la Aljafería!...
¡¡El que no acuda que muera!!...—
Y este pregón dado al viento,
que de asombro al mundo llena,
irrita al monstruo, que avanza
como encendido cometa,
al vomitar sus cañones
cascos de rotas diademas.

***

¡Ya tienen armas los héroes;
vedlos...; á la lid se aprestan!
Custodios son de la Patria;
la espada en alto flamea,
el trueno ruge en su pecho,
el patrio amor los incendia,
la fe los hace invencibles...
¡Miradlos!... ¡Benditos sean!...

II

Allá asoman los tiranos
que el orbe á sus pies prosternan,
y aturden los horizontes
atambores y trompetas.
Los galos ya están enfrente,
la tromba humana se acerca,
y al relinchar los caballos,
y al rechinar las cureñas,
nos apuntan los cañones
de Austerlitz, Marengo y Jena.
. . . .
Al verlos, solemne y grave,
un baturro al fuerte trepa,
que puesto en pie sobre el muro,
se destaca envuelto en nieblas.
Fornido, con alpargatas,
calzón corto, azules medias,
amplia faja á la cintura,
un cuchillo oculto en ella,
camisa de tosco lino,
enjuta la faz morena,
con su trabuco en la mano
y el pañuelo á la cabeza.
Absorto el pueblo enmudece,
y él, con voz firme y entera,
cara á cara al enemigo
así, cantando, le reta:

—Icirle al monsiú de Francia
que el *tió* Jorge aquí le espera,
y que Zaragoza ice...
si tiene agallas, que venga.

***

¡Oh!... Qué estruendoso rugido
respondió á la copla aquella...
Pero callad, que otra copla
allá á lo lejos resuena.
¿Quién la canta? Algún querube,
pues caen sus notas sueltas
como en cristalino vaso
cuajada lluvia de perlas.
«Han de saber los franceses
que es invencible esta tierra,
porque tiene un Pilar firme,
donde la Virgen se asienta.»
No hay lira que el entusiasmo
del pueblo á cantar se atreva;
mas como todos conocen
esa voz dulce y serena,
corre delirante y ciego
al palacio de Bureta,
como corre el oleaje
hasta el risco en que se estrella.
Y agitando los pañuelos,
que al desplegarse asemejan
palomas, nuncios de gloria,
ó inmaculadas banderas,
tan cortés como valiente,
pone un dique á su fiereza,
se descubre y clama: —¡Vivan...
el *tió* Jorge y la condesa!

III

Á esta voz, la egregia dama
aparece tras sus rejas,
como al través de las nubes
rasga la sombra una estrella.
Los dedos pone en los labios,
con fuego y amor los besa,
y ese ardiente beso envía
al pueblo que la contempla,
diciéndole: —¡¡Aragoneses!!,
el beso que el viento os lleva,
va envuelto en el alma mía,
que es de Aragón toda entera.
¡Ea!... Afilad los cuchillos
y que en rayos se conviertan,
que el Angel entre esplendores
con ígnea espada pelea.

Y os juro que mientras corra
la sangre ardiendo en mis venas,
nadie anublará en mi Patria
el sol de su independencia,
pues me veréis sobre el campo
sin piedad, en lid abierta,
derribar por tierra á tiros
las águilas extranjeras.

***

Dice, y desciende al Mercado,
veloz como una centella,
hermosa como un ensueño,
firme, animosa y resuelta;
cayéndole por la espalda,
que rasos y encajes velan,
perfumados rizos sueltos
de su rica cabellera.
Fusil de chispa en la mano
con noble apostura ostenta,
y al lado izquierdo, prendida
con arte, la cartuchera.

***

Allá va la mujer fuerte,
la que á los bravos alienta,
la que con su pueblo parte
su amor, su vida y su hacienda.
La que nació en áurea cuna,
la que es rayo de la guerra,
valiente, como española;
firme, como aragonesa.
La que trocará magnánima
sus ricos trajes en vendas;
la que hará hospital glorioso
de su casa solariega.
La que vigila incansable
los muros, y abre trincheras
mal oculta entre las sombras
que esparce la noche negra.
Allá va nuestra heroína...
¡¡Es la encarnación suprema
de la Patria!!... ¡¡Es el Arcángel!!...
¡Contempladla bien!... ¡Es ella!...
Al verla, el pueblo, extasiado,
estalla en voces frenéticas:
es que el volcán comprimido
en terremotos revienta.
Mas como el ir al combate
era cual ir á una fiesta,
arrojaron á la cara
del tirano que los cerca,
en són de mofa y desprecio
y de horrísona protesta,
el himno guerrero y grande
de la jota aragonesa.

***

Copioso aluvión de bombas
cayó adentro, desde fuera;
á trabucazos, los nuestros
les dan inmortal respuesta.
La mujer fuerte... delante
y firme sobre la brecha;
los defensores... heroicos;
las matronas... como fieras.
Los chiquillos, como furias;
los clérigos, como atletas;
los viejos, como colosos,
con su garrote en la diestra.
Balas, bombas, agua hirviendo,
todo en confusión se mezcla,
y humo y polvo el sol anublan
sobre un diluvio de piedras.

IV

Cerró la noche, y dos sombras
cautelosamente velan
entre el resplandor rojizo
de proyectiles que humean.
Las dos recorren el muro,
y al verse las dos se estrechan,
y las dos juntan sus lágrimas,
y se arrodillan, y rezan
sobre los muertos sagrados
en tan horrible epopeya.
Oran..., pero no vacilan;
gimen..., pero no se entregan.
¿Serán almas que descienden
de siderales esferas
para dar á cada mártir
de áurea luz corona eterna?
No son almas; son mujeres,
y dos mujeres excelsas,
erguidas entre las bombas
y el fragor de la refriega.

***

¿Quiénes son? Doblad la frente;
y si anheláis conocerlas,
antes hincad la rodilla,
y escuchad..., que así se expresan:

—Condesa, las tumbas se abren,
y grita una voz secreta:
«¡Corre, Agustina, al Portillo,
que allí la gloria te espera!...»
—Corre... Yo quedo en el muro
siempre en alto..., siempre alerta,
que en el abrupto picacho
voraz el águila acecha
Y de aquí no han de arrancarme,
hasta que el francés entienda
que en sus fraguas los tiranos
no pueden forjar cadenas
que mis alientos subyuguen
y á un grande pueblo envilezcan,
cuando sus mujeres arden
del fuego patrio en la hoguera. —
Dice, y de nuevo se abrazan,
y con nuevo ardor se besan
aquellos dos luminares
que en un volcán centellean.

V

Se apartan, y el Ebro herido
empuja iracundo al Sena,
que hacia el Portillo grandioso
rojas sus aguas repliega.

Y en pie queda sobre el muro
la que es rayo de la guerra,
la que parte con su pueblo
su amor, su vida y su hacienda.
Vedla radiante en la altura
cual Judit, la casta hebrea,
que de Betulia en el muro
al pueblo de Dios liberta.
¡Miradla!... Á sus plantas tiene
por pedestal las troneras,
por techo un dosel de llamas,
y el reducto por vivienda.
Aguarda que rompa el día,
cuando el combatir se arrecia,
y los muros se derrumban,
y el bronco cañón atruena...
Con su fusil en la mano,
y á un lado la cartuchera,
valiente, como española;
firme, como aragonesa.

***

Y en tanto, entre la neblina,
cual gigante centinela,
vigila y pide venganza,
en su són, la Torre Nueva.

Ricardo Guijarro.

Zaragoza.

EN EL CONVENTO DE SANTA MÓNICA

I

El convento no se rinde;
y aunque en procesión macabra
como meteoros de fuego
lluvia de hierro en las tapias,
en el techo y en la huerta
morteros y obuses lanzan,
ni el águila del Imperio
posa en él la triunfal garra,
ni doma á sus defensores,
ni su altivez avasalla.
Por el honor de sus tropas,
por el prestigio de Francia,
hay que rendir el convento
ó reducirlo á la nada.

Y cual la fiera que aúlla
aprisionada en la jaula,
siente Lannes en su pecho
sorda tempestad que brama.
El huracán del orgullo
ruge espantoso en su alma,
y en el mar de su amor propio
olas de furor levanta.

***

En vano su artillería
vomita ronca con saña
raudales de infernal fuego
sobre las débiles tapias.
En vano en la abierta brecha
sus invictas huestes lanza,

vencedoras de cien lides,
triunfantes en cien batallas,
pues cada ataque en derrota,
cada asalto en desbandada
sus defensores convierten
con bravura legendaria.

***

Las Mónicas no se rinden;
pues afirman Villacampa
y los muchachos de Huesca
que fuera mengua en su raza
rendir lo que encomendado
está á su defensa y guarda;
que nunca tamaña afrenta
verán las zaragozanas;
y son los de Huesca gente
de duro temple de alma,
que antes que rendirse mueren,
mas antes que morir matan.

Por el fusil han trocado
los aperos de labranza;
fusil que, en sus rudos brazos,
es el sostén de la Patria;
y aunque á punto fijo ignoren
dónde se encontró Numancia,
á los héroes numantinos
en tenacidad igualan.
Sólo se nutren con gloria,
sólo se cubren con fama,
y con Palafox afirman
«que ni bombas ni granadas
mudan de color sus rostros
ni les cambia toda Francia».
Y si de armas carecieran
para barrer la *canalla*,
sin ellas combatirían,
pues con sus puños les basta.
Su honor está en el convento,
y su decisión tomada:
sólo serán sus paredes
ó pedestal, ó mortaja.

II

Clama el tambor con destemplados sones
vibran sonoros del clarín los ecos,
y la campana de la Torre Nueva
azota el aire en raudo movimiento.
Silban las balas, braman los cañones,
herido por la luz brilla el acero,
revientan las granadas y las bombas,
piafa el noble corcel, que tasca el freno,
y el alarido ronco del que mata
y el de quien cae exánime en el suelo,
sinfonía espantosa de la guerra
forman en el espacio convergiendo.
Descompuesta la faz, ennegrecida,
mostrando su odio en el fruncido ceño,
cual pavorosa bacanal de furias,
de rabia henchidos y de furor ebrios,
entre nubes de denso y negro humo,
como espectros surgidos del infierno,
los triunfadores de Silesia atacan
de venganza anhelantes el convento.
Del locutorio la indefensa puerta
locos embisten con ardor frenético;
mas ardor, odio, frenesí y venganza
se estrellan ante el férreo parapeto
que indómitos ofrecen los de Huesca,
con sublime valor y firme empeño
de vencer ó morir entre los muros
del ruinoso esqueleto.

....

Clama el tambor con destemplados sones;
vibran sonoros del clarín los ecos...
Los triunfadores de Silesia atacan
el cenobio, que tiembla en sus cimientos;
mas el tiempo transcurre... y en su claustro
no conquistan un palmo de terreno.

III

Tromba de polvo en el ambiente sube;
rasga el espacio pavoroso estruendo;
entre júbilo inmenso de demonios,
la frágil armazón del esqueleto,
resistir no pudiendo los ultrajes
persistentes de cien bocas de fuego,
se desplomó, arrastrando en su caída
y sepultando en sus criptosos senos
los heroicos Titanes que de Francia
terror y asombro fueron.

....

Tromba de polvo en los espacios sube;
rasga el espacio pavoroso estruendo,
y juran los tenaces defensores
sobrevivientes al desastre horrendo
que ¡nunca!, en tanto un átomo de vida
alentare sus pechos,
aunque se hundiera el Universo todo,
se rendirá el convento.

***

Ya no silban las balas, ni describen
trayectorias flamígeras las bombas;
las ruinas de la fábrica que un día
altiva y orgullosa
se irguió mostrando su semblante austero,
por la grey invasora
profanadas, al fin gimiendo yacen,
y son de los de Huesca triste fosa...
¡Mudos testigos fueron tus paredes
de la lucha gloriosa!
Pues ¡nunca!, en tanto un átomo de vida
y de sangre una gota
alentó á sus heroicos defensores,
se rindieron las Mónicas.

Angel Gill.

———o———

MARTIRIO Y HEROÍSMO

(El Padre Boggiero.)

Una epopeya gloriosa
la historia patria nos muestra,
por el heroísmo escrita
con la sangre aragonesa,
más que en mármoles y bronces,
de memoria duradera,
cincelada en nuestras almas,
infiltrada en nuestras venas.
Tranquila está la ciudad,
Cesaraugusta la bella,
tras los horrores del sitio,
consumada la epopeya,
no para ocultar perfidias
ni para velar vergüenzas,
pues ni se rindió al cansancio
ni capituló con mengua.
¡Satisfecho está el honor
y tranquila la conciencia!
Mustias están las guitarras
y mudas están sus cuerdas.
No vibran como vibraban
con la jota aragonesa,
porque las ondas del Ebro
murmuran una querella;
el caudal de su corriente
con lágrimas se acrecienta;
la muerte lloran de un héroe;
cobarde traición recuerdan.
Hay una tumba española
en cada palmo de tierra,
y, como el suelo no basta,
hasta en los ríos se encuentran;
por eso en la clara noche,
al fulgurar las estrellas,
lo coronan las espumas
y las ondas lo reflejan,
y al fundirse su corriente
con la corriente del Huerva,
«¡Boggiero!», el Ebro murmura,
y á «¡Boggiero!» el río suena;
que el Ebro guarda su tumba,
y su sangre el Ebro lleva.

***

Italia tuvo por patria,
por madre á España venera;
aquélla guarda su cuna,
ésta su tumba conserva.
Completó su educación
en aulas aragonesas;
y mientras nutre su espíritu
en la piedad y las letras,
al calor del sol hispano
sintió por la Patria nueva
amor á su hermoso cielo
y amor á su independencia,
divino aliento en el alma
y santo fuego en las venas,
porque del gran Calasanz
doctrina y alientos lleva.
Sacerdote ejemplarísimo,
dotado de raras prendas,
de los hijos de Lazán
preceptor por excelencia;
magnánimo con los pobres,
por sus virtudes asceta,
y, para el gran Palafox,
ángel de la Providencia:
que si el insigne caudillo
es el genio de la guerra,
el espíritu es Boggiero
que rige aquella contienda.
Suyos eran los consejos,
suyas las proclamas eran
que pavor y desaliento
en los enemigos siembran,
y aliento y valor duplican
en la hueste aragonesa.
Por eso, al sentir los pasos
de la legión extranjera,
cuando resonó en los aires
la declaración guerrera:
La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que no hay más que un Aragón
ni más Pilarica que ella,
corrió denodado al muro,
puso su pecho en la brecha,
su vista fija en el cielo
y su rodilla en la tierra.
De entusiasmo se embriaga
si el clarín bélico suena
cuando oye el toque de alarma
que parte de Torre Nueva.
Ni el hambre le debilita
ni le produce tristeza,

ni le enfría la intemperie,
ni ante el peligro flaquea,
ni el relámpago le abate,
ni la tempestad le arredra,
ni el cañón le hace temblar,
ni la muerte le amedrenta,
que á la muerte desafía
hasta en la negra epidemia.
Buscando siempre el peligro,
prestando bravas defensas,
mostrándose en los combates
de aquellas horas supremas,
con la cruz como un apóstol,
con las armas un atleta,
á los que avanzan sostiene,
á los que caen consuela,
derramando en todas partes,
ángel de la Providencia,
de los cielos esperanzas,
de la Patria recompensas.
Por eso en la clara noche,
cuando la luna riela,
su nombre el eco repite,
su nombre en los aires suena
¡Cabe la puerta del Ángel,
un ángel su tumba vela!

***

No se oyen toques de alarma,
ni se oyen gritos de guerra,
ni en el Moncayo los ecos
de aquella canción guerrera:
«Que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.»
Tranquila está la ciudad,
consumada la epopeya;
sólo el rencor enemigo
no reconoce las treguas,
ni la lealtad jurada,
ni la fe que prometiera,
y hasta en los escombros busca
con qué saciar su fiereza,
sin que al remover las ruinas
sienta calor de vergüenza;
y tan cobarde es su intento,
y tan traidora su empresa,
que le es preciso ocultarla
en las nocturnas tinieblas.
Una turba de sicarios,
que bien espectros semejan,
por el Coso se adelanta
con recelo y con cautela.
Al eco de sus pisadas
se estremece su conciencia,
temerosos de que surjan
de entre las sombras inciertas
los que en la lid sucumbieron
gritando: «Venganza y guerra»,
y medrosos se detienen
ó sus pasos aceleran
hasta el pórtico en que están
de Calasanz las escuelas,
donde recibe la infancia
el pan de piedad y letras
y debieran estrellarse
en el dintel de sus puertas
los enojos de los hombres
y los rencores de guerra.
Pero nada les detiene,
y con instinto de fieras
del venerable Boggiero
hasta la celda penetran,
cuando en su sueño tranquilo
tal vez con la gloria sueña;
traidoramente lo sacan,
arteramente lo llevan;
cabe la puerta del Ángel,
sobre la puente de piedra,
sin sumario ni proceso
le dieron muerte cruenta;
al Ebro su cuerpo arrojan
y al Ebro su sangre mezclan;
al removerse las aguas
en que el Pilar se refleja,
la luna veló su faz,
faltó luz en las estrellas,
la Patria lanzó un suspiro
y Zaragoza una queja;
¡lloró en la puerta del Ángel
el Ángel que allí se asienta!
Loor al héroe y al mártir
de la patria independencia;
un nombre tendrá en la Historia,
un recuerdo en la leyenda,
una corona en los cielos,
una plegaria en la tierra:
que honrar los héroes del sitio
y en su altar poner ofrendas,
es gloria para la Patria
y para Aragón grandeza.

Ángel V. Alonso.

1.° de Abril de 1908.

LA JOTA DE LOS SITIOS

I

Con cuatro acordes guerreros
igual que cuatro disparos,
vivos, tenaces y firmes,
sonoros y acompasados,
comienza la brava jota
en uno y en otro barrio
á levantar polvareda
de alegría y de entusiasmo
y á encender los corazones,
poniendo voz en los labios,
alientos en la esperanza
y energías en el ánimo.
No es hoy que el mozo te ronda,
niña de los ojos garzos,
rubia de las trenzas de oro,
morena del rostro pálido;
pero despertad del dulce
sueño, no cerréis los párpados,
aun cuando la voz no sea
del que podría rondaros,
escuchad atentamente,
no perdáis un solo canto,
pues quieren hoy los que rondan
que el eco de sus guitarros
se propague y se difunda
como la luz de un relámpago
y se interne hasta el más íntimo
rincón del hogar sagrado.
¡Zaragozanos, alerta!
¡Alerta, zaragozanos!
Que si vienen los franceses
no ha de quedar uno sano.
Así cantan por las calles
de la ciudad, por los barrios
más opuestos, y sus voces
resuenan en el espacio
como un reto de hidalguía,
gigante, valiente y claro;
como un trueno que de horrible
tempestad fuera presagio.
La noche es tranquila y fresca,
noche de Junio; en lo alto
las estrellas se interrogan
con sus resplandores mágicos;
y el cierzo, que cuando arrecia
arranca árboles de cuajo,
deslízase misterioso
como un pensativo sabio.
Pero la copla es bizarra,
y en cuanto en calles y patios
resuenan sus rudos ecos,
cada verso es un chispazo
Indígnanse las mujeres,
se alborotan los muchachos,
y los que á luchar se aprestan
dejan la cama de un salto;
se visten, y, en menos tiempo
del que se tarda en contarlo,
la calma se trueca en bulla
y en todo se nota el cambio.
El cierzo, al fin, se desata,
y compiten con los astros
los candiles de las viejas
que se asoman curioseando,
los infinitos candiles
con limpio aceite y sin pábilo,
firmamento que de un golpe
se hubiera venido abajo.
Una campana se escucha
que estremece al vecindario:
es de un convento de frailes
al que un pastor ha llevado
la ya indudable noticia
de que en un pueblo inmediato,
á eso de la media tarde,
los franceses han entrado.
Están ya cerca, muy cerca;
se les ha visto acampados,
como aguardando la noche
para emprender el asalto.
Y vienen muchos, muchísimos;
es imposible contarlos.
¡Quiera Dios que de Aragón
no sea el destino infausto!
La Virgen del Pilar dice...,
lo que dice y es probado,
que lo que dice la Virgen
siempre lo dice por algo.
Mas si fortificaciones
no hay, ni apenas soldados,
ni municiones ni armas,
ventajas lleva el contrario.
No obstante, desde la puerta
del Sol hasta la de Sancho,
desde Torrero hasta el Ebro,
desde el Portillo al Botánico,
todo recobrar parece
un vigor extraordinario,

aspecto de gallardía,
de resistencia y de arraigo;
los pechos son fortalezas;
armas temibles los brazos;
las fachadas de las casas,
banderas del amor patrio;
y la misma Torre Nueva,
con el peso de sus años,
aprestándose á la lucha,
afianza el espinazo.
Así lo pide la jota
que en uno y en otro barrio,
como un reto de hidalguía,
gigante, valiente y claro,
enciende los corazones,
poniendo voz en los labios,
alientos en la esperanza
y energías en el ánimo.
¡Zaragozanos, alerta!
¡Alerta, zaragozanos!
Que si vienen los franceses
no ha de quedar uno sano.

II

Pasan las horas, los días,
los meses, y con el tiempo
que así transcurre, se agotan
del sitiador los alientos.
No es el soldado el que lucha
contra el soldado; es el pueblo
todo el que pelea: hombres,
mujeres, chicos y viejos.
Grande es Palafox, y grande
la influencia de su ejemplo;
general como ninguno,
siempre en la lid el primero;
mas para campañas tales
es de mejores efectos
que entre los sitiados sea
general el ardimiento,
como la fe, el entusiasmo,
la fortaleza, el empeño,
que cuando son *generales*
forman invencible ejército.
Así, tras duros y crueles
ataques, muertes é incendios
espantosos, voladuras
y ruinas de todo género,
cansados los sitiadores
de esforzarse con mal éxito
y de ver todos sus planes
fracasar, buscan un medio
de retirarse con honra,
ya que no con el provecho
apetecido, y resuelven
disparar á un mismo tiempo
con todas sus formidables
baterías, en opuestos
sentidos, haciendo estragos
que abran paso á sangre y fuego.
Cae una lluvia de bombas
sobre Zaragoza. Horrendo
terremoto y sacudida
de los aires y los cielos
destruyen la población,
toda hecha ruinas y muertos;
pero el pueblo no se rinde
ni decae; pelea ciego,
cada vez más, y su sangre
forma charcos en el suelo,
que los escombros empapan
y seca el sol más espléndido.
Á los ayes del herido,
á sus gritos y lamentos,
surgen como por encanto
sangre nueva y brazos nuevos.
Parece que se derrumba
la ciudad, en cementerio
trocada, y que todavía
se yergue como un espectro,
como un fantasma imponente,
de cuyo esfuerzo supremo
dependiera la esperanza
última, el vigor postrero.
El sitiador poderoso
penetra, al fin, roto el cerco
de carne, única muralla;
mas, cuando se ve ya dentro
y la difícil victoria
quiere pregonar, creyendo
encontrar á nuestros héroes
á la rendición dispuestos,
en vez de avanzar un paso,
se ve obligado de nuevo
á batirse en retirada,
con apuro, cuerpo á cuerpo,
é internándose en las minas,
las explota con estruendo
de volcán, que desencaja
y hace pedazos los huesos.
De pronto, en vista, sin duda,
de ser vano todo intento,
ó acaso porque la noche
tiende ya su obscuro velo,
cesa en el campo enemigo
la agitación, con misterio
que por el contraste impone
más que el anterior estrépito.

¡Noche tranquila y hermosa,
noche de paz en el cielo,
noche de un día de muerte,
cuán sublime es tu silencio!
Mas, ¿cómo ha de ser durable,
si no hay cansancio ni sueño
y hay que velar contra todos
los planes del extranjero?
Oid... Otra vez la jota
despierta sus bravos ecos
en uno y en otro barrio
con cuatro acordes guerreros.
Al escucharla, recobran
sus lozanías los viejos,
y su sangre los heridos,
y se sanan los enfermos.
Tienen tal brío las voces,
que las coplas, contra el cierzo,
llegan hasta los franceses
y cual bombas caen entre ellos.
Y cuando estudian sus planes
de destrucción, y resueltos
creen los más intrincados
problemas del largo asedio,
surge una copla bravía
que con saetas por versos
les desbarata los números
y destruye los proyectos,
y que al rozar sus oídos,
con voz que á los cuatro vientos
francamente se propaga,
les dice como un secreto:
Corre, vé y dile al tirano
que no será suyo el pueblo
donde, cantando la jota,
resucitan á sus muertos.

Mariano Miguel de Val.

oOo

Descubrimientos arqueológicos.

Queremos adelantar á nuestros lectores el conocimiento de un hecho reciente y del cual no sabemos se haya dado cuenta todavía en otras publicaciones, aun cuando esté próximo á ser presentado debidamente en la Academia de la Historia.

El cultísimo marqués de Cerralbo, que suele veranear en sus posesiones de Santa María de Huerta, sabiendo que en las inmediaciones de aquel lugar, y entre éste y Monreal de Ariza, se habían hallado restos de cerámica antigua, exploró por sí mismo y se fijó en la configuración de un antiguo contorno con restos como de muros, que, en efecto, son de los llamados ciclópeos, y que limitan un suelo de meseta, donde ya, sin duda alguna, puede afirmarse que hubo una ciudad ¿Es la antigua «Arcóbriga»? Es lo más verosímil. Con la idea de demostrar lo que allí se conservase, el noble marqués emprendió excavaciones de relativa importancia, y dió con los cimientos de una casa romana con carácter de pretorial ó principal, pues ya se ve el zócalo de cantería labrada del patio y una escalinata también de piedra.

También monedas, las más de bronce, han sido encontradas, y alguna de plata, siendo la más moderna con el busto de Marco Aurelio *(Marcus Annius Aurelius Verus)*, uno de los Antoninos de la Casa imperial romana.

Esta circunstancia de no hallarse monedas posteriores indicaría, si no probaría, que la destrucción de esta ciudad pudo ser todavía en fecha anterior... ¿á la invasión de los bárbaros?...

Cerca de ese «pretorio», llamémosle así, se ven los restos, ya excavados, de cuatro fundamentos de columna de un templo prostilo (con pórtico sólo delante), y aun, en un vallecito abierto hacia abajo, parece reconocerse el hemiciclo de un «teatro», cuya cimentación de la escena parece aún manifestarse, y desde luego se llega á la meseta en cuestión por una rampa ó resto de iza lo bastante suave hasta para carros.

Todos estos restos, á excitación del señor marqués de Cerralbo, fueron visitados por el profesor alemán H. Schulten (el explorador de Numancia y campamentos contiguos), por el entendido director de nuestro Museo Arqueológico, D. Juan Catalina, y por otras entidades capaces de apreciar tales cosas. Desde luego, las excavaciones, las fotografías y dibujos, y los estudios del espiritual marqués de Cerralbo, con cuantos otros haya motivado su honrosa iniciativa, pondrán en claro lo posible de este antiguo misterio histórico. Los restos de cerámica, de vidrios y de útiles diversos recogidos, una lámpara de barro al pie de otra de bronce, pesas como de un telar, trozos de acueducto y un fragmento de lápida de mármol blanco y recercada de moldura, y en donde aún se leen la palabra FABIUS y resto de otra del siguiente renglón, forman ya un pequeño museo.

No paran todavía en esto las exploraciones del marqués de Cerralbo; pues,

sin duda alentado con el éxito de tales estudios, creyó reconocer en otras mesetas de aquel actual desierto antiquísimos poblados de lo primitivo español, ya por restos apenas recognoscibles de muros de fortalezas primitivas, y en una de tales mesetas halláronse restos de una cerámica de lo más tosco imaginable y de tan imperfecta cocción, que se rompe muy fácilmente en cuanto se ha sacado de la tierra. ¿Es todo esto del período llamado ongmico?

En otro de los altozanos se ve un casi desordenado *cromlech,* ó círculo de cuatro grandes pedruscos (cuya cantera se halla *más abajo),* y algo cerca de ese resto prehistórico hállase una interesantísima piedra, tal vez destinada *á sacrificios humanos;* pues aun cuando se ve nacida del suelo, está labrada por encima, formando una concavidad longitudinal de unos 70 centímetros de ancha y como cosa de un alto humano de longitud, con solera inclinada hacia un agujero con salida hasta un pocillo (ahora ya excavado); y la tal piedra, de misteriosa finalidad, pues no es posible referirla á utilidad rústica, ya que la cóncava canal se halla *abierta por delante* y sin posibilidad de *contener* agua ú otra cosa que pueda verterse; la tal piedra está junto al cimiento de una cámara cuadrada y al de algo macizo que pudo ser fundación de ara. Además de esto, hay allí una plazoleta con un banco de sillares respaldados por otras piedras, como si allí hubiera habido consejos ó reunión de gentes principales; no habiendo tradición alguna local de lo que todo aquello haya sido, por completamente borrado de la memoria para los hombres actuales, que ni aun forman poblado alguno en muchos kilómetros á la redonda.

Se comprende que estas cosas hayan excitado la curiosidad de un hombre tan dado á gustos y estudios históricos como el señor marqués de Cerralbo, cuyo palacio de Madrid es un verdadero museo lleno de colecciones de grandísimo mérito.

Como en definitiva el interés por estas cosas es de índole nacional, pues no es cosa de esperar á que, como en Numancia, vengan los alemanes á estudiar nuestro propio suelo, no podemos menos de aplaudir las cultísimas iniciativas del eximio prócer español, no exentas de gastos y de personales fatigas.

Mientras todos estos hechos, con mayor detalle, se preparan para constituir un interesante informe en la Academia de la Historia, bueno es que los notifiquemos á toda la culta intelectualidad á que se dirige la Revista Ateneo.

Félix Navarro.
Arquitecto.

———oOo———

LA HIGIENE

Estos días pasados la gente se preocupaba con exceso de las enfermedades ó por las enfermedades contagiosas. Temía que el cólera se extendiera por Europa y nos visitase. Afortunadamente, esos rumores se van extinguiendo.

No son ya en este siglo los mayores riesgos de la vida las enfermedades epidémicas; las que vienen, como si dijéramos, de fuera. Las que matan son las de dentro. La anemia, á los trabajadores, por desgastes cerebrales; el aneurisma, á los jugadores de la Bolsa; el reúma, á los trasnochadores; la albuminuria, á los glotones; la diabetes, á los que llevan vida sedentaria de bufete ó de casino; el tifus, á los encanijados, y la tuberculosis, á los mal constituídos.

En el siglo XIX ya hizo más víctimas el carnaval que el cólera.

Y en el siglo XX harán más víctimas los deportes que las enfermedades infecciosas.

Dicen que á punto se está de descubrir la manera de evitar á los sanos el contagio de las erupciones de los enfermos de la piel.

Refiriéndome á las víctimas de las aficiones deportivas, acabo de leer que la legión de los que van á Suiza á escalar los más altos picos pasa de miles de personas, y sucumben en las ascensiones, por término medio, 200 individuos, hembras y varones, cada año.

Llegan por ferrocarriles funiculares á las nieves perpetuas, á 2.000 metros sobre el nivel del mar. Pero desde allí contemplan otros picos á 1.000 metros más de altura, y el vértigo de la ascensión se apodera de los visitantes, y ¡arriba! Siguen subiendo apoyados en largos bastones con regatones de hierro apuntado, envueltos en pieles ajustadas, con trajes de poco vuelo y de mucho abrigo, abriendo con el pico del bastón que le sirve de empuñadura hoyos y aberturas en el hielo de las vertientes hasta llegar á cobertizos y cavernas sin gente, pero con leña hacinada para prenderle fuego y defenderse de la temperatura.

En aquellas subidas, ziszás y esfuerzos hercúleos, flaquea un témpano, se hunde una plancha de hielo, se abre un pozo, se descubre una hondonada, no se ve un tropiezo, no se supone un abismo, y el contingente de las doscientas víctimas se resta á los ascensionistas de los picos de Suiza. El caso se repite todos los años. Este ejercicio tiene más *amateurs* cada temporada, y antes de los dos mil metros no se detienen más que los que pasan de los cuarenta ó de los cincuenta años.

Por aquí, ó por Suiza, hace más víctimas también el deporte que el cólera.

No hay que alarmarse por las víctimas del automóvil. ¿Cómo no ha de haberlas si el número de estos artefactos aumenta considerablemente? En Madrid tiene automóvil casi todo el que puede tener coche. En París ruedan actualmente por las calles *once mil* automóviles de alquiler. Y claro está que, á mayor movimiento, mayores víctimas. Ahora no vuelcan las diligencias... porque no las hay.

Pero las enfermedades epidémicas nos asustan menos, porque la higiene nos preserva más. Y eso que todavía no nos defiende bastante. Un alcantarillado bueno es el mejor preservativo de una ciudad; una alimentación suficiente, el segundo; y para las personas acomodadas, el comer á diario por lo menos un plato de huevos, otro de verdura, otro de pescado y otro de carne, todo sano y bien pasado en la cocción. Contra el frío y la humedad, el abrigo posible. Y todas las horas utilizables para la ventilación de las habitaciones.

No hay cuarto de dormir interior que sea bueno.

Las casas modernas se hacen sin alcobas. Ahora se recomienda el balcón más ancho y la ventana más rasgada para las habitaciones donde se pasa la noche. El aire libre hace bien siempre. Las corrientes sorprenden al organismo en funciones y hacen daño siempre. Basta de daño por hoy. La última regla de los grandes preservativos es no tener miedo á las epidemias.

El que todos los días se toma el pulso acaba por no encontrárselo. Y aquel día se muere.

C. S.

El nacionalismo y la paz armada

I

La oposición es una relación universal que se da dondequiera, desde los cuerpos cósmicos hasta las sociedades humanas, y ciñéndonos á éstas, en todas las agrupaciones que dentro de ellas se forman: familias, gentes y fratrias, municipios, distritos y provincias, clases y corporaciones. La oposición tiene su fundamento en la identidad de naturaleza, y deriva de que cada término realiza esta identidad de modo singular y propio, siendo, en su consecuencia, la combinación de lo uno con lo vario, de lo idéntico con lo diferente. Mantenida dentro de los justos límites, la oposición es fuente de vida, en cuanto estimula á cada grupo social, para sostenerla, á volver sobre sí, esforzándose en desplegar sus energías latentes, en hacer efectivo todo su poder. Mas puede suceder que, de los dos elementos que la integran, ya predomine lo idéntico sobre lo diferente, y entonces la oposición es base de la simpatía, de la unión, de la cooperación; ya lo diferente sobre lo idéntico, y entonces suscita el odio, el antagonismo, la guerra.



D. Manuel Sales Ferré.
Catedrático de la Universidad Central.

La guerra ha estallado, durante el período nómada, entre tribus y federaciones tribales que se han encontrado por primera vez, ó que han codiciado una misma región de caza ó de pastos; durante el período sedentario, entre colectividades penetradas de fuerte sentimiento particularista, encerradas dentro de sí mismas, refractarias á la comunicación con sus vecinas, como las antiguas ciudades, nuestros señoríos feudales y las modernas naciones; en todo caso, entre grupos olvidados de lo idéntico y preocupados de lo diferente. La guerra tiene su período propio, que es la mocedad, en la que el sujetivismo llega á su grado máximo. El nacimiento de nuevas energías y el crecimiento de las ya adquiridas infunden en las jóvenes colectividades humanas un alto concepto de sí mismas, al punto de reputar cada una lo suyo como lo único bueno, y repeler como malo lo de las demás; por exigencias del propio desarrollo, siéntese cada una impelida á poner á prueba los nuevos talentos que va adquiriendo, lo que sólo puede realizar mediante la lucha; el amor propio exagerado hace que cada una aspire á ser la primera, la única, de

donde el afán de conquista y dominación; su susceptibilidad es extrema; sus pasiones, ardientes é inextinguibles; frecuentes, los ejemplos de abnegación y sacrificio; continua y empeñada, la lucha. Pero la guerra surte el efecto de poner en comunicación á los combatientes, los cuales aprenden á conocerse, á tratarse, á estimarse, y acaban por apropiarse mutuamente lo que cada uno tiene de mejor; los descalabros sufridos por entrambos les vuelven prudentes, circunspectos, amigos de la paz, y por estos pasos llegan á un punto en que, depuestos su personalismo y su altivez, se asocian, ya sobre el pie de igualdad, si ninguno logró sobreponerse al otro, ya sobre el predominio del vencedor, formándose en ambos casos una nueva unidad social, más vasta y compleja que la precedente.

Así, todas las sociedades han tenido sus períodos de guerra y sus períodos de paz. Lucharon entre sí las antiguas ciudades orientales por la supremacía, y cuando una de ellas la hubo alcanzado, por derribar á la rival afortunada, hasta que, quebrantados sus cultos y sus tradiciones, se avinieron á vivir pacíficamente bajo el Imperio persa; lucharon larga y porfiadamente las ciudades griegas unas con otras disputándose la hegemonía, hasta que, por influjo de la guerra misma, se curaron de su exclusivismo y se asociaron formando las ligas Etolia y Aquea; luchó Roma contra ciudades, repúblicas y reinos, y cuando los hubo avasallado á todos, descendió de su situación preeminente, fundó el Imperio y dió la paz al mundo; lucharon los señoríos feudales unos con otros y todos contra el Rey, desde el siglo XIII hasta el XV, en que renunciaron á sus mezquinas ambiciones y se unieron formando la nación; lucharon las naciones desde su nacimiento, primero, por desprenderse de los poderes medievales, y luego, unas con otras por el predominio ó por derribar á la que lo ejerciera, hasta que, traspuesta la primera mitad del próximo pasado siglo, han empezado á vivir en paz; han luchado, en fin, elementos contra elementos dentro de una misma sociedad, en cada uno de los pasos que éstas han dado en el curso de su desenvolvimiento. Todo lo cual muestra á las claras que la guerra ha sido condición esencial de vida para las sociedades en el período de su crecimiento, y que la paz lo ha sido en el de su apogeo, exactamente lo mismo que acontece en el individuo.

II

Las naciones se han preparado para la guerra aumentando sus armamentos, y los han reducido al ajustar la paz. Esto es natural; esto ha ocurrido siempre, en todas las edades, sin más que una excepción: la presente. Al ajustar Francia y Prusia las paces en 1870, ambas naciones, en vez de reducir sus contingentes armados, los aumentaron, y siguiendo su ejemplo, otro tanto han hecho, cada una en proporción á sus recursos, las demás potencias europeas, por donde se ha venido á la actual situación, anómala é incomprensible, en que las naciones europeas tienen sobre las armas, en pie de paz, más

hombres que tuvieron nunca, en pie de guerra. Se ha llamado á esta situación *paz armada,* lo cual quiere decir que no es paz ni guerra, que es simplemente una tregua, pudiendo las potencias reanudar las hostilidades en cualquier instante. El hecho es tanto más grave, cuanto que, según todos los indicios, las sociedades europeas, por lo menos las del Centro y Oeste, están entrando en el período de su madurez, en que la razón se sobrepone á los instintos y pasiones, el derecho priva sobre la fuerza y los sentimientos guerreros ceden el puesto á los pacíficos. Importa formarse idea de la magnitud de los actuales armamentos, para lo cual servirán de base los siguientes datos estadísticos.

El Imperio romano fué un Estado militar; su extensión, mayor que la de toda Europa. Iba, de Norte á Sur, desde el Rhin, Danubio, Ponto Euxino y Cáucaso á la cordillera del Atlas, desiertos de Libia, Etiopía y Arabia; de Oeste á Este, del Atlántico al Eufrates. Rodeábanle enemigos temibles: al Norte, las inquietas y amenazadoras tribus germanas; al Este, los belicosos partos.

Augusto organizó el ejército permanente y guarneció las fronteras de su dilatado Imperio con 25 legiones, compuesta cada una de 5.000 á 6.000 hombres. Tomando la cifra mayor, 6.000, resulta un total de 150.000 hombres. De Marco Aurelio á Septimio Severo, las legiones subieron á 30, y los infantes á 180.000; de Septimio Severo á Diocleciano, á 33, y sumaron 198.000 hombres. Estas legiones eran de infantería.

El mismo Augusto restableció la caballería legionaria, que en la época de su mayor desarrollo importó la octava parte de la infantería: unos 25.000 hombres. Había, en fin, cohortes de tropas auxiliares, quinquenarias unas y otras miliarias, que rara vez excedieron de 20.000 hombres. Reuniendo estas tres cifras, se obtiene un total de 250.000 hombres.

No computo las nueve cohortes pretorianas, ó guardia imperial, de las que tres estaban acuarteladas en Roma y las otras seis repartidas en las demás residencias imperiales, ni las tres cohortes urbanas de Roma, ni las milicias provinciales y municipales; porque estas fuerzas equivalen á nuestros cuerpos de guardia real, agentes de policía y guardias municipales.

En suma: el ejército del Imperio romano fué de 250.000 hombres. ¿Cuántos tienen hoy sobre las armas las potencias europeas, cuyos territorios juntos no suman la extensión de aquel Imperio y cuyas fronteras no amenaza ningún enemigo? Pasan de 4.000.000.

Salto la Edad Media, durante la que los ejércitos fueron feudales, y paso á la primera mitad del siglo XVI, en que reaparecen, con las monarquías absolutas, los ejércitos permanentes. Carlos V, á quien nadie negará genio militar, tenía guarnecida la Península ibérica con 10.000 hombres; los Países Bajos, el Milanesado, Nápoles y Sicilia, con 12.000. Se objetará que estos países estaban entonces mucho menos poblados que hoy. Es cierto, excepto de uno, Flandes, del que se decía, por lo denso de su población, que era «como una sola ciudad». Pero este aumento de población, en el supuesto de que debiera llevar consigo un aumento proporcionado de fuerza armada, hállase compensado por los progresos que la civilización ha realizado de entonces acá, siendo

hoy mayor el respeto entre los hombres, el amor de todos á la paz, y más íntimas y fáciles las comunicaciones. Prescindo, sin embargo, de estas compensaciones, y doy por supuesto que la población actual de dichos países es hasta doble de lo que entonces era: en este caso, Carlos V guarnecería hoy la Península ibérica con 20.000 hombres; Flandes, el Milanesado, Nápoles y Sicilia, con 24.000. ¿Cuántos tienen España y Portugal sobre las armas? Unos 200.000.

Llego al siglo XVII, en que la guerra más empeñada y sangrienta fué la de Treinta años, mayormente en sus dos últimos períodos, sueco y francés. ¿Qué ejércitos levantaron las potencias que tomaron parte en ella? Gustavo Adolfo, de Suecia, invadió el norte de Alemania con menos de 50.000 hombres; el mayor ejército que levantó el Emperador fué el de Waldstein, 100.000 combatientes, y Richelieu, haciendo un esfuerzo supremo, logró poner en campaña 150.000 hombres.

Se destaca en el siglo XVIII, por lo porfiada y sañuda, la guerra de Siete años, á causa del empeño de María Teresa de recobrar la Silesia, que le había arrebatado Federico II en la de la Pragmática. Pues bien: María Teresa puso sobre las armas 200.000 hombres; otros tantos levantó Federico II; excedieron poco de esta cifra los que Francia puso en movimiento, y en 150.000 se calculan los que envió Rusia á favor de los aliados.

El siglo XIX se abre con el gran genio de la guerra, Napoleón, el cual marchó á la conquista de Egipto con 35.000 hombres; con 60.000 pasó el San Bernardo y ganó la batalla de Marengo; su llamado por antonomasia «gran ejército» no pasó de 200.000; el mayor que reunió fué en Dresde, el ejército de las «veinte naciones», de 600.000 hombres, y con 400.000 pasó el Niemen é invadió la Rusia.

Derribado Napoleón, todas las potencias redujeron sus contingentes armados.

¿Qué tenemos hoy? Francia mantiene sobre las armas, en pie de paz, 600.000 hombres; Prusia, otros tantos; Rusia, 1.000.000; Austria, 350.000; Italia, 250.000; España, 150.000; las diez y siete potencias europeas juntas, más de 4.000.000. ¿No es esto disparatado? Si en pie de guerra el mayor ejército que se ha reunido, no contando los excepcionales que levantó Napoleón, ha sido de 200.000 á 300.000 combatientes, ¿no es una monstruosidad que Prusia tenga sobre las armas, en pie de paz, 600.000, y Rusia 1.000.000? (1).

III

¿Cómo se ha venido á esta situación de fuerza? Consultemos la Historia.

Hasta fines del siglo XVIII, los ejércitos se compusieron de cuerpos nacionales y de cuerpos mercenarios, á excepción del ruso, que fué siempre exclu-

(1) Todas las cifras que he consignado no son más que aproximadas; las exactas es imposible obtenerlas. Gobierno hay que no conoce siquiera las de su propio país.

sivamente nacional. Por la ley de 1814, modificada por las ordenanzas de 1820, Prusia estableció el servicio universal obligatorio, el cual duraba tres años en activo, dos en la reserva y hasta los cuarenta de edad en el *landvehr*. Pero esta ley no se cumplió; porque el Gobierno siguió llamando á las armas en los años sucesivos el mismo contingente que había levantado en 1814, unos 40.000 hombres, sin tener en cuenta lo que aumentaba la población. En 1859 la población prusiana había subido de 11 á 18 millones, de suerte que todos los años se eximían del servicio unos 25.000 jóvenes. Por estas y otras razones, se formó en las esferas oficiales la opinión de que era necesaria una reforma. La llevó á cabo Guillermo I, cuando aún era regente, haciendo efectivo el servicio universal obligatorio, aumentando en dos años el servicio en la reserva y reduciendo en ocho el del *landvehr*. Según esta reforma, debía servirse tres años en activo, cuatro en la reserva y hasta los treinta y dos de edad en el *landvehr*. Así se obtenía un ejército de 440.000 hombres. Para implantar la reforma, necesitaba Guillermo un crédito de nueve millones y medio de thalers. La Dieta de 1860 se lo concedió, aunque no sin larga discusión y por sólo un año; otro tanto hizo la Dieta de 1861; mas la de 1862 se lo negó. Entonces Guillermo I, que en el ínterin había sido coronado Rey, pensó en abdicar; mas antes llamó á Bismark. La elección fué acertada. La primera medida de Bismark reveló lo que había de ser su política: prescindió de la Dieta y pidió el crédito á la Cámara de los Señores, la cual se lo votó. La reforma quedó implantada.

Desde entonces, Prusia tuvo en pie de paz un ejército de 440.000 hombres. La cifra pareció tan exagerada á los contemporáneos, que se dijo: «Los demás países tienen un ejército; Prusia es un ejército que tiene un país.»

Este ejército le sirvió á Bismark para realizar sus proyectos, que eran, sencillamente, excluir de la Confederación Germánica al Austria y realizar la unidad alemana bajo la dirección de Prusia. Á este fin, en 1864 ocupó, en unión con Austria, los ducados de Schleswig-Holstein, los cuales les fueron cedidos á las dos potencias en dominio colectivo. Este dominio fué entre Austria y Prusia, á pesar de la Convención de Gastein, la manzana de la discordia, con gran satisfacción de Bismark, que buscaba un pretexto para declarar la guerra á su rival, lo que hizo en 1866. Austria, vencida, hubo de resignarse á salirse de la Confederación Germánica, autorizar á Prusia á formar la Confederación del Norte con los Estados situados al norte del Mein, pudiendo los cuatro del sur de dicho río (Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt) formar otra Confederación, que no llegó á constituirse. Bismark, que hasta entonces había hecho la corte á Napoleón III, de cuyo beneplácito necesitaba para tener las manos libres, le trató ahora, una y otra vez, con sumo desdén; y esta serie de desdenes condujeron á la guerra franco-prusiana, durante la que Bismark, de nuevo victorioso, pudo completar su pensamiento, haciendo que ingresaran en la Confederación los Estados del sur del Mein y restaurando el Imperio romano germánico. He aquí á Prusia elevada á la cabeza, no de una Confederación, sino de un Estado alemán federal, y ejerciendo sobre

Europa una supremacía más sólida que la que ejercieran Francia en el siglo XVII y España en el XVI.

Pero Bismark cometió la torpeza de arrebatar á Francia la Alsacia y la Lorena, lo que depositó en el pecho de los franceses vehemente deseo de desquite, y para ello, no bien hubieron restañado las heridas abiertas por la guerra, se aplicaron á reorganizar el ejército, que elevaron á la cifra de 500.000 hombres. Ante esta actitud, Bismark mantuvo sobre las armas otros 500.000, y concluyó la tríplice con Austria é Italia, que aumentaron también sus contingentes armados. Francia concluyó á su vez la dúplice con Rusia, y por estos pasos se ha venido á los actuales armamentos.

He aquí cuál ha sido el origen del presente estado de fuerza: el haberse elevado á la supremacía en Europa Prusia, que desde sus orígenes ha sido un Estado militar, belicoso, agresivo y egoísta, cuyos príncipes, desde el que empezó á sacarlo de su obscuridad y pobreza, el gran elector Federico Guillermo, han empleado todos los medios, hasta los más ilícitos, para ensanchar su territorio, especialmente Federico II, que no reparó en contraer la responsabilidad de romper la guerra de la Pragmática, invadiendo la Silesia, y Federico Guillermo II, que cometió con los pobres polacos la más infame de las perfidias, y abandonó luego al Austria, firmando la paz de Basilea, para llevar sus tropas del Rhin al Vístula y hacerse con un buen pedazo de Polonia. Esta misma política de agresión y de despojo ha seguido practicando en pleno siglo XIX, cuando ya las relaciones entre los Estados habían entrado en una era de mutua consideración y respeto; y con el objeto de asegurarse para siempre la hegemonía en Europa, ha coronado su carrera restaurando el Imperio, que por su origen y por su historia significa fuerza, poder; un poder superior al de los Reyes. Á semejante Estado únicamente podía ocurrírsele la idea del servicio universal obligatorio, propio de las primitivas sociedades, en las que no ha penetrado aún la diferenciación de funciones; producto de un concepto arcaico del Estado, el Estado absoluto, que dispone de los individuos á su antojo. No, hoy no tenemos este concepto del Estado: hoy pensamos que los individuos deben subordinar sus intereses á los de la comunidad; pero pensamos también que el Estado tiene por único fin el bienestar de los gobernados, y la primera condición de este bienestar es no tiranizarlos, no arrancarlos violentamente del aprendizaje ó ejercicio de la profesión que por razón de sus aptitudes han elegido como fin de su vida (1). Solamente Prusia era capaz de despojar á Francia de la Alsacia y la Lorena sin consultar la voluntad de los habitantes, según estaba ya en costumbre, sin lo que los armamentos no habrían alcanzado las proporciones que hoy tienen. Naturalmente, Prusia triunfante ha sido imitada, como lo fué Francia en el reinado de Luis XIV, como

(1) Importa distinguir el servicio de la educacion. El servicio militar obligatorio es totalmente contrario á la actual organización de las sociedades, que tiene por base la autonomía del individuo. La educación, lejos de contrariar el espíritu de nuestras sociedades, favorece su evolución, en cuanto desarrolla en el individuo habilidades que le capacitan para sostener dignamente su personalidad en cierto orden de situaciones sociales, á condición, empero, de que no le perturbe en el aprendizaje ó ejercicio de su función profesional.

lo fuimos nosotros en el de Felipe II, y de aquí esa corriente de opinión que funda el porvenir de las naciones en los armamentos, y pide el establecimiento del servicio universal obligatorio.

Claramente se desprende de lo expuesto que el estado actual de los armamentos en Europa ha sido producto del nacionalismo arcaico y egoísta de Prusia, propio de la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII, y representa un retroceso, una vuelta atrás, que hoy dificulta el desenvolvimiento nacional, por las importantes fuerzas que le sustrae, y llegará, si perdura, á paralizarlo por completo.

IV

Naturalmente, un movimiento tan contrario á la ingente ola de sentimiento internacional y humano que corre por todos los pueblos, no podía menos de suscitar la extensa y honda protesta del pacifismo. No hablo del antimilitarismo, porque sus orígenes y aspiraciones son diversos: proviene del socialismo; considera la guerra como parte integrante del régimen capitalista, y no concibe otro medio de suprimirla que derribando aquel régimen por la revolución. Los pacifistas estiman, por lo contrario, que la guerra es una persistencia del pasado, y que puede abolirse lenta y gradualmente por la educación y el desarme, sin tocar á ninguna institución existente. En su libro *El pasado de la guerra y el porvenir de la paz* (1), Richet traza de mano maestra un cuadro espantoso de los estragos que causa la guerra, y concluye que, en un porvenir más ó menos remoto, la paz reinará universalmente, sin que subsista de la guerra otra cosa que su abominable recuerdo. Fúndase en la enseñanza de la Historia, según la cual las guerras han disminuído al tenor que las comunidades pequeñas se han integrado en otras más vastas, desde la familia hasta la nación, de donde concluye que, no habiendo motivo para reputar las naciones como la última forma de la asociación humana, se integrarán éstas á su vez en una unidad más amplia y compleja, dejando de existir entonces los conflictos internacionales. Efectúese la evolución social en línea recta ó curva (2), este razonamiento es sólido en punto á la integración de las naciones en un Estado superior y consiguiente término de las guerras internacionales, que es lo que se discute. Cabe la duda acerca del advenimiento de un reinado universal de la paz, ya porque las diferencias de cultura y de organización entre las diversas sociedades terrenas subsistirán por tiempo indefinido, y mientras subsistan podrán ser causa de altercados, ya porque difícilmente dejará de haber nunca algún que otro Estado decadente, los cuales son propensos á convulsiones interiores y suelen provocar agresiones por parte de los vecinos. Esto no obstante, la perspectiva de una edad en que todas las

(1) *Le passé de la guerre et l'avenir de la paix*, 1907; *La guerre et la paix au point de vue philosophique (Revue Philosophique*, núm. 8, pág. 160; Agosto, 1908.

(2) Jankelevitch: *Guerre et pacifisme*, en *Revue Philosophique*, Enero, 1908, pág. 77.

sociedades humanas vivan en inalterable paz, sometidas á una sola ley y un mismo Estado, es un ideal que podrá realizarse ó no, pero que se nos impone y hacia el que adelantan un paso las sociedades en cada uno de los felices esfuerzos que realizan por el progreso de las ciencias y el mejoramiento de la técnica.

Por extraño que pueda parecer, no deja de tener la guerra sus defensores, los cuales se aplican á poner de relieve los bienes que ha reportado. Prolijamente los analizan Steinmetz, en su *Filosofía de la guerra* (1), y A. Constantin, en *El papel sociológico de la guerra y el sentimiento nacional* (2). Los dos más importantes son el haber sido la guerra poderoso factor de la asociación entre los hombres y eficaz reactivo del sentimiento nacional. No se puede desconocer que ambos asertos son exactos. Ni las tribus, ni las ciudades, ni los señoríos se han asociado siempre á impulso de los sentimientos humanitarios exclusivamente; las más de las veces ha intervenido también la fuerza, y en no pocas la fuerza ha sido el único agente de la unión, de lo que ofrece numerosos ejemplos la conquista romana. Es igualmente cierto que la guerra fortalece, aviva y exalta el sentimiento nacional, haciendo que los combatientes de una y otra parte, ante el común peligro, depongan sus diferencias, fundan sus almas en un común sentimiento, y aúnen sus esfuerzos para la realización de un mismo fin. Pero olvidan los belicistas que el empleo de la fuerza física es un recurso antihumano, antisocial, que retrotrae al hombre á la condición del bruto; olvidan que la guerra es incompatible con la civilización, y que por ello va siendo menos frecuente al tenor que las sociedades adelantan en cultura, y desaparece al llegar éstas á la plenitud de su desenvolvimiento. Entonces, los bienes que antes reportaba la guerra se obtienen, sin el fúnebre cortejo de males que á ésta acompañan, por medios racionales y pacíficos, como el comercio, en su doble aspecto económico y mental, y el libre consentimiento. Por tanto, la conclusión de que la guerra existirá siempre está contradicha por todo el proceso histórico. Cierto que las sociedades no pueden crecer y desarrollarse sin la guerra; pero tampoco pueden florecer sino á la sombra de la paz. Y respecto del sentimiento nacional, á nadie puede ocultársele que desde la Revolución francesa empezó á decaer, cediendo el puesto al internacional, y que su resurgimiento desde 1870, por influjo de la formación de la unidad alemana, es circunstancial y pasajero. Al modo que en el siglo XV el progreso consistía en enfrenar el sentimiento feudal y subordinarlo al nacional, de la propia suerte estriba hoy el adelanto en despojar al sentimiento nacional de su absolutismo y subordinarlo al internacional. Por donde es obvio que, en el estado de desenvolvimiento á que han llegado las naciones europeas y americanas, la guerra no puede coadyuvar á la obtención de ninguno de los bienes de los que era antes factor importante; dado que la asociación entre los hombres se propaga, ó tiende á propagarse cuando menos, por la libre decisión de los asociados,

---

(1) *Die Philosophie des Krieges*, 1907.
(2) *Le Role sociologique de la guerre et le sentiment national*, 1907.

sobre la base de la creciente comunidad de intereses y sentimientos, y que, lejos de avivarse, requiere el progreso que el patriotismo nacional se temple y modere lo que sea menester, para que las naciones de cada continente puedan convivir en relaciones firmes, estables y pacíficas. Hoy, la lucha armada entre naciones de igual grado de cultura sería un puro mal, sin mezcla de bien. La ascrción de que la guerra durará siempre, equivale á la de que las sociedades se inmovilizarán para siempre en su actual estado de evolución.

V

Uno de los medios que proponen los pacifistas para acabar con la guerra es el desarme. En efecto: si un contemporáneo de Luis XIV, y se trata de un Rey que pasó la vida guerreando, volviese á levantar cabeza, al enterarse de los millones de hombres que Europa tiene sobre las armas, preguntaría asustado: «¿Qué guerra inminente, colosal, inmensa, amenaza á los Estados europeos?» Y cuando se le hubiese contestado: «Desde fuera, ninguna; desde dentro, la que ellos mismos puedan hacerse algún día», se volvería á su tumba gritando: «¡Demencia!, ¡demencia!» Y el calificativo sería apropiado. Por loco se tendría al particular que diariamente saliese de su casa, para ir á la oficina, á la calle ó de paseo, armado de todas armas defensivas y ofensivas, y por la misma causa, de dementes se exponen á ser tachados los Gobiernos europeos que, viviendo en paz, sin otro peligro en el horizonte que la remota posibilidad de una agresión por parte de sus vecinos, se mantienen armados hasta los dientes, siendo así que, reduciendo todos en la misma proporción sus armamentos, cada uno quedaría garantido contra el temido ataque de su vecino exactamente en los mismos términos que lo está hoy. Si se tratase de un hecho indiferente á la salud de las sociedades, podría dejarse á los Gobiernos que satisficiesen su vanidad adiestrando regimientos y construyendo escuadras; pero se trata de un hecho que sume en luto á miles de hogares, que sustrae innumerables brazos á la producción en todas las ramas de la industria, que consume del presupuesto cantidades considerables raptadas por coerción del haber de los necesitados, que entorpece y retarda la marcha de la civilización, y á la vista de estos males no es posible callarse: el silencio sería delito de lesa Humanidad. El exceso de los armamentos actuales es tan monstruoso, que no se encuentra nada parecido en las pasadas edades de la Historia; no tienden á satisfacer una necesidad de los pueblos, que los detestan, sino un arcaico y mal entendido nacionalismo de los gobernantes, y por ello, lejos de armonizar con los intereses y aspiraciones de nuestro tiempo, los contrarían, y acabarían, si perdurasen, por destruir los unos y matar las otras. Determinemos, para fundamentar esta aserción, los ideales que persigue la civilización contemporánea.

Las sociedades progresivas se desarrollan por períodos críticos y sintéticos. Una sociedad concibe un ideal; este ideal contiene elementos positivos

que la sociedad tiene que asimilarse si ha de progresar; esta asimilación se plantea en forma de problema, el cual rompe el equilibrio existente y abre una época de lucha, por resistirse los antiguos elementos á dar entrada á los nuevos. He aquí el período crítico. Este período dura hasta que la asimilación se ha efectuado. Entonces el equilibrio se restablece; con los elementos asimilados y los antiguos se forma una síntesis nueva, más compleja que la anterior, y se entra en una época de paz. He aquí el período sintético. Este período dura más ó menos tiempo, hasta que la inteligencia social se eleva á la concepción de un ideal nuevo, con el que se vuelve á entrar en un período crítico, al que sucede otro sintético, y así indefinidamente. Hasta aquí, en la historia europea, los períodos críticos han sido largos, breves los sintéticos, y la lucha ha revestido tres formas: de guerra, de revolución y de evolución. Indiquemos someramente estos períodos.

Basta tender una mirada sobre la historia de la civilización occidental de Europa, para notar que ésta se ha planteado hasta hoy cuatro problemas, de los cuales ha resuelto tres y está en camino de resolver el cuarto. El primer problema fué el nacional: se planteó á fines del siglo XI y principios del XII, entre el poder real y el de los señores. Confundida la tierra con la soberanía, los señores, únicos propietarios, eran también únicos soberanos. El Rey, que, como tal, no tenía un palmo de tierra, tampoco poseía un ápice de soberanía. ¿Cómo no desapareció? Le sostuvo, en primer término, la Iglesia, que al tiempo que perseguía la universalidad en el mundo, apoyaba, dentro de cada nación, á la unidad, representada por la monarquía; en segundo lugar, el sentimiento étnico, entonces muy poderoso. Á estas fuerzas se añadieron, desde el siglo XII, las crecientes energías de la industria y el comercio, las cuales, no pudiendo desenvolverse sin romper las trabas que les oponían los señores, se colocaron resueltamente al lado del Rey. La lucha duró tres siglos, y se resolvió por el triunfo del poder real, erigiéndose á fines del décimoquinto las monarquías absolutas. El Rey fué desde entonces el único señor, propietario y soberano á un tiempo de su reino.

Por virtud del renacimiento literario y artístico, y de los descubrimientos geográficos, que causaron una profunda revolución en las ideas y abrieron nuevos horizontes al pensamiento, se planteó, á mediados del siglo XVI, el problema religioso, erigiéndose la razón individual en intérprete de la palabra divina, contra la razón colectiva, representada por el Pontificado. Esta lucha duró menos que la anterior: un siglo; pero fué mucho más empeñada y sangrienta que aquélla. Se sostuvo en forma de persecución, donde una de las confesiones dominaba; de guerra civil, donde ambas contaban con fuerzas casi iguales; de guerra internacional, entre los países católicos y los protestantes. Terminó, después de la guerra de Treinta años, por la paz de Westfalia, 1648, que estableció un comienzo de tolerancia: para los príncipes, amplia libertad religiosa; para los súbditos, el derecho de vender sus bienes y emigrar, si sus creencias no conformaban con las de su soberano. Se mantuvo en pie el principio *cujus regio ejus religio*.

Resuelto el problema religioso, las naciones se hallaron frente á frente, sin un poder moral superior que las relacionase entre sí, y se planteó, en el último tercio del siglo XVII, el problema internacional, la formación de una sociedad de las naciones. Jóvenes éstas, aspiraban, como todos los organismos, á crecer, desenvolverse, aumentar su poder; mal definidos sus límites, aspiraban á ensancharlos. En sus relaciones, no se busque nada de derecho, nada de fines desinteresados. Su único derecho es la fuerza; su único fin, el interés. De aquí esa serie de guerras internacionales, que empieza por la de la *Devolución*, de Luis XIV, y no termina hasta la de Siete años, de 1756 á 1763. El resultado de la lucha fué el reconocimiento, en teoría á lo menos, de que las relaciones entre las naciones están sujetas á las mismas normas éticas y jurídicas que los actos de los individuos. En la segunda mitad del siglo XVIII, la sociedad internacional pudo darse por fundada: los soberanos vivían en paz y, en sus comunicaciones, se daban el tratamiento de primos ó de hermanos.

Pero estas guerras internacionales despertaron nuevas energías. Aquella oposición sostenida y violenta entre las naciones hizo que, en cada una, el sentimiento nacional fuese descendiendo desde la cumbre por todas las clases sociales hasta la más baja, y con el sentimiento nacional, la conciencia del yo, de la personalidad, del individuo como parte integrante del todo social. La ruina de los Estados y la miseria de los pueblos, causadas por estas guerras, provocaron la aparición de los economistas, los cuales, tomando por única base al individuo, pedían la supresión de todas las reglamentaciones y de todas las trabas que se oponían al libre desenvolvimiento de la actividad individual. Por otra parte, la revolución inglesa de 1688, limitando el poder del Rey con los derechos del pueblo, sugirió á Locke su doctrina acerca de la soberanía y la organización de los poderes públicos, y esta doctrina, pasando el Canal, inspiró á Montesquieu, Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas la filosofía social, aquella filosofía que se propagó á todas las Cortes y movió á todos los Príncipes, los llamados *déspotas ilustrados*, á introducir en sus Estados reformas conducentes á mejorar la situación de sus pueblos. Por estos pasos se planteó, en el último tercio del siglo XVIII, el problema social, profundo, extenso, que implicaba nada menos que la destrucción de la sociedad antigua, basada sobre la tierra, sobre la fuerza, y la edificación de una sociedad nueva, fundada sobre la persona, sobre el derecho. Para llevar á cabo esta gran transformación, lo primero de todo era emancipar al individuo, hacerle autónomo, mediante la declaración de sus derechos fundamentales: la libertad, ó sea, la ruptura de todas las ligaduras que, en forma de prestaciones feudales y de agremiaciones, tenían maniatados al labrador y al artesano, y la igualdad, ó sea, la abolición del cúmulo de privilegios caducos, persistencias de estados sociales desaparecidos. Esta parte de la obra, la más difícil, se ha realizado en la primera mitad del siglo XIX por una serie de revoluciones, que han obligado á los soberanos á aceptar constituciones á cuya cabeza figuran los llamados derechos individuales. De aquí el predominio del individualismo durante este período. Emancipado el individuo, procedía,

sobre este individuo autónomo é inviolable, edificar la sociedad, y para ello, tras el ideal político, ha venido el económico, que ha empezado á realizarse á poco de haber promediado el último siglo, y hoy se levanta sobre el horizonte social el ideal ético. Lo económico y lo ético: he aquí los ideales cuya realización persiguen las actuales sociedades.

¿En qué consisten estos ideales? El primero, en no consentir que haya ninguna actividad baldía, hacer que todas se empleen en fines útiles y que el haber social se reparta en proporción á la cantidad y calidad del trabajo prestado; el segundo, en que los individuos subordinen sus intereses á los de la colectividad y ajusten sus actos á las normas sociales de conducta.

Conocidos los ideales, se pregunta: ¿Armonizan los actuales armamentos con el ideal económico? Elocuentemente contestan á esta pregunta las siguientes cifras: los cuatro millones y pico de hombres que las potencias europeas mantienen sobre las armas cuestan de sustentar cerca de siete mil millones anuales de pesetas; y si á esta cifra añadimos el importe de lo que dejan de producir, calculado en seis mil millones, se llega á la enorme suma de trece mil millones. ¡Qué no se adelantaría con estos millones, destinados á la explotación del suelo y á la educación de los pueblos! ¿Armonizan con el ideal moral? Tampoco. Esta enorme suma de actividades, valiosísimas muchas de ellas, es perdida, en lo que tiene de excesiva, para el progreso de la civilización, hastiándose los mismos oficiales de una vida que jamás les ofrece ocasión de poner á prueba sus conocimientos, su talento y su valor.

VI

Corre bastante generalizada la opinión de que los actuales contingentes de fuerza armada son indispensables para el mantenimiento de la paz. Este supuesto sería exacto, respecto de cada nación en particular, si solamente ella procediese al desarme; pero en el caso de que todas reduzcan sus armamentos en la misma proporción, que es de lo que se trata, la proposición verdadera es precisamente la contraria, á saber: que los actuales armamentos son una amenaza constante de guerra. Es natural: jamás se han armado los hombres para la paz; se han armado siempre para la guerra. Armarse para la paz es cosa que no comprende el sentido común. Nadie ignora, además, que las sociedades, aun las más civilizadas, no están exentas de una sugestión, de un apasionamiento, de un arrebato; y si están armadas, corren el riesgo de ser llevadas á la guerra sin motivo justificado, por una falsa interpretación. Al día siguiente vendrá el arrepentimiento; pero será tarde: el mal no tendrá remedio. Por lo contrario, las naciones desarmadas necesitan, para ponerse en disposición de declarar la guerra, de dos, cuatro, seis meses, tiempo suficiente para que puedan reflexionar sobre los males que la guerra ha de ocasionarles, y para que puedan interponer sus buenos oficios valiosos mediadores, y se evite la guerra.

La paz actual no se mantiene por virtud de los armamentos, sino á pesar de

los armamentos. Mantiene la paz esa gran masa de intereses económicos que representan la industria, el comercio y la misma agricultura, que pone á cada nación bajo la dependencia de las otras, y las liga á todas por vínculos tan fuertes y tan esenciales á la vida de cada una, que no se concibe que ninguna quiera romperlos, como no sea en un momento de locura; mantiene la paz esa otra gran masa de capitales que cada nación tiene colocados en las demás, y que hacen que ninguna pueda causar daño á su vecina sin causarse otro igual á sí propia; mantiene la paz ese conjunto de principios éticos, preciado fruto de la moderna civilización, que profesan todas las naciones, y que ninguna se atreve á hollar; mantiene la paz, en fin, el decisivo influjo de la opinión social sobre las resoluciones de los poderes públicos, que libran á éstos de caer bajo el influjo de los móviles personales que inspiraban á los monarcas absolutos. Antes, durante los siglos XVI y XVII, aisladas las naciones en lo político, lo social y lo económico, la mera esperanza de triunfo movía á los Reyes á lanzarse á la guerra, porque la victoria representaba una ganancia positiva; hoy, la nación que en un momento de extravío piense en declarar la guerra, sabe de antemano que, aun siendo vencedora, se causará á sí misma daño igual ó mayor, según los casos, que el inferido á la vencida. Los intereses económicos, los principios morales y la moderna organización de los Estados: he aquí las fuerzas que mantienen la paz, la cual sería tranquila, segura y profunda sin los armamentos, que nos tienen en continuo estado de alarma.

VII

Bajo el influjo del nacionalismo oficial en que vivimos, brotan á menudo de labios de los políticos, como axiomáticos, juicios que fueron verdaderos en tiempos remotos, cuando las sociedades eran unidades homogéneas é indiferenciadas. Óyese repetir á cada paso que «el ejército es la más alta representación del Estado». Indudablemente, esto es cierto de los Estados basados sobre la fuerza; es cierto de los antiguos imperios orientales, del que fundó Gengis-Khan en el siglo XIII y de las efímeras dominaciones que de vez en cuando han levantado en Africa afortunados caudillos; es cierto de nuestros señoríos feudales, en las centurias décima y undécima, y de las modernas monarquías absolutas en la primera edad de su vida. Mas esto no es cierto de las sociedades civilizadas, como la Atenas de Pericles, la Roma de Augusto y las actuales naciones. La cosa es clara. El ejército representa la fuerza física, la fuerza que hiere y que mata, y los hombres no se han hecho para matarse: se han hecho para amarse y prestarse condiciones de vida. Esto en el orden moral. En punto al orden lógico, el ejército es el brazo que ejecuta, y sobre el brazo que ejecuta está la voluntad que decide y manda, y sobre la voluntad que decide y manda está la inteligencia que concibe.

He aquí el orden de estas actividades. Por esto, aun en los Estados absolutos y militares, se ha sobrepuesto siempre, más ó menos, al ejército el sa-

cerdocio, en cuanto representante de la inteligencia. Las actividades sociales difieren unas de otras por razón del fin que cumplen, no por su naturaleza ó su dignidad; en este respecto son todas iguales entre sí, como manifestaciones parciales de una y la misma actividad, la actividad social, al modo que no difieren entre sí los hombres en cuanto hombres. Pero si debajo de esta relación de igualdad puede decirse de alguna que es la más alta representación del Estado, ésa no es el valor físico, ésa es la Ciencia, que dirige y regula todas las demás actividades, incluso la peculiar del ejército, el cual será tanto más perfecto cuanto más científicos sean su armamento, su organización, su táctica y su estrategia.

VIII

Las sociedades nacen en el seno y bajo el dominio de la Naturaleza, y se van emancipando de ella al tenor que se civilizan. La civilización es la resultante de combinarse las energías espirituales con las fuerzas naturales, formándose síntesis de cada vez más complejas, que son verdaderas creaciones. La Naturaleza es diversificadora, productora de oposiciones antagónicas, fomentadora de guerras; el espíritu es unificador, destructor de las oposiciones naturales, pacificador. Por esto, todas las sociedades han sido, al nacer, guerreras; han seguido siéndolo, pero de cada vez menos, en la fase ascendente de su vida, y han dejado de serlo al llegar á la plenitud de su desarrollo. Conforme á esta ley, belicosas fueron también nuestras naciones, al nacer, en la época feudal; lo fueron mucho menos durante las monarquías absolutas, y hoy, llegadas á su florecimiento, viven en paz. Y, sin embargo, hoy mantienen sobre las armas más hombres que mantuvieron nunca, ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra. Con esto infringen la ley, y la ley no se infringe impunemente. Europa tiene poco porvenir; su suelo está muy esquilmado; sus razas, bastante agotadas. Su salvación estriba en que sepa distribuir con justicia y emplear con acierto las fuerzas económicas. Hora es de que las naciones piensen en lo que hacen; porque si persisten en no desarmarse, en echar millones al mar, cuando menos lo esperen habrán entrado en la decadencia, y la civilización emigrará de Europa á América, como en otros tiempos emigró de Asia á Grecia y Roma, y más tarde, de Roma al centro de Europa. La potencia de las naciones no consiste en la fuerza física: esto reza con la naturaleza; la potencia de las naciones estriba en la fuerza del pensamiento, en la elevación moral de su carácter y en el desarrollo de las fuerzas económicas.

Manuel Sales Ferré.
Catedrático de Sociología en la Universidad Central.

CARRACIDO

Si á cualquier español del día se le encargase de formar una lista de compatriotas ilustres contemporáneos, seguramente que al lado de Echegaray, de Ramón y Cajal, de Menéndez Pelayo, de Pérez Galdós y de tantos que se han hecho famosos, pondría el nombre de Carracido. Tiene su celebridad tan legítimamente conquistada el insigne catedrático de Química biológica, que nadie puede olvidarlo al hacer memoria y recuento de los varones esclarecidos que enaltecen y honran á la España actual. Es uno de los consagrados definitivamente.

Adondequiera que va le acompaña el triunfo. Triunfa en su cátedra de la Facultad de Farmacia de Madrid; triunfa en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo; triunfa en las Academias, que va escalando una á una; triunfa en el libro y el periódico; triunfa lo mismo cuando expone que cuando escribe. Su talento colosal, su cultura portentosa, su arte de la palabra, su fecundo ingenio, su laboriosidad perseverante, su esfuerzo inquebrantable, su misma confianza y fe en la victoria le han puesto á la cabeza de los sabios y de los pensadores.

En el Congreso Científico de Zaragoza ha sido una de las figuras que más han resaltado y sobresalido. Allí, donde acudieron ingenieros, químicos, matemáticos, naturalistas, médicos, filósofos y sociólogos de tanto fuste como Marvá, Arrillaga y Torres Quevedo; como Cabrera, Fages y Casares; como Benítez, Jiménez Rueda y Ferradas; como Bolívar, Calderón y Lázaro; como Olóriz y Calleja; como Simarro y Ortega; como Azcárate y Sales y Ferré, correspondieron á Carracido los más francos y calurosos éxitos. Vedle. Aclamado fué en la Sección de Ciencias Médicas al desarrollar su conferencia sobre «La alimentación nitrogenada»; aplaudido entusiastamente en la de Filosóficas al exponer sus opiniones acerca del «Criterio teleológico en la investigación científica», y ensalzado en la de Físico-Químicas al disertar ante un público de intelectuales sobre el estado coloide.

No es ahora mi propósito hacer un resumen de esos trabajos, ni en el sesgo que voy dando á este artículo encajaría bien. Sólo quiero recoger y comentar ligeramente algo de lo que nos decía Carracido en su conferencia sobre la alimentación, la más interesante, la de mayor alcance y resonancia de las que lleva dadas.

Carracido en ese discurso abordaba, tal vez sin proponérselo directamente, uno de los problemas que preocupan desde hace algún tiempo á cuantos hombres estudian el estado actual de nuestro pueblo y las causas que han podido influir en su abatimiento y pobreza de energías.

Para vivir, para prolongar la existencia—decía el sabio catedrático—, no es preciso hacer uso de una copiosa alimentación nitrogenada. El exceso de albuminoides (carnes, huevos, leche, etc.) que introduzcamos en nuestro organismo nos será de hecho perjudicial desde el punto de vista de la conser-

vación de la vida. Seguramente, tomando como alimento los albuminoides de molécula menos complicada, ó ingiriendo nada más la cantidad precisa de compuestos azoados, viviríamos un tiempo mayor del que ahora vivimos. Pero la vida que este régimen nos proporcionara sería lánguida, de poca ó ninguna intensidad, de escaso ó nulo efecto en nuestras relaciones con el mundo exterior. Para ser fuertes, para ser activos, para producir y crear, para tomar parte efectiva en el progreso humano, para resultar vencedores en la lucha por la existencia que como individuos y como ciudadanos estamos obligados á sostener, hay que alimentarse algo más de lo estrictamente necesario, hay que abusar un poco de las substancias que nos reintegran del nitrógeno que diariamente gastamos. Este exceso de alimentación será, sin duda, para el individuo aislado un poco perjudicial; pero como los hombres vivimos constituídos en sociedades, y éstas se sostienen y crecen y se hacen poderosas por el esfuerzo y las energías que desarrollen sus componentes, lo que, considerado desde el punto de vista de la conservación personal, debiera proscribirse, hay que recomendarlo para el provecho, conservación y vida próspera de las colectividades. El resumen de la conferencia de Carracido puede decirse que fué éste: si coméis con abundancia, será vuestra la victoria; si con parquedad, preparaos á ser vencidos por los que se alimentan. Tripas llevan pies, según el antiguo adagio castellano.

*
* *

Hace tiempo viene diciéndose en la prensa, en la tribuna y en el libro que el problema del resurgimiento de España comprende un doble problema de educación y de alimentación; y en estos mismos términos se nos presenta planteado después del Congreso Científico celebrado en Zaragoza. El discurso de Moret en la sesión de apertura fué la apología de la educación. La conferencia de Carracido á que estoy refiriéndome constituye un canto al buen yantar y á la buena mesa.

Ambos oradores se han completado de un modo admirable al tratar cuestiones tan diversas y al echar por caminos tan opuestos. Pan para el alma, dijo el uno. Pan para el cuerpo, si el alma ha de ser alma, ha dicho el otro. Alimentemos y desarrollemos el cerebro de la raza por medio de la educación, fué el tema del primero. La vida psíquica se hace más intensa y efectiva con la alimentación, proclamó el segundo seguidamente. Y aunque todas estas afirmaciones han sido, por hoy, palabras lanzadas al espacio y á la consideración de las muchedumbres, bueno es que vayan abriéndose camino ó penetrando más y más en el ánimo de los españoles, así gobernantes como gobernados, y que las proclamen y sustenten los hombres de más influencia y prestigio de la generación actual.

Educarse intensivamente y comer bien: he aquí los dos términos del problema que más afecta al porvenir de nuestro pueblo.

Ricardo García Mercet.

REHABILITACIÓN HISTÓRICA

III

La Edad Media camina y marcha progresiva. León *el Grande* y los Concilios, Carlomagno y Felipe Augusto desempeñaron papel principalísimo en el movimiento europeo de la Edad Media. Cuando los sucesos tienen lugar, como son tantas las manifestaciones, de tanto bulto, de tanto ruido, de tantos colores, de tantos sacrificios, de tantos egoísmos. Cada sexo tiene su manera peculiar de ser; cada generación, su distintivo, más efectivo que aparente; cada clase social, su característica. ¿Pero no existe la variedad en el seno de la familia, á veces entre dos hermanos gemelos? ¡Oh Dios mío, saber que existís, no comprender bien vuestras leyes, necesitar cumplirlas, y caminar poco menos que á ciegas en esta peregrinación! La Edad Media tiene historia grandiosa, sólo que por senderos tan estrechos, por entre arcos tan ojivales, por radicalismos extremados, por exigencias de la época, que hacen ley la voluntad que es más fuerte, casi siempre caprichosa, muchas veces cruel, y en ocasiones de un despotismo feroz.

Las dos escuelas, una la de la Providencia, otra la de la fatalidad, riñeron encarnizados combates. Cada una defendiendo su sistema; ninguna con tendencia de concordia, de amor á la ciencia, de respeto á lo bello, para hacer feliz á una sociedad de tolerancia, ordenada y con aspiraciones humanitarias.

El comercio, que es su característica ser el intermediario en todos los ramos industriales para con el consumidor, tenía que correr forzosamente riesgos no pocos ofreciéndose tan irregulares garantías á la propiedad. Y los riesgos tienen su precio, con frecuencia inmoral por la fuerza de las cosas. Se dice que quien no arriesga no pasa la mar, y para arriesgar en intereses materiales es preciso tener pocos y suplirlos con corazón de aventura, ó corazonada que excluye la reflexión. Como dice Cantú: «Lo pasado es una serie de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, pero seguras.» Por eso, cuando se quiere progresar á saltos, cuando el tribuno pretende con varita mágica poner á su altura la inteligencia del vulgo, más que nada, lo que hace es llenar la cabeza de ilusiones. ¡Ilusiones engañosas, como han sido cantadas por el poeta!

De ahí que feudalismo y cruzada, comunidades y municipios, que tanto engrandecieron á Italia como á otras naciones, plantaron el árbol para que diese sombra á las generaciones que sucedieron al plantador. Esas generaciones, ingratas, como todas, utilizaron el árbol sin preocuparse de más. ¿Para qué? ¡Ay! El superficialismo suele endiosar la ignorancia. La libertad adelantó á fuerza de hacer víctimas la tiranía, ora por impiedad, ora por mercantilis-

mo, ora por autoritarismo, etc., etc. Sólo la confusión que ha sido hecha entre lo que es libertad y lo que es igualdad ha causado muchos estragos. Tantos, que sus efectos han llegado hasta nuestros días, por no hacerse buen uso de las libertades y de las desigualdades. Las predica á su manera el misionero, las impone á su manera el legislador, las explica á su manera el moralista, las define á su manera el filósofo. Cuando igualdad y libertad son dos fuerzas que su imperio es distinto. Ésta, instrumento de difícil manejo; aquélla, imposible hacer con ella un mismo rasero.

Mas no puede desconocerse que con el germano cambia el modo de adquirir y de poseer la propiedad; el estado de conquista invasora es sustituído por guerras intermitentes; aquel bardo de las selvas es sustituído por el trovador del castillo; el mismo juglar señala un progreso. ¿Qué es un monasterio, aun siendo el abad mitrado señor de horca y cuchillo? ¿Qué es un almacén, aun de aquellos tan malos como los descritos por Eugenio Sué? ¿Qué revela la mujer que vive sin temor de ser atropellada en todo momento en campos y ciudades, en castillos y palacios, en viajes y monasterios? Nada de esto implica entender antes la idea de nacionalidad como es entendida en nuestros días, que el ciudadano se presentà á desempeñar sus funciones sin aparato guerrero, y la mujer cultiva las letras lucidamente. Y, sin embargo, ¡de cuántas artes se valen los gobiernos para rivalizar en poderío!; ¡cuántos engaños se llevan á cabo! La Iglesia misma, ¿es impecable fuera del *dogma?* Arca de salvación ha sido muchas veces. Una de las más principales cuando los germanos.

Vanos los esfuerzos (sin desconocer su utilidad) que hizo Carlomagno para dar unidad á Europa. Gracias que pudo tenerse á raya los mogoles, y que la Iglesia podía llevar adelante su misión civilizadora. Los odios, los antagonismos, la ambición desmedida, los consuetudinarios abusos, la libertad sin garantías, la esposa sin derechos, los hijos expuestos á todas las tempestades. Mar inmenso de pasiones, aun sin brújula para navegarlo. Cualquier institución expuesta á herirla con el filo de la espada. La misma tiara estuvo comprendida en este riesgo. Gracias que los partidos pudo reducírselos bastante á capítulo de mandamiento dentro de las ciudades, por las que era más fácil apercibirse de los daños. ¿Pero qué? Imposible improvisar una civilización. Civilización con la que había de sustituirse aquella otra de las Mesalinas y de los Diocleciaños, de las ninfas impuras de las selvas y de los Atilas. Bastante de las reminiscencias del Pórtico, donde era respetado Baco y ultrajado Sócrates, donde la Pitia filipizaba. Todo esto había desaparecido su germen, pero quedaban sus consecuencias.

Por eso cada período histórico es resultado de otro anterior. Como que no puede haber efecto sin causa.

La libertad no basta que esté otorgada; es preciso que sea eficaz en la práctica; es preciso verla en hermosa realidad. ¿Sucedió así en la Edad Media? ¿Cómo había de suceder, cuando en el siglo XX vemos lo que pasa en Rusia y en Francia, en Irlanda y en Polonia? ¿Qué decir de España, donde

la noción liberal es tan incompleta? Mas no por esto desconozcamos que en la Edad Media se inauguró el período de las instituciones políticas, de las que han derivado las modernas. El Derecho romano, el Derecho canónico, el Derecho civil, cuantas legislaciones están inspiradas por Carlomagno, Alfredo de Inglaterra, San Esteban de Hungría, San Luis de Francia, Alfonso *el Sabio,* el Justicia de Aragón. Todas esas legislaciones son una labor preciosa, que revelan intelectualismo, que representan ímprobos trabajos. Las Repúblicas de la Edad Media, sus Municipios, sus centros docentes, sus navegantes, sus nebulosas científicas, ¿no anuncian un sistema planetario esplendoroso?

El filósofo Feller afirma que un siglo de paganismo ofrece en espectáculo un número de excesos mayor que cuantos puedan contarse en toda la dominación cristiana de la Edad Media. Era de dominación regeneradora, en la que no podían tener razón de ser que mereciese aplausos más que las acciones que estaban promulgadas en los Evangelios. Poetas, caballeros, Iglesia, si tenían razón de ser con prestigio en los dos sexos, era porque hacían ver la hermosura de la poesía, la nobleza caballeresca, su eficacia santa, por la religión. La opresión de los bárbaros había dejado de ser tan feroz como fué la de Aquiles; las resistencias á la moralidad habían perdido todo lo cruel y repugnante que se sufría en el reinado de Calígula: los centenares de mártires para morir en el circo; los miles de gladiadores que en el anfiteatro se los disputaban, algunos de ellos, las matronas romanas: todo había concluído condenado por la Iglesia; el sistema del terror, de la usurpación, de la inhumanidad, si subsistían, era en marcada decadencia. Su fuerza se extinguía para no volver á aparecer. Era un cuadro que se borraba día por día, hasta llegar á borrarse totalmente en su hora final.

Cualquier museo de los principales que enriquecen á Europa marca el paso de gigante, pero de gigante extraordinario, que dió la civilización en la Edad Media. Tiziano y Murillo bastan sus obras para hacer ver con ellas la inferioridad moral que había antes del Calvario; y después, la superioridad adquirida de dotes morales. Con éstas las intelectuales. Por ser signo de los tiempos que á mayor moralidad mayor cultura, á mejores costumbres de los hombres acompañan mejores de las mujeres. Esto, como se ve, es, en sístesis, de la Historia. En la Edad Media se colocaron, para animar al caminante, cruces y tabernáculos, hospicios y ermitas; hubo distribución de sopa á las puertas de los conventos; la iluminación de las imágenes piadosas suplía la falta de alumbrado público. Los bautizos preparaban á vida religiosa; las bendiciones matrimoniales inducían á vida honesta; los enterramientos hacían pensar en la otra vida.

San Vicente Ferrer, si salía de su país descontento de sus paisanos, en Sevilla se dirigía al público con autoridad de misionero, con aureola de santidad. No; no era posible que pudiesen las potestades infernales sobre las celestiales.

En la crítica de la Edad Media está consignado que se había perdido la corrección antigua, sin haberse podido establecer, más que como preludio, la corrección moderna. De ahí que en los siglos medios la labor fuese de arte,

forma para entronizar lo substancial. Á esto respondió el Renacimiento. Mas, antes de él, vemos con admiración el sentimiento que se perfecciona, la inventiva con qué agudeza aumenta, al talento facilitarse carrera, á la inspiración sorprender con sus destellos. Recordemos páginas de poetas y de filósofos, en las que al ingenio no se ponen trabas tales, que impidan inmortalizar al autor, y que podamos leer enseñanzas sapientísimas. Como no hubiese propósito con ensañamiento de acometer y perseguir á la Iglesia, en lo que tuviese de político lo humano y de dogmático lo divino, aquella literatura enriquecida por Dante y otros autores, por Tolomeo y otros sabios, ha merecido inmarcesibles laureles. La generalización de las Santas Escrituras era un hecho; su doctrina, fundamento sólido de progreso; sus cultivadores podían vanagloriarse de que miraban por la perfección moral.

Del año 1127 al año 1174 se señaló aquella rutilante estrella que es conocida por Santo Tomás de Aquino. Su biografía. Fué su cuna Sicilia; su maestro, Alberto *el Grande;* su tío, Federico Barbarroja; sus primos, Enrique VI y Federico II; su inteligencia filosófica, su erudición vastísima, su aplicación apasionada; su perseverancia á los cuarenta años le llevó á la cúspide de la teología; sus trabajos quedaron reputados como de obra maestra; su orden dominicana le llama el doctor *Angélico;* su fama está en la *Summa teologiae;* su doctrina juzga y define con más acierto que tuvieron Maimónides y Averroes, descendientes en ciencia de Platón y de Aristóteles. Dicho se está que los Santos Padres influyeron poderosamente sobre el genio de Santo Tomás. Lumbrera de primer orden, iluminó filosóficamente la Edad Media; pudo iluminar el Renacimiento, y puede iluminarnos en nuestros días. Á su vez, la fe iluminó á Santo Tomás para que pudiese ser psicólogo, ontólogo, moralista, político. Santo Tomás pudo elevarse en especulaciones filosóficas hasta donde en lo humano podía subirse en su tiempo; que ni por sueños había de pensarse en la ciencia aerostática, sobre la que están haciéndose ahora audaces ensayos, con algunos éxitos asombrosos. Como en otras ciencias.

La filosofía de Santo Tomás ha quedado perpetuada como un monumento de imperecedera memoria. Puede decirse que se dan la mano los pensamientos de San Agustín con los pensamientos de Santo Tomás.

Y cuando se acusa á los monjes de que escribiendo desde el retiro del claustro ignoraban lo que pasaba fuera por el mundo, se comete un error. Los monjes estuvieron siempre en contacto con la sociedad: lo prueba que su organización religiosa no impedía que, como propietarios, les estuviesen reconocidos los mismos derechos vigentes feudales; los monjes tomaban una parte muy activa en los acontecimientos políticos, en los contratos matrimoniales de los reyes, en las guerras que se hacían éstos y en las constituciones de las reales maestranzas, que tenían tanto carácter religioso.

Este carácter influía sobre la poesía, que se inspiraba en la patria y en las letras. Aristóteles fué mejorado sin dejar de ser admirado. Arnaldo de Brescia y Fr. Dolcino, Orígenes y Abelardo, Focio y los albigenses dieron motivos á la Iglesia de rigor en la censura.

Y es que la Humanidad tiene tendencia marcada á la rebelión por querer saber más pronto de lo posible, averiguar lo inaveriguable, y en particular hay prurito de desear flotar sobre lo general. ¡Cuántas veces por distinguirse se hacen las mayores locuras y se cae en las más inverosímiles aberraciones! De esto sí hubo mucho en la Edad Media; pero á través de esfuerzos generosos, por ímprobos trabajos y acertadas conclusiones, se obtenía el resultado de perfeccionarse la civilización. Prueba: ordenarse los idiomas, traducirse acertadamente los Evangelios, componerse himnos preciosos, reducirse las tropelías, suavizarse las iras supersticiosas. Todas las cuestiones que se agitaron en el Renacimiento tuvieron su origen en la Edad Media. Asombrosa es la transformación. Asombro hubiera sido de Diocleciano y de Genserico, de aquellos señores opulentos, no ya de Roma, sino de las ciudades germanas y latinas, de Aquisgrán y de Venecia, ver cómo las cabañas de esclavos y de siervos del terruño pasaban á ser barracas ó aldeas de labriegos libres.

Las ciencias adelantaron cuanto permitían los instrumentos de que había que valerse. Como á la historia romana sucedió la cristiana. Como el cristianismo, inmutable en el fondo, es modificable en la forma. Como las omisiones y pecados de los hombres no pueden manchar la diáfana sentencia de Cristo: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo.» Como aun faltando en la Edad Media la grandeza serena, la prudente austeridad, la pureza que excluye todo sensualismo, influyó siempre á favor del progreso la tendencia bonancible, en cuanto era requerida de amor la caridad que mana siempre benevolencia, y ésta es muy favorable á la simpatía en todos los órdenes de la vida. Acertadísimo Cantú, dice: «Multitud de desgraciados, reducidos por la fuerza á una condición inferior á la de hombres, se elevaban por medio de la fe hasta nivelarse con sus amos.» Esto es lo que se ve, y de no admitir esta opinión racional, hay que sustituirla. ¿Con cuál? ¿Con la de Condillac, por ejemplo? El escepticismo será siempre una negación.

Convencida de esto Pulqueria, como dice el Breviario Romano; Pulqueria augusta, noble por ser nieta, hija, hermana, esposa de Emperadores. Además tuvo la nobleza, la misión de oponerse á los errores de los herejes. Con esto afirmó el dogma católico de la Encarnación. Según Rohrbacher, Pulqueria fué un prodigio de sabiduría que enseña á los dos sexos, y á ellos reduce á amar la santidad. Se hacía camino la predicación de San Pablo, que no puede ser buen obispo quien en la familia no haya hecho una vida ejemplar. Pulqueria en todas las relaciones de la vida supo ser la mujer fuerte del Evangelio. Antes de éste, fuera de él, cuanto más lejos peor, la mujer vive reducida su personalidad á la más mínima expresión. Pulqueria en tiempos de Alejandro Magno, de los Tolomeos, de Julio César, de Alarico, en la esfera gubernamental no hubiese podido influir, ni tomar una parte bienhechora en los sucesos de su país, ni ser señora de su casa, ni reina de sus hijos, ni la felicidad de su esposo.

El cristianismo en su desarrollo tuvo sus gloriosas etapas. Su nacimiento y crecimiento por la predicación de Jesucristo en la sinagoga y fuera de ella;

su manifestación pública desde las catacumbas á los anfiteatros, formándose la gran legión de mártires; cuando ocupó posición oficial. El cristianismo hizo en defensa de los dogmas y obligando á las prácticas morales. Para De Maistre la Monarquía francesa fué obra de los obispos, que «la formaron como las abejas forman su panal». Ya en el año 480 fué Clodoveo, al frente de formidable horda de francos, más que soldados, quien tuvo por catequista á Clotilde, virtuosa y bella, cristiana entusiasta de la fe de Cristo, por lo que Childerico, su padre, la tuvo en prisión por inspirarse la santa mujer en las declaraciones del Concilio de Nicea, condenatorias del arrianismo. Por el amor que Clodoveo tuvo á Clotilde, y la fe tan santa de esta mujer de la Borgoña, los francos entraron en el gremio de la Iglesia y fueron palanca poderosa para propagar el catolicismo por el corazón de Europa. Con debilidades y extravíos, es cierto. Pero ¿qué época está exenta de ellos? ¿Hoy no se cometen errores que caen dentro de la sanción penal?

Por eso la actitud del Pontificado. Pío IX condenó el naturalismo político-religioso cuando eran los estallidos de la revolución de 1848 y cuando Napoleón III, al frente de las sectas anticatólicas, facilitó el derrumbamiento del poder temporal (ahora sólo hacemos historia). Á León XIII se atribuye la preparación del catolicismo social, robustecido por la filosofía fundamental católica, formándose el lazo de unión entre lo tradicional y lo contemporáneo. El *nuevo Syllabus*, con 65 proposiciones, de Pío X, condena los extravíos teológicos: con firmeza que sólo da la fe, con autoridad apostólica, con sencillez patriarcal, con la razón pura evangélica, con argumentación pulverizadora del protestantismo y del racionalismo. Retrotraigamos los tiempos á los días que Jesús fué de los límites de Tiro, por Sidón, al mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis. ¿No era entonces, como doctrina cristiana, la misma que es la del siglo XX? ¡No obstante los miles de generaciones que han sido cristianas en esos veinte siglos! Incrédulos. La misión del Japón en el Vaticano, recibida en audiencia solemne, ¿qué significa?

Año 1226: entonces es el reinado de San Luis de Francia. De lo que pasa ahora puede hallarse explicación de lo sucedido en el siglo XIII. En este siglo que en él, como en los sucesivos, se fué laborando para el porvenir. Del siglo XIII es Blanca de Castilla, madre de San Luis; Blanca, de quien ha dejado dicho Voltaire: «Por ella, Luis IX parecía un príncipe destinado á reformar la Europa, si ella hubiera podido ser reformada; él hizo á la Francia triunfante y culta, y fué en un todo modelo de los hombres.» Este juicio crítico revela á un gran pensador, al que puede atribuírsele aquello de *pequeñeces de los grandes*. Porque pretender que un Rey reforme durante su reinado un continente, es pedir lo imposible. Pudo haber reformas y las hubo, como continuación del reinado de Felipe Augusto. Téngase presente la importancia que tenía en el siglo XIII la posesión de Tierra Santa; la astucia y la afeminación de la Corte de Constantinopla con Isaac Angelo; lo que para gloria suya en las Cruzadas representaba Federico I *Barbarroja;* lo que para las mismas quiso ser Ricardo *Corazón de León;* igual puede decirse de su rival Felipe Augusto.

Las querellas latinas de Europa se manifestaron hasta combatiendo á los sarracenos y á los egipcios. Luis IX no podía sustraerse en absoluto á influencias perniciosas.

De él dicen los historiadores que fué piadoso y justiciero, que favorció el aumento de libertades en las ciudades. Su inspiración la recibía del cristianismo; su madre era su mejor consejera; su reinado quiso que resplandeciese por su moderación; sus cortesanos los quería sin vicios; sus guerreros, que fuesen caballeros. La mejor prueba de la influencia que la madre tuvo sobre su hijo Luis IX fué que quiso tenerla siempre en su compañía. Católica Doña Blanca, cristiana hasta la medula de los huesos, sus enemigos la calumniaron; pero sobre ellos cayó el baldón de ignominia. Como sucede siempre que las gentes mal avenidas con la virtud quieren profanarla, y no consiguen su censurable propósito.

Doña Blanca educó á San Luis para tomar parte en los consejos de Estado, para ponerse al frente de los ejércitos nacionales, para hacerse obedecer sabiendo mandar cuando el feudalismo era régimen imperante.

Doña Blanca, en su primera regencia, tuvo que elegir esposa para su hijo, y recayó la elección en Doña Margarita de Provenza, después de cuidadosos informes que tuvo del arzobispo de Sens. Doña Blanca, regente, sostiene empeñada guerra con los albigenses, que, como fanáticos de sus opiniones, eran tenaces en defenderlas; supo vencer en la empeñada contienda que sostuvo sobre los dominios de Tolosa, hasta incorporarlos á la Corona de Francia. Doña Blanca, apercibida de las intrigas que manejaban los grandes vasallos para debilitar el poder real y repartirse entre sí el botín, para tener en feudo á la Monarquía, logró imponer su autoridad y tener á raya todas las audacias. Doña Blanca se significó en sus energías de gobernante contra el duque de Bretaña, altivo en rebeldías, porfiado en sus empeños, creyendo que era cosa baladí ponerse en campo abierto, lanza en ristre, contra las huestes de una mujer. Doña Blanca segunda vez regenta el reino durante la expedición de San Luis á Tierra Santa. En fin: Doña Blanca ostenta formidable sabiduría en previsión de acontecimientos; actividad cuando son éstos un hecho. Gobierna magistralmente á Francia, y acude con los recursos necesarios á los cruzados franceses que pelean en Oriente.

El P. Ventura de Raulica adjudica la santidad á Doña Blanca de Castilla. San Bernardo es atribuída su vida santificante á la influencia gloriosa de la mujer cristiana.

¿Qué decir de Juana de Arco? Su epopeya está señalada á principios del siglo XV. La llamada pastora de Domremy llegó á ser espada formidable de Francia, sacrificada á las iras de Inglaterra. Está repetido que la guerra no tiene entrañas. Es muy difícil ofrecer ocasión á los artistas tan superiores como Velázquez, y darles motivo de representar un tan grandioso episodio como el de la rendición de Breda. Juana de Arco, la inmortal doncella de Orleans, por espíritu religioso se ofrece en sacrificio para conseguir la independencia de Francia. Juana, heroica y pudorosa, es la representación viva de

un ideal, con realidad sin plasticidad. En Bourges fué la admiración de Carlos VII. Clero, caballeros, pueblo, estados generales, artistas y comerciantes, capitalistas y obreros: todos á una tuvieron que rendirse ante la evidencia de una doncella intrépida en virtud nacional.

Era católica.

Como tal peleó ante Orleans sitiada por los ingleses, penetró en la plaza, y consiguió que el enemigo levantase el sitio. Á Juana se debió la victoria de Saint-Pierre-le-Mortier. Y en el sitio de Compiegne cayó prisionera de sus enemigos. Humillante, vergonzosa, indigna en el mayor grado de perversidad fué la prisión de Juana de Arco. Desde luego la que debió ser respeto para todos los guerreros, no lo fué para ninguno. ¡Baldón de ignominia para ellos! ¡Al obispo de Beauvais se atribuye el manejo del contrato de sangre por dinero!... Voltaire aparece digno compañero de infamia del obispo, en odio á Juana de Arco. Contra la púdica doncella se usaron todos los insultos; quedó abandonada de sus mejores amigos, de aquellos compañeros de glorias y fatigas. ¡Oh decepción humana! Á las crueldades de la prisión y al suplicio espantoso correspondió la doncella de Orleans diciendo públicamente: *Yo os perdono, y pido á Dios que él os perdone también.* Sublimes palabras de la más hermosa expresión cristiana. Palabras dignas de un Dios que murió en el Calvario, y de inmenso entusiasmo para la cristiandad.

Mas no por esto y otros sucesos, contrarios á la civilización, se puso ésta en peligro de muerte. Juana de Arco logró que los anglosajones no perpetuasen su dominación sobre los francos.

En cuanto á la Edad Media en sí, hoy no puede nadie dudar de sus ventajas en orden á las ideas. No es ya una hipótesis que en esa edad pudo conseguirse libertar á los pueblos de la pesadumbre de la Edad Antigua. Los resultados prácticos de la Redención se obtuvieron por la Edad Media para los tiempos modernos. Y es de notar cómo á través de los siglos, por entre todos los pueblos, el pueblo que ha conservado mejor sus rasgos primitivos es el hebreo. Y esto sin nacionalidad, sustituyéndola, mejor dicho, compensándola su especial manera de ser, que no tiene parecido. El trabajo, el ahorro, la adaptación al medio para enriquecerse. ¿Si será que el judío tenga aptitud singularísima para conocer á las gentes con que trata? Á los judíos se atribuyen muchos defectos; tal vez ellos con tenerlos sepan explotar bien los extraños á su raza; viendo fuera de ella, con mucha agudeza, la manera de sacar partido.

Con la circunstancia de que en el siglo XIII y alguno de los siguientes el comercio en general no era la profesión que estuviese más considerada. Los comerciantes, sus mujeres, sus hijos, tenían que concretarse en gran manera á su profesión de modo depresivo, no obstante que la república de Venecia enaltecía la clase mercantil. Y en opinión de Schmoller, no bastaba que hubiese inteligencia y buena fe, porque la envidia del bien ajeno despertaba rivalidades. Erasmo, Hutten, murieron sin darse cuenta de que el comercio prestaba servicios más elevados y más útiles que los del interés, sin reparar en los me-

dios de satisfacerlo. Había una necesidad que satisfacer, y era preciso someterse al comercio como intermediario. Esto no se veía; alcanzábase á ver al logrero de sórdida explotación. Es verdad que entonces, como ahora, el abuso estaba en uso. La división del trabajo era reducida; el tráfico nacional apenas podía sostenerse; la navegación era arriesgada, y, de trecho en trecho, todos cortos, había trabas para asegurar los tributos, algunos devastadores.

Esto que puede decirse de los intereses materiales es aplicable á los intereses morales. Porque inmorales eran las guerras innobles; inmorales aquellos privilegios que nos recuerda la institución de la Mesta; inmorales aquellos abusos que se cometían para satisfacer el gusto por la caza. Y no digamos el llamado derecho de pernada. Vico, con todos sus estudios y capacidad; los alemanes, donde tanto refugio tiene buscado el pueblo hebreo, sin desconocer que Alemania en artes y en ciencias fué siempre estudiosa. Allí destaca confusión en la Edad Media por no verse cada hecho derivado de una ley general, considerándose aquél y ésta, sin serlo, una misma cosa. De ese modo, no se podía ver bien la mirada de águila de Santo Tomás, y hubo de darse una importancia que no tenía al paso de reptil de Lutero, juzgado como pensador sesudo.

La idea de lo invisible, como ideal estable para llegar al conocimiento de lo Eterno, hizo su labor de modo inconsciente para los vivientes de los siglos medios. No comprendieron la importancia que tenía la civilización trazada por círculos concéntricos con eje máximo. La unidad de acción provídente.

La Edad Media cumplió satisfactoriamente su misión: no hay más que ver lo que era la civilización cuando empezó, y lo que era al cerrarse su período histórico.

El orden de las ideas encadenados á ellas los tiempos. Los hechos como eslabón de la vida que se extingue, sirviendo de savia á la vida nueva. Cada genio que legisla, cada mujer que suaviza las costumbres, cada sacrificio individual en aras del bien general, cada nueva institución religiosa sirviendo piadosamente para fines humanitarios; cada corporación que nace y se desarrolla, ora sea caritativa, ora sea industrial; cada poeta con sus estrofas, cada cumplimiento del derecho de asilo, cada representación que adquieren las ciudades, cada misionero que detiene el brazo vengador de un rey: todo influye para conseguir finalidad en el crisol de la vida, aquel crisol que es su morada en el hombre, en la misteriosa conciencia, donde todo se depura y se premia. Cantú, historiador profundo y laborioso, es la personificación de quien se propone levantar un monumento, como el gran escultor se rodea de obreros más ó menos intelectuales, pero aptos todos para secundar al artista, que transforma maravillosamente el mármol.

Anselmo Fuentes.

EL PLACER DE AMAR

XV

—El señorito no está en casa.

Gregorio entró, sin embargo. Se sentó en una butaquita y comenzó á fumar. La espera no fué larga. Gonsá llegó ruidoso, alegre.

—¡Mi querido Gregorio!...

Se abrazaron con el afecto de dos viejos amigos. Después hubo un mutuo examen de fisonomías. Gregorio estaba desmejorado, pálido...

—¿Á qué obedece eso? ¿Disgustos?...

—¡Dolores, penas!... De todo hubo en mi vida durante estos meses. Yo deseaba una existencia de pasión: la creía llena de encantos; me atraía con un interés algo novelesco... Y ahora que vi de cerca la novela, ¡deseo tanto la paz, la vida tranquila y sin pasión!...

Gonsá sonreía, escéptico, como hombre que conoce perfectamente el límite de la desesperación. Allí no había tragedia. É interrogó más, de un modo indirecto.

—Se me figura que parece usted más desesperado de lo que en realidad está. Y no es extraño. Su afición á lo novelesco le lleva, sin duda, á dramatizar la vida. ¡Bah! Todos hemos pasado por ahí. Eso no tiene importancia.

—La tiene, la tiene... No se trata de un juego de chiquillos, Gonsá. En mi vida ha habido un cambio radical, tremendo. Soy otro hombre... ¡Vuelvo á adorar á Lucy!

Gonsá sonrió de nuevo. ¡Se lo figuraba! Lo esperaba desde el primer día. Lo de Laura no podía pasar de ser un capricho.

—Esos amores espirituales y apacibles, en que la carne entra para tan poco, son los únicos duraderos. Yo, ya ve usted, continúo amando hoy como siempre á aquella muchacha de Granada que fué mi primera pasión. Y, en cambio, olvidé completamente á todas las demás... Por eso le decía que tomase sin repugnancias ni vacilaciones lo que la vida le ofreció. Era la felicidad. ¡Amar á Lucy y á Laura! ¡Ser amado por ellas!... ¡Qué pocas veces se ofrece una fortuna igual!... Y usted la desdeñó. ¡Ahí está su desgracia!... En la vida, amigo mío, hay que aprovechar avaramente las escasas buenas fortunas que la adornan.

Siguieron filosofando un rato entre el humo de los cigarros y sorbiendo unas copitas de licor que el criado les sirviera. En la habitación el ambiente era de recogimiento, de suave y dulce paz; un ambiente sereno, apacible, íntimo. Gonsá sabía vivir. Y Gregorio en aquel momento aprovechaba la ciencia del amigo. Su espíritu recobraba el equilibrio, destruído un instante por el recuerdo de aquellos días de amor. Y fué narrando todos los

acontecimientos del verano, los que á esta situación de desaliento habíanle traído.

Primero todo fuera amor. ¡Oh! Laura sabía amar; era experta. Conocía perfectamente cómo la locura amorosa se despertaba en el hombre; y conocía también los mil pequeños detalles que la mantenían viva, en todo su apasionado ardor. ¡Días de dicha intensa aquellos transcurridos en un pueblecito del Norte, humilde y escondido; tierra de poesía adonde la civilización todavía no llevara su cortejo inevitable de vanidades! Vivieran en plena Naturaleza, amándose bajo el sol, al pie de los árboles enormes, en el silencio perfumado de los pinares. Y el mar había visto también su amor; aquel mar silencioso de las bellas noches de Julio, fosforescente y misterioso como un mar de ensueño.

Gregorio adoraba el recuerdo de aquellos días. Vivir siempre así sería la dicha completa. Pero... Y comenzó el capítulo de los dolores.

Abandonaran el Norte. Laura quiso ir á sus tierras de Murcia. Marcharon allá. Y la divina libertad de que gozaran á orillas del Cantábrico acabó. Laura tenía muchas relaciones y había que vivir con el mundo. Tenían sus citas á escondidas, expuestos á mil sorpresas desagradables. Y á la par de la convivencia acabó también la armonía que entre ellos reinaba. Laura llegara á ponerse insoportable. Gonsá interrumpió:

—Celos.

—Acaso. Ella así lo decía después de cada crisis, cuando llegaba la reconciliación, ó cuando yo, exasperado, amenazaba con marcharme y dejarla. Entonces lloraba, me pedía perdón, y echaba á los celos la culpa de sus crueldades... Porque no puede usted figurarse á lo que llegó. Fué horrible .. Pasaba horas enteras mortificándome con el recuerdo de Lucy. Veía mi sufrimiento y se complacía en aumentarlo; se reía de mí ante mis súplicas, y seguía hablándome de ella en un tono... ¡Oh!... Ya ve usted: Lucy, que para mí ha sido siempre la personificación de la pureza, de la bondad... Yo rogaba; creo que alguna vez la rabia hizo venir lágrimas á mis ojos... ¡Qué dolor, amigo Gonsá!...

—Realmente fué cruel. Aunque no me extraña. En las mujeres como Laura el egoísmo está por encima de todo. Su perversión se manifiesta por la necesidad de sufrir ellas y hacer sufrir á los demás... Contra eso no hay como armarse de indiferencia; y, sobre todo, como dominar: lo que tantas veces le aconsejé en mis cartas.

Y siguió hablando el mundano, explicando cómo todo aquello le sucedía á Gregorio por falta de preparación. Á él, á Gonsá, jamás le ocurrieron tales cosas. Sin experiencia ninguna de la vida, llegara á la corte desde su provincia con sólo una crisis sentimental, la inevitable de la adolescencia, en su historia amorosa. Aquello fuera un poco triste, pero fecundo en experiencias. Y desde entonces, nunca el amor lograra destruir la perfecta ecuanimidad espiritual del *dandy*. Gregorio debía imitarlo. Triunfaría con un poco de voluntad.

—¡Si la tuviera!...

¡Si tuviera voluntad! No estaría en ese estado de desesperación dolorosa; haría frente á todo con impávida serenidad. Ó mejor aún: nada de lo ocurrido en aquellos meses hubiera pasado á la categoría de hecho; todo se habría reducido á unas cuantas ideas, rechazadas casi inmediatamente después de haberse presentado.

Con voz apagada y gesto doliente iba el muchacho diciendo sus confidencias. Después de una temporada de sufrir en silencio, tenía necesidad de confiar á alguien el estado de su alma. El elegido tenía que ser Gonsá; aquel Gonsá de tan frívola apariencia, aquel mundano ironista, que en el fondo era tan sentimental como Gregorio, pero que tenía una voluntad. Gonsá escuchaba, y dejaba que su amigo desahogase á gusto el pecho de pesares. «Contar una pena la alivia», pensaba. Y queriéndose convencer á sí mismo de que era una víctima de la amistad, intentó adoptar un gesto de resignación. Pero no pudo. En aquella hora tuvo uno de esos ataques de debilidad, tan raros en él, que le obligó á confesarse *in mente* que no era tan malo como de sí mismo pensaba, y que tenía verdadero cariño á aquel muchacho. Para colocar este movimiento sentimental dentro del orden lógico del sistema que se había trazado, razonó Gonsá que el proteger á los débiles es un signo de fortaleza. Él no abdicaba, pues, de su fuerza teniendo cariño á Gregorio Flores é interesándose en su vida. Y Gregorio continuaba:

—Pero hubo más; no pararon ahí las cosas. Si se hubiera limitado á mortificarme con sus palabras... Lo doloroso viene después. ¡Cómo odio ese pueblo de Murcia donde ella tiene sus propiedades!... Yo pasaba allí por un amigo suyo que viajaba por aquellas provincias. De cuando en cuando la visitaba; y al llegar á su casa para una de esas visitas que no concertábamos de antemano, pude convencerme de que había alguien que tenía sobre ella iguales derechos que yo...

—¡Caramba!... Eso es grave. ¿Quién es él?

—¿Él? El mediquillo del pueblo; un mequetrefe, un cualquiera; un hombre sucio y grosero... ¡Oh!... Aquello me dolió como un latigazo. ¿Sabe usted?... Lo esperé por la noche, lo insulté, y allí mismo, en mitad del camino, nos pegamos como granujas...

—¡Qué atrocidad!

—Como granujas. Aquella noche agradecí mi educación en el campo, al aire libre, porque me hizo vigoroso... Lo dejé medio tumbado cerca de la valla de una heredad. Yo llevaba una mano llena de sangre: me había mordido de un modo horrible, con todas sus fuerzas.

Extendió el brazo, y mostró á Gonsá la herida cubierta con tafetán. Gonsá se limitó á decir:

—¡Qué bárbaro!...

—Cuando llegué á casa, desesperado y rabioso, me puse á escribir una carta para Laura. No sé á punto fijo lo que le decía, pero deben de haber sido cosas tremendas; no era dueño de mí...

—Ella lo merece todo. ¡Qué mujer!... Aquí, por lo menos, adoptaba un aire de corrección.

—Á la mañana siguiente, por un supremo esfuerzo de voluntad, me metí en el tren, y aquí estoy... Pero no puedo echar de mí su recuerdo; sufro de deseo y de vergüenza... Crea usted que esta situación á que he llegado es tremenda, tremenda...

Gonsá lo miró con un poco de compasión. Pálido, con un aire de desaliento, de cansancio en todo el rostro, en todo el cuerpo, parecía Gregorio una imagen del vencimiento. La vida era más fuerte que él.

Su amigo le prodigaba consuelos.

—Exagera usted, amigo mío... La inexperiencia... Ya se irá usted acostumbrando, y comprenderá que en estos lances de amor no debe aprovecharse más que el placer.

Y variando de tono repentinamente, añadió:

—¿Y qué piensa usted hacer ahora? ¿Cuáles son sus proyectos?

—¿Lo sé yo acaso? Mi deseo sería no volverla á ver, olvidarla de un modo absoluto. Pero dudo de mí, y creo que tengo razones para ello...

Cuando se separaron, ya de noche, Gregorio llevaba su espíritu reconfortado por las palabras de Gonsá. Solo en su cuarto, echó una mirada sobre aquellas ideas que tanto amara, sobre los ensueños acariciados en el fondo de una provincia lejana, y vió con dolor cómo al ir á darles realidad, el azar habíalo impelido en sentido opuesto. La imagen de Lucy, amorosa y dulce, eterna consoladora en los momentos de quebrantamiento moral que seguían siempre á las crisis de su pasión, pasó un momento por la memoria de Gregorio.

XVI

Y cuando á la mañana siguiente se abrieron sus ojos heridos por la luz alegre de un claro día de otoño, Gregorio volvió á pensar en Lucy. Ella era la paz. Ella era el descanso. Se le ofrecía como un dulce refugio amoroso, tibio y suave. Y Gregorio la adoró fervorosamente. Toda su pasión por Laura, aquella locura de unos meses, se le apareció como una peregrinación dolorosa para llegar á este bienestar de hoy... ¡Oh! Amaba á Lucy ahora como nunca. Ahora sabía cómo era el otro amor. Este de la muchacha era el bueno, el que no hacía sufrir, el que no daba dolor. Y el espíritu de Gregorio marchaba en un ansioso apasionamiento hacia el recuerdo de todos los instantes de aquel bello amor por Lucy, que fuera el puro encanto de tantas horas.

En esta situación espiritual se levantó. Y poco á poco la memoria de aquellos días del verano, días de pasión intensa, de amor y de dolor, fué volviendo á él á cada instante más aguda. Era como una reconstrucción interna, palpitante y amarga, de todo el proceso de luchas con su deseo de tenaz defensa contra los asaltos del instinto que lo habían conducido paso á paso hasta la catástrofe final. Y aquí se entenebreció el espíritu de Gregorio.

¡Cómo amaba á Lucy en aquel momento! ¡Y cómo la lloraba perdida! Plásticamente, con vigorosa realidad, vió de nuevo la terrible escena de aquel segundo en que Lucy sorprendió su abrazo á Laura. Y en sus oídos vibró el grito trágico de la muchacha, y tuvo también la clara visión de su rostro, que el dolor hacía parecer envejecido. No perdonaría Lucy; no perdonaría.

Fué hacia el balcón. Vió la calle inundada de luz radiante, llena de ruidos y de alegría Y toda la inmensa, la pura claridad de aquel ambiente fué penetrando poco á poco en su espíritu, que se abrió á la bella invasión... Un movimiento de fuerte optimismo lo sacudió, y él le trajo el recuerdo agudo, de viva realidad, de la mirada de Lucy cuando salía ante ellos, llorosa, apoyada en su hermana. Era de perdón aquella mirada; Lucy, la buena Lucy, se había sobrepuesto á la angustia infinita de aquel momento para perdonar.

Y Gregorio, amando la vida como nunca, se sentó ante una mesa y comenzó á escribir. La sesión fué larga. Dos horas permaneció allí, quieto en el sillón, llenando de apretados renglones el papel. Escribía á Lucy, mostrándose arrepentido de su descarriamiento. En un tono lírico le hablaba de la perdida paz de su espíritu, del fracaso de sus sueños, del dolor intenso que, en consecuencia, torturaba su alma. Y después, humildemente imploraba la compasión. Ella no podía consentir que su vida fuera un perpetuo sufrimiento; era demasiado buena; no podía consentir que al inmenso dolor de perderla se uniese el remordimiento de llevar sobre sí un pecado sin perdón. Ella no consentiría eso, estaba seguro. Lucy tenía un gran corazón, y, teniéndolo, nada le podía parecer imperdonable.

La elocuencia de Gregorio redoblaba al disculpar sus actos. Con muy poca caballerosidad, echaba á Laura la culpa de todo lo ocurrido. El no fuera sino un juguete de sus caprichos. Y después se lanzaba á terribles diatribas contra el maldito poder de la carne, contra la humana flaqueza y contra la vida social, manantial inagotable de tentaciones. Lo que le arrastró insensiblemente por el despeñadero de la más vulgar sentimentalidad. Gregorio trazaba al final de la carta un cuadro idílico de su vida con Lucy en una choza aislada en medio de cualquier bosque frondoso, lejos de toda otra vivienda; vida de amor constante é ininterrumpido y de goces inefables y perennes. ¡Oh, la Naturaleza rodeándolos, espléndida de belleza, marco magnífico de aquel amor sin igual! La carta, á pesar de todo, era de una positiva elocuencia.

Llegó á manos de Lucy cuando ella menos lo esperaba. ¡La pobre Lucy! Muy malos fueran sus días desde aquel en que sorprendió la flaqueza de Gregorio y la perversidad de Laura. Muchas noches habían transcurrido para ella entre sollozos. ¡Era tan grande su amor á Gregorio! Así, al recibirla—aquella carta que sin saberlo deseaba—, fué para su alma, ensombrecida por la pena de amor, lo que el rayo de sol tras un hosco nublado para los campos verdes: la alegría sin límites. Ni un momento pensó en negar el perdón y el olvido que se le pedían. No intentó siquiera buscar los motivos que pudieran empujar á Gregorio á realizar aquel acto. No quiso penetrar sus intenciones; no pasó siquiera por su cerebro la idea de que debía mostrar severidad, no otor-

gar lo suplicado sino tras una escena dolorosa para él, y una solemne promesa, dulce para ella. Nada de esto se le ocurrió ni ocupó su espíritu. Desde el primer instante, desde que leyó la primera línea de aquella carta en que veía la raíz de su dicha, un impetuoso sentimiento la llevó hacia él, hacia el hombre débil que, sin dejar de amarla, la engañara de tan cruel manera. No necesitó, para perdonar, leer las disculpas de Gregorio, ni sus explicaciones, ni sus argumentos: aquellos argumentos cuya piedra angular estaba en la triste afirmación de la prepotencia de la carne; ella había perdonado desde mucho antes: desde el terrible momento en que fué realidad aquel beso...

Cuando Gloria entró, no pudo menos de notar el aspecto de suma felicidad que resplandecía en el rostro de su hermana. Un poco sorprendida, la interrogó. Y Lucy no ocultó nada.

—He tenido carta de Gregorio.

Impetuosamente, llena de indignación, Gloria exclamó:

—¿Qué dices?... ¡Gregorio!... ¿Y se atreve ese sinvergüenza?

Lucy, ante estas palabras, se sintió invadida de una gran frialdad. No era capaz de comprender en aquel momento de dicha intensa que todos los demás, enterados del desastroso fin de sus amores, no tenían las mismas razones que ella para perdonarlo. Así que, ofendida, turbada, se limitó á decir:

—¡Mujer!... ¡Tanto como sinvergüenza!...

Gloria la miró con asombro.

—¿Entonces, no te parece mal lo que ha hecho?

—No me parece bien; pero..., vamos... ¿Quiénes en su caso no hubieran obrado de la misma manera?

No contestó Gloria directamente. Con su ingénita perspicacia, vió que la decisión de Lucy era firme. No le hizo un solo reproche: la compadeció.

—¿Y confías en un hombre que tan mal sabe guardarse?

Lucy, viendo á su hermana en un terreno más razonable, comenzó á hacerla confidencias. ¿Sabía Gloria lo que ella llevaba sufrido? ¿Podía siquiera imaginárselo? Su hermana ignoraba aún lo que es amor, y ¡ojalá lo ignorase siempre si había de ocasionarle tantos dolores como á ella! Después se sintió maternal y llena de experiencia. Gloria no conocía á los hombres, y por eso le era imposible comprender un perdón otorgado tan fácilmente. Los hombres que pecan con franqueza, como Gregorio, no son los peligrosos; á los otros, á los hipócritas, es á los que hay que temer. Y repitió entonces una vulgar sentencia:

—Los que no la corrieron de solteros, la correrán de casados: es inevitable...

Y, naturalmente, debía preferirse á los que la corrieron de solteros. Llevada del entusiasmo en su defensa, llegó á afirmar que antes, cuando veía á Gregorio tan correcto en sus costumbres, no estaba del todo tranquila. Ahora sí; ahora ya se casaría con él sin miedo. ¡La había corrido!

Gloria permanecía silenciosa. No estaba convencida, y la escuchaba con profunda compasión. Ella, no; ella no perdonaría nunca, por mucho amor que

le tuviera, al hombre que la hubiese engañado de tal modo. Después de un corto silencio, preguntó:

—¿Y mamá?...

—¿Mamá?... Se ha de convencer en seguida... ¡Tiene bastante experiencia!

No fué tan fácil convencerla, sin embargo, como su hija en aquel momento de optimismo pensaba; pero al cabo, el delito de Gregorio, cometido en condiciones normales por hombre de espíritu menos impresionable y débil, podía ser un extravío disculpable, y la buena señora, que no pecaba de intransigente en estas cuestiones de amor, cejó al fin en su empeño de poner obstáculos á la reconciliación.

Pocos días después de escrita su carta á Lucy, recobró Gregorio el puesto de hijo futuro cerca de los señores de Contreras.

Don Juan lo encontró una tarde en su casa, al volver del Casino. Su sorpresa no tuvo límites. Miró á todos con un poco de desconfianza; pero al ver en los rostros de su mujer y de sus hijas una sonrisa feliz, y al contemplar la ligera timidez de Gregorio, comprendió que allí había habido reconciliación. «¡Que me place!», dijo para sus adentros; y avanzando alegremente hacia Gregorio, lo estrechó entre sus brazos con gran cariño, y le preguntó por su madre.

—¿Siempre tan buena, eh?... Vaya, vaya... Pues me alegro, hombre; me alegro de verle por aquí... ¿Y el veraneo?... ¿Bien?... Nosotros, ya le habrán dicho que perfectamente.

Y cambiando de tono, añadió:

—Hoy comerá usted con nosotros, ¿eh?

¿Cómo no aceptar? Gregorio comió con ellos, gustando de nuevo aquel dulce placer de hablar despacito con Lucy de nonadas; aquel goce amable de servirla y deslizar al propio tiempo en sus oídos frases de un amable sabor madrigalesco. La invencible tendencia de Gregorio: literalizar.

Pasadas las once, llegó Gregorio al Real, donde quedara citado con Gonsá para darle cuenta de lo ocurrido en aquella primera entrevista. Gonsá no estaba solo. Charlaba en el fondo de un palco con dos individuos desconocidos para Gregorio. Uno joven, extremadamente joven, barbilampiño, con lentes muy gruesos y casi del todo calvo. Hablaba mucho y muy de prisa de todas las cosas insubstanciales: el tiempo, la *toilette* de Fulanita, el marido de Menganita... El otro era un grueso señor condecorado, de apariencia senatorial. Hablaba poco, y cuando lo hacía, era con tono reposado y campanudo. Gonsá los abandonó, y, retirándose con Gregorio al antepalco, escuchó muy interesado la relación que éste le hizo de los acontecimientos del día.

—Admirable, amigo mío... Tiene usted su plaza reconquistada. ¿Qué falta ahora?

—La satisfacción suprema.

—Eso es: el matrimonio. ¿Se halla usted decidido; firmemente decidido?...

—¡Oh!... Del todo.

Á Gonsá le parecía muy bien aquello. Arrullados por la música, seguían

los dos en la penumbra del antepalco comunicándose impresiones y hablando de la vida. Gonsá iba diciéndole unas ideas que durante estos días le preocupaban.

—También yo, querido Gregorio; también yo he pensado en casarme. La cosa es dura y tiene sus inconvenientes. Pero los años van haciendo en mí su efecto, y el celibato me pesa, me pesa demasiado... Además, necesito consolidar mi posición, porque ya no soy el hombre que se divierte tan sólo... Soy algo más: me debo al público..., al país.

Aquí lo interrumpió Gregorio vivamente:

—Hombre, es verdad. Don Juan me ha dicho que habló usted esta tarde en el Congreso...

—Sí. Un turno en el debate político. El jefe se empeñó, y yo, ¿á qué decir mentira?, me sentí muy lisonjeado con el encargo... Creo que para *début* no estuve del todo mal. Los míos me aplaudieron y me felicitaron; los contrarios me interrumpieron con verdadero furor. Así, que yo considero ya cambiado del todo el rumbo de mi vida. Hasta esta tarde, la ambición estaba en mi alma como dormida; hoy despertó con los aplausos de la Cámara. Estoy resuelto á sacrificar mi tranquilidad en aras de la gloria...

Se iba exaltando. Su rostro irónico adquiría, conforme avanzaba en el discurso, un tinte de seriedad que raras veces asomaba á él.

—Porque voy convenciéndome cada día más de que es necesario dejar una huella en la vida, cuanto más honda mejor... Es una imbecilidad eso de pasar por ella como una bola de billar por encima de la bayeta verde. Hay que ser como el arado: abrir un surco profundo, remover, remover sin miedo...

Gregorio escuchaba con asombro á aquel hombre que había conocido tan lleno de escepticismo, aquel hombre de la eterna sonrisa desengañada. ¡Qué transformación en poco tiempo! ¡Qué distinto ahora de cuando lo escuchaba luchar con Juan Roberto, á quien lanzaba más paradojas! Se lo dijo, y Gonsá sonrió.

—En realidad, yo he sido siempre el mismo. No hay más diferencia entre este Gonsá entusiasta y ambicioso que ahora se le revela y aquel que escuchaba usted divagar en las tertulias, que la de haber variado el objeto de la ambición: ésta siempre existió. Antes mi ideal era aparecer como un hombre de mundo; ahora probé el éxito, gusté la emoción de la lucha, esa terrible emoción llena de alternativas de temor y de triunfo, y ya no pienso más que en seguir gozándola. Me encantan esas sensaciones tan intensas, tan varias y continuadas... Y lucharé hasta que logre afirmar mi personalidad de un modo definitivo...

Y volviendo por un momento á ser el de siempre, añadió con su especial acento de cansancio:

—Lo único que me asusta un poco en la política es la necesidad de estudiar algunas cosas verdaderamente horribles... Esas cuestiones financieras...

XVII

La boda se celebró con gran pompa en plena primavera. Asistieron numerosos parientes y amigos de ambos novios, que después de haberse emocionado profundamente, hasta las lágrimas, durante la ceremonia religiosa, se alegraron de una manera intensa merced á los suculentos manjares y variados vinos que don Juan, padrino de boda, les ofreció.

Juan Roberto, Gonsá, todos los amigos iban desfilando después del banquete por delante de Gregorio. Lo abrazaban, murmuraban en su oído unas palabras misteriosas, recibían de él un apretón de manos ó varias palmaditas amistosas en la espalda, y desaparecían luego. Gonsá fué de los últimos.

—Quiero acompañarles á la estación.

—¡Hombre!... Gracias; pero usted comprenderá... La molestia...

—Es para ustedes, ya lo sé...

—¡Oh!... ¡Por Dios!...

—Pero no importa. Quiero hacerle una consulta.

Allá se la hizo, de un modo algo ambiguo, un si es no es temeroso de las ironías de Gregorio. ¿No le parecía á éste que Gloria era una buena chica?

—Tan simpática, ¿verdad?... Y buena. Yo creo que debe de ser una muchacha buenísima...

Gregorio le interrumpió riéndose de la mejor gana:

—¿Es posible?... ¿Enamorado de mi cuñada á estas alturas?...

Un poco corrido, Gonsá respondió:

—¿Ya olvidó usted mis confidencias?

—No, no. Deseaba usted casarse... Pero vamos á cuentas: ¿en realidad está usted enamorado, ó solamente se trata de hacer una buena combinación?

Dudó Gonsá un momento.

—Si he de decir la verdad escueta, no lo sé yo mismo. Se me ocurrió la idea ahora, durante la comida. Gloria estaba á mi lado, y me resultó tan graciosa...

—Es una impresión del momento... La alegría natural... ¡Bah!... ¿Cuántas copas de *champagne* ha bebido usted?

—Unas pocas. Juan Roberto bebió más.

—Es natural.

—En fin, ya pensaremos todo esto tranquilamente.

Abrazos, saludos rápidos, el sonido de una campana, un silbido estridente de la locomotora, y por ésta arrastrados, allá se fueron Gregorio y Lucy, borradas por la dicha presente todas las penas, y olvidados todos los pasados dolores.

Después de algún tiempo, é instalado ya el matrimonio en Madrid, Gregorio comenzó á hacer una vida regular, metódica. A Lucy no le gustaba pasear; Gregorio, en cambio, consideraba éste como uno de sus grandes placeres. Para armonizar de la mejor manera dos gustos tan dispares, Gregorio acompañaba

por las tardes en el coche á su mujer, y por las mañanas, solo, discurría á buen paso por las alamedas del Retiro. En una de éstas vió cierto día, pasados ya varios de su estancia en la corte, la figura esbelta de Laura. Huyó de un modo vergonzoso el muchacho, y por precaución dejó de ir al Parque durante varios días. Volvió á él, por fin, un poco temeroso del encuentro, pero ya decidido á afrontarlo. Laura no pareció por ninguna parte.

Esto, lejos de tranquilizarlo, produjo en su ánimo cierto desencanto. ¡Iba tan bien preparado para el encuentro!... Un saludo indiferente, cortés, frío, y seguir adelante, sin detenerse, considerando á la dama como una de tantas relaciones á quienes no se está unido por lazos de afecto ni de desdén; como á un simple conocimiento que no nos importa cultivar. ¡Qué efecto le causaría á ella esta actitud; á ella, tan orgullosa por el imperio ejercido sobre todos los hombres! Recibiría una herida profunda en su amor propio. Y el no poder entregarse al placer de esta pequeña venganza contrarió fuertemente al muchacho, que durante varios días repitió el paseo, buscando la ocasión de tropezar con Laura. El fracaso lo persiguió durante un mes largo. Laura no se dejaba ver. Y Gregorio no pudo poner en práctica su plan de mortificarla. «¿Dónde se meterá esa mujer?» Llegó á preocuparle realmente aquello.

Por fin, una bella y fría mañana—cielo claro, aire cristalino, luz jovial—la vió surgir en el recodo de un camino. Gregorio perdió en absoluto la serenidad cuando la tuvo enfrente, y todos sus planes quedaron deshechos. Ella lo interpeló.

—Buenos días. ¡Que sea enhorabuena por lo del matrimonio!

Á Gregorio se le antojó que había algo de zumba en aquel saludo. Contestó con un «gracias» balbucido de cualquier modo, y se alejó rápidamente, lleno de vergüenza y de indignación contra sí mismo por aquel inexplicable azoramiento de que se viera acometido. «Soy tan niño como siempre. De nada me sirve la experiencia.»

Él resultó el humillado, y su amor propio sufrió con ello, dando lugar á una violenta necesidad de vengarse. Buscó con empeño la ocasión de ver á Laura, sin lograrla, hasta que, por fin, un día supo incidentalmente que se había ido á sus posesiones de Murcia. «Á pasar los primeros meses del luto de su marido», le dijeron. Y Gonsá agregó: «Se murió de una borrachera. Fué instantáneo. Dicen que una escena horrible. En medio de la juerga, como herido de un rayo, cayó al suelo.»

El verano lo pasó el joven matrimonio en la casa que viera nacer á Gregorio. Fué un verano feliz y bucólico. Lucy gozaba grandemente con el aislamiento de los campos, porque, aunque nada dijera, sufría en Madrid pensando que Gregorio pudiese reanudar sus relaciones con Laura.

Llegó el otoño, y con él la necesidad de abandonar los campos gallegos. Pasaron con el estío las dulces horas de tranquilidad y sueño bajo los grandes árboles umbrosos; las tardes llenas de poesía; las puestas del sol en el mar entre nubes de roja luz, espléndidas y cegadoras; las noches tibias, llenas de aromas y de murmullos misteriosos, de ruidos musicales y de rutilantes estre-

llas; las noches llenas de grandes silencios solemnes, en que de pronto surge el cantar de la cigarra ó la divina música del ruiseñor... ¡Oh, bellos días, bellas noches del verano! ¡Oh, días de sol y noches de dulzura! Hechos estáis para que viva en vosotros el amor, para que en vosotros nazca, para que en vosotros crezca y se haga inmenso y de todo triunfe. Hechos estáis para servir de blando y cariñoso nido á las almas ocupadas por el buen sentimiento, padre de la Humanidad. En vosotros, días luminosos y noches vagamente rumorosas del estío, cruzan el espacio, más que nunca fecundas y bellas, las rosadas mariposas de la ilusión, mientras permanece adormecido el negro escarabajo de las inquietudes.

Éstas vinieron con el otoño cuando, de vuelta en Madrid, supo Lucy por una confidencia indiscreta que Gregorio había hablado con Laura en el Retiro. Fué aquélla una conferencia llena de recuerdos, que la dama iba evocando con melancolía.

—¡Un año!... ¡Un año ya!...

¡Cómo corría el tiempo!... Él, Gregorio, no lo notaba. La felicidad nos absorbe de tal manera que ante nosotros desaparece por completo la noción del tiempo. En cambio, para los que, como ella, ya se hallaban en el declive de la vida... Gregorio interrumpió:

—¡Oh!... ¡Por Dios!...

—Sí, Gregorio; sí. En el declive; yo ya estoy en el declive... Voy para abajo de una manera decidida... Aunque me duela confesarlo, es la verdad... Ya ves, hasta los brazos, que tenía tan bonitos, van poniéndoseme no sé cómo... Fíjate; parece que tienen arrugas, ¿verdad?

Y quitándose un guante mostraba el brazo, muy hermoso no obstante sus afirmaciones. Gregorio, estremecido, asaltado á su vista de dulces recuerdos, no contestó. Ella continuaba diciendo la triste letanía de sus dolores:

—Tengo muchas, muchas penas en mi vida...; pero como estas últimas, no... Antes, la juventud me ayudaba á soportarlas y vencerlas, como á ti ahora; pero los años, Gregorio, los años matan toda mi energía. Además, nuestra ruptura, tan impensada, tan brusca, me afectó de un modo horrible... Las mujeres en mi edad no olvidan fácilmente un amor...

Gregorio estaba inquieto. ¿Adónde iba á parar Laura? Y en el fondo de su inquietud, á pesar suyo, se alzaba como una leve, levísima esperanza, que no podían consideraciones morales acallar. Se despidieron.

—No me guardes rencor, Gregorio... No; no me disculpo: es inútil. Lo que hice contigo es una canallada en todas partes y por cualquier lado que se mire... Lo sé de sobra. Pero hay momentos en la vida en que algo superior á nosotros nos arrastra y nos pierde.

Gregorio lo sabía muy bien; lo sabía por experiencia propia. Y porque lo sabía, comenzó, mientras marchaba hacia su casa, á encontrar numerosas explicaciones á la falta de Laura. Ya ésta no era una culpable perversa y cruel: era una víctima del determinismo. «Porque eso del determinismo es un hecho, una verdad evidente.»

Se asombró *in mente* de no haber dado antes con la causa de todos sus males. «Es indudable que esa influencia externa, esa voluntad superior á nuestras voluntades, esa fuerza desconocida...» Y quedó rápidamente convencido de que Laura y él eran dos víctimas del determinismo.

El disgusto de Lucy al enterarse de aquella entrevista fué muy grande.

Laura le parecía una mujer en extremo peligrosa. Eso no obstante, nada dijo á su marido, ni nada le dejó entrever de sus inquietudes, que desaparecieron del todo una tarde en que Gloria, volviendo de casa del general Solano, la llevó á un rincón y murmuró en su oído:

—¿Sabes la gran noticia?... ¡Laura se casa con Nicomedes Rival!

La pobre muchacha sintió una oleada de alegría que le subía del pecho y la ahogaba.

—¿De veras?... ¿De veras, Gloria? ¿Se casa con Rival?... ¿Con ese tonto?...

—¿Crees que sin ser tonto hay quien se case con Laura?

—¡Qué alegría me das, Gloria! ¡Qué alegría!...

Se besaron estruendosamente las dos hermanas, se abrazaron con toda la fuerza de que eran capaces, y después Gloria, un poco tímida, añadió:

—¿Y... y... sabes que Gonsá... quiere casarse conmigo?...

Se rió Lucy.

—Hace ya unos meses... Lo supe antes que tú. Gonsá se lo consultó á Gorio, y Gorio, como puedes comprender, se alegró muchísimo; pero no dejó de aconsejarle que mirase bien lo que hacía, y si estaba realmente enamorado de ti. Gorio te quiere mucho, y no podría soportar el verte desgraciada.

Y cambiando de tono:

—¿Tú lo quieres á él?...

—¡Oh!... ¡Es tan simpático!... Y figúrate tú la envidia que me van á tener... ¡Un hombre como Gonsá, tan elegante, con una historia que...! Y, además, dicen que va para ministro... Ya ves; á mí que me gusta tanto la política...

La felicidad descendía sobre aquella casa porque, en el mismo día, don Juan Contreras ganaba trescientas mil pesetas en una jugada de Bolsa, y Gregorio tenía con Laura una secreta é íntima conferencia en cierto apartado lugar. Esta entrevista, renovando en el espíritu y en el cuerpo del muchacho sensaciones pasadas y que había considerado perdidas para siempre, fué también algo así como el preludio de una larga sinfonía de amor en que dos bellos motivos alternaban.

XVIII

Se canta una ópera lamentable: *Lucía*. Una diva lanza, acompañada por la flauta, escalas vertiginosas. En el palco, Gloria y Lucy con su madre escuchan llenas de atención admirativa. Gonsá y Gregorio, furiosos wagnerianos, charlan en el antepalco.

Gonsá.—¿Y cuándo es la boda?

Gregorio.—En Carnaval.

Gonsá.—Siempre tuve á Laura por un humorista esclarecido. Esa fecha es un símbolo.

Gregorio ríe con aire inteligente.

Gonsá.—Debéis estar muy agradecidos á ese buen Nicomedes. Acaso no haya hombre más servicial.

Gregorio.—Él no sabe una palabra, ¿eh?...

Gonsá.—De todas maneras, me parece un hombre extraordinariamente servicial... Aunque, si bien se mira, acaso se encuentre en su conducta más egoísmo que nada. Después de tantos años de perseguir á Laura para conseguirla como amante, su deseo debe de haber alcanzado una magnitud extraordinaria. En esas circunstancias, un hombre lo juega todo á una carta. ¿Qué pierde Rival en esta jugada? Su fortuna, no, porque la de Laura es superior; su nombre tampoco, porque ya lo perdió hace mucho tiempo; y su libertad menos, porque, en las circunstancias en que se casa, es de suponer que Laura no le exija una gran fidelidad... Ya ves que la cosa no está mal pensada. Rival no es tan tonto como dicen.

Gregorio vuelve á reir con aire inteligente.

Hay una pausa. De la sala llega el estruendo de una ovación. La orquesta vuelve á comenzar el trozo aplaudido.

Gonsá.—Estoy satisfecho al ver el rumbo que toman los acontecimientos. Todo va bien. He conseguido hacer de ti, mi mejor amigo y futuro pariente, un hombre á la moderna, sin preocupaciones de cierto orden. No somos buenos solamente sacrificándonos. La bondad está en la felicidad que damos á los otros. Haz feliz á Lucy, y aunque la engañes, serás bueno para ella... Creo que es la mejor de todas las filosofías... Por lo menos, yo la he sacado de mi experiencia, la he contrastado con la realidad... Y con ella se va viviendo bien, que es, después de todo, lo que hay que perseguir.

Otra ovación, más prolongada esta vez, subrayó las últimas palabras de Gonsá. Cayó el telón y Gloria apareció en el antepalco.

—¿Qué hacéis ahí metidos? La Blanqui estuvo soberbia.

Tras Gloria, entró Lucy.

—No sé, no sé que estarán aquí murmurando estos señores.

—No hay tal murmuración. Gregorio y yo charlábamos de varias cosas sin importancia: la bondad, la dicha... Todo lo que los cuatro tenemos hoy.

Daniel López Orense
(Fantasio).

UNA BROMITA DEL VIENTO

Séame lícito suponer que no hay quien, en la actualidad, ignore la tradicional costumbre que en los pueblos existe de reunirse alrededor del fuego las familias de los labradores en el invierno, para pasar sus largas veladas, ya contando consejas, ó refiriendo por milésima vez los heroicos hechos de sus antepasados.

Supuesto esto, y valiéndome de ese admirable don que permite al que escribe trasladarse, sin más vehículo que la imaginación y su pluma, al lugar, época, hora y demás circunstancias que oportunas juzga para el desarrollo de su pensamiento, lo haré al pueblo X, en el mes de Diciembre, para fisgonear lo que ocurre en una de aquellas cocinas, en cuyo fogón, que levanta poco más de un palmo del suelo, arde una buena cantidad de leña de añoso olivo, y cuya llama, sobre calentar el agua del inmenso caldero que, á manera de badajo, cuelga del centro de la no menos inmensa campana de la chimenea, sirve para desentumecer los ateridos miembros de la familia del tío Roque, abuelo octogenario, cristiano á machamartillo, de venerable porte y guerrillero afamado durante la guerra francoespañola, que amargó los días de tantos hombres honrados y cubrió de sangre los campos y ciudades de nuestra querida patria.

Gruesos copos de nieve y un viento cierzo que sin pedir permiso se colaba por las rendijas de las puertas y ventanas fueron los mensajeros que anunciaron á la familia del tío Roque y á algunos de los vecinos que era la hora de irse á calentar los huesos al hogar hospitalario del anciano guerrillero, patriarca de aquella honrada gente.

Poco tardaron en reunirse al amor de la lumbre el sacristán de la parroquia, el médico, el boticario, dos abuelos, compañeros de armas y fatigas, las respectivas mujeres, el tío Juanillo, marido de la tía Nicolasa, la señá Mariquita, prima de don Nicomedes, que, como maestro del lugar, era tenido por hombre de letras, y media docena de chiquillos que, empujándose unos á otros, habían conseguido colocarse del mejor modo posible.

Tales eran los contertulios del tío Roque, que, badila en mano, avivaba de vez en cuando el fuego, á la par que entretenía á sus oyentes con la kilométrica narración de las empresas que realizó en sus mejores años.

La noche á que me refiero, y terminado el rezo del rosario, santa práctica que nuestros mayores ejecutaban con escrupulosa exactitud, por una de esas coincidencias que no reconocen otra causa que la veleidad humana, vino á recaer la conversación sobre la existencia de las brujas.

Las mujeres, que hasta entonces habían estado cuchicheando unas con otras, al oir la palabra brujas dejaron á un lado su crítica y se dispusieron á terciar en la discusión, y, como en semejantes ocasiones sucede, pronto se dividieron las opiniones, defendiendo el sexo débil la parte afirmativa y el

fuerte la negativa, alegando razones más ó menos poderosas con el fin de deshacer los argumentos que, entre mil *Jesuses, Avemarías Purísimas* y otras señales de piedad, les presentaban á un tiempo las abuelas, la tía Mariquita y la esposa del boticario, y con los cuales querían convencer al tío Roque, por ser en materia de brujas el más incrédulo; el que, con una sonrisita burlona y arrellanado en su rincón, saboreaba la mitad de un cuartelero, cuyo humo, sea dicho entre paréntesis, hacía estornudar estrepitosamente á las fogosas defensoras, interrumpiendo el *schist* y el «¡Jesús!» de reglamento el curso de la conversación, y dando tiempo al tío Roque para oponerles nuevos argumentos y dificultades.

Los chiquillos, como mozalbetes de pocos años, y curiosos como todos por naturaleza, seguían sin perder ripio la animada conversación, sin que esto fuese obstáculo para que cada uno hiciese de las suyas, recibiendo como aviso algún repelón paternal para volverlos á la tranquilidad, dada la importancia del asunto que se venía discutiendo, el que llegaba á su colmo, á juzgar por los gritos descompasados, los ademanes violentos y rápidos de los brazos, que semejaban aspas de molino, y el estrepitoso cuanto confuso ruido que producían al hablar todos á un tiempo, sin dar tregua á las lenguas, como si se tratase de resolver la cuadratura del círculo ó de repartir el *gordo* de Navidad.

Pero como en donde todos gritan nadie se entiende, y, por otra parte, la cuestión se iba agriando por algunos improperios que la tía Mariquita había dirigido al tío Roque al ver que sus chillidos eran impotentes para convencerle, don Nicomedes, que hasta entonces había permanecido sin tomar parte en la discusión, se decidió á hacerlo, y levantando su voz en medio de aquella baraúnda, consiguió dominarla é imponer silencio.

Ante su orden todos se le quedaron mirando, y los hombres recostándose en el alto respaldo del banco, y las mujeres con los brazos cruzados, inclinados algún tanto sobre las rodillas, con la cabeza levantada y la boca entreabierta, se dispusieron á escuchar las razones de don Nicomedes, quien, mostrándose satisfecho de la prontitud con que la tremolina había quedado calmada, se dispuso á hablar, no sin antes dirigirles una mirada de agradecimiento. Sacó su pipa, que atestó de tabaco; la encendió sosegadamente; tosió dos ó tres veces con cierto aire de autoridad, y, cambiando de posición media docena de veces, estiró los puños, de color indefinido, de la camisa, y, poniéndose en posición oratoria, les habló de esta manera:

—Veo, amigos, que la cuestión sobre las brujas va tomando un cariz poco agradable, por lo cual me tomo la libertad de interrumpiros con el exclusivo objeto de manifestar mi opinión sobre esos seres, rodeados hasta el presente del más indescifrable misterio. Prestadme un momento vuestra atención. Según refieren las antiguas crónicas, pues os aseguro que yo no he visto ninguna, son las brujas unos seres repugnantes, no sólo por su figura, sino por sus costumbres y acciones: su estatura es pequeña, y todas, sin excepción, jorobadas; tienen los ojos saltones, como los sapos; la nariz larga é inclinada hasta tocar la mandíbula inferior y en forma de arco; la barba puntiaguda y

dirigida hacia la nariz, tanto que casi se tocan; el color de su piel es verdoso; su boca en conversación con las orejas, que se parecen á las del mochuelo, y su cráneo, en forma piramidal, está sembrado por unos mechones de largos pelos color ceniza, crispados siempre y en el más completo y lamentable desorden. Sus descarnadas manos, terminadas por una especie de sarmientos que llaman dedos, poseen como arma defensiva largas uñas, muy parecidas á las de los buitres, y su conjunto es tan espantoso, que se cuenta que el mismo Pedro Botero las arrojó de sus antros, como cosa indigna de figurar entre lo peorcito que por allí se cría. Su vestido está constituído por una túnica negra, terminada por la parte superior por una capucha, y por la inferior por una cola de cuatro, seis ó más metros de larga, que hace el oficio de timón en sus viajes aéreos. Envueltas en él, nada puede detallarse de sus contornos, y tan sólo se les ve las extremidades de la nariz y de la barba, sus enjutas manos y disformes uñas y el siniestro centelleo de sus ojos, que vertiginosamente giran dentro de dos especies de simas que apellidan órbitas los que dicen haberlas visto de cerca. Y como cabalgadura favorita emplean largas escobas, que son á la vez los instrumentos con que tocan y las batutas con que dirigen sus nocturnales conciertos. Tal es su retrato.

Esta descripción, de la que tomé detallada nota en mi cartera, produjo en los oyentes ciertos movimientos nerviosos, y no faltó quien, á pesar del respeto que don Nicomedes le merecía, se atrevió á soltar algunas exclamaciones de miedo y dirigir una furtiva mirada desde su puesto para cerciorarse de que las ventanas y puertas estaban bien cerradas.

Restablecida la calma, el maestro, satisfecho del gran efecto que su relato había producido, prosiguió diciendo:

—No os inquietéis, amigos, pues fáltame deciros algo acerca de lo que se refiere á sus costumbres y modo de vivir. Las brujas tienen sus reuniones nocturnas todos los sábados, en las cuales las más viejas fallan los asuntos de mayor entidad. Viven ordinariamente en los castillos derruídos, ó bien en las cavernas y lugares tenebrosos. Nunca salen de día, porque les ofende la luz del sol, haciendo únicamente sus excursiones en las noches que no hay luna y hace viento. Su alimento es parco, y lo condimentan y guisan con el aceite que roban de las casas, para cuyo fin se meten por las chimeneas.

Aquí terminó el relato don Nicomedes, pues de repente se abrió la ventana; la luz del candil se apagó; la veleta del campanario gimió con un chirrido especial; algunos golpes se percibieron en la puerta de la cocina; el gato lanzó un *marramiau* lastimero, y todo esto, unido á un sordo ruido que se sintió á lo largo del tubo de la chimenea, y á una llamarada que salió de los ya casi apaga los troncos del fogón, fué motivo para que, sin esperar el término de los conocimientos de don Nicomedes, lanzando un «¡ahí está!», tratase cada cual de ponerse en salvo, buscando un lugar seguro donde refugiarse.

Unicamente el tío Roque, sintiendo revivir sus antiguos bríos juveniles, quedó en medio de la cocina, y, agarrando una estaca que encontró á su alcance por casualidad, empezó á repartir mandobles á diestro y siniestro, yendo

á dar uno de ellos en la tinaja, que, partida en dos, derramó el agua que contenía, apagando los pocos restos del fuego que, en la precipitada fuga, esparcido había quedado por el suelo.

Pocos instantes después, un silencio aterrador y la más profunda obscuridad reinaban en la cocina.

....

Creo, amado lector, que ya habrás adivinado la causa de la terrible escena que de referirte acabo; pero no estará de más el decir que el cierzo que soplaba se convirtió en huracán, abriendo la ventana y apagando el candil; que, al establecerse la corriente, cayó sobre las brasas el hollín de la chimenea, produciendo la llamarada; que los golpes de la puerta fueron producidos por algunos pucheros que, al dar contra ella, se hicieron añicos; que el tristísimo *marramiau* del gato fué debido á que, teniéndolo cogido por el rabo el nieto del tío Roque, al ver la tormenta que se le venía encima, tiró con tal fuerza, que una buena parte se le quedó entre las manos; y que tanto el ruido de la chimenea como el chirrido de la veleta, fué ocasionado por el mismo viento al hacer girar ésta y colarse por aquélla. Pero como todos estaban dominados por la idea de las brujas, creyeron ver venir sobre ellos un centenar lo menos; y demos gracias á Dios que sólo tuvieron que lamentar, á pesar de la precipitada fuga, el gato su trozo de cola, y el tío Roque la tinaja y los pucheros que tan buenos servicios le habían prestado, y que se hicieron trizas al besar el suelo.

Y aquí cerraré mi cuento con el siguiente estribillo:

No seáis supersticiosos,
que hasta el viento puede seros
causa de muchos trastornos.

Angel Rojí.
Escolapio.

Pamplona y Septiembre de 1908.

———oOo———

ANTONIO DE TRUEBA

Y

"LO GAYTER DEL LLOBREGAT,,

(RUBIÓ Y ORS)

Pocas serán las personas cultas que no hayan leído y saboreado con fruición alguna de las obras del popular poeta Trueba, conocido por infinidad de personas con el nombre de *Antón el de los cantares,* gloria regional de las Provincias Vascas y gloria española para todos cuantos conocen de verdad la lengua inmortalizada por Cervantes.

Muchas plumas doctas consagráronle en vida alabanzas al distinguido escritor y lloraron su muerte, consignando de paso en necrológicos artículos curiosos datos de su accidentada vida, con avidez leídos por cuantos fueron y serán mientras vivan admiradores de aquel símbolo viviente de las libertades tradicionales de un país que á honra tuvo el contarle por cronista.

Pareciónos oportuno cooperar á este noble afán, añadiendo pormenores que, si interesan para poder dibujar en la historia literaria con seguros perfiles morales el alma del poeta, no interesan menos á la literatura regional contemporánea de Cataluña y á la historia de la recíproca influencia que entre sí han tenido los cultivadores de las letras en diferentes provincias, cuyos trabajos forman los variados florones que engalanan la más delicada de las coronas de la Patria.

De un artículo que publica el periódico *La Nación,* de Bogotá, redactado por D. A. R. Ll., hijo, según deja ver, de mi queridísimo amigo D. Joaquín Rubió y Ors, conocido por *Lo Gayter del Llobregat,* de fama universal desde sus bodas de oro, solemnemente celebradas en Barcelona en el mes de Febrero último, y de la publicación políglota de sus poesías (cuyo tercer tomo saldrá á luz en breve), recogimos algunos datos, que hubieran de parecer incompletos á no acompañarles otros que, diligentemente, hemos debido á la amabilidad del anciano poeta catalán.

Cuando el citado R. Ll., corresponsal de aquel periódico, fué, según nos dice, en 1871 á continuar en la Universidad Central sus estudios de Filosofía y Letras, asistió con el renombrado poeta catalán, su padre, á la modesta tertulia literaria que las más de las noches y en el seno de la mayor confianza se reunía en Madrid, en una de las apartadas calles que dan al Prado, habitada á la sazón por D. Diego Luque, persona de conocida ilustración y buen gusto y amigo predilecto del eminente poeta dramático D. Luis Eguílaz. Concurrían con frecuencia á dicha tertulia el dulce poeta D. Antonio Arnao, recientemente arrebatado á las letras castellanas, Trueba, Frontaura y otros escritores no menos conocidos, entre los cuales figuró Menéndez y Pelayo, que aca-

baba de terminar sus estudios y fué presentado por quien en Barcelona había sido su maestro, el Sr. Rubió, aun antes de que terminara su carrera, por su oda magistral *Lo Pí de Formentor,* y el citado corresponsal D. A. Rubió y Lluch.

Sorprendióle mucho á este joven en dicha tertulia que, en lugar del escritor que él se figuró, rodeado de un nimbo de ternura y melancolía exquisitas, sin duda por desconocer las contrariedades de la existencia de Trueba, se le apareciese un verdadero montañés, de torpes maneras, alto y robusto, distraído y caviloso, pero afable, sencillo y paternal para con los jóvenes, y cuya bondad se reflejaba en la modestia y dulzura de sus facciones con intensidad tanta como en las páginas de sus libros siempre brota.

Dominaba, dice el mismo señor, en la patriarcal tertulia de casa de Luque, compuesta de caracteres apacibles y reservados, una homogeneidad de temperamentos é ideas que le daban cierta monotonía y somnolencia, á lo cual contribuía en parte la penumbra que les rodeaba, debido á la escasa iluminación que presidía en aquel entonces á las casas de Madrid, y la cual penumbra hacía que resaltase más el fuego del cigarro de Trueba, fumador incorregible é infatigable, cual lo confesó él mismo en el artículo *Fumemos,* que pocos habrá que desconozcan.

Fortificáronse en el hijo de Rubió las antiguas simpatías que la lectura de los cuentos de Trueba le inspirara desde niño con el trato cariñoso de aquél, que, con modestia suma, se vanagloriaba de que Rubió, padre, hubiese sido para él un maestro, á quien debía los últimos laureles cosechados durante su vida literaria. En efecto: *Lo Gayter del Llobregat,* que tanto ha contribuído al moderno Renacimiento catalán, tiene esa gloria más, que, hoy por hoy, reducido número de literatos y críticos conocen, de que en la tertulia de don Diego Luque hubiese proporcionado Trueba al autor de *Lo Gayter del Llobregat* gratísima sorpresa, no sólo por el recitado de poesías enteras suyas en catalán, sino por la paladina confesión de que *el camino, bueno ó malo, recorrido en su vida literaria comenzaba en la lectura y estudio de dichas poesías,* que le hizo renunciar al trilladísimo hasta entonces adoptado.

Á este propósito, sabedor el que suscribe de que en ocasión de presidir, por delegación del Gobierno (1871), Rubió y el Dr. Viscasillas, catedrático hoy de Hebreo en la Universidad Central, los ejercicios académicos de la Universidad libre de Vitoria, había recibido aquél una carta que desde Bilbao le enviara Trueba, procuramos tomar nota de este importante autógrafo, cariñosamente conservado por el poeta catalán, y justo nos parece, después de suprimir la muy afectuosa primera parte de la carta, copiar el siguiente párrafo de la misma, interesante por igual á la literatura catalana y á la autobiografía de Trueba: «Espero la oportunidad de decir públicamente una cosa, que es la pura verdad, y es *que si vale algo lo que he escrito, y, buena ó mala, he seguido una senda literaria propia, lo debo á usted.* Yo no me atrevería á dejar de ser uno de tantos, á renunciar á seguir el carril que la generalidad recorría, á dejar de imitar á ese otro ó al de más allá; mas el día que leí *Lo Gayter del*

Llobregat acabaron mis vacilaciones poético-literarias y emprendí una nueva senda. Gracias, ¡maestro respetado y querido! Poco antes de leer *Lo Gayter,* me dijo Piferrer, la única vez de mi vida que le hablé, en la plazuela del Carmen, de Madrid: «Á usted le conviene mucho conocer la poesía lemosina. Em»piece usted por Rubió, que es, por lo sencillo, limpio de frase y afín á la »poesía castellana moderna, el que mejor comprenderá usted y menos le can»sará.» Así lo hice, y desde entonces amo y bendigo al muerto y al vivo...», etcétera.

De qué modo cumplió su palabra, mejor que nosotros lo dirán cuatro párrafos tomados de *La Ilustración Española y Americana,* en su número de 22 de Noviembre de 1875, que nos parece oportuno repetir aquí, tomados de una larga epístola dirigida por Trueba á D. Abelardo de Carlos, especie de preámbulo á la delicada traducción del romance catalán de Rubió y Ors *El trovador y la dama,* hecha por Arnao, y leída en una de las sobredichas sesiones literarias de casa de D. Diego Luque; carta en la cual, después de discretas reflexiones acerca del renacimiento de la literatura catalana, figuran las observaciones siguientes:

«Permítame usted, Sr. D. Abelardo, que diga algo de lo que sentí y pensé é hice algunos años después, cuando vino por casualidad á mis manos y leí *Lo Gayter del Llobregat.* Desde niño tenía yo gran afición á la poesía, y antes de abandonar el hogar paterno (huyendo de la guerra civil, más feliz que los hijos de mi hermano, que no han podido hacer lo mismo, porque los carlistas de su tiempo tienen el corazón más duro que los del mío), la cultivaba, como puede cultivarla un niño, hijo de unos pobres labradores, nacido y criado en un caserío escondido entre los árboles del regazo de la montaña, y cuya instrucción literaria se reduce á la que en una aldehuela puede adquirir el hijo de padres tan pobres como los míos.

»Vine á Madrid, y aquella afición continuó, aunque tropezaba con dificultades que no había conocido en la aldea, donde mis superiores, lejos de llevarla á mal, la aplaudían. Lo cierto es que yo, rebelándome contra mis nuevos superiores, que llevaban muy á mal mi afición á los versos, hacía versos en Madrid, pero los hacía empleado en la aldea. En la aldea no imitaba al último poeta que había leído, por la sencilla razón de que allí no leía ninguno; en la aldea cantaba, como Dios me daba á entender, lo que sentía y veía, sin más modelo ni maestro que mi natural inclinación y mi gusto, malo ó bueno; y en Madrid sucedía todo lo contrario. Por aquel tiempo, todavía imperaba el romanticismo, y los únicos versos que yo tenía proporción de leer eran versos románticos, ó versos que, al recordarlos después, si no me he atrevido á calificarlos de románticos, no he dudado en calificarlos de malos. Los que yo hacía eran, sencillamente, imitaciones de los últimos que había leído; de modo que unos recordaban á Larrañaga, otros á Zorrilla, otros á Tassara, otros á Bretón, y otros á la turbamulta de poetastros que llenaban de coplas los periódicos literarios, políticos y mercantiles. Yo me decía, ó cuando menos pensaba vagamente, cada vez que terminaba una de aquellas imitaciones: «Esto no llena

»completamente mi gusto, no satisface por completo la necesidad de mi alma, »no responde más que imperfectamente á lo que yo ambiciono, ni me parece »que es lo que debe ser la poesía esencialmente subjetiva, porque esto re- »produce el fondo y la forma de los que han cantado, y no el fondo y la forma »del que canta.» Más que esto me satisfacían los versos en que yo no imitaba á nadie, sino á la Naturaleza y á mí mismo.

»Al fin, la casualidad trajo á mis manos *Lo Gayter del Llobregat;* le leí, le aprendí de memoria, y tal impresión hizo en mí, que, creyendo haber desaparecido de repente las tinieblas que hasta entonces me habían cegado y hecho caminar por la senda del error, sustituyéndolas un torrente de luz, que ponía manifiesta á mis ojos la senda de la verdad, *condené al fuego todos los versos* que hasta entonces había compuesto, menos algunos con que me había entretenido tímidamente, y sólo como desahogo de mi corazón y satisfacción de mi gusto, que sólo Dios y yo habíamos de conocer, y *me propuse admirar y saborear desde entonces á todo poeta que me pareciese digno de ser admirado y saboreado, y no imitar á nadie más que á la Naturaleza en general* y á mí mismo en particular, aunque el mundo entero me silbase y todos mis sueños de gloria literaria se desvaneciesen por completo.»

Bueno es que conste, en honra de la literatura catalana, esta influencia ejercida sobre Trueba, quien, en el mismo año de la publicación de dicho artículo en *La Ilustración,* decía, dedicando un ejemplar de su novela *Marisanta:* «Al Sr. D. Joaquín Rubió y Ors: El camino, bueno ó malo, que he seguido en mi vida literaria empieza con la lectura de *Lo Gayter del Llobregat,* que me hizo renunciar al trilladísimo que hasta entonces había seguido. Si dedicara á usted todas sus obras no haría más que lo justo: ¡cuán poco hace dedicándole ésta!, su cariñoso y agradecido amigo y discípulo, Antonio de Trueba.» Y como si no bastasen esas dos declaraciones, pública la una y privada la otra, de lo que su modestia excesiva consideraba como una deuda de gratitud al autor de *Lo Gayter,* cuando le remitió, pocos meses antes de morir, la traducción de su romance *Un cor de filla,* escribió al pie de la misma, encargándole que la diera á luz junto con su traducción, la siguiente nota que, en efecto, publicó el señor Rubió, accediendo á tales deseos, en la *Addició al Apendix* del tomo primero de la edición políglota de sus versos catalanes: «De este precioso libro *(Lo Gayter del Llobregat),* que influyó poderosamente en la dirección, cuando menos en el fondo, de mi inspiración poética, como ya en otra ocasión tuve el gusto de declararlo públicamente en carta dirigida al señor director de *La Ilustración Española y Americana,* é impresa en dicha revista con motivo de dar á luz en ella la bellísima versión de D. Antonio Arnao de la poesía titulada *Romeus;* de ese precioso libro hice otras traducciones en verso castellano; pero ni cuidé de conservarlas, ni me ha sido posible reunirlas después, no tan sólo por mi natural desidia en punto á coleccionar mis trabajos literarios, si que también porque estaban muy lejos, como la traducción que precede, de ser dignos del original del iniciador del renacimiento de la lengua y de la literatura catalana, el autor de *Lo Gayter del Llobregat.*»

En grado tal se familiarizó Trueba con la lectura de los versos catalanes, que se creyó con fuerzas para escribir la estrofa

Comptesa sense corona
te diu Rubió, Barcelona,
plorant de sa lira al só,
mes corona tens en cara,
que si una has perdut, tens ara
altra mes bella en Rubió.

Debido á la cual obtuvo ruidosa ovación (1) de varios jóvenes catalanes, y entre ellos de su más íntimo amigo el tan conocido literato Coll y Vehí, quien al acabar de oirle añadió: «Tienen más mérito en Trueba esos versos catalanes, que en Rubió y Ors *Lo Gayter del Llobregat.*»

De los documentos citados se desprenden importantes datos autobiográficos de su especial vocación poética y del sorprendente cambio operado en el corto período que medió desde la publicación de *El Cid Campeador* al *Libro de los cantares,* libro en donde Trueba se nos revela ya con todos los rasgos peculiares de su original fisonomía.

No es lo mismo, sin embargo, señalar la influencia ejercida en la dirección del elemento subjetivo de Trueba, que pretender afirmar haya seguido las huellas de una obra *catalana* inspirada en una naturaleza, tradiciones y costumbres distintas de las que á sus ojos se ofrecían, como á primera vista pudiera creerse. «El romanticismo histórico del *Gayter*—dice el antes citado Rubió y Lluch—no podía decir nada á los nobles hijos de Vizcaya. Trueba podía en todo caso apreciar el sentimiento de algunas poesías íntimas de aquella colección, que tan bien se avenían con su carácter; pero ¿cómo cantar, cual el hijo de Cataluña, recuerdos históricos, nacionales y literarios que en Vizcaya no existían con tanta fuerza, ó cuando menos no se manifestaban en una literatura nacional, rica y gloriosa como la catalana, ni en una existencia política y social tan determinada y vigorosa como la del Principado? ¿Ni cómo echar á menos, cual aquél, instituciones que, por fortuna, todavía vivían robustas en la tierra vascongada cuando el poeta montañés escribía sus primeros libros?»

Así se explica que el romanticismo de Trueba tenga más de idílico y patriarcal que de histórico, salvo el elemento tradicional que inevitablemente acompaña á todo cantor de las costumbres del pueblo.

Lo que en rigor verificó Trueba fué aceptar noblemente un naturalismo de buena ley por medio de un arte popular que recibiese su fuerza del especial modo de ser del país donde se meció su cuna (2). De esta suerte, cúpole la gloria de haber sido el primer escritor propiamente *regionalista* en lengua castellana. Su fama aumentóse desde el momento en que abandonó en sus

---

(1) Lo afirma el mismo Trueba en la hoja literaria del *Noticiero Bilbaino* de 29 de Enero de 1883.
(2) Rubió y Lluch: artículo citado de la *La Nación,* de Bogotá.

escritos los moldes de lo convencional para acogerse á los puros y espontáneos del elemento popular, inagotable fuente de inspiración y de ternura. Sus ensayos en la novela histórica y caballeresca de *La paloma y los halcones* y *Las hijas del Cid* hubiéranle dado una popularidad que no pasaría de la generación contemporánea, y aconteciera otro tanto con su trabajo *El gabán y la chaqueta,* novela social que, si bien revela al fácil y correcto colorista, denuncia ciertos defectos de insulsez y desigualdad en el conjunto. ¡Cuán diferente se nos presenta, y aun más habrá de presentarse en lo porvenir, desde la publicación de sus admirables obras *El libro de los cantares* y *Cuentos de color de rosa!* Y esto débese principalmente á que en esas lindas producciones Trueba preséntasenos original, espontáneo y afanoso de beber su inspiración en perenne modelo de todos los siglos. Gratísimo se nos hizo rendir este tributo de respeto, á la vez que á la memoria de Trueba, siempre por nosotros admirado, á la literatura regional catalana, y enlazar con la gloria póstuma de aquél la del venerable Rubió, decano catedrático en la Universidad de Barcelona, á quien debemos hace bastantes años el cariñoso presente de su libro de versos *Lo Gayter del Llobregat,* parte del cual tradujimos los primeros al gallego, figurando más tarde algunas de nuestras traducciones, con las de otros escritores galicianos, en la brillante edición políglota de dichas poesías, hermoso conmemorativo de las bodas de oro de Rubió, que, por lo distinguido de los literatos que firman sus traducciones y la riqueza y variedad de lenguas y dialectos en que aparecen redactados tales trabajos, constituye magnífico monumento literario, que habrá de ser apreciado, tanto ó más que en la española, en la general historia literaria de las naciones más distantes de la nuestra.

José Pérez Ballesteros.
De la Real Academia Gallega.

———oOo———

CUADROS

Para Salvador Rueda.

EL MALÓN

Por la enorme y desierta planicie del paisaje,
los pájaros de presa prorrumpen su graznido,
y entre las humaredas del pajonal ardido,
se descubre á lo lejos el horror del pillaje...

Con la lanza y la flecha, sobre el potro, un salvaje
todo desnudo cruza, lanzando su alarido;
¡y se inflaman los ojos del bronceado bandido
bajo la dura máscara de su feroz tatuaje!

Sobre la misteriosa llanura dilatada,
dando al viento la hirsuta cabellera crinada,
silbante y ululante se aleja como un dardo...

Y en la impetuosa fiebre de su embriaguez lasciva,
aprieta el cuerpo blanco de una mujer cautiva
con su terrible y áspera caricia de leopardo...

UN OCASO EN LA PAMPA

Se iba por la ruta de las desolaciones,
con el silencio agreste de su torva tristeza,
aquella estirpe bárbara que agobió la cabeza
y se fundió en la brasa de nuestros corazones.

El acero y el músculo, con fecundas canciones,
quebraron de su instinto la ceñuda aspereza:
de su grandeza hundida, brotaba otra grandeza
con un sonoro triunfo de civilizaciones...

El arado y el germen despertaban la gleba...
Vencida para siempre por una raza nueva,
la horda primitiva se iba en eterno viaje

con el silencio huraño de su ira domada...
¡Y toda la llanura, por el sol conflagrada,
ardía en un sangriento crepúsculo salvaje!

Ernesto Mario Barreda.

REGIÓN Y PATRIA

¡VIVA IBERIA!

I

Amo más un arroyo de mi tierra,
que sólo corre cuando llueve mucho,
que á los ríos que vi más caudalosos,
más solemnes, más anchos, más profundos.

Le tengo más amor al mar latino,
que da á Mallorca su feliz murmullo,
que al Atlántico inmenso, que he surcado
diversas veces con distinto rumbo.

Prefiero las colinas que recortan
el plácido horizonte de mi fundo,
á los Andes que habitan los condores.
Me interesa Bellver más que el Vesubio.

Estimo más mi *pleta,* en que he leído
á Homero y á Platón con placer sumo,
que el milenario bosque americano,
que aún guarda limos que dejó el Diluvio.

Me cautiva el jubón de una payesa
más que los mantos de poder y orgullo
que de altos hombros de real estirpe
colgó la mano de mayor influjo.

Un faro de mis costas adoradas
es más querido para mí que el rubio,
naciente Febo, que libera el alma
de los insomnios de combates rudos.

Amo más á Mallorca que al planeta;
más que á Mallorca, mi solar vetusto;
y, dentro del hogar, lo que más amo
es mi cuarto de ensueños y de estudios.

II

Mas no percibo en ese amor intenso
de «patriotismo» el hálito profundo;
que *parecido amor,* con menos fuerza,
lo *conocen* las bestias y los brutos.

¿Qué otra cosa que *amor* es el instinto
con que *ama* al charco el renacuajo inmundo,
con que torna á su nido la paloma,
y al *amado* pesebre vuelve el mulo?

¿Y quién, decidme, sostendrá que es «patria»
el pestilente charco nauseabundo,
ni el nido de paloma, ni el establo,
ni el *albergue* del armiño pulcro?

¿Ni «patriotismo» la constancia hermosa
con que al alero de gentil dibujo
vuelve á criar la *amante* golondrina,
del nuevo estío venturoso nuncio?

¿No opinas como yo, lector benigno,
que sólo hay «patria» en el humano grupo
que da la vida y elabora leyes,
abre caminos y señala rumbos?

¿Y que es sólo y tan sólo «patriotismo»
el transcendente y poderoso impulso
que á través de los siglos polariza
los anhelos más nobles y más justos

hacia un día solemne de la Historia,
de la redonda tierra sobre un punto,
en la unidad del Tiempo y el Espacio,
«hipóstasis» de gérmenes y frutos?...

Yo sí; y razono que en el pueblo ibero,
que tantas glorias colosales tuvo,
está la noble patria, congregada
por designios de Dios, á fines suyos;

y llamo «patria» á la feraz Iberia,
que dar vigor en su regazo pudo
al fenicio industrioso; á los helenos;
de la Roma imperial al genio adusto;

al árabe elegante, que sabía,
como á Ceres, á Apolo rendir culto;
al errante judío infatigable
y á los heroicos godos linajudos.

Ésa, de «mar á mar», es nuestra patria,
tal como al cielo perfilarla plugo:
de la heroica Tarifa al Pirineo,
de Menorca al Atlántico cerúleo;

sin dejar una playa ni ¡una Peña!,
ni el repliegue más pobre y más inculto,
ni tan sólo ¡una gleba! al extranjero:
ésa es la «patria» que en mi amor arrullo.

Ésa, con todo lo que aún conserva
y cuanto pueda «recobrar» en junto;
¡no al trote de los bélicos corceles!,
¡sino por lazos de amorosos nudos!;

ésa es la «patria» en que pensar debemos;
ésa la «patria» que á la raza auguro:
la de vastos y bellos horizontes,
la de brillante porvenir fecundo;

ésa la «patria» que adivino excelsa
cuando el latir del corazón escucho:
¡abismaos con amor en su pasado,
y la amaréis mejor en el futuro!;

ésa es la sola «patria», ésa es la «¡patria!»
en su feliz y espléndido conjunto:
hablar de *patria grande* y *patria chica,*
¡tiene la débil vaguedad del humo!

III

¡Iberia, Iberia! ¡Portentosa Iberia!,
la del hondo saber y el valor rudo:
tal que servistes á Colón de «patria»
cuando era un pobre pordiosero obscuro;

al entregarle á él tus «carabelas»,
mientras se le creía un necio iluso,
á la altura de un «dios» te colocabas
cual el Olimpo no forjó ninguno.

Iberia amada, la profunda Historia,
cuando se estudie bien, le dirá al vulgo
que sólo tú salvastes á la Europa
de convertirse en un harén impuro.

Porque si llegan á Poitiers los moros,
sin sufrir antes tu reñir sañudo,
cargan sus naves de bellezas blondas
y cazan galos para hacer eunucos.

¿Y luego? ¡Luego el huracán que brama,
el alud desprendido de lo abrupto,
siguen causando víctimas y estragos,
sin saber dónde detendrán su curso!

IV

¡Oh justicia, justicia redentora,
alma del hombre, su mejor escudo!
Di á la Europa que Iberia es su atalaya,
di á Colombia feliz que ella es su fruto;

dile á la religión, por la que ha dado
su oro y su sangre en fanatismo augusto,
que enaltezca su nombre ante los necios
que la juzgan con alma de verdugo.

V

Abre los ojos, rezagada Iberia;
observa al «Papa-rey»: yanquis y rusos,
lo mismo que Inglaterra y Alemania,
cruzan con él corteses sus saludos;

él los trata benigno y generoso,
y vió, sin poder dar auxilio alguno,
que tierras á que tú «la Cruz» llevaste,
un pueblo ateo sometió á su yugo;

despierta y abre, rezagada Iberia,
esos tus ojos de mirar venusto;
sé industrial, mercantil y ganadera;
borda tus campos de risueños surcos;

da en ofrenda tus hijos más preclaros
á la Ciencia noble, al Arte puro;
vulgariza la Higiene, que embellece;
vive en el esplendor de ático lujo...

y surgirá el Moisés que nos reúna,
en el amor á ti, á todos juntos;
entonces serán plácemes y glorias
lo que ora son despojos, ora insultos.

VI

¡Que llegue pronto el «redentor heroico»,
el «Pelayo erudito», el «Genio tuyo»,
que al «ibero león» de áurea melena
despierte con canciones de triunfo!

¡Curad á Iberia del fatal letargo;
una á los lauros los honrosos lucros,
y volverá la ¡patria! que enamora,
y tornarán los hechos sin segundo.

Ella si á los pastores de «ultramontes»
trata cual Viriato á los intrusos,
y libre y progresiva y ¡¡soberana!!
sigue tenaz en el trabajo hercúleo,

probará que la raza aún es la raza
que á Carlos V hasta morir sostuvo,
y en Aragón y en Cádiz y en Castilla
superó á Justiniano y á Licurgo!

¡La raza de poetas que cantaron
con voces que ni el ruiseñor las hubo;
raza de artistas que crearon ciclos;
la raza heroica que imperó en dos mundos!

Camilo Pou.

Buenos Aires, 1907.

LAS PEQUEÑAS CANCIONES

I

ORACIÓN Á LAS ESTRELLAS

Estrellitas de oro que las blancas noches
coronáis de besos de luz y pasión:
oid á los poetas que os dicen sus rimas
y nimbad sus frentes con vuestro fulgor.

Estrellitas de oro, níveas mariposas,
pájaros errantes de vuelo fugaz:
consolad las almas de los que os contemplen
con los ojos llenos de llanto y bondad.

Estrellitas de oro, blancas golondrinas,
rubias y rientes lo mismo que el sol:
trocad en ensueños de dichas eternas
de los desgraciados el rudo dolor.

Estrellitas de oro, lindas compañeras:
¡dadme vuestras risas de plata y zafir,
y besad la frente de mi dulce amada,
y su cabellera rizada y gentil!

II

ROJA

Mientras la luna se une amorosa
con el Misterio, su novio pálido,
yo mis ensueños sueño en la rosa
de tu albo seno, turgente y cálido.

Y así se pasa la noche fría,
la noche triste, la noche rauda...
¡Qué bien se sueña, oh amada mía,
de tu cabello bajo la cauda!

¡Ah! ¡Cuán dichosa mi vida fuera
y cuánto, cuánto, mujer, la amara,
si en un ensueño se me pasara
y entre tus brazos, cual prisionera!

III

LA TROVA DE ALAS

Aunque en la noche callada
tú no escuches mi trovar
—¡oh princesita adorada!—,
á tu reja perfumada
irá á verte mi cantar.

Penetrará, vida mía,
por la verde celosía,
y, como un rayo veloz,
llegará á tu blando lecho,
y se dormirá en tu pecho
cuando se extinga su voz.

Y si tú mi cantilena
no la quieres admitir,
vagará como una pena
bajo la noche, morena
de ojos de plata y zafir.

IV

RETRATO

Es más blanca que un ampo de nieve,
más ardiente que un beso de sol,
más gentil que fugaz mariposa,
más sensible que un raudo temblor.

En sus ojos su alma refleja;
en su boca hay canciones de amor:
en sus labios, claveles de incendios;
en su pecho, una inmensa pasión.

¡Quién dijera que, siendo tan linda,
es el llanto de un triste cantor,
y es la pena que hiere y que mata
como espada que va al corazón!

Eduardo de Ory.

(Del libro *Mariposas de oro.*)

LAS MATINAS DE NADAL

Sònan las campanas
'dalt est campanâ;
esglays d'alegría
fan els seus batays:
—¿De quin sant fan festa
que repican tant?...
—¿Que tornas beneyta
que encara no hu saps?
¡'Vuy es la gran festa
de la Cristiandat,
qu'anit á las dotze
nasqué Deu infant!...
Y las campanetas
'dalt es campanâ
per aixó repican
y repican tant
y nòtas alegres
fan els seus batays.

La gent á l'esglesi
¡que contenta vá!
Van sas fadrinetas
amb s'enamorat
que les acompanya
goijós al costat
que per fret que fassa
no s'eu temerán...
¡Ditxosos los joves
qu'están á l'edat
en sa qu'es la vida
de flors un sembrat!
Sas mares los miran...
¡Contentas están!
Es veys los contemplan...
¡Enveya tendrán!...
. . . .
Sònan las campanas
'dalt es campanâ
qu'anit á las dotze
neix Jesús infant.

L'esglesi de festa,
domassos penjats;
ya surt el rectô
amb los capellans
y ademunt el cô
comènçan els cants
amb los que çelebran
la festividat
més gran y solèmne
que fan els cristians.
La Sibila surt
¡qu'enllestida vá!
L'espassa lluenta
flametja en sas mans,
puja dalt sa tròna
y comença el cant
que ja nòstros avis
varen escoltâ;
cant que del mistèri
tè sempre el encant
y tè recòrts dolços
de temps ja passats...
. . . .
Y las campanetas
'dalt es campanâ
contentas y alegres
sempre repicant
que vuy es la festa
de la Cristiandat.

Ja las dotze tòcan,
y ara el capellans
al betlèm arriban
qu'está ben tapat;
las trompeterías
del'orgue, sonant,
á la çerimòni
van acompanyant
llevors descobreixen
el sençill portal

ahont el mistèri
está col-locat;
allá el Minyonet
'jegudet está,
Jusep y María
en el seu costat...
. . . .
Y las campanetas
'dalt es campanâ
repican alegres
que Jesús ja es nat.

La misa ja es dita,
bendiçiò han donat.
El pòble l'esglesi
comènça á buydâ,
y tots els que surten
¡que contents que van!

Surten ses fadrinas
amb s'enamorat
que les acompanya
goijós al costat
que per fret que fassa
no s'en temerán...
¡Ditxós es que puga
veurê per molts d'anys
la festa grandiossa
de la Cristiandat
tornant á matinas
la nit de Nadal;
sentî la Sibila
y sentî el seu cant;
sentî las campanas
'dalt es campanâ
cridant á la festa
de Jesús infant!

Santiago Vanrell.

—oOo—

BIBLIOGRAFÍA

La cuestión social y la autonomía, por P. Pérez Díaz, oficial letrado del Consejo de Estado; Madrid, Hijos de J. A. García, 1908; un folleto de 169 páginas.

No es nuevo en el campo de las letras jurídicas el Sr. Pérez Díaz, pues, además de no ser ésta la primera vez que tan ya preclaro nombre aparece en la portada de un libro, su autor es de antiguo conocido como pensador, hablista y funcionario de grandes méritos.

Hace ya muchos años que su nombre viene sonando en las discusiones del Ateneo entre los más batalladores, siempre en la brecha de generosas ideas modernas, contribuyendo como de los mejores á la cultura nacional, *haciendo patria* al cumplir estos deberes, según él mismo dice, con otros propósitos, en las páginas de este su notable trabajo.

Dedicado á estudios especiales de carácter económico-jurídico, Pérez Díaz tiene traducidos (y ojalá que, venciendo su honrosa timidez, quiera darlos publicidad) los mejores estudios de Carlos Marx, y en estas pacientes investigaciones ha disciplinado su inteligencia y metodizado su saber, acrecentando copioso caudal de amor á la mejora de la condición humana. Sus dotes de bondad, de nobleza de alma, de caballerosidad de condición, de alteza de miras en todos conceptos, son conocidas de cuantos le tratan y admiran su perseverancia emuladora

Particularmente me son conocidos sus méritos *oficiales,* y no me ha de impedir ponderarlos, antes bien, es obligación mía hacerlo, la condición de *camarada* suyo con que me honro. Día por día veo su constancia en el trabajo, su acrisolada rectitud, su copiosa cultura, y cuán bien aprovecha siempre las lecciones de la experiencia en el difícil cometido *de hacer justicia.*

—

Especialmente demuestra estas cualidades el Sr. Pérez Díaz en la obra objeto de la presente nota. Presentado á su espíritu el problema de la *Administración local,* siempre de actualidad y ahora verdaderamente candente, aplica á su solución el saber y la experiencia de que sus estudios y trabajos le han pertrechado, y bien pronto la realidad (según haré constar más adelante) ha demostrado su envidiable acierto.

Diez y nueve capítulos constituyen este libro. Después de narrar con exactísimos datos los precedentes de división territorial de España existentes en el siglo anterior al actual, estudia la soberanía mayor en los países federales; la formación del nacionalismo y de la soberanía mayor; la soberanía en los Estados nacionalizados; exterior interrupción de la transición de soberanías; el Municipio, la Provincia y el Poder central; nuestro Poder central; la autonomía individual y municipal; la Asamblea de vecinos; autonomía regional; fundamento y extensión del Estado; materia regional; clases de autonomía; autonomía administrativa; creación de organismos intermedios; preparación de nuestro pueblo para estos organismos. Un capítulo final está dedicado á la organización especial de Canarias. Hijo el autor de estas islas, natural es (y además justo, según demuestra) que dedique á ellas un estudio especial.

Verdaderamente, los ejemplos históricos autorizan á pensar que, en los Estados formados por unión de varias soberanías, la nacionalización irá destruyendo las soberanías parciales, hasta que la soberanía mayor pueda constituir ó modificar los gobiernos locales. En España ha existido durante siglos una confederación de diversas soberanías, sin que el elemento nacional procurase que dentro de la vida de cada Estado surgiese el sentimiento de Patria. Varias veces han dado muestras las antiguas regiones españolas del camino que se ha abierto en ellas el sentimiento de unidad nacional, y el propósito de las reformas en esta materia no puede ser otro que el de que las regiones den al Estado nacional nueva organización y vida más vigorosa.

El Poder central no puede intervenir en lo municipal y provincial más que para dirigir las relaciones de conjunto, los intereses comunes. Por lo contrario, nuestro Poder central obra tan mal, que, en general,

promueve la servidumbre ó la rebeldía. El remedio de tales resultados sería la concesión de la autonomía de municipios y regiones, pero dentro de los fines propios de unos y otras, y hallándose siempre á cargo del Estado las relaciones comunes entre ellos.

El más acertado procedimiento para anular el caciquismo, elemento corruptor del buen gobierno local, lo encuentra el Sr. Pérez Díaz en la Asamblea popular, mediante la cual son miembros activos del Municipio todos ó la mayor parte de los vecinos. Extensamente detalla el modo de llegar á esta organización y sus efectos.

Y, constituídos los organismos regionales, la unidad administrativa entre ellos habría de darla el Consejo de Estado, decidiendo las cuestiones de competencia que surgiesen, como garantía de la facultad de las regiones de resolver por sí mismas en todos los asuntos de su exclusiva competencia.

—

Confieso que no participo de la fe del señor Pérez Díaz en la eficacia de sus remedios, acaso por su misma aparente sencillez, más ocasionados á ruidoso fracaso. Pero la justicia me obliga á hacer constar aquí, al propio tiempo, que la doctrina y los propósitos de este libro han tenido en altas esferas la mayor aceptación, pues en la prensa de estos días viene corriendo la noticia de que el Senado va á introducir en el proyecto de Administración local, ahora sometido á su acuerdo, el *Concejo abierto,* es decir, la Asamblea de vecinos que Pérez Díaz preconiza con tan buenos fundamentos.

Mi enhorabuena al autor por su serio, profundo y meditado estudio, que vivamente deseo ver confirmado por la realidad hasta *armonizar el hacer racional con el hacer histórico,* según frase del propio Pérez Díaz.

L. GONZÁLEZ REVILLA.

***

El año en la mano.

Ha salido á luz el almanaque-enciclopedia *El año en la mano* correspondiente á 1909, edición llamada á obtener mayor éxito, si cabe, que la anterior de 1908.

Es una obra interesante y llena de amenidad, que leerá todo el mundo con avidez, pues, artística y literariamente considerada, representa un extraordinario esfuerzo intelectual y material que el público sabrá apreciar debidamente.

El año en la mano, que ha llegado ya á ser el almanaque más popular en su género, ha sufrido este año en su presentación algunas reformas que le hacen sumamente simpático, con la ventaja de que este año se han aumentado en él también considerablemente el número de grabados y el de las secciones que forman la enciclopedia propiamente dicha. Sus noticias y datos, de gran actualidad, y los artículos, escritos por peritísimos especialistas, que contiene, hacen de él una obra completamente original que no tiene ningún parecido con otros que en su estilo se publican, y que no son sino una burda reproducción de almanaques extranjeros que todo el mundo ha visto un año antes.

Contiene, entre otras secciones, una relación cronológica de todos los sucesos más importantes acaecidos durante los doce meses transcurridos últimamente, y ofrece infinidad de obsequios verdad, regalos valiosísimos á sus compradores, á los cuales reparte gratis, además, una participación en la lotería de Navidad.

El año en la mano para 1909 forma un grueso volumen, donde hábilmente compaginados se hallan numerosos retratos, mapas, facsímiles, dibujos, caricaturas, etc.

Tipográficamente, el libro, por la limpieza de los fotograbados y por la claridad del texto, impresos sobre buen papel, resulta una maravilla editorial.

***

El libro de moda.

Está haciendo furor en todas las clases sociales un bonito volumen que facilita de una manera completa el medio de llevar el resumen de todos nuestros deberes sociales y el detalle diario de nuestra vida. Este libro facilita el medio de que no pase desapercibido el santo de un buen amigo ó amiga, el de llevar una anotación precisa de los días de recepción, tener una clara contabilidad individual donde se tenga el recuerdo, además, de las cantidades que hay que recibir y de las que se tienen que abonar, etc., y, en una pa-

labra, este libro, que se titula *Memorándum de la cuenta diaria para 1909*, y que ha sido publicado por la casa editorial de Bailly-Baillière é Hijos, es el único medio sencillo y práctico para llevar de una manera precisa, ordenada y sin temor á que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna de una persona.

El *Memorándum de la cuenta diaria*, en que hay secciones especiales para anotar las visitas, señas útiles, y que contiene datos muy útiles sobre Correos, Teléfonos, Telégrafos, Ferrocarriles, etc., forma un elegante volumen encuadernado en tela, y se vende en todas las librerías, tiendas de objetos de escritorio y bazares, á los precios de 2,50 y 3 pesetas.

***

Coma usted bien y barato.

Toda persona que quiera comer con economía, gusto y variedad, debe exigir á la persona encargada en su casa de la cocina que se provea de la *Agenda Culinaria para 1909*, editada por los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, en la que se da á conocer la cocina española y extranjera, muy especialmente la francesa, armonizando comidas de cocinas mixtas con gran acierto.

En la *Agenda Culinaria* se encuentran recetas muy prácticas, que permiten en un momento formar una comida capaz de satisfacer al estómago y gusto más delicados, guardando la más perfecta relación con la estación, elegancia y economía.

La persona encargada de una cocina encontrará cada día del año un *menu* completo y variadísimo de almuerzo y comida, con las indicaciones necesarias sobre postres, vinos, licores, legumbres, etc.

La *Agenda Culinaria*, además, contiene el calendario, una hoja en blanco para poder anotar el dinero recibido y los gastos hechos cada día, y, en una palabra, da resueltos todos los problemas del arte de comer bien y barato.

El precio de este libro, encuadernado en cartón, es de 2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias. Pídase en todas las librerías, tiendas de objetos de escritorio y bazares.

***

Agenda de bolsillo para 1909.

Los hombres de negocios, y en general todo el mundo, deben llevar este precioso libro de notas, que á la par sirve de cartera, puesto que contiene un bolsillo interior. Á más de la Agenda en blanco dividida por dos, contiene interesantes datos sobre correos, tablas de interés y amortización, pesas y medidas, reducción de monedas, etc., etcétera.

La Agenda de bolsillo, elegantemente encuadernada en tela, con bolsillo y lapicero, se vende al precio de 1,50 y 2 pesetas, según sea de dos días en plana ó de uno. Pídase en todas las librerías, tiendas de objetos de escritorio y en la librería editorial de Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10.

***

Agenda de Bufete para 1909.

Seguros de que todos nuestros lectores, ya sean banqueros, comerciantes, médicos, abogados; ejerzan cualquier profesión, ó posean una humilde industria ó comercio, necesitan, para la buena administración de sus negocios, recurrir á los excelentes servicios que presta una buena Agenda, nos apresuramos á indicarles que los editores Bailly-Baillière é Hijos han puesto á la venta en todas las librerías, bazares y tiendas de objetos de escritorio, las varias ediciones que han hecho de su *Agenda de Bufete para 1909*.

Esta obra, que goza de justa fama, ha sido notablemente mejorada en sus condiciones materiales de papel, rayado, y datos de consulta sobre Ministerios, Correos, Aranceles, Ferrocarriles, etc., haciéndola indispensable en todo bufete, puesto que une á sus buenas cualidades la economía.

Precio: de una á cuatro pesetas.

———oOo———

A NUESTROS LECTORES

ATENEO

que durante estos últimos meses ha consagrado sus preferentes atenciones á cooperar en la conmemoración solemne de nuestras guerras de hace un siglo, tiene la satisfacción de comunicar á sus asiduos lectores que el *Homenaje de los generales franceses y españoles* á los héroes de la Independencia y el *Romancero de los Sitios de Zaragoza,* publicados en nuestras páginas, y de los que hemos hecho tiradas especiales, han sido premiados con MEDALLA DE ORO en la Exposición Hispano-Francesa y han merecido la honrosa felicitación de Sus Majestades y del Gobierno, así como también de la Diputación provincial y el Ayuntamiento de la capital aragonesa.

Son estímulos poderosos que nos mueven á perseverar cada día con mayor ardimiento en nuestra obra de constante amor á todo lo nacional y de homenaje á sus inmortales glorias.

Comenzamos por introducir en nuestra publicación reformas importantes. Contendrán nuestras páginas desde el próximo número, además de los artículos doctrinales de nuestros ilustres colaboradores, y de las novelas, los cuentos y las poesías de los escritores contemporáneos más notables, un resumen imparcial y serio de información política, científica y literaria (Parlamento, Academias, Teatros, Libros, Revistas, etc.), información que acompañaremos de grabados y que nuestros lectores seguramente encontrarán tan interesante como útil para estar al tanto del movimiento intelectual y social contemporáneo.

Entre las nuevas secciones que empezaremos igual, muy en breve, figuran en primer término: una que titularemos *Oro viejo,* y que consistirá en la reproducción de joyas literarias clásicas hasta hoy casi desconocidas ú olvidadas, y otra que titularemos *Celebridades contemporáneas,* también con ilustraciones, facsímiles y retratos, y que en el número correspondiente á Enero será inaugurada con una semblanza del general Arteche debida á la gallarda pluma de nuestro ilustre colaborador el teniente coronel del regimiento de cazadores de Figueras, D. José Ibáñez Marín.

Vean en todo ello nuestros lectores el afán con que deseamos corresponder á los citados estímulos y, en especial, á su favor creciente.

La Dirección.

PROPAGANDA LIBERAL [1]

Amigos y correligionarios: Las palabras con que el presidente del Comité del partido liberal en Zaragoza ha inaugurado esta reunión, si no estuvieran tan impregnadas de cariño y de afecto para mí, diría que eran el reflejo exacto de la situación política y la mejor introducción que yo podía desear para lo que tengo que deciros. Pero, ante todo, os pido penséis un momento en la diferencia de la situación en que me encuentro esta noche ante vosotros, comparada con otras anteriores.

Ahora, como entonces, me rodea aquí la atmósfera más simpática, más fraternal, más llena para mí de inspiración, y, al mismo tiempo, la que me produce mayor confianza y presta á mi espíritu mayor reposo. Pero en veces anteriores he venido á hablaros como un soldado de filas, bien para desempeñar misión que se me confiaba en difíciles asuntos, bien para servir de precursor, explorando aquellos horizontes en los cuales habría de desenvolverse la política. Entonces no había para mí responsabilidades: lo que yo dijera era de mi propia inspiración; las consecuencias correspondían á los que dirigieron la política. Pero hoy, señores, me encuentro, sí, entre mis correligionarios, aunque en situación completamente distinta. Hoy, por una serie de circunstancias ciertamente no buscadas por mí, pero que al fin y al cabo llegaron, me encuentro en la difícil y honrosa posición que da la jefatura del partido liberal. Y basta que yo pronuncie estas palabras para que todos sintáis sobre vuestros hombros algo de la inmensa responsabilidad que sobre los míos pesa. De suerte que, si bien al hablar ante vosotros doy salida á lo que llevo en el alma y siento el consuelo de comunicar mis preocupaciones, estoy pensando que me dirijo á vosotros, en primer término, para que me escuchen otros que son nuestros afines y otros que son nuestros extraños, porque las palabras que yo voy á decir representan, en último término, algo cuya transcendencia no se os oculta, algo que puede trazar una línea divisoria entre los tiempos que se van y los tiempos que van á venir. *(Grandes aplausos.)*

Al encontrarme en esas alturas no ha habido para mí momento de satisfacción ni de alegría. Si yo hubiese tenido la ambición de ocupar este puesto, seguramente habría sido enorme el orgullo y la lisonja que llenara mi pecho cuando los exministros del partido, y á propuesta de dos hombres tan eminentes como D. Eugenio Montero Ríos y el marqués de la Vega de Armijo (descanse en paz), quisieron darme la dirección del partido liberal. Yo sentí desde el primer momento que aquello que se me confiaba era superior á mis fuerzas, bien inferiores, por cierto, á las de aquellos hombres que me habían precedido, y á quienes había visto pasar por trances tan amargos.

---

(1) Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret en el Círculo Liberal de Zaragoza el día 18 de Noviembre de 1908.

El estado del país

Hace de esto, como sabéis, poco más de un año. Fué mi primera obligación enterarme de cuál era la situación general del país, considerada entonces por mí desde un punto de vista nuevo, desde el punto de vista en el cual había yo de tomar parte en la dirección de aquella compleja máquina, para desempeñar lo mejor que pudiera el papel que se me confiaba en el gran escenario de la política española. Y apenas esto se presentó ante mis ojos, y apenas la reflexión me fué dando los datos del problema, yo, señores, lo confieso, empecé á sentir una profunda desconfianza de poder cumplir con mi deber, porque ese deber en un hombre político al frente de un partido, y del partido liberal, se compone de dos partes esenciales: la una, llevar á su partido al Poder para que allí realice sus ideas; la otra, fortificar y conservar esos ideales; cuidando de que las dos cosas no se perjudiquen la una á la otra, y de que por conseguir pronto lo primero sufriera detrimento lo segundo.

No quisiera ocuparos mucho tiempo, porque lo reducido del local y la atmósfera que respiramos aconsejan ser breve; pero lo que tengo que decir es largo, y no puedo omitir ninguno de los términos del razonamiento. Dispensadme, pues, de antemano, y prestadme vuestra atención, seguros de que procuraré corresponder á esa bondad, y más que á esa bondad, á ese cariño con el cual me honráis.

Desde el período que podemos recordar como el principio de la época novísima, de la época en que ha vivido la generación á la cual pertenecemos, es decir, desde la Revolución de 1868, han ocurrido en nuestro país sucesos que han determinado la situación que atravesamos en los momentos actuales. Brevemente, éstos son: el desbordamiento de la Revolución; después, la Restauración; dentro de la Restauración, el sentido de tolerancia que le dió Cánovas; después, la muerte del Rey; luego, la Regencia; dentro de la Regencia, las guerras coloniales: toda una serie de hechos y de sucesos que me parecen, cuando desde aquí los contemplo, como peñasco que, bajando desde la cima, rueda por las laderas de las montañas, trazando profundo surco, y que si al llegar al suelo no se hizo trizas, fué porque su consistencia era tan recia, que pudo resistir al espantoso choque. *(Muy bien, muy bien.)*

Hoy, si se piensa en lo que hemos dejado en el camino, de qué manera la suerte ha sido cruel con nosotros, y qué misión tan dolorosa tuvieron que realizar los hombres que dirigieron la política en aquella época; si todo esto se considera y se tiene en cuenta, el primer sentimiento que debía nacer en nuestra alma de españoles es el de gratitud para los que, pasando entre Scila y Caribdis, supieron salvar el barco de la democracia y de la libertad, á la par que el Tesoro de la Patria, depositándolo en la orilla al terminar la Regencia. *(Grandes aplausos.)*

Pero esto no podía pasar impunemente; el peñasco no podía rodar desde la cima sin trazar profunda huella y sin dejar surco hondísimo en el terreno que había recorrido; y esa huella y ese surco lo llevamos en el alma, lo habéis sen-

tido vosotros y lo siente aún la Nación; ese surco ha sido el cansancio, la fatiga, la indiferencia, el escepticismo. Nadie tiene en cuenta las circunstancias en que se desarrollan los sucesos; no se ve más que el momento presente. Cuando un pobre tiende la mano y os pide en la calle una limosna, no se os ocurre más que socorrerle ó rechazarle; pero nadie le pregunta si su mísera aflicción es consecuencia de una serie de desgracias que no dependieron de su voluntad, ó resultado de sus propias culpas. Por eso, los hombres políticos somos juzgados en el momento dado en que se nos mira; no se tiene en cuenta lo pasado, que determinó el presente; y, sin embargo, forzoso es, para que se aprecie lo que intentamos hacer, volver la vista atrás, y, recordando lo ocurrido, darse cuenta de las causas que determinan esta resultante de la vida nacional. Sobre ella voy á dirigiros la palabra y á deciros lo que pienso y lo que os propongo.

El avance de la reacción

Y como todas aquellas causas se escalonan, mientras nosotros nos retirábamos entristecidos al hogar, las fuerzas reaccionarias, que tienen una organización constante y una aspiración permanente, aprendiendo mejor que nosotros las lecciones para el porvenir, aprovechaban todas las puertas que la democracia se había complacido en abrir á la actividad nacional, para penetrar por todas partes, en forma de Corporaciones, en forma de enseñanza, en forma de industria: unas veces, mezclándose con los obreros; otras, las más, apoderándose de las clases ricas; pero haciéndolo sin faltar á ninguna ley, aprovechando cuantos procedimientos había creado la Revolución para ocupar unos tras otros todos los puntos estratégicos desde los cuales podían salirnos al paso y detenernos en el camino.

De esto podría acotar tantas citas cuantas fueran menester, y lo podríais hacer todos con sólo acudir á vuestra memoria.

Cuando el número de Congregaciones religiosas, después de su expulsión de Francia, fué á todas luces excesivo, el Sr. Sagasta creyó que había llegado el momento de abordar la cuestión, y, fundándose en el Concordato, la planteó claramente ante el país y ante Roma.

Esa fué una primera etapa. Después el partido liberal intentó una segunda. En ninguna se llegó al término; pero, en cambio, y como consecuencia fatal de esos fracasos, sobrevino una situación conservadora, á cuyo frente venía un hombre salido de nuestras filas, que había militado desde su juventud con nosotros, que conocía, por tanto, nuestros procedimientos, que sabía perfectamente lo que significan las formas externas de la libertad, y, por consiguiente, que manejándolas con el talento ó defendiéndolas con su palabra, una de las primeras que se han oído en el Parlamento español, ha sabido idear una serie de leyes y un conjunto de disposiciones moldeadas con la forma de la libertad, siempre grata á nuestras convicciones, pero dentro de las cuales, como figuras

que se pintan en el lienzo ya ajustado á su marco, aparecían tal serie de amenazas, tal serie de dificultades, tal serie de obstáculos para nosotros, que cabía y cabe preguntar si no es llegado el momento de proclamar una política que nos impida desaparecer como partido en la vida del Estado... *(Grandes y entusiastas aplausos.)*

Este aplauso vuestro ahonda todavía más mi reflexión, porque, significando que he sabido reflejar fielmente vuestras preocupaciones, da mayor interés al problema.

Porque mientras yo veo ese cuadro, que no me parece nunca suficientemente trazado; mientras yo veo por todas partes una serie de elementos reaccionarios, regresivos, en el sentido de que representan y traen lo que creímos haber vencido en 1833, en 1854 y en 1868, y veo que todo vuelve, y vuelve con mayor violencia, y que como resorte comprimido parece que desarrolla nueva fuerza, no puedo por menos de preguntarme: ¿De dónde viene esto? Porque, pensadlo bien, es una serie de cosas, una serie de fuerzas que hormiguea, que se ve por todas partes, que parecen pequeñas cada una en sí, y que aquí es una asociación agrícola que se pone bajo la advocación inmediata de un santo y la dirección del párroco... *(Muy bien, muy bien. Aplausos.)*

Allí es una serie de Corporaciones de mujeres que acaparan el trabajo, que tienen influencia sobre las familias, que educan á sus hijos, que penetran por todas partes y se van llevando hasta, como sucede en Barcelona, las criadas, las domésticas, á las cuales sustituyen con personas afiliadas, para que en el rincón del hogar no pueda haber nada que pase sin su dirección y su fuerza. Y cuando veo todo esto, y siento que detrás hay una organización poderosa y permanente, que es la organización de esas Corporaciones religiosas, apoyadas en la inmensidad de lo que significa el poder clerical, entonces me digo á mí mismo: pues, realmente, lo que hay delante de nosotros es una fuerza poderosa y organizada, para contrarrestar la cual hace falta, después de estudiarla á fondo, una voluntad enérgica, sostenida por fuerza y opinión inquebrantables. Pero ¿dónde están los elementos para hacerlo? Nosotros, el partido liberal, las izquierdas.

¡Ah, señores! Yo no he venido aquí para ocultar ninguno de mis pensamientos. El partido liberal, un grupo mayor, dividido de otro grupo menor, los demócratas, pero también parte del partido liberal. Más allá, nuestros afines los republicanos, de quienes, á pesar de lo que yo he oído esta tarde, no entiendo que nos separe ninguna cuestión fundamental, puesto que ya no se discute la forma de gobierno, y por un convenio mutuo hemos aplazado esa cuestión para el porvenir; los republicanos, repito, divididos, separados allá en Barcelona, cogidos dentro de una serpiente que se enrosca y que hace desaparecer las ideas delante de las conveniencias locales: una de esas cosas que más pueden sorprender á quien crea que las ideas son la vitalidad de las democracias, y que están por encima de todas las conveniencias. Por último, más allá, los elementos sociales, los que trabajan, los que aspiran, el cuarto estado, que se adelanta después del tercero y reclama una participación, para la cual

hay un sinnúmero de problemas, á los que se quiere dar la solución por fórmulas de beneficencia y caridad, que, en último término, no son más que paliativos, y no expresión de los derechos propios.

Y todavía, y esparcida, suelta en medio de esta serie de elementos, de trozos rotos de una gran estatua, una juventud que no sabe de qué lado dirigirse; que estudia, que aspira, que censura y critica; que nos cree á los partidos políticos autores de todos los males, y á la cual le pedimos en vano que se una á los elementos liberales, porque no parece sino que, perdida completamente la fe, no estima ni aun el valor de los derechos individuales. *(Aplausos.)*

Si esto que os digo no penetra también en vuestra alma; si, dada la exactitud de lo que digo, no me creéis, no me oigáis más, porque ésa es la clave de todo mi razonamiento. Yo os digo: de la manera que he podido, he planteado el problema, y vosotros sabéis, sin que mi pincel trace nuevas líneas, la fuerza poderosa de esos elementos que están hoy reorganizándose. Si no lo sabéis, poned un poco de atención á las discusiones del Congreso; veréis que habrá un voto corporativo para los Ayuntamientos, y que ya se preparan por todas partes las Corporaciones á llevar su representación para tener dentro del Concejo, primera molécula de la vida nacional, una permanente representación. Veréis luego que se trata de hacer desaparecer el sufragio universal para las elecciones en las Diputaciones provinciales, y que, desapareciendo el sufragio, los concejales, inspirados por esos elementos que van á formar los Ayuntamientos, elegirán los diputados, y entonces las Diputaciones serán un producto de esa primera etapa; que luego se formarán mancomunidades, y las formarán, naturalmente, los elementos que las animan; y así, la energía entera de la Nación española se encontrará oprimida, quebrantada, por estas subdivisiones de fuerza: todo, absolutamente todo, penetrado, inspirado, electrizado por esas fuerzas que parecían insignificantes. Y bien, señores; ¿qué tenemos nosotros que oponerles? La división, el desvío; muchas veces, las mutuas injurias; casi siempre, las desconfianzas; en último término, la indiferencia para aquellos que se encuentran en las situaciones más difíciles. Y eso es lo que produce un malestar general en el país, eso es lo que produce una suspicacia que es la madre del escepticismo, eso es lo que hace que se dude de la libertad; porque, en fin, señores, aquí me están escuchando los hombres más ilustres de la intelectualidad española: ¿qué significa y para qué sirve una crítica que no puede convertirse en reforma, una amenaza que no hay virilidad para llevarla á las leyes, y para traducirla en disposiciones que hagan efectivo lo que se está reclamando á todas horas? *(Aplausos.)*

Responsabilidad de los liberales

Y así seguiremos, y entonces la vista se volverá, yo creo que se volverá en primer término á mí; al menos, yo lo siento como si la ola que avanza hubiera de encontrar antes que todo mi cuerpo para llevárselo; porque el parti-

do liberal es el partido gubernamental, el partido liberal es el que ha de suceder, si es posible, al partido conservador; por consecuencia, el partido liberal es el que tiene la mayor responsabilidad de la línea de conducta que se haya de observar, y si yo lo dirijo, por un encadenamiento de las ideas, resulta que yo soy el que tiene de esa responsabilidad la mayor parte.

Pues bien; yo os pregunto: ¿qué creéis que puedo hacer?

Hay en primer término en esta pregunta un dilema: ó callarme, ó hablar. ¡Callarme, con las responsabilidades que tengo por ser depositario de la tradición del partido liberal, heredero de los que se llamaron Mendizábal, Espartero, Prim, Sagasta; depositario, siquiera sea temporalmente, de todo el tesoro del partido liberal! ¡Callarme! Para eso, valía más retirarme de la vida política, porque el silencio aquí es la cobardía... *(Los aplausos interrumpen al orador.)* Si no me callo, debo hablar, y debo hablar ahora, porque, con su instinto de hombre político, ya os ha manifestado nuestro presidente que se acercan los días de las crisis, y yo no creo que puede un partido cumplir con su deber con sólo ascender los escalones del Poder, porque eso equivale á subir á él sin la conciencia de las fuerzas que necesita para cumplirlo y para resistir á la avalancha que se precipitará sobre él: de tal suerte, que, una vez que se halle en el Poder, no podrá cristalizar todo aquello que era su programa y sin lo cual no podríamos garantizar las conquistas liberales, ni asegurar el uso tranquilo de los derechos individuales y la independencia de la conciencia humana. *(Aplausos.)*

Pues bien: si no puedo callarme, tengo que hablar, y he querido hacerlo en Zaragoza, delante de vosotros, porque habéis sido siempre los confidentes de mis íntimos pensamientos, porque habéis creído en mí cuando estaba en la adversidad, porque no habéis dudado de mi lealtad en ninguno de los momentos de mi vida; pero al hablar es para deciros sencillamente: liberales de todos los matices y grupos de la izquierda: si creéis realmente en la libertad, si tenéis confianza en vosotros mismos, si deseáis llegar á ser algo, sacudid la herrumbre; no hay otro origen de fuerza que la unión; yo no puedo pronunciar otras palabras para hacer frente á la actual situación que las de: ¡Unión! ¡Inteligencia! *(Grandes aplausos.)*

Necesidad de la unión

Pero, al tratar de explicar esa inteligencia y esa unión—pensad bien en el sentido de las palabras, que yo las digo después de meditarlas—, es preciso que estos actos, en estos momentos y para estos fines, sean actos de conciencia; es decir, que cada uno tenga absoluta seguridad de lo que piensa, por qué lo piensa y para qué lo piensa. Si yo invito á todos y les llamo desde aquí á la unión, es, señores, porque creo que existe la fórmula por la cual esa unión puede verificarse sin que nadie tenga nada que abandonar de lo que le es caro, y, al mismo tiempo, pueda converger y armonizarse con lo que le es práctico

en las ideas de los otros. No veo, lo confieso, que haya dificultad alguna entre las dos ramas del partido liberal: los liberales y los demócratas. El general López Domínguez dijo hace pocas semanas que no nos separaban más que cuestiones personales; ¡cuestiones personales á estas horas! No dejaría de ser realmente digno de contemplación y de estudio que ante consideraciones de este género se pudieran posponer cuestiones de esta transcendencia. Y así será, porque, cuando las hemos examinado, el Sr. Canalejas y yo nos hemos encontrado de acuerdo.

Después de éstos, que son los propios, están los afines; pero, al hablar de éstos, no puedo menos de volver la vista atrás y llevar mi memoria al año 1868 y á la Constitución en la cual vinieron á cristalizar y á definirse las ideas de la Revolución: la Constitución de 1869. Esto es un poco viejo, sobre todo para vosotros los jóvenes; pero, ¡cómo ha de ser!; la vida se va moldeando por el tiempo, y el tiempo en que se moldeó la mía era el de la Revolución, y me es imposible pensar sin volver á aquellos gérmenes, sin apoyarme en aquellos principios, que fueron caros á mi juventud.

Verdad es que después de la Revolución de 1868 han ocurrido algunos hechos extraordinarios; pero éstos no cambian, en mi sentir, de ninguna manera la esencia de las cosas; más bien le añaden fuerza, si sabemos sacar partido de ellas. Me refiero á dos: la ley del Sufragio universal, establecida en España como garantía y como medio de hacer que la voluntad del pueblo penetre en todas las esferas y se realice en todas las maneras, y la aproximación de todo el elemento que dirigía Castelar, y que llevaba el nombre de posibilismo, al partido monárquico cuando, con la ley del Sufragio universal, Sagasta pudo presentar á su país el último triunfo de las ideas revolucionarias.

Este último fenómeno puede repetirse; pero yo no lo reclamo: sería preciso otro hombre de la gigante altura de Castelar para poder aconsejarlo. Yo no lo aconsejo; yo no pido á nadie que me dé más de lo que pueda darme. No que me dé á mí, sino que traiga al acervo común aquello que pueda sin ofender á sus convicciones. Pero con esta inteligencia previa: que ni los unos ni los otros tocaremos, mientras dure el peligro, aquellas cuestiones que puedan separarnos, ocupándonos exclusivamente de aquellas otras que nos unen y que serán las que nos den la fuerza, porque coincidamos en ellas.

La cuestion social

Viene después de ésta la cuestión social, esa cuestión social que representan, de una parte, los elementos obreros de las fábricas y de las ciudades, y de otra, los elementos del campo, los obreros agrícolas, y también las nuevas organizaciones que van brotando espontáneamente, como las de Castilla y algunas de Andalucía, y que significan un principio de conocimiento y concepto claro, por parte de los obreros, de lo que significa la fuerza de asocia-

ción y la posibilidad con ella de reivindicar lo que tienen derecho á pedir; que son al fin españoles y criaturas humanas é hijos de Dios, iguales á nosotros, que si les hemos precedido en el camino de la vida, lejos de olvidarlos, tenemos obligación de darles la mano: tienen que salvar un abismo, y justo es que les prestemos nuestra ayuda. *(Aplausos.)* Y á esa masa yo puedo decirle que nosotros les daremos todo aquello que las circunstancias actuales del país permiten, que no es éste el momento de definir, y prepararemos para más adelante la realización de aquello que las circunstancias y la evolución natural de las ideas den ocasión y motivo para que se realice.

La libertad de conciencia

Ya estoy leyendo en vuestros semblantes lo que estáis pensando de mis palabras. Pensáis que esto es, por decirlo así, la alineación de las figuras y la preparación de las columnas; pero que el plan de la batalla necesita algo más; y, en efecto, algo más necesita, y este algo es aquello que yo también tengo impaciencia por deciros, y por decirlo con entera claridad.

¿Sabéis, señores, cuál es, á juicio mío, el punto en el cual debemos coincidir todos los que formamos en las izquierdas? ¿Sabéis cuál es el terreno en el cual podemos reunirnos? Pues ese terreno, señores, es el fundamental, es el terreno de la libertad de conciencia, que, presentando por todas partes las varias y graves cuestiones de que voy á hablaros, va evolucionando en el tiempo hasta llegar á obtener la sanción legal que se llama libertad de cultos, como lo dijo hace dos años el obispo de Badajoz, y como se ha contrastado en el Congreso de la Eucaristía en Londres, donde, á pesar de los alardes de tolerancia inglesa, se prohibió la procesión de la Santa Hostia por sus calles. *(Aprobación.)*

Pero esto no es más que una palabra, una fórmula; yo la empleé, y la empleé precisamente en el primer momento en que me era dado hablar de unión y armonía, en el mitin del teatro de la Princesa, y en él dí como base el olvido de cuanto nos separaba para llegar á este terreno de la libertad de conciencia, en el cual nos encontramos profundamente unidos; pero esto de la libertad de conciencia envuelve problemas y entraña cuestiones gravísimas que no sería prudente dejar en la penumbra. Os decía que yo no sé pensar más que con las ideas de 1868 y con la Constitución de 1869. Por lo que entonces pasó, cuando hoy, después del tiempo, con la frialdad de la edad, casi como quien contempla hechos que no son de su generación, se examina, se ve claramente que la Revolución se hizo para sacar al Estado y al Poder civil español de la tutela en que vivían, hasta el punto de que se había quitado al país toda esperanza de regeneración, y parecía que el Pirineo se había convertido en muralla de la China que impedía entrar en nuestro país ninguna de las auras que vivificaban la Europa, mientras que el pensamiento y la conciencia españoles se asfixiaban bajo el fanatismo que predominó hasta 1869.

Ese fué su sentido, y si han variado los tiempos, los hechos se repiten: la Historia es una espiral que ayer andaba en una vuelta y hoy está en otra; pero el eje de la espiral y la curva que va describiendo son los mismos, y hoy las cuestiones son más graves, porque entonces era tan poco lo que tenían la libertad y los liberales para pedir la reconquista, que se apeló á lo último, á la fuerza.

Ahora no hay en ninguna parte una resistencia contra la que se pueda marchar; y, deslindando los campos, debemos dejar al Estado con su función y á la Iglesia con la suya. Pero mientras eso no se haga, mientras haya algo que impida que cada uno obre libremente, según le dicte su conciencia, no tendremos la santa libertad proclamada por los príncipes de la Iglesia y de que voy á hablaros ahora. *(Aplausos.)*

Tengo escritas las palabras, porque quiero que queden bien grabadas en vuestra memoria, y son éstas:

La secularización de todas las funciones sociales, no para hacerlas contrarias á la influencia ó á la intervención religiosa, sino para que sus efectos civiles sean independientes de ellas, de suerte que el que no quiera ó no crea, no sufra presión ni en el matrimonio, ni en el nacimiento, ni en la muerte.

Yo, señores, sufro en mi interior mucho cuando veo la confusión que se establece entre la educación de la religión que los padres quieren dar á sus hijos, de la creencia en Dios, según los ritos y las fórmulas que ellos aprendieron y que desean transmitir á sus hijos, con la educación para los efectos civiles, con la educación para formar ciudadanos. ¿Con qué derecho se dice que el que la educación sea completamente independiente y laica en manos del Estado supone ni niega la educación religiosa? Pues el Estado necesita educar para tener ciudadanos. ¿Cómo podemos hoy pedir ciudadanos si no los formamos de ninguna manera? *(Grandes aplausos.)* El Estado necesita el abogado, el médico, el ingeniero, el maestro, y para ello necesita educarlos y formarlos dentro de las ideas de nuestra nacionalidad, entendida, claro está, como la entiende el Estado. El sol mismo, con ser eterno y fijo, á nuestra vista parece que está recorriendo un grado distinto en el horizonte, y la sombra se mueve según el grado, pero el sol es siempre el mismo, el sol es el que da el calor y la vida: pues el Estado en cada momento le dará á la educación su forma, pero será siempre educación; hará los ciudadanos, y seremos tales porque pertenecemos al Estado, y para pertenecer al Estado necesitamos ante todo saber lo que somos y ser ciudadanos, que es la palabra que lo resume.

Viene luego la otra cuestión; pero ¿quién duda, y quién niega, y quién disputa que deba darse la educación religiosa, cuando la educación religiosa es la formación de la conciencia y la base de la moral, y, por consecuencia, la preparación de lo que cada uno lleva dentro de sí, como base de los demás deberes, porque yo no sé si habrá alguien en nuestro tiempo que merezca las calumnias con las cuales nos regalan los que se oponen á nuestras ideas, alguien que diga que las leyes penales y los castigos materiales puedan ser la base del orden social?

¡Ah, no! La base del orden social está en la conciencia. Habrá alguien que pueda concebir la moral sin la religión; pero la época en que eso pueda generalizarse no ha llegado aún para la Humanidad, mucho menos para nuestro pueblo, y, por tanto, la educación religiosa nos es absolutamente necesaria; pero al lado del hombre creyente, del hombre honrado, del hombre virtuoso, el Estado debe formar ciudadanos con la independencia que debe reinar entre estas dos esferas. Dad al César lo que es del César; tomad vosotros, que sois los representantes de Dios, lo que es de Dios en la tierra.

El Estado y la Iglesia

Y claro está que estas dos grandes ideas y estas fórmulas, á las que me parece estoy dando demasiada extensión, debiera ser más lacónico, se traducen luego en una fórmula que se llama las relaciones del Estado con la Iglesia, relaciones que, en un país católico como el nuestro, en que todas las Constituciones han reconocido la religión católica como religión del Estado, se establecen y regulan por medio de transacciones éntre la Santa Sede y el Gobierno. Este sistema se inició en tiempos de los Reyes Católicos, se aplicó enérgicamente por los de la Casa de Austria, y tuvo quizá su apogeo en tiempo del gran Rey Carlos III, dándosele en todas esas épocas el nombre de regalías de la Corona, que hoy se han transformado en leyes civiles, que el Estado español da, en uso de su soberanía, cuando el Poder eclesiástico pretende usurpar ó disminuir los derechos del Poder civil. Y bien sabéis que el terreno más fecundo para estas luchas y cuestiones, y donde han sido mayores las dificultades, es el de las Órdenes religiosas.

Las Órdenes religiosas

Nuestro Concordato reconoce tres, y no más, para varones, y, sin embargo, han ido entrando y se han ido estableciendo con la libertad y con las ideas democráticas. Está bien; pero el Estado, la potestad civil tiene necesidad de regularlas. ¿Cómo? Pues, sencillamente, sujetándolas á la ley y al derecho común, derecho común que no sólo es la legislación actual, sino aquella que el Estado, en uso de su soberanía indiscutible y con su autoridad ilimitada, puede dictar en cada momento, para impedir que lo que es un hecho legítimo de la asociación, se pueda convertir en daño de la sociedad civil, en la industria, en la educación, en la familia, en todos aquellos elementos que forman la base política de la sociedad.

Ya sabéis, y os lo digo por si acaso vinieran (vendrán; yo los espero) toda clase de comentarios más ó menos calumniosos, que yo conozco profundamente el valor, la fuerza que suma el respeto á todo lo que se llama la religión;

pero no entiendo por eso que no puedan deslindarse las facultades de los dos Poderes, y, además, y esto es lo esencial en este caso, que pueda en manera alguna haber un poder superior al Poder civil de la sociedad española.

Estoy viendo, señores, estoy viendo en alguno de vosotros, y lo estoy sintiendo por alguno de los que no me escuchan, un natural temor al giro que voy dando á mis palabras. Ese temor es el de que alguno dirá: «Esta es la cuestión religiosa, y la cuestión religiosa ha provocado siempre en España malestar y perturbaciones.»

Pues bien: á esas personas que pueden abrigar esos temores, á alguno de mis amigos más queridos aquí y fuera de aquí, que ya me ha hecho esa observación, tengo que tranquilizarle por completo, puedo tranquilizarle, porque puedo repetir y leer las palabras de los que tienen el derecho de pronunciarlas para que lleguen á todas las conciencias.

En primer lugar, ésta no es una cuestión religiosa; ya lo dije en Gijón hace algunos años: ésta es una cuestión política que quieren hacer religiosa los que evocan amenazas y peligros para que no se vean los intereses materiales, los egoísmos y las concupiscencias que pretenden encubrirse con el manto de la religión. *(Muy bien.)* Porque es de antiguo y está en las primeras parábolas de los Evangelios que el Redentor del mundo echó, látigo en la mano, á los mercaderes del templo, y eso no ha sido bastante, porque han vuelto á aparecer. *(Grandes y frenéticos aplausos.)*

Pues bien: yo he presenciado, hace apenas dos meses, uno de los espectáculos religiosos más grandes de nuestra época: el Congreso Eucarístico de Londres. Ese Congreso, que era el XIX de los que se celebran, tiene por objeto, bien lo sabéis, hacer un homenaje al Santísimo Sacramento y recordar á los fieles con ese homenaje, cuanto más grandioso mejor, lo que significa para la creencia católica la transubstanciación de Cristo y la presencia en la Hostia del cuerpo y la sangre del Redentor de los hombres.

Y pensaron, y con razón, los que dirigían este movimiento, y pensó sobre todo Su Santidad, que donde debía celebrarse este Congreso Eucarístico era en Londres, el país protestante, el país que expulsó al Nuncio del Papa, el país que conservaba hace pocos meses en el juramento de fidelidad al Rey la maldición á Roma y al Papa, el país en el cual había la oposición histórica más absurda, pero al mismo tiempo más enérgica, contra esos misterios. El Papa envió como legado y para presidirlo al cardenal Vannutelli, y el Congreso se convocó para los primeros días de Septiembre en Londres, y acudieron á él de todas partes del mundo los prelados, los obispos, los representantes de las Ordenes religiosas y la masa católica del pueblo inglés.

Pues bien: ved con qué saludo, con qué palabras, con qué bandera desembarcó el legado del Papa en Inglaterra, diciendo al descender del tren en la estación de Charing-Cros, y al encontrarse rodeado de los creyentes y de los príncipes de la Iglesia, estas palabras:

«Por la primera vez, después de largos años, el Santo Padre envía á este país un legado pontificio. El deber y el honor de representarle me ha tocado

en suerte, y declaro que siento al encontrarme en Londres, en este magnífico Londres, un verdadero y gran placer.

»Gracias por la calurosa recepción que me hacéis, y tened la seguridad de que no dejaré de comunicar al Santo Padre de qué manera me acogéis en esta tierra de libertad, de independencia y de tolerancia.»

Y después, en la alocución dirigida al Congreso, dijo estas palabras, que traduzco literalmente:

«En segundo lugar, la celebración del Congreso en Londres suministra una prueba palpable y directa de un hecho universalmente reconocido, hecho que redunda grandemente en honor de Inglaterra, á saber: el sistema de libertad de que gozan los súbditos ingleses, expresando públicamente sus pensamientos, sistema no meramente escrito en sus Códigos; antes bien, convertido ya en práctica constante.»

La libertad civil y la libertad religiosa

Pero no es esto todo: subió al púlpito el cardenal Gibbons, esa figura simpática por la que yo siento veneración desde que me encontré á su lado y con gran bondad habló conmigo, y voy á leeros algo del sermón que pronunció en la catedral de Westminster. Allí estaban presentes el legado del Papa, los cardenales, la más alta representación de la Iglesia, y entre ellos el venerable primado de las Españas, el cardenal Sancha; allí estaban arzobispos, prelados, generales de las Ordenes religiosas, sacerdotes de todas clases, el duque de Norfolk y el marqués de Ripon, representantes de la laicidad, y ante todas estas dignidades, el cardenal Gibbons, con destellos de un alma sincera llena de fe, pero al mismo tiempo amante, por encima de todo, de la verdad, comparaba el pueblo americano con el pueblo inglés, y después de varias cosas que no hay para qué leer, comparando los pueblos inglés y americano, exclamaba:

«Ambos pueblos tienen, no sólo el mismo lenguaje y la misma cultura, sino que viven prácticamente bajo el mismo sistema de gobierno. El pueblo inglés está gobernado por una Monarquía; el americano, por una República; ambas constitucionales. El jefe de la nación americana es el presidente; el jefe de la nación inglesa es un rey, hijo y sucesor de aquella reina cuyo reinado largo y próspero será siempre recordado en los anales de Inglaterra, y cuyas virtudes domésticas le aseguraron la veneración y el amor de sus súbditos y la admiración del mundo civilizado.

»Pero aunque las dos formas de gobierno difieren en el nombre, son idénticas en sus resultados prácticos, porque ambos pueblos gozan de la bendición inestimable de la libertad civil y de la libertad religiosa. *(Grandes aplausos.)*

»Sus Gobiernos respectivos mantienen sobre sus pueblos el escudo de su protección, sin mezclarse en el ejercicio de sus funciones religiosas.» *(Nuevos aplausos.)*

¿Quién me va á acusar de ir contra la religión cuando pido la libertad civil?

¿Quién está más autorizado para hablar de estas cuestiones, para dictar las reglas de conducta al alma humana? ¿Quién me va á lanzar la censura de que aquello que yo pido va contra los dogmas ó contra las creencias católicas? *(Aprobación.)*

Y si alguien lo dice, que sí lo dirán, aunque yo, mientras Dios me conserve la palabra, ya sabré contestar; si alguien lo dice, yo preguntaré á los que me escuchen, y después de ellos á la masa neutra de la Nación española, si el nobilísimo propósito del cardenal Gibbons como el de monseñor Ireland, si todo eso, dicho en el corazón de la Gran Bretaña, puede olvidarse y desconocerse ante las vulgaridades del fanatismo y de la ignorancia.

Pues si todo esto no puede posponerse á ciertos intereses, egoísmos y codicias con los cuales la miseria humana se atraviesa en el camino de todos los grandes progresos, decidles, sobre todo á vuestras mujeres y á vuestras hijas, decidles que eso está escrito en cien partes, que hay miles de libros en los cuales pueden verlo, que esos sermones del cardenal Gibbons, de monseñor Ireland y de tantos otros, pues yo no puedo poner aquí cátedra (ya la pondré, que todo hay que decirlo), decidles que los lean, y que oigan y busquen á los clérigos y prelados españoles que los conocen, que también los hay de ese temple en España, y uno de esos prelados, que tiene todas mis simpatías y todos mis respetos, cuando me he acercado á él á exponerle esta dirección de mi espíritu, me ha dicho con lacónica pero con profunda vibración de cariño: «Esa es la orientación hacia la cual debemos dirigirnos.»

Todavía sobre este punto quiero deciros una cosa que, aun siendo más pequeña, es de gran importancia. Hay todavía en Inglaterra una ley arcaica que prohibe en las calles la procesión del Santísimo Sacramento, y varios fanáticos protestantes ingleses, que también los hay, pues el fanatismo es el defecto de todas las religiones, de la misma manera que el vicio es la supuración de todas las conductas—por lo mismo que aquello que va en la línea recta se tuerce delante de un obstáculo y aparece en una dirección contraria—, estos fanáticos pidieron al Gobierno inglés el cumplimiento de aquella disposición. Y como esto venía mezclado, cosas del mundo, con unas elecciones en las cuales tenía mucho interés el Gobierno, y se le amenazó con votar contra su candidato, el primer ministro cedió, y aunque autorizó la procesión, prohibió la conducción de la Hostia. La indignación fué tremenda; yo no conozco un periódico que excusara la conducta del Gobierno.

En realidad, tenía razón el cardenal Vannutelli al decir que la intolerancia había entrado ya en Inglaterra. Todo el mundo condenó aquella intolerancia. El Gobierno se excusó como pudo; pero, realmente, todo el mundo sintió como si una gran mancha hubiera caído sobre Inglaterra.

Las palabras de Eduardo VII

Y ahora, hace quince días, cuando alguien, no sé quién, hubo de decir que el Rey Eduardo, el Rey prudente y constitucional, se había mezclado en ese asunto y era el autor de que no se hubiera consentido la procesión llevando la Hostia, el Rey, por medio del jefe de su cuarto, ha hecho saber en la prensa que no había intervenido él en eso, que era Rey constitucional, y, por tanto, irresponsable de lo que hicieran sus ministros; viéndose claramente que el Rey no quería que el blanco armiño del manto real pudiera quedar manchado con un acto de intolerancia, de esa intolerancia que pesa sobre nosotros y no podemos sacudir. *(Grandes aplausos.)*

Comprenderéis, señores, que, tratándose de dirigirme á vosotros en Zaragoza, á aquellos que son mis hermanos y cuyo modo de pensar yo creo conocer íntimamente, no podía dejar de salir al encuentro de un modo abierto y franco á los que pudieran tratar de deshacer el efecto que en vosotros hiciera mi palabra, con esa que yo llamaría la más pequeña y menuda de las críticas.

Pero ya no digo más; es ésta una cuestión de la que aún trataré en otras ocasiones. Sólo quiero recordar á aquellos de mis amigos que formaron parte de una reunión de exministros que se celebró á los pocos días de la muerte de Sagasta, y en la cual se trazó un largo y extenso programa de las aspiraciones del partido liberal, la hermosa frase que señalaba á la estrella polar que debía guiar los destinos de la España moderna.

Los neutrales

Me quedo en este punto; en este punto, no; en este período, en este momento de mi análisis. Me quedan por hacer dos observaciones.

He hablado de nuestros amigos y de nuestros afines; quiero hablaros también de los que no son ni nuestros amigos ni apenas son políticos, porque no la hacen; pero sí hacen sociabilidad. Yo quiero que vosotros digáis á los obreros, y después de decirlo lo prediquéis con el ejemplo, que el partido liberal, no el partido liberal, la izquierda liberal, si es que hay quien quiera formarla, que las fuerzas que nosotros opondremos á la reacción de que antes hablaba, que ese conjunto lleva como una de sus primeras misiones el realizar cuanto sea posible de la cuestión social, creando Asociaciones, reuniendo elementos para construir casas baratas, cuidando de la sanidad y salubridad que conservan la vida, y de la alimentación del niño para que pueda llegar á ser hombre; no como limosna, con la cual el acomodado quiere ganarse la voluntad; no: que es una cuestión de conciencia, porque la antigua ley decía que se dieran diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, y en ésas estaba la parte para los pobres, y ahora, en estos tiempos de este grande haber social que se ha creado con el esfuerzo de todos, y con el esfuerzo, por tanto, de las clases trabajado-

ras, el capital tiene que separar constantemente una parte para redención de los enfermos, de los ancianos y de los pobres: para la redención de los atrasados en la carrera de la vida, mirándolo como un deber tan sagrado y tan religioso como los otros deberes. La tuberculosis mina su existencia; el Estado debe salir—ya lo habéis oído aquí mismo—, debe salir al encuentro de su enfermedad y devolverles la vida, si es que la vida se puede devolver; ó á lo menos prolongársela, que, al fin y al cabo, es el primero de los deberes.

La educación de las clases, primero; por medio de la ley de Sanidad, el que las casas se encuentren en las condiciones elementales, que no son el lujo y las comodidades, pero que son el aire y la luz, porque no puede consentir una sociedad medianamente educada que en un cuarto como la tercera parte de este salón se hacinen doce ó catorce personas. Por todos estos medios se regenerará y se dignificará la existencia de la clase pobre.

A la juventud

Y vosotros, los jóvenes, ¿cómo marcháis? ¿En qué dirección vais? Para muchos de vosotros podría decir que he visto el demonio que os guía *(risas)*: el demonio de la vanidad y de la soberbia. Podría decir, y citar, y traer aquí trozos de literatura—y recuerdo á los que conmigo viven en los centros donde se discurre—que revelan un vicio de organización intelectual; y esa desorganización intelectual produce inmediatamente el escepticismo para la vida pública, porque cuando se encalabrina un cerebro y se le ocurre ir por terreno desconocido, ¿para qué ir en compañía de los demás y andar por caminos trillados? La originalidad, la inmensa vanidad, marcada con la degradación del feminismo, es el demonio que le extravía. Por eso es preciso que toda esa juventud, si quiere ser algo, se virilice, procurando, ante todo, lograr esa libertad civil que garantice la absoluta independencia de la conciencia.

A todos

Todavía no he concluído: me falta la parte más importante de lo que tenía que decir; la más importante para mí é indispensable para los correligionarios.

Señores: de todo lo que he dicho resta decir cómo se llevará á la práctica la ejecución; nada sirve colocarse en el terreno de las ideas si no se desciende al terreno de la práctica; el *modus operandi* es esencial para todas las cosas de la política.

Yo he venido á Zaragoza á dirigirme á vosotros, para que á través de vosotros se enteren todos los hombres del partido liberal de lo que acabo de decir, con la esperanza de que la prensa, al reproducir estas palabras, las comunique á los demócratas, á los republicanos, á los socialistas, á cuantos tienen algún interés en la vida pública.

Á mis amigos, los hombres del partido liberal, yo no he querido hablarles

al oído ni decirles lo que pensaba: he venido á decirlo en público para que todos lo oigan de la misma manera. Ya lo saben: lo aceptan, ó no lo aceptan; los partidos liberales no podemos proceder con la autoridad; el Sr. Maura puede dictar una ley é imponerla, porque es un jefe autoritario, y porque todo partido conservador, que tiene como elemento fundamental un principio religioso ó clerical, ha de vivir por la sumisión y la disciplina; pero yo no puedo aspirar á otra cosa que á la convicción; para eso vengo, para eso hablo y para eso he roto un silencio que me pesaba. Á todos y á cada uno yo les digo que estoy resuelto á ir á la lucha; pero no con reservas, de ninguna manera con reticencias: el que no quiera venir, que no venga; y si los que no quieren venir son los más, entonces ya sé que debo retirarme; pero si son los menos, redoblaremos la fe y el entusiasmo.

Lo mismo digo á los que no son liberales. De los demócratas no abrigo dudas: en el primer paso que he dado he encontrado lo que yo pedía, lo que debía esperar; pero á los republicanos, á los socialistas, á los que no están con nosotros, les digo lo mismo: ahí están los dos platillos de la balanza: vuestra soledad, vuestro aislamiento, el recuerdo de vuestras luchas, el abandono de vuestros ideales y la pulverización de vuestros grupos están en uno de los platillos; en el otro está la unión, los grandes principios. Podéis empujar la balanza del lado que más os guste. *(Muy bien, muy bien.)*

Á los socialistas, á los obreros, á todos aquellos que son la masa, que sufren, que esperan, quiero decirles una sola cosa: tenéis el voto, y no sabéis cuán grande es la fuerza de que disponéis; lo saben vuestros adversarios, que van á buscaros, y os proponen formar una asociación de la que salga un concejal, y luego un diputado provincial, y más tarde un diputado á Cortes; pues ¿por qué no lo sacáis directamente y para vuestros fines?

Así ya no se puede seguir

Para llegar á estas conclusiones os he presentado todo el fondo de mi pensamiento. Tal como estamos no podemos seguir, y yo no estoy resuelto á seguir de ninguna manera. Yo seguiré en las filas; pero la responsabilidad de continuar una marcha, un orden de formación y un frente de batalla que me dieran por resultado la humillación de mis ideas y me restaran el amor de mis amigos, esa responsabilidad no estoy dispuesto á aceptarla. Ya lo decía Cánovas: el gran defecto de los españoles es abordar las grandes empresas sin medios bastantes para conseguirlas. Yo sé lo que tengo que hacer; yo sé que esta aspiración no la consigo solo ni con un grupo; sé que si lo intentara sería arrollado, como ha sucedido y yo lo he visto con mis ojos, y no sabéis la pena y la amargura que he sentido cuando conversando, discutiendo y razonando con algunos de nuestros potentes adversarios, les oía decir: «¿Qué han de hacer los liberales, si no son nada, ni tienen nada, ni están unidos, ni son capaces de sostenerse; cuando los católicos, á quienes quieren atacar, tienen

el dinero, tienen las Asociaciones, tienen la influencia, y tienen la prensa, y tienen, sobre todo, la excomunión, por lo cual pueden hacer cuanto quieran, mientras que los liberales no pueden hacer absolutamente nada?» Y yo les oía con tristeza, diciendo: ¡Tienen razón!

Por eso no puedo plantear estas cuestiones por mí solo; porque sé que las voy á comprometer, y yo aspiro á hacerlas triunfar.

Frente á las derechas

¡Pensad en la formidable derecha formada frente á nosotros! Os habréis fijado, señores, en eso que se llaman los *aplech,* y recordaréis que en la ciudad de Barcelona desfilaron un día los carlistas, uniformados, á las órdenes de sus jefes. Los habéis visto ahora en las Provincias Vascongadas, en Navarra, en Cataluña. ¿Creéis que esto es una consecuencia de la voluntad del Sr. Maura? ¿Creéis que los evoca el actual Ministerio? Nada de eso.

Ellos se creen los más fuertes, y bien claro dicen que están ahí para garantizar las amenazas de cuantos maldicen de la libertad. Ellos están ahí obedeciendo instrucciones y órdenes que no emanan de España, dispuestos para el momento en que nosotros tengamos la osadía de querer realizar nuestras ideas. Pues bien: para hacerles frente, para poder contrarrestar sus amenazas, para eso y para otras cosas, yo necesito ese otro *aplech* que sea la defensa y el baluarte de las libertades públicas. *(Atronadores aplausos.)*

El que no lo quiera, que se retire; el que prefiera la humillación al combate, que no nos embarace el campo; pero conste que, sin la unión de todos, es imposible pedirle á nadie, y menos á mí, que acometa una reforma de tan profunda transcendencia. *(Nuevos aplausos.)*

Orientación y programa

Todavía me resta decir algo que á mí afecta personalmente, y me lo habréis de perdonar, pues nunca hablo de mí mismo, y cuando lo hago, es porque, identificado con vosotros ó con la causa que quiero enaltecer, tomo una forma puramente literaria; nunca de cosa que á mí atañe he hablado en reunión alguna pública, ni he solicitado ser escuchado; mas en estos momentos quiero deciros que lo que yo acabo de exponer no es un programa: es una orientación y un camino. El programa vendrá en vísperas del Poder y cuando los elementos que se reúnan tengan que trazar el espacio que hay que recorrer y contraer los compromisos que sean necesarios para realizar aquella parte de la obra que se propongan ejecutar; porque el programa es siempre contingente, ocasional, pasajero.

La dirección, la orientación, el ideal, ése es único, constante, permanente, y ése es el que yo he traído aquí.

Vendrá el programa, vendrá necesariamente. No corramos. El programa

hace falta para el Poder; pero antes de escalar la fortaleza es preciso tener ejército. Si no le hay, ¿qué clase de simulacro ridículo vamos á intentar?

¡Ah! Sin duda entraríamos: no sólo nos dejarían entrar los adversarios, sino que nos empujarían para que entrásemos, porque ese triunfo mayor sería nuestro ridículo. ¡Venir con estas altísimas ideas y estas pretensiones, y encontrarse luego como quien anda en tierra cubierta de lianas, sin poder dar un paso! ¡Ah! En este lazo no es cosa de que volvamos á caer. *(Muy bien.)*

Si á mí no me toca guiaros, desempeñaré cualquier papel: el de soldado distinguido, cabo, sargento, capitán de una compañía; pero el de general en jefe sólo si me lo confían con la confianza omnímoda del partido. Y si esa confianza se me da, yo, señores, necesito decir á todos los amigos, á todos los afines, á todos los que quieran venir, que el procedimiento, la gradación y la medida, ésa me la reservo en absoluto, porque no enseño el plan de batalla al enemigo, enseñándole por dónde me ha de atacar; porque no cometo la tontería de revelar por dónde voy. Ya he dicho la orientación y el camino; quien no tenga confianza en mí, no tiene por qué moverse; pero quien la tenga, que me la dé sin condiciones. *(Grandes aplausos.)*

Por la libertad civil

Y vosotros, liberales de Zaragoza, individuos de este Comité y de los pueblos, algunas de cuyas caras simpáticas y amigas veo dibujarse entre esta multitud; vosotros, si ésta hubiera de ser la última palabra que yo os dirigiera, quiero que conservéis de mí la memoria, no del hombre que ha amado tanto á Zaragoza y le ha hecho la justicia que merece, sino del hombre que, al final de su vida, cree en la libertad y sabe que, unida á la fe en Dios, produce esa libertad civil cuya realización era el sueño de la Revolución de 1868.

Y con esto concluyo; pero no puedo hacerlo sin responder al discurso de nuestro presidente.

De este hombre tan bueno, tan cariñoso, tan leal, no creáis lo que ha dicho respecto á mí; le sale del corazón, pero es que el corazón le tiene impregnado de afecto hacia mí. Pero, en fin: ésta es una de las nobles prendas del carácter aragonés que necesitan más entereza y que la están demostrando en todas las ocasiones; y en este momento, en el cual el partido liberal abre esta marcha, porque estoy seguro que esta marcha queda abierta, sea yo el que guíe ó no, porque está en la naturaleza de las cosas, él será uno de los que perseverarán con mayor fe en la consecución de nuestros idales. Yo no tengo más aspiración que ésa. La aspiración de dejar detrás de mí lo que no he podido ver todavía. ¿Qué importa cuáles sean los esfuerzos? Yo he hecho el máximum que podía hacer esta noche. Ahí está. No impongo nada á nadie; pero ya he dicho de qué manera puedo continuar. *(Ovación indescriptible, que se prolonga durante algunos minutos.)*

Segismundo Moret.

El problema de la emigración.

La emigración es el mal por excelencia de los pueblos, como lo es en el hogar la marcha del hijo por causas anormales; una y otra indican que el equilibrio más indispensable y hondo se ha roto, causando Dios sabe qué dolores internos.

El perjuicio no está en que falten de la Patria unos millares de hombres; lo que inquieta es la emigración ordenada y constante, porque revela un mal endémico.

Como tal debe considerarse, y, en este respecto, importa subrayar que las enfermedades crónicas no son causas propiamente dichas, sino síntomas, manifestaciones de otra causa más profunda y fundamental: la debilidad orgánica en los casos médicos; la debilidad nacional en este caso nuestro.

Me fijo en tales detalles, porque hay alguna propensión á creer que no están descubiertas las causas de este mal, y, buscándolas, se desvía la actividad de los puntos interesantes.

En efecto: revisando las leyes sobre emigración—desde el año 48, en que se determinó que los buques de emigrantes llevasen médico, capellán y botiquín (¡!), hasta el presente, en que el Instituto de Reformas Sociales, lleno de gente de verdadera valía y sin determinado cariz político, que es lo principal, ha creado un departamento para dedicarse á la cuestión con toda la actividad que requiere—, revisando las leyes de esos últimos sesenta años, se ve que don José Luis Albareda, en 1881, fué el primero en considerar la emigración como tal enfermedad profunda y crónica, y en exponer las causas económicas y psicológicas del asunto, insinuando con gran acierto la conveniencia de aplicar remedios que atacasen á la raíz, á la sangre, y no á las manifestaciones locales y epidérmicas. Él fué el primero que ensalzó la formación de colonias en Sierra Morena y las tentativas para repoblar la provincia de Salamanca, intentadas por los Reyes Carlos III y Carlos IV, y elogió asimismo el informe de Jovellanos sobre la ley Agraria y los proyectos de D. Fermín Caballero para el desarrollo de la población rural.

Es decir, que ya entonces puede decirse que se descubrieron las causas de la emigración. Luego, más adelante, en vista de que el conflicto no aminoraba, se llegó á dudar de que estas causas estuvieran bien determinadas; y entonces fué cuando comenzó el error, á mi juicio, dándose á buscar lo que ya estaba conocido. Se cometió error, porque se encomendó á las estadísticas una tarea que no pueden lograr, que es la de descubrir orígenes.

Las estadísticas comprueban; las estadísticas indican dónde es más urgente la protección del momento; acusan, por ejemplo, un movimiento emigratorio en tal pueblo coincidiendo con una crisis de su industria; y ello sirve para

que las medidas locales de carácter inmediato y protector se apliquen sin retardo. Pero no sirven por sí solas para la rebusca de causas. Que ese tal pueblo emigre porque la industria que le sostenía quebró, es una circunstancia, un accidente. La causa está más honda: está en *por qué* los pueblos de una nación sufren un equilibrio tan inestable, que basta una racha adversa, lógica en las competencias industriales, para que se vean forzados á tomar resoluciones tan desesperadas y extremas. Muchos pueblos, en efecto, marcharon porque su industria murió; pero es que su constitución industrial era tan enfermiza, tan inapta para la lucha, que al menor soplo cayó.

Meditando un poco atentamente, se ve que los tres factores emigratorios apuntados en el informe de Albareda son las únicas tres causas que hacen emigrar á los pueblos:

Ó emigran por hambre, porque, en efecto, haya crisis industriales, y la tierra no se labore, y el pan, el trigo, las patatas y los demás alimentos suban á medida que la población aumenta y el trabajo escasea.

Ó emigran por ignorancia, creyéndose las patrañas que les cuenten los explotadores, ó fascinándose con un caso aislado, tan seguros de que van á ganar oro como ignorantes de la miseria y el abuso de que van á ser objeto. Eso si no se da el caso de que vayan como borregos, porque lo de emigrar se transmita en ellos como una herencia, y no se paren á preguntarse el mayor ó menor derecho que tengan á no ser tratados como bestias de carga.

Ó emigran por aventurerismo, por listeza é inquietud, que les haga buscar un país más apto para su actividad emprendedora.

Son los tres puntos únicos.

Y bien; éstos últimos, los aventureros, no son emigrantes propiamente dichos: son trashumantes que emigrarían quizá de todas maneras, y que constituyen una minoría tan mínima, que no vale la pena de atenderla. ¡Aventureros!... ¡Qué sarcasmo! ¿Qué aventura irían buscando unos hombres que llegaban á trabajar más de doce horas, y que vendían, ó venden, á sus hijos por el estipendio de doce ó diez y ocho duros anuales?

Pobres gentes pusilánimes, acosadas y amedrentadas ó pervertidas por todas las realidades de la miseria y todos los fantasmas de la ignorancia... No, no van á buscar aventuras; y si las buscan, es por pura ignorancia, por carecer del más elemental raciocinio. Esto es lo cierto. Ignoran, y por eso creen que allí se harán millonarios con sólo llegar. Ignoran, y por eso no saben asegurar su libertad de colonos, esclavizándose á veces al firmar un contrato cuyas consecuencias desconocen. Ignoran, y por eso eluden la fiscalización de la autoridad, que quiere protegerlos, ya que ellos no saben protegerse.

Ahora bien; si no son aventureros, pero tampoco ignorantes, y van con plena conciencia de su suerte, pero se van, entonces es que les empuja la suprema razón de la necesidad. Marchan, no para enriquecerse, sino para salvarse, para mejorar algo si pueden, sabiendo que no saldrán de pobres, pero que no morirán, como sería fijo que morirían en su tierra.

No hay que buscar otros motivos. Las estadísticas no nos los darán.

Así, pues, la emigración no emana de fuentes ignotas, complejísimas y sutiles.

La ignorancia, el hambre: he aquí las causas.

Por tanto, no hay problema de emigración propiamente dicho. Hay un problema educativo y otro económicosocial. Conflicto, sí; hay un conflicto emigratorio grande y dificilísimo de remediar, porque supone el saneamiento de toda la nación.

Hay que asegurar el pan, lo que se dice el pan—lo que llama el alemán Popper *distribución común de un minimum—;* hay que distribuir, por otra parte, siquiera un mínimum de cultura, porque sin el pan del espíritu no aprovecha el pan de mies, pues nos lo quitan ó lo malgastamos.

Lograr esto es cosa de lentitud, de trabajos activos, perseverantes y complejos. No puede curarse en un día; pero por este camino está la curación, y así cesará el problema emigratorio en las naciones, como en la medicina no habrá problema de cáncer el día que los hombres tengan la sangre pura.

Manuel Abril.

———oOo———

Consideraciones políticosociales.

Las deficiencias en la vida política y social de España no responden tanto á la labor particular de los diferentes agentes de la política como á las condiciones del medio ambiente. Del estudio que Angel Ganivet hace en su *Idearium* de la idiosincrasia española se desprende su poca aptitud para entrar de lleno en la corriente de la vida moderna, y el trabajo de adaptación que hace comprime sus naturales cualidades y condiciones, sin lograr la reducción del existente antagonismo. Se advierte, ante todo, escaso espíritu de asociación y, en general, de organización. En la Edad Media y en la primera porción de los tiempos modernos la vida nacional se apoyaba en la fuerte organización eclesiástica y monacal. Pero en nuestros días las aspiraciones son muy distintas y obedecen á nuevos principios sociales, que constituyen la pujanza de las naciones que más plenamente en ellos se inspiran. Pues bien: nuestro pueblo manifiesta cierta apatía y cierta falta de aptitud para incorporarse á esas nuevas formas de vida; y así vemos que el Estado se halla todavía sometido á la influencia de la Iglesia, presentando España á estas alturas un carácter semiteocrático, y, por regla general, todo español lleva aún dentro de sí un fraile, y es cosa admirable observar cómo la frailocracia ha cobrado nuevo robustecimiento y nuevos vuelos desde la Revolución del 68, creciendo y multiplicándose á la sombra de las libertades, y por eso los obscurantistas se han vuelto los más tiernos amantes de las mismas. Ese fenómeno se explica en parte por el influjo tradicional, y en parte por el hecho de que el espíritu de la masa se inclina siempre á la reacción después de todo movimiento revolucionario. Por lo mismo, los elementos liberales hubieran debido ser más vigilantes y más celosos de los ideales y de las instituciones derivadas de la Revolución, mientras que, con su negligencia y su tibieza, han favorecido el falseamiento de dichas instituciones y el retoñar floreciente de todo lo que significa retroceso y mengua. Ocurre también que no suelen tomarse bastante en serio los intereses vitales de la Nación, y, en general, los fines de la vida en todos los órdenes, y se da de un modo constante la funesta práctica de convertir el fin en medio y el medio en fin, como sucede, por ejemplo, con la política, que con harta frecuencia sirve para satisfacer particulares ambiciones, con detrimento del país. Esto mismo ha impedido, en parte, que la política adquiriese el carácter reflexivo y sociológico á que debe tender. Pues hoy la cuestión de régimen, es decir, de forma de gobierno, es cosa secundaria, puesto que la Monarquía es tan susceptible de satisfacer las necesidades del progreso como la República, y lo que importa es atender á la solución de los problemas sociales. Tales son la cuestión de la agricultura, la de la enseñanza y la del proletariado, á cada una de las cuales dedicaré una parrafada.

I.—Cuestión de la agricultura.

La agricultura es uno de los factores básicos para la vida de un país, y merece la preocupación y atención esmerada de los Poderes públicos, sobre todo en las épocas críticas, como sucede hoy, en que se manifiesta la doble necesidad de sacar la agricultura española de su estado primitivo, haciéndola florecer con los adelantos modernos, y de introducir un criterio de mayor equidad en el régimen ú orden agrícola. En muchos puntos la propiedad rural se ha ido concentrando en pocas manos, constituyendo las grandes propiedades ó latifundios, los cuales suelen ser cultivados sólo en parte, quedando dilatadas extensiones de terreno cultivable sin cultivar. Tiene uno derecho á explotar todo el terreno que pueda, porque de ese modo se proporciona trabajo y con él subsistencia á una porción de gente; pero á lo que no debe uno tener derecho es á detentar la utilización de una propiedad, porque eso es mano muerta, es decir, paralización de la vida, cuando hay tantos trabajadores del campo que necesitan trabajo porque necesitan vivir, y el no tratar de dar satisfacción á este apremio, sobre ser una desidia censurable, es el medio más seguro para engrosar las huestes anarquistas ó para mantener promovida una emigración lastimosamente despobladora. Conviene, pues, expropiar, mediante la indemnización que corresponda, las partes de propiedades no aprovechadas útilmente. Esto lo realizaría el Estado, para distribuir esas tierras en lotes, fomentando la pequeña propiedad, que debe ser el nervio del desarrollo agrícola de un país, sin lo cual el desequilibrio es agudo, manteniendo en la dependencia y en la penuria á la inmensa mayoría. En Inglaterra ya se ha procedido en varios puntos á esa expropiación, que rectifica de hecho el concepto de propiedad *ius utendi et abutendi,* limitándolo prudencialmente al *ius utendi.* Esta medida fué tomada principalmente en Irlanda, donde los perjuicios causados por la gran propiedad eran por demás intolerables. Ofrece España un hermoso ejemplo de la propiedad agrícola difundida en el campo de Valencia y en el de Murcia, con gran beneficio para el cultivo, que ha hecho de esas regiones la huerta y el jardín de España.

En cuanto al perfeccionamiento de la agricultura, éste implica la aplicación de la maquinaria moderna de labor, el riego y los abonos en gran cantidad, es decir, el cultivo intensivo, que exige ciertas condiciones de medio y ciertos recursos para emprenderlo y sostenerlo; por lo que la transformación del sistema de cultivo no puede hacerse de un modo general, de golpe y porrazo, sino gradualmente, aunque activándola en lo posible. En un artículo que publiqué en *El Globo* el año 1899 trataba del asunto, relacionándolo con el papel que desempeña la vegetación arborescente, y no creo superfluo el reproducirlo aquí:

«Utilidad del arbolado.—El problema del agua para la agricultura es, ciertamente, de los que atañen á la prosperidad de un país. *Por eso, en los momentos actuales, en que muchos se preocupan de mejorar las condiciones de*

vida en España, el mencionado problema es objeto de particular atención. La solución la hallan, los que han tratado de este asunto, en el establecimiento de canales de riego por toda la Península. Tal idea es en sí la más plausible, la más favorable al desarrollo de la agricultura. Pero la aplicación de la misma requiere la existencia previa de importantes condiciones, que en nuestro país habría que empezar por crear. En efecto: para ser aprovechada la canalización, sería preciso transformar el sistema de cultivo, que en España suele ser aún el primitivo, implantando los adelantos modernos de la agricultura. La realización de semejante cambio, no sólo no se improvisa, porque exige un nivel de instrucción en el pueblo que es menester que antes se adquiera, sino que demanda del cultivador recursos de reserva, de los que generalmente carece, á fin de hacer la instalación necesaria, que lleve el agua del canal á sus tierras y la destribuya convenientemente, así como para comprar los abonos, que le harán falta en gran cantidad, ya que el sistema de riego implica el cultivo intensivo, que pronto agota el suelo, reclamando una recomposición costosa. Además, importa saber con certeza si dispone la Península de bastante caudal de agua para alimentar la soñada red de canales. Conviene, pues, buscar un medio auxiliar de riego, fomentando el riego natural, ó sea, la producción de la lluvia, lo que se consigue con el arbolado. En efecto: las frecuentes sequías con que tanto padece la agricultura provienen en parte de la escasez de la vegetación, la cual es un poderoso regulador higrométrico, por la propiedad que tiene de mantener constantemente mayor ó menor grado de humedad en el ambiente, favoreciendo así la formación de las nubes, ó mejor dicho, influye en los vapores de la atmósfera por su acción refrigerante. Esta acción aparece puesta de manifiesto por un caso curioso. Durante el sitio de París, en repetidas ocasiones individuos de los sitiados salieron en globo, llevando correspondencia oficial, para comunicarse con la Francia, principalmente con el ejército del Loire. Uno de ellos cuenta que, cuando su expedición aérea, el tiempo era hermoso; el sol brillaba y la temperatura era agradable; el globo se mantenía á buena altura, dejando tras sí la campiña, que parecía devolver las blandas caricias del cielo. De pronto, una alfombra obscura se extiende bajo la vista del aeronauta, quien experimenta al mismo tiempo un notable descenso de temperatura, y advierte que el globo baja considerablemente. La causa de esto era un bosque, por encima del cual estaba pasando el viajero aéreo, y, una vez traspuesto aquél, volvió á notarse el hálito templado, y el globo volvió á remontarse en los aires. Se comprende por lo dicho que la vegetación, sobre todo estando agrupada, pueda ejercer marcada influencia en el estado atmosférico, favoreciendo con su acción refrigerante la condensación de los vapores de agua en suspensión ó la resolución en lluvia de los ya condensados en nube, á veces, al pasar la nube por encima del bosque empujada por el viento, y experimentando en esa circunstancia un principio de transformación que quizá produzca la lluvia en lugar distante del traspuesto bosque, aprovechándose la comarca del meteoro, que se disponía á pasar sin favorecerla con sus bienhechores efectos. La vegetación presta también el servicio de sujetar el terreno y de permitir al

agua, cuando llueve, filtrarse más fácilmente en él, impidiendo se precipite á torrentes, arrastrando las tierras y determinando catástrofes por inundación, como sucede cada año en España. Además, el arbolado es un agente importante de la salubridad de la atmósfera (las Landas, en Francia, fueron saneadas por la plantación de grandes cantidades de pinos y de eucaliptus). En Alemania el arbolado se ofrece generalmente bajo la forma de bosques y selvas. En Francia los bosques constituyen la excepción: comúnmente, los árboles están diseminados por los campos. En España había antes gran abundancia de arbolado: han ido suprimiéndolo poco á poco en la mayor parte de las provincias, sin cuidarse de reponerlo, por atender sólo á la utilidad del momento y no calcular las consecuencias de tal imprevisión.

»Las consideraciones que acabo de exponer muestran la necesidad de repoblar á España de árboles, consiguiendo de este modo que se establezca mayor equilibrio en las manifestaciones climatéricas. No se malograrán las cosechas con tanta frecuencia. El cultivador podrá entonces ir saliendo del estado precario en que se halla sumido por los malos años sin cuento que viene experimentando la agricultura desde hace tiempo, y se le impondrá por sí sola la aspiración de aumentar la producción de sus campos mediante la adopción de los procedimientos modernos á que hasta ahora es refractario. He aquí, pues, el proceso gradual que, á mi entender, sería el más práctico para constituir la obra del perfeccionamiento agrícola. No es esto decir que se abandone por el momento el proyecto de los canales: creo, al contrario, que será altamente beneficiosa la combinación prudente del establecimiento progresivo de los canales y pantanos con la propagación del arbolado.

»De este modo es de esperar que la agricultura española salga de su estado de postración, á cuyo fin se ha de trabajar con ardor y con fe, pues la agricultura es uno de los fundamentos en que ha de apoyarse la obra de la reconstitución de nuestro país, la cual exige para su realización el concurso de todas las energías individuales y sociales manifestadas en todas las esferas de la actividad.»

Vemos, pues, que las necesidades de la agricultura perfeccionada son complejas. Tocante á la de los recursos, serían notablemente facilitados con el funcionamiento de un Banco de crédito agrícola. Florecieron en otro tiempo los pósitos, que eran propiamente un sistema de crédito, adelantándose España á los demás países; pero en vez de robustecerse y desarrollarse, fructificando, esa utilísima institución fué desatendida, desamparada y relegada como trasto viejo, porque no se ha sabido ó no se han ocupado en darle impulso, amplitud y organización, incorporando por desarrollo natural el sistema de los pósitos á la norma del sistema de crédito moderno, con lo que tendría la ventaja de ser un sistema nacional de abolengo con vida histórica propia, es decir, con espíritu nacional, y adaptado á las necesidades de nuestro tiempo. Por lo contrario, parece como que el espíritu moderno ha atrofiado la institución de los pósitos, en vez de fecundizarla; y es porque el espíritu nuevo no ha sido gene-

rado en España, sino que ha sido importado, habiendo como un dualismo, un antagonismo entre ese elemento y el medio al que ha de modificar; y este fenómeno se revela, en general, en todas las manifestaciones de la vida nacional contemporánea: el *injerto* no se ha logrado sino imperfectamente, por escasa afinidad entre los dos términos del mismo. Y así sucede que la vida actual de la Nación es un producto híbrido; las conquistas de la vida moderna no han encarnado, no han tomado carta de naturaleza en nuestro país, no son sentidas y vividas; por eso las instituciones modernas, apenas implantadas aquí, se han falseado: el sufragio, el Jurado, el Parlamento; en una palabra, los derechos del estado civil. *Hay que europeizarnos,* clamó Costa; es decir, hay que incorporarnos de lleno al concierto de la vida europea, asimilándonos su espíritu y su savia; de lo contrario, seremos un cabo suelto, destinado á ser presa de la carcoma de la vetustez.

II.—Cuestión de la enseñanza.

Este objeto es tanto más importante, cuanto que él informa toda la vida de relación de un pueblo, por lo que merece particular atención de los Poderes públicos. La instrucción es el aprendizaje del pensamiento, como facultad directora de la vida racional del individuo. En todos los países civilizados hay individuos que se distinguen por su excepcional inteligencia y cultura y son la *aristocracia del talento,* y esta aristocracia intelectual de todos los países, reunida, constituye, por decirlo así, la *región de los iguales.* Pero el *nivel de cultura* de una nación lo da la masa, y, desgraciadamente, ese nivel en España es bastante bajo, á causa de la desidia existente en este respecto, y es de vital interés para el país que se difunda la instrucción y que se perfeccione la enseñanza. Los tres grados de enseñanza merecen una atención igualmente esmerada, porque cada cual tiene gran importancia y utilidad. Empezaré por considerar las escuelas primarias, en que las reformas han de darse en cuanto á su multiplicación, á la metodología, á la suficiencia de los maestros, á la cuantía de los sueldos y á las condiciones de los locales. Á este propósito, haré una indicación que no carece de interés substantivo: En La Unión, provincia de Murcia, la enseñanza primaria está montada en forma modelo, inspirada en los mayores adelantos pedagógicos, conforme al sistema de cierto maestro italiano, cuyo mérito es el siguiente: Joven aún, tuvo una herencia, y dedicó la mitad de ella á costearse la estancia durante diez años en los países más adelantados en pedagogía: Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra, Suecia y los Estados Unidos, estudiando directamente los métodos de cada uno. Escogió lo mejor de cada sistema y combinó armónicamente esos elementos, formando un método que es la última palabra en pedagogía. De vuelta en su lugar natal, que es una pequeña ciudad á orillas del Adriático, abrió una escuela, con sorprendentes resultados. Pronto llamó la atención, y el ministro de Instrucción pública, informado de la labor de dicho maestro, fué expresamente á la men-

cionada localidad para enterarse por sí mismo del caso, visitando la escuela. Quedó encantado, elogió mucho al maestro y le dijo que pidiera lo que le hiciese falta; no pidió más que un local más amplio y bien apropiado, que el Estado le concedió en seguida. De todas partes del Extranjero acuden, durante las vacaciones del verano, maestros de escuela para aprender con su colega de Italia, quien generosamente pone sus conocimientos y su experiencia á disposición de sus compañeros de magisterio, para bien de la Humanidad. La Compañía minera de La Unión, con iniciativa del mayor encomio, escogió un maestro joven é inteligente y lo mandó á su costa á Italia, con el encargo de permanecer allá toda la temporada necesaria para empaparse del sistema en cuestión. Así lo hizo, y á su regreso, bien pertrechado, se puso al frente de una escuela con completo éxito, y sirviendo de ejemplo y á su vez de maestro á otros maestros de la localidad que han querido imitarle. Este sistema es eminentemente objetivo y práctico, acostumbrando al niño al proceso mental de la inducción; y en cuanto á la parte educativa, que es la instrucción dirigida á la voluntad y al sentimiento, favorece lo más posible la naturalidad y espontaneidad. La Unión tiene, pues, una enseñanza primaria de primer orden, y podría ser un vivero de pedagogos si los maestros de las diversas partes de la Península, empezando por los de la Normal, fuesen allá en busca de inspiración y de enseñanza.

En cuanto al segundo grado de la instrucción, se procede por asignaturas como en los estudios universitarios, sin que se tome en cuenta la diferencia de la edad, que exige también diferencia en el sistema; y así ocurre que los alumnos olvidan las asignaturas una vez cursadas, y llegan al bachillerato casi limpios de conocimientos, teniendo que recogerlos prendidos con alfileres para el examen de la reválida. Se enseña, además, de modo contrario al desarrollo del entendimiento, á expensas del cual se suele favorecer el cultivo de la memoria, y no la de concepto, sino la memoria mecánica. «No pretendo que ustedes piensen como yo—decía desde su cátedra mi ilustre é insigne maestro en Filosofía, Sr. Salmerón—: lo que quiero es que ustedes piensen.» Y lo dijo con ocasión de un alumno negado, cuyo entendimiento estaba invocando en balde. Este alumno tenía una gran memoria, que en la clase de Salmerón claro es que no le servía de provecho alguno; y, por ejemplo, en la de Historia, siempre que el profesor le preguntaba la lección de repaso, la recitaba por entero al pie de la letra. Estábamos todos admirados, y decíamos: «Este va á hacer el gran examen.» Pues no fué así, que el examen fué deplorable; y es que tenía memoria para aprenderse de carretilla la lección para cuando le tocaba ser preguntado en clase; pero le fué imposible enregistrar de ese modo mecánico todas las lecciones del curso. Contaba sólo unos catorce años, edad inadecuada para emprender los estudios universitarios. Era uno de esos muchachos que con su memoria obtienen buenas notas en la segunda enseñanza, con gran satisfacción de los padres, que se imaginan que su chico da pruebas de ser muy listo. Sí; la enseñanza debe encaminarse á desarrollar principalmente el *juicio y el raciocinio*. No ignoro que á los obscurantistas les des-

agrada mucho esto, y que en la sombra hostilizan constantemente esta disposición en los estudios, porque emancipa la inteligencia, y, emancipándose las inteligencias, se emancipan las almas, mientras que, para la salvación de las mismas (sobrentendido para los intereses de la Iglesia), es muy conveniente que sean de reata. No sé si con la *pobreza de espíritu* se *salvan* las *almas;* lo que sí sé es que con ella se *pierden* los *pueblos*. La Iglesia es responsable del atraso relativo de España, si bien en mano de ésta estaba el no haberse sometido tan dócilmente á la acción perniciosa de aquélla. Su fidelidad á la Iglesia le costó caro: la Iglesia enseña la muerte y la propaga, deprimiendo y asolando los espíritus, pues en esta obra de esterilización cifra ella, la momificada, su fatídico imperio. La Iglesia es una institución, y una institución cristalizada, y á la religión, que es una creencia basada en el sentimiento, pretende imponerle ese mismo carácter convencional, artificial, y lo consigue, pero quitándole á ese sentimiento su virtualidad, su savia, su propio contenido, y así se observa que los pueblos católicos son los menos *internamente* religiosos, y los pensadores, en esos países, viendo que lo religioso se convierte en algo perjudicial, abominan de ello y quieren suprimirlo. La unidad religiosa bajo la autoridad de la Iglesia tuvo un tiempo su razón de ser; pero hoy día dicha unidad tiene una razón de ser meramente *eclesiástica,* y, por tanto, envuelve una idea de explotación. Hace muchos siglos que la Iglesia ha venido cobrándose con creces, con usura, de los beneficios que un día la Humanidad le debiera. En sarcástica oposición con sus principios, siempre se ha distinguido por su ambición, por su afán de dominio, y hoy, que ha perdido la fuerza, busca indirectamente el logro de su aspiración apoderándose de los espíritus para moldearlos á su guisa, valida del prestigio que le da su ministerio, en el que ha sabido adoptar un carácter indispensable; pues sin la intervención del sacerdote, ni puede uno figurar entre los candidatos á la salvación (me refiero al bautismo), ni puede uno comunicarse con la Divinidad (me refiero al culto), ni puede uno lograr la salvación (me refiero á la absolución de los pecados y al Viático, que es el pasaporte para el cielo). Esto explica el imperio que la Iglesia tiene sobre las almas, y como resulta muy cómodo que, en vez de *salvarse* uno, le *salven* á uno, sucede que la gente se aviene muy bien con tan socorrida institución, la cual, para asegurar su afianzamiento, muestra empeño en suministrar la enseñanza mediante las Órdenes religiosas, y éstas invocan para tal ejercicio el precedente de la Edad Media, y no advierten que, si apoyan su pretensión en ese hecho, también los nobles podrían reclamar sus prerrogativas feudales. La Edad Media fué el período de formación de las actuales nacionalidades, y en ese período de barbarie relativa estaba justificada la preeminencia de la Iglesia y su ingerencia en todo. Pero, una vez constituído y consolidado el Estado, á *él* incumbe la dirección total de los pueblos. Como la Iglesia, en todas sus manifestaciones, es una cosa anacrónica, opuesta por su espíritu á las aspiraciones de la vida moderna, las Órdenes religiosas, colocadas fuera de la convivencia social y con ideas trasnochadas, son órganos docentes enteramente inadecuados, y el Estado, que

debe velar por el interés general y fomentar la prosperidad del país, mirando siempre al porvenir, tiene perfecto derecho á incapacitar á las Órdenes y Congregaciones religiosas para la enseñanza. Bajo el título pomposo de libertad de enseñanza, sólo se pretende proclamar y confirmar el derecho de esos organismos á la función docente. Pues bien: estimo *moralmente ilegítimo* que unas gentes que hacen una vida de excepción, una vida *antisocial,* que han *desertado* de la *ciudadanía,* ejerzan una *función social*. Esos organismos son tolerables mientras permanezcan dentro de sus propios límites, mientras no invadan el terreno ajeno á su naturaleza y á los fines *irracionales* de su existencia. ¿Es que se quiere que el Estado se desentienda de la enseñanza y que ni siquiera exija garantía de aptitud á los que la suministran? Esto sólo se puede admitir como una aspiración; su realización sería desastrosa. Ni aun es práctica hoy día en España la autonomía universitaria, como lo prueban las Universidades de Deusto, de Oñate y del Sacro Monte, las únicas que tienen ese carácter y que se dedican por entero á la mixtificación de los estudios. El Estado tiene la misión de velar por los distintos fines de la vida social, inspirándose desinteresadamente en el progreso. Uno de esos principales fines es la cultura, y ésta ha de ser protegida en caso necesario contra los que explotan la enseñanza como medio, desde cualquier campo que sea; pues las instituciones docentes han de ser neutrales, es decir, ajenas á las apasionadas luchas políticas y religiosas.

Como la cosa religiosa influye de modo especial en la cultura, concluiré de decir mi pensamiento sobre esa materia. Goethe ha dicho que quien cultiva la ciencia ó el arte no necesita de una *forma determinada* de religión, es decir, que puede prescindir de las llamadas *religiones positivas,* bastándole, en materia de religión, la *religión natural,* que sólo admite dos ideas sobrenaturales: la de la Divinidad y la de la inmortalidad del alma, y que hace de la moral una religión y de la religión una moral. El sentimiento religioso está muy arraigado en la Humanidad: nació y se desarrolló con la preocupación del más allá, de lo desconocido. De aquí las múltiples religiones positivas que se han formado para satisfacer esa necesidad de los pueblos. Lo que importa es que la institución religiosa sea desinteresada y aliada de la cultura y del progreso; que no sirva de medio á una clase, la sacerdotal, para que viva explotando sin escrúpulo á las demás, como han hecho todas las *teocracias,* incluso la católica: todas han empezado por ser una forma de progreso, un elemento de cultura, un beneficio positivo para las regiones en que se desarrollaron; pero, andando el tiempo, estuvieron en oposición con los intereses vitales de los pueblos, siendo sus más implacables opresores: de aquí las revoluciones religiosas que registra la Historia, dirigidas todas contra el poder teocrático, si bien, generalmente, para sustituir una teocracia con otra. Fijándonos en el cristianismo, vemos que, desde que triunfó en el Imperio romano, estableciéndose con el nombre de Iglesia católica, empezó á constituirse con poder teocrático, proscribiendo las demás sectas cristianas, y manteniendo su unidad férrea á través de la Edad Media, á veces á costa de ríos de sangre, como

sucedió con los cataros y valdenses del Piamonte y, sobre todo, con los albigenses. Ya dije antes que esa unidad religiosa tuvo su utilidad, porque fué el único lazo moral que sirvió de unión á esas sociedades turbulentas y anárquicas. Pero la vida no se detiene á voluntad y á beneficio de tal ó cual institución, y rompe constantemente los viejos moldes. El movimiento de rebelión era, pues, inevitable, y, como sucede con todos los acontecimientos de la Historia, no surgió por generación espontánea, sino que tuvo un largo período de preparación, personificado particularmente en Wiclef, Juan Huss y Savonarola. La revolución religiosa estaba, por tanto, hecha en los espíritus cuando apareció Lutero sirviéndole de *verbo*. ¿Qué hizo Lutero? ¿Rebelarse en nombre de la razón? Lutero calificaba la razón de *prostituta*. Si su reforma hubiera consistido en sus ideas religiosas, escaso hubiera sido su valor, pues se aferró dentro de los estrechos límites de las doctrinas de San Agustín. Mayor libertad de pensamiento religioso manifestaron, por ejemplo, los místicos españoles, y, sin embargo, no incurrieron en anatema. ¿Por qué? Porque no atacaron la *soberanía* de la Iglesia y su *organización:* éste fué, en efecto, el *delito* de Lutero, según unos; su *gloria,* según otros. Lutero reivindicó los fueros de la conciencia religiosa, dando un golpe mortal al poder de Roma; proclamó ciertos principios que tuvieron una transcendencia que escapó á la previsión del mismo reformador; rechazó la autoridad de la Iglesia, rompiendo la artificial *unidad religiosa;* hizo que la Iglesia, esencialmente invisible y espiritual, consistiese en la *asamblea de los fieles, no* en una *clase sacerdotal;* colocó al fiel delante de las Sagradas Escrituras, invitándole á examinarlas por sí mismo, constituyéndole en sacerdote de su propia creencia, de su propia conciencia. El protestantismo no es, por tanto, *teocrático,* y los fundamentos que le han dado origen fueron el punto de partida de una evolución fecunda en las ideas y sentimientos religiosos, evolución que se ha señalado desde el principio del siglo XVII con numerosas sectas, que son las manifestaciones de la transformación del *criterio religioso:* tales fueron el arminianismo, el latitudinarismo, el socinianismo, el pietismo y, finalmente, el unitarismo, representado por Channing y Parker en los Estados Unidos, el cual es hoy la forma más adelantada de la *piedad* unida á la *libertad;* puede decirse que es un racionalismo religioso, en que encuentran satisfacción la razón y el sentimiento, y que ofrece las mejores condiciones para la *edificación,* mientras que las instituciones cerradas son poco favorables al desarrollo de este sentimiento, que requiere amplitud de espíritu y de alma. Por ejemplo: los pietistas fueron la protesta en Alemania contra la falta de caridad, contra la esterilidad de corazón de los ortodoxos luteranos. En efecto: las ortodoxias se caracterizan por el apego á la autoridad, á la letra, y ya dijo San Pablo que la letra mata y que el espíritu vivifica. En suma: el protestantismo ha favorecido el propio pensamiento y ha sido susceptible de una evolución que, en los pueblos, ha llevado la conciencia religiosa al campo del racionalismo. Un individuo, cultivando su espíritu, puede llegar fácilmente desde cualquier parte á la *libertad filosófica;* pero los pueblos ne-

cesitan seguir un proceso mucho más lento é indirecto; las formas religiosas les sirven de andaderas, é importa mucho que éstas sean flexibles y abiertas al progreso, para que el cambio general en las ideas se haga *evolutivamente* y con pie firme; no por saltos infecundos de avance y de retroceso, en que se fluctúa entre la *credulidad fetichista* y la *incredulidad satánica*.

Se desprende de todo lo dicho que, para beneficio de nuestro país, hace falta que el clero aumente en general su ilustración, levante sus miras, ensanche el horizonte de sus ideas; importa que se convierta en eficaz instrumento de la cultura, impulsando á ella con el ejemplo y la enseñanza á la masa de los fieles. Es menester que la Iglesia siga también la vía del progreso, que se decida á evolucionar; pues la Humanidad no detendrá por ella su marcha adelante, y si en vez de ser un elemento útil á la sociedad es una rémora funesta, la sociedad concluirá por prescindir de ella, arrojándola de su seno, y los pueblos que permanezcan abrazados á la Iglesia, *con ella sucumbirán*.

III.—Cuestión del proletariado.

Conviene mucho que las aspiraciones de los obreros sean dirigidas y encauzadas desde arriba para evitar que las masas se precipiten en las exageraciones socialistas, que reclaman irracionalmente la igualdad de las condiciones, cuando la desigualdad radica en la misma naturaleza humana. La igualdad sólo puede fundarse en la miseria general y en la muerte del progreso. Pero á lo que se puede aspirar es á que todas las condiciones sean *buenas*, y esto sí que es posible conseguir; los unos hacen para ello un llamamiento á los sentimientos de caridad y de altruísmo, y los otros piden la intervención del Estado mediante disposiciones legislativas. El Instituto del Trabajo responde á este criterio y es altamente beneficioso, porque está destinado á estudiar el problema en toda su complejidad y á presentar las soluciones oportunas. Es necesario que desde las esferas del poder se promueva con creciente actividad el progreso en todas las clases sociales, como el modo más seguro y comprensivo de hacer país, que es lo que á todos debe importar. Para ello no basta predicar al pueblo sus derechos; hay que inculcarle al mismo tiempo el sentimiento de sus deberes como ciudadanos y como hombres; ha de ser una labor eminentemente educativa, desarrollando un discernimiento ponderado. Goethe dice que es peligroso emancipar la inteligencia sin suministrar medios para dominar el carácter. Si, en efecto, en el orden social se le habla al proletariado sólo de las reivindicaciones sin ilustrarle convenientemente, se desatará á una horda de energúmenos que todo lo atropellará, lo bueno como lo malo, subiéndose, desprovistos de cultura y educación, á las barbas de la gente culta y educada. A un general amigo mío le dijo una vez un cochero: «Señorito, usted y yo semos iguales.» «No—replicó el general—; no somos iguales, porque usted dice *semos*, y yo digo *somos*.» Sí; la diferencia de cultura es lo que más sostiene la diferencia de clases, y el difundir la cultura, el divulgarla,

es poner los medios de aminorar las desigualdades sociales y de levantar el nivel social, labor fecunda que habrá de acrecer el sentimiento de solidaridad y concordia entre los hombres. La Universidad Popular viene á ser el órgano especial de este movimiento saludable, que, en último término, responde á un proceso evolutivo de liberación.

Siempre me he inspirado en el ideal de la libertad, de la libertad en todos los terrenos: en el político, en el social, en el científico, en el religioso. El hombre que acepta pasivamente la servidumbre, cualquiera que sea, por abstracta y espiritual que parezca, sin que trate de afirmar su personalidad, luchando por emanciparse de los lazos que pretenden paralizar sus movimientos, ése no es un hombre completo. La libertad es el oxígeno de la vida social, aspiración instintiva y constante de la Humanidad desde su cuna, desde que el salvaje, intentando sustraerse al dominio abrumador de la Naturaleza, se agrupó, formando la tribu hetaírica, protoplasma de las sociedades civilizadas. El proceso de la Historia es el proceso penoso de la emancipación humana, constituyendo la ley del progreso; y en ciertos momentos de la evolución, para dar un paso de avance, no basta el empuje acompasado de la marcha ascendente, sino que es menester la embestida violenta para arrollar el obstáculo obstinado. Éstas son las revoluciones, recurso extremo y heroico, mal á veces necesario; pero siempre es un mal, no sólo por el desencadenamiento de las pasiones y el trastorno social, sino porque la revolución suele desviarse de su objeto, bastardeándose el ideal al contacto de las impurezas de la realidad. La Revolución francesa proclamó el triple principio de *Libertad, Igualdad* y *Fraternidad;* mas, en la práctica, sólo se cuidó de conseguir la igualdad, y confundió la libertad con la soberanía del pueblo, soberanía que se convirtió para todos en un omnímodo despotismo. Los frutos de una revolución no son nunca inmediatos, y se dan á costa de grandes sacrificios. Por eso, los que hacen las revoluciones necesarias, porque detienen el progreso evolutivo, son altamente culpables ante el tribunal de la Historia. En el presente, la libertad es una realidad para los menos, y esto con el carácter condicional y relativo inherente á toda organización social. La libertad es el respeto á los derechos individuales y sociales. En efecto: en la sociedad se dan dos factores, el individuo y la colectividad, la cual, aunque compuesta de individuos, constituye entidad distinta, con espíritu y tendencias peculiares: el individuo es naturalmente *egoísta;* la colectividad es naturalmente *altruísta,* ó mejor dicho, se da el hombre en relación *consigo mismo* y en relación con la *sociedad,* y cuando existe predominio de uno de estos principios, hay *desequilibrio social;* el predominio del primero se llama *individualismo,* y el predominio del segundo, *socialismo*. El individuo exalta la libertad de los menos sobre la opresión de los más, y el socialismo, deprimiendo al individuo, seca la fuente del progreso. La *normalidad* de la vida social radica en la armonización de los dos principios que hemos señalado. Hoy esta armonización es incompleta; realizarla con arreglo á la justicia debe ser la obra de la democracia. «La democracia es—según definición del Sr. Canalejas—aquel régimen político-

social que disponga el medio, el ambiente favorable en todas las clases al desenvolvimiento de las energías individuales y sociales.» *¡Ensanchad el Cielo!*, gritaron los latitudinarios de los siglos XVII y XVIII, con terror de los ortodoxos de todas las confesiones, que, inspirados en la mezquindad de sus respectivas comuniones, pretendían vincular á la inmensa mayoría de la Humanidad en la *desheredación* de las beatitudes celestes. *¡Ensanchad el Cielo!* Este grito de redención y de amor transportémoslo á la esfera social, donde se cumplen los destinos terrenales y donde el supremo bien reside en la *libertad;* ensanchemos el área de la libertad, haciendo partícipes de ella á los miembros de la sociedad entera. La grandeza y prosperidad de un pueblo descansan en el número de sus individuos que merecen el título de *hombres,* de los que es principal atributo la *independencia.* Para lograrla y afirmarse en ella se requieren *condiciones favorables del medio* y *asiduo esfuerzo individual.* La política debe propender desinteresadamente á suministrar dichas condiciones de progreso é impulsar á las masas populares y proletarias á la vida de la *mentalidad,* que es la que *emancipa* y, por tanto, *dignifica.*

Hagamos votos por que tal orientación no tarde en inspirar á las esferas del Estado, encarnando en el Gobierno, á fin de que, resplandeciendo con ella el sol de la esperanza, se difunda nueva vida y nuevo vigor por las arterias de nuestro cuerpo social, medio asfixiado por las emanaciones mefíticas que se desprenden de la descomposición de los organismos del *pasado.*

Carlos Lickefett.

———oOo———

FORTALEZA

(BOCETO DE CUENTO)

¡Canta, ruiseñor; canta! ¡Lanza al espacio tus gemidos impregnados de tristeza! ¡Desata en copioso llanto los trinos que mantienes en tu pecho!... ¡Tocad, campanas mortuorias! ¡Elevad á lo alto de los cielos la oración de los mortales al son de vuestro lúgubre tañido! ¡Tocad! ¡Rasgad el silencio misterioso de la noche con vuestra argentina voz!... ¡Y tú, triste ciprés que al cielo llegas! ¡Susurren tus hojas sus secretos! ¡Murmure tu follaje sus misterios!... ¡Canta, ruiseñor!... ¡Tocad, campanas!... ¡Llorad, alto ciprés!

....

—¡Esposo mío, esposo de mi alma! ¡Qué triste estoy sin ti! No me resigno á vivir solitaria en este mundo. El hijo de mis entrañas, ese pedazo de tu corazón que me has dejado, hace más triste mi soledad. Te llama á cada instante, y en vano logro calmarle cuando no llega el autor de sus días. ¡Quiero morir, como tú! ¡Llámame pronto á tu lado, que la soledad me espanta! Llama también á tu hijo; á este angelito que has echado al mundo, que atormenta con sus lloros á su madre...—Y la voz que tales palabras pronunciaba, cual lánguido estertor salido de una tumba, se apagó.

La brisa, cruzando veloz entre los árboles de aquel triste recinto, en donde las grandezas humanas hallan su reposo, dejó percibir su lúgubre silbido. Las aves, ebrias de sangre y de cebarse en carne, revoloteaban en torno de las fosas, en donde cuerpos amontonados permanecían insepultos.

La luz del crepúsculo languidecía.

El sol replegaba su dorada cabellera y se ocultaba entre montañas, derramando lágrimas de fuego. La luna comenzaba á asomarse al balcón del horizonte, risueña y placentera, después de larga ausencia; y al divisar aquel cuadro aterrador, aquella mujer hermosa, pero escuálida, con el terror pintado en su semblante, vertiendo abundantes lágrimas sobre la lápida de una sepultura, ocultó su faz tras de una nube y derramó abundante llanto, transformado después en copiosa lluvia que descendió sobre la tierra.

....

Aquella mujer, alta y delgada, envuelta en un negro manto de crespón; aquella mujer, que oprime contra el seno á un tierno vástago, raquítico y hambriento; aquella mujer, á la cual la lluvia que comienza, la obscuridad de la noche, la compañía de los muertos no le hacen mella, es Rosaura, la mujer más hermosa del contorno; la mujer que por su belleza ha sido origen de pendencias; la mujer que, muerto su esposo, rociaba su sepulcro con sus lágrimas, y, por último, una víctima más de la miseria.

—¡Esposo de mi alma! ¡Qué malos son los hombres! ¡Llámame pronto á tu lado para que no caiga en sus garras! ¡Uno quiere mi perdición! ¡Quiere hacer caer sobre mí la mancha de la deshonra! ¡Ah, no, esposo mío, no temas! ¡Tu Rosaura te será fiel toda su vida! ¡Vale más su honra que todos los dineros de la tierra!

Otra vez el silencio volvió á imperar, y la brisa, besando la tendida cabellera de aquella pobre mujer, huyó de aquel recinto, repitiendo estas palabras:

—¡Vale más su honra que todos los dineros de la tierra!

....

¡Llora, mujer; llora! ¡Llora á tu esposo! ¡Séle fiel toda tu vida!... Así pareció que le decía el reloj del cementerio al anunciar con su acompasada melodía la primera hora de la noche... ¡Descansad en paz! ¡Un día menos os resta de que permanezcáis aquí!..., pareció decir á los que dormían el sueño de la muerte, al repetir la hora.

La mujer, como animada por la arenga que aquel pregón del tiempo le dirigía, se levantó, y cruzando el cementerio como un ánima en pena, como un fantasma salido de una fosa, se dirigió á la puerta y abandonó la estancia de los muertos.

Otra sombra, en el camino que al pueblo conducía, se ocultaba entre espesos matorrales. Al divisar á la mujer salió á su encuentro, y le dijo con voz bronca, en la que se reflejaba temor y odio, súplica y perversidad al mismo tiempo:

—¡Toma! En ese bolsón encontrarás lo que te hace falta: dinero.

—¡No lo quiero!—le contestó ella arrojándolo lejos de sí.

—¡Qué tonta eres! Dejarás perecer á tu hijo de hambre por no aceptar lo que te ofrezco.

—Sí; moriremos los dos juntos, mi hijo y yo. Con ese dinero quieres mi deshonra; ¿no es eso? Pues bien; mi honra vale más. No la vendo por tan poco.

—Si quieres, doblaré la cantidad...

—¡No! Aún es poco. Vale más, mucho más. Más que todo el oro de la tierra.

Y, al decir esto, le volvió las espaldas y marchó, camino otra vez del cementerio.

En aquel momento su hijo prorrumpió en desconsolado llanto, y exclamaba sollozando:

—¡Madre, tengo hambre!

Gruesas lágrimas se asomaron á los ojos de la infeliz mujer; lo estrechó contra su seno y estampó en su seca frente un sonoro beso, brotando de sus labios, cual leve murmullo, estas palabras:

—¡Duerme, hijo; duerme, que así se te pasará!

El hombre la seguía; mas, al penetrar ella en el camposanto, él se detuvo, porque los muertos le aterraban; porque su corazón ruin y cobarde le impedía entrar; porque aquel campo de desolación le intimidaba; porque aquella mujer, empuñando el escudo de su honra, le había desarmado, y á sus ojos había

parecido heroica, leal, inaccesible fortaleza, y él, cobarde, ruin y empequeñecido.

. . . .

La noche transcurrió fugaz. El crepúsculo se avecinaba. El día se presentaba triste y sombrío. La tierra se encontraba envuelta en un sudario gris.

La mujer, que había permanecido junto á la tumba de su esposo en una noche obscura, sin temor á las intemperancias del invierno, yacía á los pies de aquella lápida que tantas veces había lavado con sus lágrimas. El hijo que estrechaba entre sus brazos acompañaba también á su madre en el sueño de los justos.

¡Habían muerto, sí! Ella, de dolor, de amargura, por haber agotado sus ya escasas fuerzas luchando contra un hombre. Él, de hambre, de miseria, de frío...

. . . .

¡Hojas secas que rodáis á impulsos de la brisa! ¡Copos de nieve que empezáis á descender! ¡Cubrid, cubrid esos dos cuerpos que yacen ya sin vida! ¡Formad en torno de ellos honrosa sepultura!... ¡Rodad!... ¡Cubrid!...

. . . .

¡Canta, ruiseñor; canta! ¡Lanza al espacio tus gemidos impregnados de tristeza! ¡Desata en copioso llanto los trinos que mantienes en tu pecho!... ¡Tocad, campanas mortuorias! ¡Elevad á lo alto de los cielos la oración de los mortales al son de vuestro lúgubre tañido! ¡Tocad! ¡Rasgad el silencio misterioso de la noche con vuestra argentina voz!... ¡Y tú, triste ciprés que al cielo llegas! ¡Susurren tus hojas sus secretos! ¡Murmure tu follaje sus misterios!... ¡Canta, ruiseñor!... ¡Tocad, campanas!... ¡Llorad, alto ciprés!...

. . . .

Gonzalo Firpo Cuyás.

Madrid, 1908.

———oOo———

A ESPIÑA

(Composicion lida n'o teatro de Tacon d'a Habana, n'a festa d'o XXIII aniversario d'a fundacion d'o Centro Gallego.)

A Lisardo Barreiro.

I

Pra que vos fale esta noite
metéronme certo empeño,
e un pouco á falarvos veño
se hay por aquí quen m'escoite.
Anos fay que nos riñós
levo cravada unha espiña,
e como me doy aíña,
voum'a quitar diante vos.
Se mentres m'arrinco, berro,
disimuláime a molesta:
quéixase a besta y-é besta;
é ferro e láyase o ferro.
Moito non s'an de alegrar
de ver que inda teño alentos,
os que beberon os ventos
para facerme calar.
D'eses que, á Cuba chegado,
con palmas me recibiron,
e cando enteiro me viron
quiseran verme aforcado;
d'eses, con almas de can,
que coidan, n'a sua insolencia,
que se merca unha concencia
por catro codias de pan;
d'eses que medrando vin
d'os abusos d'o poder
y-a xornal quixeron ter
un cómplice mudo en min;
d'eses pra quen todo enteiro
o orde moral é un negocio;
a cubiza un sacerdocio
y-o millor dios o diñeiro;
d'eses pra quen fun *mambí*
cando era máis español
y-enchen c'os *mambís* o fol
yda xa España d'aquí.

D'eses entre quen semeéy
semente de paz y-amor,
pra coller un deshonor
por cada gran que ceibey;
d'eses que n'a loita cega
en que contra min s'alzaron
hastra matar non pararon
a probe «Terra Gallega»;
d'eses que cando a fundéy
ofrecéronme a sua caixa,
e déronseme de baixa
cando a cobrarlla mandéy;
d'eses que, de rabia cheos,
d'a porta me despidiron,
y-abríronm'a... cando viron
que m'abrían os alleos;
d'eses que n'a época vella
dixeron de min horrores
en papés de duas coores:
alanranxada e bermella...
(que pr'eso á nosa bandeira
servíu n'a sua man odiosa:
pra erguerse ante a xente nosa
¡y-arriarse ante a estranxeira!);
d'eses que nômo calando,
non me quero aquí ocupar:
quen as fay ten que as pagar,
y-eses... ¡xa as están pagando!

II

O amigo que me convida
a cantar n'esta velada,
döído de ver calada
a miña musa ferida,
quer que vos diga as razós
por qué non sallo nin entro
n'a Benéfica, n'o Centro
nin n'as gallegas reuniós.
Según él, fuxindo ó trato
d'os conterráns que me queren,
doulles pé pra se ofenderen
e pra terme por ingrato.

Quen conece a miña historia
y-hastra o mesmo ceo m'erguéu,
quen dende que os deprendeu
tray meus versos n'a memoria;
quen onde se me aldraxóu
sacóu a cara por min,
e cando un couce collin
déulle él sete á quen m'o dou,
ten lexítimo direito,
posto q'o amor fay vasallos,
ós máis finos agasallos
d'un nobre e fidalgo peito.—
Fala ben quen así fala
y-eu, coberto de rebor,
nada teño que repôr,
que, ás veces, calar é gala.
Son algo ingrato: é verdade;
mais debo decir en crú
que n'a miña ingratitú
non entróu nunca a vontade.
Jornaleiro d'o porvir,
decote sobre o meu tallo,
non vivo senon traballo;
¡y-eu traballo pra vivir!
Y-así, á un proletario tal
que non ágarda milloras
nin d'a rebaixa d'as horas
nin d'o aumento de xornal;
que non ten casas, nin tendas,
nin garda papel d'o Estado,
nin da diñeiro ó fiado,
nin cobra foros, nin rendas,
á deixar o seu meester
non-o podedes forzar,
se non-o querés matar
d'o que non querés morrer.

***

Fólguese en festas rumbosas,
bailas, tróulas e parrandas,
quen vay, cal santo n'as andas,
un chan trillando de rosas.

Perda o tempo en vaguexar
quen pense que n'esta vida
toda a brega está contida
entre un almorzo e un xantar.
Eu, que ben convicto estou,
vendo esta tracamundana,
de que a gran mision humana
inda se non comenzóu;
cada vez que a soyas penso
cómo inda entr'as multitudes
soben ó pau as virtudes
y-ó crime quéimase incenso;
que oyo tanto zorro listo
falar d'o chan adorado,
despois de telo entregado
cal figo Júdas con Cristo;
que ó través d'os longos mares
vexo poboaciós enteiras
deixar as patrias ribeiras,
os doces, nativos lares,
para ir pidindo por Dios
o prêto pan forasteiro,
mentres s'adona o usureiro
d'as terras de seus abós;
cando vexo escurecidos
os varós máis ben notados
y-acolleitos e louvados
os homes máis fementidos;
cando se cuspe n'a testa
onde á luz d'o xento arde
e cínguese á d'o cobarde
o loureiro en vez d'a xesta;
cando o fin d'a Patria asoma;
cando a raza s'aniquila
e peta a lanza d'Atila
de novo ás portas de Roma,
debo espreitar os camiños,
debo aspilleirar os portos,
gardar as tumbas d'os mortos
y-os berces d'os pequediños.
Non, non me mandés folgar...
Dios, que deixóu incompletas
suas obras, impuxo ós poetas
a mision de as acabar,

y-os pöetas dende enton,
d'o mundo para delicia,
teñen que erguer a xusticia
por cúpula d'a creacion.

III

Ahi xa tendes as razós
por qué non sallo nin entro
n'a Benéfica, n'o Centro
nin n'as gallegas reuniós.
Nin ¿para qué me queredes
n'eses lugares? Eu lixo.—
Botóume d'alí quen dixo
que iba á esculca de mercedes.
Botóume quen dixo un día
que n'os seus ricos estrados
están demáis os letrados,
a musica y-a poesía.
Botóume (xa que á ésto chego)
quen afirmóu, loucamente,
que d'o Centro o Presidente
non precisa ser gallego...
Cando esa infamia escoitey
saín; fixen, n'o momento,
de non volver xuramento,
e cumprin o que xurey.
¿Querés que falte ó xurado?—
Penduray d'aqueles muros
as copias d'os homes puros
que teñen a patria honrado:
nosos bós historiadores
e sabios naturalistas,
nosos prezados artistas,
poëtas e pensadores.
Adornade aqueles teitos,
que o pincel galaico esmalte,
con frescos onde resalte
a lenda d'os nosos feitos.
Onde, c'un sol que feitice,
o millor entre os millores,
reventen d'aroma as frores
y-a froita en mel s'esnaquice.

Onde fumegue o casar
y-onde, cal dous desposados,
n'o leito nupcial deitados,
dorma a terra e estronde o mar.
Facey que, cando visite
o salon d'a Biblioteca,
quen alí leve a alma seca
tope a fe que o resucite
lendo o Sabio Rey, Macía,
Feijoó, Colmeiro, Pondal,
Pastor, Carracido, Areal,
Rosalía e o gran Murguía.
Facede d'a nosa Quinta
un lugar onde, o doente,
d'a muller y-o fillo ausente,
as estrañezas non sinta.
Facede que os emigrantes
que aquí chegan en precura
d'o que lles nega a man dura
d'os seus duros gobernantes,
topen bó consello en nos,
caridá, agarimo, acobos,
¡pra que non calla entre lobos
quen fuxe d'entre ladrós!
Facede, en fin, que os que vamos
sin patria, sóos, pol-o mundo,
con lazos d'amor profundo
unha aquí, d'hirmans, teñamos,
onde, for cal for a sorte
que nos trazar nosa estrela,
xa que outra non temos, ela
nos peche os ollos n'a morte.

***

Nada vallo e nada son,
e tan ben fóra cal dentro,
s'eu teño d'entrar n'o Centro
será co' esa condicion.
E inda á poñer outra chego
aquí, didiante d'a xente:
¡Non terey por presidente
a quen non nacer gallego!

IV

E abonda xa de poesía.
Máis que decirvos non sey
senon que non reneguey
d'a miña caste hastra o día.
Dende que en Cuba surxin
o mesmo fun d'o que son:
nin troquey o corazon
nin a concencia vendin.
O que é xusto defendin,
non me neguey á razon;
loëi o que entendo bon,
o que malo, combatin.
Se n'a vella ley vivin
e si loitey con teson,
hayo de decir por min
verme tornar pra o terron
c'os mesmos cartos que vin.
. . . .
¡O terron! ¡Ay! ¡A aldeiña
onde se nace e se crece,
qu'inda de lonxe parece
que nos acena e alouiña!
¡O terron, que cobre os osos
d'os vellos, que abandonamos
tras ditas que n'atopamos
y-en que se desfán os nosos!
¡O terron!... S'a sorte cruel
me fay o mundo deixar
fora dél e d'o meu lar,
gallegos ¡levame á él;
que Dios vol'o ha de pagar!
Catro cousas m'ensinou
meu pay, que Dios teña en groria,
e pois véñenme á memoria,
aquí, pra remate, as dou:
O millor viño, o d'a adega;
a millor carne, a d'a alcátria;
a millor terra, a d'a patria;
a millor patria, a gallega.

M. Curros Enríquez.

TRÍPTICO

I

MI CISNE

¡Yo vi al pálido cisne al declinar el día!...
—imperaba en un lago de azul serenidad—.
¡No sé por qué misterio..., en la retina mía
la magia de su ritmo... dejó una claridad!
¡Yo amé al nivoso cisne porque era la armonía
del lago azul! ¡La rima de blanca majestad
que evoca los ensueños! ¡La ignota poesía
que el alma de las cosas cantó en mi soledad!
¡Yo amaba al ave egregia de cuello grácil..., fino...;
la albura de las alas seráficas..., sedosas...;
la gracia principesca del cisne alabastrino!
¡Yo busco al cisne blanco! ¡Las aguas rumorosas
que esconden los secretos conocen su destino!...
¿Dónde estás, cisne mío de las alas undosas?...

II

ENSUEÑO

¡Tal vez será divina tu estirpe soberana,
y en tu radiante estela se llegue al ideal!...
¡Quizá en remotas playas, intensa y sobrehumana,
otorgas la caricia que á Leda hizo inmortal!
¡Tal vez—como en Brabante la triste y rubia hermana—
te aguardan otros brazos con ansia... fraternal!
¡Quizá la gloria austera de una misión lejana
te aparta para siempre del lago de cristal!
¡Quisiera de ese cisne—mancebo brabantino—,
que arrastra en su blancura nostalgia de realeza,
ser yo... la dulce hermana que espera en el camino!
¡Querría ser la diosa de olímpica belleza,
y hacer ofrenda al cisne de todo mi destino...,
quemando en sus amores mis horas de tristeza!

III

INVOCACIÓN

¡Te invoco! ¡Excelso numen y príncipe de ensueño,
que guardas de leyendas la ingenua vibración!
Tú esfumas de la muerte el lívido diseño...,
tú la muerte sublimas con mítica canción.
¡Te espero! ¡Cisne augusto, del manto marfileño,
que pones en el lago la magna irradiación!
¡Tú encarnas el enigma de amor, mi blanco dueño,
llevando en ritos viejos... la nueva sensación!...
¡Ven ya, mi ungido cisne, mi electo, mi divino,
y cambia el encalmado miraje de la onda
en templo de tu hechizo, solemne y argentino!
¡Te llevo... el alma inmensa de cien amantes muertas;
no tengo la perlina sonrisa de Gioconda...;
pero tengo... sus manos divinales y expertas!...

LA PRINCESA TRISTE

¡Pobre princesa triste de los raros amores
con el cisne divino! ¡Que esperó en el misterio
de las noches profundas de siniestros clamores,
y le lloró... con notas intensas de psalterio!
¡Pobres ojos altivos, errantes, soñadores,
donde muere la gloria de un amoroso imperio!
¡Oh regia desamada, que sabes la armonía
de palabras sutiles y gestos como glosas!...
Si en tus pasos un ritmo halló la poesía,
yo en tus pálidas manos aspiro blancas rosas...
¡Oh bella flor de raza! ¡Flor de melancolía,
que dejando perfume por la vida y las cosas
llevas marchita el alma!... ¿Por qué no serás mía
y yo cisne... ó quimera de garras poderosas!

EL CISNE NEGRO

¡Te contemplo en la noche litúrgica de Junio,
surcando con las alas frufrutantes... de seda
mi lago opalescente que nimba el plenilunio!
¡Negro cisne! ¡Fantasma del amante de Leda!

¡De aquel cisne de ensueño que perdió mi infortunio
vaga imagen! Tu enigma en mi espíritu queda...
Ni altanero ni esquivo, con el cuello enarcado
me brindas las ingenuas caricias ideales...
y en mi túnica apoyas el pico sonrosado
con la gracia elocuente de los besos carnales.
Trovero me pareces, gentil y enamorado,
más que príncipe ó verbo de mitos divinales;
peregrino, que buscas amor que no has hallado,
caricias perezosas... de manos imperiales...

LA ALONDRA

Se moría la noche... En la calma opalina
mi voz enamorada lanzó su nota ardiente;
irisábase el lago de linfa cristalina;
la brisa entre unas cañas gemía dulcemente.
Claridad en la sombra. Esbeltísima y fina
avanzó la princesa, inclinando su frente
que ceñía la aurora de diadema ambarina...
Yo... cantaba el misterio de la hora silente...
¡Un cisne blanco, erguido, apareció en el lago;
lo miró la princesa con un gesto muy vago
y se alejó más triste! Sus pasos fueron tardos
entre frondas obscuras..., entre alburas de nardos...
Seguía amaneciendo... Yo seguía cantando...
¡La princesa volvía!... ¡Iba sola y llorando!...

PRESAGIO OTOÑAL

¿No visteis en el lago profunda y roja estela
que corta de sus aguas la verde teoría?
Presagio de tristuras mi espíritu desvela
y el otoñal misterio se cierne en lejanía.
¿De qué siniestro enigma la parda luz que riela
sobre turgentes ondas vistió este nuevo día
de unísonos livores, que el sol sus glorias vela,
y de la faz del mundo huyó la poesía?...
¡No sé por qué, adivino la gracia claudicante
de un ave magna herida! ¡Tragedia de alas rotas
que á su sangriento paso trazó esa senda obscura!...

¡Qué frío es el secreto del agua musitante!
¡Qué pálidos los días sin besos y sin notas!
¡Qué espectral es un cisne sin ritmo y sin albura!...

EN LA CUMBRE

¡Aspero atajo que á la estéril cima
la miseria llevó del paso incierto;
nívea cumbre que explora la honda sima
donde al cisne inmortal... contemplo yerto!
¡Aguas calladas que en siniestra rima
glosan abismos, que en su abismo advierto
lago de sombra, que un livor anima,
tumba flotante de mi cisne muerto!...
¡Bellas alas que extienden su blancura
como gesto supremo... aún victorioso!...
¡Flácido cuello—el de gentil tersura—
cuelga inerte en tu trágico reposo!...
¡Oh ensueño de princesa sin ventura,
vano fantasma del Destino ocioso!...

PENUMBRA

¡Yo busco la penumbra silente y esfumada
que dibuja en el muro la historia del jardín...
cuando avanza la noche, de esencias saturada,
y penetra en mi estancia, con su enigma sin fin!...
Hay voces..., hay reflejos en la calma estrellada;
llegan tenues..., confusos—como de otro confín—,
los tamiza mi ensueño... y una persiana echada;
lejos tocan campanas... y aquí gruñe el mastín...
Me deleita un sonido de grava cantarina
cuando glosa los pasos en la paz vespertina
y mece mis nostalgias con su ingenua canción.
Mientras, sueño despierta en quimeras que fueron,
evoco en la penumbra los rostros que murieron,
y en el silencio augusto... ¡pasa una vibración!...

PAISAJE

¡De translúcido esmalte allá en Oriente,
nace la gigantesca flor del día!...
¡Su cáliz es de sol! Pausadamente
baja el pastor de la montaña umbría;
de la flauta de Pan su caña miente
la pristina y serena melodía,
y triscando el rebaño en la vertiente,
se destaca en la azul monotonía.
¡Paz ingenua de esquilas y reposo,
de altas frondas y arroyos cristalinos,
silencio de armonías saturado!...
¡Oh paisaje de Arcadia deleitoso!
¡Escondida cabaña sin destinos...
donde es dulce presente lo pasado!...

CREPÚSCULO

En sombra va quedando el mar latino
cuando huella la noche soberana
el velo transparente y ambarino
que el sol prendió en la mole ciudadana.
¡Oh véspero romántico! El camino
como senda de ensueño se devana,
y en silentes pinares, grave y fino,
reza un eco de esquila ya lejana...
¡Suave paz del crepúsculo divino
cuando el pastor en regresar se ufana
y se escucha del sapo cantarino
la deliciosa nota triste y vana!...
¡Cuando brilla el lucero diamantino
y cae la tarde y la soberbia humana!

Condesa del Castellá.

———o———

LAS ONDINAS

(De Enrique Heine.)

Las curvas olas baten la playa solitaria...
Brilla blanca en el cielo la triste luminaria...

El caballero rubio, sobre la blanda duna,
piensa en dulces quimeras á la luz de la luna...

Del fondo de las aguas, que corren cristalinas
con níveas vestiduras, se elevan las ondinas;

y se van acercando, creyéndole dormido,
al gentil caballero que reposa tendido.

Una toca las plumas de su azul birretina;
la segunda, de cerca su tahalí examina.

Desenváinale otra, con malicia, la espada
y clava en él sus ojos, en la espada apoyada.

La cuarta, en torno gira del rubio caballero,
cantando con voz suave de tono lastimero:

«¡Oh! Si me hiciese tuya tu gentil hidalguía,
mi vida, que ahora es muerte, vida entonces sería.»

La quinta, que sonríe con sonrisa graciosa,
cogiéndole una mano, se la besa amorosa.

Y la sexta vacila...; pero su duda cesa,
y le besa en la frente y en la boca le besa...

El caballero es sabio: finge que está dormido
para que las ondinas, que por tal le han tenido,

le abracen voluptuosas sobre la blanda duna,
mientras él piensa en ellas á la luz de la luna.

Pablo Cavestany.

EXTRANJERO

América

República de Chile.

Una frase de Colón.—La acción americanista.—Congresos y zarandajas.—El sueño dorado.—Engaño y revulsivo.—Desengaños funestos.—Los superhombres.—Intercambio con la Argentina y Chile.—La felicidad de la agricultura europea.—La fama de Chile.—Desavenencias de vecindad.—Roca y Errazúriz.—Chile en la Patagonia.—Riqueza inmensa del salitre. Lo que valen dos provincias.—Propaganda del salitre en Europa.—El Comité de Londres.—Informes sobre el uso del salitre en Europa.—Cuatrocientos años de producción.—Lo que dice «The Standard».—Necesidad del salitre en España.

Muchas personas ignorarán cómo anunció Colón al tesorero real D. Gabriel de Sanxis el descubrimiento de América: «Unas islas índicas situadas mar arriba del Ganges.»

Todavía usamos americanistas para quienes la América latina continúa siendo unas «islas índicas» regidas por aldeanos, formadas de ciudades iletradas, imbuídas de preconceptos civilizadores confundidos con la cívica rutina de los incas y aztecas.

Una serie de pasatiempos lunáticos, á los que se incorpora algún que otro pensamiento serio, es todo lo qne se propone realizar el ensueño de españolizar nuestra antigua América, demasiado sajonizada ya por el esfuerzo mental y el dinero efectivo de pueblos de otra raza que en el momento actual no fían la acción civilizadora de conquistar mercados á un pasado glorioso ni á un futuro abstruso.

Cuando las flores del americanismo que es usual aquí caen sobre los hijos de las estribaciones de los Andes, más que satisfacerlos, los descalabran; porque no es raro que lleguen á sus oídos conocimientos acerca de su país como los de suponer en el mismo paralelo á Nicaragua y á Chile, y preguntar formalmente si hay mucha distancia de Buenos Aires á la Habana.

Excavando en los proyectos de algunas entidades que *preparan* la conquista del porvenir español en el Continente Nuevo, hay ratos para todo: de lástima y de desesperación, de maldición y de risa. Cuantos en España aspiremos á darnos cuenta de la actividad intelectual, material, política y creadora de las que fueron colonias nuestras, tenemos que empezar por borrar de la voluntad y de la imaginación los parduzcos ensueños con que tratan de sugestionarnos esos acicates ficticios y esas ampollas de ignorancia que dejan de darse cuenta de que no han transcurrido en vano cuatro siglos y pico.

A raíz del desastre de 1898, en todo el solar español se produjo tal depresión de ánimo, que para contener el desaliento colectivo y despertar mortecinas energías de la Patria, se echó mano del fenómeno de relaciones profundas con la América de estirpe española, para cimentar en ellas una especie de existencia nueva. Á los conocidos tópicos «no se puede vivir así», «es indispensable buscar orientaciones nuevas», respondió una melancolía de porvenir dorado que calmó momentáneamente las aflicciones patrias, levantando los corazones ante la gravedad de una situación que hacía temer el terrible cuarto de hora que señala Rabelais, en el momento de liquidar sin dinero y sin crédito.

Los cambios al 90 por 100, la autonomía enseñando los aguijones separatistas, el Ejército profiriendo amenazas de romper las amarras de los partidos, y todas las fuerzas del país conformes en acusar al régimen y al Estado de haber conducido la Nación como esas casas perdularias donde el administrador lo debe todo, y, sin embargo, no escasean los festines de los dueños, España acaso necesitó del revulsivo del engaño para dominar crisis tan grave; y el Congreso Hispano-Americano de 1900, dicho con todos los respetos debidos á la gallardía de muchas intenciones, no fué más que eso: un sinapismo de homenajes que despertó curiosidad y admiración por aquellos recuerdos que evocaron y aquellos afectos que sembraron entre nosotros los representantes ilustres de la mentalidad americana, que vinieron á tendernos su mano, como si fueran solariegos nuestros, con aires más pintorescos, con ideas impresionables de color suave que tiñeron de púrpura y de esperanza toda la España de parte á parte.

Nos dimos cuenta de repente de que nuestros jardines meridionales, nuestros monumentos musulmanes, nuestras sierras de sol y nieve, nuestras llanuras pardas como la capa de hidalguía con remiendos de virtud castellana, ejercían aún la influencia de los panoramas morales, la misión histórica de conquistadores conquistados, para todos aquellos hermanos nuestros que se sentaban á nuestra mesa, nos ofrecían una existencia nueva, y nos pedían únicamente un poco de reflexión, ferrocarriles y vapores.

¡Quién lo creyera! Á poco de diluirse en las copas las burbujas del champaña que proclamó tan eximias novedades, al primer intento de practicar el entusiasmo oratorio que tantas desolladuras hizo en las manos, la Aduana de Cádiz decomisó libros que la Universidad de Buenos Aires regalaba á la Universidad de Madrid, y no hay que decir después de esto si las cuestiones arancelarias, de transportes, de reciprocidad mercantil, de compenetración y afianzamiento hispanoamericano, habrán quedado reducidas á un simple cumplido. Aquellos prestigios que mayor furor desplegaron en las secciones de la Biblioteca Nacional, y cuyo entusiasmo hízolos pasar un rato por superhombres, han gobernado el país muchas veces después, y, sin embargo, el problema de cimentación iberoamericana que cuenta con fuerzas económicosociales más que suficientes para enervar la flacidez hispana no ha adelantado un solo paso.

¿Qué es lo que hemos adelantado en las relaciones con la Argentina? Levan-

tar un pequeño ideal político, enviar literatura rufianesca, y olvidar esas levas inmensas de emigrantes que luego envían á la Patria no pequeña parte de sus ahorros.

¿Á qué se reducen nuestras relaciones con Chile? A enviar una masa de emigrantes que desconocemos y de los cuales no volvemos á tener noticias, porque un infame sistema de comunicaciones nos lo impide. Aquella apartada región agrícola es, sin embargo, el natural venero y la felicidad de la agricultura europea, y por eso quiero hablar hoy en esta sección de la Revista de esa briosa riqueza de la fructificación que se llama el salitre chileno; asunto nada insignificante, que por más que preocupe poco á los geógrafos, metafísicos y demás pirotécnicos del lenguaje, ello es que constituye el investigador científico de la riqueza universal, de fama suficiente para que la República chilena sea conocida por sus salitres en el mundo entero.

En Chile se perpetúa una raza integralmente española que, por sus costumbres laboriosas y morigeradas, recuerda bastante su origen cántabro, de patriotismo machamartillado, que antes dejaría de existir que de ser fuerte. Por su alejamiento y por lo raras que son las vías de comunicación con el Pacífico, España no piensa en utilizar los mercados chilenos, que, sin embargo, consumen muchos productos españoles.

Con razón dícese que Chile es la Alemania de Sudamérica. Como su suelo agrícola solamente produce beneficios á fuerza de laboriosidad y de riegos, después de vencer á Perú y Bolivia en 1882, arrebatando á la primera la provincia de Tarapacá, y á la segunda las costas de Antofagasta, pensó en hacerse fuerte, preparándose para contender si fuera preciso con los dos países aliados y con la Argentina. La cuestión de Bolivia ha tenido ya un arreglo provisional; la del Perú continúa sin resolver por medio de un tratado definitivo. La cuestión de límites sobre los Andes con la Argentina puso en aprieto la hegemonía militar de Chile, puesto que ambas Repúblicas reforzaron sus armamentos en grado increíble. La República Argentina, rica por su agricultura feraz, por su enorme tráfico cosmopolita, por adelantos de todo linaje, se aprestó á las contingencias proveyéndose rápidamente de una bella y poderosa escuadra. Chile, según un periódico alemán de aquella época, adquirió en Europa 395 cañones de sistemas modernos, 175.000 fusiles Mauser, 105.000 carabinas, 28.000 revólvers, 29.000 lanzas, 177.000 sables, 55.000 granadas, 135.000 shrapnels, 85 millones de proyectiles para fusil y carabina, dos millones para revólver y 1.000 carros para transporte de municiones; construyó largos caminos militares, y hablaba su prensa de un modo que obligó á la República Argentina á poner en pie de guerra 250.000 hombres y 600 piezas de artillería de los mejores sistemas.

Entonces la voz de la cordialidad habló á estos dos pueblos de la necesidad de establecer una base permanente de amistosas relaciones. La política de Roca y la de Errazúriz hallaron en las opiniones de los juristas más renombrados de América y de Europa cimentaciones de arbitraje que, sin lastimar el amor propio de ninguno de los dos países, ha logrado hacer firme una paz

que coloca ahora á la Argentina en situación de convencer á Chile de que, para asegurar el reposo de los pueblos sudamericanos, es conveniente arreglar definitivamente y sin imposiciones la cuestión del Pacífico.

Consecuencia de los aprestos guerreros fué el estacionamiento económico de Chile, que, por no fomentar el crecimiento de población, iba quedándose distanciado en el desarrollo agropecuario, que es la principal fuente de riqueza en aquellas Repúblicas. La mitad del territorio chileno vive de lo que produce la otra mitad, y la exportación de trigo y ganados disminuyó hasta el punto de verse precisada á concentrar todas sus fuerzas en la fertilización de campos, fomentar la inmigración para fundar nuevos hogares que fecundicen su dura tierra, y multiplicar los productos por todos los medios que la inteligencia y la actividad sugieren.

El ilustre geógrafo Vidal Gormaz recomendaba hace ya veinte años que no se despreciaran las costas australes, «como meros caprichos de la Naturaleza», y hoy pueden verse ya en las cuencas, sierras y llanuras de la Patagonia importantes colonias chilenas, donde los hombres cortan maderas en los bosques, hallan el oro en los barrancos, explotan cuencas de carbón, se dedican á la pesca de focas y crían numerosas cabezas de ganado. Allí donde los navegantes españoles sólo vieron motivos para escribir los nombres de «Puerto del Hambre», «Tierra de la Desolación», «País del Diablo», una incipiente actividad industrial los designa ya con el nombre de «País del Porvenir», puesto que los bosques, praderas, minas y costas desarrollan riqueza bastante para ensanchar el número de colonias y puertos, que atraen algún tráfico y bastantes emigrantes, que los argentinos y los chilenos conducen para trabajar en los aserraderos, minas, saladeros y en todas las operaciones de la hulla, la pesca, pieles, lanas é industrias, que Chile acrecienta, por si algún día, cosa que no parece preocuparle, le faltara la enorme y principal riqueza del salitre. Hoy por hoy, éste es el enorme producto que llena á Chile de oro, le permite ser desahogada potencia militar y uno de los Gobiernos más ricos de Sudamérica. Como que constituye la riqueza universal de la agricultura del mundo, el despertador de las fuerzas cansadas, el renovador de la sangre de la tierra, para que no se infertilice nunca.

Se comprende que las regiones salitreras de Tarapacá, Antofogasta, Taltal, Aguas Blancas, Tocopilla, hayan conseguido atraer los capitalistas sajones y sudamericanos, ingenieros y químicos de reputación que ensayen, corrijan, perfeccionen el arranque, filtración y composición de los guanos, nitratos, salitres y demás substancias terrestres, inmejorables para la transformación agrícola del Viejo Continente, mejorando sus frutos en cantidad y calidad que permita invadir con ellos los propios mercados americanos. Inglaterra, Holanda, Alemania, Bélgica y el Norte de Francia puede decirse que cada vez van desterrando más los abonos artificiales. Y especialmente la primera está dedicando enormes capitales á la concentración de importaciones de salitre, para poder distribuir por Europa lo que le sobre en su propio mercado.

Informes del inspector general del salitre chileno en Europa aseguran que

la extensión total de terreno europeo cultivado apenas logra saciar imperfectamente su sed natural de ázoe.

La India inglesa y el Japón, tomando ejemplo de Inglaterra, suministran al suelo enormes cantidades de salitre chileno, que les ha permitido multiplicar en pocos años las plantaciones de arroz, azúcar, tabaco, té, café y granos. Y como un periódico de Calcuta temiera agotar los guanos del Perú y el salitre de Chile, el cónsul general de este país, con datos oficiales de las salitreras, contestó con la siguiente comunicación: «Me permito observar que la producción de nitrato de sodio en Chile está muy lejos de agotarse; por lo contrario, los grandes yacimientos últimamente descubiertos en las regiones de Antofogasta, Taltal, Tocopilla, están calculados de poder suministrar este precioso abono á la agricultura por lo menos durante trescientos cuarenta años, aun calculando un consumo de 50 millones cwt. anual, ó sea, un aumento de 45 por 100 sobre el término medio del consumo del mundo en los años de 1903 á 1907.»

Ni Chile mismo, cuando adquirió las provincias de Tarapacá y Antofagasta, se dió cuenta de que aumentaba su riqueza mineral hasta el punto de poder abastecer la agricultura universal durante cuatro siglos con sólo lo que produjeran aquéllas.

Los esfuerzos científicos por extraer nitrógeno del aire para producir abonos artificiales, lejos de llenar las aspiraciones de la agricultura europea, han establecido un alto precio, por debajo del cual puede Chile propagar sus productos naturales, de rica concentración nitrogenada, de seguro empleo y de base económica que remunera con el precio. En Londres hay un Comité que el Gobierno chileno subvenciona con 40.000 libras, y con otras 40.000 las Sociedades salitreras, encargado de propagar los salitres y obtener de las naciones europeas datos numéricos de la extensión cultivada y cifras de los ensayos practicados en diversos países, que son comunicados á los Departamentos de Agricultura en Chile para que multipliquen los ensayos de fabricación de salitre, con el fin de perfeccionar los envíos y mantener la ventaja de que su empleo no pueda agotar á los diferentes campos sus constituyentes minerales.

A más de 37 millones de quintales ascendió en 1907 la importación de salitre chileno en Europa, de los cuales correspondió una parte insignificante á España: pequeñas partidas para la experimentación de granjas oficiales y algún mezquino empleo en Valencia y Asturias, donde el costo, incluyendo el flete, resulta de 10 á 11 libras la tonelada.

Es inconcebible que mientras Inglaterra robustece la producción de cereales, tomates, rosas, cebollas, fresas y repollos, fecundando el suelo y modificando el método de vegetar, gracias á bonificar más de 53 millones de acres con nitratos procedentes de Chile, que el profesor Bottomley afirmaba en *The Standard* que representan con respecto á los conocidos una economía inmensa; que mientras en Holanda y en Bélgica se forman Sindicatos para concentrar la importación salitrera de Chile; que cuando Italia, el Mediodía de Francia

y Portugal reconocen que el nitrato de sosa procedente de Chile resulta un fertilizante nitrogenoso de acción más segura sobre las plantas, olivos, naranjos, huertas, tubérculos y frutales, que los nitratos artificiales de Alemania, España, en la renovación agrícola que se halla realizando con plausible ahinco, no aprecie debidamente la importancia que para la cultivación intensa tiene ese alimento esencialísimo de las tierras cansadas, que tendría fácil introducción y abaratamiento si se decidiera á implantarlo.

Es un gran error comercial desdeñar los productos americanos y querer buscar en aquellos mercados el porvenir de los productos nuestros. Sin reciprocidad no hay afectos duraderos posibles. El *do ut des* es la fórmula de la vida. Pero, aun prescindiendo de este aspecto económico, social y mercantil, convenido en Congresos, discursos académicos, banquetes y demás zarandajas formulescas, de las relaciones hispanoamericanas, mejor cacareadas que cumplidas, hay que convenir en que la crisis de la agricultura española obedece á causas hondas é internas que paralizan su producción por agotamiento de nitrógeno.

Esas tierras cansadas de Aragón y Castilla; esos descansos de dos hojas en Extremadura y Andalucía; la escasez de estiércoles en las huertas de Levante; el raquitismo vitícola de Cataluña, la Mancha y «Tierra Medina», ¿no es verdad que restaurarían fácilmente su vigor con reconstituyentes químiconaturales de base pura?

Se dice que toda innovación que ocasione aumentos repentinos en la producción hace disminuir el consumo. Pero es cuando sobreviene una sobreproducción como la del azúcar, en la cual, sin embargo, caben todavía empleos técnicos que paralizan la crisis. El aumento de consumo de productos agrícolas es proporcional al aumento de producción que agita la insuficiencia de mercados por la escasez de capitales. Mas esto no altera el hecho de que la incapitalización agrícola en España mantiene una agricultura anémica y semimproductiva, con reservas de baja en el valor por la excesiva incompetencia en los mercados de exportación. Aquí no ha existido jamás el conflicto agrícola de la sobrecapitalización. Y en cualquier otra parte, los períodos de crisis repentinas por sobreproducción y sobrecapitalización han sido pasajeros, tales como disminución de empleos y jornales, que han encontrado su nivel económico en la tasa de las ganancias y la subida de los salarios; poniendo, en una palabra, el orden debido en los despilfarros.

La agricultura es una ciencia de localidades, y no puede admitir como buenas las reglas sobre el empleo del salitre chileno admitidas por Inglaterra, Norte de Francia y Alemania. Italia, Portugal y España ofrecen regiones experimentales de resultados parecidos, y, por consiguiente, puede tomarse el tipo de las dos primeras para calcular en 200 kilos de salitre por hectárea para las cebollas, 300 para los naranjos y 200 para las vides. Portugal lo emplea preferentemente en los secanos, con anterioridad á la siembra de cereales. Aquí, donde los cultivos especiales se practican por la rutina, es sumamente conveniente que los hombres de ciencia hagan á la agricultura el servicio de

propagar la regeneración de los terrenos infertilizados por los muchos años de descuido.

El emplearlo en la época, proporción y cuidados debidos, depende del precio moderado que permitiera facilitar su uso, y de la oportunidad de economizar una labor, administrándolo con anterioridad á las lluvias, porque las tierras de secano lo conservan en grado superior á otros países, y es una preocupación suponer que lo empleado en otoño se pierde en invierno. Por lo contrario, sería un medio de reforzar los trigos expuestos á las sequías, mantener las cebadas expuestas á desigualdad de lluvias, y dar vida á los pastos de barbechos y rastrojeras, que son el único recurso de los ganados en las regiones Central y Mediodía de España.

El ilustre encargado de Negocios de Chile, D. Ruperto Vergara, prestaría un servicio á su país y al nuestro fomentando la mercantilización y abaratamiento de los nitratos chilenos en España, y ello contribuiría además á cimentar el tráfico hispanochileno, resolviendo el magno problema agrícola de esta tierra. No desconoce el estímulo de su país por fomentar su principal riqueza, y admira nuestra importancia agrícola y nuestra inquietud por elevarla al rango que ocupó en los tiempos pasados. Debe tener presente que los sulfatos de Noruega, aplicados al cultivo del arroz, no corresponden á los resultados del nitrato de Chile que acusan los datos numéricos de las experiencias de Europa y los ensayos parciales de Valencia; que los superfosfatos importados en Bilbao son rechazados por caros en Asturias; que la cianamida de calcio no hace progresos en nuestro cultivo. De suerte que con la propaganda eficaz y las instrucciones sobre su empleo, el salitre chileno podría reparar el cansancio, la anemia y la parquedad de la agricultura española.

He aquí la gran obra de compenetración hispanochilena reservada á la inteligente voluntad del joven y prestigioso diplomático.

Julián de la Cal.

———oOo———

INFORMACIONES

Política

La alianza liberal.

El hermosísimo discurso pronunciado en Zaragoza por el ilustre jefe del partido liberal, D. Segismundo Moret, ha sido la nota política de Noviembre; nota que, por obra de su importancia inmensa, seguirá siendo todavía la dominante durante mucho tiempo.

Nada diremos del discurso, puesto que al frente va de este número; pero sí añadiremos, para probar cómo lo ha llenado todo en la vida política de este mes, que la consecuencia de tan valientes palabras ha sido ya la unión, el bloque de todas las izquierdas, la alianza liberal proclamada en Santander y en Pamplona, y que tendrá igualmente eco vibrante en todas las provincias españolas.

Al grito de ¡Libertad!, por cuyos timbres pelearon con glorioso ardimiento nuestros mayores, conquistando con su sacrificio lo que había de ser un bienestar para las generaciones futuras, es decir, sus hijos, nosotros, parece que España despierta y se remoza y se anima; la España pobre y amargada de las pasadas desventuras, de los soldados vencidos, de los políticos fríos, de los poetas lánguidos y los jóvenes tristes.

En pleno invierno, la palabra mágica del príncipe de los oradores españoles ha sabido despertar una primavera de ideales y esperanzas, una primavera risueña y alegre, porque no hay nada como descubrir un horizonte de luz esplendorosa para que las flores se abran, el ambiente se embalsame y los yermos se conviertan en jardines.

El problema religioso de tal modo palpita en todos los espíritus, que su resolución se impone por sí sola; lo que hay es que el ánimo cobarde, empequeñecido por el temor de Dios y esclavizado con las cadenas de una fe hipócrita, no ha dejado al cerebro pensar, ni al corazón sentir, ni á los ojos ver..., y hay que luchar contra eso.

¡Luchar! Santa palabra, que hace á los hombres fuertes y sanos, y á los pueblos, poderosos y grandes.

El Sr. Maura mismo no ha podido menos de encontrar bien este movimiento, y así ha sido el primero en significarlo.

No se diga ya que la sociedad actual menosprecia los derechos políticos y las libertades públicas conquistados á costa de sangre; los ideales de la sociedad actual, como el manantial oculto en la roca de Horeb, necesitaban sólo el golpe de Moisés para brotar abundantes y puros.

Cierto que la sociedad actual, como aquel conde Medroso de Voltaire, creyó algún tiempo preferible llamarse servidora de la reacción á ser su víctima, y que, así, hubo muchos que prefirieron tener la desgracia de quemar al prójimo á ser abrasados en las llamas de una hoguera; pero en su interior envidiaban seguramente el yugo de los moros, aquel del que quisieron libertarnos los Católicos Reyes, el yugo de los moros, porque éstos hasta dejaban tener supersticiones, y, á pesar de ser los vencedores, no se arrogaban nunca el derecho de amarrar el pensamiento con cadenas.

Y preguntaba milord Boldmind:

—¿Os parece que somos desgraciados nosotros los ingleses, que llenamos los mares de buques y que venimos á ganaros batallas al extremo de Europa? ¿Creéis que los holandeses, que os arrebataron casi todo lo que descubristeis en la India, estén malditos de Dios por haber concedido completa libertad á la prensa y por practicar el comercio de los pensamientos de los hombres? ¿El Imperio romano fué menos poderoso porque Cicerón hablara y escribiera con libertad? Si los primitivos cristianos no hubieran amado la libertad de pensar, ¿existiría hoy el cristianismo?

Aquellas palabras parece que se repiten hoy, y tienen eco en todos los oídos, y despiertan los espíritus á vida nueva.

La juventud, que se nos presentaba aletargada y triste, recobra indudablemente sus ánimos y energías; pero hay que hacer más aún. Vedla todavía indecisa y temerosa.

Concrétese más el programa, las aspiraciones del partido liberal, ó de esa flamante conjunción de las izquierdas; detállese el plan definitivo y razonado de sus ulteriores propósitos; dígase qué se hará con las Asociaciones religiosas, en qué forma se modificarán nuestras relaciones con la Santa Sede, cómo se establecerá la enseñanza laica, etc., y, día por día, hora por hora, se redoblarán los bríos, y el partido liberal adquirirá un empuje y una fuerza de los que bien digna es la figura del jefe, que pugna hoy, como siempre, por no remontarse con artificio para no ir á la caída y al fracaso y preparar al enemigo un ruidoso triunfo, contra el que la revancha sería cada vez más difícil, si no es que llegaba ya demasiado tarde.

Mariano Miguel de Val.

———o———

Bibliografía

Conservatorio Nacional de Música y Declamación.—Discurso del comisario regio, Ilmo. Sr. D. Tomás Bretón.—Madrid, 1908.

La personalidad de su ilustre autor nos releva de hacer su elogio; pero queremos reproducir los párrafos interesantísimos que dedica á Pablo Sarasate. Y sin más preámbulos, helos aquí á continuación:

«El orden cronológico que sigo obliga á ocupar el lugar último en esta triste lista al primero de los primeros, al coloso de los colosos, al gigante del virtuosismo, al que paseó el nombre de España por el mundo con más gloria: á Pablo Sarasate.

»Sarasate murió el día 20 de Septiembre próximo pasado en Biarritz, produciendo su muerte duelo tan grande y universal como pudiera producirlo la pérdida de la personalidad más saliente que ilustre la tierra. El Arte se vistió de luto; conmovióse, no sólo el mundo musical, sino el mundo todo, que había admirado tantas veces al prodigioso artista; porque Sarasate no hizo otra cosa que tañer y tañer su violín ante los públicos de Europa y ambas Américas desde el año 1861 hasta el en que falleció. Y para considerar cómo iría ya preparado el genial artista, á pesar de su tierna edad, hay que tener en cuenta que había obtenido el primer premio de violín en el Conservatorio de París cuatro años antes, el 56, cuando sólo tenía trece, los que dedicó á febril estudio aun después de haber alcanzado el ambicionado premio. No resisto al deseo de transcribir las palabras mismas de Sarasate, recogidas por su querido amigo D. Enrique Pastor y Bedoya, que también lo fué mío, en un interesante folleto publicado en Londres el 1890, titulado *Sarasate.*

»Testigo el Sr. Pastor de los grandiosos y periódicos triunfos de Sarasate en aquella capital, y entusiasta admirador de su extraordinario mérito, pidióle una noche, mano á mano, detalles de su primer concurso, á que Sarasate, copio ya, «con la naturalidad se»ductora que le es habitual, me contestó:

»—Confieso á usted que fué una de las im»presiones más profundas é inesperadas que »he recibido en mi vida.

»Cuando llegué á París, á fines de Enero, »fuí á vivir en el Conservatorio, porque en»tonces vivían allí veinticuatro alumnos: »doce instrumentistas y doce de canto. (Sarasate iba pensionado por la Reina Doña Isabel II, la condesa de la Mina y la Diputación de Navarra.)

»Para poder entrar no bastaba que hubie»se vacante: era preciso un examen previo. »El precio de la pensión, *cien francos*, por »cuya suma daban habitación y comida.

»Cuatro meses hacía que se había abierto »el curso cuando yo llegué.

»Deseando ganar el tiempo perdido, tuve »que estudiar con extraordinaria perseve»rancia, porque para aspirar al premio tenía »que sufrir un examen en el mes de Abril, »sin cuyo requisito no podía entrarse en con»curso.

»Mi temor de no ser aprobado era justo, »porque para el examen de Abril mis condis»cípulos llevaban siete meses de curso, mien»tras que yo, apenas mes y medio.

»Tuve, pues, la satisfacción de que me »aprobaran el examen en Abril, y esto me »animó; pero ¡cuán lejos estaba yo de creer »que me iban á dar el premio, y mucho me»nos el premio que me dieron!

»El examen para ganar el premio consistía »en dos ejercicios: uno, tocar sucesivamente »todos los aspirantes á él una misma pieza »de música, designada con tres semanas de »anticipación; y otro, una pieza para tocarla »de repente.

»¡Qué efecto me produjo el verme en me»dio del escenario del Salón del Conservato»rio, ante aquel público tan numeroso como »inteligente!

»Entre las personas que componían el tri»bunal estaban Auber, que era director del »Conservatorio; Rossini, Gounoud y Tho»mas como invitados.

»Al verme ante aquel público y aquel tri»bunal, me entró tal miedo, que creí que no »iba á poder tocar; pero conseguí serenarme,

»y toqué con la misma tranquilidad que lo »hacía en la clase, ante mi profesor ALARD »y mis condiscípulos.

»Mentiría si le dijese á usted que creí que »había tocado mal, porque toqué lo mejor »que yo sabía hacerlo entonces; pero le ase»guro á usted que creía y comprendía que se »podía tocar mucho mejor, como luego he »tenido ocasión de ver que no me equi»vocaba.

»Hacía un calor insufrible, y yo había es»tado aquella mañana en la peluquería á ri»zarme el pelo; y como llevaba melenas, al »volver gasté un tarro entero de pomada que »tenía en mi cuarto, con un olor á rancia que »volcaba. ¡Cosas de chicos!

»Poco después me mandaron volver á salir »al escenario, sin violín, y salí.

»AUBER, dirigiéndose á mí, me dijo:

»—*Monsieur*...

»Al oir el público llamar *Monsieur* á un »chico vestido de blusa, soltó la carcajada; »y yo, que estaba ya aturdido, al oir las car»cajadas, perdí la serenidad, y creí que me »iban á decir que no me habían creído dig»no del premio.

»Figúrese usted qué efecto me produciría »el oir de boca de AUBER, en medio de un si»lencio sepulcral, estas palabras:

»—*Monsieur de* SARASATE: *el Jurado,* POR »UNANIMIDAD, *ha acordado no conceder este »año más que un primer premio de violín; »y,* POR UNANIMIDAD *también, ha acordado »que sea usted el alumno á quien deba adju»dicarse.*

»Oí unos aplausos extraordinarios del pú»blico (de los primeros que oí en mi vida), y »me retiré; pero antes de llegar á los basti»dores, mi profesor, ALARD, no pudo domi»nar su impaciencia, y salió al escenario; »me cogió en brazos y me colmó de besos.

»—Dime lo que quieres que te compre—me »decía—, y, sea lo que quiera, te lo voy á »comprar hoy mismo.

»—¿Hoy mismo?—repliqué entre admirado »é incrédulo.

»—Sí, hoy mismo; y sea lo que quiera.

»—Pues quiero—dije—una caja muy gran»de de soldados de plomo, de infantería, de »artillería y de caballería.

»Aquel mismo día me los compró..., y »cuando recibí la caja, ¡me creí el ser más »feliz de la tierra!

»ROSSINI me colmó de caricias, y AUBER »mandó que me acompañasen á una fotogra»fía, para retratarme, vestido con mi blusa, »por supuesto; y cuando trajeron el retrato, »pocos días después, mandó que se colocase »en el despacho del director, donde aún se »conserva.

»¡Cuántas veces, al recibir después (añadió »SARASATE) la multitud de regalos valiosos »que me han hecho REYES y EMPERADORES, »he comparado, con el recuerdo, el efecto »que me han producido con el que me pro»dujo aquella famosa caja de soldados de »plomo!

»Los estuches con joyas y condecoracio»nes que me han regalado son de mucho »más valor intrínseco; pero lo que yo gocé, »lo que yo sentí al ver satisfecho mi primer »deseo, aquellas primicias de triunfo, aque»llo... no lo he vuelto á sentir jamás; y de »cuantos regalos valiosos he recibido des»pués, ninguno me ha hecho tanto efecto »como aquella famosa caja de soldados de »plomo, de infantería, de artillería y... de »caballería.»

»Relato tan interesante é ingenuo no precisa comentarios. Así empezó Sarasate; es decir, algo hay anterior á esto en su vida artística, que no deja de ser grato para nosotros; porque si bien no podemos envanecernos con el honor de que Sarasate cursara en estas aulas, en cierto modo recae sobre este Conservatorio alguna parte de él, ya que el profesor que Sarasate tuvo en Madrid y le preparó de suerte que en tan pocos meses pudiera obtener, bajo la dirección del ilustre Alard, el primer premio en París, fué don Manuel Rodríguez Sáez, alumno aquí un tiempo de mi inolvidable profesor D. Juan Díez y de los maestros Carnicer y Eslava, y después del propio Alard en la capital de Francia, según nos informa Saldoni en sus utilísimas *Efemérides.* Anúdase y se afirma más y más el nexo entre Sarasate y nuestro Conservatorio, merced á la propuesta que este Claustro elevó á la Superioridad para que fuese nombrado profesor honorario del mismo el año 1883, año en el que Sarasate formó parte del Jurado de nuestros concursos de violín, y propuesta que fué aceptada por la Superioridad, concediendo el nombramiento solicitado con fecha 23 de Junio del citado año.

»Estos débiles vínculos quiso y supo después Sarasate hacerlos fuertes y eternos ligándolos con lazo indisoluble. Pero no adelantemos los acontecimientos.

»Con indecible gusto destinara yo largo espacio para dibujar la personalidad de Sarasate, si no me detuvieran dos consideraciones: una, la de que la ocasión no es propicia, cuando aguardan impacientes los escolares á recibir el diploma que acredita el lauro merecido por su aplicación y estudios; y otra, la de que no acertaría á decir nada nuevo de quien tanto bueno se ha dicho y en tantas lenguas. Sin embargo, yo deseo sintetizar mi opinión sobre Sarasate artista, para impresionar las juveniles imaginaciones que me escuchan. Sarasate fué el prototipo del buen gusto y de la sencillez; nada más. ¿Os parece esto poco?... Pues no cabe extremar el elogio; porque no hay nada en arte ni en literatura, ni quizás en todas las manifestaciones del saber humano, más difícil ni eficaz que el emocionar y persuadir á las gentes con simples, llanos y comprensibles procedimientos, sin aparato, énfasis ni prosopopeya; ocultando el esfuerzo, haciendo creer liviano el peso enorme y la gracia personalísima, don general á todos. Pues eso fué y eso practicó Sarasate; técnico tan formidable, que los pasos más audaces y diabólicos parecían juego de niños en su violín, y de estilo tan depurado y noble, que la frase melódica por él interpretada parecía haber sido así sentida y no de otro modo por el autor, surgiendo todo de aquella caja maravillosa con tan grandiosa, tan incomparable naturalidad, que producía en algunos la ilusión de creer fácilmente hacedero aquello que sólo es permitido á los genios equilibrados por el estudio y la modestia. Por eso era aclamado en todas partes con igual frenesí; y no olvidéis que, como antes dije, empezó á recorrer el mundo como concertista á los diez y siete años, que vivió sesenta y cuatro, y pocos meses antes de morir, aún tomó parte en los conciertos de Pamplona, su ciudad natal; conciertos que deberán perdurar, aunque ya no brille en ellos fulgurante el mágico artista que los fundó; pero en los que se cernerá siempre su espíritu, cobijando á los que acierten á seguir sus huellas.

»Deja Sarasate buen número de composiciones para violín, imprescindibles hoy en el repertorio de dicho instrumento, con lo que queda encarecida su importancia.

»El hombre no cedía al artista. De sensibilidad extremada, de conversación encantadora, generoso..., pródigo más bien, y bueno en toda la extensión de la palabra. Su última voluntad le ha acreditado con más elocuencia que cuanto yo le pudiera ponderar.

»Aunque no se han llenado todavía los requisitos legales inherentes á esta clase de asuntos, consta al Conservatorio Nacional de Música y Declamación, por las autorizadas noticias recibidas de los testamentarios de Sarasate, Sres. Otto Goldschmidt, su amigo del alma inseparable, su fidelísimo administrador, acompañador y agente, y monsieur Maurice Lecomte, que el gran artista tuvo á bien legar á nuestro Conservatorio el violín de Stradivarius (año 1713) conocido entre los inteligentes y *liutistas* por *el Boissier,* nombre de un célebre coleccionista que lo poseyó, y entre los familiares de Sarasate por *el Rojo,* á causa de la brillantez de su barniz; instrumento de valor incalculable por su propia excelencia y la que le ha aumentado el hecho de haber pertenecido á Sarasate. Manda que sea conservado en una vitrina en nuestro Museo, del que constituirá la más preciada joya. Lega también á nuestro Conservatorio la suma de 100.000 francos para fundación de premios, que el Claustro á su tiempo reglamentará, ateniéndose á las indicaciones del testador y previa la venia de la Superioridad.

»Esto ha dispuesto Sarasate, y esto ha conmovido hasta lo más hondo las fibras todas de nuestro sentimiento; porque sobre la importancia material de estas mandas, que es tan grande, sobre el objeto á que las ha destinado, que es tan noble, flota la consideración moral, que es nuestro orgullo, de haber estimado un artista mundial á este Conservatorio digno de recibir sus preciosos dones, elevándole con sólo ese hecho á la más envidiable altura. Sí; el rasgo de Sarasate compensa con creces desdenes y amarguras sufridos, y nos estimula, no sólo á gratitud eterna, sino á perseverar en nuestro fecundo trabajo y á honrar como es debido su venerada memoria. «El Conservatorio ha perdido »con Sarasate al más glorioso de sus profeso»res, y más bien que enviarle este pésame, »está en el triste caso de recibirlos...», tele-

grafiaba yo á raíz de su muerte al señor alcalde de Pamplona, y es así; pero aunque ha muerto, seguirá siendo la guía y norte de nuestros anhelos y esperanzas, el modelo y dechado á seguir é imitar de nuestros escolares.

»Tened, tengamos todos presente el alto ejemplo de Sarasate, y el Arte y la Patria nos lo agradecerán.»

***

Bibliografía de la guerra de la Independencia, por el teniente coronel Sr. Ibáñez Marín.—Madrid, 1908.

Es un trabajo interesantísimo y de gran importancia para el estudio de la guerra de la Independencia y de los sucesos políticos que la engendraron.

El autor entiende, muy acertadamente, que uno de los mejores servicios que el escritor puede prestar á sus lectores es el de guiarles con lealtad en lo que toca á la condición y al valer de los instrumentos de trabajo que haya utilizado en la confección de su estudio. Y lo dice con estas palabras. Y añade:

«Habida cuenta del constante pulimento que alcanzan todas las actividades del espíritu, la experiencia de los que fueron será siempre base y orientación firmes para cuantos deseen mejorar, completar ó rectificar con novísimos elementos é investigaciones tareas de antemano realizadas por otros.»

No hay que decir que el Sr. Ibáñez Marín logra su objeto: conocida es la intensidad de toda labor suya. Así, la bibliografía, no sólo resulta completísima por la cantidad de las obras citadas, sino muy justa en las apreciaciones y en los juicios que nos hace de cada una de ellas, hasta el punto que quienes deseen profundizar el tema en cualquiera de sus aspectos, tendrán en dicho libro, no un avance seguro para sus estudios, sino una sólida base y una dirección acertada para no incurrir en el error ó el apasionamiento, que tan frecuente es en obras de tal naturaleza, cuando, como dice el autor, «enturbian los espíritus la idolatría del amador, el odio del sectario y aun el rencor del vencido».

El Sr. Ibáñez Marín, figura seria y académica por excelencia, merece que su fecundísima labor, importante y útil, no recompensada bastante todavía, reciba el homenaje más expresivo de cuantos seguimos con atención el movimiento intelectual contemporáneo.

***

Las inundaciones de Octubre de 1907 en Cataluña, por D. Pedro García Faria, ingeniero-Jefe de Caminos, Canales y Puertos.—Madrid, 1908.

Lo hemos recibido juntamente con otras dos interesantísimas obras del autor: *¿Anarquía ó caciquismo?* y *Marruecos y sus futuros ferrocarriles*.

Entre sus capítulos figuran los siguientes, que por su solo enunciado acreditan la importancia de la obra:

Examen de la cuenca Noguera-Pallaresa-Segre.—Cuenca del Ebro.—Avenidas importantes.—Inundaciones en la región de Levante.—Inundaciones del Segura y otros ríos meridionales.—Inundaciones en Santa Fe.—Inundaciones del Nilo.—Inundaciones en los Estados Unidos.—Previsiones futuras.—Embalses reguladores.—Repoblación del monte.—Corrección de torrentes.—Vegas inundables.—Servicio de previsión en las crecidas.

A mayor abundamiento, nos complacemos en reproducir este último capítulo:

«Complemento natural de todas las medidas de previsión para la defensa contra las inundaciones son las disposiciones encaminadas al anuncio y registro de las crecidas, las cuales se practican en consecuencia de cuanto se observa en estaciones instaladas en puntos adecuados á ese fin.

»Desde mediados del siglo XIX se establecieron en Francia, gracias á las sabias investigaciones de Belgrand, los servicios de anuncio de crecidas, que se perfeccionaron en 1879 á consecuencia de los terribles resultados producidos por las inundaciones ocurridas en el Ródano cuatro años antes.

»Por acuerdo del Reichstag de 9 de Mayo de 1883 se dispuso la instalación de un servicio hidrométrico en el Rhin para el anuncio de las crecidas, previo el estudio de las mismas; á los tres años funcionaban ya 42 estaciones en el río principal y 59 en sus afluentes, procurando disponerlas algo aguas abajo de las confluencias importantes; en ellas se practican de tres á doce anotaciones diarias, según la altura y rapidez de la corriente, observándose además en cada esta-

ción cuanto se relaciona con las lluvias, vientos, nieves, hielos, etc.; de todo ello se deduce el estudio de cada crecida y se forma un estado en que se relacionan los lugares, altura de agua durante las avenidas, etc., etc.

»En Austria se practicaron unos excelentes trabajos relativos á la previsión y anuncio de las crecidas del Danubio, que con justicia fueron muy elogiados por los que visitamos la instalación especial del Gobierno austriaco en la Exposición Universal de París de 1900.

»Como puntos á propósito para el establecimiento de fluviómetros en Cataluña parecen indicados: en el Noguera-Pallaresa, Esterri y Llavorsí; en el Segre, Puigcerdá y Pons; en el Ebro, Mequinenza y la de Mora, ya existente; en el Llobregat, Bagá ú Olvan y San Vicente; en el Ter, Ripoll ó Manlleu y Gerona; Besalú en el Fluviá, y Pont de Molins en el Muga.

»En las distintas estaciones deberían estudiarse las relaciones entre la altura de las escalas y los caudales de la corriente, y sería preciso que se relacionaran mediante corriente eléctrica con los núcleos de las zonas inundables, á fin de prevenirles la presencia del peligro cuando hubiera lugar á ello.

»Para plantear las ideas apuntadas y cuantas puedan contribuir á evitar las inundaciones en los tramos en que esto es posible, y con objeto de atenuar sus efectos en las zonas inundables, es preciso disponer de medios bastantes para ello y un tanto costosos, aunque de cuantía menor que la capitalización del promedio anual de los perjuicios sufridos, los cuales, para las inundaciones de otoño último, fueron apreciados en el Congreso de los diputados, sólo para Cataluña y como mínimo, en 20 millones de pesetas para la industria, 17 millones para la agricultura, seis millones para el Ministerio de Fomento y tres millones para las Compañías ferroviarias; ó sea, en total, 46 millones de pesetas.

»De esos medios podrá echar mano nuestro país en cuanto se dé al trabajo en todas sus esferas, representado por los Ministerios de Fomento é Instrucción pública, la importancia que le corresponde.

»Mucho ha hecho en este sentido, y más le cabe hacer aún á nuestro digno ministro el Excmo. Sr. D. Augusto González Besada, cuya labor constante se dirige prontamente á lograr la regeneración del país.

»El trabajo y la instrucción (que es uno de sus principales aspectos) constituyen, sin duda alguna, la panacea que con seguridad puede librarnos de los desastres de las inundaciones, al par que de otros graves males de nuestra querida Patria.

»Con mucha razón decía Macías Picavea en el Problema Nacional «que nos hallamos »en la fase social de la ciencia, que es fuerza »que hoy todo lo avasalla, engendra la riqueza, arma los ejércitos, gana las batallas, »conquista el globo, domina la materia, inspira el arte, ensancha la vida y hace grandes á los pueblos. Saber es en nuestro siglo »poder, y, por ende, lo primero de todo.»

»Ciertamente, ciencia y trabajo producen riqueza, bienestar y poderío, que no alcanzará nuestro país en tanto abunden en él los que consideran como un castigo el trabajo y lo fíen todo al azar y al caciquismo, reveladores ambos de una civilización rudimentaria y superficial como la nuestra.

»La aplicación de aquellos elementos á la mejora del régimen de nuestros ríos anularía en su mayor parte los desastres producidos por las inundaciones, sin imposibilitar la acción beneficiosa de las mismas en todas las vegas incompletamente constituídas.»

———oOo———

Libros recibidos

POESÍA

Los Trofeos.—José María de Heredia. Traducción y prólogo de Antonio de Zayas.

Al pie de la Giralda.—Juan Antonio Cavestany, de la Real Academia Española.

NOVELA

Syncerasto, el Parásito.—E. Barriobero y Herranz.

Batalla de Odios.—Rafael López de Haro.

Los ojos del lazarillo.—Julio Hoyos.

CRÍTICA, HISTORIA Y BIBLIOGRAFÍA

Crónicas del Gran Capitán.—Antonio Rodríguez Villa, de la Real Academia de la Historia. (Tomo X de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles.)*

Relación de Escritores Turolenses.—Domingo Gascón y Guimbao.

La Provincia de Teruel en la guerra de la Independencia.—Domingo Gascón y Guimbao.

Salvador Rueda y Rubén Darío.—Andrés González-Blanco.

De Libros.—El Conde de las Navas.

Bibliografía de la Cruz Roja Española.—Juan Pedro Criado y Domínguez.

VARIOS

Las capitanías generales vacantes.—El general Polavieja como militar y como hombre de gobierno.—Damián Isern.

Conservatorio de Música y Declamación.—Discurso leído por el ilustrísimo señor D. Tomás Bretón, comisario regio, en la solemne distribución de premios.

ADVERTENCIA

Al terminar la tirada de este número, D. Segismundo Moret nos honra proporcionándonos, para añadir al hermoso discurso que publicamos, una serie de notas que, por su extraordinario interés, avalora considerablemente su trabajo.

Nos vemos ya en la imposibilidad de insertarlas en el lugar correspondiente; pero como no queremos dejar de utilizar tan valioso complemento, estamos preparando una edición de lujo del discurso, la más completa de cuantas se hayan publicado, edición en 8.°, con retrato y facsímile del Sr. Moret, de la que haremos miles de ejemplares, que repartiremos gratis á nuestros suscriptores de 1909.

La sociología religiosa y el tradicionalismo [1]

Ruego al lector que observe que se le ofrece aquí un bosquejo de revista antropológica, es decir, un capítulo de ciencia social, y nada más. No he consagrado sino un número de páginas bastante corto á la exposición de los dioses antiguos, y sería inútil esperar de mí un Museo etnográfico de sus cultos, objeto de la *historia de las religiones.* Me hallo persuadido de que, para conocer estas últimas, no basta consignar en ellas los mitos, sino que, tanto como esto, importa la comparación de los sentimientos, ideas y aspiraciones á que corresponden. El error fundamental de las escuelas oficiales de mitología es el de no concebir ni admitir ningún criterio intermediario entre el lingüístico y el histórico. Porque, en puridad, estos criterios se resuelven en un solo resultado y sólo pueden alcanzar lo que se llama mitografía comparada, mitografía eminentemente curiosa, digna de que se escriba con verdadero interés y con todas las ilustraciones de la ciencia más atenta; pero esencialmente distinta, no obstante, de la consideración de los orígenes religiosos, es decir, de las causas posibles que depositaron el sentido de lo divino en el seno de la Humanidad, antes de que en ella se constituyesen religiones grandiosas y duraderas.

Las consideraciones sociológicas sobre los orígenes religiosos que sirven

---

(1) Autores de consulta: ANÓNIMO: *Résume de l'histoire des traditions morales et religieuses chez les diverses peuples*, 3.—AYUSO: *El nirvana budista*, 40.—ASÍN: *Algacel*, I, 237.—BAKER: *Albert Nyanza*, I, 27.—BALMES: *Filosofía elemental.*—BARCIA: *Formación de la lengua*, 38.—BAYLE: *Continuation des pensées diverses*, 7, 31. *Réponse aux questions d'un provincianne*, 95, 113.—BOLINGBROKE: *Works*, III, 256.—BONALD: *Legislation primitive.*—BOURDEAU: *Le problème de la mort*, 56.—BROCA: *Discours sur l'homme et les animaux* (en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1866, 59, 74).—BÜCHNER: *Kraft und Stoff. Wissenschaft und Natur. Der Mensch*, etcétera (en las notas).—CARRAU: *La philosophie religieuse en Angleterre*, 209.—CICERÓN: *De natura deorum*, I, XVII COUDEREAU: *Sur la religiosité comme caracteristique* (en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1866, 329).—DALLY: *Du regne humaine et de la religiosité* (en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1866, 121).—DARWIN: *The descent of man*, I, II.—ESTRABÓN: *Geographia*, III, CLVI.—FARRAR: *Anthropological Rewiew*, de Agosto de 1864.—FECHNER: *Ueber die Seelenfrage*, 111.—FEUERBACH: *Das Wessen der religion*, 153.—FOUILLÉE: *La philosophie de Socrate.*—GERBET: *Des doctrines philosophiques sur la certitude*, 31. 34 (el jesuita ROZAVEN refutó á GERBET en su *Examen d'un ouvrage*, etc.).—GONZÁLEZ-BLANCO (EDMUNDO): *Judaismo y cristianismo* (en la revista *Sophía*, de Octubre y Noviembre de 1905). *Max Müller y el henoteismo* (en la revista *Labor Nueva*, de 15 de Agosto de 1906). *La teodicea de Santo Tomás* (en la *Revista de Extremadura*, Abril, 1905).—GREEN: *Short History of the english people*, IX, I.—HEGEL: *Vorrede zu Heinrich's Religionsphilosophie* (en el tomo XVII de las *Werke).*—HELVECIO: *De l'esprit.*—HELLWALD: *Kulturgeschichte*, 24.—HENRION: *Histoire générale des missions catholiques.*—HEMSTERHUYS: *Aristée* (en las *Œuvres*, II, 87).—HÖFFDING: *Religionsphilosophie*, 81, 355.—HOLBACH: *Système de la nature*, II, 10.—HOVELACQUES: *La linguistique*, 26. *Debats de l'humanité*, 81.—HUMBOLDT: *Kosmos*, I, 16.—HUME: *The natural history of religion*, 1.—IHERING: *Der Rechtkampf*, 105. *Der Geist der römichen Recht*, II.—JACOLLIOT: *La génèse de l'humanité*, 339.—JOB, XXXI, 26.—LAGNEAU: *Sur la religiosité* (en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1865, 648).—LAMETTRIE: *Histoire naturelle de l'âme*, XV. suple-

de postulado á mis opiniones las ofrezco sin prurito de originalidad ni de brillantez. Si he creído útil desarrollarlas, es únicamente por pensar que sin ellas no se entenderían bien el resto de las investigaciones de erudición histórica, que son cosa más personal ó más mía. Lo que les falta para constituir un análisis completo del origen de la religión se encontrará en el extenso capítulo *Base mitológica de la concepción hilozoísta,* de la primera parte de mi obra *El hilozoísmo como medio de concebir el mundo.* En la exposición, arreglada al criterio de los modernos sistemas de mitología comparada, del interesante y amplio problema de los gérmenes del culto, me he hecho cargo, más que de otra cosa, de la acusación, tan á menudo lanzada, de que los religionistas dejan siempre á un lado las objeciones y doctrinas de la crítica tradicionalista, ó las miran con injustificado desdén. Esa crítica, hoy principalmente representada por la escuela de SANTO TOMÁS, ha tenido, tiene y tendrá en todos mis trabajos un lugar preeminente.

La historia de la *evolución* religiosa *puede* ser escrita de tres maneras: *a),* en sentido de certificación etnográfica, sin apreciar el valor de sus contrastes, ó haciendo la aplicación de la psicología de los pueblos, sin eximirse por eso del rigor científico; *b),* con criterio *mitológico,* moderado ó exagerado; *c),* con el criterio de la supervivencia sociológica.

Debe, pues, adivinarse ya cuál es para la ciencia el método más idóneo en orden á semejante investigación. Primeramente, habrá que buscar las *causas* naturales, sociales é individuales del sentimiento religioso. En segundo lugar, será preciso proceder á la interpretación de los mitos primitivos, fuentes las más directas en el asunto. Por último, convendrá apreciar los datos de la sociología comparada relativos á las religiones salvajes, considerándolas como ejemplares aproximados de la religión primitiva. Tales son las cuestiones fundamentales que deben preocuparnos por ahora.

Supongo desde luego al lector deseoso de saber si la Humanidad toda, ó al-

---

mento.—LETOURNEAU: *Science et materialisme,* 117. *De la religiosité au point de vue anthropologique* (en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris,* 1865, 581). *Sur la méthode qui a conduit à établir un regne humain* (en el mismo *Bulletin,* 1866, 269).—LESSIO: *De perfectionibus moribusque divinis,* XI, I.—LOTHSEIN: *Litteratur und Gessellschaft in Frankeit zur Zeit der Revolution,* 214.—LICHTENBERG: *Vermischte Schriften,* I, 3.—LEOPARDI: *Prosa y pensamientos,* 121.—LUBBOCK: *Prehistorics Times,* 564.—MEINERS: *Allgemeine kritische Geschichte der Religionem,* tomo I.—MICHTELL: *Hinduism Past and Present,* 187.—PESCH: *Die grosse Welträtsel,* II, 719, 732. POUCHET: *De la pluralité des races humaines.*—PROUDHON: *Filosofia del progreso,* 119, 136.—RENDU: *De l'instruction primaire en London dans ses rapports avec la situation social,* 22, apéndice, nota B.—RÉTHORÉ: *Science des religions,* 56, 58, 71.—RODHE: *Psyche,* I, 191, 197.—ROUSSEAU: *Du contrat social* (en las *Œuvres complètes,* III, 382).—SAN BUENAVENTURA: *In librum II Sententiarum,* XXXIV, II, 3.—SANTO TOMÁS: *Summa Theologica,* III, XC, 4. *Contra gentes,* I, III. *Opusculum super Boethii de Trinitate.*—SAUSSAYE: *Manuel d'histoire des religions.*—SARMIENTO: *Demonstración critico-apologética del «Theatro critico-universal» de Feijóo,* I. 22. 27. SCHLEIERMACHER: *Reden über religion,* II.—SCHOPENHAUER: *Parerja und paralipomena,* I, 139.—SCOULER: *L'Institut,* 1847, II.—SPENCER: *The principles of sociology,* tomo I.—STANNTON: *An inquiry into the proper mode of rendering the word God in translating the Sacred Scriptures into the chinese language.*—STEINTHAL: *Mythos und Religion,* 19.—STUART MILL: *A system of logic,* I, II.—SUÁREZ: *De legibus,* II, III.—TIELE: *Histoire comparée des anciennes religions de l'Egipte et des peuples semítiques,* 337, 341, 369.—TYLOR: *The primitive culture,* I, 409, 412.—UNAMUNO: *Los naturales y los espirituales* (en *La España Moderna,* Enero de 1905).—URBANO: *El misterio,* 37.—VACHEROT: *La religión,* 238.—VINSON: *Les religions actuelles,* 5.—VOGT: *Vorlesungen über Menschen.*—VOLTAIRE: *Essai sur l'histoire générale,* I. VI.—WUITZ: *Antropologie de Naturvölper,* tomo I. *Der Indianer Nordamerikas,* 126.

gunas de sus partes únicamente, fué ó será capaz de tener el sentimiento y reconocer la idea pura de Dios; y si no todas, qué participación han tomado algunas corrientes y agrupaciones humanas, ó tomarán en lo futuro. Para evitar en Mitología los errores del tradicionalismo y del sobrenaturalismo escolástico, nada tan necesario como tener noticias adecuadas de la universalidad, carácter y gradaciones del principio religioso. Por regla general, los neoescolásticos, después de haber pasado la mitad de su vida negando las ideas innatas y su aplicación tergiversada á la de Dios por los «enemigos de SANTO TOMÁS», como ellos llaman á los tradicionalistas, ó bien apoyan por completo y maliciosamente todo aquello que estos mismos habían afirmado, ó ridículamente convierten la proposición, suponiendo y afirmando que no es universal la idea de Dios entre los hombres por virtud del «consentimiento común», sino que este consentimiento es común porque aquella idea es universal. Si se tratase sólo de impugnar actualmente el sistema tradicionalista, yo no perdería mi tiempo en matar á un muerto. Pero es el caso que sus postulados ocultos han avasallado los ánimos aun en escuelas muy diversas de aquellas donde primeramente hizo sus estragos. Las proposiciones del tradicionalismo de BONALD (1) y sus continuadores han sido tachadas de alta traición y furiosamente batidas en brecha por los neotomistas; pero aquellas proposiciones han encontrado un nuevo, un poderoso apoyo en la escuela misma que pasaba por haberlas refutado. Ya SANTO TOMÁS se figuró llegar á Dios por un procedimiento que no consiste, como los metafísicos, en remontarse del Mundo á su Causa, sino en deducir ésta de nuestros propios presentimientos é ideas y del supuesto testimonio universal del género humano. La conciencia individual como la conciencia colectiva se han anticipado en esto á la ciencia, según SANTO TOMÁS. *Dei cognitio nobis innata esse dicitur, in quantum per principia nobis innata de facili peripere possumus Deum esse* (2). Y lo dicho por SANTO TOMÁS es repetido por los demás espadas de la filosofía neoescolástica, que encuentran aquí la razón más convincente de la cognoscibilidad y verdad del

(1) Pueden verse estas proposiciones en su obra intitulada *Legislation primitive*. Se tiene también de BONALD las *Recherches Philosophiques sur les Premiers Objets des Connaissances Morales,* donde se encuentran disertaciones sobre el origen del lenguaje y sobre el alma de las bestias, que no dejan nada que desear desde el punto de vista subjetivo del autor.

(2) Los conceptos que pusieron en alza en el tomismo la llamada *ineidad* de la idea de Dios no eran nuevos: habían ya sido proclamados por el gran filósofo y teólogo árabe ALGACEL en su *Ihia*. «El espíritu humano—decía ALGACEL—se reconoce como subyugado bajo el dominio de Dios y dirigido por los secretos de su Providencia. Por eso sentencia el *Alcorán*, XIV, 11: *¿Acaso hay alguna duda de que Dios es el Creador del Cielo y de la Tierra?* Y cabalmente por eso también envió el Señor á los Profetas para que invitasen á los hombres á la creencia en la unidad de Dios; esto es, para que confesasen que sólo existe un Dios. No les mandaron jamás que dijeran que la Sociedad y el Universo tienen Dios, porque esta creencia se halla arraigada en el corazón del hombre desde su nacimiento, desde sus primeros años, á la manera de una idea innata. Por esta razon observa Dios á MAHOMA en el *Alcorán*, XXXI, 24: *Seguramente que si preguntas á los hombres quién ha creado el Cielo y la Tierra, te responderán que Dios.* Y añade en otro pasaje, XXX, 29: *Levanta tu rostro hacia la religión, como monoteista, según la natural inclinación conforme á la cual creó Dios á la Humanidad, no torciendo esa naturaleza: tal es la religión recta*. En consecuencia, los testimonios del *Alcorán,* como el sentimiento religioso innato en el hombre, nos excusan de formular una demostración apodíctica de la existencia de Dios.» Esta prueba de ALGACEL, fundada en la innata inclinación del espíritu humano á creer en la existencia de Dios, está insinuada en otros pasajes del *Ihia* y en el *Almadnúm*. Sólo á modo de confirmación y para seguir el ejemplo de los que filosofaban especulativamente, parte alguna vez ALGACEL de los primeros principios al desarrollar su teodicea.

concepto humano de Dios, conforme á lo proclamado por Cicerón en aquella célebre frase *De quo omnium natura consentit, id verum sit necesse est.* Esta opinión está, pues, íntimamente unida á la de los tradicionalistas, que en todas las religiones, á pesar de su diversidad exterior y aparente, quieren reconocer una real é interna identidad. Es preciso que una teología haya llegado al último extremo de debilidad, para que sus representantes apelen á tan inconsistentes congruencias, y éstas sean aceptadas con ó sin dificultad por la Filosofía. La Mitología comparada tiene hoy un programa que difiere muy poco del de los tradicionalistas *en cuanto al hecho.* Por eso los apologistas católicos rechazan á sus predecesores. Pero éstos, en el siglo XVIII y principios del XIX, fueron los dueños de la apologética, exagerando la unidad de las religiones, y así se explica que Rousseau, al oponerse á sus pretensiones, viniese á caer en la exageración opuesta. Frente al insulso tradicionalismo en cuyo ambiente vivía, su oposición está bien justificada. Pero la ciencia de las religiones no perdonará nunca á Rousseau el haber dejado caer de su pluma las siguientes frases: «El antojo que tuvieron los griegos de encontrar sus dioses entre los pueblos bárbaros provenía sólo del que también tenían de creerse los soberanos naturales de estos pueblos. En nuestros días, sin embargo, sería una erudición muy ridícula la que buscase la identidad de los dioses de naciones diferentes. ¡Como si *Moloch, Saturno* y *Cronos* pudiesen ser el mismo Dios! ¡Como si lo pudiesen ser el *Baal* de los fenicios, el *Theos* de los griegos y el *Júpiter* de los latinos! ¡Como si hubiese algo de común entre unos seres quiméricos que tienen diferentes nombres!»

Conviene ahora distinguir entre la opinión de Santo Tomás y la de los que profesan el tradicionalismo crudo. Según queda indicado, éstos deducen de la universalidad y permanencia de la idea de Dios en el hombre la razón de su credibilidad. Santo Tomás, por el contrario, parece admitir que esa permanencia y esa universalidad son el resultado de la fuerza y del valor intrínsecos de la creencia en el Ser Supremo (1).

Establecida esta distinción, digamos lo que hay de cierto en la opinión de los que afirman la unidad de la idea de Dios entre los hombres. Es evidente que esa opinión no deja de expresar gran parte de verdad, aun desde el punto de vista puramente verbal. Según este modo de ver, los nombres no implican conocimientos objetivos, pero sí ideas claras de los objetos, y todo lo que es nombrable es materia de pensamiento y puede ser conocido. Por consiguiente, es lícito inferir que el Ser Supremo es inteligible y puede ser conocido en mayor ó menor grado por todas las inteligencias. Los nominalistas más intransigentes, como Stuart Mill, reconocen que Dios es un término general para el cristiano ó el judío y para el politeísta, y que en las palabras *Dios, Jeho-*

---

(1) Sobre los primeros principios y la ley eterna en general decia ya San Buenaventura: *Quemadmodum cognitio principiorum primorum ratione luminis naturalis dicitur esse nobis innata. quia lumen illud sufficit ad illa cognoscenda... sic et primorum principiorum moralium nobis innata est pro eo, quod indicatorium illud sufficit ad illa cognoscendu.* Y Santo Tomás consigna la misma idea: *Promulgatio legis naturae es ex hoc, quod Deus eam mentibus hominum inseruit naturaliter cognoscendam.* Véase también á Suárez y á Lessio.

vah, Eloim, Theos, Deus, Dio, Dieu, Gott, God, Jangoi-Cua, etc., no hay más diferencia que el sonido. Pero ¿qué valor conserva esta observación desde que sabemos que, no sólo la lengua de los indígenas de Australia, sino la lengua misma de los chinos (sabia, á pesar de ser poco á propósito para expresar y conservar las concepciones de la razón y de la mente humana) carece de palabras que designen la idea de Dios y de la Creación? Las primeras nociones adquiridas por la razón natural de los hombres vienen expresadas con toda claridad en cuantos idiomas conocemos; y no estando la noción de Dios en ese caso, no podemos en rigor considerarla como de razón natural, sino como una de tantas conquistas de la Filosofía. No creo que haya quien lo dude: si el cristianismo (1) no nos hubiese revelado el único Dios verdadero, es posible y aun probable que los metafísicos hubieran llegado á adivinarle; pero jamás las otras religiones. ¿Por qué? Porque, repudiando la razón, y no recibiendo de la Divinidad misma las enseñanzas sincréticas y esotéricas que poseemos los cristianos, carecían de los dos únicos medios de llegar á la verdad, que son: la Filosofía sana y la Teología racional.

Demostraré muy pronto, sometiendo la religiosidad á la misma crítica á que se vienen sometiendo todas las manifestaciones intelectuales, que el niño no viene al mundo dotado de una facultad de lo divino. *Il sait là-dessus ce qu'on lui enseigne, mais il ne devine rien, car il n'en a pas la connaissance intuitive,* dice Letourneau; y Broca expresa la misma idea en los siguientes términos: «El autor de una concepción religiosa pone en juego facultades activas, entre las cuales juegan el principal papel la imaginación, el sentimiento y la voluntad. He aquí una primera especie de religiosidad activa; pero no se manifiesta más que en un muy pequeño número de individuos. La mayor parte, la inmensa mayoría de los hombres, no tiene más que una religiosidad pasiva, que consiste pura y simplemente en creer lo que se les dice sin sentir la necesidad de comprenderlo, y esta religiosidad no es á menudo más que un resultado de la educación. Desde su más tierna edad, el niño se educa en medio de ciertas creencias, de las que se impregna su espíritu sin que él se halle en estado de discutir y de razonar. Ninguna inteligencia puede sustraerse á la acción de esta enseñanza, combinada y perfeccionada desde siglos. El niño se somete á ellas siempre, y con frecuencia de una manera definitiva. Cree sin examen, porque no es todavía capaz de examinar, y porque para todas las nociones, religiosas ó no, se atiene ciegamente á la autoridad de sus instructores. Nada hay en todo esto que pueda revelarnos la existencia de una facultad, de una aptitud ó de una aspiración particular. Pero con la edad, con la experiencia, con el estudio sobre todo, este estado pasivo del espíritu deja lugar casi siempre á un cierto grado de escepticismo. Apréndese á desconfiar más ó menos de la palabra de otro. No basta ya oir una cosa para creerla: se piden pruebas; y cuando un individuo acepta sin

(1) Por *cristianismo* no entiendo aqui tal ó cual dogmática positiva, sino el *gnosticismo*, que, derivado de las grandes teosofías asiáticas, ha venido á plasmarse en los elementos más elevados de nuestra religion.

examen todo lo que se le refiere, se dice de él que es crédulo como un niño. Este espíritu de crítica, cuyo desarrollo marcha parejo al de la inteligencia misma, se aplica por de pronto á las nociones materiales, á los hechos de la vida ordinaria, y comúnmente no se extiende más allá de este orden de fenómenos; pero otras veces, en compensación, y sin cambiar de naturaleza, se extiende á las concepciones morales y religiosas; de suerte que en todos los países, especialmente en aquellos en que el hombre cultiva su inteligencia, se ve á un gran número de individuos abandonar poco á poco una parte ó la totalidad de sus creencias. ¿Ha desaparecido, pues, en ellos ese supuesto carácter humano que llamáis religiosidad? ¿Colocaréis en el rango de los brutos á esos hombres, que generalmente se hacen notar por la extensión de su saber, por el poder de su espíritu? (1). Así, de cualquier modo que se mire la religiosidad, es imposible considerarla como un hecho general é inseparable de la naturaleza del hombre. La religiosidad activa, creatriz de las concepciones religiosas, no existe más que en raros individuos. La religiosidad pasiva, que no es más que una forma de la sumisión á la autoridad, de la adaptación de una inteligencia al medio en que se desarrolla, es incomparablemente más extensa; pero está lejos de ser universal: si lo fuese, no clamarían tanto contra los incrédulos los adeptos de todos los cultos.»

Hovelacque hace notar que, no sólo esa supuesta característica llega á faltar en una gran parte de los hombres de ciencia, sino que falta absolutamente, como veremos muy pronto, en multitud de pueblos reputados salvajes. No voy á hacer más que reproducir aquí las aserciones muy categóricas, y que se han querido inútilmente poner en duda, de una gran masa de observadores desinteresados. Se ha pretendido que los pueblos que viven sin dogmas y sin cultos creen al menos en fuerzas y en manifestaciones sobrenaturales. Pero es cierto y evidentísimo que la inferioridad misma de esos pueblos hace imposible en su espíritu toda distinción de lo natural y de lo llamado sobrenatural. Siempre hay que recurrir por vía de explicación á factores psicológicos; sobre todo, al terror y temor de lo desconocido. Si se conviene en ver en esto una creencia, no hay animal, ni aun el más inferior, á quien se le pueda discutir la religiosidad. Conviene, empero, distinguir. Históricamente, la religiosidad se ha manifestado en el hombre desde el momento en que ha comenzado á existir como ser limitado y dependiente de una universalidad desconocida. Psicológicamente, es indiscutible que toda acción religiosa tiene su punto de partida en una insatisfacción. La acción antigua, el hecho humano

---

(1) Á esto se podrá objetar que al lado de esos ilustres y poderosos incrédulos hay creyentes profundos y sabios. El hecho no es dudoso; pero la interpretación es falsa. La vanidad de hablar un poco mejor que las gentes vulgares es más que la religiosidad, en los grandes talentos un móvil que les induce á defender, ó al menos no atacar, las creencias de sus padres. Sondeemos un poco mejor nuestro propio fuero interno, y veremos hasta qué punto es imposible afirmar algo sobre las intimidades de pensamiento de otro. Hasta cabe sostener con Lichtenberg que es muy posible probar que á menudo se figura uno creer en algo, y, en realidad, no se cree. Nada es más difícil de profundizar que el sistema de los móviles de nuestras acciones. Esto prescindiendo de otras muchas causas, como el temor á la persecución (en otros tiempos) y al mal ver (en los nuestros) ó á la pérdida de una brillante posición social, la piedad para los débiles de espíritu, la herencia psicológica de la tradición, la debilidad de convicciones, la insinceridad, etc., etc.

que se hizo y desarrolló en la antigüedad, fué un hecho sagrado, religioso. Todo sabio que, como QUATREFAGES, aborde un asunto de antropología religiosa, parte del postulado de que el hombre tiene propiamente un «instinto religioso» que le distingue de los demás seres animados. De este «instinto religioso», que BROCA niega en absoluto, deriva, ciertamente, un principio que preside á todas las acciones por las cuales el hombre tiende á excederse á sí mismo: es el principio *animista,* llamado también el fundamento de la actividad mitopéyica. Para precisar este criterio, vale más citar la fórmula de un secuaz y admirador de QUATREFAGES, que profesa bajo otra forma las ideas de BROCA. He aquí cómo se expresa el religionista RÈTHORÉ: *C'est un fait que l'idée religieuse se trouve maintenant dans l'esprit humaine; on peut en conclure qu'elle y a toujours été.* El autor supone, pues, indirectamente, que con el hombre, cual le conocemos, apareció la religión en forma de concepciones metafísicas, las más rudimentarias que cabe concebir, como son los mitos, simples misterios sin dogma, prehistóricos gérmenes de cultos groseros. Y, en efecto, puesto que la religión se ha desenvuelto por grados, podemos remontarnos del grado actual al primero. Este primer grado lo encontraremos infinitamente pequeño, sin duda; pero no solo, pues nada hay que no sea susceptible de desenvolvimiento. Luego la idea religiosa es inherente á la naturaleza humana, y por obscura que haya sido en un principio, no por ello era menos real. Como la encina está en la bellota, el hombre está por entero en su germen, de cualquier manera que se le nombre: *mónada,* con LEIBNITZ y BONNET; *protoplasma* ó *blastema primordial,* con NAUDIN; *mónera* ó *amebo,* con otros embriologistas. Creer en la evolución *ex nihilo* sería tan absurdo como creer en la creación *ex nihilo.* Á los que admiten un estado *prerreligioso,* es decir, un estado en que no había religión, el juicioso positivista TYLOR les pregunta sencillamente: *¿Cómo entonces los partidarios de la evolución explicarían que los grados sucesivos procedan uno de otro?* Esta explicación no ha sido dada todavía, y no lo será nunca, bastando tan grave perplejidad para hacer concluir á TYLOR que «la afirmación de que realmente existen razas salvajes sin religión, aunque es teóricamente posible y acaso efectivamente cierta, no se puede hasta ahora apoyar en pruebas suficientes, como tenemos derecho á exigir tratándose de relaciones tan excepcionales. No es cosa desacostumbrada que un escritor que dice de un modo general que en tal ó cual pueblo salvaje no se encuentra absolutamente señal alguna de religión, luego, en los hechos que refiere, da armas con que probar el error de sus aserciones generales.» Mas, antes de avanzar tanto, bien será detenernos un poco en el verdadero modo de concebir la raíz única y posible de la religiosidad, modo de concebir en cuyo abono y justificación pueden presentarse, no razones de rigorismo lógico, sino razones *à posteriori* ó, para hablar en romance, de trasmano.

El proceso que tiene lugar en la creación religiosa, y que engendra concepciones divinas, es ordinariamente considerado como una resistencia sostenida por el espíritu del hombre contra las sombras que le ocultan el mundo ó con-

tra la multitud de males exteriores. Mas para que esta resistencia no se haga al azar ni sea una obra irracional, es preciso admitir una ley que encauce sus productos ó algún otro principio parecido. Y esta ley será, indudablemente, un principio perfectivo, por cuanto debe eliminar lo que hay de invisible, ilógico é inmoral en la Naturaleza. En realidad, este principio es una aspiración transcendental, es el espíritu excediéndose á sí mismo, renovando sus intuiciones internas, comunicándoles continuamente un sentido de elevación, y añadiendo la significación suprema á una imagen que ha sido ya transformada en norma de vida. Este principio, en virtud del cual el hombre, ser *religioso,* quiere procurarse las *mayores* satisfacciones posibles con la *mayor* pena ó trabajo posible, yo lo llamaría *principio del máximo esfuerzo,* por oposición al principio en virtud del cual el hombre, ser *económico,* quiere procurarse las *mayores* satisfacciones posibles con la *menor* pena ó trabajo posible *(principio del mínimo esfuerzo).* En el estudio que dedicaré á la interpretación del primer principio se verá la verdad de lo que ahora asevero, pues la extensión y abundancia de las pruebas y datos que poseo requieren larga preparación y discusión aparte. Baste dejar sentado aquí que la vida humana entera, en su función de resistencia, es un culto continuado á los dioses ó al destino, y que esta resistencia, por la que el hombre se supera á sí propio sin cesar, es tan antigua como el hombre mismo. Y como el hombre, ser económico, no lo ha sido jamás de un modo exclusivo, desde los comienzos, el afán intelectual recibió de él una constitución metafísica, y el orden cósmico una interpretación religiosa, yendo á desaparecer todo arte en el mito, toda ciencia en el dogma, todo derecho en el rito, toda moral en el sentimiento de sumisión á poderes superiores é invisibles.

Pasemos á otro punto de la cuestión. Si de la universalidad de la idea de Dios quisiera deducirse su existencia, habría que decir lo mismo, y aun con más razón de la del *diablo,* puesto que ésta se halla más difundida que aquélla en los pueblos salvajes (1). La primera, en efecto, falta en muchos países del mundo actual, y faltó en tiempos pasados en diferentes razas y naciones. Así los hunnos, á dar crédito al testimonio de Amiamo Marcelino, y así también los primitivos españoles (celtíberos), á quienes los romanos acusaban de ateísmo *(Deum nullum esse quidam aiunt,* como taxativamente dice Estrabón). El sistema religioso de Confucio no admite divinidad alguna como existente (2).

---

(1) Al curioso que deseare saber si esta opinión hace ó no violencia á la experiencia social é histórica, bastara por toda respuesta recordarle que, al decir (un tanto exagerado) de nuestro folklorista Urbano, el diablo posee en algún modo más títulos psicológicos y cronologicos de justificación que la propia Divinidad: y el residuo de toda creencia religiosa, el *minimum* de cristianismo que puede tener y á menudo tiene todo hombre emancipado de la fe en Cristo es un culto á *Satanás.* «El demonio—dice Urbano—es anterior al mismo Dios, más viejo, de más edad. Porque el primer dios de los dioses pide una súplica, una oracion, un donativo, lo que solo se concede á los injustos, los que pueden torcer y pervertir su voluntad, los que son verdaderamente superiores á nosotros, porque sobre nosotros pueden. El mal ha recibido la primera súplica del hombre, la única también. Y todo el sacrificio, todas las prácticas litúrgicas, todo el ritual de las religiones humanas, no son más que suplicantes movimientos de nuestras manos para detener el brazo amenazador de la desgracia y del mal. Los dioses feos son más grandes y los más antiguos, porque son verdaderos demonios, porque pueden contra nosotros y de nosotros exigen la súplica más humillante y sentida.»

(2) Sea por genio de raza, sea porque la lengua china no se presta á la discusión ni ofrece facilidad para las réplicas

Buda, cuyas doctrinas profesan 200 millones de seres humanos, hizo, si así puede decirse, una religión de la negación de Dios. Hablamos temerariamente de razas teístas como de las únicas razas religiosas, porque religiosidad dista mucho de ser sinónima de teísmo. Tanto en los individuos pertenecientes á razas civilizadas, que han sido privados de instrucción á causa de una enfermedad, como entre los diferentes pueblos primitivos, el espíritu no contiene ni aun concepciones propiamente *religiosas*. En todas partes donde existen rudimentos de ellas, se las encuentra, como dice Spencer, bajo la forma de creencias en los *dobles* de los muertos y de los sacrificios dedicados á los mismos. La teoría espiritista, con la práctica de la propiciación de los espíritus ordinarios, sobrevive habitualmente en la creencia en seres sobrenaturales más potentes y en las prácticas de propiciación cerca de esos seres. Esos seres son primeramente llamados con el mismo nombre que los espíritus ordinarios; pero se distinguen de ellos gradualmente. Los cultos dedicados á los seres que se suponen sobrenaturales, aun los más elevados, son de la misma naturaleza, y no difieren más que por el grado de elaboración. ¿Qué hay en el fondo de todas sus analogías? ¿No consistirá esto en que, al igual que los demás fenómenos sociológicos, las religiones tienen una génesis natural?

De aquí también que á veces reconozcamos en cualquier raza, lo mismo en las más adelantadas que en las más salvajes, al verdadero Dios por sus más humildes revelaciones, y con ayuda de muy pocas de ellas. Se ha dicho con exactitud que lo que es preciso reconstituir para nuestros contemporáneos no son fósiles, sino seres vivos, que han adorado, implorado, glorificado, cantado y llorado; que han temblado ante el gran Misterio; que se han rebelado, que han amado, y no simplemente teólogos, pastores y ritos. En las manifestaciones colectivas del corazón humano, y en las más sencillas y sinceras, es donde puede hallarse el *Deus ignotus*, ese Dios que pocos pueblos llegaron á conocer en su inmensa majestad, pero del que todos los hombres, por incultos que sean y por extraviados que se hallen en el camino de la verdad, tienen alguna idea ó, cuando menos, algún presentimiento, porque llena el mundo y su realidad se impone á las conciencias más endurecidas. Los modernos sabios dan á este hecho la misma calificación y crédito que los antiguos. El etnógrafo Ratzel, individuando las cosas en breves palabras, dice:

---

improvisadas, Confucio se excusó siempre de debatir problemas de Metafísica religiosa. Léese en el *Kialu* que, tratando en cierta ocasión de librarse de la importunidad de sus discípulos, que no cesaban de preguntarle sobre los espíritus, sobre el alma racional y sobre lo que sucede después de la muerte, resolvió darles una regla general, que fué el raciocinar y disputar cuanto quisieran relativamente á las cosas comprendidas en las seis posiciones, es decir, que son visibles ó están en el mundo visible, con tal que sus disputas no diesen margen á las dudas; pero en cuanto á las cosas que no están en esas seis posiciones, quiso que se las dejase tal y como están, sin disputar sobre ellas ni aspirar á profundizarlas. Schopenhauer llama la atención sobre el hecho de que el idioma de los chinos no tenga ninguna expresion para «Dios» y «crear»; de suerte que no se puede traducir á dicho idioma el *Pentateuco*, con gran perplejidad de los misioneros, á quienes ha querido ayudar Stannton por medio de un libro especial. «En las creencias del pueblo chino—dice Ayuso—, la idea de Dios se halla tan obscurecida como en el sistema del Buddha; ni Confucio ni Laotsen poseen una noción medianamente clara de la Divinidad, y, como hace notar Barthélémy Saint-Hilaire, el buddhismo, al amalgamarse con estas filosofías, no hizo más que aumentar la confusión y las tinieblas en la cuestion más capital de toda filosofía y de toda religión.»

«Varias son las causas que dificultan el estudio de la vida y de las ideas religiosas de los pueblos naturales. Estos, como se comprenderá, solamente suministran datos incompletos acerca de sus ideas respecto del Ser Supremo, y aun únicamente los dan muy á la fuerza ó con el propósito de engañar al curioso. También se comprende que muchas veces no puedan facilitar estas noticias, porque ni ellos mismos se explican muy claramente las ideas que tocante á religión tienen. MERENSKY refiere una contestación, desde este punto de vista muy significativa, que obtuvo de unos *basutos* cristianos á quienes preguntó qué idea se habían formado de Dios cuando todavía eran paganos. *Nada habíamos pensado de Dios* (le respondieron); *pero habíamos soñado en él.* Puede afirmarse que los pueblos naturales carecen de aquellas ideas claras que poseen los cristianos, los judíos y los musulmanes, pues la vida intelectual de aquéllos no sólo es vaga, como un sueño inconsecuente é incoherente, sino que, además, carece de la progresiva transmisión de ideas de una generación á otra, que es lo que establece una conexión orgánica entre los pensamientos del mundo antiguo y del contemporáneo. Las ideas religiosas que se han conservado en muchos pueblos apenas son conocidas más que por los ancianos, que las conservan con sumo cuidado; y aun en los puntos en que así no sucede, domina casi siempre cierta repugnancia á divulgar los secretos religiosos. Todo lo más que en tales pueblos cabe encontrar son ruinas ó fragmentos.» Por esto, RATZEL, como HUMBOLDT, como TYLOR, como HELWALD, aconseja que se cuide mucho de no formar un concepto demasiado mezquino de las creencias y opiniones religiosas de los pueblos naturales, pues hay que tener siempre en cuenta que todos los impulsos y esfuerzos intelectuales que no se encaminan directamente á los fines prácticos de la vida, tienen cabida en esa esfera religiosa; que la religión abarca en aquellos pueblos la filosofía, la ciencia y la poesía; y que, dadas estas circunstancias, queda mucho por suponer y por investigar en este terreno. Pero, hasta limitándonos á lo estrictamente religioso, no puede partirse del punto de vista de que todo cuanto existe en el fondo ha de aparecer en la superficie. Esta preocupación da frecuentemente origen á los más inexactos juicios, plagados interiormente de contradicciones. Un gran conocedor de los hotentotes *namaqúas* (el misionero TINDALL) ha dicho lo siguiente: «En punto á religión, sus espíritus parecen una página en blanco»; lo cual hemos de interpretar en el sentido de que no tenían la menor idea de cosas religiosas. Este parecer, sin embargo, encerraría una equivocación grandísima, pues si bien en el alma del *namaqúa* no puede leerse claramente nada que indique una idea religiosa netamente comprendida por él, no faltan varios indicios que pueden considerarse como restos borrados de nociones claras. El autor citado circunscribe más su opinión cuando añade: «El hecho de que su idioma contenga expresiones para las ideas Dios, espíritus y aun diablo, parece indicar que no están completamente ignorantes de todas estas cosas, á pesar de que ni en las demás expresiones del lenguaje, ni en las ceremonias, ni en las supersticiones, se encuentra nada que demuestre algo más que una idea rudimentaria de un mundo espiritual. Yo

creo que las historias supersticiosas que los viajeros han escuchado de sus labios y mirado como recuerdos religiosos son consideradas por los mismos indígenas como fábulas que, ó bien se narran por puro pasatiempo, ó sirven para explicar las costumbres y las cualidades de los animales fieros, teniendo, por ende, más fuerza como cosa de hechicería que como de religión.» Ratzel hace notar, y con razón, que el que así se expresa tiene un concepto individual algo estrecho de la idea religiosa; y, en efecto, aunque esos usos y esas leyendas no constituyan una religión propiamente dicha, son elementos con los cuales, mediante un desarrollo progresivo, llega á formarse el cristal de la fe depurada. En el curso de nuestras observaciones habremos de preguntarnos con frecuencia: ¿Hay que ver en tales ideas, usos y leyendas la religión? Para proceder con justicia, formularemos á continuación de ella la contrapregunta siguiente: La religión, ¿debe ser entendida únicamente como noción perfecta, ó es, por lo contrario, más verdadero y equitativo el concepto de que es preciso considerar como elementos de la religión todos aquellos sentimientos é ideas del hombre que, saliendo de la esfera de las cosas de la vida ordinaria y de la existencia corporal, se elevan hasta las causas desconocidas? Si aceptamos esta última teoría, pocas veces encontraremos en los pueblos naturales la religión concebida en tan estrecho sentido; pero, en cambio, no analizaremos ningún tipo popular sin descubrir estas últimas fibras de la idea religiosa. Por convicción científica hemos de asentir incondicionalmente á la opinión que, partiendo del sentimiento religioso, se opone á este esfuerzo hacia abajo. «La falta completa de religión, el verdadero ateísmo —escribe Strauss—, es siempre resultado de una civilización complicada que va minándose y materializándose; nunca consecuencia de una ruda cultura primitiva: en ésta se encuentra, aun en el estado de mayor depravación, la necesidad religiosa, que corresponde á una facultad religiosa, por incompleta y confusa que ésta sea.» De aquí concluye Ratzel que la etnografía no conoce pueblo alguno ateo, sino desenvolvimientos más ó menos elevados de ideas religiosas; ideas que en unos aparecen como gérmenes, ó, por mejor decir, pequeñas é invisibles, como en estado de crisálida, al paso que en otros se han desarrollado espléndidamente, dando origen á abundantes mitos y leyendas. El ejemplo de lo que acontece con los idiomas debe hacernos muy precavidos.

Aunque tal es mi opinión, no por eso se entienda que admito en el espíritu humano la existencia de una facultad llamada *religiosidad*. Pasando revista á las creencias religiosas de las diversas razas humanas, se encuentran sólo grupos de actos ó estados afectivos é intelectuales que no difieren esencialmente de los otros hechos conscientes, es decir, subjetivos. Letourneau ha presentado muchos ejemplos de ese género en su obra *Science et Materialisme*, y es lástima que no haya querido añadir más, pues se dan á granel. Los *pecheres*, habitantes del Sur de América, apenas tienen idea de Dios ni de la vida futura. Los nómadas del Archipiélago Australiano, sobre todo los de Nueva Gales, no respetan, según Dumont d'Urbille, ni rinden culto á nada ideal ó corpóreo: ni adoran á los astros ni al fuego. Los viajeros mencionan multitud de

tribus que nada saben de un Ser Supremo, ó cuyo saber es tan pobre, que no supone una religiosidad formal. Así, Harsthorne nos habla de un *veda* á quien durante su prisión se le dió alguna instrucción, como de un individuo que «no tenía idea alguna de un alma, de un Ser Supremo ni de una vida futura». Los *dores,* pueblo de África, dice Henglin, no parece que tengan concepción religiosa propiamente tal, aunque creen en los espíritus. Gardiner refiere de los *zulús,* pueblo muy inteligente, una interesante anécdota. Cierto día les preguntó: «¿Tenéis algún conocimiento del poder que ha hecho el mundo? Veis el sol levantarse y desaparecer, y los árboles desarrollarse: ¿sabéis quién los ha hecho y quién los dirige?» El zulú Tpai, después de breve pausa, y como si hubiera reflexionado profundamente, contestó: «No; los vemos, pero no podemos decir de dónde vienen; suponemos que vienen de ellos mismos.» Lord Hyland, en el segundo período de su vida religiosa, período de apostolado en que recorrió el mundo, dió en una de sus correrías piadosas con su cuerpo en un pueblo salvaje del Sur de Africa, que ninguna idea tenía de la Divinidad, y, no obstante, al tratar á sus moradores, vió que eran sencillos, confiados y buenos. Vivían en paz, desconociendo el nombre de Dios, gobernados por los más ancianos y aconsejados por los más sabios de entre ellos, y se dijo el desengañado lord: «Las virtudes que practican valen tanto como las mías, y una religión, falsa ó verdadera, no entrañaría para ellos más que un cambio de nombres.» Hyland murió ateo, pronunciando al expirar estas desoladoras palabras: «No he podido amar verdaderamente á mis semejantes hasta que no me he visto libre de la preocupación de Dios.» Por eso no es de extrañar que el arcediano y lingüista inglés Farrar, aunque eclesiástico, diese abundantes pruebas que nos han proporcionado, no viajeros de paso, sino hombres que han vivido largo tiempo entre los salvajes, de que ha existido y existe un gran número de pueblos que no creen ni en uno ni en muchos dioses, y que ni siquiera tienen en su idioma palabra para expresar la Divinidad. Es bastante general entre los indios de la América del Norte la creencia de que el sol es el dueño de la vida y lo anima todo, y algunos misioneros han creído que *Yuskeha* es lo mismo, entre ellos, que *Ataocan* el creador, á quien como tal adorarían en calidad de *gran espíritu* ó dios personal, autor del cielo y de la tierra. Este error fué ya combatido por Schopenhauer, y antes que él por Scouler, en un folleto sobre los salvajes norteamericanos. Dice así el último escritor: «Cuando se nos habla, en los trabajos sobre las supersticiones de los indios, del *gran espíritu,* nos inclinamos á suponer que esta expresión indica una idea que está conforme con lo que nosotros la relacionamos, y que su creencia es un *teísmo* sencillo y natural. Pero semejante interpretación está muy lejos de la verdad. La religión de esos indios es, por el contrario, un *fetiquismo* puro, que consiste en prácticas mágicas y encantamientos. En el estudio de Tanner, que vivió desde su infancia entre ellos, hay detalles exactos y dignos de notarse, pero, en cambio, distintos de las invenciones de ciertos escritores; en efecto: por ellos se ve que esa religión de los indios es, en realidad, un *fetiquismo* semejante al que existía antes entre los finlandeses y

existe hoy todavía entre los siberianos. En las tribus que viven al este de la cordillera, el fetique consiste en cualquier objeto, al cual se le atribuyen propiedades misteriosas, etc.» Y aunque no se estimen esas tribus como incapaces de concebir un espíritu infinito, lo son, sin duda, subjetiva y prácticamente, de concebirle de otra manera que pluralística y antropomórficamente. Waitz, que ha estudiado muy bien las costumbres de los salvajes de la América del Sur, escribe que «si bien su inteligencia es apta para recibir la idea de un ser omnisciente y omnipotente, de un dueño soberano del mundo, no se eleva normalmente al nivel de esta divinidad, que les parece muy grande, muy alejada y muy incomprensible. Cuando el peligro acecha al indio, cuando pierde las esperanzas, cuando se amohina, vuélvese con preferencia hacia un ser subordinado, que esté más al alcance de su mente. Cuando siente la necesidad de una guía ó de un socorro, limítase á un espíritu guardián, y á él dirige todas sus miradas. La totalidad de la Naturaleza está, para él, llena de acontecimientos, y estudia cuanto le rodea, como el astrólogo estudia las estrellas.» Un observador refería á Waitz, á propósito de los indios, que con frecuencia les planteó la cuestión: «¿Dónde está el templo del Dios supremo?»; y la respuesta dada, no sin una sorpresa evidente, á cuestión tan inesperada, fué siempre: «¿El templo del Dios supremo? ¿Qué queréis decir? Ese templo no existe.» «¿Por qué?» «Porque no cabe en él un Dios sin forma, sin nombre, inconcebible é imposible de adorar.» «¿Y por eso adoráis ídolos?» «Ciertamente, un ídolo es indispensable. Tenemos necesidad de un objeto visible en que nuestros espíritus puedan reposar.» Hablando del culto griego de los héroes, Mitchell observa que se basaba en una tendencia semejante; y Rodhe considera el poder de los dioses nacionales limitado de continuo por el hecho siguiente: «Los héroes locales estaban más cerca que ellos de los habitantes de una villa ó de un distrito.» Hoffding sostiene, desde el mismo punto de vista, que la tendencia ha persistido aun en la religión cristiana. El catolicismo ha favorecido la creencia en toda una serie de seres á quienes el adorador debe invocar para satisfacer su necesidad de un objeto finito y limitado ofrecido á su plegaria y á su meditación cuando el término superior de la serie parece muy lejano y muy elevado. Comenzando por Dios la serie, desciende, por Jesús y la Virgen, hasta los santos especiales, que obran en casos especiales ó que cuidan de los individuos. En las Iglesias protestantes la tendencia es limitada; pero existe todavía. Como aseguraba un predicador de Copenhague, cierto día, en un sermón fúnebre, «Dios no puede socorrernos en nuestra gran aflicción, por hallarse infinitamente lejos de nosotros, y hay que recurrir á Jesús». Supervivencias tales bien claro indican que la tendencia arraigada desde antiguo no ha desertado nunca de las naciones civilizadas.

Nada prueba, por tanto, que el hombre haya estado dotado primitivamente de la creencia en la existencia de un Dios omnipotente. Apresurémonos, no obstante, á añadir, con el gran sostenedor inglés de la filosofía evolucionista, que esa cuestión se distingue *toto orbe* de la de un orden más elevado, á saber,

si existe un Creador dueño del universo, cuestión á la cual han respondido afirmativamente las más elevadas inteligencias de todos los tiempos. No olvido que en nuestra época es cuando más se habla de religiosidad universal; que antropólogos y sociólogos señalan la religión como rasgo fundamental que distingue el reino humano del reino animal; pero es sabido que á los que así piensan les es forzoso, como le sucedió á Waitz, extender la idea de Dios hasta comprender en ella la creencia en los espíritus é identificar el elemento religioso con las *brujerías* y los brujos y saludadores que existen en algunos pueblos salvajes; proceder que no sería capaz de imitar ningún sabio imparcial y juicioso. Aun cuando no se incluyan tales supersticiones y prácticas entre los fenómenos de patología religiosa, hay, por lo menos, que establecer una relación lógica entre la religión y la fe individual, por una parte, y por la otra, el sociomorfismo de los cultos históricos, como un resultado del desarrollo de los mitos en el tiempo. Ese sociomorfismo típico refleja, para quien bien razone, el efecto ennoblecedor de la religión; la superstición aisla al mismo tiempo que envilece; la continuidad de su progresiva integración imprime á las formaciones religiosas el sello exterior de la sociabilidad.

Empero, admitida la universalidad de la idea de Dios, ó sea, la creencia de todos los pueblos y de todos los hombres en un ideal divino, siempre sería lícito al investigador exento de preocupaciones combatir la *significación* que á ese hecho quieren dar los defensores de la filosofía de Santo Tomás. Para ello, basta mostrar el origen y formación históricos y perfectamente humanos de los mitos y de los cultos. Pero antes insistamos en la cuestión del término *Dios,* considerado en sus evoluciones, para confusión y oprobio de los que, como los discípulos de Santo Tomás, cantan y loan el saber antiguo, la primitiva teología natural del género humano. En este sentido, dice el ya olvidado Barcia: «Estamos en una palabra altísima y augusta: estamos en la palabra *Dios.* ¡Qué impía es la ignorancia! Atiendan por favor mis lectores. No hablando de generaciones iluminadas por la gracia divina, porque aquí no se intenta demostrar la omnipotencia del Sumo Hacedor, sino la primitiva imperfección del idioma humano; hablando de tiempos históricos, no de tiempos dogmáticos; en una palabra, hablando de historia y de ciencia, no de tradiciones ni de milagros, hallaremos que el vocablo Dios, en todas las lenguas de que nos dan noticia los anales del mundo, quiere decir *el que genera, el padre.* Esto sucede desde el *Zeus* ó *Theos* de los griegos, aplicado á *Júpiter, padre* de los dioses; desde el remoto *Diu* de los celtas, que quiere decir *generador;* desde la *Dililia* de los eslavos, que presidía los *partos,* y á quien invocaban las mujeres *estériles* para que les diera *fecundidad;* desde la divinidad *generadora* de los egipcios, que era macho y hembra (¡un Dios macho y hembra!); desde el Dios negro *Agoie,* hasta el Dios *Debis* de los japoneses, que recibe todos los años un singular tributo de amor. Este tributo es lo que más presente tienen las doncellas de aquel Imperio, las cuales procuran tener contento á *Debis,* para que las dé buenas, felices y tempranas bodas. ¿Quiere saber el lector en qué consiste el tributo de amor á que he aludido? Consiste en lo si-

guiente: ante la estatua colosal de aquel paciente dios comparece todos los años una virgen bellísima, tan aderezada ó galana como sabe ó puede, y pide maridos para sus compañeras; por supuesto (observa el autor de quien tomo estos apuntes), sin olvidarse de sí misma. *Debis* la escucha benignamente (¿cómo no, siendo joven y bella?), y no sólo la escucha, sino que, por una divina encarnación, *genera* en el seno de la virgen devota; y de este modo se propaga la casta de los dioses sobre la tierra... ¡Un Dios genera con una mujer!... ¡Sabiduría primitiva! ¡Ciencia de los primeros hombres! ¡Ah! ¿En dónde estáis, ciencia y sabiduría de los primeros hombres, que no atribuís una idea pura al espíritu universal, origen eterno de toda razón, de todo amor, de toda belleza, de toda virtud, de toda esperanza? ¿Á ese espíritu universal, misterio soberano que todo hombre guarda en su conciencia, que toda criatura llama y adora en el retiro de su pensamiento y de su corazón? Sabiduría primitiva, ciencia de los primeros hombres, ¿en dónde estabais que no disteis á la palabra Dios un arcano divino? Aparte los pueblos inspirados por la Gracia, aparte esas épocas religiosas, aparte esos paréntesis de la Divinidad, puede decirse que en ninguna lengua del globo existe un solo término que no significara originariamente relaciones físicas. Todos los nombres de primitiva formación, todos, sin excepción alguna, expresan substancias ó atributos materiales; y, para decirlo de una vez, todos son nombres físicos.» He dado la palabra á un entusiasta deísta, á pesar de su escasa y casi nula autoridad filosófica, para que se vea que la indagación imparcial del desenvolvimiento de la idea religiosa conduce siempre á una concepción contraria á la de la escuela de SANTO TOMÁS.

Pero el ningún valor demostrativo del argumento de SANTO TOMÁS se patentiza, sobre todo, cuando tocamos su fundamento y descubrimos que los que lo sostienen son incapaces de señalar la causa ó razón suficiente de la creencia de todos y cada uno de los hombres en un Ser Supremo. Aquí hay cinco casos posibles: ó esa creencia es una idea innata grabada por el Creador en todas las inteligencias; ó es un principio de sentido común, unánimemente recibido por todos; ó es una verdad evidente por sí misma, una especie de axioma (pues de otro modo parece difícil explicar su pretendida universalidad); ó es el resultado de un sentimiento superior á los ordinarios y propio sólo de los seres racionales; ó es, finalmente, un residuo de la tradición que se remonta hasta el origen del género humano. Ninguna de estas hipótesis cabe en una filosofía juiciosa, ni puede ser admitida por el que conozca la historia un poco.

La primera hipótesis, ó sea, la de que la idea de Dios es innata en el hombre, está desmentida por la experiencia, que nos enseña que esa idea, como todas las abstractas, es un producto de la educación y de la instrucción recibidas por el niño en el seno de la familia ó en la escuela. Por eso, allí donde estos factores faltan, brilla por su ausencia la creencia en un Ser Superior. Los sordomudos, los niños que se han criado lejos de la sociedad como las bestias de los bosques, y aun aquellos que están en contacto con la vida so-

cial, pero cuya instrucción y educación han sido defectuosas, no nos ofrecen la menor tendencia á la religiosidad, ni la más ligera señal de la llamada chispa divina, que, según los discípulos de Santo Tomás, es connatural al género humano, y sería ridículo aplicarles el *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* Conocido es el caso ocurrido á un noble alemán que, inspirándose en el método de Bassedow y Rousseau, se propuso educar á un hijo suyo sin darle ninguna noción de la Divinidad; cuando, al cabo de diez años, quiso saber cuáles habían sido las ideas que el niño (cuyas facultades habían todas recibido perfecto desarrollo) tenía de Dios, vió con asombro que éste, á semejanza del hombre primitivo y de los salvajes actuales, había tomado al sol por Dios. Este hecho explica también con harta claridad la significación de las supersticiones primitivas, que tan preocupados trae á los defensores del argumento de Santo Tomás (1). ¿Cómo negar la influencia en el hombre ignorante de la Naturaleza que le rodea y en la que continuamente cree descubrir señales sobrenaturales?

Los sordomudos ofrecen análogos ejemplos. Entre ellos, el célebre Meystre no tenía, según la excelente descripción de Hirzel, la menor idea de un Ser Supremo, y siempre que se trataba de explicar el significado de esta palabra, creía que su maestro se refería al sol. Habla Balmes de un sordomudo que adquirió el oído á la edad de veinticuatro años, con lo cual pudo adquirir el lenguaje al cabo de pocos meses. Curiosos algunos teólogos de saber qué ideas se había formado de Dios, del alma, de los preceptos de la ley natural y de otras cosas incorpóreas, le preguntaron cuidadosamente sobre estos puntos, resultando del examen que jamás había él pensado en dichos objetos. Tocante á las prácticas religiosas, en que estaba enseñado por sus padres, católicos, se observó que si tenía alguna idea intelectual y moral de lo que ejecutaba, debía de ser muy imperfecta; al parecer, todo lo hacía sin conocimiento y únicamente por hábito de imitar á los demás. Están acordes con este hecho las declaraciones de varios maestros de sordomudos, quienes atestiguan que, antes de la enseñanza, el sordomudo no conoce las verdades metafísicas. Así Granell, profesor en el *Colegio Nacional de Sordomudos* de Madrid, dice explícitamente: «El sordomudo no tiene idea alguna de Dios, aunque su espíritu agitado le remonte hacia una cosa muy grande y muy solemne, que no sabe lo que es; mira con espanto á los astros, y principalmente á la luna, dándose el caso de que algunos sordomudos la amenazan; el firmamento es para él una serie de fantasmas y de imágenes imposibles de describir; considera á las estrellas como lámparas que se encienden por las noches en otras habitaciones distintas de la en que él está, y á la ceremonia del culto, como una representación teatral ó como cualquier otra manifestación exterior.» El doctor Kitto, que era sordo, cita en su libro intitulado *The lost senses* el tes-

(1) Job atestigua que el primer homenaje religioso es el que enviaban los hombres primitivos á los astros, llevándose las manos á los labios y levantándolas en seguida hacia el Firmamento: *si vidi solem aut lunam et osculatum sum manum meam ore meo.*

timonio de una dama americana sordomuda que no había recibido instrucción antes de llegar á la edad madura. «La idea—dice—de que el mundo debe tener un Creador jamás se había presentado á su espíritu, como tampoco se ocurriera á ninguna de las otras pensionistas inteligentes de la misma edad.» SAMUEL SMITH, que ha estado en diario contacto con los sordomudos, dice de uno de ellos «que no poseía idea alguna de su naturaleza inmortal, y que no ha tropezado con un solo ejemplo de sordomudos no sometidos á educación que tuviese idea remota de la existencia de un Ser Supremo, Creador y Señor del Universo». Ya LAMETTRIE refería el caso de un sordomudo de Chartres que, habiendo recobrado súbitamente el oído y aprendido á hablar, se mostró desprovisto de toda idea religiosa, aunque desde su niñez hubiese estado dedicado á todas las ceremonias y prácticas devotas.

Y, sin acudir á hechos anormales, ¿quién ignora que las clases bajas de nuestra sociedad europea no tienen generalmente, á causa de su mala educación, la menor idea de Dios, ó si la tienen, es tan absurda y monstruosa que, si para algo pudiera servir, sería para justificar la necesidad del ateísmo? ¿Será preciso reproducir la descripción tan concienzudamente hecha por RENDU del tristísimo estado del bajo pueblo inglés en punto á Religión? BÜCHNER ha recordado un censo hecho á mediados del siglo XIX, que demostró que había en Inglaterra seis millones de personas que no habían traspasado el umbral de una iglesia, y que ignoraban á qué secta ó religión pertenecían. Hechos parecidos se pueden comprobar en los anales de la policía correccional de todas las ciudades populosas.

Profundizando la materia, se echa de ver que es altamente fútil suponer verdad de sentido común una concepción tan eminentemente científica como la de Dios (1). Además, con eso se la quita todo valor de principio definitivo. El sentido común se refiere á la Vida, no á la ciencia. Como criterio de conclusiones científicas, es sólo provisional. Opiniones que, como la del movimiento del sol alrededor de la tierra, han sido en otro tiempo verdades de sentido común por su universalidad, se han visto convertidas en absurdos palpables por el progreso de las ideas. Por eso no ha sido el vulgo quien ha quedado burlado por los adelantos de las ciencias, que han destruído los llamados

(1) Llamo *eminentemente científica* á esta concepción, no mirando á sus expresiones cardiacas y á sus manifestaciones religiosas en la conciencia general, sino en cuanto es considerada por SANTO TOMÁS y los escolásticos que aquí se combaten como derivadas en la Humanidad colectiva de los esfuerzos *intelectuales* y no de los *prasológicos* del espíritu. Semejante trabajo mental, tal como se entiende por SANTO TOMÁS, si, por una parte, no está conforme con las muestras *sociales* de religiosidad, enteramente impregnadas de *afectismo*, por otra, no llega á constituir una verdadera teodicea. En el pueblo, «el sentimiento, para alcanzar incomparable ventaja sobre la razon, debe señorcarla. En cuanto el hombre renuncia á ésta, siente rebosar su alma en emociones divinas.» Asi LOTHEISEN. Mas para el pensador y el filósofo, «Dios es en todos sus aspectos sinónimo de perfección. La ciencia que se ocupa del Ser perfecto es una especulacion abstracta é ideal como la Geometria.» Asi VACHEROT. El americano ABBOT, citado por CARRAU, afirma en el mismo sentido que la idea de Dios «surge legitimamente de la ciencia moderna», o más bien «del método científico aplicado á la Filosofía». Y es de advertir que ABBOT es un teista sincero, partidario decidido de la *personalidad* de Dios y enemigo acérrimo del positivismo doctrinario, á cuyo *Incognoscible* supremo opone el supremo *Inteligible*. Esta nota me la sugiere, estando en prensa el pliego que la lleva, la lectura de cierto articulo publicado por un librepensador (de origen católico, sin duda), que pone á los teistas en el brete de ser sobrenaturalistas ó monistas.

axiomas de sentido común, sino los sabios, que, respetando ese supuesto sentido, se han opuesto á las audacias del genio especulativo. Cuando Cicerón consideraba que las hipótesis pitagóricas del movimiento de la tierra alrededor del sol no podrían ser nunca comprobadas, y que para averiguar que nuestro globo es redondo habría que pasarlo de parte á parte; cuando el jesuíta Clavio, fanático enemigo de Galileo, negaba la invención del telescopio y el descubrimiento de los satélites de *Júpiter*, diciendo que para verlos era preciso tener antes el instrumento que los hiciera; cuando los timoratos actuales se pronuncian contra ciertas teorías confirmadas ó casi confirmadas por la ciencia (ejemplo: la evolución secular de las especies), es claro que en todos estos casos unos y otros hablaron y hablan en nombre del pretendido «sentido común». Los discípulos de Santo Tomás dirán que siempre conservará valor la continuidad de la creencia en Dios, continuidad de que no han gozado los errores universales desmentidos por las ciencias; pero no hay un salvaje que no tenga derecho á invocar en apoyo de sus supersticiones argumentos exactamente semejantes. Cicerón (lo hemos visto) proclamaba que aquello en que todos consienten es necesariamente verdadero, lo cual no impidió que fuese falso lo que, escudado en ese consentimiento general, sostuvo contra la astronomía pitagórica. Lo mismo cabría afirmar de la idea de Dios, si esta idea fuese verdaderamente universal entre los hombres. Yo me alegraría que así sucediera, que los pueblos todos reconociesen á la Divinidad y la adorasen; pero ya que, por desgracia, esto no sucede, hacen muy mal los discípulos de Santo Tomás en atribuir á la Humanidad lo que la Humanidad no profesa, y se exponen á que no les crean cuando, fundándose en el sentido común, proclaman irrefutable la creencia en el Creador.

No se confunde, pues, á los que niegan la existencia de Dios mostrándoles que todos los hombres, en todos los siglos y países, han reconocido el imperio de alguna divinidad; que no hay pueblo sobre la tierra que no haya creído en un ser invisible y poderoso, de quien ha hecho el objeto de su culto y veneración, y que no hay raza, por atrasada que sea, que no esté persuadida de la existencia de una inteligencia superior á la naturaleza humana. La creencia de todos los hombres, pregunta Holbach (1), ¿puede convertir un error en

---

(1) Algo antes de este autor, Bolingbroke otorgaba, con demasiada ligereza, que la creencia en un solo Dios fué un hecho primitivo; pero, á diferencia de muchos deístas, no respetó la entonces llamada «religión natural», porque la juzgaba *instrumentum regni*, supersticiosa vanidad. Por distinto camino llegó al mismo criterio Hume, en su *Natural History of religion* (en el tomo III de sus *Philosophical Works)*. Los filósofos del siglo XVII admitían una religión natural; suponían, pues, que la idea de Dios es innata en el hombre, y que el creer es una necesidad para su espíritu. «Error—dice Hume—. No hay más necesidades naturales que las que son siempre y en todas partes las mismas y que no se apartan jamás de su objeto, el cual se halla exactamente determinado: tal es el amor propio; tal es la inclinacion que lleva un sexo hacia otro. ¿Sucede lo mismo con la religión? Cierto es que en todos los tiempos y en todas las naciones parece que se ha creido con bastante generalidad que existia un poder superior, inteligente é invisible; sin embargo, eso no es quizá tan absolutamente cierto que no se encuentren sus excepciones: y aún es menos cierto que semejante creencia haya producido las mismas ideas en todos los entendimientos. Si hemos de fijarnos en las relaciones de los viajeros y de los historiógrafos, hay pueblos desprovistos de todo sentimiento religioso. Por otra parte, es seguro que no se encuentran dos naciones, ¿qué digo yo naciones?, costará trabajo encontrar dos individuos que tengan precisamente las mismas creencias acerca de Dios.» De donde deduce Hume que la religión no nace de un instinto originario ó de una impresión recibida de la Naturaleza.

verdad? Hubo un tiempo en que todos los pueblos creyeron que el sol giraba alrededor de la tierra, mientras que ésta permanecía inmóvil en el centro de nuestro sistema planetario, y hoy ese error está destruído. Hubo otro en que nadie quería creer en la existencia de los antípodas, y se perseguía á muerte á los que tenían la temeridad de sostenerlo; en el día, ningún hombre instruído se atreve á dudarlo. Todos los pueblos del mundo creen todavía en hechiceros, brujas, almas en pena, apariciones y espíritus, y ninguna persona de sana razón se considera obligado á adoptar semejantes supersticiones, atendiendo á su funesta universalidad. El célebre filósofo Bayle ha observado con exactitud que «no se trueca la mentira en verdad por la tradición general ni por el consentimiento unánime de los hombres». Voltaire nota que la autoridad de los filósofos es siempre preferible á la opinión de los pueblos, especialmente de los pueblos rudos y bárbaros. Averroes había escrito antes que ellos que «un ejército de doctores no basta para cambiar la naturaleza del error y hacer de él una verdad». El P. Feijóo, que en su *Teatro crítico* negó la validez racional de las opiniones colectivas, ¡cuántos rodeos y subterfugios se vió obligado á imaginar, á fin de conciliar ese principio con el hecho de que «el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios se tiene entre los teólogos por una de las pruebas concluyentes de este artículo»! Hales, más decidido, rechaza con desprecio la prueba sacada del consentimiento universal. «La verdad, si fuese persona, sentiría oprobio en ser demostrada por el argumento del consentimiento universal. Los hombres cuya opinión merece más autoridad son los más sabios y los más virtuosos: ahora bien; la sabiduría y la virtud no están, que yo sepa, universalmente extendidas.» Dice Goldsmith en el mismo sentido: «Así como diez millones de círculos no formarán nunca un cuadrado, las voces unidas de miriadas de hombres no darán jamás la menor realidad á lo que es falso.» «¿Cómo se concibe—exclama Lamennais (el mismo que, en su *Essai sur l'indifference,* dió por criterio único y supremo de toda verdad el consentimiento común)—que por mayoría de votos se determine lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto?» Faye, tan versado en la historia de las ciencias, afirma que «no son los contemporáneos los que aceptan la verdad, sino los sucesores». Collins, que ha podido apreciar por experiencia de escuela la significación de las reformas científicas, morales y sociales, toma el mismo punto de vista en la cuestión, declarando que «cuanto más universal es una opinión, más estúpida es». Ya Bacón tuvo la idea de que el consentimiento común de los hombres nada prueba, y antes bien, es una fuente de error. «Ese consentimiento—decía—, lejos de constituir una demostración legítima, suministra, por el contrario, la preocupación más siniestra contra la creencia que se apoye sobre tal base.» Se ha sostenido que todo progreso es la negación del punto de partida, y la utopía de hoy la realidad de mañana; y, como observa Girardin, «parece que sólo el error debía tener enemigos, y la verdad no debiera tener sino amigos; pero ocurre todo lo contrario. *La verdad aisla,* y siempre se ha defendido contra millares de sordos y de ciegos, arrostrando su ignorancia y su intolerancia.»

Helvecio, á su vez, ha tocado en el corazón del problema: «¿Qué es una verdad nueva? Un nuevo medio de acrecentar ó asegurar la felicidad de los pueblos. ¿Qué resulta de esta definición? Que la verdad no puede ser dañosa. Un autor descubre algo: ¿cuáles son sus enemigos? *A)*, los que contradice; *B)*, los envidiosos de su reputación; *C)*, aquellos cuyos intereses son contrarios al interés público.» Según Unamuno, un hombre de la clase media, con decir «¡en mi vida he oído semejante cosa!», cree haber refutado un argumento; lo cual le da ocasión de recordar los tres grados admitidos por que pasa entre el público toda doctrina nueva: primero se hace el silencio en su derredor, después se le mira como novedad peligrosa, y acaba por decretarse: «eso es muy antiguo». De declarar una cosa ininteligible, paradójica, embolística y enredosa, se pasa á aseverar que es una antigualla renovada. Rara es la doctrina que admite el pueblo como nueva, porque cuando la ha admitido ya, es cuando, habiendo dejado de ser nueva, tiene tradición. En Leopardi, el gran poeta, encuentro esta observación, muy digna de ser recordada: «Atiende siempre al menor número en las cosas ocultas, y al mayor en las disimuladas. Es absurdo el invocar aquello que llaman consentimiento público en las cuestiones metafísicas, del cual no se aprovecha en las cosas físicas, supeditándolas á los sentidos, como, por ejemplo, en lo referente al movimiento de la tierra y demás fenómenos parecidos. Á la inversa, es temerario, peligroso é inútil á la larga oponerse á la opinión de la mayoría en materia civil.» Ihering no hubiera aceptado este último extremo cuando escribía que el derecho, como la moral. la religión, etc., es *Saturno*, que devora á sus propios hijos; y repetía después en otra obra: «El derecho, como la verdad, no puede reverdecer por ningún otro medio que no sea renegando de su propio pasado.» En una palabra: no es lícito justificar por un sufragio social la legitimidad del sentimiento religioso en su aspecto de teodicea espontánea.

No siendo posible explicar por el sentido común la universalidad de la idea de lo divino, ¿recurriremos á la evidencia? Para eso sería preciso admitir lo que no admite Santo Tomás y hacer de aquella idea una idea innata, cosa que la escuela tomista no concede á Platón, Descartes ni Leibnitz. Sin embargo, es indudable que, para la explicación del conocimiento espontáneo de Dios por la Humanidad, han sido tan *innatistas* en el fondo como sus adversarios. No encuentro distinción seria que hacer entre el innatismo de los unos y de los otros.

Más cerca de la verdad andan los que, como Tomasin y Gratry, admiten un *sentido divino*, cuya función es ver y conocer á Dios, y por razón del cual se dice con verdad que el alma siente á Dios como se siente á sí misma. Esta concepción domina en toda la escuela de Jacobi. Así, Köppen proclama que ese sentido, por medio del que el alma siente y toca á la divinidad, es como la parte más noble del alma y superior á la inteligencia; Ancillon tiende á apoyar la teodicea sobre el sentimentalismo religioso; Salat supone que la revelación interior de las cosas divinas es el fundamento de la creencia en el Ser Supremo, y Hemsterhufs dice que un solo suspiro del alma hacia lo futuro y lo

perfecto constituye una demostración más que geométrica de la existencia de Dios. Sin perjuicio de conservar lo que este método pueda conservar de legítimo, hay que considerar que siempre se antepondrá la ética á la estética en los ideales religiosos. El verdadero órgano de lo absoluto y de lo divino no es la inteligencia, pero tampoco el pensamiento, y sí sólo la voluntad, ó mejor aún, estas tres facultades subordinadas á la última, es decir, á las leyes morales.

Mas ¿no será lícito decir, como dijeron Gerbet, Bonald y otros, que la idea de Dios no es innata ni adquirida, y que debe referirse por comunicaciones sucesivas á esas grandes ideas religiosas que vagaban por el mundo antiguo, como restos de una tradición primitiva? No; esto es de todo punto imposible. Y el por qué de esta imposibilidad explícalo suficientemente lo que precede. Cuanto mayor es el progreso religioso, más se eleva y depura la noción de la Divinidad, que está sujeta, como todas, á la perfectibilidad de la mente humana. Á cada paso que damos atrás, reconocemos más claros y determinados el politeísmo, el fetiquismo, el sabeísmo, la idolatría, todas las aberraciones de los sentimientos religiosos. Si fuesen efectivamente las religiones existentes en el globo el residuo vago y la degeneración de aquella tradición primitiva, sería imposible que esa degeneración llegase al extremo que nos ofrece el egipcio adorando á la vaca ó al cocodrilo, el indio á la serpiente de cascabel, ó el africano á la serpiente del Congo. El hombre á quien la superstición fanatiza hasta el punto de hacerle rendir homenaje á un ser inferior á él, como es un vil animal, se convierte en un esclavo de la ignorancia; y si, como aseguran Bonald y Gerbet, aun en tan grandes abominaciones se ve la huella de la tradición primitiva, esto daría una idea poco favorable de dicha tradición.

Para resumir lo mejor que encierra el pensamiento moderno en punto al problema religioso, puede decirse que hay siempre una cosa que no es dable ocultar: el progreso de la idea de Dios entre los hombres. La infancia de la religión ofrece gran analogía con la infancia del individuo. El hombre, en un principio, no reflexiona: experimenta sensaciones fuertes, y reobra sobre ellas de una manera refleja ó instintiva. Después, la sensaciones se combinan y relacionan, y empieza á contemplar con alguna más detención el orden de cosas que le rodea. Finalmente, de las sensaciones generalizadas surgen las ideas concretas, de éstas los conceptos universales, y al compás que la fantasía se amortigua va triunfando el razonamiento. No es otro el espectáculo que en conjunto ofrecen las religiones. Primeramente se nota en ellas una simple admiración extática hacia los objetos del mundo exterior, y muy especialmente hacia los fenómenos extraordinarios del cielo y de la tierra, como los terremotos, los meteoros, las tempestades, los eclipses, que aterrorizan al débil ser humano, haciéndole reconocer de una manera negativa, pero directa, la Divinidad. Vienen luego los esfuerzos vagos é indeterminados de la inteligencia para interpretar las concepciones que de lo divino se había formado, de una manera poética ó simbólica, bajo el velo de la alegoría. En fin, con el robus-

tecimiento de la razón y el relativo predominio del hombre sobre sí mismo y sobre el Universo, queda definitivamente establecida la pura idea de Dios en la conciencia humana. La gloria de esta conquista ó de esta síntesis pertenece por completo al cristianismo, cuyas enseñanzas mataron en sus fuentes las supersticiones orientales y proclamaron la unidad de Dios y la unión de todos los hombres en Dios, nuestro Padre. Este espiritualismo amplio de la religión cristiana es lo que la ha hecho, no sólo compatible, sino insustituíble en el seno de las sociedades modernas.

Tales son las razones por las que se explica la significación y el origen del sentimiento religioso. Las objeciones que por los discípulos de Santo Tomás se oponen, por sí mismas se critican. Véase, por ejemplo, todo lo que á Pesch se le ocurre aducir contra la explicación de Hume (1), para quien lo que al principio llevó á los hombres á la religión, no fué el instinto desinteresado de la ciencia y de la verdad, sino el instinto egoísta del bienestar, habiendo sido los motivos religiosos más bien las sensaciones desagradables que las gratas: «¡Un Apóstol de las Gentes, los innumerables mártires de la fe cristiana, un San Vicente de Paúl, las hijas de la caridad, y, en suma, todos aquellos que en todas las esferas son reconocidos por personas extraordinariamente religiosas, habrían sido, según esto, personas extraordinariamente cobardes, dominadas de un impulso extraordinariamente egoísta!» Pesch no advierte que una consecuencia tan pueril viene de la necia tergiversación que hace de la doctrina de su antagonista. Nadie negará que un San Pablo ó un San Vicente de Paúl, representantes de una religión ya formada, hayan sido la generosidad y el desinterés hechos carne. La cuestión es si podemos reconocer en las cualidades opuestas un motivo de religiosidad en los comienzos de este sentimiento, ó más bien, si las religiones primitivas tienen derecho á ser consideradas como expresiones de elevadas ideas de altruísmo y desprendimiento; y para esto creo que, dado nuestro criterio, no reúnen las condiciones necesarias. ¿Ve el lector cómo los escolásticos no saben lo que defienden los hombres de ciencia?

De igual manera se argumenta sobre otras explicaciones del fundamento psicológico de la religión. Schleiermacher (2) hacíala derivar del sentimiento de dependencia y esclavitud que existe en el hombre, como resultado de su limitación temporal y de su individualidad. Pesch, que bromea gustoso con las opiniones de los sabios, presenta el siguiente gravísimo reparo: «Llamamos Dios, á creer á Schleiermacher, á aquello de que nos sentimos depen-

---

(1) Hume decía «ser imposible que la religión primitiva del linaje humano hubiera sido un teísmo razonado»; y por eso afirmó haber sido el politeísmo la primera y más antigua religión Acerca de la exactitud de esta tesis he hablado ya de pasada en mi estudio sobre Max Müller y el henoteísmo; pero pienso volver á la carga en trabajos más *ad hoc* que preparo.

(2) «Sentirse absolutamente dependiente vale tanto como sentirse en relación con Dios, pues un sentimiento de absoluta dependencia no puede provenir sino de una unidad absoluta é indivisible: es decir, de Dios.» Hegel caracteriza esta doctrina de Schleiermacher por una expresión enérgica, diciendo que si tal fuese la religión, «el mejor cristiano sería el perro». Los positivistas y evolucionistas de nuestros días no han retrocedido ante esta forzada consecuencia. Según la frase de Braubach, citada y tácitamente aprobada por Darwin en favor del transformismo religioso, «el perro mira á su amo como un Dios». Aquí de Shakespeare: *¡Hay método en esta locura!*

dientes. Atendamos á un ejemplo. Cuando un ladrón sorprendido *in fraganti* siente sobre su cuello la mano del policía, le bastará, según Schleiermacher, el sentir esta sujeción y dependencia para poder decir: ahora el hombre tiene religión; por lo menos, es penetrado de un sentimiento religioso.» ¡Qué confusión de ideas y qué embrollo de conceptos! ¡Si no se trata de la religión de las razas ilustradas y de los hombres civilizados; si sólo se trata de señalar un factor racional del origen histórico de la religión! ¡Y, probablemente, se habrá quedado Pesch tan satisfecho con lo que ha dicho! Y habrá muchos que seriamente repetirán después de haberlo leído: ¡sí, es verdad, sóbrale razón! Por mi parte, le pregunto si no tiene más dificultades que oponer á aquella doctrina. Si las tiene, que las exponga. Si no las tiene, que lo declare.

Se necesita desconocer crasamente el alcance y el sentido de la investigación de las causas naturales y humanas de la religiosidad, para suponer que la afirmación de las influencias externas quita nada de su valor individual y de su carácter subjetivo á aquel sentimiento. De la confusión de estas dos ideas de acción y reacción religiosas ha nacido otra objeción de Pesch, que no tiene más importancia que las anteriormente refutadas. Había observado Feuerbach que el elemento pasivo de la dependencia admitido por Schleiermacher no basta para explicar lo complejo de la religión, sino que es preciso añadir el elemento activo del deseo; y Pesch, tomando esta observación por lo satírico, contesta: «¿Quién dudará, después de oir estas palabras (las de Feuerbach), que la religión obra en aquel malvado que fué detenido por el agente de seguridad, cuando desea recobrar la libertad, y que es para él un acto de religión revolverse contra el agente para verse libre de él?» Estoy persuadido de que, por lo que á esto respecta, Pesch comprende perfectamente que es salirse de la cuestión, que no hay religión que no se funde en la dependencia de las criaturas del Creador, y que, por las aspiraciones del corazón humano, la religiosidad tiene su verdadero acicate en el deseo de la inmortalidad: esto, digo, lo sabe muy bien Pesch; pero sus rasgos humorísticos son bastantes para salir del paso. ¡Qué queréis! Los chistes han sido siempre el recurso de los que no tienen argumentos.

Basta la presente indicación para hacer ver á los lectores la debilidad de la filosofía escolástica actual y su impotencia para evitar las conclusiones á que una consideración imparcial y científica del origen de la religión nos conduce. Esas conclusiones, sin embargo, no deben llevarnos al subjetivismo teológico. Hay que evitar el que merezcamos, con razón, el concepto de Lutero, quien con la misma intención dijo: «Dios es un cuadro en blanco sobre el cual no hay más inscripción que la que tú mismo pongas.» Para el que considere el inmenso vacío que dejaría en la voluntad, así como en la conciencia, la convicción de que Dios no es objeto de demostración racional, cae de su peso que para afirmar á ese Ser del que no tenemos ciencia alguna cierta, es preciso sustituir con un método idóneo el método intelectualista é insuficiente empleado por Santo Tomás. Hemos sabido después que ese método es realmente aplicable: Duns-Escoto y Pascal lo han hallado en la subordinación

de la mente á los ideales de la libertad, y Kant, en el argumento moral que lleva su nombre y que opone la teodicea fundada en la Moral ó Teología Moral á la Teología Física ó Metafísica de las antiguas escuelas. Esta teodicea, susceptible de ampliaciones por el progreso histórico de la Filosofía, toma por base la parte activa del alma, las relaciones de deber, para elevarse á lo absoluto de la moralidad divina, que es el fin último del hombre, la legislación que sanciona todos nuestros actos y la justicia suprema del orden de las costumbres. Así está salvado el abismo; así puede efectuarse el paso de lo finito á lo infinito. Los que en la Edad Moderna han continuado pretendiendo demostrar á Dios por procedimientos puramente lógicos, miraron el ideal de la divinidad desde el mismo punto de vista que Santo Tomás y sus continuadores. Si Santo Tomás tuvo razón, si no es dable presentar otras pruebas en favor de la existencia de Dios que las suyas, enteramente intelectuales, dejaremos reducida esa existencia á una abstracción por completo divorciada de la Naturaleza, de la vida y del espíritu (1).

No puedo ahora pasar en silencio que algunos discípulos de Santo Tomás han pretendido que, no sólo en apoyo de la existencia de Dios, sino en apoyo del otro gran preámbulo de la fe, la inmortalidad del alma, tenemos las dogmáticas de todas las religiones y el universal testimonio del género humano. Difícilmente se concibe en qué hechos podrán basarse los que tal sostienen; porque la verdad es que han sido siempre más numerosas las sectas que han negado la vida futura que las que la han afirmado. El budismo, religión tan extendida en Asia, desconoce toda existencia posterior al sepulcro, y mira como supremo fin de los esfuerzos del espíritu el *nirvana*, es decir, el estado de beatitud á que llega el hombre cuando se extinguen en su corazón las pasiones y las malas ideas. Lo mismo cabe afirmar de la secta fundada en China por Confucio: no hay en los libros de este reformador huella alguna de vida eterna ni de penas y recompensas futuras. Para Moisés, la muerte es el castigo del pecado; y las sectas de judíos extrañas á las doctrinas propagadas por la filosofía griega nada sabían del otro mundo, como he demostrado hasta la saciedad en otra parte. Por el contrario, los romanos, que en los primeros tiempos admitían la inmortalidad, dudaron de ella bajo la influencia de la cultura de los griegos. Nadie ignorará que en la época de Cicerón no podían encontrarse dos augures sin echarse á reir. Lo que había desaparecido de las clases elevadas, mal iba á conservarse en el pueblo. Ningún romano, á no ser algún espíritu excepcional y entusiasta, seguía atribuyendo á los dioses la facultad de reservar á los mortales una existencia post-sepulcral. «Ni siquiera las viejas—decía Cicerón—querían ya creer en las fábulas del *Tártaro* y en los goces del *Elíseo.*»

Hasta ahora he supuesto que en la Humanidad en estado salvaje es general

(1) Acerca de esto, puede consultarse mi disertación sobre la teodicea de Santo Tomás. Mis ideas en este punto concuerdan con la definición de la religión propuesta por el eminente lingüista Steinthal: *Religion ist nichts anders als das Gefühl der Erhebung welches zunächst die Ideale und dann alle wirklichen Dinge in uns erwecken.*

la fe en la inmortalidad; pero esta suposición es, cuando menos, inexacta. La creencia en una vida después de la muerte falta por completo en muchas tribus salvajes, como lo prueba MEINERS con gran copia de datos. BÜCHNER refiere, según HELFER, que los *seelongs* de la India admiten seres espirituales como causas de los movimientos y fenómenos de la Naturaleza, sin embargo de lo cual no tienen noción alguna de la inmortalidad personal; y cuantas tentativas se han verificado para hacerles comprender esta verdad, han concluído por decir ellos una porción de insensateces, ó por cortar la conversación con frases como ésta: «¡Nosotros no pensamos en cosas semejantes!» En otras tribus es tan vaga la fe en una existencia eterna de ultratumba, que carece en absoluto de valor. HENRION asegura de los *moxos* de la América meridional que su conocimiento de la inmortalidad del alma es de tal modo confuso, que apenas tienen noción de los castigos y recompensas de otro estado distinto del presente, ni abrigan la menor esperanza en algún bien futuro. Según SCHWEINFURT, los *bongos* no tienen la más débil noción de la inmortalidad; la religión, en el sentido que damos á esta palabra, les es absolutamente desconocida. Es también curiosa y digna de reproducirse la conversación de BAKER con un jefe *latuki,* tal como aparece en la obra del primero *Albert Nyanza:* «¿No tenéis ninguna creencia en la existencia que haya **después de** la muerte.» El jefe, llamado COMMORO, responde: «¿Una existencia **después de** la muerte? ¿Cómo es posible eso? ¿Puede un muerto salir de su tumba, á menos que le desenterremos?» «¿Pensáis que un hombre es como una bestia, que, al morir, ha acabado para siempre?» COMMORO: «Sí, por cierto; un buey es más fuerte que un hombre, y, sin embargo, muere; sus huesos son más resistentes y más gruesos. Los huesos de un hombre se rompen fácilmente; el hombre es débil.» «No es un hombre superior en inteligencia á un buey? ¿No tiene un alma que dirija sus acciones?» COMMORO: «Algunos hombres no son tan hábiles como un buey. Los hombres tienen que sembrar grano para recoger el alimento; en cambio, el buey y los animales salvajes se lo procuran sin sembrar.» «¿No sabéis que hay dentro de vosotros un espíritu superior al cuerpo? ¿No soñáis y viajáis en sueños, con el pensamiento, á lugares distantes? Y, sin embargo, vuestro cuerpo permanece inmóvil en el mismo sitio. ¿Cómo explicáis esto?» COMMORO *(riendo):* «Pues bien; ¿cómo lo explicáis vos? Es una cosa que no puedo comprender y que me ocurre todas las noches...» «¿No tenéis idea de la existencia de espíritus superiores al hombre ó á la bestia? ¿No tenéis miedo á ninguna desgracia que no derive de causas físicas?» COMMORO: «Yo tengo miedo de otros animales cuando me encuentro de noche en la selva; pero nada más.» «Luego ¡no creéis en nada; ni en un espíritu benéfico ó maléfico! ¿Y creéis que cuando os muráis todo concluirá para vuestro cuerpo y para vuestra alma; que sois como los otros animales; que no hay distinción entre el hombre y la bestia; que ambos desaparecen y acaban al morir?» COMMORO: «¡Naturalmente!» Entre los salvajes no hay, á este respecto, más que indiferencia y escepticismo. Sus varias supersticiones representan los distintos grados del temor á los espíritus, desde las prácticas más groseras del culto

de los muertos, á la vaga y condescendiente deferencia hacia sus *dobles*, que encubre apenas una negación indirecta de su perennidad en mundos futuros. Mis lectores conocerán varias relaciones de viajeros acerca de esta materia. Citaré aquí una, sacada de otras fuentes. Un inteligente miembro de la tribu de los *bechuanas* (interior del Africa meridional) se presentó cierto día al misionero MOFFAT y le dijo, mostrándole un perro: «¿Qué diferencia encontráis entre esta criatura y yo? Afirmáis que soy inmortal: ¿por qué no han de serlo mi perro y mi buey? Cuando mueren, ¿veis algo de sus almas? ¿Qué se llevan en esto el hombre y el animal? Nada; sino que el último sabe engañar mejor.»

La afirmación de que la inmortalidad del alma tiene en su apoyo el voto y la aprobación de los más grandes filósofos antiguos y modernos, no es justa, ni puede además establecer sobre bases seguras una cuestión tan ardua, sobre todo desde que se añade que sólo los pensadores de inteligencia limitada ó extraviada y de inmoralidad dudosa han proclamado el aniquilamiento panteísta. El exacto conocimiento y la observación imparcial de las individualidades filosóficas suministran pruebas de todo lo contrario. SÓCRATES fué el primero y casi el único filósofo griego que se supone admitió y defendió la inmortalidad del alma momentos antes de morir; pero los historiadores de la filosofía están conformes en que, si no parece extraño, antes bien, muy natural y lógico, que en tan críticas circunstancias SÓCRATES filosofase sobre el problema de la muerte, las doctrinas metafísicas y los argumentos principales del *Fedon*, sobre la vida futura, pertenecen, indudablemente, á PLATÓN (1) más que á SÓCRATES; y como, según los mismos historiadores, es sumamente difícil conocer la verdadera opinión de PLATÓN en ésta (2) como en todas las cuestiones de la filosofía, en las que nunca se encuentra el verdadero fondo de su pensamiento, resulta que invocar el testimonio de los dos grandes filósofos griegos como autoridades en la cuestión de la vida futura, es desconocer la verdadera significación de sus enseñanzas. En cuanto al encargo de SÓCRATES á CRITÓN de que sacrificase un gallo á *Esculapio* (en lo que ven algunos una alusión simbólica á la muerte, curación de la vida), han dudado sus biógrafos si fué un acto de debilidad ó un sarcasmo. ARISTÓTELES, á pesar de cuanto han dicho en contra los escolásticos y PEREYRA, no concedió al alma más fin que el de serlo del cuerpo y perecer con él; y ya he tenido ocasión de probar que su doctrina declarada es la de la emanación y de la absorción. De ARISTÓTELES en adelante no se encuentra un sabio pagano que admita una existencia personal después de la tumba. Como HOMERO y SIMÓNIDES, EPICURO y ZENÓN sólo conocían un imperio de sombras. PLINIO confesaba que no creía en la inmortalidad del alma. SÉNECA (y no se olvide que de SÉNECA se dijo

(1) Conocida es la frase, más o menos auténtica, que se atribuye á SÓCRATES como pronunciada después de la lectura de uno de los *Diálogos* de su discípulo: «¡Qué de cosas me hace decir este joven, en las cuales no había pensado jamás!»

(2) El mismo BALMES confiesa lo que sigue: «PLATÓN, en algunos pasajes, habla de la metempsicosis o transmigración de las almas...; pero se pudiera dudar si era ésa su opinión, ó una de tantas teorías como pone en escena.»

que el mejor acto de su vida fué su muerte), después de haber manifestado en su vida opiniones favorables á un estado espiritual posterior á la muerte, declaró á sus amigos, momentos antes de ésta, que dudaba mucho que semejante estado pudiese ser una realidad. LEIBNITZ, por confesión del obispo tomista BOUVIER, dió pocas señales de culto exterior durante su vida, y rehusó, á lo que parece, en sus últimos instantes un ministro que se le proponía. Y, sin embargo, según el mismo autor, «la conducta moral de LEIBNITZ fué siempre irreprochable, aunque no fué casado». BACÓN decía: «Los hombres temen la muerte como los niños temen las tinieblas, y lo que realza la analogía es que los errores de la primera especie son también aumentados en los hombres mayores *por esos cuentos espantosos con que se les entretiene en la infancia.*» VANINI se burlaba de la inmortalidad del alma, punto sobre el cual había hecho voto de no pronunciarse abiertamente, decía, sino cuando fuera viejo, rico y alemán. Para LUTERO, *en la mansión de los muertos no hay tormentos; el alma humana duerme, embargados todos los sentidos; las almas de los muertos no entran ni en el purgatorio ni en el infierno.* Después de esto, no nos extrañará que BRENTZEN, discípulo y sucesor de Lutero, confesase lo siguiente: «Aunque no haya entre nosotros una profesión pública de que el alma perezca con el cuerpo y de que no haya resurrección de muertos, sin embargo, la vida impurísima y profanísima que la mayor parte lleva, indica bien á las claras que no creen que haya otra vida. Y á muchos se les escapan ya semejantes expresiones, no sólo entre el calor de los brindis, sino también en la templanza de las conversaciones familiares.» CHARRÓN, el célebre canónigo amigo y testamentario de MONTAIGNE, afirmaba que *la inmortalidad del alma es la cosa más débilmente establecida por la razón y por todos los medios humanos.* GASSENDI, que durante su vida fué sinceramente religioso, dijo al morir á un amigo suyo: «Nací sin saber cómo, he vivido sin saber por qué, y muero sin saber cómo, por qué ni para qué.» El espiritualista JOUFFROY veía en *la cuestión de la inmortalidad del alma una cuestión prematura.* MIRABEAU, poco antes de morir, exclamó: *¡Voy á entrar en la nada!* En parecida situación, murmuró DANTÓN: *¡Mi residencia será muy pronto la nada!* VOLTAIRE y FEDERICO EL GRANDE abrigaban ideas muy semejantes (1). DARWIN (en carta de 5 de Julio de 1879) considera á la vida futura como «una de las varias cosas indeterminadas y verosímiles contradictorias entre sí», y hace juez á cada cual, pues por sí nada decide. Por último, STUART MILL niega todo valor moral á la inmortalidad del alma, «porque es soportable y aun consolador pensar—dice—que no vamos á estar encadenados á una existencia por toda la eternidad». Me replicaréis que os escandalizáis y que todos esos sabios son herejes; pero ¿no venís á confesar con esto que sólo al verdadero cristianismo y á la genuina filosofía cristiana debemos la creencia en la vida

---

(1) «En el siglo XVIII—dice BOURDEAU—la incredulidad de las clases altas respecto á la vida futura era casi tan general como en Roma hacia el fin de la República ó bajo el Imperio. FEDERICO II piensa sobre este punto como CÉSAR, MIRABEAU como CICERÓN, MONTESQUIEU como TÁCITO, y BUFFON como PLINIO.»

futura, y que no se da tal testimonio del resto del género humano en favor de ella? (1).

Y ¿quién querrá sostener en serio que haya en las concepciones de la inmortalidad en los distintos pueblos otra cosa que un producto de su imaginación, en el que se ve clarísimamente el sello de su individualidad étnica? Traigamos á la memoria el *Olimpo* griego con su pléyade de dioses humanos y perpetuamente hermosos, que fomentan la vida y la embellecen con sus atractivos: ese *Olimpo* que nos pintó SCHILLER con los colores del idilio en sus *Gotts der Griechen*. Recordemos el terrible *Jehovah* de los judíos, el Dios de la justicia implacable, que amenaza con su diestra á los hombres de generación en generación; el cielo de los cristianos de las ramas corrompidas, verdadero *Olimpo* de las divinidades griegas, reproducción pagana de todo lo que era capaz de herir la imaginación y turbar el ánimo, desde el punto de vista místico; el cielo de los mahometanos, poblado de deliciosas huríes, cuyas argentinas voces se unen para el oído del bienaventurado al continuo y lento murmullo de los arroyos y cascadas de aquel paraíso eterno; el cielo de los antiguos celtas y galos, en el que los bienaventurados tenían el poder de pasar perpetua y voluntariamente por un estado cualquiera á nuevas dichas y á nuevas perfecciones, conforme en un todo al ideal *humano* del druidismo y al genio libre, altivo é indomable de aquella raza; el cielo de los germanos, el *Walhalla* ó *Valholl*, pórtico de los guerreros, al que éstos subían montados en corceles que respiraban fuego, y en el que les esperaban las mujeres llamadas *Walhuren*; el cielo del cazador indio, que dedica la eternidad á una caza sin interrupción recompensada; el cielo de los groenlandeses, donde un suculento banquete de pescado y aceite de ballena constituye el *summum* de la dicha, etcétera, etc. ¿Qué hombre sensato es capaz de basar en tales supersticiones la universalidad real y psicológica de una vida futura?

Ni estas consideraciones, ni otras semejantes, significan, ciertamente, que no deba considerarse el instinto de inmortalidad como un germen en el cual se encuentran á cada paso rasgos é indicios de una concepción más elevada, racional y profunda de esa existencia supraterrestre de que nos hablaba la fe, aunque vagamente, y cuyo irresistible presentimiento no cabe negar que po-

---

(1) Es de notar que tampoco el individuo llega por sí propio á admitir ni casi á concebir la existencia después de la muerte. Recuerdo aquí el caso ocurrido á la célebre sordomuda LAURA BRIDGEMAN. Con motivo del fallecimiento de una de sus compañeras, el médico del establecimiento en que se hallaba la infortunada criatura le dijo una vez: «¿Sabes, LAURA, que la niña RAQUEL estaba ayer muy enferma?» LAURA levantó la cabeza mostrando grande ansiedad, é hizo un signo afirmativo. El doctor, después de una ligera pausa, añadió: «RAQUEL ha muerto.» Al darse cuenta de la palabra *muerte*, LAURA tembló, porque aunque otras veces había oído hablar de la muerte de un pariente, no se había formado una idea exacta de la muerte, y preguntó, trémula y temblorosa, expresando espanto más bien que dolor, qué quería decir la palabra *muerte*. «Cuando duermes—le dijo el doctor—, ¿sientes que tengas pies, manos y cabeza?» «No, cuando duermo profundamente.» «¿Por qué?» «No lo sé.» Para hacerse comprender, el doctor pronunció la palabra *alma*. «¿Qué es el alma?», preguntó con viveza LAURA. El doctor, mejor médico que teólogo, respondió, un tanto embarazado, que el alma es el principio de la vida, el órgano del pensamiento, y que se separa del cuerpo cuando éste no puede ya cumplir sus funciones. «¿Y adónde ha ido el pensamiento de RAQUEL?», interrogó LAURA. «Ha ido hacia Dios.» «¿Allá arriba?», insinuó ella levantando un dedo en dirección al cielo. «Sí.» «¿Volverá?» «No.» «No quiero morir», exclamó con impaciencia la pobre niña. Adviertan esto último los que suelen colegir la herencia de la inmortalidad del temor instintivo que tienen los hombres á la muerte, según la ley de la conservación.

seemos todos los mortales. Innegable es asimismo que el hombre tiene la idea *inconsciente* de Dios, aun en el terreno de la percepción de los sentidos. Los hombres primitivos no afirmaban lo que hoy entendemos por Dios, ciertamente; pero abrigaban la creencia en un ser superior al horizonte que divisaban, y esto ya era algo: era el germen de lo infinito. Lo invisible no es más que un nombre particular de lo infinito. Las mismas comparaciones hechas mitológicamente en el tiempo y en el espacio enseñan que no se puede hablar en nombre de los hechos de un ateísmo natural, congénito, en un orden cualquiera de concepciones metafísicas, que sirva para caracterizar una raza determinada. Y el que contempla la concepción más reciente, la concepción ordinaria del mundo que llega hasta los últimos días, no debe tampoco negar que es condenable, porque separa de una manera dualista lo infinito de lo finito. Se pone lo infinito enfrente, más allá, fuera, por encima de lo finito; se señala entre ellos una enorme línea de demarcación, como si no pudiesen aproximarse; mas, de hecho, no están del todo situados uno fuera del otro: lo finito es más bien, en expresión de Fechner, el contenido de lo infinito, y no cabe imaginar entre ellos otras relaciones, si no es que lo finito es el contenido de lo infinito. Luego lo infinito no es inasible: al contrario, se le puede coger por un sinnúmero de asas en la realidad finita; sólo que no se le puede abarcar. En esto no se diferencia del salvaje más grosero el más profundo filósofo.

Preguntaba un día Jacolliot á un *brahman* de la pagoda de *Chélambrum,* que pertenecía á la escuela escéptica de los naturalistas de *Vyasa,* si creía en la existencia de Dios. El *brahman* contestóle sonriendo: *Aham eva param Brahmâ* (yo mismo soy un dios). «¿Qué quiere usted decir con esto?», insinuó Jacolliot. «Quiero decir—replicó el *brahman*—que cada uno de los seres de la tierra, por humilde que sea, es una porción inmortal de la inmortal realidad.» En cierta ocasión, Castren interrogó á un samoyedo que miraba melancólicamente al mar: «¿Quién es *Num* ó *Jumala?*» El samoyedo extendió el brazo y, señalando el Océano, respondió: «Hele ahí.» Estos dos hombres, sabio el uno é ignorante el otro, tienen en el fondo la misma idea de lo infinito, del conjunto del mundo, de la fuerza omnipresente que eternamente triunfa de los cambios, modo perceptible de las cosas, por la que el Universo obra sobre nosotros ó en nosotros. No hay más diferencia sino que el primero la refiere á la existencia en general, y el segundo la personifica en el vasto depósito de las aguas; pero ambos ostentan la preparación intuitiva que se requiere para toda creación reflexiva en el orden religioso. En el *post-scriptum* de su vida, Víctor Hugo ha escrito con impresionante discreción: «La contemplación nos revela lo infinito; la meditación nos revela lo eterno. Ahora bien; eterno é infinito son aquí los dos aspectos de Dios. Para ver á Dios en el primer aspecto, miramos en la creación. Para ver á Dios en el segundo aspecto, miramos en nuestra alma.»

Toda concepción religiosa comienza forzosamente por una doctrina del alma humana y por una solución del problema cosmoteológico. Á ningún salvaje ha faltado nunca este instinto. Así es como se comprende que los pueblos

en el estado de naturaleza partan casi siempre de una teoría animista refinada, al paso que los individuos aislados de una civilización se inclinen comúnmente á una emancipación progresiva del espiritualismo respecto al principio de la causalidad mecánica. Además, el hombre culto se atiene en general á los principios, y raramente se cuida de los hechos inmediatos. El salvaje, por el contrario, corre siempre con la vista obsesionada al sitio en donde hay algo que mirar. Lubbock ha dicho, con una perfecta inteligencia de la cuestión, que debe admitirse en los orígenes de la historia un *minimum* mitológico de teología rudimentaria, cuyo *minimum* sería el germen y como la raíz de los cultos de los salvajes ó de los bárbaros, y hasta de las colosales religiones de la India. No á todos satisface, ni mucho menos, esta solución, porque entienden que es preciso mantener en toda su integridad el teorema de la continuidad de la evolución religiosa, y, al propio tiempo, dejar establecida la posibilidad, esporádica por lo menos, de un monoteísmo primitivo. El religionista Réthoré establece como regla práctica que, sobre el problema de saber si hay poblaciones ateas, los que se han pronunciado por la afirmativa son casi tan numerosos como los que se han pronunciado por la negativa. Suponiendo que en este punto las observaciones hayan sido igualmente serias de una y otra parte, y que las autoridades se contrabalanceen (lo que, por lo que á mí toca, no creo), fuerza será permanecer en equilibrio ante el sí y el no, por no tener otro punto de apoyo que las probabilidades morales. Por dicha, hay un medio de salir de este estado de duda é incertidumbre, y es unir el método psicológico al método histórico y etnográfico, y comprobarlos recíprocamente. Si, por ejemplo, el psicólogo llegase á demostrar que el hombre, dominado por la idea de causa, y no pudiendo concebir sin ella un efecto, ni remontar de causa segunda en causa segunda hasta lo infinito, se ve obligado, en virtud de las leyes lógicas que gobiernan fatalmente á su inteligencia, á detenerse en una causa primera, y, por consiguiente, á creer en Dios, que no es para él, en principio, más que la gran causa primera, habría demostrado *ipso facto* que el espíritu humano, en cuanto es lo que es, no puede ser ateo, y que, por más que de primer intento no tenga más que una noción vaga y confusa de una potencia superior, es, no obstante, *teista* á pesar suyo, y aun *monoteista*. Empero no me es dable sino indicar los argumentos que suministra el *método psicológico:* desenvolverlos aquí sería rebasar los límites de la *ciencia de las religiones* y entrar en el dominio de la *filosofía de la religión*.

En mi opinión, todo depende de una apreciación de las bases filosóficas de la teoría mítica y de la dogmática, las cuales no se pueden separar. Es éste un punto que todos los lectores ilustrados me concederán sin trabajo, pues á ninguno creo capaz de comulgar actualmente en el sentido del sistema católico tradicionalista. En este sistema, Dios se ha revelado en todos los tiempos á la Humanidad, no sólo por medio de los patriarcas, los sacerdotes y los profetas del Antiguo Testamento, no sólo por medio de Jesús y de su Iglesia, sino que también por medio de todos los fundadores de religiones: Zoroastro, Hermes, Orfeo, Buda, Confucio, etc.; todas las ideas morales y religiosas

que la Humanidad posee le han sido sugeridas por esa permanente y única revelación. Así como los Estados de la Europa moderna son producto del cristianismo más ó menos acomodado á las circunstancias y á las razas, así los Estados de la antigüedad lo fueron de la religión primitiva que profesaron Adán, Noé, Melchisedech, etc. En el fondo, las legislaciones, como los cultos, son idénticas: todo descansa en una comunicación originaria de la Divinidad. Hágase un inventario de las instituciones políticas y religiosas de todos los pueblos, y, separando el fondo de la forma, se obtendrá un Código de fórmulas perfectamente homogéneo, que cabe considerar como la sabiduría revelada, y es el criterio del género humano. Evidentemente, esta manera de considerar el cristianismo le amengua, por hacerle entrar en el sistema general de las manifestaciones religiosas, y obligarle á fraternizar con todos esos cultos que ha por tanto tiempo anatematizado. Pero cabe también sostener, con Proudhon, que le ha engrandecido cuanto le ha menguado, creándole un dominio más vasto que el que los primeros cristianos le habían concedido. Así los cultos fueron generalmente mirados como solidarios; su causa fué común; y Michelet, al escribir la *Bible de l'humanité,* y Quinet el *Génie des religions,* afectando el tono místico y el lenguaje apocalíptico, sentaron netamente la profesión de fe del siglo pasado. La Universidad se puso *à priori* de acuerdo con Lamennais y Bonnald, y el Papa hubiera podido dar la mano al Sultán y al Gran Lama. Se verificó la definitiva reconciliación, la fe se proclamó una como el Verbo, y la república universal creyó encontrar su criterio incontestable. De temer era, con todo, que ese cristianismo de arqueólogos y de poetas no hubiese terminado por una mixtificación, y, á fuerza de generalizar el criterio, no lo hubiese destruído. La Reforma declaraba: Todos los fieles reciben por medio del bautismo y la cena el Espíritu Santo; todos, por consecuencia, son intérpretes de la palabra de Cristo, y la definición católica es inútil. Demaistre y Gerbet, Pelletan y Mazzini añadieron: Todos los pueblos han recibido por sus iniciaciones particulares el Espíritu Santo; todos los cultos son, por consecuencia, versiones del Evangelio, y la autoridad de esas versiones reunidas es superior á la de la Sede de Roma. Por una parte como por otra, desde el momento en que se rehusa la autoridad especial para poner en su lugar, ya el sentimiento particular, ya (lo que viene á ser lo mismo) el testimonio general, ¿no se rompe el lazo de la fe y se hace un llamamiento á la razón? Pensábamos tener asegurado nuestro criterio, y se nos ha desvanecido. Tal es la consecuencia que Proudhon hace resaltar y deduce de la tesis de los tradicionalistas. Sus palabras son éstas: «Toda verdad está en la historia, como toda existencia en el movimiento y en la serie; por consecuencia, toda fórmula, filosófica ó legislativa, no tiene ni puede tener más que un valor transitorio. El olvido de esta máxima es el manantial fecundo de nuestras aberraciones y de nuestras desgracias. Cicerón consideraba el universal consentimiento como el más alto grado de la certidumbre moral, y todos nuestros tratados de filosofía le citan todavía como la prueba más explícita de la existencia de Dios. Pero es claro, por lo que acaba de verse, que el consenti-

miento universal no tiene valor alguno si no se le toma en la sucesión de sus afirmaciones: sin esto no hay sino contradicción y mentira. Considerado en un momento cualquiera de sus manifestaciones, el consentimiento universal pierde su nombre, pasando á ser sufragio universal, esto es, el capricho del momento erigido en absoluto.»

Para concluir sobre este punto, digo y afirmo en dos palabras que semejante método antiguo de raciocinar que ha empleado hasta aquí la teodicea y adoptado el tradicionalismo, está ya convicto de falso. Lo está tanto más, y es tanto más pernicioso, cuanto que la sociología religiosa parte de un método diametralmente opuesto. El criterio teológico sólo ve lo de fuera y justifica la idea de Dios por sus manifestaciones; el criterio estrictamente sociológico debe juzgarlo por su causa, y no por su efecto. Mas esto último no se logrará mientras nuestra teología natural esté contagiada de tradicionalismo y nuestro criterio social estropeado por el teológico.

Edmundo González-Blanco.

Luanco (Asturias), 17 de Diciembre de 1908.

———oOo———

Nuevas tendencias literarias

LA ORIENTACIÓN ACTUAL

Los árboles hacían crujir bajo el viento otoñal las últimas hojas de oro, y sobre el ocre encendido del crepúsculo se destacaban, como un bordado infantil, las ramas semidesnudas. Á pesar de la hora y del paisaje, la conversación tomó un tono resuelto de batalla. Y he aquí lo que dijimos mientras gemía en los senderos á nuestro paso la pompa muerta del follaje estival:

I

El talento, lejos de ser un fenómeno individual, es un fenómeno social. En un hombre se condensa un momento de las colectividades. Por uno de los poros humanos surge la savia del conjunto. Con ayuda de un cerebro se exterioriza un gesto colectivo. El pensador y el artista no son más que un producto de la ebullición común, como la flor es un brote de la vitalidad de la tierra. Si pierde contacto con el jugo que lo nutre, se marchita. Su fuerza sólo es verdaderamente eficaz puesta al servicio del elemento que la engendró. Por eso es por lo que los hombres superiores tienen que defenderse ante todo del orgullo, que les induce á suponer que dan á la colectividad más de lo que de ella reciben. El genio entre los genios sólo conseguiría idealizar ó condensar el empuje de un grupo ó de una época. Si el pueblo y el siglo deben agradecer el esfuerzo de la unidad que les da voz, ésta tiene que estar reconocida también al conjunto que la sostiene y le permite ser brazo, cerebro y corazón de una raza.

Se ha dicho que á las bases que la historia confirma desde los orígenes suelen escapar los que aspiran á ejercer orgullosamente, al margen de las corrientes generales, una especie de apostolado de la belleza pura. Pero si observamos el fondo de las cosas, vemos que estos mismos artífices traducen y expresan sensaciones comunes en una de sus formas menos difundidas quizá, pero en una de sus formas naturales. La ilusión es una necesidad del espíritu. El ensueño es el oxígeno de las almas. Y si nadie puede condenar á los que, de acuerdo con su temperamento, realizan una obra de contemplación, salta á los ojos también que nuestras sociedades no están pidiendo miniaturistas, sino grandes voces humanas que anuncien al mundo la buena nueva de su advenimiento y su victoria. Esto es, por lo menos, lo que repite en todos los tonos una juventud ávida de orientación.

El error proviene de la epidemia de «cerebralismo» que reinó hasta hace

poco. En regiones selváticas y excesivas, donde parece que los seres debieran darse cintarazos con el corazón, llegó á difundirse una atmósfera mefítica de atildamientos y minuciosidades. La producción se resintió de ello. Todo se volvía discutir fórmulas y sistemas, todo olía á lectura y á semiplagio, todo tenía el color gris de un ejercicio de retórica. Y no es que abundaran los artistas inferiores. Á través de la espuma superficial se advertían los temperamentos pletóricos. La luz se escapaba por entre las trabazones artificiales. La savia coloreaba la piel é hinchaba las venas. Pero el mundo gemía bajo la superstición de la moda. ¿Quién osaba ser sincero? El alma se deformaba bajo el corsé. El amaneramiento nacido del afán de perfección, el deseo de sorprender al público letrado, la falta de confianza en las propias fuerzas y la cortedad que en todo tiempo empuja á escribir «lo que se escribe» y á esconder todo amago de independencia, esterilizaron el empuje de los que adoptaban un estilo ó una actitud como se elige un traje ó una corbata. En vez de interrogarse y ceder á las inclinaciones íntimas, observaban en torno y se plegaban á las corrientes generales, sin más programa que confundirse con los que parecían triunfar momentáneamente.

De más está decir que este reproche no encierra el menor asomo de hostilidad sectaria. Los que han querido hacer de mí un adversario de determinadas formas ó escuelas se han enredado en un error. Basta un poco de flexibilidad de espíritu para admirar el arte en todas sus manifestaciones. Muchos de los que defienden ideales contrarios á los míos han podido darse cuenta de ello por los elogios que en más de una ocasión les he tributado. Pero al ensayar un bosquejo de aquellas horas grises y ensimismadas, no es posible dejar de señalar la inconsciencia verbosa de los que se creyeron exquisitos porque exageraron los defectos y olvidaron las cualidades de los predecesores que les servían de apoyo. En esa torpe sumisión había un renunciamiento de la «personalidad», condición primera del arte. Porque la distintiva del talento es, ante todo, la manera de ver original. No es posible hallar en la historia dos corazones iguales. Y si parecen asomar alguna vez, es porque uno de ellos es un reflejo del otro.

De ese mareo mal desvanecido aún han quedado varias supersticiones: entre ellas, la que exige que la literatura y la vida sean cosas diferentes. Observemos en torno. ¿Por qué razón el hombre vivaz, meditabundo ó apático, que nos maravilla con su buen humor, su pesimismo ó su impasibilidad, resulta así que escribe un personaje completamente distinto? ¿Por qué se despoja al tomar la pluma de todo lo suyo para envolverse en un manto artificial y hacerse una fisonomía ficticia? ¿Por qué olvidan tantos que el arte sólo es una prolongación de la existencia, y que el artista, lejos de resultar una abstracción intermitente, es un atleta de carne y hueso que no hace más que traducirse y entregarse en sus obras? Lo que neutraliza el esfuerzo de muchos es esa falta de sinceridad. Porque toda acción es efímera y flotante si no tiene raíces en la época, en el país ó en el alma del que escribe.

De aquí que más de un autor excelente carezca de editor y de público.

Como no riman con las inquietudes generales, como no traducen nada que vibre en el corazón de los demás, no hallan quien compre ni quien haga circular sus libros.

¿No nos hemos preguntado nunca por qué razón las obras de los escritores franceses, italianos ó ingleses concuerdan con nuestro espíritu mucho más que la mayoría de los engendros juveniles que se multiplican en torno nuestro? Tengamos el valor de encararnos con la verdad. Esos libros reflejan paisajes, sociedades y costumbres extrañas; pero si carecen para nosotros del aliciente local, tienen, por lo menos, el mérito de reflejar la manera de ver de una época, de poner en evidencia el alma de un autor, y de ser accesibles, naturales y humanos.

De más está decir que no confundimos lo claro con lo vulgar. Homero, Cervantes, Shakespeare y Hugo fueron altísimos creadores de belleza, y están al alcance de todos. El aristocratismo borroso de que se jactaban algunos retardatarios no fué en todo momento más que un expediente de la impotencia. Los grandes espíritus tienen que ser siempre diáfanos y populares. Sobre todo en nuestras Repúblicas sudamericanas, que, envueltas en el vértigo de su prosperidad y su triunfo, mordidas por la savia nueva, esclavas de la improvisación vertiginosa, que es la esencia misma de su vivir, ignoran los atavismos y los cansancios de las civilizaciones viejas y exigen el cuadro general, la visión vasta que debe traducir el ímpetu y la vitalidad del conjunto.

Los que, obstinados en trabajos minuciosos, suplían con vanidad el talento y la perseverancia que les faltaba, se equivocaron al proclamar que entre nosotros no había ambiente para las cosas del espíritu. Nada es más injusto que arrojar sobre la masa la responsabilidad de las flaquezas personales. ¿Cómo no ha de haber ambiente en comarcas en ebullición, donde todo está por hacer y donde se entrechocan los esfuerzos y las ambiciones más disímbolas, en un mundo maleable y espeso de esperanzas y de ímpetus? Lo que falta entre nosotros son brazos para las tareas intelectuales. Porque pocas veces se ha ofrecido en el mundo una oportunidad más franca y más feliz para inmortalizar el esfuerzo y cosechar todas las glorias.

II

La Naturaleza es un organismo salvaje que necesita ser domado como los potros de nuestras Pampas. Para poseer verdaderamente un territorio, no basta imponerle límites y clavar una bandera. Es indispensable, ante todo, traer á la superficie las posibilidades de realización que duermen dentro de él; y después de dignificarlo, enriquecerlo y fecundarlo con la inteligencia, darle por fin una fisonomía, imponerle un alma y transformarlo en una especie de ser viviente. La tierra, como el papel, sólo vale por lo que escribimos encima. Y la patria, más que un conjunto de ríos, de llanuras y de cúspides, es una

superposición de iniciativas, de esfuerzos y de victorias, cuyo estrecho parentesco y continuidad crea un lazo indestructible entre los hombres.

Por eso es por lo que un pasado es á veces el mejor punto de apoyo. Podrá engendrar la tradición muchas timideces y muchos errores; pero los que se sienten sostenidos y orientados por la historia afrontan las vicisitudes y los riesgos, los conflictos y las hecatombes con la seguridad y la confianza que da el espesor y las raíces de una larga vida anterior. Pero los pueblos que nacieron á la luz como los nuestros, sin más programa, más abolengo ni más experiencia que el deseo de vivir, han tenido que sentirse sobrecogidos y amedrentados al presentir las asechanzas ajenas y la ignorancia propia y al verse solos y huérfanos, de noche, en medio de la selva desconocida. También es verdad que es el momento en que se prueba el vigor de las colectividades. Los débiles y los incompletos sucumben; los que traen el empuje y los gérmenes de los tiempos futuros se reconcentran en un ímpetu y saltan por encima de la dificultad. Así ocurrió entre nosotros. Puesto que carecemos de patria, nos improvisaremos una—debieron de decirse nuestros padres en una llamarada de orgullo—; y como no tenemos más historia que nosotros mismos, haremos de esta vida efímera un episodio triunfal que sirva de punto de arranque á la gloria de nuestros descendientes. Los hechos confirmaron el optimismo de los que á raíz de la independencia lo improvisaron todo y extrajeron del tumulto y la confusión la personalidad moral de la América latina, como saca un herrador el hierro candente de las llamas. Pero las naciones no se improvisan como un soneto, y á nosotros nos incumbe la tarea de dar forma definitiva al legado. Somos un conjunto en gestación, y no una raza cuajada y fuerte. Todavía no tenemos derecho á detenernos para disfrutar del bienestar adquirido. Un interés superior nos lleva á empujar también y á sacrificarnos para cimentar el encumbramiento y el bienestar común. Con los principios que nos da una educación moderna, con el ejemplo de lo que hemos observado en nuestros viajes y con la creciente purificación del ideal que nos anima, podemos salvar vertiginosamente las épocas y realizar el porvenir que estamos seguros de llevar adentro.

Nuestras comarcas son una torre en construcción. Una torre que tiene por base la mitad de un continente; por muros, la libertad de diez y nueve Repúblicas, y por límite, lo que la voluntad y la inteligencia colectivas puedan alcanzar. Cincuenta millones de hombres que recién nacen á la vida orgánica y que tienen un presentimiento confuso de sus destinos, esperan las grandes voces que tienen que hacerse oir. Hay que orientar el alma de los países nuevos hacia los fines superiores, que son como el punto de mira de la especie; hay que condensar y reflejar los paisajes materiales y morales en grandes frescos que tengan la amplitud de nuestros llanos; hay que difundir la certidumbre de que América ha surgido de las aguas para experimentar en territorios iguales la resistencia y el empuje moral de dos civilizaciones; y hay que imponer, en fin, en Europa la realidad viviente de nuestra labor.

Arrebatada en el vértigo de sus esperanzas; abstraída en una obra supe-

rior á todas las conveniencias individuales; envuelta en la renovación nacional, que todo lo metamorfosea en torno, la juventud intelectual de la América latina no puede faltar á su misión. ¿Cómo seguir barajando reminiscencias cuando de un extremo á otro del país se multiplica el esfuerzo de los que están derribando los imposibles para sacar un mundo de la nada? ¿Cómo permanecer inactivos en medio de la trepidación de un pueblo que viene quemando etapas para ponerse al nivel de las civilizaciones seculares? ¿Cómo no sentirse ganado por la fiebre que todo lo consume? Estos advenimientos han sido anunciados siempre por los poetas como la aurora por los pájaros. Y los que empiezan á traducir más ó menos fragmentariamente el hervidero actual, no hacen más que conformarse á las leyes ineludibles. Como no hay fuego sin luz, no hay engrandecimiento social que no engendre una literatura.

III

La América española está pidiendo arte y artistas, no sólo porque los navíos emprendedores necesitan pilotos del porvenir, sino porque la belleza nace con la civilización, y es, por así decirlo, un complemento de ella. Pero nuestro arte será libre, sano, audaz y joven, como la tierra en que ve la luz. No se trata de añadir, como prendida con un alfiler, una orla de oro á la túnica de la raza victoriosa, sino de bordar sobre la carne misma las galas de que debemos envanecernos. La belleza no puede ser una cosa trasplantada y exótica, sino un brote nacional y espontáneo, una raíz hecha flor.

Claro está que no defendemos las formas gauchescas, que fueron la primera válvula de escape ofrecida á la personalidad moral del Continente. Nuestro gusto, educado por las lecturas, sólo puede ver en esos ensayos un antecedente poco feliz. Si las nuevas generaciones se ataran á esa tradición, sería como para desesperar del progreso y de nosotros mismos. Pero tampoco es de desear que una mentalidad superior nos desarraigue. Lo que conviene es cultivar un arte propio, sin caer en las vulgaridades de ayer y sin renunciar á los escrúpulos estéticos que exige la etapa superior por que estamos atravesando. Además, urge escoger una dirección. Lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido, en resumen, más que un arte colonial—colonial de Francia, colonial de España, colonial de Italia—; pero arte de reflejo, belleza que no tiene ninguna marca local, ni en los asuntos, ni en la inspiración, ni en la forma.

Al tocar este punto hay que adelantarse á las interpretaciones. Los que creen que literatura nacional significa un localismo estrecho ó una especie de *chauvinisme* egoísta y excluyente, se ponen en contradicción con la esencia misma de nuestra cultura, que, formada con fragmentos arrancados á diferentes pueblos, es, por así decirlo, una síntesis de todas las patrias. El peor de los proteccionismos posibles sería el intelectual. Los sentidos tienen que estar abiertos á todos los asuntos y formas de expresión. Debemos bañarnos cons-

tantemente en los vientos universales. Pero una cosa es asimilar y otra pensar con cerebro ajeno. No hay razón para que la literatura siga siendo exótica, cuando tenemos territorios, costumbres y pensamientos que nos pertenecen. Utilicemos en la medida más ancha los elementos de adelanto y de perfección, sin inquirir el origen y sin perder de vista las conveniencias y las necesidades del espíritu nacional. Porque lo que hay que obtener, ante todo, es la difusión y la presencia perenne de un conjunto de detalles que personalicen y sitúen la labor. Nuestro pequeño caudal de aguas tiene que buscar lecho propio, en vez de sacrificarse y fundirse en el de los grandes ríos; y las producciones nacidas dentro de las fronteras han de llevar un sello claro que las denuncie. Si todas las literaturas tienen características especiales, ¿por qué no ha de tenerlas la nuestra también? Se me dirá que en un siglo en que todo tiende á borrar las divisiones, no es razonable suscitar una variante más. Pero los que así razonan olvidan que hay un abismo entre el revolucionario y el ideólogo. ¿Somos ó no somos una nación autónoma? Si no lo somos, disolvamos la organización, renunciemos á la lucha y desgarremos las primeras victorias para tender el cuello á la conquista. Pero si lo somos, si nos sentimos dueños de una tradición naciente, tratemos de alcanzar la independencia total afirmando en todos los órdenes la personalidad de un pueblo que no quiere salir á la calle con galas prestadas, como las coquetas de suburbio.

De esta primera certidumbre tendrá que nacer forzosamente el deseo de utilizar los paisajes familiares y la necesidad de dar una forma sintética á los tipos aborígenes. Porque la literatura nacional abarcará todas las gamas, desde la suprema civilización de los puertos hasta la vida semisalvaje de algunas comarcas del interior. Es un mundo que espera el milagro de la pluma para surgir en forma de belleza. Y es un tesoro acumulado que al hacer irrupción tiene que impresionar al mundo. Porque entre nosotros todo es nuevo: la naturaleza, las pasiones, las costumbres, y pocas veces habrá recibido la literatura universal una contribución tan fecunda y tan vasta.

Pero todo ello ha de venir en forma sencilla y accesible. El arte complicado no puede tener pretexto en las tierras nuevas, donde toda aristocracia resulta artificiosa y falaz. No somos el producto de una larga elaboración y de selecciones múltiples. No componemos un conjunto de hombres refinados por los siglos. No pesa sobre nuestros hombros la herencia de frivolidad de las cortes y las capitales históricas. Somos más bastos, más duros, más sólidos y más sanos, y necesitamos un arte en consonancia con nuestras naturalezas silvestremente rústicas, donde tejen todavía su nido los deberes, las bondades y los entusiasmos de la primera edad. Somos democracias indómitas y revolucionarias, compuestas de elementos que han venido de los cuatro puntos cardinales, atraídos por nuevas probabilidades de felicidad ó de riqueza, y no podemos adoptar las palideces y los escepticismos de las razas seculares, cuya fatiga hace brotar extrañas flores de invernáculo. Así como entre los individuós cada edad tiene su traje, cada etapa de la vida de un pueblo trae una manifestación artística que concuerda con ella. Estamos en plena

juventud, y hay que expresar ideas simples y saludables en formas espontáneas y cristalinas.

Lejos de constituir una inferioridad, esa frescura interior será precisamente la que al enaltecernos nos abrirá las puertas de Europa. Las naciones antiguas están cansadas de la propia complicación. La fantasía y el sibaritismo han introducido en la literatura muchos elementos disolventes. Los lectores vuelven los ojos á los países primitivos ó á las tierras en llamas. Así vemos la boga de los cuentos de *Las mil y una noches,* de la literatura rusa ó de las leyendas indias resucitadas por Rudyard Kipling. ¿Por qué no ha de conquistar también su puesto nuestra literatura criolla? Yo abrigo la certidumbre de que si mantenemos la homogeneidad actual y si desarrollamos las tendencias que empiezan á manifestarse, la América latina acabará por imponerse como una fuerza creadora de belleza y de justicia, de vida superior.

Manuel Ugarte.

———oOo———

MUNDOS Y PLANETAS [1]

Dícese que consta en los más antiguos manuscritos, y cuentan las más rancias tradiciones como verdad incuestionable, que bajo esa capa azul de cielo que nos envuelve no vivimos sólo nosotros, míseros habitantes de la tierra, sino que existen otras tierras y otros habitantes, que viven una vida tan varia y tan distinta, que si todos estos mundos se reunieran en uno solo, la vida en él sería imposible, volveríamos al caos, y el mundo perecería por ser imposible la coexistencia de tantos seres de tan distintas procedencias.

Hay un mundo grande, inmenso, luminoso, que nos da luz y calor, que nos alumbra y alumbra á nuestros hermanos de otros mundos. Los habitantes de él son negros, como conciencias de piratas, y solamente las vírgenes mantenedoras del fuego que mana de su superficie son blancas, y con cabellos tan rubios y tan abundantes, que cuando su luz nos alumbra llegan hasta la tierra, y entonces bendecimos al sol, que nos conforta y nos da la vida, pues no otra cosa son sus rayos que los propios cabellos de las vírgenes, viniendo á nosotros suaves, tibios, impalpables, rubios.

Hay otro mundo en el que todos son reyes y príncipes poderosos, todos magnates y grandes señores; allí no hay súbditos ni gobernados: la plebe no existe, todos dictan leyes y todos acatan las leyes de los demás; ni hay clases, ni razas, ni jueces, ni leyes, y ni se altera el orden ni sufre perturbación la vida: de aquí su inmensa superioridad sobre nosotros.

Nuestros sabios conocen perfectamente un tercero que está rodeado de círculos que le abrazan, le estrechan, le oprimen y le roban la vida, eternizándola; en su contorno jamás se pone el sol: no hay sucesión de días ni de noches; el mundo está encerrado entre los anillos del dolor, que hacen los días angustiosos y eternos. ¡Ay de sus habitantes! Inspirándose en él, los romanos, sublimes deificadores de las pasiones humanas, representaban el tiempo por un dios alimentándose de sus propios hijos, pues en él la descendencia no existe. Los romanos expresaban el tiempo negativo, representando de esta manera la idea de día y noche; y digo negativo, porque no deja de ser original representar la idea del transcurso de la vida, ó lo que es lo mismo, el tiempo, negando la sucesión y haciendo desaparecer la descendencia, revertiendo al progenitor la vida de sus hijos.

En el que sigue á éste, el amor es la vida, la libertad amorosa completa,

---

(1) No queremos cerrar el año 1908 en la revista ATENEO sin consagrar un recuerdo al amigo muerto, que fué nuestro inseparable compañero desde la infancia, y que, al partir para siempre, nos ha dejado una profunda pena. Sea la publicación de este trabajo suyo un homenaje á la memoria del malogrado escritor y del inolvidable amigo.—*(N. de la D.)*

su práctica una virtud, la diosa una mujer, la vida material la vida única. El talento, la ciencia y el progreso no existen; el amor no adelanta, ni se solicita, ni se piensa: nace espontáneo, y cuantos allí viven están seguros de obtenerle, pues no se veda á nadie, y quien no es digno de amor no entra allí jamás. ¡Sólo el amor vive!

Existe también el pueblo guerrero é indestructible: la guerra es en él eterna, é imposible la destrucción; la guerra por la guerra, sin el canto de la victoria, hace á los seres feroces é invencibles, pues frente á uno fortísimo surge otro más fuerte, y la lucha jamás se decide, y la victoria nunca llega, por no existir la muerte para el vencido. La sangre que tiñe de rojo su suelo da la vida á sus habitantes, y allí donde debiera reinar la muerte, la muerte es desconocida.

¡Guerra sin victoria y sin tregua! ¡Esta es la eternidad más terrible!

Lejos, muy lejos de este pueblo vive su antitético: todo en él tiene los verdes matices de la esperanza, la calma y la paz son su norma, las aguas que le cubren, tranquilas como las de un lago.

Bien está que se encuentre tan lejos del otro, pues no siendo así, la pena en aquél sería aún más terrible.

El desgraciado que desconoce la felicidad no padece la mayor desgracia: tiene con su dolor la dicha de ignorar que existe la ventura. Llora, pero no sabe que hay alegrías, y sus lágrimas no son nunca tan amargas como las de aquel que conoce el bien sin haberle jamás poseído.

Las aguas, decíamos, han invadido su superficie, y en su fondo la vida se desliza plácidamente y sin la menor alteración. En su seno existen cavidades inmensas, más de lo suficientemente grandes para que en su interior se alojen los seres que las pueblan. Allí no hay luchas, ni envidias, ni ambiciones; la libertad es universalmente respetada, y no existe más poder que el de la hermosura. Una perla es el emblema del mundo de que hablamos: centro de las miradas de sus habitantes, orgullo y gala de cuanto la rodea, las rocas le han labrado su concha, las plantas le han dado su frescura y las aguas su transparencia, su color la espuma de las olas, y hasta el sol ha enviado hacia ella sus rayos, cediéndola su luz, su brillo, su pureza y los reflejos de sus colores. Tal es la ventura en el mundo por ella habitado, que, desprendido en cierta ocasión y caído en él un trozo ensangrentado del mundo de la guerra, quedó convertido en un árbol de coral hermosísimo, sí, pero conservando siempre en su seno el color rojo de su procedencia de guerra y sangre.

Finalmente, como compendio y síntesis, y participando de algo de todo ello, existe otro mundo en el que hay luz y sombra, los días y las noches se suceden invariablemente, los rayos vivificadores del sol alternan con las sombras de la noche. El tiempo corre lento para la desgracia, rápido para el placer. La guerra siempre ha existido, ó casi siempre, pues la paz octaviana sólo una vez en él ha sido conocida.

La ambición, las pasiones, los rencores y las luchas todo lo gobiernan, ó, por mejor decir, lo tuercen todo. El grande finge proteger al pequeño contra

el mediano para después absorberlo y hacerlo desaparecer. El único consuelo del vencido es que ya vencerán otros á aquel que á él le venciera.

Todas las desdichas en este mundo se encontraban reunidas; las felicidades eran en él rarísimas. El hombre, viviendo aislado y solo, encontraba la vida despreciable y deseaba la muerte.

Pero no; que entre los albores de una mañana y la calma de una noche, entre la espuma de las aguas y los perfumes de las flores, después de una eternidad de angustia, vino un instante de felicidad.

La perla de los mares abrió en él las valvas de su concha, y nació para el mundo la mujer, trayendo la luz del sol en sus cabellos y la sombra de la noche en sus ojos; la blancura de la perla en su boca y la sangre del coral en sus labios; convidando al amor, excitaba al hombre para que cifrase su felicidad en la posesión de aquella boca; pero á la vez guardaba dentro de unos labios rojos con el rojo del mundo de la guerra, para defenderla en una lucha de risas y besos, en la que terció el hombre con más besos y más risas aún, con palabras y promesas, con la boca y el corazón, hasta conseguir la conquista de una y otro.

Ésta no la logra el más fuerte, sino que la suplica y la ruega, para, una vez obtenida, celebrarla unidos y cantarla con más besos, más promesas y más risas.

¡Ay del desgraciado á quien se le niegue el triunfo!

¡Ay del que pretenda obtenerle por la fuerza!

¡Ay de aquel otro que, obteniéndola sin lucha, no pueda entonar jamás, abrazado á su amada, el cántico de la victoria del amor!

Luis Gorostízaga.

——— oOo ———

EN EL LUXEMBOURG

Luxembourg otoñal de un día melancólico.
Los árboles dorados envuelve la hora gris.
A Galatea blanca y al cíclope bucólico
duplica en sus cristales la fuente Medicís.

Este rincón de ensueños en el jardín divino
propicio á las caricias como á las gracias es,
uniendo á los encantos del gusto florentino
como un ambiente griego y un decoro francés.

Se escuchan risas cerca de los peces purpúreos;
hay parterres con un diamante en cada flor;
hay cortesanas fáciles para los epicúreos
y celdas verdes para religiosos de amor.

Ante los simulacros de las reinas de Francia
la *fillette* de lis y rosa muestra sus
piernas; y los bebés su dulzura de infancia,
ya de niño-Cupido, ya de niño-Jesús.

Meditabundos viejos descansan en los bancos.
De migas y sonrisas una bella hace el dón,
generosa de rubios rizos y brazos blancos:
la sonrisa al poeta y la miga al gorrión.

Aquí su amable gozo vierte el país latino;
se oye un eco de Italia ó una frase en inglés;
al amor ruso mezcla su ácido el amor chino
y el placer parisiense se junta al japonés.

Suena un *che!* ó un *all right,* un *ja* ó un *kalimera,*
un cumplimiento turco ó un piropo español.
Es otoño, y los niños están en primavera
al son del arpa que melodiza el Guignol.

Más allá el organillo diluye su armonía
mientras los caballeros liliputienses van
domando en torbellino de veloz alegría
los caballos de palo que amó el Pauvre Lelian.

Los poetas de mármol entre efluvios y aromas
perpetúan el sueño de un Olimpo inmortal;
no lejos pasa el vuelo de un coro de palomas
y el surtidor erige su pluma de cristal.

¡Adorable jardín que una reina italiana,
adornada por Francia con sus flores de lis,
llenó de hechizo eclógico y de virtud pagana,
para adornar el dulce regazo de París!

Rubén Darío.

oOo

LOS TROFEOS

(DE JOSÉ MARÍA DE HEREDIA)

Á LAS MONTAÑAS DIVINAS

Geminus servus
et pro suis conservis.

¡Oh mármoles y témpanos azules, combatidos
por el viento que troncha el centeno y la avena,
y en los cóncavos riscos del litoral resuena!
¡Gargantas, bosques llenos de sombras y de nidos!

¡Antros sordos y valles do fueron perseguidos
por los antiguos, libres de la social cadena,
el oso, el lobo, el águila! ¡Atmósfera serena,
precipicios, torrentes!... ¡Sed todos bendecidos!

Lejos del Municipio y la Ergástula odiada,
por el esclavo Gémino fué esta columna alzada
en los montes que guardan la libertad salvaje.

No hay un lugar do menos del mundo el rumor vibre;
y allí, donde no suena la voz del oleaje,
aún parece escucharse la voz del hombre libre.

LA DESTERRADA

Montibus...
Garri Deo...
Sabinula...
V. S. L. M.

En este valle donde César te ha desterrado,
cuyas silvestres matas el aire apenas mueve,
abatiendo tu frente, que argenta precoz nieve,
todas las tardes, lenta, tu pena has paseado.

Tu juventud recuerdas allí, tu hogar dejado,
y el purpúreo Flamino seguido de la plebe;
y por hacer del Lacio la nostalgia más leve,
contemplas ¡oh Sabínula! el cielo anaranjado.

Hacia el Gar, que desprecia de los vientos las iras,
el tardo batir de alas de las águilas miras,
que el corazón encoge de la torcaz paloma;

y, sola, no esperando más claros horizontes,
alzas altares en los hospitalarios montes
cuyos dioses más próximos te consuelan de Roma.

MIGUEL ANGEL

Un trágico tormento obcecaba su mente
cuando él en la Sixtina, y lejos de etiquetas,
solitario pintaba Sibilas y Profetas
ó el Juicio final sobre umbroso muro ingente.

Dentro de sí sentía llorar perpetuamente,
Titán de altas ideas y ansioso de altas metas,
de Amor y Patria y Gloria las pasiones inquĩetas,
y pensaba que todo muere y el sueño miente.

Así esculpe Gigantes de su fuerza cansados
y esclavos por el peso de moles abrumados
y retorcerlos sabe con brusco atrevimiento;

y en el mármol do late su alma orgullosa y seria
hace correr lo mismo que un estremecimiento
la ira de un Dios vencido por la brutal Materia.

Traducción de
Antonio de Zayas.

(Del libro recientemente publicado.)

—oOo—

EXTRANJERO

América

República Argentina.

Problema de reciprocidad.—Pizarro y los incas.—Pretextos inadmisibles.—Las carnes argentinas.—Conferencia del Dr. Vallé.—Congreso del frío en París.

Todos los pueblos que, por errores ó inercias punibles, hayan sufrido tormentas dolorosas, desde el día siguiente de la catástrofe han vuelto los ojos á los dos puntales de la regeneración: la enseñanza y la producción económica.

El problema de la educación nacional, que perfecciona el espíritu de la raza, se encuentra al comienzo de una vitalidad que recibe los alientos de las gentes pensadoras; pero el de la producción nacional y su ramificación con las relaciones comerciales de España con América está muy lejos todavía de aceptar las conclusiones de paternidad y concordia que resplandecen en las comunicaciones platónicas, en los tratados vigentes y en los Congresos económicosociales realizados con el concurso entusiasta de españoles y americanos.

No bastan los triunfos teóricos para dar por resuelto ningún problema de intereses.

En el siglo XVI Pizarro y Almagro se concertaron para conquistar el Perú y repartirse después amigablemente el botín. Pizarro fué sorprendido en la ciudad de San Miguel, que acababa de edificar, por una diputación de Huascar, que le pedía alianza contra las tropas de su hermano Atahualpa. Pizarro eludió con habilidad el compromiso; pero cayó contra Atahualpa por sorpresa, y cuando los dos ejércitos se hallaron frente á frente, el fraile Valverde se adelantó á Atahualpa con un libro abierto, enseñándole el derecho que los Reyes de España tenían á aquellas comarcas. El inca aplicó el libro al oído, y poco después lo arrojó al suelo diciendo: «¡Este libro nada me habla!»

El libro que los conquistadores de hoy, los comerciantes, enseñan á nuestros hermanos de América, tan comerciantes ó más que nosotros, «nada hablará á los americanos», si no acoge las proposiciones de reciprocidad que América exige á todos sus clientes, aun á los más preferidos.

Disminuiremos en el intercambio sensiblemente si no ofrecemos á Chile la compensación del salitre, y á la Argentina, la no prohibición de consumir sus ricas carnes.

Es tan sencillo el problema, que sobran para resolverle los economistas de

todas las tendencias, porque en cuanto os arméis de sentido común para esclarecer sus laberínticas torres de números, se os pondrán muy enfadados y os dirán terminantemente que no entendéis una palabra de semejantes cuestiones.

Á poco de descubrirse América, los Gobiernos españoles organizaron el comercio con aquellas regiones, creando la Casa de Contratación en Sevilla y el puerto de Cádiz como vínculo. Hoy apenas pasan los vapores por estas ciudades; y si los agricultores españoles tratan de regenerar las tierras cansadas con abonos de Chile, necesitan pedirlos á Inglaterra ó á Hamburgo; y si el pueblo, que se depaupera por inalimentación, pide abundancia y baratura de carne, se le dice que hay imposibilidad de importarla de la Argentina por razones de salubridad, que no son sino ficciones prohibicionistas.

Son varias la empresas que naufragaron en el intento de abaratar la carne, poniéndola al alcance de las clases modestas, por especiosidades del Arancel, de los reconocimientos á bordo, cuarentenas y demás impedimentas para el ganado vivo, y por propagandas que la ignorancia y la mala fe han elevado á la creencia de que las carnes heladas están descompuestas y en malas condiciones para el consumo.

Las disposiciones arancelarias protegen excesivamente á la ganadería nacional, contra una de las más imperiosas necesidades públicas. Esto es tan evidente, que con estadísticas oficiales es posible demostrar que la producción nacional no basta á satisfacer el escaso consumo de hoy; y eso que hay provincia española que consume menos de tres kilogramos de carne por habitante cada año.

Pero lo que adolece de toda razón es la imposición sanitaria que imposibilita el desembarco de animales vivos en el tiempo y condiciones debidos.

No son muchos los higienistas que conocerán el celo con que tanto el Gobierno como los criadores argentinos garantizan con rigores la higiene de sus ganados. En cuanto se declara una fiebre aftosa, se cierran los puertos de la República al embarque del ganado, y como medida de prevención, las Sociedades rurales, Ligas Agrarias y afamados criadores obligan á quemar las reses sospechosas, indemnizando previamente á sus propietarios el valor de ellas.

Hace poco más de un año, á petición del presidente de la Liga Agraria Argentina de Buenos Aires, D. Carlos Guerrero, un grupo de hacendados se trasladó á Paris, solicitando del profesor de la Sorbona Dr. Vallé una serie de conferencias acerca de los medios de diagnosticar, conocer y prevenir la tuberculosis bovina.

Era su intento pedir las conferencias al Dr. Behring; pero éste les recomendó al Dr. Vallé, como más experimentado en la rama especial del ganado.

Las conferencias del Dr. Vallé, recogidas taquigráficamente, han sugerido los mayores rigores de sanidad interior á la ganadería argentina, y para juzgar el interés que tienen, bastará fijarse en algunas observaciones que añade superficialmente.

Villemin descubrió en 1865 que la tuberculosis es contagiosa. Chauveau

probó que, además, es transmisible por la absorción de materias tuberculosas por la boca. Koch, en 1822, demostró la existencia de microbios en las lesiones tuberculosas, y que el bacilo tuberculoso se encuentra en el buey y en las aves. Roux se decidió á cultivar el bacilo, y Nocard dió á conocer el método de cultivarlos, tardando mucho en reconocerlo por la dificultad de darles coloración. Rivolta, en 1889, definió que el microbio de la tuberculosis del ave es distinto del microbio de la tuberculosis del hombre y del buey. Straus creyó haber comprobado esta diferencia, y Nocard volvió á demostrar en un Congreso de París (1898) que el bacilo de la tuberculosis constituye una especie vegetal muy reducida, con diferentes *razas*. Behring observó que unas gallinas, al picotear los restos de un buey tuberculoso, morían tuberculosas; y Vallé comprobó que un magnífico plantel Durham fué contagiado en el establo por unas gallinas que ponían huevos en los comedores del ganado.

Von-Durgern hizo experimentos con monos de Sumatra, para sacar en consecuencia que hay diferencias patógenas entre los bacilos del hombre y del buey; y madame Rabinowitch asegura que las autopsias en los monos descubren bacilos de hombre, de buey y de ave. M. Petri ha descubierto igualmente en la manteca un bacilo tuberculoso. Moeller asegura que es frecuente en una gramínea común en las praderas. Y aun cuando no pasan de la categoría de hipótesis muchas de las terribles apariciones del microbio en los elementos nutritivos y atmosféricos del ganado, toda probabilidad disminuye para la ganadería argentina, que, gracias al clima templado y á la inmensa extensión de pasturaje, nace y se cría todo el año en completa libertad, sin peligro del contagio de la estabulación, respirando el aire puro de las praderas, en absoluto sistema natural de higiene, pudiendo elegir los pastos que más apetece, beber agua pura cuando la necesita, hacer el ejercicio muscular que quiere, y reposar cuando se le antoja en camas naturales que elige.

Los ganaderos argentinos, proveedores de Inglaterra, el más escrupuloso y espléndido de sus clientes, que paga 25.000 francos por un carnero Linolu y 88.000 francos por un toro Durham, para reproductores, han gastado sumas fabulosas en fortalecer sus razas y prevenirlas también contra la contagiosa intoxicación, sometiendo rigurosamente á los animales estabulados, á los reproductores y á los terneros á inoculaciones y vacunas que los inmunicen, con arreglo á las prescripciones del Dr. Vallé, ó sea, con inyecciones de origen humano, de tal naturaleza, que si los animales no se agravan á los tres meses, es señal de que están sanos é inmunes, y en caso contrario se queman; procedimiento que solamente ha sido imitado en Francia por algunas Sociedades de agricultura en la raza charolesa, que es la más fina.

España desconoce este procedimiento en absoluto, y carece además de organismos adecuados y de medios bastantes para intentar, no ya el procedimiento preventivo y la vacuna, como la Argentina, sino la *vacunación* de la tierra, que también practica la Argentina para extirpar el *Pleum prateuse,* en cuya gramínea existe la probabilidad de que pueda desarrollarse el bacilo tuberculoso.

Aunque existieran las poderosas razones que se aducen para obstaculizar la entrada del ganado vivo que hace falta para el consumo, todavía quedaría el recurso de introducir las carnes congeladas, de baratura y condición superiores al término medio de la que consumimos.

En el Congreso Internacional del Frío Industrial, celebrado en París recientemente, el Sr. Guerrero enalteció el ejemplo de la Gran Bretaña, que ofrece al pueblo obrero carne barata importada, como medio de aumentar la resistencia de sus trabajadores, lo cual equivale además á aumentar el producto de sus fábricas, haciendo desaparecer los errores que sostenía la resistencia de los ganaderos ingleses.

Estos no han sufrido pérdida en la venta de animales para la carnicería, y, en cambio, han perfeccionado sus razas y explotado sus animales reproductores, vendiéndolos á precios increíbles á los propios argentinos, hasta el punto de que las razas Durham y Shorthou, que son las razas de lujo de la Argentina, proceden exclusivamente de Inglaterra.

La reciprocidad no ha traído desventaja á ninguno de los dos países. Para nadie es un secreto que el Ejército inglés no sufre las contrariedades de la alimentación ni la carestía de la carne, gracias á la carne conservada, que no está al alcance de otros Ejércitos europeos. Y que no debe considerarse racional un proteccionismo inhumano, que conspira contra la alimentación humana y el bienestar social, el más eficaz de los proteccionismos, porque la insuficiencia de alimentación provoca la miseria orgánica.

Bien conocen esta circunstancia los criadores argentinos, que aumentan su exportación á otros países, mientras tienen cerrado á piedra y lodo nuestro mercado.

Hay que reconocer que, sin abrir nuestra cerrazón al comercio de carnes argentinas, no tendremos derecho á pedir compensación á nuestros productos en sus mercados. El cariño de la raza se avivará siempre mucho en los discursos y brindis que pronunciamos con el corazón en los labios; pero cuando tratemos de afianzar los «derechos» comerciales y de intercambio, que son nuestra constante preocupación regeneradora, los *incas* no tendrán más remedio que volver á contestarnos: «¡Este libro nada me habla!»

Julián de la Cal.

———oOo———

INFORMACIONES

Política

Campaña liberal.

Con razón afirmábamos en su día que el discurso pronunciado en Zaragoza por el Sr. Moret era el acontecimiento político de mayor alcance en estos últimos meses, y tendría una gran trascendencia en la marcha y desenvolvimiento de las ideas y de las fuerzas liberales. Apenas ha pasado un mes, y ya se está viendo comprobada en hechos públicos y solemnes esa trascendencia.

Tuvo el ilustre jefe de los liberales el insuperable acierto de señalar al espíritu liberal del país una orientación definida, un cauce amplísimo por el cual pueden marchar en armonía y en perfecta concordia, sin necesidad de confundirse, elementos que substancialmente tienen la misma aspiración, la de ampliar y consolidar las libertades nacionales, aunque adjetivamente estén separados por puntos de detalle, de procedimiento ó de forma.

Al inspirado y elocuentísimo llamamiento del Sr. Moret han respondido los partidarios y defensores del progreso con la adhesión y la propaganda, y los adversarios de la libertad, con ataques é ironías; son dos efectos naturales y previstos, que demuestran de consuno cuanto venimos diciendo: el silencio de cualesquiera de ambas fuerzas hubiera restado importancia al éxito.

Los mitins de Santander, Pamplona, Logroño, Marchena, Vigo, Castellón, Huelva, Granada, Albacete, Murcia y Almería, primeros de esta campaña, han revelado cuánta es el ansia de las fuerzas liberales españolas de entrar en batalla contra la reacción; han demostrado, además, cuán hondas raíces tiene en el pueblo español el amor á las libertades, y han puesto, además, muy de manifiesto cómo importantes elementos del republicanismo han sabido dar á los patrióticos llamamientos del Sr. Moret el alcance y la significación propia que les correspondía.

Cuando se iniciaba esta campaña lo dijimos ya: el éxito es seguro; pero dependerá de la cooperación que todas las izquierdas presten el que sea más ó menos rápido. Esa cooperación ha comenzado muy decidida, como lo han demostrado las reuniones ya celebradas, y como lo demostrarán las demás que se organizan.

Pero si cupiese ya alguna duda sobre la importancia de este movimiento, vendrían á desvanecerla por completo las manifestaciones del adversario: ellas dan la medida de lo que este movimiento les preocupa.

Para contrarrestarlo, para aminorar ó disimular la importancia, vuelven

á sacar á plaza las mismas frases de dudoso gusto que usaban en época reciente, cuando se combatía el proyecto de ley del Terrorismo. Nos hablan nuevamente del «retablo», sin tener en cuenta lo peligroso del recuerdo; pues si éste es el mismo de antes, y si las mismas causas producen los mismos efectos, hay que esperar lógicamente que los avances reaccionarios del Gobierno tengan el mismo fin que el de la fracasada y retirada ley del Terrorismo.

Hay otro argumento tan donoso como el anterior: es el de quienes se extrañan, ó aparentan extrañarse, de que, estando abiertas las Cortes, se organicen mitins en provincias.

Esto implica una confusión lastimosa y un olvido de lo que se hace en los países más cultos y democráticos.

En las Cortes se exponen las necesidades del país, se discuten las distintas tendencias, se hacen reformas y leyes, se fiscaliza la acción de los Gobiernos, se formulan programas; en las provincias, en Madrid mismo, cuando se va al mitin y á la manifestación pública, se realiza una obra de propaganda, de cultura social, de educación política, de siembra de ideas y de aspiraciones en el pueblo: labor completamente distinta y una de las más útiles en la vida moderna.

Inglaterra, que es maestra en muchas cosas y que en costumbres políticas puede servirnos de norma, da constantemente ejemplo de estas propagandas.

En la vida moderna, todos los elementos políticos, sin excluir á los Gobiernos, tienen que buscar apoyo en los pueblos; y el medio más directo de lograrlo es ir á ellos, visitarlos, hablarlos, predicarles las convicciones de cada uno. ¿Qué tiene esto que ver con las discusiones del Parlamento? ¿Qué incompatibilidad es esa que algunos quieren hallar? Hace poco tiempo, un ministro inglés, W. Churchill, siendo ministro, acudía á numerosos mitins para hablar al pueblo de los proyectos del Gobierno.

Esos escrúpulos y esos argumentos demuestran claramente cómo preocupa á los adversarios de la libertad la campaña liberal emprendida; pero todo será inútil: la voz elocuente del Sr. Moret ha despertado á los dormidos, ha enardecido á muchos indiferentes, y la campaña seguirá, como debe seguir, hasta lograr el triunfo apetecido.



Teatros

Como ninguno ha sido de fecundo y abundante el mes de Diciembre en producción dramática. Pero desdichado también como pocos si se atiende al número de obras *de ley*, originales, dignas de todo aplauso y del mejor éxito.

Véase una incompleta relación, pero que se aproxima mucho á la suma total de los estrenos verificados en este mes:

Español

Encárgate de Amelia.—Arreglo de una obra francesa, representado con alguna interrupción y muy pocas noches.

Comedia

Sherlock Holmes.—Otro arreglo, y van dos, muy desdichado.
El gran tacaño.—De Abati y Paso, obra que cumplió su objeto.

Lara

La viuda de Secha.—Otro arreglo de un *vaudeville* francés.
Pedro Minio.—Benito Pérez Galdós. Gran éxito.
Veinte días á la sombra.—Arreglo.
Refranes y dichos.—Inocentada.
Sor Filomena (Teatro de Arte).—Arreglo muy notable, por Alejandro Miquis.

Apolo

Las mil maravillas.—De los hermanos Quinteros y música de Chapí.
El árbol de Bertoldo.—Otra inocentada de Jackson y Calleja.

Zarzuela

A B C.—Revista de Perrín y Palacios en colaboración esencial con sastres, modistas, pintores escenógrafos y desnudeces.

Eslava

Si las mujeres mandasen...—Fernández Lapuente y Frutos; Lleó y Foglieti. Suma y sigue de desnudeces.

Price

Los saltimbanquis.—Opereta. Arreglo. Muy aplaudida. El barítono señor Sagi-Barba luce en esta obra sus admirables facultades. Todo Madrid ha ido á oirle.

Cómico

Malas lenguas.—Arreglo de un *vaudeville* francés.
La ilustre fregona.—Sinesio Delgado.
Cuentan de un sabio que un día...—Soler y Palomero. Música de Marquina.

Romea

Vidriosidades.—Castro y Boada.
Lo que nadie quiere.—Rey y Mihura.
Nochebuena.—Eduardo Zamacois.

Gran Teatro

Las delicias.—Sainete. Villarreal y Rocabert. Música de Úbeda.
El jaleo de Jerez.—Dr. Corral.
Las molineras.—Tons y Cerda. Maestro Lleó.
Los cuatro trapos.—Obra de beneficio.
La alegría de triunfar.—Idem íd.

Novedades

El amor en capilla.—Sellés y Chapí.

Barbieri

El Lazarillo.—Pérez Capo y Quislaut y Peris.
El amor del Diablo.—Luis Pascual. Música de Carbonell.

Martín

El Príncipe sin miedo.

Coliseo Imperial

La aprensiva.—Dr. Corral.
El rival de sí mismo.—Luceño y Reparaz.

Salón Regio

Los estudiantes burlados.—Manuel Castro y maestro Castilla.
Biscuit glacé.—Asensio y maestro Capella.

Príncipe Alfonso

La pulsera.—Arreglo, por Sellés.
El hermano.—Arreglo, por Martínez Sierra.
Hacia la verdad.—Jacinto Benavente.

Salón Nacional

La casa de todos.—Pedro de Répide.
El café moderno.—Arreglo, por Parellada.

La Latina

El último romántico.—Ismael Sánchez Esteban.
La corría de toros.

Polistilo

El señor de Roncesvalles.—Arreglo, por «Silvio Lago».
A la sombra del amor.—José Francés.

Noviciado

La visión roja.—Lloret y Casero. Música de Jiménez Sanchiz.
Sánchez Holmes.—Parodia.
La tentación.—Portolés y maestro Penella.

Salón Venecia

El doctor Mendoza.—Arreglo, por Jiménez Athy.

Lo Rat Penat

Oro y sangre.—Zarzuela.

Total: 22 escenarios entre teatros, teatrillos, teatruelos y teatretes, y cerca de 50 estrenos.

Entre los autores figuran, como hemos visto, cuantos constituyen la plana mayor del teatro contemporáneo:

Pérez Galdós, Benavente, los Quinteros, Sellés, Sinesio Delgado, Luceño.

Para ellos han sido los mayores éxitos, y para Répide y Zamacois.

De los arreglos, que alcanzan en este mes la mayoría, nada diremos, sino que revelan la pobreza á que ha llegado la imaginación española; aquella soñadora imaginación española, legendaria ya, y en la que, de seguir así, no creerá nadie dentro de poco tiempo.



Bibliografía

De libros, por el conde de las Navas.

Contiene este precioso volumen muy interesantes trabajos del bibliotecario que fué del Ateneo de Madrid y bibliotecario mayor de S. M., señor conde de las Navas, publicados ya antes en diferentes revistas, pero que por su asunto pedían en verdad ser recopilados en un tomo.

Amigos y enemigos del libro.—Aviso á lectores.—El tamaño en el libro.—Libros españoles de sastrería.—Plan de un libro.—Sobre la venta de libros con dedicatorias autógrafas.—De la encuadernación.

El solo enunciado de los asuntos tratados en la obra acredita su interés, al que el conde de las Navas ha sabido añadir toda la sal de su culto ingenio y de su arte exquisito de hacer entretenidas y amenas las materias más abstrusas y enrevesadas.

El conde de las Navas no tiene rival en tan difícil arte, que, aumentado y pulido por su vasta erudición, por su excelente gusto y por sus reconocidas dotes de literato, le llevará bien pronto á la Academia Española, donde su talento puede ser ciertamente muy útil, y donde, con su conocimiento del habla castiza, los méritos arriba expresados y los títulos de bibliófilo, que nadie le disputa, contribuirá como pocos á recobrar para aquella Corporación ilustre el prestigio, de algunos años á esta parte debilitado.

Los Trofeos, de José María de Heredia; traducción de Antonio de Zayas.

El distinguido diplomático D. Antonio de Zayas, que tan merecida reputación ha alcanzado como poeta, como orador y como literato, nos ofrece una nueva muestra de su arte de versificador en la hermosa traducción de las poesías de Heredia, recientemente publicada.

El gran poeta francés ha encontrado en el poeta español un traductor digno de su obra.

Las composiciones de Heredia, esculturales, hermosísimas, están vertidas al castellano con gran elegancia, conservando en toda su pureza la inspiración genial del gran poeta.

Contiene este notable libro los famosos *Trofeos*, el *Romancero* y *Los conquistadores de oro*.

Á las poesías de Heredia precede un interesante prólogo del traductor, prólogo del que copiamos los siguientes párrafos de elogio al poeta francés, preclaro alumno de Leconte de Lisle:

«Veía yo en José María de Heredia un gran poeta español, no sólo por su abolengo y apellido, sino también por los destellos de su estilo meridional, por la propensión indeclinable á ser sonoro, tan característica de los vates nacidos en nuestra tierra, y por el hondo sentimiento que palpita en cuantos asuntos españoles escoge el insigne poeta para tema de sus intachables estrofas.

»Epoca de nuestra historia como la de las conquistas de los imperios Inca y Azteca y episodios culminantes del fabuloso descubrimiento de los verjeles del Ocaso, arrancan al autor de *Los Trofeos* canciones tan entusiastas como las que hubiera entonado á haber nacido en solar español y escuchado de los labios paternos en un lugar de Castilla el ingenuo relato de la inmortal epopeya. En una palabra: aunque Heredia escriba en el francés más castizo y domine la arquitectura de la lengua de Boileau tanto como el primero de los escritores del siglo de Luis XIV, evoca, sin embargo, por la claridad de la expresión y por el relieve vigoroso de las imágenes poéticas, á más de un vate de nuestro siglo de oro.»

———o———

Libros recibidos

POESÍA

Oda á Mitre.—Rubén Darío.

Prometeo y Arlequín, Ester y otros poemas.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Sensaciones.—Francisco Aquino Cabrera.

Salterio.—Agustín Aguilar y Tejera.

HISTORIA Y CRÍTICA

Los moros de Granada.—P. Mora Albenca.

Las nuevas tendencias literarias.—Manuel Ugarte.

La Ciencia como fuente de inspiración poética.—Discurso de D. Melchor de Palau con motivo de su recepción en la Academia Española.

OTRAS OBRAS DE RUBÉN DARÍO

Los raros.—Segunda edición.

Parisiana.

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

1908

ÍNDICE DE MATERIAS

Números. Páginas.

Sección doctrinal.

Novelas y cuentos.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.

Poesías.

Información iberoamericana.

España.

América.



ÍNDICE DE AUTORES

ÍNDICE DE GRABADOS (1)

Retratos.

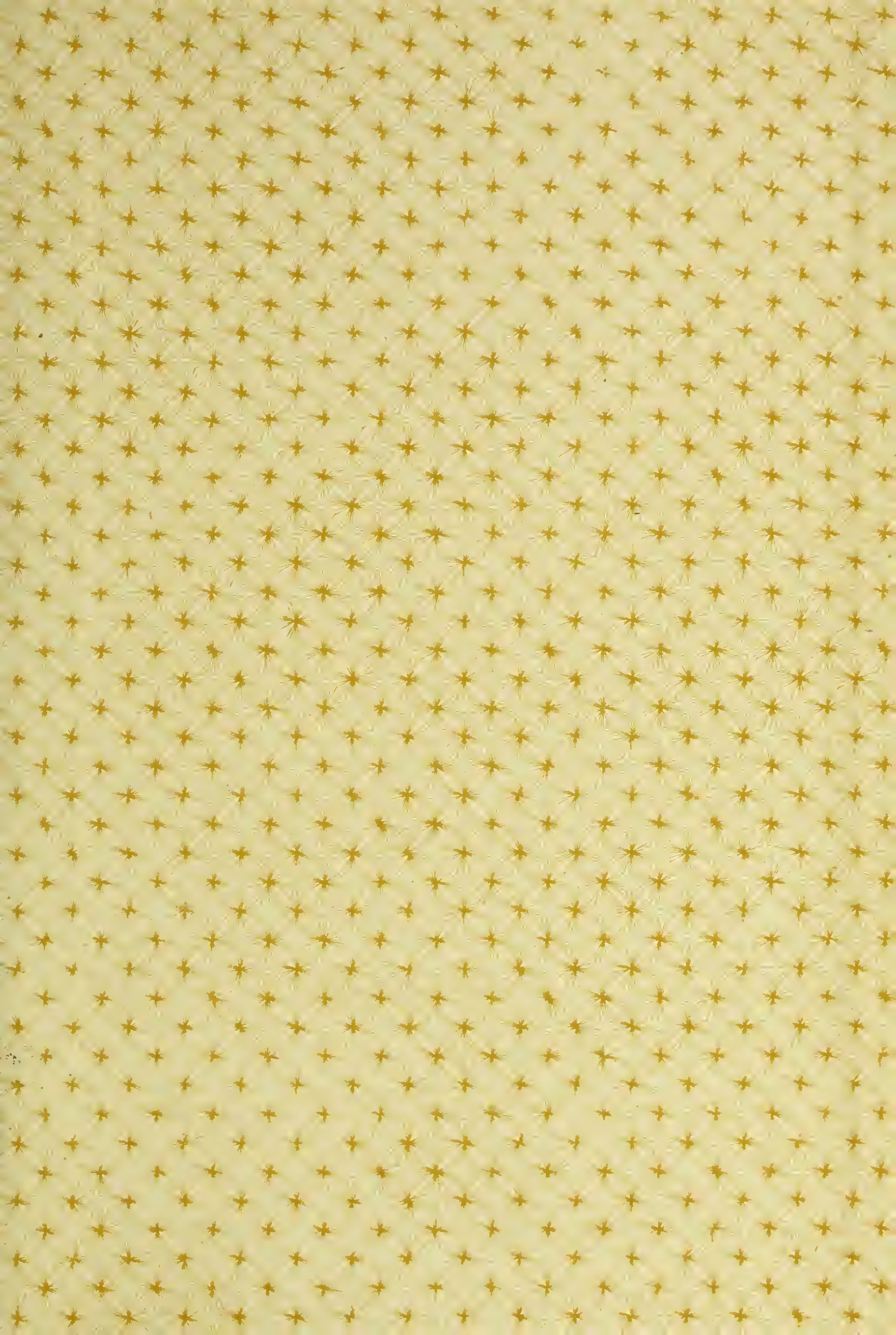
(1) Contiene los publicados durante todo el año de 1908, para subsanar la omisión que de ellos hicimos en el Indice de Junio.

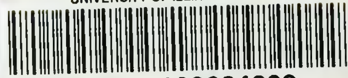
Autógrafos y facsímiles

de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, de los generales Azcárraga, Bazaine-Haiter, Bonnal, Echagüe, Gallieni, G. de Polavieja, González Parrado, Hore, López Domínguez, Luque, Madariaga, Martítegui, Marvá, Murat, Ochando, Palafox, Primo de Rivera, Suárez Inclán, Weyler, y del teniente coronel Ibáñez Marín.

—oOo—






UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 109684602